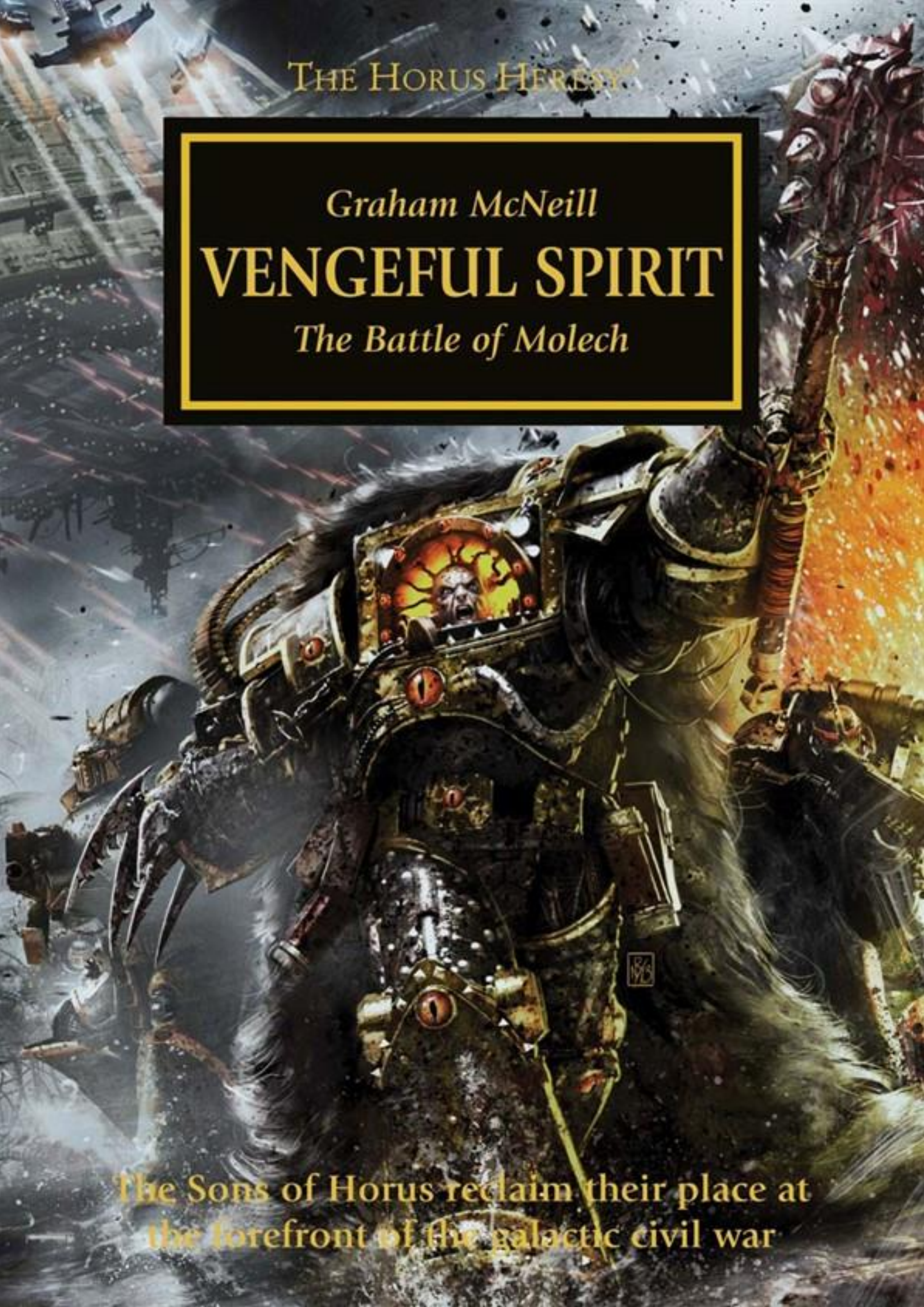


THE HORUS HERESY
Graham McNeill
VENGEFUL SPIRIT
The Battle of Molech
The Sons of Horus reclaim their place at
the forefront of the galactic civil war



LA HEREJÍA DE HORUS

ESPÍRITU VENGATIVO

GRAHAM MCNEILL



Nacex



Y



DRAMATIS PERSONAE

Primarcas

HORUS	Primarca de los Hijos de Horus y líder de la rebelión
MORTARION	Primarca de la Guardia de la Muerte
FULGRIM	Primarca Ascendido de los Hijos del Emperador
LEMAN RUSS	Primarca de los Lobos Espaciales
ROGAL DORN	Primarca de los Puños Imperiales

La Legión de los Hijos de Horus

EZEKYLE ABADDON	Capitán de la 1ª compañía de los Hijos de Horus, Mournival
HORUS AXIMAND	Capitán de la 5ª compañía de los Hijos de Horus, Mournival
FALKUS KIBRE	Capitán de la escuadra de Exterminadores Justaerin, Mournival
GRAEL NOCTUA	Sargento de la 25ª compañía de los Hijos de Horus, Mournival
KALUS EKADDON	Capitán de la escuadra de Guadañas Catulanas
YADE DURSO	Capitán de la 5ª compañía de los Hijos de Horus
SERGHAR TARGOST	Capitán de la 7ª compañía de los Hijos de Horus, y Maestro de la Logia
LEV GOSHEN	Capitán de la 25ª compañía de los Hijos de Horus
MALOGHURST	Palafrenero del primarca de los Hijos de Horus
GER GERRADON	Luperci

La Legión de la Guardia de la Muerte

CAIPHA MORARG	Hermano de la 2ª compañía, el 24º escuadrón de Rompedores
IGNATIUS GRULGOR	El Devorador de Vida

La Legión de los Ultramarines

CASTOR ALCADE	Legado de los Ultramarines
DIDACUS THERON	Centurión de la 4ª División de los Ultramarines
PROXIMO TARCHON	Centurión de la 9ª División de los Ultramarines
ARCADON KYRO	Tecnomarine de los Ultramarines

La Legión de los Ángeles Sangrientos

VITUS SALICAR	Capitán de la 16ª compañía de los Ángeles Sangrientos
ALIX VASTERN	Apotecario de la 16ª compañía de los Ángeles Sangrientos
DRAZEN ACORAH	Teniente (EF) de la 16ª compañía de los Ángeles Sangrientos anterior miembro del Librarius
AGANA SERKAN	Guardián de la 16ª compañía de los Ángeles Sangrientos

Legio Crucius

ETANA KALONICE	Princeps senioris del Titán *Diamante de Terra*
CARTHAL ASHUR	Calator Martialis

Legio Fortidus

UTA-DAGON	Princeps senioris del Titán *Venganza Roja*
UTU-LERNA	Princeps senioris del Titán *Venganza Roja*
UR-NAMMU	Princeps senioris del Titán *Belicista*

Legio Gryphonicus

OPINICUS	Invocatio

El Mechanicum

BELLONA MODWEN	Gran Magos del Ordo Reductor

Casa Devine

CYPRIAN DEVINE	Caballero Senescal de la *Espada Infernal*
CEBELLA DEVINE	Adoratriz Drakaina
RAEVEN DEVINE	Primer Caballero
ALBARD DEVINE	Heredero y Primogénito
LYX DEVINE	Adoratriz Sybaris

Casa Donar

BALMORN DONAR	Caballero-Señor
ROBARD DONAR	Vástago

Personajes Imperiales

MALCADOR	Jefe del Consejo de Terra
BRYTHON SEMPER	Lord Almirante de la Flota de Combate de Molech
TYANA KOURION	Lord General del Gran Ejército de Molech
EDORAKI HAKON	Mariscal de los Océanos Norteños
ABDI KHEDA	Comandante de los Kushitas Orientales
OSKUR VALKENBERG	Coronel de las Marcas Occidentales
CORWEN MALBEK	Khan de las Estepas Sureñas
NOAMA CALVER	Cuerpo Medicae
ALIVIA SUREKA	Piloto del puerto de Larsa
JEPH PARSONS	Trabajador del puerto de Larsa
MISKA	Hija de Jeph Parsons, trabajador del puerto de Larsa
VIVYEN	Hija de Jeph Parsons, trabajador del puerto de Larsa

Caballeros Grises

GABRIEL LOKEN	Caballero errante, antiguo Lobo Lunar
IACTON QRUCE	Caballero errante, antiguo Lobo Lunar
SEVERIAN	Caballero errante, antiguo Lobo Lunar
TYLOS RUBIO	Caballero errante bibliotecario, antiguo Ultramarines
MACER VARREN	Caballero errante, antiguo Devorador de Mundos
BROR TYRFINGR	Caballero errante, antiguo Lobo Espacial
RAMA KARAYAN	Caballero errante, antiguo Guardia del Cuervo
ARES VOITEK	Caballero errante, antiguo Mano de Hierro
ALTAN NOHAI	Caballero errante, antiguo Cicatriz Blanca
CALLION ZAVEN	Caballero errante, antiguo Hijo del Emperador
TUBAL CAYNE	Caballero errante, antiguo Guerrero de Hierro
BANU RASSUAH	Piloto de la nave de los Caballeros Grises *Tarnhelm*

Personajes No-Imperiales

EL ÁNGEL ROJO

"Y el glorioso planeta, Sol, por eso,
. En su eminente esfera entronizado,
Entre los otros luce, y el influjo
Adverso del planeta desastroso,
Corrige con su vista bienhechora;
Y, como rey, sus órdenes envía,
Sin estorbo, al benéfico o siniestro.
Mas cuando los planetas, en desorden,
Entremezclados giran, ¡cuántas plagas,
Cuántas monstruosidades, rebeldías,
Borrascas en el mar y terremotos,
Y huracanadas ráfagas y espantos,
Y mudanzas y horrores infinitos,
Dividen, y quebrantan, y destrozan,
Y arrancan de raíz y de su centro

- Atribuido al dramaturgo Shakespire (circa M2),
Citado en La Profecía de Amon de los Mil Hijos
(Capítulo III, versículo 13)

" Horus había llamado a las oscuras y salvajes furias latentes de los poderes más despiadados, contradictorios y desgraciados del Immaterium. Conjuró el ídolo devorador y temido de un Molech del que era sacerdote y encarnación. Todos sus poderes, hasta el momento disipados y dispersos, se concentraron y dirigieron entonces con una energía terrible hacia un objetivo terrible."

- A partir de *La Era de la Revolución: Monografías suprimidas*

Del Maestro de Capilla Nemo Zhi Meng

"La línea que separa el bien del mal no discurre entre especies, no entre rangos y religiones rivales. Delinea a través del corazón de todas y cada almas mortales. Esta línea no es estacionaria sino cambiante y se mueve con el paso del tiempo. Incluso las almas atrapadas por el mal mantienen un pequeño reducto de bondad."

-La Amanuense Keeler

(Volumen II, Capítulo XXXIV, Verso VII)

LIBRO PRIMERO

PADRES

¿Dónde están las tumbas de los dioses muertos? ¿Qué plañideros vierten el vino sobre sus tumbas montículos? Hubo un momento en que un ser conocido como Zeus era el rey de todos los dioses, y cualquier hombre que dudaba de su poder y majestad era un pagano y enemigo. Pero, ¿Dónde en todo el Imperio está el hombre que adora a Zeus?

¿Y qué de Huitzilopochtli? Cuarenta mil doncellas fueron asesinadas en sacrificio a él, sus corazones chorreantes goteando quemados en grandes templos piramidales. Cuando él fruncía el ceño el sol se detenía; cuando se enfurecía terremotos destruyeron ciudades enteras; cuando tenía sed era regado con océanos de sangre.

Pero hoy Huitzilopochtli está magníficamente olvidado.

¿Y qué decir de su hermano, Tezcatilpoca?

Los antiguos creían que Tezcatilpoca era casi tan poderoso como su hermano. Él consumía los corazones de casi treinta mil vírgenes al año pero ¿Alguien vela ahora su tumba o sabe dónde se encuentra? ¿Alguien llora o cuelga guirnaldas de luto sobre su ídolo?

¿Y qué de Balor del Ojo, o la Señora de Citera? ¿O de Dis, a quien el Romanii Qaysar encontró que era el dios principal de la Keltos? ¿O la serpiente soñadora, Kajura? ¿De Taranis, sólo recordado vagamente por una orden de caballeros muerta y los primeros historiadores de la Unidad? ¿O del rey hambriento de carne Nzambi? ¿O las huestes serpentinas de Cromm Crúaich, expulsados de su isla-cubil por el Sacerdote de Ravenglass?

¿Dónde están sus huesos? ¿Dónde está el árbol de la aflicción sobre el que colgar guirnaldas conmemorativas? ¿En que olvidada morada del olvido esperan la hora de su resurrección?

Ellos no están solos en la eternidad, pues las tumbas de los dioses muertos la llenan. Urusix está ahí, y Esus, y Baldur, y Silvana, y Mitra, y Fenicia, y Deva, y Kratus y Uxellimus y Borvo y Grannos y Mogons. Todos dioses poderosos en su día, adorados por miles de millones, repletos de demandas y mandamientos, atribuidos con el poder de doblegar a los elementos y sacudir los cimientos del mundo.

Civilizaciones trabajaron durante generaciones para construir grandes templos para ellos; estructuras imponentes de piedra y acero, erigidas mediante tecnologías hoy perdidas en el desconocimiento de la Vieja Noche. Interpretando los deseos divinos miles de hombres santos cayeron; sacerdotes locos, chamanes manchados de estiércol y oráculos devastados por el opio. Dudar de sus declaraciones significaba morir de forma agónica. Grandes ejércitos fueron llevados a los campos en defensa de los dioses contra los infieles y llevar su voluntad a los pueblos paganos, en tierras lejanas. Continentes fueron carbonizados, inocentes masacrados y mundos asolados en su nombre. Sin embargo, al final, todo se marchitaron y murieron abatidos y justamente desvanecidos de la memoria. Hoy en día todavía quedan unos pocos tan desquiciado como para hacerles reverencia.

Todos eran dioses de la más alta eminencia, muchos de ellos mencionados con temor y reverencia temblorosa en los antiguos textos del Dios Blanco. Competían con el Poder Más Alto; pero el tiempo les ha pisoteado y se burla de las cenizas de sus huesos.

Eran dioses de la más alta dignidad, dioses de los pueblos civilizados, adorados por mundos enteros. Todos eran omnipotentes, omniscientes e inmortales.

Y todos están muertos.

Si alguno de ellos realmente existió alguna vez, no eran más que aspectos del verdadero Panteón, máscaras detrás de las cuales se esconden los primeros dioses del universo en toda su terrible belleza.

Lorgar ha sido vociferante en su proselitismo de este hecho, hasta el cansancio.

Pero él no sabe tanto como cree.

¿Verdad Imperial? ¿Verdad Primordial?

Ambas son irrelevantes.

Hay un dios que se ha alzado más alto que todos los demás, más poderoso que cualquier deidad imaginaria o monstruo infernal nacido de una pesadilla.

Él es el Emperador.

Mi padre.

Y tengo que matarlo.

Esa es la única Verdad que importa.

UNO

El Mausolytica
Cofradía
Hermanos

Los muertos de Dwell estaban gritando. El Recinto Mausolytico era un lugar de terror para ellos ahora, donde el cese de las funciones mortales no ofrecía respiro al continuo tormento. Mil tecnoadeptos murieron a espada hasta que fueron finalmente convencidos, obligados a reparar los daños causados a raíz del asalto de los Hijos de Horus, pero los repararon.

Los muertos del Mausolytica gritaron desde el amanecer hasta el anochecer, a través de la noche y todos los días desde que Aximand lo tomase en nombre del Señor de la Guerra. Ellos gritaron con miedo, con horror y repugnancia.

Pero la mayoría gritaron con ira.

Sólo el Señor de la Guerra los oyó, y poco le importaba su cólera. Su único interés era lo que podían decir del pasado; como lo habían experimentado y como habían aprendido del mismo.

Una expansión de estructuras de piedra abovedada con columnatas que poseían la misma escala que el palacio de un poderoso patricio Terrano, aquí era un repositorio de los muertos y Librarium en uno. Fachadas lisas de granito ocre brillaban como cobre bruñido bajo el sol moribundo, y los gritos de las aves marinas en círculos casi hizo que Horus Aximand olvidara el combate que habían librado aquí.

Casi podría hacerle olvidar que casi murió aquí.

La batalla por el Recinto Mausolytico había sido ganada por las cargas sangrientas de servoarmaduras, espada contra espada, músculo contra músculo. Hubo daños colaterales por supuesto; maquinaria destruida, cápsulas de estasis rotas y carne conservada convertida en cuero duro con la exposición a las atmósferas implacables.

La sangre todavía manchaba sus paredes en patrones de pulverización catastróficos cuando los cuerpos explotaron dentro de sus escudos personales rotos. Los cadáveres en ruinas de los (Compulsories) fueron retirados, pero nadie se preocupó lo suficiente de lavar la sangre.

Aximand se situó en una pared tan alta como sus rodillas de piedra sonrojada por el sol, con un pie sobre el parapeto, sus antebrazos descansando sobre su rodilla levantada. El sonido de las olas muy por debajo era tranquilo y cuando el viento soplaba desde el mar, el olor de metal quemado del puerto fue reemplazado con la espiga de sal y flores silvestres. Desde su punto de vista en la alta meseta, la ciudad arrasada de Tyjun era tal y como lo había sido cuando los Hijos de Horus hicieron sus primeros aterrizajes.

Su primera impresión fue que una gran marejada había barrido a todo lo largo del valle escarpado y depositado los restos olvidados de un océano en su retirada. No parecía haber ningún orden en la ciudad, pero desde hacía mucho tiempo Aximand había llegado a apreciar las sutilezas orgánicas de los antiguos diseñadores de la ciudad.

-"Es proteico", solía decir, cuando encontraba un oído dispuesto, "Una ciudad que destaca por su desprecio por las líneas limpias y la claridad impuesta. La ostensible falta de cohesión es engañosa, porque existe un orden dentro del caos que sólo se hace evidente cuando caminas por sus senderos serpenteantes y encuentras que su destino se ha establecido desde el principio".

Cada edificio es único a su manera, como si un ejército de arquitectos hubiera llegado a Tyjun y cada uno diseñase una gran cantidad de estructuras de acero y cristal y piedra rescatada.

La única excepción era el Palacio Dwellan, una adición reciente a la ciudad que llevaba el sello de la clásica arquitectura utilitaria Macraggiana clásica. Más alto que cualquier otra cosa en Tyjun, era un palacio cupular del gobierno imperial, un monumento a la Gran Cruzada y una expresión de la vanidad del primarca Guilliman todo en uno. Tenía proporciones matemáticamente precisas y aunque Lupercal pensó que era austero, a Aximand le gustó la atracción y retención que vio en su diseño elegante y quebradizo.

Exquisitas estatuas de los héroes imperiales se alzaban orgullosos alrededor de la circunferencia de la cúpula principal azur y en nichos empotrados discurriendo por

todo el arco central. Aximand estudió la identidad de cada uno antes de que se destruyeran; Maestros de Capítulo y capitanes de los Ultramarines y los Manos de Hierro, generales del ejército, princeps de Titanes, pontífices del Munitorum e incluso algunos recaudadores de diezmos.

La luz del sol crepuscular fluía por los tejados de la ciudad y el Mar de Enna era vidrioso y fijo. El agua se convirtió en un espejo de oro con rayas de reflexiones de un fósforo brillante de las naves de guerra, la ocasional luna orbitando y los escombros de la guerra espacial cayendo lejos en el mar.

La proa de una nave de carga hundida sobresalía del agua en el muelle, con geles petroquímicos espumeantes su superficie con aspecto aceitoso.

Muy al norte, una estrella brillando intensamente se aferraba obstinadamente en el horizonte, el gemelo de la puesta de sol en el sur. Esta, como bien sabía Aximand, no era una estrella sino los restos aún ardientes del buque escuela Budayan, degradando su órbita con cada revolución planetaria.

-No pasará mucho tiempo hasta que impacte -dijo una voz tras él.

-Cierto -acordó Aximand sin volverse.

-No va a ser bonito -dijo otro. -Mejor que nos vayamos antes de ese instante.

-Deberíamos habernos ido hace mucho tiempo -añadió el cuarto.

Aximand finalmente se apartó de la visión bucólica de Tyjun y asintió con la cabeza a sus hermanos de batalla.

-Mournival -dijo. -El Señor de la Guerra nos llama.

El Mournival. Restaurado. Pero en realidad nunca se disolvió; solo se rompió un poquito.

Aximand marchó con Ezekyle Abaddon. En su servoarmadura claveteada, el Primer Capitán de los Hijos de Horus era más de una cabeza alto que Aximand. Su lenguaje corporal era salvajemente agresivo, sus rasgos cruelmente estirados con fuerza sobre los huesos que sobresalían. Su cráneo era lampiño, salvo por un moño negro brillante que sobresalía de su corona como un fetiche tribal.

Él y Abaddon eran los veteranos, miembros del Mournival desde un época anterior a que la galaxia cambiara un engranaje y cambiara el sentido de la manivela. Habían derramado sangre en un centenar de mundos en nombre del Emperador; cientos más para el Señor de la Guerra.

Y una vez rieron mientras luchaban.

Los dos nuevos miembros de la Mournival marcharon junto a sus valedores, sus marcas lunares grabadas sobre los yelmos visibles por la luz reflejada de la luna de Dwell. Uno de ellos era un guerrero con reputación, y el otro un sargento que se lo había ganado durante el desastre de la caída de Dwell.

Fabricante de Viudas Kibre comandaba a los exterminadores Justaerin. Uno de los hombres de Abaddon y un hijo verdadero. Dónde Kibre era templado y versado en la guerra, Grael Noctua de los Ciegos de la Guerra era nuevo para los hombres de la Legión. Un guerrero poseedor de una mente como una trampa de acero, cuyo intelecto fue comparado por Abaddon al de una hoja lenta.

Con la investidura de Kibre, un peso potente de cólera yacía a un lado del Mournival. Aximand esperaba que la presencia flemática de Noctua lo compensara. Había habido rumores del favor que Aximand mostró a Noctua, pero Dwell los silenció.

Con sus dos hermanos más nuevos, Aximand y Abaddon se abrieron el camino a la sala central de Mausolytica en respuesta a la llamada de Señor de la Guerra.

-¿Crees que será una orden de movilización? -preguntó Noctua.

Al igual que todos ellos, estaba ansioso de ser liberado. La guerra aquí terminó hace mucho, y salvo un puñado de incursiones más allá del sistema la mayor parte de la legión había permanecido tranquila mientras que su primarca se aislaba con los muertos.

-Tal vez -dijo Aximand, reacio a especular sobre los motivos del Señor de la Guerra para permanecer en Dwell. -Lo sabremos muy pronto.

-Deberíamos estar en movimiento -dijo Kibre. -La guerra toma impulso mientras nos estancamos con la inacción.

Abaddon detuvo su marcha y le puso una mano en el centro del pectoral del Fabricante de Viudas. -¿Crees que sabes el curso de la guerra mejor que tu primarca?

Kibre negó con la cabeza. -Claro que no, yo solo…

-Primera lección del Mournival -dijo Aximand. -Nunca conjetures de Lupercal.

-No estaba conjeturando -le espetó Kibre.

-Bien -dijo Aximand. –Entonces has aprendido algo útil hoy. Tal vez el Señor de la Guerra ha encontrado lo que necesitaba, tal vez no. Tal vez vamos a recibir órdenes de movilización, tal vez no.

Kibre asintió y Aximand vio forzar el equilibrio de sus humores. -Como dices, Pequeño Horus. El núcleo fundido Cthoniano que arde en todos nosotros crece más fuerte en mí que la mayoría.

Aximand se rio entre dientes, aunque el sonido no era como una vez lo conoció, pues los músculos bajo su piel se movieron de maneras sutilmente diferentes.

-Lo dices como si fuera algo malo -dijo. -Sólo recuerda que el fuego tiene que ser controlado para ser útil.

-La mayor parte del tiempo -agregó Abaddon, y se alejó de nuevo.

Atravesaron altas antecámaras abovedadas de pilares caídos y salas de frescos que fueron una vez dioramas de campos de batallas cosidos a cráteres. El aire vibraba con la vibración de los generadores enterrados y olía como un taller de embalsamamiento. Entre los murales de los guerreros de la legión azul cobalto que les dieron la bienvenida con guirnaldas, decenas de miles de nombres estaban incrustados en paneles artesonados con pan de oro.

Los muertos enterrados en el Mausolytica.

-Al igual que la avenida de la Gloria y El lamento del Espíritu -dijo Aximand, señalando el fino artesonado.

Abaddon resopló, sin ni siquiera echando un vistazo a los nombres. -No se ha llamado así desde Isstvan.

-Los necrologistas pueden haber desaparecido -suspiró Aximand, -pero es como siempre ha sido: un lugar para recordar a los muertos.

Subieron un amplio conjunto de escalones de mármol, crujiendo sobre los restos pulverizados de estatuas derribadas y emergiendo en un pasillo transversal Aximand había luchado por el mismo; con el escudo levantado, (Mourn-it-all) en alto, los hombros rectos. Empapado en sangre hasta el codo.

-¿Soñando de nuevo? -preguntó Abaddon, notando su ínfima pausa.

-Yo no sueño -le espetó Aximand. -Estoy pensando en lo ridículo que era que un ejército de hombres fueran capaces de causarnos problemas. ¿Cuándo nos hemos enfrentado a mortales y les encontramos molestos?

Abaddon asintió. -Los (Chainveil) lucharon en la Ciudad de los Ancianos. Ellos me retrasaron.

No había más que decir. Que cualquier ejército, mortal o posthumano, pudiera ralentizar a Ezekyle Abaddon decía mucho de su competencia y coraje.

-Pero todos ellos murieron al final -dijo Kibre al pasar por debajo de un gran arco funerario y se adentraron en el complejo de tumbas. (Chainveil) o soldados rasos, se mantuvieron en sus posiciones y los matamos a todos.

-Que permanecieran en sus posiciones debería habernos mostrado que había algo más esperándonos - dijo Grael Noctua.

-¿Cómo es eso? -dijo Aximand, sabiendo la respuesta, pero con ganas de escucharla articulada.

-Los hombres contra los que luchamos aquí creían que podían triunfar.

-Su defensa fue orquestada por Meduson de la décima de Hierro -dijo Aximand. -Es comprensible que le creyeran.

-Sólo la presencia de legionarios da a los mortales algo parecido a una columna vertebral -continuó Noctua. -Con el líder guerrero de la décima legión y los equipos de asesinos de la quinta en su lugar pensaban que tenían una oportunidad. Pensaron que podían matar al Señor de la Guerra.

Kibre negó con la cabeza. -Incluso si Lupercal hubiera caído en su estratagema transparente y puesto en posición los habría matado fácilmente.

Lo más que probable era que Kibre tuviera razón. Era inconcebible que sólo cinco legionarios pudieran haber acabado el Señor de la Guerra. Incluso con sorpresa en su rincón, la idea de que Horus fuera abatido por un equipo de asesinos con espadas parecía ridícula.

-Él se burló la bala de un francotirador en Dagonet, y evadió las espadas de los asesinos en Dwell -dijo Abaddon, pateando una urna adornada con un grabado Ultima astillado. -Meduson debía estar desesperado para pensar que los cicatrices tenían una oportunidad.

-Desesperación es exactamente lo que era -dijo Aximand, sintiendo la comezón donde su rostro fue unido de nuevo. -Imaginaos si hubieran tenido éxito.

Nadie respondió; nadie podía concebir la legión sin Lupercal a la cabeza. Sin uno, el otro no existe.

Pero Shadrak Meduson no había logrado atraer al Señor de la Guerra a su trampa, y Dwell cayó con dureza.

Contra los ejércitos de Horus Lupercal, todo caía eventualmente.

-¿Por qué defender a los muertos en todo caso? -dijo Kibre. -Aparte de dominar la posición elevada sobre una ciudad abierta, defender el Mausolytica no ofrecía ningún sentido estratégico tangible. Podríamos haberles simplemente aplanado y enviado al ejército de auxiliares Lithonanos a matar a los supervivientes.

-Ellos sabían que el Señor de la Guerra querría capturar tan preciado recurso intacto -dijo Noctua.

-Es un hogar de los muertos -pulsa Kibre. -¿Qué tipo de activo es eso?

-Ahora estás en el Mournival, ¿Por qué no se lo preguntas tú mismo? -respondió Noctua. La cabeza de Kibre giró bruscamente, desacostumbrado a ser abordado con tanta informalidad por un oficial subalterno. La igualdad del Mournival necesitaría tiempo en asentarse en el Fabricante de Viudas.

-Anda con cuidado, Noctua -advirtió Abaddon. -Puedes ser uno de los nuestros, pero no creo que ello te exima de respeto.

Aximand sonrió ante la ira de Abaddon. Ezekyle era un perro de guerra con una correa deshilachado y Aximand preguntó si él sabía que era su papel.

Por supuesto que Ezekyle lo sabía. Un guerrero no se convertía en Primer Capitán de los Hijos de Horus siendo demasiado estúpido para saber su lugar.

-Mis disculpas -dijo Noctua, volviéndose a enfrentar a Kibre directamente. –No pretendía faltar al respeto.

-Bien -dijo Aximand. -Ahora dale a Falkus una respuesta adecuada.

-El Mausolytica ocupa el mejor terreno defensivo en el valle escarpado, pero apenas está fortificada -dijo Noctua. -Lo cual sugiere que los dwellers lo tenían en alta estima, pero no pensaron en ello como un objetivo militar hasta que Meduson se lo dijo.

Aximand asintió y golpeó una mano enguantada en las placas pulidas de guardia hombro de Noctua.

-Entonces, ¿Por qué los Manos de Hierro pensaron que este lugar era valioso? -preguntó Kibre.

-No tengo ni idea -dijo Aximand.

Sólo más tarde iba a llegar a entender que los Dwellers habrían hecho mejor demoliendo las Salas Mausolyticas y destruyendo su maquinaria antes que dejar que cayera bajo los Hijos de Horus.

Sólo mucho más tarde, cuando los últimos espasmos violentos de la guerra galáctica se calmaran por un instante, Aximand entendería el colosal error que habían cometido al permitir que el Mausolytica perdurara.

Encontraron al primarca en la Sala del Peregrino, donde la tecnología arcana permitía a los custodios del Mausolytica acceder y consultar la memoria de los muertos. Los custodios se habían unido a sus cargos en la muerte, y Horus Lupercal manejaba las máquinas solo.

Un generador criogénico colosal palpitaba con poder en el centro de la cámara cavernosa, como el órgano de un templum con una multitud de conductos dibujados en escarcha que salían de sus condensadores de nebulización. Manchas de polvo

osario modeló su base, donde el equipo asesino de los Cicatrices Blancas se había despojado de sus disfraces.

Irradiando hacia fuera desde el generador como los radios de una rueda iluminada había filas y filas de cuerpos en posición supina en cilindros de vidrio apilados. Aximand había calculado veinticinco mil cuerpos en esta sala por sí sola, y había cincuenta espacios de tamaño similar por encima del suelo. Aún no había catalogado cuántas cámaras fueron talladas en la roca de la meseta.

El Señor de la Guerra era fácil de ver.

Estaba de espaldas a ellos mientras se inclinaba sobre un tubo cilíndrico con bisagras fuera de su campo de apoyo gravimétrico. Veinte exterminadores Justaerin estaban entre ellos y el Señor de la Guerra, armado con hojas de filo molecular y bólters gemelos. Nominalmente guardaespaldas del Señor de la Guerra, los Justaerin eran un retroceso a una época en que los líderes guerreros necesitaban realmente protección. Horus no necesitaba más la fuerza de sus armas para defenderle de lo que necesitaba la del Mournival, pero después de la emboscada de Hibou Khan nadie quería correr ningún riesgo.

Como siempre, el primarca era un imán para los ojos, una presencia imponente a la que era correcto y apropiado ofrecer devoción. Una sonrisa fácil sugirió que Horus acababa de notar su presencia, pero Aximand no dudaba de que él se había dado cuenta de ellos mucho antes de entrar en la sala.

Placas titánicas de azabache rodeado de latón le encajonaban, su plastrón adornado con un ojo de color ámbar con rendijas flanqueado por lobos dorados. La mano derecha de Horus era una garra asesina, y su izquierda descansaba sobre una enorme maza. Su nombre era Destructora De Mundos, y su empuñadura de adamantium era monótona salvo por un pomo-águila de piedra y su cabeza asesina de bronce de asesinato y negro.

El Señor de la Guerra tenía el rostro de un conquistador, un guerrero, un diplomático y estadista. Podría ser un rostro amable de preocupación paternal o la última cara que jamás vieras.

Aximand aún no podía decir quien era en ese momento, pero en un día como este tal ambigüedad era buena. Que los humores de Lupercal fueran desconocidos a los que estaban con él sería vejar a los que aún podría estar en contra de él.

-Pequeño Horus -dijo el Señor de la Guerra cuando los Justaerin se abrieron ante ellos como las puertas de una fortaleza de ceramita.

El asombroso parecido que Aximand compartía con su padre genético le había ganado ese nombre, pero Hibou Khan le había cortado ese vínculo con una dura hoja de acero de Medusa. Los apotecarios de la legión hicieron todo lo posible, pero el daño era demasiado grave, el filo demasiado bueno y su carne herida demasiado melancólica.

Sin embargo, y aun esperando que su rostro fuera el avatar de la desfiguración, la semejanza entre Aximand y su primarca se había, por una extraña alquimia fisiológica, hecho aún más pronunciada.

-Señor de la Guerra -dijo Aximand. -Su Mournival.

Horus asintió y estudió a cada uno de ellos a su vez, como si evaluara la composición de la aleación de la cofradía restaurada.

-Lo apruebo -dijo. -La mezcla parece ser una buena idea.

-El tiempo lo dirá -dijo Aximand.

-Como lo hace en todas las cosas -respondió Horus, adelantándose para colocarse frente al sargento de la Warlocked.

-El protegido de Aximand, un verdadero hijo de hecho -dijo Horus con una pizca de orgullo. -He oído cosas buenas de ti, Grael. ¿Son verdad?

Para su crédito, Noctua conservó sus sentidos frente a la apreciación de Señor de la Guerra, pero no pudo mirarlo a los ojos por mucho tiempo.

-Sí, mi señor-logró. -Tal vez... no sé lo que ha escuchado.

-Las cosas buenas -dijo Horus, asintiendo con la cabeza y pasando a tomar el guantelete del Fabricante de Viudas en su puño con garras.

-Estás tenso, Falkus -dijo. -La inacción no te conviene.

-¿Qué puedo decir? Fui construido para la guerra -dijo Kibre, con más tacto del que Aximand esperaba.

-En su mayor parte -estuvo de acuerdo Horus. -No te preocupes, no voy a tenerte a ti y a los Justaerin ociosos durante mucho más tiempo.

El señor de la guerra llegó hasta Abaddon y dijo: -Y tú, Ezekyle, lo ocultas mejor que el Fabricante de Viudas, pero veo que también estas irritado ante nuestra estancia forzada en Dwell.

-Hay una guerra que ganar, mi señor -dijo Abaddon, su tono de voz apenas al borde de la reprensión. -Y dejare que se diga que los hijos de Horus dejamos a otras legiones que luchen por ellos.

-Tampoco yo, hijo mío -dijo Horus, colocando su garra sobre los hombros de Abaddon. -Hemos estado distraídos por los complots y mezquinas venganzas de los demás, pero ese tiempo ha terminado.

Horus se volvió y aceptó manto de guerra rojo como la sangre de uno de las Justaerin. Lo ancló alrededor de sus hombros, fijándolo en su lugar con un par de pasadores de garras de lobo en cada hombrera.

-Aximand, ¿Están aquí? -preguntó Horus.

Lo están -dijo Aximand. -Pero tú ya lo sabías.

-Cierto -convino Horus. -Aun estando nosotros sin forma, siempre supe si ellos estaban cerca.

Aximand vio un brillo pícaro en los ojos de Horus, y decidió que era una broma. Eran raros los momentos en que Horus hablaba de sus años con el Emperador. Más raro aún eran sus visitas al tiempo anterior a es.

-En mis momentos más arrogantes, solía pensar que era por eso por lo que el Emperador vino a mí primero -continuó Horus, y Aximand vio que había estado equivocado. Horus no estaba, con toda seguridad, bromeando. -Pensé que necesitaba mi ayuda para encontrar al resto de sus hijos perdidos. Entonces a veces pienso que fue una pena cruel; sentir una conexión tan profunda con mis hermanos genéticos sólo para ser apartado de ellos.

Horus se quedó en silencio y Aximand dijo: Le esperan en el Domo de Revivificación.

-Bueno, estoy ansioso por unirse a ellos.

Los puños de Abaddon se cerraron. -¿Entonces vamos a unirnos a la guerra?

-Ezekyle, hijo mío, nunca la abandonamos -dijo Horus.

El Domo de Revivificación era un vasto hemisferio de vidrio y acero transparente sobre la más grande de las estructuras de piedra de la Mausolytica. Era un lugar de reverencia y solemne propósito, era un lugar donde los recuerdos conservados de los muertos podrían ser devueltos a la vida.

El acceso se obtenía a través de un ascensor de celosía que se elevaba en el centro de la cúpula. Horus y el Mournival se situaron en el centro de la plataforma mientras ejecutaban su ascenso señorial. Pese a las protestas de Kibre los Justaerin quedaron abajo, dejando a los cinco solos. Aximand levantó la vista de la amplia abertura en el suelo por encima de ellos. Vio la estructura agrietada de la cúpula cristalina, y más allá, la puesta del sol que daba paso a la noche.

Columnas inclinadas de luz de luna se deslizaron sobre el ascensor a medida que salieron a la cúpula. Un cuerpo malicioso había dañado su estructura hemisférica, y fragmentos de vidrio endurecido fueron esparcidos por el suelo de metal pulido como cuchillos con hoja de diamante. Espaciadas a intervalos equidistantes alrededor de la circunferencia exterior del ascensor había literas para docenas de crio-tubos. Ninguno estaba actualmente ocupado.

Aximand respiró una bocanada de aire helado sorpresivo cuando vio a los semidioses en espera dentro. Sabía, por supuesto, a quien había convocado el Señor de la Guerra había, pero al ver a dos seres tan numinosos ante él seguía siendo un momento de revelación.

Uno de ellos era un ser de carne inmaterial; el otro de impasible física.

Horus abrió los brazos en señal de saludo.

-Mis hermanos -dijo Horus, su voz llena el domo. –Bienvenidos a Dwell.

Llegaron rumores a los Hijos de Horus sobre los cambios producidos en algunos de los hermanos del Señor de la Guerra, pero nada podría haber preparado a Aximand ante cuán profundos fueron esos cambios.

La última vez que había visto al primarca de los Hijos del Emperador, Fulgrim era el guerrero perfecto, un héroe de melena de nieve con armadura de púrpura y oro.

Ahora, el fenicio era la encarnación física de un antiguo dios destructor de muchos brazos. De cuerpo serpentino y vestido con fragmentos exquisitos de su otrora magnífica armadura, Fulgrim era un monstruo hermoso. Un ser que era llorado por el esplendor que había perdido, y admirado por el poder que había ganado.

Mortarion de la Guardia de la Muerte permanecía al margen de la forma sinuosa de Fulgrim y, a primera vista, parecía sin cambios. Una mirada más cercana a sus ojos hundidos reveló el dolor de heridas recientes como un sudario de duelo desgastado con nuevos desgarros. Silencioso, la imponente guadaña del Señor de la Muerte estaba serrada con muescas de batalla, y una cadena de bucle largo colocado en su empuñadura estaba envuelta alrededor de su cintura como un cinturón. Incensarios colgados tintineaban de las cadenas, cada una ventilando pequeñas bocanadas de vapor caliente.

Su armadura de estilo barroco de Barbarus portaba numerosas reparaciones artesanales, rellenos de ceramita, pintura fresca y polvo de esmerilado. Por la cantidad de trabajos de reparación, fuese cual fuese la batalla que luchara recientemente debió ser feroz.

Al que Horus desestimando a los Justaerin, sus hermanos primarcas también vinieron sin escolta; Fulgrim en ausencia de la Guardia Fénix, Mortarion sin sus Sudarios de la Muerte, aunque Aximand no dudó de que ambos grupos estaban cerca. Estar en la presencia del Señor de la Guerra era un honor, pero estar presente en un momento en el que tres primarcas se reunían era embriagador.

Fulgrim y Mortarion habían viajado a Dwell para ver a Horus Lupercal, pero el Señor de la Guerra no había venido para ser visto.

Había venido para ser escuchado.

El cuerpo de Fulgrim se enrollaba bajo él con un siseo de escamas ásperas, elevándose más alto que Mortarion y el Señor de la Guerra.

-Horus -dijo Fulgrim, cada sílaba velada con significado sutil. -Vivimos en el mayor tumulto que la galaxia haya conocido y no has cambiado en absoluto. Qué decepcionante.

-Mientras tú has cambiado más allá de todo reconocimiento -dijo Horus.

Un par de alas draconianas manchadas se desarrollaban de la espalda de Fulgrim, y pigmentación oscura recorría su cuerpo.

-Más de lo que sabes -susurró Fulgrim.

-Menos de lo que crees -respondió Horus. -Pero dime, ¿Perturabo sigue vivo? Necesitaré su legión cuando las murallas de Terra caigan.

-Lo dejé con vida -dijo Fulgrim. -Lo que haya sido de él desde mi ascensión es un misterio para mí. El... ¿Cómo lo llamó? Ah, sí, el Ojo del Terror no es lugar para alguien tan firmemente arraigado en las preocupaciones materiales.

-¿Qué hiciste con el Señor de Hierro? -exigió Mortarion con voz áspera desde detrás del aparato de ventilación de bronce que cubría la mitad inferior de su cara.

-Le liberé de las nociones tontas de la permanencia -dijo Fulgrim. -Le honré al permitir que su fuerza alimentara mi ascensión a este estado superior del ser. Pero al final no iba a sacrificarlo todo por su amado hermano.

Fulgrim rio. -Creo que le rompí un poco.

-¿Lo usaste? -dijo Mortarion. -¿Para llegar a ser... esto?

-Todos nos utilizamos los unos a otros, ¿No lo sabías? –rio Fulgrim, deslizándose sobre el suelo de la cámara y admirándose a sí mismo en las reflexiones de cristales rotos. -Para alcanzar la grandeza, tenemos que aceptar la bendición de cosas nuevas y nuevas formas de poder. He tomado esa enseñanza hasta el corazón, y aceptado dicho cambio por voluntad propia. Harías bien en seguir mi ejemplo, Horus.

-La lanza dirigida al corazón del Emperador no tiene que ser flexible, pero el hierro debe ser inquebrantable -dijo Horus. -Yo soy el hierro inflexible.

Horus se volvió hacia Mortarion, que ni siquiera se molestó en ocultar su repulsa por qué había sido del fenicio.

-Como tú, mi hermano -dijo Horus, tomando los guanteletes de Señor de la Muerte, guerrero contra guerrero. -Tú eres una maravilla para mí, mi amigo indomable. Si ni siquiera la fuerza del de Khan puede derribarte, ¿Qué esperanza tienen alguna otra?

-Su danza de la guerra es una cosa de maravilla -admitió Mortarion. -Pero róbasela y él no es nada. Aún tengo que cosecharle.

-Y yo lo veré -prometió Horus, liberando su agarre. -Sobre el suelo de Terra dejaremos cojo al Khan y veremos lo bien que pelea.

-Soy tu siervo -dijo Mortarion.

Horus negó con la cabeza. -No, eso nunca. Nunca un siervo. Luchamos esta guerra para no ser más esclavos de nadie. No querría que intercambiaras un amo por otro. Te necesito a mi lado como a un igual, no como un vasallo.

Mortarion asintió y Aximand vio al primarca de la Guardia de la Muerte crecer con las palabras de Lupercal.

-¿Y tus hijos? -dijo Horus. -¿Typhon todavía sirve de cebo a los cazadores del León?

-Desde Perditus ha estado al frente de los monjes de Caliban coreografiando una alegre danza a través de las estrellas, dejando muerte y miseria a su paso -respondió Mortarion con un gruñido de diversión que infló las emanaciones tóxicas de su gorguera. -Con tu partida me uniré a él en breve y convertiremos a los cazadores en la presa.

-Muy pronto, Mortarion, muy pronto -dijo Horus. -Con tu legión reunida para la guerra, casi siento pena por el León.

Fulgrim se erizó al notar que no había recibido ninguna palabra de alabanza, pero Horus no había terminado.

-Ahora más que nunca os necesito a mi lado, y no como aliados o como subordinados, sino como iguales. Yo mantengo el nombre de Señor de la Guerra no por lo que representaba cuando me fue otorgado, sino por lo que significa ahora.

-¿Y cuál es? -preguntó Fulgrim.

Horus miró a los rasgos aguileños del fenicio, alabastro en su fría perfección. Aximand sintió el poder de conexión que fluía entre ellos, una lucha por el dominio que solo podría tener un vencedor.

Fulgrim miró hacia otro lado y Horus dijo: -Significa que sólo yo tengo la fuerza para hacer lo que debe hacerse. Sólo yo puedo reunir a mis hermanos bajo una sola bandera y rehacer el Imperio.

-Siempre fuiste orgulloso -dijo Fulgrim y Aximand sintió el impulso de empuñar el pomo de Mourn-it-all por el tono del fenicio, pero la espada ya no se encontraba a su lado; su espada sufría muescas y aún necesitaba reparaciones.

Horus ignoró la púa y le dijo: -Si yo soy orgulloso, es el orgullo de mis hermanos. El orgullo de lo que has logrado desde la última vez que nos vimos. Por eso te he llamado a ti y a nadie más a mi lado ahora.

Fulgrim sonrió y dijo: -Entonces, ¿qué quieres de mí, Señor de la Guerra?

-¿Has olvidado lo que hablamos antes de Isstvan? ¿Eres Fulgrim una vez más?

-He limpiado mi carne de la presencia de la criatura.

-Bien -dijo Horus. -Lo que digo aquí son asuntos de la legión, y no se refiere a las cosas que habitan más allá de nuestro mundo.

-Expulsé al monstruo de la disformidad, pero aprendí muchas cosas de él mientras nuestras almas se entrelazaron.

-¿Qué cosas? -preguntó Mortarion.

-Hemos negociado con sus amos, realizado pactos -susurró Fulgrim, señalando una garra hoja hoz a Horus. -Tú has hecho pactos de sangre con los dioses, y los juramentos a los dioses no deben romperse a la ligera.

-Me enferma hasta mis huesos oírle hablar de mantener la fe en los juramentos -dijo Mortarion.

El Señor de la Guerra levantó una mano para protegerse de la respuesta venenosa de Fulgrim, y dijo: -Los dos estáis aquí porque no tengo necesidad de sus talentos únicos. La ira de los Hijos de Horus es que se desató una vez más, y yo no lo vería así sin mis hermanos a mi lado '.

Horus caminó un lento círculo, tejiendo sus palabras alrededor Mortarion y Fulgrim como una telaraña.

-Erebus levantó su gran Tormenta de Perdición en Calth y dividió la galaxia en dos. Más allá de sus tempestades, los Quinientos mundos arden bajo la “Cruzada Sombría” de Lorgar y Angron, pero sus matanzas sin sentido no tienen

consecuencias, por ahora. Lo que suceda aquí, con nosotros, con vosotros, es lo que marcará la diferencia entre la victoria o la derrota.

Las palabras del Señor de la Guerra eran señuelo y bálsamo todo en uno, obvio incluso para Aximand, pero que estaban teniendo el efecto deseado.

-¿Marcharemos a Terra por fin? -preguntó Mortarion.

Horus se echó a reír. -Todavía no, pero pronto. Es en preparación para ese día por lo que os he llamado aquí.

Horus dio un paso atrás y levantó los brazos cuando la maquinaria antigua se levantó del suelo mientras excrecencias rápidas de coral se desarrollaron y ampliaron con precisión mecanizada. Cien o más cilindros de vidrio crecieron con ellos, cada uno con un cuerpo tendido para siempre en el umbral entre la existencia y el olvido.

Desde entradas inéditas, una gran cantidad de tecnoadeptos del Mechanicum lastimosos y vestidos de negro entraron y tomaron posiciones junto a los cilindros brillando suavemente.

-A todas luces mortal, nuestro padre es un dios -dijo Horus. –Y pese a que ÉL ha permitido a su dominio a caer en la rebelión, sigue siendo demasiado poderoso como para enfrentarnos a él.

-¿Incluso para ti? -dijo Fulgrim con una sonrisa.

-Incluso para mí -convino Horus. -Para matar a un dios, un guerrero primero debe convertirse en un dios.

Horus se detuvo. -Por lo menos, eso es lo que los muertos me dicen.

DOS
Raíces sólidas
Molech
El fuego de Medusa

Una cúpula de un kilómetro de altura encerraba el Hegemón, una hazaña de la ingeniería civil que encapsulaba perfectamente la visión en el centro del complejo del

Palacio. Situado dentro del Recinto Kath Mandau de la Antigua Himalazia, el Hegemón era la sede del gobierno imperial, una metrópolis de actividad que nunca se tomaba una pausa para respirar en sus trabajos incesantes.

Lord Dorn había, por supuesto, querido fortificarlo, cubriendo sus paredes doradas con adamantium y piedra, pero esa orden fue rescindida en silencio al más alto nivel. Si los ejércitos del Señor de la Guerra llegaron penetraban tanto en el Palacio entonces la guerra ya estaba perdida.

Un millón de habitaciones y pasillos veteaban sus huesos, desde cubículos de escribanos sin alma de ladrillo desnudo hasta las cámaras altas de ouslita, mármol y oro que guardaban los mayores tesoros artísticos de los siglos. Decenas de miles de escribanos y secretarios con túnicas se apresuraban a lo largo de innumerables explanadas elevadas, escoltados por servidores cargados con documentos y sirvientes trotando. Embajadores y la nobleza de todo el mundo se reunieron para solicitar a los señores de Terra mientras los ministros dirigían los asuntos de los innumerables departamentos.

El Hegemón había dejado de ser un edificio tal como se definía por el término. Más bien se había extendido más allá de la cúpula para convertirse en una gran ciudad en sí misma, una masa de simas de archivos hundidas, torres de oficinas, cúpulas de los peticionarios, los palacios de la burocracia y las terrazas escalonadas de jardines colgantes. A través de los siglos se había convertido en un órgano apenas entendido dentro del cuerpo imperial que funcionaba a pesar de -o quizás debido a- su propia complejidad. Este era el lento corazón que late hacia los dominios del Emperador, donde las decisiones que afectan a miles de millones eran enviados por toda la galaxia por funcionarios que nunca habían vivido un día más allá de los circuitos sinuosos del Palacio.

Y el Recinto Kath Mandau era sólo uno de muchos cientos de tales regiones encerradas por las paredes forradas de acero de la fortaleza más poderosa de Terra.

Bajo el ápice suspendido entre nubes de la cúpula central del Hegemón había una fosa tectónica aislada donde se podían encontrar los últimos ejemplos de vegetación natural en Terra. Tan enorme era la cúpula que diferentes microclimas dominaban a diferentes alturas, creando patrones climáticos en miniatura que desmentían las nociones de clausura.

Brillantes acantilados blancos estaban manteados con árboles de hoja perenne de montaña y brocados con cascadas de hielo que alimentaban un lago cristalino de brillante piel de koi. Aferradas a un espolón de roca a mitad de los acantilados yacían las ruinas de una antigua ciudadela. Su muralla exterior cayó hace tiempo, y los restos de un torreón interior fueron demarcados por una serie de anillos concéntricos de piedra volcánica vidriosa.

El valle había existido antes de la construcción del Palacio, y los rumores decían que poseía un significado especial para el mismo Señor de la Humanidad.

Un hombre conocía la verdad de esto, pero nunca la diría.

Malcador el Sigilita estaba sentado ante la orilla ondulante del lago, deliberando si se debía avanzar de manera constante por la derecha o lanzar la cautela al aire en un asalto en toda regla. Tenía una fuerza superior, pero su oponente era mucho más grande que él, una torre gigante encerrado en una armadura del color de la luz de una luna de hielo y cubierto con una capa de pelaje. Trenzas largas de cabello rojizo, tejidos con gemas pulidas y colmillos amarillentos partían de su rostro, de un mármol blanco de buen salvaje bajo la luz artificial de la cúpula.

-¿Vas a hacer un movimiento? -preguntó el Rey Lobo.

-Paciencia, Leman -dijo Malcador. -Las sutilezas de hnefatafl son múltiples, y cada movimiento requiere de una cuidadosa reflexión. Sobre todo cuando uno es el atacante.

-Soy consciente de las sutilezas del juego -respondió Leman Russ, con la voz ronca y amenazante de un depredador. -Yo inventé esta variante.

-Entonces debes saber que no hay que apresurarse.

Mítico más allá de todo sentido de la palabra, Leman Russ era un tsunami que nace en alta mar y construye su poder a través de miles de kilómetros a medida que se acerca a la costa. Su forma física era el instante antes del impacto, y todos los que le miraban lo sabía. Incluso cuando aparentemente estaba en paz, se sentía como si Leman Russ se limitara a contener una violencia explosiva con gran esfuerzo.

Un cuchillo de caza con mango de hueso estaba ceñido a su cintura; una daga para uno de su escala posthumana, una espada para todos los demás.

Al lado de Leman Russ, Malcador era un anciano frágil de hombros encorvados. Lo que era, al paso del tiempo, menos una imagen cuidadosamente cultivada y más un fiel reflejo del cansancio profundo de su alma. El pelo blanco se derramaba de su corona y se posaba sobre sus hombros como la nieve en los flancos imponentes de Chomolungma.

Él podría adecentar su pelo en compañía de Sanguinius o Rogal Dorn, pero con Russ la observación de sutilezas físicas eran secundarios a los asuntos que trataban.

Malcador estudió el tablero, un hexágono dividido en segmentos irregulares con un octógono colocado en su centro. Cada segmento estaba perforado con ranuras en las que se colocan las piezas de juego talladas a partir de dientes hrosshvalur amarillentos; una mezcla de guerreros, reyes, monstruos y fuerzas elementales. Algunas partes del tablero eran móviles, capaces de deslizarse una sobre la otra y ocluir o revelar segmentos frescos, y las barras establecidas en cada lado podían ser rotadas para bloquear o abrir ranuras. Todo lo cual permitía a un jugador astuto alterar radicalmente el carácter del juego de un solo golpe.

Uno de los jugadores tenía un rey y una pequeña banda de secuaces; el otro un ejército, y como en la mayoría de estos juegos, el objetivo era matar al rey enemigo. O mantenerlo con vida, según el bando que elijas. Russ siempre optaba por jugar al rey en inferioridad numérica.

Malcador sacó un jarl y lo empujó hacia el octágono donde las piezas del Rey Lobo se habían reunido, entonces torcido una de las barras laterales. Al hacer clic en mecanismos rotados dentro de la tabla, era imposible saber a ciencia cierta qué ranuras se abrirían y cuales cerrarían hasta que un jugador comprometiera a un movimiento.

-Audaz -señaló Russ. -Nemo diría que no habías dado el suficiente tiempo a ese movimiento.

-Me estabas presionando.

-¿Y te dejaste aguijonear? -reflexionó Russ. -Me sorprende.

-No es el momento para la reflexión profunda ahora.

-Ya lo dejaste claro antes.

-Es un punto que debe hacerse claro

-Ni tampoco es un tiempo para la imprudencia -dijo Russ, moviendo su Warhawk y torciendo una barra lateral. El jarl de Malcador cayó sobre su lado cuando la ranura que había ocupado quedó sellada.

-Tonto -dijo Malcador, renunciando a la oportunidad de alterar el tablero para avanzar una pieza extra. –Ahora estás expuesto.

Russ negó con la cabeza y apretó el segmento del tablero ante él, girándola noventa grados. Cuando hizo clic en su lugar, Malcador vio que los secuaces del rey estaban ahora preparados para flanquear a su ejército y ejecutar a su pieza cardinal.

-Tú dices expuesto -dijo Russ. –Yo digo berkutra.

-El Corte del Cazador –tradujo Malcador. -Eso es chogoriano.

-El Khan me enseñó su nombre para él -dijo Russ, nunca tomando la virtud de otro por su propia cuenta. –Nosotros lo llamamos almáttigrbíta, pero me gusta más su palabra.

Malcador inclinó graciosamente su pieza cardinal sobre su lado, sabiendo que no habría escape de la trampa del Rey Lobo; sólo un lento desgaste en donde vería a su ejército sin líder dispersó por las esquinas del tablero.

-Bien jugado, Leman -dijo Malcador.

Russ asintió y se agachó para levantar una jarra de vino de cuello ancho al lado de la mesa. Portó un par de copas de peltre en la otra mano y se quedó con una antes de entregar la segunda a Malcador. El Sigilita tomó nota de la procedencia del vino y levantó una ceja curiosa.

Russ se encogió de hombros. -No todo lo de los Hijos se amargó con la brujería.

El vino fue vertido, y Malcador se vio obligado a estar de acuerdo.

-¿Cuánto tiempo pasará hasta que tu flota esté lista para la batalla? -preguntó Malcador, a pesar de que ya había digerido los horarios de trabajo de las naves de Fenris del Fabricante Kane, en los astilleros orbitales Novopangeanos.

-Los cachorros de Alpharius trataron de romper el corazón del Hrafnkel, pero sus huesos son fuertes y navegarán de nuevo -dijo Russ con un gruñido flemático. -Los

astilleros me dicen que pasarán otros tres meses por lo menos antes de que pueda viajar por el vacío, y ni siquiera las amenazas de oso están consiguiendo que se muevan más rápido.

-¿Oso?

-Un término equivocado que está atascado -fue todo lo que Russ diría.

¿Y el resto de la flota?

-Probablemente más -dijo Russ. -El retraso se irrita, pero si los ángeles de Caliban no hubieran llegado cuando lo hicieron, no quedarían una flota para reconstruir en absoluto. Llenamos nuestro tiempo sin embargo. Entrenamos, luchamos y nos preparamos para lo que viene.

-¿Has pensado en la alternativa que abordé?

-Lo hice -dijo Russ.

-¿Y?

-Mi respuesta es no -respondió Russ. -Apesta a venganza y último recurso.

-Es la estrategia -dijo Malcador. -Preventivo, si se quiere.

-Semántica -dijo Russ, una fresa de advertencia en su voz. -No pienses en tejer nudos lingüísticos a mi alrededor, Sigilita. Yo sé por qué quieres ese planeta carbonizado, pero soy un guerrero, no un destructor.

-Una delgada distinción, amigo mío, pero si la muerte de cualquier mundo desvía el curso del Señor de la Guerra sería ese

-Tal vez, pero eso es un asesinato para otro día -dijo Russ. –Las armas de mi flota estarán mejor dirigidas contra el mismo Horus.

-¿Así que te has ceñido a ese curso?

-Igual que el maldito hielo aparejador de bróðirgráta está condenado a seguir la mala estrella.

-A Dorn le gustaría que te quedaras -dijo Malcador, pasando las piezas rojas a Russ. -Sabes que Terra sería más poderosa con el Gran Lobo esperando, con sus colmillos y garras afiladas.

-Si Rogal me quiere tanto, debería pedírmelo él mismo.

-Él está in absentia en este momento.

-Sé dónde está -dijo Russ. -¿Crees que me abrí camino de vuelta de Alaxxes y no dejé cazadores silenciosos en las sombras para ver quién sigue mi estela? Sé de la nave intrusa y vi a los hombres de Rogal tomarla.

-Rogal es orgulloso -dijo Malcador. -Pero yo no. Quédate, Leman. Alinea a tus lobos en las murallas de Terra.

El Rey Lobo sacudió la cabeza. -Yo no estoy hecho para esperar, Sigilita. No peleo bien detrás de piedras, esperando a un enemigo que trata de enterrarme. Soy el verdugo, y el verdugo asesta el primer golpe, un golpe mortal que termina la disputa antes de que comience.

Malcador asintió. Sospechaba que esta sería la respuesta de Russ, pero no obstante tenía que presentar una alternativa. Levantó la vista hacia los niveles más altos de la cúpula, donde los vientos anabáticos distantes tiraron de las nubes. Un adivino o astrólogo podría leer presagios y señales del futuro en su forma, pero Malcador solo vio nubes.

-¿Has convocado al cachorro exiliado? -dijo Russ, reclinándose y vaciando su vino como si fuera agua.

Malcador devolvió la mirada a Russ. -No deberías llamarle eso, mi amigo. Se enfrentó a la decisión del Señor de la Guerra de traicionar al Emperador y se negó a seguirle. No hay que subestimar la fuerza de carácter que tuvo, una fuerza que un gran número de otros fracasaron singularmente en mostrar.

Russ asintió, dándole la razón mientras Malcador continuó. –La lanzadera de la Ciudadela Somnus llegó a la villa de Yasu esta mañana. Se acerca al Hegemón mientras hablamos.

-¿Y todavía crees que él es el mejor?

-¿El mejor? -dijo Malcador. -Una cosa difícil de cuantificar. Él es el único capaz, sin duda, pero ¿Es el mejor? ¿El mejor qué? ¿El mejor luchador, el mejor tirador, el mejor corazón? No sé si es el mejor de ellos, pero no te fallará.

Russ dejó escapar un pesado suspiro animal y dijo: -He leído una única vez los datos que me diste, y no hacen por ser una lectura reconfortante. Cuando Nathaniel Garro le encontró era un carnicero enloquecido, un asesino de inocentes.

-El hecho de que sobrevivió a la masacre fue un milagro.

-Sí, tal vez sí -dijo Russ.

-Confía en mí, Leman; éste está con nosotros, tan recto y depravado como cualquiera que he conocido.

-¿Y si te equivocas? -preguntó Russ, inclinado sobre el tablero y derrocando a su propio rey. -¿Y si vuelve al Señor de la Guerra? Las cosas que ha visto y hecho. Las cosas que él sabe. Incluso si él es tan leal como crees, no puedes saber qué va a pasar cuando entre en el vientre de la bestia. Sabes cuánta responsabilidad recaerá.

-Demasiado bien, viejo amigo -dijo Malcador. -Tu vida, la del Emperador. Tal vez la vida de todos. El emperador te hizo para un fin terrible, pero necesario. Si alguien puede parar a Horus antes de que llegue a Terra, eres tú.

La cabeza de Russ se alzó y su labio superior se acurrucó sobre sus dientes, como un sensor de peligro animal. -Él está aquí.

Malcador miró hacia el valle y vio una figura solitaria alcanzando la cabeza del puente muy por debajo del Sigilita. A esta distancia, era poco más que una mota de gris metalizado contra el blanco de los acantilados, pero su porte era inconfundible.

Russ se puso en pie y observó a la distante figura, considerándole como si fuera un perro herido que pudiera morder su amo en cualquier momento.

-Así que ese es Garviel Loken -dijo Russ.

Radiante luz fluorescente llenaba el Domo de Revivificación con la llegada de los crio-tubos y Aximand sintió un malestar no poco irracional al ver a los que estaban

vivos y sin embargo debían estar muertos. La idea provocó el recuerdo de un sueño, un eco oído a medias de algo que es mejor olvidar.

-¿Quiénes son? -preguntó Mortarion, su palidez mortal aún más cadavérica por el resplandor de los mecanismos para mantener la vida del Mausolytica.

-Ellos son el mayor recurso de Dwell -dijo Horus, mientras Fulgrim se trasladó a través de los cilindros criogénicos con el roce de la carne correosa antinatural contra el vidrio roto. -Mil generaciones de sus más brillantes mentes, mantenidas siempre ante el umbral de la muerte en el último instante de sus vidas.

Horus llamó a Aximand y él se colocó a la diestra del Señor de la Guerra. Horus colocó el guante con garras en su hombrera.

-Aquí Aximand dirigió el asalto para tomar los Recintos Mausolyticos -dijo Horus con orgullo. –No sin un pequeño costo personal.

Fulgrim se volvió hacia él, y Aximand vio que el cambio en el fenicio fue mucho más profundo que su transformación física. El narcisismo que Aximand siempre sospechó que anidaba en el corazón impulsivo-obsesivo de los Hijos del Emperador por la perfección era rampante en Fulgrim. Nada de lo que decía podría ser tomado en sentido literal, y Aximand se preguntó si confiar en Fulgrim fue la perdición de Perturabo. Seguramente Horus no cometería el mismo error.

-Tu cara -dijo el fenicio. -¿Qué pasó con ella?

-Me descuidé en las proximidades de una hoja de Medusa.

Fulgrim se acercó con uno de sus brazos y se apoderó de la barbilla de Aximand, volviendo la cabeza a uno y otro lado. El tacto era repelente y estimulante.

-Todo tu rostro eliminado en un solo corte -dijo Fulgrim con admiración. -¿Cómo lo sentiste?

-Doloroso.

-Lucius lo aprobaría -dijo Fulgrim. -Pero no deberías haberla reconstruido. Imagine la felicidad de ese dolor cada vez que estuvieras con el casco. Y parecerte menos a mi hermano no es mala idea.

El fenicio pasó y Aximand sintió una curiosa mezcla de alivio y lamento por no sentir ya el toque del primarca.

-¿Así que puedes hablar con ellos? -preguntó Mortarion, examinando los mandos de un crio-tubo. El tecnoadepto a su lado cayó de rodillas, sucio y llorando de terror.

El Señor de la Guerra asintió. -Todo lo que estas personas sabían se conserva y se mezcla con los cientos de rememoradores e iteradores que vinieron a este mundo después de que Guilliman lo devolviera para el Imperio.

-¿Y qué es lo que dicen?

Horus se dirigió a un cilindro de luz suave en el que yacía la forma yacente de un anciano. El Mournival lo siguió y Aximand vio que el cuerpo dentro estaba envuelto en una bandera aquila de oro rojo, cuyos pliegues y los contornos de sus rasgos sugerían que no era un habitante nativo.

-Tratan de no decir nada -sonrió Horus. -Cómo ha cambiado la galaxia no es de su gusto. Gritan y patalean, tratando de mantenerme ajeno a lo que quiero, pero no pueden gritar todo el tiempo.

Fulgrim enrolló su serpentina parte inferior del cuerpo en torno a los mecanismos del cilindro, alzándose hacia arriba y mirando a través del cristal esmerilado.

-Yo conozco a este hombre -dijo, y Aximand vio que él también lo reconoció, imaginando la cara conservada como lo había sido hace casi dos siglos, cuando su dueño abordó el Espíritu Vengativo.

-Arthis Varfell -dijo Horus. -Sus iteraciones durante los últimos días de la Unidad fueron fundamentales en la pacificación del Sistema Solar. Y sus monografías sobre los beneficios a largo plazo de pre-introducción de agentes Advocatus en las culturas indígenas antes de la gestiones de sometimiento se convirtieron en lectura obligatoria.

-¿Qué está haciendo aquí? -preguntó Mortarion.

-Varfell formaba parte de las fuerzas expedicionarias de la Decimotercera cuando llegaron a este mundo-dijo Horus. -Roboute le dio mucho crédito por reintegrar Dwell al Imperio sin sangre. Pero poco después del sometimiento el corazón del anciano finalmente comenzó a rechazar los tratamientos juvenat, y escogió ser

implantado dentro del Mausolytica en lugar de seguir adelante. Le gustaba bastante la idea de convertirse en parte de memoria compartida de un mundo entero.

-¿Él te dijo eso?

-Con el tiempo -dijo Horus. -Los muertos no renuncian fácilmente a sus secretos, pero yo no le pregunté suavemente.

-¿Qué saben los muertos de este mundo de los dioses y su perdición? -exigió Fulgrim.

-Más que tú o yo -dijo Horus.

-¿Qué significa eso?

Horus caminó a través de las filas de crio-tubos, tocando algunos y haciendo una pausa por un momento para mirar a sus ocupantes brillando intensamente. Habló mientras caminaba, como si no lo considerara nada importante, aunque Aximand vio que la estudiada indiferencia velaba una gran importancia.

-Vine a Dwell porque hace poco me di cuenta de varias lagunas en mis recuerdos, huecos donde debería existir una historia perfecta.

-¿Qué no pudiste recordar? -dijo Fulgrim.

-Si eso no es una pregunta estúpida, no sé lo que es -gruñó Mortarion con un sonido que podría haber sido carcajadas.

Fulgrim siseó con furia, pero el Señor de la Muerte no le hizo caso.

-Había leído el registro de la Gran Cruzada en relación a Dwell hace décadas, por supuesto -continuó Horus, -y aunque lo aparté de mis pensamientos no hubo ningún conflicto. Pero cuando envié la decimoséptima a Calth, Roboute habló de la gran biblioteca que su más alto epistolario había construido. Él dijo que era un tesoro de conocimiento que competía con el Mausolytica de Dwell y su gran repositorio de los muertos.

-¿Así que viniste a Dwell para ver podrías llenar el vacío en tu memoria? -dijo Fulgrim.

-En cierto modo -asintió Horus, volviendo a donde comenzó su circuito por los tubos. -Cada hombre y mujer enterrado aquí durante milenios se ha convertido en

parte de una conciencia compartida, una memoria mundial que contiene todo lo que había aprendido cada individuo, desde las primeras diásporas hasta la actualidad.

-Impresionante -estuvo de acuerdo Mortarion.

-Casi -dijo Fulgrim. -Todos tenemos memoria eidética. ¿Qué hay aquí de valor que no sepa ya?

-¿Recuerdas todas sus batallas, Fulgrim? -preguntó Horus.

-Por supuesto. Cada movimiento de la espada, cada maniobra, cada disparo. Cada muerte.

-¿Nombres de escuadrones, guerreros? ¿Lugares, gente?

-Todo ello -insistió Fulgrim.

-Entonces cuéntame de Molech -dijo Horus. -Dime lo que recuerdas de ese sometimiento.

Fulgrim abrió la boca para hablar, pero las palabras no salieron. Su expresión era la de un recluta inexpresivo mientras buscaba la respuesta a la pregunta retórica de un sargento.

-No lo entiendo -dijo Fulgrim. -Me acuerdo de Molech, si, sus selvas y sus altos castillos y sus caballeros, pero...

Sus palabras se apagaron, poniendo a Aximand en la mente de un guerrero que sufre un traumatismo craneoencefálico grave. -Los dos estábamos allí, tú y yo, antes de que la Tercera Legión tuviera los efectivos para funcionar por sí solos. ¿Y el león? Espera, ¿Estaba Jaghatai allí también?

Horus asintió. -Así lo dicen los registros -dijo. -Nosotros cuatro y el Emperador viajamos a Molech. Lo sometimos, por supuesto. ¿Qué planeta ofrecería resistencia a fuerzas legionarias lideradas por el Emperador?

-Una fuerza abrumadora -dijo Mortarion. -¿Se esperaba una fuerte resistencia?

-Muy lejos de la verdad -dijo Horus. -Los gobernantes de Molech eran guardianes de registros sempiternos y recordaban Terra. Sus habitantes habían resistido la Vieja Noche, y cuando el Emperador descendió a la superficie fue inevitable que aceptaran el sometimiento.

-¿Permanecimos allí durante algunos meses, no? -preguntó Fulgrim.

Aximand miró a Abaddon y vio la misma expresión en el rostro del primer capitán que sentía mostraba. Él también recordaba Molech, pero al igual que los primarcas estaba teniendo dificultades para recordar detalles específicos. Aximand casi seguro que había visitado la superficie del planeta, pero encontró dificultades para formar un cuadro coherente de sus alrededores.

-De acuerdo con los holoregistros del Espíritu Vengativo, estuvimos allí durante ciento once días terranos estándar, ciento nueve locales. Después nos fuimos dejando casi un centenar de regimientos del Ejército, tres cohortes del Titanicus y destacamentos de guarnición de dos legiones allí.

-¿Por un planeta que abrazó el sometimiento? -dijo Mortarion. -Un desperdicio de recursos como nunca he oído. ¿Qué necesidad tenía el Emperador de fortalecer Molech con tanta fuerza?

Horus chasqueó los dedos y dijo: -Así es.

-Supongo que tienes una respuesta para esa pregunta -dijo Fulgrim. -De lo contrario ¿Por qué convocarnos aquí?

-Tengo algo parecido a una respuesta -dijo Horus, tocando el crio-tubo que contenía a Arthis Varfell. -La especialidad de este iterador particular era la historia temprana del Emperador, las guerras de la Unificación y los diversos mitos y leyendas en torno a su ascensión al trono de la Vieja Tierra. Los recuerdos de Dwell son inmaculados, y muchos de sus primeros pobladores fueron conducidos aquí por las mareas embravecidas de la Vieja Noche. Lo que recordaban se remontaba muy atrás, y Varfell lo asimiló todo.

-¿Qué quieres decir? -preguntó Fulgrim.

-Quiero decir que algunos de los más antiguos moradores procedían de Molech, y recuerdan la primera aparición del Emperador en su mundo.

-¿Primera? -dijo Fulgrim.

Mortarion agarró Silencio fuertemente. -¿Había estado allí antes? ¿Cuándo?

.Si estoy interpretando los sueños de los muerto bien, entonces nuestro padre pisó Molech por primera vez muchos siglos, o incluso milenios antes de las guerras de la

Unificación. Él vino en una nave espacial, que nunca regresó a la Tierra, una nave espacial que creo ahora es el corazón de la Ciudadela Aurora.

-La Ciudadela Aurora... recuerdo eso -dijo Fulgrim. -¡Sí, había una estructura fea, hecha de piezas canibalizadas de una nave al final de un valle montañoso! El León construyó uno de sus castillos sombríos alrededor de él ¿no?

-Lo hizo en efecto -dijo Horus. -El emperador necesitaba una nave espacial para llegar a Molech, pero no la necesitó para volver. Lo que fuera que Él encontró lo convirtió en un dios, o tan cerca a uno que no marca diferencia.

-¿Y crees que lo que fuese aún está allí? -dijo Fulgrim con anticipación embriagadora. -¿Incluso después de todo este tiempo?

-¿Por qué si no dejar el planeta tan fuertemente defendido? -dijo Mortarion. -Es la única explicación.

Horus asintió. -A través de Arthis Varfell, aprendí mucho de los primeros años de Molech, junto con lo que los cuatro de nosotros hicimos allí. Parte de ello aún lo recordaba.

-¿El Emperador borró tus recuerdos de Molech? -dijo Abaddon, olvidándose de sí mismo por un momento.

-¡Ezekyle! -silbó Aximand.

La indignación de Abaddon eclipsó su decoro, su cólera despertó mientras buscaba dar rienda suelta a su ira. Detrás de él, las estrellas seguían ahí fuera, proyectando una luz brillante sobre Tyjun. Luces de posición de patrulleras barrían la ciudad. Algunos cerca, algunos muy lejos, pero ninguno se acercó a la estructura esquelética de la cúpula.

-No, no borrados -dijo Horus, con vistas a la explosión de su primer capitán. -Algo tan drástico se traduciría rápidamente en una forma de disonancia cognitiva que llamaría la atención sobre su propia existencia. Esto fue más... manipulación, disminución de algunos recuerdos y el fortalecimiento de otros para eclipsar los vacíos.

-Pero para alterar los recuerdos de tres legiones completas -respiró Fulgrim. –El poder que requeriría...

-¿Así que, a Moloc entonces? -dijo Mortarion.

-Sí, hermanos -dijo Horus, abriendo los brazos. -Hemos de seguir los pasos de un dios y convertirnos en dioses nosotros mismos.

-Nuestras legiones están listas -dijo Fulgrim, su cuerpo serpentino brillando con anticipación febril.

-No, hermano, solo requiero la legión de Mortarion para hacer la guerra -dijo Horus.

-Entonces, ¿Por qué nos convocas a todos? -le espetó Fulgrim. -¿Por qué insultar a mis guerreros excluyéndolos de tus planes?

-Porque no necesito a tu legión, sino a ti -dijo Horus, alanceando al corazón de la vanidad de Fulgrim. -Mi hermano fenicio, te necesito más que nada.

Los filtros oculares del Aximand se atenuaron cuando varias luces de posición se extendieron por los tirantes con hebillas de la cúpula. Rígidas sombras se inclinaron y torcieron.

Todo el mundo miró hacia arriba.

La oscura silueta de un avión se elevó más allá de la cúpula, sus motores rugiendo con la corriente descendente. Una tormenta de nieve de cristal fue transportada por el aire. Reflexiones brillantes deslumbraron como la nieve.

-¿Quién demonios de volar tan cerca? -dijo Abaddon, protegiéndose los ojos del resplandor cegador. Más ruido, más luces de posición frescas desde el otro lado de la cúpula.

Otros dos aviones.

Raptors de Fuego. Asesinos de hordas que se ganaron su nombre en Ullanor. Revestidos en negro antireflectante. Haciendo una pasada, rodeando la cúpula. Los iconos en su glacis brillaban con orgullo después de meses de ser oscurecidos.

Guanteletes de plata en un campo negro.

-¡Es Meduson! -gritó Aximand. -¡Es el maldito Shadrak Meduson!

Tres cañones Avenger fijos rugieron al unísono. Los rebuznos de los cañones cuádruples de torretas montadas le siguieron un instante después.

Y la Cúpula de Revivificación se desvaneció en un infierno de llamaradas naranja.

El juego se llamaba hnefatafl y Loken se encontró en la presencia de un titán que nunca había esperado volver a ver, y mucho menos sentado enfrente. Se había encontrado con primarcas antes, siquiera había hablado con algunos de ellos no sin hacer el ridículo, pero el Rey Lobo era otra entidad en conjunto. Una fuerza primitiva ligada a una forma inmortal, una furia elemental tejida alrededor de un marco de carne y hueso invencible.

Y, sin embargo, de todos los semidioses post-humanos que había conocido, Russ dio la impresión de ser el más humano.

Hasta hace diez horas Loken estaba acomodado dentro de una cúpula botánica lunar en el borde del Mare Tranquillitatis. Desde su regreso de la misión de Caliban, había pasado la mayor parte de su tiempo atendiendo a los jardines dentro de la cúpula, en busca de una paz que se mantuvo siempre fuera de su alcance.

Iacton Qruze había traído la llamada de Malcador, junto con su armadura gris metalizada desnuda, pero su compañero Caballero Errante no le había acompañado en el Stormbird a Terra, diciendo que tenía trabajo pesado en otros lugares. El Que Se Oye A Medias había cambiado notablemente desde su tiempo juntos a bordo del Espíritu Vengativo, convirtiéndose en un hombre más triste, pero más sabio. Loken no estaba seguro de si eso era bueno o no.

El Stormbird le dejó en un chalet en las montañas más allá del palacio, y una chica joven con la piel como el carbón bruñido que se había presentado a sí misma como Ekata le había ofrecido un refrigerio. Declinó, encontrando su aspecto inquietante, como un recordatorio de alguien que alguna vez había conocido. Lo condujo a un esquife negro blasonado con un dragón serpentino. Voló hacia el corazón de los recintos del palacio, bajo la sombra de una de las grandes placas orbitales amarradas a una ladera de la montaña, hasta llegar a la tierra a la vista de la gran cúpula del Hegemón. Él subió el valle solo, deteniéndose sólo cuando alcanzó el puente del Sigilita y vio las dos figuras al otro lado del lago.

Malcador se sentó en un taburete a un flanco del tablero y Loken le dedicó una mirada de perplejidad.

-¿Me llamó a Terra sólo para jugar a un juego?

-No -respondió Russ, -pero juega de todos modos.

-Un buen juego es como un espejo que te permite mirar dentro de ti mismo -dijo Malcador. -Y puedes aprender mucho acerca de un hombre mirando cómo juega un juego.

Loken miró el tablero, con sus segmentos móviles, varillas giratorias y una fuerza en inferioridad numérica.

-No sé cómo jugar -dijo.

-Es muy sencillo -dijo Russ, moviendo una pieza hacia adelante y girando una ranura. -Es como la guerra. Aprenderás las normas rápido y entonces tendrás que jugar mejor que los demás.

Loken asintió y movió una pieza hacia adelante en el centro. El suyo era el ejército más grande, pero no tenía ninguna duda de que sería de poca ventaja sobre el hombre que sospechaba que había ideado el juego. Gastó los movimientos de apertura en lo que esperaba fuera un asalto total, provocando respuestas del Rey Lobo, que ni siquiera se dignó a mirar el tablero o pareció dar a su estrategia consideración alguna.

En un lapso de seis movimientos, estaba claro que Loken había perdido, pero tenía una mejor idea de cómo se jugaba el juego. En diez movimientos, su ejército se había dividido y su pieza cardinal eliminado.

-Una vez más -dijo Russ, y Malcador restableció las piezas.

Ambos jugaron otras dos partidas, con Loken derrotado en ambas ocasiones, pero como cualquier guerrero de las Legiones Astartes, Loken era un estudiante aplicado. Con cada movimiento, su aprecio por el juego fue creciendo hasta que, en el punto medio del tercer juego, sentía que tenía un buen conocimiento de sus normas y sus aplicaciones.

Este último juego terminó como los tres anteriores, con el ejército de Loken disperso y perdido. Él se echó hacia atrás y sonrió.

-¿Otro juego, mi señor? -dijo. -Casi te tenía hasta que cambió el tablero.

-Uno de los finales favoritos de Leman es con una reforma audaz del paisaje -dijo Malcador. -Pero creo que hemos jugado lo suficiente, ¿No?

Russ se inclinó sobre el tablero y dijo: -No aprende lo bastante rápido. No aprende lo suficientemente rápido.

Esta última parte fue dirigida a Malcador.

-Él ya juega mejor que yo -dijo el Sigilita.

-Incluso el Balt jugar mejor que tú -dijo Russ. -Y ellos tienen mentes como vatnkýr golpeando. Él no escuchó lo que le dije, él no aprendió las reglas rápidas y no jugó mejor que los demás.

-Otro juego entonces -le espetó Loken. -Te voy a mostrar lo rápido que aprendo. ¿O tienes miedo de que le derrote en su propio juego?

Russ le miró fijamente bajo las cejas encapuchados y Loken vio la muerte en sus ojos, el conocimiento seguro y cierto de su propia perdición. Había tentado a un primarca de notoria imprevisibilidad y vio que su impresión anterior de Russ como el más humano de los primarcas quedaba muy lejos de la realidad.

Ahora estaba a punto de pagar por ese error.

Y no le importaba.

Russ asintió y su estado de ánimo de matar levantó con una amplia sonrisa que dejaba al descubierto los dientes que parecían demasiado grandes para su boca para contener.

-Es un jugador pésimo, pero me cae bien -dijo el Rey Lobo. -Tal vez tenías razón sobre él, Sigilita. Tiene raíces profundas después de todo. Él lo hará.

Loken no dijo nada y se preguntó qué clase de prueba que acababa de pasar y lo que se había dicho de él antes de su llegada.

-¿Qué voy a hacer qué? -le preguntó.

-Lo que vas a hacer para mí no es sino encontrar una manera de matar a Horus -dijo el Rey Lobo.

Horus conocía las capacidades de los Raptors de Fuego íntimamente. Su alcance, montajes de armamento, cadencia de fuego. Ullanor había mostrado cuán salvaje podía ser una cañonera. Había sido parte integral de la victoria.

Debería estar muerto.

Él inhaló vapores o emanaciones de azufre caliente. Fycelina, metal quemado, carne quemada. Horus rodó sobre su costado. Oía mal. Un entumecimiento amortiguador llenó su cabeza con ecos apagados. El raspado de una sierra. Sordas detonaciones.

No necesitaba su pantalla retinal para saber lo mal que le habían herido. Su armadura estaba maltratada pero no penetrada, aunque su piel fue quemada hasta los huesos y cráneo desnudo quedó chamuscado. Advertencias de temperatura, insuficiencia de oxígeno, daño en los órganos. Les cerró con un pensamiento.

Claridad. Necesitaba claridad.

¡Shadrak Meduson!

Las reacciones autonómicas tomaron el mando. El tiempo y el movimiento se convirtieron en algo gelatinoso cuando Horus se puso de pie. Se tambaleó, mareado y conmocionado por las ondas de choque. ¿Cuánto tenía que recibir un primarca para sentirse mareado?

Las llamas lo rodeaban. El Domo de Revivificación era historia, su estructura destrozada por arcos segadores de proyectiles reactivos. Los crio-tubos yacían entre las ruinas destrozadas. Los cuerpos forrados de cuero fumaban como raciones de viaje.

Horus vio a Noctua y Aximand atrapados bajo parte de la estructura caída. Las placas de su servoarmaduras se doblaron y dividieron, los yelmos fragmentados en pedazos. No había señales del Fabricante de Viudas o Ezekyle.

-¡Mortarion! –gritó. -¡Fulgrim!

¿Sus hermanos? ¿Dónde estaban sus hermanos?

Una figura se elevó desde el centro de la cúpula, dolorosamente brillante. Demasiado brillante, emitiendo una radiación que envió una ola de náuseas a través de su intestino. Sinuoso, alado, dotado de muchos brazos.

Hermoso, tan hermoso. Incluso sangrando luz enfermiza de grietas en su esencia. Se levantó como un ave fénix de crin de nieve, que renace de las cenizas de su renacer inmortal. Horus vio tendones como amarras en el cuello de Fulgrim, y sus negros ojos de asesino ahora llenos de luz que no era luz.

Un Raptor de Fuego aullante se dio la vuelta, los cardanes de sus cañones cintura giraron para seguir al fenicio.

Antes de que pudiera disparar, las alas traseras se separaron hacia atrás de su cuerpo, como las alas de una libélula arrancadas por un niño rencoroso. Su sección de cola se arrugó, doblándose hacia el interior por la fuerza invisible.

Fulgrim rugió y juntó las manos.

La cañonera implosionó, aplastada en una bola de carne destrozada y metal trenzado. Las municiones comprimidas detonaron y los restos del avión en llamas cayeron como una piedra.

A pesar de las llamas, Horus sintió el viento helado de la hechicería disforme llenando la cúpula. Sabía que la transformación de su hermano le había facultado enormemente, pero esto era asombroso. Vio movimiento en los restos bajo el fenicio.

La armadura Barbarana de Mortarion era negra como el carbón, con el rostro pálido chamuscado del mismo color. Manaba sangre como una vejiga perforada.

Ezekyle y Aximand aparecieron al lado de su primarca. La cara del primer capitán era una máscara de color carmesí, su moño ardió hasta el cráneo. Hebras colgaban sobre su rostro, haciéndole parecer como la víctima de una enfermedad degenerativa. Aximand gritaba, arrastrándolo, pero todo lo que escuchó Horus fue explosiones.

El letargo empalagoso de la cercanía a la muerte había caído.

El ruido y la furia regresaron como sus sentidos se encontró con el mundo. Los dos Raptors de Fuego restantes daban vueltas, destruyendo metódica y sistemáticamente

la cúpula. Horus vio estelas entrelazadas de proyectiles de gran calibre vomitados desde las proas de los Raptors de Fuego legionarios. Ríos de fuego cayeron cuando las cañoneras ametrallaron en concierto alrededor de la circunferencia de la cúpula.

Nada podía sobrevivir tras tan minucioso y salvaje ataque.

Debería estar muerto.

Se sacudió el agarre de Aximand e irrumpió a través de los restos en llamas de la cúpula hacia Mortarion, inmenso con su armadura marciana personalizada. Los órganos de las mentes más brillantes de Dwell se quebraron bajo su peso.

La cañoneras de los Manos de Hierro llenaron el aire con nuevos proyectiles.

Trató de gritar, pero su garganta era una ruina quemada y humeante de tejido dañado. Tosió cenizas y expulsó materia pulmonar.

Las explosiones detonaron prematuramente, entre llamas anaranjadas y humo negro. La metralla y esquirlas cayeron como clavos calientes.

Debería estar muerto.

Y de no ser por el arte de Malevolus y el poder del Fenicio, lo estaría.

Los brazos de Fulgrim estaban extendidos, y Horus adivinó que había convocado una barrera de fuerza o escudo kinético. Gotas de icor fósforo brillante corrían como el sudor por su cuerpo. El humo se retorcía cubriendo su forma serpentina mientras un resplandor oscuro se derramaba de sus ojos y boca.

Fuese lo que fuese lo que hacía, prevenía a los proyectiles de alcanzar su manifestación. No todos, pero la mayoría.

Seis proyectiles penetraron en el cuerpo de Fulgrim, detonando en su columna vertebral.

Horus gritó en voz alta, como si lo hubieran golpeado a sí mismo. Sangre brillante como la leche salpicó la armadura de Mortarion. Humeaba como una quemadura de ácido. Fulgrim gritó y el estruendo de los disparos y las explosiones se hinchó con su poder. La plataforma de la cúpula se hundió, el metal sólido deformado por el calor del fuego.

-¡Horus! ¡Derríbalos! -jadeó Fulgrim. -¡Rápido!

Aximand y Abaddon dispararon sus bólters a las cañoneras, esperando un golpe de suerte. Un dosel agrietado, una rejilla de motor de persiana. Los proyectiles golpearon los flancos las cañoneras, pero los Raptors de Fuego fueron construidos para soportar armas más letales que las suyas.

Mortarion emergió de entre los escombros, intacto como siempre, la hoja negra de Silencio impecable y siendo cabeza de una larga cadena. Él rugió algo en la lengua pagana de su mundo natal mientras corría hacia el borde de la cúpula.

El Señor la Muerte lanzó Silencio es como un hachero.

La gran segadora giró y golpeó en el puño heráldico del glacis del Raptor de más cercano. Anclando sus tacones en la cúpula destrozada, Mortarion tiró de la cadena atada al talón de Silencio.

La cañonera se sacudió en el aire, pero el Señor la Muerte no había terminado con ella. Su cañón Avenger peló a Mortarion, haciéndole retroceder. Las placas de ceramita le fueron arrancadas, la sangre estalló en aerosoles presurizados. La carne se derretía en la furia de alta potencia los reactivos de masa.

Y aun así Mortarion tiró de la cadena, acercando más la cañonera gritona.

-¡Le he enganchado! -gritó Mortarion. -¡Ahora remátalo!

Los pilotos lucharon por escapar de su agarre. Los motores del Raptor de Fuego Raptor chillaron al exprimir cada pizca de potencia, pero mano sobre mano el primarca derribado le atrajo como un pescado beligerante.

Horus apareció al lado de Mortarion, corriendo.

Incluso en su armadura imponente corría. Saltó.

Saltó sobre los restos de un crio-tubo destrozado y se lanzó por los aires. Enganchado por el Señor de la Muerte, la cañonera no tenía posibilidad de evadirse. Horus se posó en su proa y se arrodilló para agarrar el mango de Silencio mientras la cañonera se sacudió con el impacto de su aterrizaje.

Él vio las caras de los pilotos y bebió su terror. Horus normalmente nunca gastaba ningún pensamiento con los hombres que había matado. Eran soldados hacían su trabajo. Mal aconsejados y luchando por una mentira, pero simplemente soldados hacían lo que se les ordenó hacer.

Pero estos hombres que le habían herido. Habían tratado de asesinarle a él y sus hermanos. Habían estado al acecho de una oportunidad para decapitar a sus enemigos. Ser lo suficientemente tonto como para creer que Shadrak Meduson sólo tendría un plan en marcha infló los ánimos de Horus tanto como el intento en sí.

Levantó su brazo derecho, y la cabeza asesina de Destructor de Mundos captó la luz del fuego.

La maza giró y demolió la cabina de los pilotos.

El último Raptor de Fuego giró alrededor de la cúpula. Al verlo encima de la segunda cañonera y sabiendo que estaba condenada, sus cañones rugieron.

Los proyectiles perforantes de alto explosivo arrancaron fuselaje a todo lo largo de la cañonera tambaleante, partiéndolo en dos. Explotó en un penacho de géiseres de fuego, pero Horus ya estaba en el aire.

Con Silencio en una mano y Destructor de Mundos en la otra, aterrizó en la parte posterior de la última cañonera, haciéndole virar. El Raptor de Fuego espoleó a sus motores, tratando de sacudírselo de su espalda. Horus giró Silencio en un amplio arco, dividiendo la columna vertebral del Raptor de Fuego.

Aún rugientes, los motores de la cañonera se liberaron con un chirrido de metal torturado. Horus barrió con Destructor de Mundos como el hacha de un leñador y su cabeza embridada surcó el fuselaje de la cañonera, destruyendo a los pilotos y dejando la proa para el desguace.

Sus restos destrozados cayeron mientras Horus se dejó caer en la cúpula con Silencio y Destructor de Mundos extendidos a los costados.

Una explosión se materializó tras él.

Horus cayó con ambas armas y corrió hacia Mortarion. Se arrodilló y extendió la mano para estrechar la de su hermano empapado de sangre sobre su pecho quemado. Los brazos de Mortarion colgaban inerte, los tendones arrancados de los huesos y los músculos quemados por el ácido hasta el hueso.

Ninguno se movió, un cuadro vivo de las esculturas de ceniza de los muertos dejados en la estela de una detonación atómica.

Un toque y se derrumbarían en cenizas.

-Mi hermano -lloró Horus. -¿Qué te han hecho?

TRES
El Portador de la Lluvia
La Casa Devine
Primera Muerte

Al principio, Loken pensó que había oído mal. Seguramente Russ no había dicho lo que pensaba que acababa de decir. Buscó en los ojos del Rey Lobo cualquier señal de que se trataba de otra prueba, pero no vio nada para convencerlo de que Russ no sólo había revelado su propósito.

-¿Matar a Horus? -dijo.

Russ asintió y comenzó a empacar el tablero de hnefatafl, como si el asunto ya estuviera concluido. Loken se sentía como si se hubiera perdido de alguna manera el contenido de un debate vital.

-¿Vas a matar a Horus?

-Lo haré, pero necesito tu ayuda para ello.

Loken se rio, ahora seguro de que esto era una broma.

-¿Vas a matar a Horus? -repitió, pronunciando cuidadosamente cada palabra para evitar malentendidos. -¿Y necesita mi ayuda?

Russ miró a Malcador con el ceño fruncido. -¿Por qué sigue haciéndome la misma pregunta? Sé que no es fácil, así que ¿Por qué está siendo tan denso?

-Creo que tu carácter directo después de tanto enfoque oblicuo lo tiene confundido.

-Estaba muy claro, pero voy dejarlo claro una última vez.

Loken se obligó a escuchar con atención cada palabra del Rey Lobo, a sabiendas de que no habría significados ocultos, ni subtexto y sin segundas intenciones. Lo qué Russ requeriría de él sería exactamente como lo dictara.

-Voy a llevar al Rout en una batalla contra Horus, y lo voy a matar.

Loken se sentó sobre la roca, todavía tratando de procesar la idea de un combate entre Leman Russ y Horus. Loken había visto a ambos primarcas luchar en el último siglo, pero cuando llegaran a la sangre y la muerte, sólo vio un resultado.

-Horus Lupercal te matará -dijo Loken.

De haber sido cualquier otro individuo, Loken no tenía ninguna duda de que el Rey Lobo le habría desgarrado la garganta antes de que supiera incluso lo que estaba pasando. En cambio, Russ asintió.

-Tienes razón -dijo él, con los ojos tomando una mirada distante al revivir viejas batallas. -He luchado contra todos y cada uno de mis hermanos lo largo de los siglos, ya sea en un entrenamiento o con espadas ensangrentadas. Sé que es un hecho que puedo matar a cualquiera de ellos si tuviera que hacerlo... salvo Horus.

Russ negó con la cabeza y sus siguientes palabras fueron pronunciadas como una confesión vergonzosa, cada uno de ellas una maldición amarga.

-Él es el único del que no sé si puedo ganarle.

Loken nunca pensó oír una admisión tan desnuda de cualquier primarca, y mucho menos el Rey Lobo. Su franca honestidad se alojó en su corazón, y llevaría las palabras de Leman Russ a la tumba.

-Entonces, ¿Qué puedo hacer yo? -dijo. -Horus debe ser detenido, y si vas a ser el que lo haga, entonces quiero ayudar.

Russ asintió y dijo: -Tú fuiste parte del consejo interno de mi hermano, su... ¿Cómo se dice? El Mournival. Estabas allí el día que se volvió traidor, y conoces a los Hijos de Horus de maneras que no puedo.

Loken sintió la importancia de las siguientes palabras del primarca antes de que él las dijera, igual que la tensión en el aire antes de una tormenta.

-Volverás a tu legión como el aptrgangr que camina sin ser visto en las selvas de Fenris -dijo Russ. -Colocarás el rastro de un cazador dentro de la guarida del lobo maldito. Revelarás la debilidad ante la que él es ciego, y yo lo podré matar.

-¿Volver a los Hijos de Horus? -dijo Loken.

-Sí -dijo Russ. -Mis hermanos tienen una debilidad, pero creo que sólo uno de los suyos puede verla de Horus. Conozco a Horus como un hermano, tú lo conoces como un padre, y no hay nadie que pueda hacer caer a los padres como sus hijos.

-Te equivocas -dijo Loken, sacudiendo la cabeza. -Apenas lo conocía en absoluto. Creo que lo hice, pero todo lo que él me dijo que era una mentira.

-No todo -dijo Russ. -Antes de esta locura, Horus era el mejor de nosotros, pero incluso los mejores no son perfectos.

-Horus puede ser derrotado -añadió Malcador. -Él es un fanático, y así es como yo sé que puede ser derrotado. Porque debajo de todos los horrores que le manejan, los fanáticos siempre esconden una duda secreta.

-¿Y tú crees que yo sé cuál es esa?

-Todavía no -dijo Russ. -Pero estoy seguro de que lo sabrás

Loken permaneció firme mientras la certeza del Rey Lobo le llenó. Sintió el aliento de alguien de pie cerca de él, la cercanía del fantasma que finalmente lo convenció para aceptar la llamada de Malcador a Terra.

-Muy bien lord Russ, seré su pionero -dijo Loken, extendiendo su mano. -Puede tener sus ojos puestos en el Señor de la Guerra, pero hay entre los que están dentro de las filas de los Hijos de Horus a quienes le debo la muerte.

Russ le estrechó la mano y le dijo: -Ten cuidado, Garviel Loken. Esto no es un camino de venganza que te ofrezco, ni es uno de ejecución. Deja esas cosas al Rout. Es lo que mejor sabemos hacer.

-No puedo hacer esto solo -dijo Loken, volviéndose hacia Malcador.

-No, no puedes -asintió Malcador, llegando a tomar la mano de Loken. -Los Caballeros Errantes están tus órdenes en este cometido. Elige a los que quieras con mi bendición.

El Sigilita dirigió la mirada hacia la palma de Loken, viendo el eco desvaneciéndose de una contusión en forma de una luna creciente.

-¿Una herida? -preguntó Malcador.

-Un recordatorio.

-¿Un recordatorio de qué?

-Algo que todavía tengo que hacer -dijo Loken, mirando hacia arriba, a la alta ciudadela en ruinas en el lado del acantilado mientras la figura encapuchada de un hombre que sabía que estaba muerto se retiró a su sombra.

Loken se apartó de Russ y Malcador, siguiendo el camino serpenteante que conducía hacia el valle. Al salir, las nubes se reunieron bajo la cúpula dividida.

Y una cálida lluvia comenzó a caer en el Hegemón.

El Caballero rojo sangre ascendió por los cañones rocosos y las tierras altas de hoja perenne de los Untar Mesas con largas y metódicas zancadas. Con casi nueve metros de altura, su masa mecanizada simplemente astilló las ramas más bajas de los imponentes árboles del follaje que no se molestó en evitar. Algunos se desintegraron con el impacto, algunos fueron esquilados limpiamente por los bordes duros del escudo de iones del Caballero. Una maravilla de la tecnología antigua, el Caballero era un pariente más ligero de las legiones de Titanes, un depredador ágil comparado con sus mayores y torpes máquinas de guerra.

Su nombre era Banelash, y un látigo crepitante se retorcía en un montaje en el hombro. Al otro lado, bancos bastidores de ametralladoras de cañón largo se quejaban con la energía almacenada en sus pilas de propulsores.

Las placas del casco del Caballero eran bermellón y ébano, segmentados y superpuestos como escamas de naga bruñidas. Había saqueado las fronteras entre los estados en guerra de Molech mil años antes de la venida del Imperio. El Caballero era un depredador acechando a los bosques de las montañas, en busca de presas peligrosa para derrotar.

Encerrado dentro de la cabina del piloto, Raeven Devine, segundo hijo del comandante Imperial de Molech, dejó que el aparato sensorial le rodeara con representaciones a escala del paisaje. Conectado a Banelash a través de la tecnología invasiva del Mechanicum, cada uno de sus movimientos y zancadas seguía su voluntad.

Sus miembros eran sus extremidades; lo que ellas sentían, él lo sentía.

A veces, cuando cabalgaba en los cañones secretos para unirse a Lyx y sus seguidores intoxicados, el corazón del Caballero se veía azotado por oleadas de recuerdos de sus pilotos anteriores; un desfile fantasmal de las guerras en las que nunca había luchado, enemigos a los que no había matado y la sangre que nunca había derramado.

Su látigo potenciado había pertenecido al tatara-tatara-abuelo de Raeven, quien se decía mató al último de los grandes nagahydra del lejano Ofir.

Un icono de águila real en el sensorium representaba al Caballero de su padre mil metros por debajo de él. Cyprian Devine, Lord Comandante Imperial de Molech, se acercó rápidamente a sus ciento veinticinco años, pero seguía pilotando Hellblade como si pensara que él era igual a los sesenta y cuatro mediante juvenat de Raeven.

Hellblade era viejo, mucho más viejo que Banelash, y se decía que era uno de los vajras originales que hollaron el Camino Fulgurita con el Señor de la Tormenta, hace miles de años. Raeven lo consideró poco probable. Los sacristanes apenas podían mantener las máquinas de guerra de las casas nobles de Molech sin que sus supervisores del Mechanicum guiaran su mano.

¿Qué esperanza habrían tenido antes?

Iconos rápidos que representaban retenes, batidores y huscarles sobre motos a reacción de la Casa Devine oscilaron alrededor del Caballero de su padre, pero Raeven hacía tiempo que los rebasó en los picos de las montañas brumosas.

Si alguien iba a matar a las bestias, sería él.

Las huellas de la pareja de pícaros mallahgra les condujeron a las más altas regiones del Untar Mesas, una gama de montañas afiladas que dividían efectivamente el mundo en dos. Era raro que las grandes bestias, antes tan abundantes en Molech y ahora cazadas casi hasta la extinción, vinieran a la vista de los seres humanos; pero como sus números disminuyeron, también lo hizo la extensión de sus territorios de caza.

Los tres últimos inviernos fueron duros, y en los manantiales apenas menos, con la nieve bloqueando los caminos a través de las montañas. Los animales de presa habían sido expulsados hacia las tierras bajas más cálidas, por lo que no era de extrañar que los mallahgra fueran obligados a descender de sus guaridas-fisuras al despertar de la hibernación.

Los asentamientos agazapados en las estribaciones del Untar Mesas, explotaciones mineras a cielo abierto dispersas y conurbaciones de refinerías sobre todo, estaban ahora dentro de los cotos de caza de un mallahgra voraz y su pareja. Trescientas personas ya estaban muertas, tal vez con otros treinta desaparecidos.

Raeven dudaba de que cualquiera de los capturados estuviera vivo, y si lo fueran antes habrían deseado estar muertos en el primer ataque. Raeven había oído historias de mallahgra que habían devorado a sus víctimas durante días, un miembro a la vez.

Peticiones gimoteantes enviadas a la ciudad de Lupercalia, un nombre de mal gusto exquisito en estos días de la rebelión, suplicaron al Caballero Senescal salir y matar a las bestias. A pesar del alto nivel de alerta impuesto a Molech con la traición del Señor de la Guerra, el padre de Raeven había elegido dirigir una partida de caza en el Untar Mesas. Por mucho que despreciaba a su padre, Raeven no podía negar que el anciano conocía el valor de su palabra.

A pesar de que Lyx ofreció innumerables promesas a los Dioses de la Serpiente para poner fin a la vida de Cyprian, no se sentían hasta ahora obligados. Raeven nunca había compartido la fe de su hermana-esposa en la antigua religión, sólo tolerando sus creencias por las diversiones carnales e intoxicantes que proporcionaban contra el tedio cotidiano de la existencia.

El camino que estaba siguiendo trazaba el borde de un acantilado hundiéndose. A través de los claros en la niebla y las nubes, Raeven podía ver las llanuras miles de metros por debajo. Los árboles llegado casi al mismo filo, quebrados por donde había pasado el brutal mallahgra.

Su camino era bastante fácil de seguir. La sangre manchaba el suelo en arcos recortados y de vez en cuando veía protuberancias de hueso astillado y descartado que sobresalían de la nieve. Había cargado la bio-firma tomada del auspex del último ataque de Banelash, y sólo era cuestión de tiempo hasta que llegara a las bestias.

-Más pronto de lo que pensaba -dijo, emergiendo en una amplia zona de terreno despejado, y deteniendo el avance de su Caballero cuando vio un enorme cuerpo que yacía descuartizado en la nieve delante de él.

En su máxima expresión, una mallahgra se situaba en casi siete metros de altura con hombros simiescos voluminosos y largos, brazos musculosos que podrían desgarrar

a un Caballero novato. Sus cabezas eran horrores con mandíbulas cónicas contundentes, tentáculos, y filas y filas de dientes triangulares aserrados.

Tenían seis ojos, dos al frente como los depredadores, dos localizados en la visión periférica y dos incrustado en un pliegue de carne estriada en la parte posterior de su cuello. Adaptaciones evolutivas que les hicieron demonios para cazar, pero Raeven disfrutaba de un desafío.

Aunque esta bestia no ofrecía mucho semejante a la amenaza.

Un varón adolescente de pelaje marfil alrededor de cinco metros de altura yacía a su lado con el vientre abierto. Gruesa sangre roja humeaba por el frío y los brillantes intestinos azul rosado se agrupaban en torno a su estómago como despojos de una carnicería. Los cadáveres de una docena de mineros se hallaban esparcidos alrededor del cuerpo de la criatura.

Raeven caminó con su Caballero en torno a la bestia muerta, manteniendo un ojo en el sensorium ante cualquier signo de la hembra. Pistas ensangrentados llevaban al bosque muy atrás del borde del acantilado.

Antes de que pudiera reanudar la caza, la tierra tembló cuando Hellblade finalmente le alcanzó. Un grupo de motos a reacción -(hoover motos?) le siguió, y mientras el sensorium de Banelash silbaba con estática y nubes, la cara patricia de Cyprian Devine apareció en el proyector pictográfico.

-Estaba deseando decir esto por una vez -dijo Raeven, -Me alegro de que por fin llegases..

-¡Maldito seas, muchacho, ya te dije que me esperara! -espetó su padre. -¡Todavía no eres Caballero Senescal! La primera muerte no es suya.

Las hoover motos discurrían en círculos entorno a los dos Caballeros, mientras varios retenes desmontaban para atender a los mineros en busca de signos de vida.

-Como siempre, tu juicio apresurado de mis acciones está totalmente fuera de lugar -dijo Raeven, bajando dosel de piloto al cuerpo del mallahgra y estudiando la masa triturada de sus flancos y pecho. Por sí mismas, ninguna de estas lesiones eran mortales, pero cada uno habría sido extremadamente dolorosa. La herida en su vientre mató a la bestia, un corte hecho para destripar de algo brutalmente fuerte y con el poder de penetrar, coger y extraer los órganos debajo.

Raeven retiró la cabina de vuelta a su altura y le dijo: -Yo no la maté.

-No me mientas, muchacho.

-Tú me conoces, padre; no soy tímido en tomar el crédito por cosas que otros han hecho, pero esta bestia no cayó por mí. Mira estas heridas.

Hellblade inclinó sobre el cadáver, y Raeven tomó un momento para estudiar los rasgos devastadas de su padre en el proyector. Cyprian Devine había evitado los tratamientos juvenat que eran puramente cosméticos, permitiendo sólo aquellos que prolongaran su vida activa. En el mundo de Cyprian todo era vanidad, un defecto de carácter que veía con más evidencia en su segundo hijo.

El hermanastro mayor de Raeven, Albard, siempre había sido el hijo favorito de Cyprian, de no sufrir en un intento fallido para vincularse con su Caballero cuarenta y tres años atrás lesiones cerebrales y dejado virtualmente catatónico. Guardado bajo llave en una de las torres Devine, su prolongada existencia era una mancha en el venerable nombre de la Casa.

-Estas lágrimas en la carne de la bestia son sucias, como algo que tu espada-sierra haría -dijo Raeven mientras los retenedores Devine llevaron los cuerpos de los mineros a las hoover motos. Desde la atención un hombre estaba recibiendo de un medicae, parecía realmente hubo un sobreviviente.

-La hembra debe haber hecho esto -declaró su padre. -Deben de haber luchado por el botín y lo evisceró.

-Una explicación poco probable -dijo Raeven, rodeando el cadáver.

-¿Tienes una mejor?

-Si la mujer mató a su compañero, ¿Por qué dejó entonces los cuerpos? -dijo Raeven. –No; algo la llevó de aquí.

-¿Qué podría ahuyentar a un mallahgra femenina de su compañero?

-No lo sé -dijo Raeven, levantando una de sus patas con garras de Caballero e inclinando la descomunal parte delantera del mallahgra. -Algo que pueda hacer esto.

Cráteres ensangrentados salpicaban la espalda de la criatura, cada uno de ellos sin lugar a dudas una herida de salida de munición explosiva.

-¿Fue disparado? -siseó Cyprian. -Maldita sea. La Casa Kaushik; tienen que serlo. ¡Estos carroñeros infieles deben haber captado la petición de socorro y enviado a sus propios Caballeros a las montañas, con la esperanza de robar la gloria de mi mesa!

-Mira estas heridas -señaló Raeven. –La Casa Kaushik son poco menos que salvajes Tazkhar. Sus sacristanes apenas pueden mantener las armaduras y sus armas de fusión operativas, por no hablar de algo tan poderoso.

Su padre no le hizo caso y se dirigió hacia la línea de árboles, donde las pistas hechas con sangre de la segunda mallahgra desaparecían.

-Ordena a los retenedores entonces me siguen -ordenó Cipriano. -La hembra está herido, por lo que no puede haber ido muy lejos. Tendré su cabeza ensangrentada sobre la puerta de Argent antes de acabar la mañana, muchacho. Y si alguien se interpone en mi camino, recuerda mis palabras, pondré su cabeza en una pica a su lado.

Cyprian se acercó con Hellblade a la oscuridad bajo el dosel de follaje, dejando a Raeven los asuntos de administración mundana debajo de su notificación. Raeven volvió Banelash y declinó la cabina hacia el círculo de hoover motos donde los mineros muertos estaban siendo atados.

Conectó el vox a su siervo al mando y dijo: -Lleva los cuerpos de vuelta al agujero infernal del que fueron secuestrados. Emite una remuneración estándar por la muerte al servicio de los dependientes y enviar avisos de la muerte a los adeptos aexactor.

-Mi señor -dijo el retenedor superior.

-¿Por curiosidad el superviviente está diciendo algo interesante?

-Nada que pueda entender, mi señor -dijo el medicae, pegado al lado de su casco con una mano. -Es dudoso que viva mucho más tiempo.

-¿Así que está diciendo algo?

-Sí, mi señor.

-No seas un idiota toda tu vida, hombre -le espetó Raeven. -Dime lo que está diciendo.

-Él está diciendo "Lingchi", mi señor -dijo el medicae. -No deja de repetirlo una y otra vez.

Raeven no conocía la palabra. Su sonido era familiar, como si perteneciera a un lenguaje que no pudiera hablar, pero era vagamente consciente de que existía. Lo puso en su mente y giró Banelash, sabiendo que su padre no aprobaría su callejeo con las clases bajas.

Acercó a su caballero a la sombra de la imponente línea de árboles. Su estado de ánimo era amargo mientras seguía las huellas de Hellblade y la bio-firma del mallahgra herido.

Uno estaba muerto y otro que su padre estaba seguro reclamaría.

Qué colosal pérdida de tiempo había demostrado ser esta cacería.



Raeven Devine, pilotando Banelash hacia el bosque.

Raeven Devine, pilotando Banelash hacia el bosque.

Hellblade era una máquina orgullosa, sin la agilidad de la montura de Raeven, y el rastro de ramas rotas fue fácil de seguir. En muchos sentidos, era la combinación perfecta para Cipriano Devine, un hombre que vivió como si en medio de un cargo.

Vigas frías de luz se filtraba través del dosel del bosque, columnas de marfil brillantes con motas de nieve en polvo. Raeven siguió las huellas de Hellblade a través de las cañadas de la selva, emergiendo a una meseta barrida por el viento. Los parches de roca triturada y manchas de sangre conducían a una fisura ósea excavada en un acantilado al frente.

-Volvió a su guarida -dijo Raeven. -Eso fue una estupidez.

El icono de águila de su padre en el sensorium estaba justo delante, a doscientos metros en la fisura, y Raeven recordó la última vez que Hellblade combatió contra una mallahgra.

Fue en la víspera del Devenir de Raeven, un día, hace unos cuarenta y tantos años, para siempre grabado en su mente. Un pícaro sacristán intentó matar a su padre saboteando los inhibidores craneales de un mallahgra dócil con una bomba electromagnética. La bestia enloquecida por el dolor casi mata a Raeven y Albard, pero su padre lo partió en dos con un solo golpe de la espada-sierra de su Caballero, a pesar de haber sido herido con vigas de hierro a través de su pecho y el estómago en la batalla.

Pero esa no era la historia que atrapó la imaginación de la gente.

Raeven estuvo delante del monstruo arrasado con el sable de energía agotado de su hermano empuñado ante él, una pequeña figura enfrentándose a la bestia sin esperanza de victoria. Unos susurros cuidadosamente colocados de Lyx alabaron la valentía de Raeven y disminuyeron los de Cyprian.

Pasaron los años, y Raeven esperaba tomar posesión de su cargo hereditario, pero el viejo bastardo no moriría. Incluso cuando Raeven engendró tres hijos para perdurar

el nombre de la Casa, Cyprian no mostró ningún signo de dejar que las riendas del poder se deslizaran de sus manos.

Negado a cualquier poder verdadero, Raeven pasó los años complaciendo a Lyx en sus creencias, incluso tomando parte en algunos de los ritos de su culto cuando el inevitable aburrimiento se apoderó de él. Lyx era un epicúreo de las artes sensuales, y las noches que pasaron bajo las lunas, desnudos y delirantes por el vino Ceban envenenado eran ciertamente memorables, pero en última instancia vacíos en comparación con el poder de un mundo entero.

Un pulso de luz roja en su sensorium lo sacó de su ensoñación amarga, y de inmediato puso a Banelash a máxima potencia. Filtros de amenazas llenaron el auspex y Raeven oyó los repiqueteos habituales del fuego masivo de una ametralladora.

-Padre -dijo por el vox.

-¡La bestia -respondió una voz llena de tensión. -No era la compañera de la otra!

Raeven empujó a Banelash más en lo profundo de la oscuridad. Luces de arco deslumbrantes discurrían desde las superficies superiores del caparazón del Caballero, inundando la fisura con luz. El sensorium podía guiarle, pero Raeven prefería confiar en sus propios ojos cuando la muerte acechaba.

Banelash se esforzó al borde de sus capacidades como un potro salvaje, incluso después de todo este tiempo. Raeven tuvo la tentación de dejar que tomara la iniciativa, pero mantuvo firme su agarre. Los pilotos de mayor edad estaban repletos de cuentos de hombres cuyas mentes se perdieron cuando permitieron que el espíritu de una montura les abrumara.

Raeven dio energía al látigo y conectó los cargadores de munición de la ametralladora. Sentía el calor de su disposición envolviéndole las manos, dejando que el latido de martillo de su corazón siguiera el compás del trueno del reactor de Banelash.

La fisura era una tortuosa división en las montañas. Su curso estaba lleno de escombros, vegetación podrida, montículos de excrementos congelados y restos de los cadáveres desmembrados a medio digerir. Raeven lo aplastó todo mientras seguía los sonidos de fuego láser y el chillido estridente de una espada-sierra pesada.

Llevó a Banelash hasta una porción ensanchada de la fisura, una caverna donde las paredes casi conectaban sobre él y casi oscurecías la luz del sol.

Las vigas de luz filtrada iluminaban una visión de pesadilla: el mallahgra más grande que había visto nunca; de diez metros de alto y más amplio que cualquiera de los más grandes Caballeros. Su pelaje era una mezcla de varios tonos de blanco y de color rojizo, y sus largos brazos poseían una musculatura antinatural. La sangre manaba de una herida desgarrada en su flanco, pero a esta bestia no le importaban nada tales heridas.

Hellblade estaba de rodillas al borde de un abismo sulfuroso que eructaba nociva niebla amarilla. Su pierna derecha estaba inutilizada y su padre estaba defendiéndose desesperadamente de los golpes atronadores de los brazos simiescos del monstruo con el borde de su espada a plena potencia. La sangre roció con cada corte defensivo, pero el mallahgra estaba demasiado furioso para darse cuenta.

Raeven bajó la cabeza de su montura y cargó, desenrollando y dejando volar el látigo con una ráfaga de fuego de repetición. Los proyectiles de grueso calibre arrasaron la espalda del mallahgra y le detuvo ante lo repentino de su ataque.

Raeven palideció ante el tamaño y la textura canosa y antigua de su piel. Ahora entendía las últimas palabras de su padre.

Esta no era la compañera del adolescente muerto.

Era su madre.

El mallahgra saltó sobre él, gritando con indignación. Un brazo demoledor se estrelló contra el dosel de Banelash. El vidrio se rompió y Raeven aspiró una bocanada de frío salvaje. El impacto fue enorme, y la bestia volvió a mirarlo. Raeven se balanceó a un lado, colocando el escudo de iones sobre su cabina expuesta para desviar el golpe. Las garras ennegrecidas del mallahgra pasaron muy cerca, apenas a un palmo de desgarrar su rostro.

Raeven extendió el brazo artillado con la ametralladora hacia adelante y un huracán de fuego surgió de la bocacha del cañón. Las balas trazadoras apuñalaron el hombro de la mallahgra, logrando ver la luz tras su pelaje y haciéndole retroceder. Continuó con una acometida del latigazo de energía que aro una línea con sangre en su pecho.

El mallahgra rugió de dolor y Raeven no le dio la oportunidad de recuperarse. Se acercó y estrelló el borde duro de su escudo de iones en su rostro. Sus colmillos se quebraron y sangre aceitosa brotó de sus fauces en ruinas. El látigo golpeó una vez más y desgarró los músculos del muslo del monstruo.

Una mano con garras trató de arrancar el blindaje de su pecho, pero Raeven la bateó lejos con los cañones de su ametralladora. Luego retrajo el brazo y colocó de media docena de tiros en la cara de la bestia, rompiendo sus huesos y haciendo explotar el ojo situado en el flanco de su cráneo.

El mallahgra subió hacia él, y ni siquiera los reflejos aumentados de Raeven pudieron igualar su velocidad. Sus brazos rodearon a Banelash y comenzó a aplastarle.

La caliente respiración del animal le roció con una lluvia de saliva y el hedor de la carne podrida. Raeven se contuvo ante el hedor y luchó por escapar de las garras del monstruo. Se estampaban hacia atrás y adelante a través de la caverna como bailarines borrachos en una Orgía de la Serpiente, golpeándose contra las paredes y provocando desprendimientos de escombros desde lo alto. Un trozo de roca se estrelló en el hombro de Raeven, abolló sus hombreras y destrozó los focos de su caparazón. Vidrios rotos llovieron en el dosel destrozado y Raeven se estremeció cuando varios fragmentos rasparon sus mejillas.

Luces de advertencia se encendieron el sensorium dañado. La armadura chilló cuando alcanzó sus máximas tolerancias operativas. Raeven conectó su rodilla en el costado del mallahgra, donde el látigo previamente le había herido. La bestia rugió, casi ensordeciendo a Raeven, y su dolor le dio la apertura que necesitaba.

Golpeó con el escudo de iones contra el costado ensangrentado, fusionando con el calor el cráneo del mallahgra. El agarre del monstruo aflojó y Raeven se zafó de su abrazo aplastante, desatando un torrente de fuego en su pecho y cabeza.

Repetidas acometidas de su látigo de energía siguieron a cada andanada y la bestia se retiró maullando, su sangre vital convertida en niebla roja por el calor cauterizador de los disparos.

Raeven rio mientras cargó hacia ella.

No vio a Hellblade recuperar la verticalidad sobre su pierna buena detrás de la mallahgra. Todo lo que vio fue la fuente de la sangre viscosa cuando la espada-sierra a máxima revolución de su padre explotó de la caja torácica de la mallahgra.

La vida huyó de sus ojos y Raeven sintió que algo enjaulado dentro de su pecho durante cuatro décadas se agitaba con la muerte del monstruo, algo mordaz y odioso y lleno de pesar. La espada-sierra atravesada quedó atrapada en las costillas del mallahgra. Esta se convulsionó con falsa animación antes de que Cyprian extrajese la hoja en una avalancha de apestando vísceras. La bestia eviscerada cayó en el abismo, y el enojo llenó a Raeven mientras caía.

Se dio la vuelta para enfrentar a Banelash con el Caballero herido de su padre.

Hellblade se agachó al borde del abismo, con una pierna inutilizada e imposible de soportar cualquier peso. El Caballero había sufrido daños graves, pero con los cuidados del Mechanicum y los sacristanes, volvería a caminar.

-Murió con una buena muerte -dijo Cipriano, entre las respiraciones jadeantes y con el extremo de su espada inmóvil y en posición vertical. –Por desgracia la cabeza se ha ido con ella. Nadie se creerá el tamaño de esa cosa.

-La muerte era mía -dijo Raeven con furia fría.

-Ahora estás siendo ridículo -replicó Cyprian. -Soy el Caballero senescal, y el derecho de la primera muerte siempre fue mía. No te mees en tus pantalones, muchacho; te daré crédito por ayudarme. Te llevarás una parte de la gloria.

-¿Ayudar? Estarías muerto si no fuera por mí.

-Pero, ¿Quién puso fin a su vida? ¿Tú o yo?

La jaula en el pecho de Raeven se abrió y las púas del odio y la ambición que la impronta con el Trono Mechanicum había tratado de encarcelar quedaron libres de apuñalar a su alma una vez más.

-¿Y quién dirá que lo remataste tú? -siseó Raeven. -¿Yo o la mallahgra?

Demasiado tarde, Cyprian Devine vio el pozo sin fondo de veneno en el corazón de su hijo, pero no había nada que pudiera hacer para detener lo que sucedió después.

Dando un paso atrás para plantar los pies con garras de Banelash en el centro del pecho de Hellblade, Raeven pateó al Caballero hacia el abismo. Su padre le gritó con indignación, y Raeven observó tan venerable máquina caer por el borde. Se estrelló contra un fuerte afloramiento de roca y se rompió como un autómata confiscado de Ciudad Relojero por el martillo forjador de un sacristán.

Los restos de Hellblade se desvanecieron en la niebla sulfurosa y Raeven se apartó. Con cada paso decidido que le alejó de la sima, la ambición venenosa dentro de él tomó una forma cada vez más definida.

Raeven era ahora Lord Comandante Imperial de Molech. ¿Cómo reaccionaría Lyx ante estos nuevos acontecimientos?

Raeven sonrió, sabiendo exactamente lo que iba a decir.

-Los Dioses de la Serpiente proveen -dijo.

CUATRO
Reforjado
Filum Secundo
Los Siete Nonatos

Cuando el Señor de la Guerra tenía que dominar o impresionar a los suplicantes los recibía en la corte del Lupercal, con su altísimo techo abovedado de sombras murmurando, estandartes de combate negro, lancetas relucientes y tronos de basalto. Pero cuando simplemente deseaba compañía, la convocatoria era a sus camarotes privados.

Aximand había venido aquí muchas veces a lo largo de los años, pero por lo general en compañía de sus hermanos de Mournival. En sus aposentos, el Señor de la Guerra podía dejar a un lado el título que pesada durante unos momentos preciosos y ser simplemente Horus.

Como la mayoría de los lugares a bordo del Espíritu Vengativo, había cambiado notablemente en los últimos años. Las baratijas tomadas en los primeros años de la Gran Cruzada desaparecieron, y muchas de las pinturas ahora ocultas por arpilleras. Un gran mapa de las estrellas con el Emperador en su corazón, que había cubierto

una pared entera, fue eliminado hace tiempo. En su lugar había innumerables páginas de caligrafía cursiva densamente maltratadas, junto con imágenes imaginarias representando conjunciones cosmológicas, diagramas de punto omega, símbolos alquímicos, nudos de trébol y una imagen central de un guerrero con armadura que portaba una espada de oro y un brillante cáliz de plata.

Esas páginas presumiblemente fueron arrancadas de los cientos de cebadores astrológicos, registros de la Cruzada, historias de la Unificación y textos mitológicos que yacían esparcidos como hojas de otoño.

Aximand inclinó la cabeza para leer algunos de los títulos, Aquel que vio el Abismo; El Tríptico Nephita; Monarchia Alighieri; Libri Carolini. Había otros, con títulos tanto mundanos como esotéricos. Algunos, supo Aximand, estaban escritos con letras colchisianas cuneiforme en pan de oro. Antes de que pudiera leer más, una voz retumbante le llamó por su nombre.

-Aximand -llamó Horus. –Sabes hacer algo mejor que permanecer ahí como un embajador poxy; entra aquí.

Aximand obedeció, pateando los últimos montones apilados al azar de libros y placas de datos hacia el sanctasanctórum del primarca. Como siempre, le dio un escalofrío de orgullo estar aquí, sabiendo que su padre genético le estimaba digno de este honor. Por supuesto, Horus siempre desestimó tan sublime tontería, pero eso sólo hizo a estos momentos más preciosos.

Incluso sentado y sin el recubrimiento de la armadura, Horus era enorme, un heroico Akillius o Hektor, un Gylgamesh maldito o Shalbatana, el de las Manos Escarlata. Su piel era de color rosa y cruda con injertos y regeneraciones, especialmente alrededor de su ojo derecho, donde había la ruina carbonizada de su cráneo quedó expuesta. Su cabello aún estaba erizado por los nuevos crecimientos, pero el ataque a la Cúpula de Revivificación parecía no haber dejado cicatrices permanentes. Al menos ninguna que Aximand pudiera ver.

Inmediatamente después de la emboscada, los tres primarcas se retiraron a sus naves insignia para sanar y recuperarse. Los Hijos de Horus nivelaron Tyjun en un espasmo de venganza, asesinando a su población y sin dejar piedra sobre piedra para acabar con cualesquier otros atacantes.

Cinco días más tarde, las flotas reunidas de Señor de la Guerra zarparon de Dwell, dejando el planeta convertido en un páramo humeante.

Horus trabajaba en una mesa rodeada por un muro-cortina de libros, cartas plegadas, jerarquías celestes y las tabletas de fórmulas talladas.

Desde el grueso de su columna vertebral y tabular aspecto de sus páginas, el libro que actualmente celebra la atención del Señor de la Guerra era un tronco Cruzada. Incluso al revés, Aximand reconoció la insignia de campaña violeta en la parte superior de la página siguiente.

-¿Asesinado? -dijo Aximand. -Un repositorio de edad, ese desdichado.

Horus cerró el libro y miró hacia arriba, con una extraña irritación en los ojos, como si acabara de leer algo en el registro que no le había gustado. El tejido de la cicatriz fruncida tiró de su boca mientras hablaba.

-Un desdichado, pero sigue siendo relevante -dijo Horus. -A veces se puede aprender tanto, si no más, de las batallas que pierdes como de las que ganas.

-Ganamos esa -señaló Aximand.

-No deberíamos haber tenido que luchar en absoluto -dijo Horus, y Aximand entendió que no debía preguntar más.

En su lugar, simplemente hizo su informe. -Querías saber cuándo harían la traslación las flotas, señor.

Horus asintió. -¿Alguna sorpresa que debería conocer?

-No, todos los hijos de Horus, Guardia de la Muerte y naves Titanicus se han contabilizado y debidamente inscrito en el Registro de misión -dijo Aximand.

-¿Cuál es nuestro tiempo de viaje estimado?

-El Maestro Comnenus estima seis semanas para llegar a Molech.

Horus levantó una ceja. -Eso es más rápido de lo que él calculaba inicialmente. ¿Por qué el tiempo de viaje revisado?

-Con la Tormenta de Perdición detrás de las flotas, nuestro estimado capitán me dice que, y cito: "el camino delante de nosotros da la bienvenida a nuestras flotas como un burdel acoge soldados aburridos con los bolsillos llenos".

La irritación anterior de Horus se desvaneció como una sombra ante el sol. -Eso suena a Boas. Tal vez el alboroto de Lorgar a través de los Quinientos Mundos ha sido más útil de lo que esperaba.

-¿El alboroto de Lorgar?

-Sí, supongo que Angron está haciendo la mayor parte de la locura -se rio entre dientes Horus. -¿Y qué hay de la Tercera Legión?

Aximand estaba acostumbrado a los cambios rápidos de rumbo en el interrogatorio del señor de la guerra, y tenía su respuesta preparada. –Los informes dicen que pusieron rumbo hacia las estrellas Halikarnaxes según lo ordenado.

-Tengo la sensación de un "pero" que falta en esa frase -dijo Horus.

Aximand dijo: -Pero el informe no viene del Primarca Fulgrim.

-No, no lo habría hecho -acordó Horus, señalando a un sofá frente a una pared sobre la que colgaba una variedad de dagas perforadas y guanteletes Cestus Quirinal. 'Siéntate, toma un poco de vino, es joviano.

Aximand sirvió dos copas de vino de una botella de amatista y le dio una a Horus antes de sentarse en la parte del sofá que no queda oculta por el material de lectura del primarca.

-Dime, pequeño, ¿cómo están tus hermanos del Mournival? -preguntó Horus mientras sorbía un poco de vino. -El poder de Fulgrim nos protegió de lo peor del fuego de las cañoneras, pero...

Aximand se encogió de hombros, teniendo también una copa y encontrando su sabor muy a su gusto. -Quemaduras y contusiones, principalmente. Sanaremos. Kibre actúa como si nunca hubiera pasado, y Grael todavía está tratando de averiguar cómo la Décima Legión mantuvo tres Raptors ocultos durante tanto tiempo.

-Alguna tecnología de la edad oscura rescatada de Medusa, supongo -dijo Horus. ¿Y Ezekyle?

-Está a punto de caer sobre su espada -dijo Aximand. –Casi mueres, y se echa la culpa a sí mismo por eso.

-Despaché a los Justaerin, si recuerdas -señaló Horus. -Dile a Ezekyle que si hay culpa debe repartirse, y la mayor parte de ella es mía. Él no tiene la culpa.

-Podría ayudar si eso viniera de ti.

Horus desechó la sugerencia de Aximand. -Ezekyle es un niño grande; lo entenderá. Y si no lo hace, bueno, sé que Falkus ambiciona su rango.

-¿Sería el Fabricante de Viudas primer capitán?

-No, por supuesto que no -dijo Horus, cayendo en silencio. Aximand sabía que no debía romperlo y tomó más vino.

-Debería haber sabido que Meduson tendría una contingencia en caso de que los Cicatrices Blancas fallasen -dijo Horus por fin.

-¿Crees que Shadrak Meduson estaba en uno de esos helicópteros de combate?

-Tal vez, pero lo dudo -dijo Horus. Terminó su vino y colocó la copa a un lado. -Pero lo que me más me molesta es la destrucción que la Legión desató en represalia. Especialmente la pérdida del Mausolytico. Arrasarlo y con el a Tyjun era innecesario. Aún hay mucho por descubrir.

-Con todo respeto, señor, es lo que había que hacer -respondió Aximand. –Lo que has aprendido, otros podrían aprenderlo. Y la verdad, no me arrepiento de haberlos arrasado.

-¿No? ¿Por qué?

-Los muertos deben permanecer muertos -dijo Aximand, tratando de no mirar por encima del hombro del Señor de la Guerra al cuadro profusamente labrado con madera lacada y hierro.

Horus sonrió y Aximand se preguntó si sabía de los sueños que lo habían atormentado antes de la reconstrucción de su rostro. Esos sueños se habían ido ahora, consignados a la historia en la estela de su renacimiento invencible y dedicación.

-Nunca consideré a los Moradores realmente muertos -dijo Horus, girándose para hacer frente al cuadro. -Pero aun así, el hombre no debe tener miedo de los muertos, pequeño. No tienen poder para hacernos daño.

No lo tienen -acordó Aximand cuando Horus se levantó de su asiento.

-Y ellos no responden -dijo Horus, escondiendo una mueca de dolor y haciendo señas Aximand a sus pies. Con un paso torpe, Horus se dirigió a una sala adyacente. -Camina conmigo. Tengo algo para ti.

Aximand siguió a Horus a una cámara de armamento reverentemente oscura, iluminada sólo por una luz suave por encima del bastidor de acero de apoyo de los componentes de batalla del Señor de la Guerra. Adeptos con múltiples miembros en casullas harapientas trabajaban para reparar el daño causado por los cañones de los Raptors de Fuego. Aximand olía fijadores, ceramita fundida y barniz oscuro.

Destructora de Mundos colgaba en ganchos reforzados al lado del guantelete izquierdo. El ojo de león ambarino flanqueado en el plastrón parecía seguir a Aximand mientras atravesaban la cámara. Horus podría haber muerto, parecía decir, pero Aximand se sacudió la sensación de juicio cuando se acercaron a una forja de alto abovedado de fundición y metalurgia. El resplandor en plena ebullición de un horno jugueteaba con el aire.

Sólo cuando Aximand siguió Horus por la cámara vio su error. No era la luz natural de un horno iluminando la forja, sino algo brillante y oscuro al mismo tiempo, algo que dejó una sucesión fugaz de impresiones negativas en su retina. Aximand sintió el aliento cadavérico en la parte posterior de su cuello y saboreó las cenizas humanas a la vista de una abominación envuelta en llamas flotando a un metro por encima de la cubierta.

En otros tiempos había sido un Ángel Sangriento. Ahora era... ¿Qué? ¿Un demonio? ¿Un monstruo? Las dos cosas. Su servoarmadura carmesí estaba rota, agrietada, donde el mal dentro de sí la lamía hacia afuera contra natura con llamas eternas.

El que el legionario dentro de esa servoarmadura había sido una vez era inmaterial. Todo lo que quedaba de él era el símbolo de la hélix principal quemada de un apotecario. Se llamaba a sí mismo el Cruor Angelus, pero los hijos de Horus le conocían como el Ángel Rojo.

Fue atado y amordazado por cadenas que brillaban originalmente de plata, pero que ya habían sido recubiertas de negro. Su cabeza carecía de casco, pero sus facciones eran imposibles de discernir entre las llamas infernales, con excepción de dos ojos al rojo vivo, llenos de la ira de un millón de almas condenadas.

-¿Por qué está eso aquí? -dijo Aximand, para nada dispuesto a expresar su nombre.

-Calla -respondió Horus, llevando a Aximand hacia un banco de trabajo de madera sobre el que descansaba implementos que parecían más afines a las herramientas de un cirujano que las del metalúrgico. –El Ángel sin Rostro tiene un papel que desempeñar en nuestro esfuerzo actual.

-No debemos confiar en nada que provenga de ese hijo de puta intrigante -dijo Aximand. -El exilio era demasiado fácil. Deberías haberme dejado matarle.

-Si él no toma la lección a pecho puedo dejarte -dijo Horus, levantando algo de la mesa de trabajo. -Pero ese es un asesinato para otro día.

Sólo a regañadientes Aximand dejó que su mirada se apartara del Ángel Rojo, como cualquier guerrero se resistía a dejar a un enemigo fuera de vista.

-Aquí -dijo el Señor de la Guerra, con un bulto largo, envuelto en tela delante de él. -Esto es tuyo.

Aximand tomó el paquete y sintió el peso de metal denso. Lo desenvolvió con cuidado reverente, adivinando lo que había dentro.

El borde de (   ) había sido gravemente mellado en la lucha contra Hibou Khan, y la hoja de Medusa del Cicatriz Blanca demostrando ser más que un igual del acero azul de Cthonia.

-Duro como una roca y caliente como el infierno en el corazón -dijo Horus, golpeando su pecho. -Un arma que es de Cthonia hasta la médula.

Aximand agarró la empuñadura de cuero herido de la espada de doble filo, sosteniendo la hoja delante de él y sintiendo que una última parte que ni siquiera había apreciado que faltaba ahora restaurada. La hoja estaba llena de grabados frescos que brillaban por la luz del fuego del engendro-demonio. Aximand sintió una potencia letal dentro de la hoja que no tenía nada que ver con la potencia de sus bordes.

-Os necesito a ti y tu espada, Pequeño Horus Aximand -dijo el Señor de la Guerra. -La guerra contra el Molech nos pondrá a prueba, y no eres tú sin ella.

-Me avergüenza que no fuese quien restaurase su filo.

-No -dijo Horus. -Me honra que pudiera hacerlo por ti, hijo mío.

Arcadon Kyro había aprendido muchas cosas durante su etapa como tecnomarine de los Ultramarines, pero las enseñanzas que había tomado más en serio es que no hay dos vehículos totalmente iguales en carácter o talante jamás. Cada uno era tan individual como los guerreros que llevaban a la batalla, y ellos también tenían legados dignos de recuerdo.

La Reina Sabaen era tan buen ejemplo de esto como podía desear. Un Stormbird de fabricación terrana, que había liderado el sobrevuelo sobre Anatolia en los últimos días antes de que la XIII Legión lanzara la campaña para recuperar los enclaves lunares de los cultos Selenar junto a las XVI y XVII Legiones. Kyro aún estaba por nacer, pero sentía el orgullo de la Reina Sabaen por haber tomado parte de la primera batalla auténtica de la Gran Cruzada.

Era una nave orgullosa, altanera incluso, pero Kyro pronto pilotaría una nave orgullosa más que un caballo de batalla resentido por el tratamiento deficiente. Ladeó Reina Sabaen alrededor de los picos más orientales del Untar Mesas, bajando la altura bruscamente y empujando a los motores a medida que el paisaje se abría. El vuelo desde la inspección preparatoria para la defensa a lo largo de la península Aenatep había sido largo, y la Stormbird se había ganado esta oportunidad de flexionar sus alas.

Con colinas marrones y dorados campos estirándose hacia montañas de acero en el horizonte, Molech se asemejaba a un gran número de los Quinientos Mundos, y estaba salpicado de agro-colectividades eficientes y atravesadas por caminos anchos, levitadores magnéticos y relucientes canales de riego. Se había sometido sin la necesidad de una guerra, sin embargo, por razones desconocidas para Kyro, aún contaba con una fuerza de guarnición medida en millones.

Las botas Ultramarines aún estaban frescas en el suelo, recién implementados como parte de una rotación regular de las fuerzas de la Legión entre Ultramar y Molech. Vared del undécimo capítulo había regresado a Macragge con todos los honores,

pasando el Aquila Ultima a Castor Alcade, legado del Grupo de Batalla II dentro del capítulo 25.

Con la horda del Señor de la Guerra rumoreándose que estaba en algún lugar de las marcas septentrionales no había probabilidades de ganar gloria en Molech, pero pocos guerreros estaban tan necesitados de gloria como Castor Alcade.

Hasta el momento, la carrera de Alcade había sido nada especial. Había asumido el manto de legado a fuerza de un registro de servicio que mostraba que es un guerrero con la diligencia debida y la capacidad necesaria, pero poco de estilo.

Bajo el mando de Alcade, el Grupo de Batalla II había adquirido una reputación en gran parte no devengada de la mala fortuna. Dos ejemplos concretos en los últimos treinta años se habían convertido de susurros envenenados a "hechos".

En mundo de Varn, donde lucharon junto a la Novena y 235ª compañías para aplastar a la horda de los pieles verdes del Cúmulo Ghennai. Alcade coordinó una campaña de flanqueo agotadora, rodeando a por pieles verdes en las latitudes del altiplano antes de llegar una hora después de que Klord Empion aplastase al enemigo exhaustivamente en la batalla del Delta Sumaae.

Durante el asalto final a las ciudades cavernosas de Ghorstel, una serie de marcadores auspex equivocados hizo que el asalto del Alcade a través de las fábricas ventrales equivocara el rumbo, desembocando en arcologías sin salida. Irremediablemente perdido en el laberinto de túneles, la ausencia de las compañías del Grupo de Batalla II dejó a Eikos Lamiad y sus guerreros luchando solos contra las huestes biomecánicas de Cybar-Mekattan.

La victoria heroicamente ganada de Lamiad cimentó una carrera ya formidable y condujo a su nombramiento como tetrarca de Konor, mientras consignaba la reputación de Alcade, por causas ajenas a él, a la mediocridad evidente.

Se decía que el propio Hijo Vengativo había comentado sobre el asunto, diciendo: “No todo el comandante puede ser el águila orgullosa, algunos deben dar vueltas sobre el nido y permitir a otros volar más lejos.”

Kyro tenía sus dudas sobre la autenticidad de la observación, pero eso no parecía importar. Los que conocían la reputación de Alcade lo llamaron “Segunda Cuerda” -Filum Secundo- olvidando que, por su significado original, la segunda cadena del arquero tenía que ser tan fuerte y fiable como la primero.

Un auspex de amenaza gorjeó en el oído de Kyro cuando una batería de coñones Hydra antiaéreos en una montaña se desperezaron y fijaron en la Reina Sabaen. Él envió un pulso de comunión, diciendo a los artilleros que era un amigo, y la amenaza desapareció de la pantalla.

-¿Las armas del Untar Mesas? –preguntó el legado Alcade, apareciendo en la escotilla que une el compartimento de la tropa con la cabina del piloto.

-Sí, señor -respondió Kyro. -Un poco lentas la adquisición, pero les estaba haciendo sudar por ello.

-Un poco de sudor ahora ahorrará una gran cantidad de sangre cuando los perros de Horus alcancen Molech -dijo Alcade, encajándose en el asiento del copiloto al lado de Kyro.

-¿Realmente cree que los traidores vendrán aquí, señor?

-Teniendo en cuenta la ubicación de Molech, eventualmente tendrán que hacerlo -dijo Alcade y Kyro oyó la esperanza de que tal evento podría llegar más pronto que tarde. La guerra que Alcade quería llegaba a Molech. Tenía el aroma de la gloria en sus fosas nasales.

Kyro entendía la gloria. Se había ganado su parte de ella. Tal encanto era más potente que cualquiera de los opiáceos del apotecario. El poder de su necesidad era algo para ser temido, incluso por los guerreros transhumanos que afirmaban estar por encima de tal debilidad mortal.

Alcade escaneó la pantalla de aviónica. Los sistemas de a bordo de su servoarmadura ya le habían dado la ubicación aproximada de la Stormbird, pero los Ultramarines no trabajan con aproximados.

-¿Cuál es tu veredicto sobre la península Aenatep?

Kyro asintió lentamente. –Estándar.

-¿Eso es todo?

-Lo será si todo a lo que tienen que enfrentarse son mortales y xenos, pero no tiene capacidad contra una Legión.

-¿Cómo la fortalecerías? -preguntó Alcade. -Dame un teórico.

Kyro negó con la cabeza. -En la fragua preferimos especulativo y empírico; todos los potenciales y los reales de trabajo. Incluso la mejor práctica no se hace empírica hasta que se ha demostrado efectiva en el combate un número significativo de veces.

-Una sutil diferencia -dijo Alcalde. -Demasiado sutil y más cuando los proyectiles están en el aire.

-Por eso los Tecnomarines son tan valiosos -dijo Kyro, llevándolos hacia el valle de Lupercalia, un nombre que sin duda debía ser cambiado a la luz de la traición del Señor de la Guerra. -Calculamos cómo las cosas tienen que ser así que los comandantes en el campo no tienen que hacerlo.

Más indicadores de alerta e Hydras fijos en ellos, y Kyro permitiendo que la Reina Sabaen ignorase sus interrogatorios con elevado desdén.

-¿Qué haríamos sin nuestros valientes hermanos en la fragua para mantenernos meros comandantes en la cola? -dijo Alcade.

Kyro dijo: -Es bueno saber que nos aprecia, señor.

-¿Alguna vez lo dudó? -sonrió Alcade. -Pero no has contestado a la pregunta.

Kyro no escatimó a su legado una mirada de soslayo. Como un guerrero heroico de la XIII Legión como cualquier otro, ni siquiera las modificaciones transhumanas podrían suavizar sus rasgos patricios o los planos finamente esculpidos de sus pómulos. Sus ojos eran de color aguamarina pálido, engarzados en piel como el abedul resistido sobre le que llevaba una barba bifurcada encerada, a la manera de los hijos del Khan. Tal vez pensó que le daba un aspecto libertino y peligroso, pero junto con su cabello plateado tonsurado le daba un aspecto más de monje guerrero.

-Me gustaría traer otro capítulo de la decimotercera legión para endurecer a sus soldados -dijo Kyro. -Luego, más artillería. Al menos tres brigadas. Tal vez algunas cohortes de cyborgs Thallax de Modwen. Y Titanes; no puede ir mal con Titanes.

-Siempre tan preciso -rio Alcade. -Te pregunto la hora y me dirías cómo construir un reloj.

-Es por eso que me eligieron para ir a Marte -dijo Kyro.

Ante la Stormbird, Lupercalia excavaba en las montañas a lo largo de un valle escalonado de piedra ocre. Con seis kilómetros de ancho en su desembocadura, el

valle se reducía gradualmente a medida que subía hacia el Monte Torger y la Ciudadela de Alba, donde Cipriano Devine gobernó Molech con mano admirablemente sabia. Las defensas amuralladas de la ciudad eran impresionantes a la vista, pero arcaicas y en gran parte sin valor contra un enemigo con cualquier capacidad militar real.

Los anteriores comandantes Ultramarines habían hecho todo lo posible para alterarlas, empleando las Notas del primarca hacia la Codificación Marcial, pero la resistencia de una población intransigente era irrompible.

Tengo la sensación de que hay más que quieras decir -dijo el Alcalde.

-¿Puedo hablar libremente, señor?

-Por supuesto.

-El problema con Molech no son las defensas colocadas o su poderío, el problema es la cultura incrustada.

-Dame tu teórico; lo siento, especulativo.

-Muy bien. Tal como yo lo veo, la gente de Molech se ha asentado en los cuentos de caballeros heroicos que montan a la batalla en concursos honorables de armas -dijo Kyro. -Su mundo no ha visto la lucha real en siglos. Ellos no saben que ejércitos concentrados de hombres ordinarios con armas de fuego es la nueva realidad. Los números, la logística y la planificación son los factores determinantes en quién gana y quién muere.

-Una visión sombría -dijo Alcalde. -Especialmente indicada para las Legiones.

-Un punto de vista empírico -dijo Kyro, tamborileando con dos dedos la calavera Ultima estampada en el peto. -Ah, no me culpe, señor; yo siempre era el mejor en prevenir los peores escenarios. Pero si tienes razón y los traidores vienen a Molech, no es a los regimientos del ejército los que va a matar primero.

-Es verdad, seremos nosotros y el Juramento de Sangre de Salicar.

-Tenemos tres compañías, y solo el emperador sabe cuántos ángeles sangrientos están en Molech.

-Yo diría que menos de la mitad de nuestra fuerza -dijo Alcalde. -Vared habló de Vitus Salicar señalándolo como un guerrero no demasiado dado al espíritu de cooperación.

-Así que quinientos legionarios -dijo Kyro. -E hipérboles a un lado, eso no es suficiente para defender un planeta. Por lo tanto, la carga principal de la defensa de Molech cae sobre los regimientos del Ejército.

-Pueden ser mortales, pero hay casi cincuenta millones de hombres y mujeres que luchan en este planeta. Cuando la guerra llegue a Molech, será sangrienta allá de la imaginación, y no terminará rápidamente.

-Pero en el final práctico, los mortales simplemente no pueden resistir la guerra masiva Legión, señor -dijo Kyro.

-¿No crees que casi un centenar de regimientos puedan defender uno de los mundos del Emperador?

-¿Qué práctica le pondrías a cualquier ejército mortal resistiendo fuerzas de la Legión? ¿La verdad? ¿Sabes cómo se llama el fenómeno cuando los humanos de primera línea se encuentran luchando contra guerreros como nosotros?

-Pavor Transhumano -dijo Alcalde.

-Pavor Transhumano, sí -convino Kyro. -Los dos lo hemos visto. ¿Recuerda la brecha de Parsabad? Era como si la sangre se hubiera congelado en sus venas. Casi sentí lástima por los pobres desgraciados que tuvimos que matar ese día.

Alcade asintió. -Era como la siega de trigo.

-¿Desde cuándo las familias nobles de Macragge trillan su propio trigo? -dijo Kyro.

-Nunca -acordó Alcade, -pero he visto fotos de ello.

Los vectores de aproximación aparecieron en las listas de visualización delante de Kyro. Alcade quedó en silencio mientras la Reina Sabaen comenzó su descenso a la caverna hangar justo debajo de la gran ciudadela en el fondo del valle.

El repique de las advertencias de amenaza era constante, pero Kyro las apagó cuando niveló la aeronave con una bengala en pleno auge de desaceleración, seguido de la sacudida de las garras de aterrizaje al conectar con el suelo.

Alcade desabrochó sus ataduras y se devuelve al compartimento de la tropa, donde cincuenta Ultramarines estaban sentados en filas a lo largo de la línea central y fuselaje de la aeronave. Kyro apagó los motores, dejando que la Stormbird alcanzara su propio equilibrio antes de soltar los mecanismos de bloqueo de las puertas de asalto.

A medida que el personal de tierra se apresuró a atender la aeronave, Kyro desabrochó sus propias ataduras y terminó el último de sus controles posteriores al vuelo. Colocó un puño sobre el aquila en la consola de vuelo y luego hizo el Icono Mechanicum para honrar tanto a Terra y Marte.

-Quiero darte las gracias –dijo antes de meterse en el compartimento de la tropa. Blindados en azul cobalto y marfil, los cinco escuadrones de Ultramarines eran de hecho un hermoso espectáculo, alistados y listos para desembarcar.

Los aromas de hierro chamuscado, motores calientes y ventilación propulsor entraron por la rampa de asalto bajada, una embriagadora mezcla que Kyro retrotrajo a la forja y el simple placer de dar forma al metal.

Recopilando los equipos que contienen su servo-arnés, Kyro siguió a los guerreros alineados por la rampa mientras sirvientes de aterrizaje y la tripulación de cubierta preparaban la Stormbird para su próximo vuelo.

Didacus Theron ya estaba esperándoles en la pista de aterrizaje, y la mirada en el rostro del centurión presagiaba que la noticia que llevaba era de un tono oscuro. Un mezclador de baja cuna de Calth, había conseguido un alto cargo dentro de la Legión en virtud de salvar la vida de Tauro Nicodemo en el Cresta Terioth hace casi sesenta años.

-Buenas sombrías -dijo Theron cuando el legado acercó.

-Habla -ordenó Alcade.

-Cipriano Devine está muerto -dijo Theron, -pero eso no es lo peor de todo.

-¿El comandante Imperial está muerto y eso no es lo peor de todo? -dijo Kyro.

-Ni se acerca -dijo Theron. –Los Quinientos Mundos están bajo ataque y el hijo de puta del Señor de la Guerra está en camino a Molech.

Helados vientos aullaron sobre el casco de acero desnudo de la Valquiria, realizando espirales en vórtices fantasmales alrededor de sus motores de refrigeración. El vapor brotaba de los bordes de ataque de las alas y estelas unidas, haciendo que se viera como si todavía estuviera en vuelo. Loken ordenó a Rassuah mantener los motores encendidos para evitar que se congelaran completamente. Aunque su servoarmadura mantenía a raya el frío, Loken se estremeció ante la desolación helada de la cima de la montaña.

Los Urales corrían durante casi dos mil quinientos kilómetros, desde los confines helados de Kara Oceanica al antiguo reino del Khaganato Rus de Kiev. Por delante, la imponente torre de forja del Monte Narodnya era un borrón juguetón, envuelto en el humo y los relámpagos de los poderosos esfuerzos subterráneos.

La riqueza de estas montañas había sido saqueada por una sucesión de pueblos, pero ninguno coincida con la escala monumental del Clan Terrawatt. Se dice que nacían de la misma raíz que el Mechanicum, que sus theologiteks habían tallado templos en los huesos de los Urales durante una época tecnológica oscura, donde resistieron la furia de la Vieja Noche en un espléndido aislamiento hasta que su propia existencia se convirtió en una leyenda susurrada.

Cuando el Clan Terrawatt salió finalmente de su guarida bajo la Kholat Syakhl, encontraron un planeta devastado por las guerras libradas entre etnarcas monstruosos y tiranos. Cuando la noticia del renacimiento del clan se propagó, solicitantes provenientes de todo el mundo llegaron para pedir por sus antiguas maravillas, ofreciendo gangas, tratados y amenazas a partes iguales.

Pero sólo un hombre vino ofreciendo más de lo que pretendía tomar.

Él se llamaba a sí mismo Emperador, título del que el Clan Aghas se burló hasta que SU vasto conocimiento de las tecnologías olvidadas se hizo evidente. Su voluntad de compartir estas artes perdidas alió el clan a Su estandarte, y de sus archivos vino muchas de las armas que trajeron la Unificación a la Vieja Tierra. Los núcleos de memoria enterrados el en mayor Aghas decía que era su tecnología, no la de Marte, la que precipitó la creación del primer proto-Astartes, una afirmación totalmente refutada por Mechanicum.

Loken vio poca evidencia de maravilla tecnológica aquí, sólo un alto risco de roca negra envuelta en brumas congelantes y nubes de cenizas fanfarronas expulsadas de los complejos-forjas Diatlov. Las rocas estaban desnudas de vegetación, de bordes

afilados y totalmente hostiles a cualquier tipo de flora. Loken se volvió en el acto, sin ver más que la plataforma de aterrizaje solitaria en la que estaba posada la Valquiria.

Comprobó la pantalla que llevaba, sus bordes ya dibujados con un recubrimiento de polvo pálido, fibroso.

-¿Estás seguro de que este es el lugar? -preguntó.

-Tengo los ojos de un cazador, y he volado desde un lado de Terra al otro por los negocios del Sigilita -dijo Rassuah, con la voz cortada y eficiente. -Y he aterrizado en los Siete Hombres Fuertes muchas veces, Garviel Loken por lo que, sí, estoy seguro de que este es el lugar.

-Entonces, ¿dónde está?

-¿Y tú me lo preguntas? -dijo Rassuah. -Es uno de los tuyos. ¿No deberías saberlo?

-Nunca lo conocí -dijo Loken.

-Yo tampoco, así que ¿Por qué crees que voy a saberlo?

Loken no se molestó en contestar. Rassuah era un mortal, pero incluso Loken podía decir que había más en ella de lo que veía a simple vista. Sus aumentos fueron tejidos sutilmente en un físico claramente perfeccionado por la modificación genética y un riguroso régimen de entrenamiento. Todo en ella hablaba de excelencia. Rassuah afirmaba ser una simple piloto naval, pero sonreía cuando lo decía, como desafiando a Loken a contradecirla.

Su hermetismo, tono de piel, forma de los ojos y el pelo negro brillante sugerían una genética PanPacífica, pero nunca había ofrecieron ninguna información sobre su origen, y Loken nunca lo pidió.

Rassuah le había llevado desde el antiguo Himalazia hasta el extremo norte de los Urales para encontrar al primer miembro de los Exploradores de Loken, pero parecía que iba a ser más difícil de lo previsto.

El hombre al que Loken había venido a buscar era un Hijo de Horus y él...

No, no lo era. Era un Lobo Lunar.

Él no había sido parte de la Legión cuando se dio ese primer paso en el camino de la traición. No era un verdadero hijo entonces, pero si un hermano genético, y Loken no estaba seguro de cómo se sentía acerca de eso.

Sí, Iacton Qruze era uno de sus Caballeros Errantes, pero había servido con El Que Se Oye a Medias a bordo del Espíritu Vengativo cuando las cosas se fueron al infierno. Tenían una experiencia compartida de lo que sus hermanos perdidos habían hecho que este guerrero no podía saber.

El viento se calmó por un momento, y Loken miró a través de las nubes silenciadas de material, viendo contornos oscuros como gigantes congelados elevados a la cumbre. Demasiado altos para ser cualquier cosa viviente, eran como las pesadas columnas de algún vasto templo que había sido erosionado por siglos de exposición.

Echó a andar hacia ellas, caminando con dificultad a través de la ceniza arrastrada por el viento a grandes zancadas. Las formas surgieron de las nubes, revelándose mucho más grandes de lo que había sospechado, grandes pilares de roca en bandas como los megalitos de algún culto tribal.

Seis de ellas agrupadas muy juntas, todas de al menos de treinta metros de altura, con un séptimo puesto aparte como un paria. Algunos eran estrechos en la base, ampliándose como hojas de lanza antes de estrecharse hacia sus picos. El viento aullaba a través de ellos con el gemido lastimero de un alma en pena que puso los dientes de Loken en el borde.

La estática zumbó en su casco, un efecto secundario del aire cargado de la incesante industria debajo de las montañas. Loken oyó silbidos, chasquidos y eructos de distorsión, y lo que sonaba muy parecido a una respiración suave.

Garvi...

Loken conocía esa voz y se dio la vuelta, como si esperara ver a su compañero caído, Tarik Torgaddon, de pie tras él. Pero estaba completamente solo; incluso el contorno de la Valquiria se volvía cada vez más indistinto de la niebla.

Él ya no estaba seguro de si había oído la voz o imaginado su existencia. Había sido una aparición de su amigo asesinado la que convenció a Loken de dejar el santuario de la biosfera lunar, una memoria que se fue volviendo cada vez más débil, como los ecos desvaneciéndose de un sueño lejano.

¿Había sucedido siquiera, o era un reflejo de la culpa y la vergüenza atrapadas en los fragmentos astillados de su psique torturada?

Loken había sido sacado de las ruinas de Isstvan III; la cáscara rota de un hombre, atormentado por los delirios y las pesadillas fantasmales. Garro le había traído de vuelta a Terra y le dio nuevo propósito pero ¿Podría cualquier hombre regresar de un abismo semejante sin cicatrices?

Se tomó un momento para equilibrar sus humores mientras susurros sangrados de lo que podría haber sido tráfico vox venían del borde de su audición. El aliento de Loken quedó atrapado en la garganta por su familiaridad.

Había oído hablar de este tipo de cosas antes.

El sesenta y tres-diecinueve.

En los Susurrantes.

La horrible transformación de Jubal pasó ante los ojos de Loken como un video tartamudeando y su mano bajó a la pistola de su funda. Pulsó la captura de su cubierta. No esperaba desenfundarla, pero simplemente descansar su mano sobre la empuñadura de textura le dio comodidad.

Moviéndose a través de las formaciones rocosas gigantescas, gimió la estática chillando y crujiendo al ritmo de la tormenta de cenizas. ¿Los pilares amplificaban la interferencia o era un subproducto de los cientos de templos-forja por debajo de él?

La estática se cortó abruptamente.

-¿Sabes dónde estás? -dijo una voz baja, su acento gutural y difícil deshuesado con bordes palatinos y vocales ásperas.

-¿Tarik? -dijo Loken.

-No. Responde a la pregunta.

-Los Urales -dijo Loken.

-Esta montaña en particular.

-No sabía que tuviera un nombre.

-Se llama Manpupuner -dijo la voz. -Me han dicho que significa pequeña montaña de los dioses en alguna lengua muerta. Los clanes dicen que estos son los cuerpos petrificados de los Siete nonatos.

-¿Estás tratando de asustarme con viejas leyendas?

-No. Nacimos aquí, ¿Te diste cuenta de eso? -continuó la voz. -No literalmente, por supuesto, pero la primera raza de transhumanos se creó debajo de esta montaña.

-No sabía eso -dijo Loken. -¿Dónde estás?'

-Más cerca de lo que piensas, pero tendrás que encontrarme si quieres hablar cara a cara -dijo la voz. -Si no puedes hacerlo, entonces no hablaremos en absoluto.

-Malcador dijo que me ayudarías -dijo Loken. -Él no dijo nada acerca de tener que probarme a mí mismo.

-Hay mucho que el viejo mañoso no dice -dijo la voz. -Ahora vamos a ver si eres tan bueno como dice Qruze.

La voz se desvaneció en un murmullo creciente de estática y Loken se apretó contra el pilar de roca más cercano. Alisada donde estuvo expuesta al viento, carcomida donde siglos de contaminantes atmosféricos devoraron la roca, la masa de piedra era inmensa y se alzaba como la pata de una máquina de guerra titánica.

Él bajó la cabeza por la esquina redondeada, cambiando entre los modos de percepción. Ninguno de los espectros que seleccionó en el casco pudo penetrar la niebla. Loken sospechaba artificios deliberados en sus propiedades de ocultación.

Algo se movió por delante de él, una sombra medio vislumbrada de un guerrero encapuchado con el aplomo de la total confianza. Loken se apartó de la roca y se lanzó en su persecución. El esquisto frágil de la tierra hizo del sigilo algo imposible, pero ese hándicap trabajaría en contra de su enemigo también. Llegó a donde él pensaba que la sombra se había ido, pero no había ni rastro de su presa.

Las nieblas se hincharon y subieron, y las torres escarpadas de los Siete Nonatos se alzaban en la niebla como si avanzaran y retrocedieran. Voces susrrantes gemían por entre la estática del vox; nombres y largas listas de números, la cuenta de cosas ya muertas. Ecos de un pasado arrastradas por una marea cataclísmica de guerra y olvido.

Ninguna era discernible, pero el sonido tocó la fibra sensible en Loken. Se mantuvo quieto, filtrando las voces, y tratando de oír el roce revelador de la servoarmadura en la piedra, un paso en la grava. Cualquier cosa que pudiera revelar una presencia oculta. Dada la naturaleza del hombre por el que estaba aquí para encontrar, no estaba ofreciendo mucha esperanza.

-Te has olvidado de lo que Cthonia te enseñó -dijo la voz.

Burbujeó a través de la estática en su casco; inútil para localizar una ubicación.

-Tal vez tú recuerdes un poco demasiado -respondió Loken.

-Recuerdo que era matar o morir.

-¿Eso es lo que es esto? -dijo Loken, moviéndose tan lenta y silenciosamente como pudo.

-No voy a matarte -dijo la voz. -Pero tú estás aquí para tratar de conseguir que me maten. ¿No?

Un destello de movimiento en la niebla a su derecha. Loken no reaccionó, pero con cuidado, desvió su curso hacia ella.

-Estoy aquí porque te necesito -dijo Loken, comprendiendo al fin la naturaleza de este lugar. -¿Los Caballeros Errantes? Aquí es donde les entrenaste para convertirse en los fantasmas grises, ¿No?

-Les enseñé a todos -dijo la voz. -Pero no a ti. ¿Por qué?

Loken negó con la cabeza. -No lo sé.

-Porque eres el guerrero que está a la vista -dijo la voz, y Loken no pudo decidir si las palabras estaban destinadas a la admiración o la burla. -No hay nada que pueda enseñarte.

El contorno borroso del guerrero encapuchado de pie en el lado de sotavento de un gigantesco pilar de piedra, seguro de ser observado. Loken lo mantuvo en su visión periférica, moviéndose como inconsciente de su presencia. Se acercó hasta una distancia cinco pasos. Él nunca tendría una mejor oportunidad.

Loken saltó hacia la fuente de la voz burlona.

El esbozo del hombre encapuchado se deshizo como la ceniza en una tormenta.

Aquí, Garvi...

Loken se volvió en el acto, a tiempo para ver una imagen umbral de un hombre que se movía entre dos de los Siete Nonatos a través de la cumbre. Loken captó un destello de piel, un tatuaje. No es el hombre encapuchado.

¿La voz de quién estaba escuchando? ¿Estaba persiguiendo a los fantasmas?

Las leyendas de los nonatos fueron historias de miedo chillonas con hipérboles indignantes como las relatadas en Las crónicas de Ursh. Hablaba de los ejércitos fantasmas de las sombras, espectros entre la niebla de no-nacidos y pesadillas que desgarraban los cráneos de los hombres, pero eso no era a lo que Loken se enfrentaba.

Grietas en su memoria y un cazador silencioso eran sus enemigos aquí.

-Volverás, ¿no es así? A la guarida de Lupercal.

Loken no perdió el aliento preguntándose cómo podría conocer la naturaleza de su misión. En lugar de ello, optó por pinchar la vanidad de su oponente.

-Tienes razón -dijo. -Y necesito tu ayuda para entrar.

-Entrar es la parte fácil. Se trata de salir lo que será un problema.

-Un problema menor si te unes a mí.

-No tengo por hábito ir a misiones suicidas.

-Yo tampoco.

Ninguna respuesta llegó, y Loken consideró sus opciones.

Como él lo veía, tenía dos; seguir dando tumbos alrededor de la montaña cubierta de niebla, mientras buscaba como un tonto, o salir con las manos vacías.

Estaba siendo probado, pero las pruebas sólo funcionaban si ambos participantes trabajaban para lograr un objetivo común. Loken ya había jugado una partida sin conocer las reglas. El Rey Lobo le había ganado a aprender algo de su carácter, pero se sentía como alguien que toma placer en menospreciarle.

Si Loken no podía jugar con las reglas de otra persona, jugaría por su propia cuenta. Se volvió hacia la Valquiria. El avión era invisible en la noche, pero su señal del transpondedor era un signo brillando suavemente en su visor. Abandonó cualquier pretensión de buscar en la cima de la montaña, marchando descaradamente de nuevo a la nave de asalto.

-Malcador y sus agentes eran eficaces en el reclutamiento de caballeros errantes -dijo Loken. -No hay escasez de guerreros que pueda reunir a tiempo de nuestra ventana de misión."

Loken oyó pasos sigilosos en la pizarra, pero resistió el cebo obvio. La Valquiria emergió de la niebla y Loken cambió el enlace vox al canal de Rassuah.

-Acelera los motores -dijo. -Nos vamos.

-¿Lo encontraste?

-No, pero fija tu ojo de cazador en mí.

-Entendido.

Los pasos sonaron de nuevo, justo detrás de él.

Loken se dio la vuelta, sacando su arma y apuntando con un solo movimiento de fluida economía.

-No te muevas -dijo, pero no había nadie allí.

Antes de que Loken pudiera reaccionar, una pistola se apretó contra la parte trasera de su casco. Un martillo fue echado hacia atrás con un agudo chasquido de metal engrasado.

-Me esperaba más de ti -dijo la voz detrás de la pistola.

-No, no lo esperabas -dijo Loken, bajando su propia pistola.

-Esperaba que probaras un poco más antes de darte por vencido.

-¿Te habría encontrado acaso?

-No

-Entonces, ¿qué sentido tendría? -dijo Loken. -No peleo batallas que no puedo ganar.

-A veces uno no puede escoger las batallas que pelea.

-Pero puedes elegir cómo luchar contra ellos-dijo Loken. -¿Cómo está ese ojo de cazador, Rassuah?

-Fijado -dijo Rassuah. -Di la palabra y puedo poner un perforante a través de su pierna. O la cabeza. Es tu elección.

Loken se volvió lentamente para mirar al hombre que había venido a buscar. Blindado con servoarmadura gris plomo desnuda y con cicatrices sin insignias, carecía de casco y su rostro barbudo estaba enmarañado con polvo. Un tatuaje-glifo draconiano enrollado alrededor de su ojo derecho, la marca de los Sangre Oscura, uno de las más crueles pandillas asesinas de Cthonia.

Loken vio una estructura ósea robusta que reflejaba la suya.

-Severian -dijo Loken, extendiendo las manos. -Te encontré.

-Al renunciar -dijo Severian. -Al cambiar las reglas de la caza.

-Tú más que nadie debería saber que así lucha un Lobo Lunar -dijo Loken. -Entender a tu enemigo y hacer todo lo necesario para derribarlo.

El guerrero sonrió, dejando al descubierto dientes manchados de ceniza. -¿Crees que tu amigo asesino puede golpearme? No lo hará.

-Si no es ella, entonces yo -dijo Loken, llevando su pistola hacia arriba.

Severian negó con la cabeza y pasó algo hacia Loken, algo que brillaba metálico y plateado.

-Toma -dijo Severian. -Necesitarás esto.

Loken instintivamente levantó la mano mientras Severian se alejó de él. -Y tenía grandes esperanzas para ti, Garviel Loken.

La niebla se cerró a su alrededor como una capa.

Loken no insistió. ¿Qué sentido tendría?

Abrió la palma de la mano para ver lo que Severian le lanzó.

Dos relucientes discos plateados. Al principio Loken pensaba que eran medallas de logia, pero cuando les dio la vuelta y vio que eran blancas y reflectantes, entendió lo que eran.

Monedas espejo de Cthonia.

Monedas para dejar en los ojos de los muertos.

CINCO
El Ángel pintado
Nacidos de la Sangre
Exploradores

El asidero era bueno, la piedra de la ciudadela en ruinas todavía resistente e impermeable a pesar de estar construida sobre una costa azotada por tormentas. Le recordó a Vito Salicar en la roca dura del Macizo Qarda en Baal Secundus, la gama hostil picos radicales llamados hogar por la tribu que le había dado a luz.

Duro como el granito y blanqueado de color después de miles de años de exposición, la piedra de la torre en ruinas ofrecía asideros abundantes, pero pocos eran más anchos que la anchura de un dedo. Salicar había subido a la torre muchas veces, pero esta era su primera tentativa en la fachada occidental. La erosión desgastó la roca con vistas al océano liso, y vientos truculentos intentaban arrancarle desde su posición privilegiada.

Vestido sólo con un par de calzones de color caqui, el físico transhumano de Salicar era esculpido y pálido, como una de las Adoni de los templos Grekos dotado de vida y movimiento. Su musculosa espalda estaba tatuada con una gota de sangre con alas que se retorcía con cada movimiento de su ascenso. Los brazos de Salicar estaban marcados con alegorías similares en sus deltoides y bíceps, con sus antebrazos entintados con imágenes de cálices que gotean y calaveras llorando sangre. Tenía el pelo rubio, largo y cerrado en una cabellera apretada, sus rasgos artísticamente hermosos en su simetría.

El mar rugía seiscientos metros por debajo de él, un caldero de las olas estruendosas rompiendo contra la base del acantilado. El avance de la marea llenaba depresiones profundas con agua espumosa blanca antes de que su retirada revelara cuchillas de roca bajo la superficie. Caer sería morir, aunque fuese un transhumano diseñado para ser el guerrero perfecto por los genes de los herreros de los Ángeles Sangrientos.

Y ¿no sería eso justicia?

Salicar apartó el pensamiento molesto y estiró el cuello hacia atrás para escanear la ruta hacia adelante de su ascenso. Un rayo había dividido la torre hacía cuatro décadas, esculpiéndolo casi exactamente en dos. Que siguiera en pie era testimonio de la artesanía de sus antiguos constructores. La ruta directamente encima de él era imposible; la piedra estaba suelta y se mantenía en su lugar sólo por un milagro de fuerzas confluentes de compresión. Cualquier ascenso por esa ruta sería colapsar la totalidad de los tramos superiores.

Su posición actual en el borde de una ventana arqueada abierta era tenue como pocas, pero Vito Salicar no era un guerrero que negara cualquier reto una vez ofrecido. Drazen se había arriesgado a la censura al llamarlo loco por hacer un intento en la fachada oeste, y Vastern le dijo en términos inequívocos que los Sacerdotes Sanguinarios no serían responsable por la pérdida de su legado genético.

Así que, arriba no era una opción, pero a través...

La apertura era quizás de seis metros de ancho, demasiado lejos para saltar hacia los lados, pero en el vértice de la ventana había un voladizo que sobresalía y que una vez pudo haber apoyado a un ídolo largamente desaparecido del Señor de las Tormentas.

Dos metros por encima, y tres hacia el lado.

Difícil, pero no imposible.

Salicar apoyó las piernas, doblándolas tanto como pudo, y saltó hacia arriba como un escorpión de fuego enfurecido. La piedra a sus pies se agrietó con la presión repentina. Cayó de la pared mientras saltaba, y por un momento de infarto, Salicar flotó en el aire como si estuviese ingrávido.

Las imágenes de los huesos rotos y órganos pulverizados que Vastern había sido muy gráfico al describir brillaron ante sus ojos. Sus brazos giraron con la ménsula. Una mano extendida rozó el borde de la piedra y sus dedos se sujetaron con fuerza. Se volvió como un péndulo, gruñendo mientras los tendones de su brazo se desgarraron.

El dolor era bueno. Le dijo que no estaba cayendo.

Cerró los ojos y dirigió el dolor lejos de su brazo, dejando que se dispersan a través de su cuerpo, repitiendo el mantra de la carne al espíritu.

-El dolor es una ilusión de los sentidos -dijo con los dientes apretados. –La desesperación una ilusión de la mente. No me desespero, así que no sentiré dolor alguno.

Athekhan se lo había enseñado en Fraxenhold. La disciplina mental de Prospero era simple, pero eficaz, y pronto hizo su magia. El dolor se desvaneció y Salicar abrió los ojos, llegando con su otra mano para rizar sus dedos alrededor del labio delgado de la ménsula.

Se levantó con suavidad, como si realizara ejercicios de calistenia en los gimnasios. Sacó las piernas sobre la ménsula estrecha y se puso de pie en el centro del arco de la ventana. Un labio saliente de un frontón por encima de él ofrecía otro paso adelante, pero ese camino no presentaba ningún reto importante. Él lo rechazó y volvió su atención a una porción de piedra más larga que se había caído de más arriba en la torre.

En precario equilibrio en un espacio en forma de cuña en la pared, se asentaba en un punto de apoyo rocoso como escalas perfectamente equilibradas. Salicar colegió que acuñaba la suficiente fuerza para soportar su peso. Sin tomarse el tiempo para confirmarlo, saltó de su estrecha perca y aterrizó en el bloque.

De inmediato, supo que se había equivocado al creer que apoyaría su masa. Aunque pesaba varias toneladas, inmediatamente se inclinó desde su posición y se deslizó por la pared. Salicar saltó lejos del bloque e incrustó sus manos en una fracción fina en la roca por encima de él. La piel se rasgó y la sangre brotó de sus manos mientras apretaba los puños para soportar su peso.

El bloque cayó de la pared en una cascada de escombros, llevándose una gran cantidad de piedra rota con ella. Rebotó de punta a punta antes de golpear el suelo

con una explosión increíble de piedra astillada y un géiser de cincuenta metros de agua de mar.

En el muelle de piedra negro al pie de la torre, las cabezas se inclinaron hacia arriba, poco más que pequeños óvalos de color rosa. Los colores de su servoarmaduras permitió a Salicar discernir a sus sub-comandantes; Drazen en bermellón y oro, Vastern en blanco, Agana en negro. El resto de sus guerreros portaban el carmesí de la Legión, sus espadas de plata relucientes a la luz del sol moribundo.

Él se apartó de ellos y buscó otro camino adelante, pero sólo quedaba el borde del frontón por encima de él. Y por mucho que él deseaba un desafío con esta subida, no había otra manera que no fuera simplemente un suicidio.

Salicar alivió una mano ensangrentada de la roca y se agarró en el saliente. Con su peso soportado, retiró la otra mano y se irguió.

Desde aquí, los asideros eran abundantes, y alcanzó el curso superior de los bloques poderosos sin un esfuerzo excesivo. Se puso de pie en la cima de la torre en ruinas y se irguió en toda su estatura, un hombre hermoso, diseñado de forma idealizada.

Levantó las manos por encima de su cabeza, mirando hacia abajo, a las olas rompiendo, piscinas transitorias y rocas letales. La muerte estaba desequilibraría la balanza con un error de cálculo del tiempo un latido del corazón.

Y yo podría darle la bienvenida.

Levando los brazos hacia sus costados, Salicar saltó de la torre.

La ciudadela del Señor de las Tormentas fue erigido en la península septentrional de la isla de Damesek; un esqueje abandonado de picos de golpeados por los rayos, tallados en piedra volcánica negra. La isla estaba casi deshabitada y unida al continente por una calzada única fulgurita de la ciudad peregrina de Avadon.

La ciudadela y el muelle en su base fueron las únicas estructuras hechas por el hombre en Damesek. El muelle se mantuvo casi intacto, pero la ciudadela era un disco adhesivo en ruinas construido en una época anterior en torno a un pico de basalto solitario. La piedra pálida de su construcción no era nativa de la región, y el

esfuerzo monumental que debió haber tomado a los habitantes pre-tecnológicos de Molech traerlo aquí fue increíble.

Una de las leyendas más antiguas del planeta hablaba de una figura mítica conocida como el Señor de las Tormentas. Cuando caminaba, el trueno le seguía, y su Senda Fulgurante una vez fue una ruta de peregrinación a través del paisaje. La última parte de esa ruta llevaba a este pico, donde el Señor de las Tormentas ascendió en un rayo de luz al arca celestial que lo llevó a Molech.

Antes del desmantelamiento del Librarius de los Ángeles Sangrientos, Drazen había estudiado un gran número de este tipo de leyendas en busca de la verdad detrás de ellas, y este era un mito descartado como alegoría por la mayoría del pueblo de Molech.

La mayoría, pero no todos.

Un grupo determinado de mendicantes cuyo número disminuía con cada generación que pasa todavía moraba en las partes inferiores de la ciudadela, subsistiendo con las limosnas y ofrendas dejadas por la gente curiosa que venía a visitar en las ruinas.

Drazen Acorah puso sus ojos en la ciudadela por primera vez hace casi dos años, y había entrenado aquí muchas veces con el capitán Salicar y la Hermandad de la Sangre. Encontró mucho que admirar en los hombres y las mujeres desnutridos que subsistían en las ruinas de esta costa árida.

Al igual que la Hermandad de la Sangre, se dedicaban a un trabajo que parecía poco útil, pero que nunca soñarían con abandonar. Ellos ya no se llamaban a sí mismos sacerdotes, pues tal término era peligroso en esta era de la razón, pero la palabra era apropiada.

Había algo tangible en el aire aquí. No hace mucho tiempo, Acorah podría haberlo llamado abiertamente etéreo. Pero al igual que el azul del Librarius que él había usado una vez con orgullo, palabras como esta se habían dejado de lado. Las piedras de la ciudadela susurraban algo increíble, algo que nunca había sentido antes, y sólo con dificultad no pudo resistir extender sus sentidos para escuchar sus secretos.

Ochenta y tres guerreros elegidos de la IX Legión luchaban combates de sparring bajo la mirada inflexible de Agana Serkan, su negro Guardián blindado. Estos guerreros eran algunos de los mejores de la Legión, escogidos a dedo por Sanguinius a presentarse como sus representantes. Comandados por el Emperador mismo, los

Ángeles Sangrientos habían enviado un destacamento de la Hermandad de la Sangre a Molech durante más de un siglo. Pese a ser como era un gran honor, ya que era para servir a una orden directa del Señor de la Humanidad, sus miembros estaban angustiados por habérsele negado la oportunidad de luchar junto a su primarca contra los odiosos nephilim del Cúmulo Signus.

Acorah compartía su consternación, pero no había fuerza en el universo capaz de obligarle a romper su voto de deber. Salicar había aceptado un grial carmesí lleno del vitae mezclado de la anterior Hermandad de la Sangre del capitán Akeldama. Salicar y cada uno de sus guerreros habían bebido del grial, significando la liberación de sus predecesores de su juramento antes de rellenar con su propia sangre para jurar otra.

Él dejó a un lado los recuerdos de su llegada a Molech y caminó hasta el borde del muelle. Los buques de alta mar habían desafiado una vez los mares traicioneros para llevar peregrinos a este lugar, pero muchos siglos habían pasado desde que cualquier embarcación hubiera tomado amarres aquí.

Los sacerdotes mendicantes que constantemente se desvivieron alrededor de ellos se abrieron para darles paso. Totalmente blindados en su servoarmaduras rojo-sangre, el más alto de ellos apenas llegaba a la base de la guardia del hombro de Acorah. Ellos les adoraban, pero su temor los mantenía distantes y Acorah se alegró.

Su temor dejó un sabor de bilis en la boca.

No les gustaba que Salicar subiera regularmente a la torre más alta, pero eso no detuvo al capitán. No podían expresar sus objeciones en cuanto a la blasfemia o profanación y en su lugar citaron la inestabilidad de sus restos.

Acorah escuchó a uno de los mendicantes jadear de terror y se protegió los ojos cuando volvió su mirada hacia la parte superior de la torre.

Él ya sabía lo que iba a ver.

Vito Salicar se arqueó hacia el exterior desde la cima de la torre, con los brazos extendidos aureolados por la puesta de sol como las alas de un fénix renacido.

Acorah parpadeó mientras el cuerpo de Salicar fue superpuesta por instantes con imágenes vivas: un ángel de oro rojo cayendo en picado en el fuego; un joven apuesto llevado sobre las alas de desintegración; un hijo imprudente corriendo a través del cielo en un carro solar.

Saboreó la ceniza y la carne agriada, y reprimió el impulso de dejar que su poder psíquico corriera a través de él, como una vez lo hizo con tanta libertad. Escupió bilis cuando Salicar se sumió en una cuenca rocosa de aguas profundas que la enésima oleada de la marea había llenado sólo una fracción de segundo antes.

El agua retrocedió, revelando a su capitán de rodillas sobre la roca negra entre un par de estalagmitas como lanzas. La cabeza de Salicar bajó, y cuando él se puso en pie, Acorah vio la misma expresión fatalista que había llevado desde su regreso de la Línea Preceptoria.

Antes de que las aguas pudieran correr a llenar la piscina de nuevo, Salicar trotó hacia el muelle y saltó hacia arriba. Acorah se arrodilló y agarró la mano de su capitán, tirando de él hacia arriba. Negado de su botín, el agua resonó con furia contra la piedra, duchando a los dos con espuma fría.

-¿Satisfecho ahora? -preguntó, mientras Salicar escupió un bocado de agua de mar.

Salicar asintió. -Hasta la próxima vez.

-Un hombre de menor comprensión pudiera decir que tenías un deseo de morir.

-No deseo la muerte -dijo Salicar.

Acorah volvió a mirar la longitud de la torre.

-Entonces, ¿Por qué insistes en tomar tales riesgos innecesarios?

-Por el desafío, Drazen -dijo Salicar, volviendo junto los combatientes de la Hermandad de la Sangre. -Si no me desafío, me volveré rancio. Todos lo hacemos. Por eso he venido aquí.

-¿Y esa es la única razón?

-No -dijo Salicar, pero no dio más detalles.

Acorah sintió la punta de los dedos hormigueando con el deseo de ejercer poderes ahora decretados antinatural. Qué tan fácil sería para él adivinar las verdaderas motivaciones del capitán, pero otro juramento le encadenaba contra tal curso.

Llegaron al lugar donde los esclavos de la Legión habían puesto la servoarmadura de combate de Salicar, un traje artesonado de color carmesí, alas de oro y adornos en negro. Sus espadas colgaban de un cinturón de cuero color canela y su pistola de oro

estaba anclada magnéticamente en una funda de muslo. Su frente era una máscara funeraria de jade, tan vacía de expresión como la de un autómata.

-Los mendicantes preferirían que no subieras a la torre -dijo, mientras Salicar cogía una toalla y comenzó a secarse.

-¿Tienen miedo de que me lastime?

-Yo creo que es más la torre de quien están preocupados.

Salicar negó con la cabeza. –Durará más que nosotros.

-No, si sigues golpeando trozos de que se suelte -señaló Acorah.

-Alborotas a mi alrededor como un esclavo adulador -dijo Salicar.

-Alguien tiene que hacerlo -dijo Acorah, mientras Salicar se puso un par de brillantes chapas de identificación alrededor de su cuello. Incluso sin sus sentidos transhumanos, era imposible pasar por alto las manchas de sangre en ellas.

-¿Es prudente mantener esos? -preguntó.

Salicar fue inmediatamente hostil.

-No es sabio, pero necesario. Su sangre está en nuestras manos.

-No sabemos lo que pasó ese día -dijo Acorah, resistiéndose contra el recuerdo de pesadilla de despertarse de un estado de fuga, encontrándose rodeado por los cadáveres. -Ninguno de nosotros lo hacemos, pero si hay culpabilidad, que sea compartida por todos nosotros por igual.

-Soy el capitán de la Hermandad de la Sangre -dijo Salicar. -Si la carga de la culpa no es exclusivamente mía, entonces ¿De quién?'

El chalet de la ladera de Yasu Nagasena había sido ampliado varias veces en el último año, con numerosos anexos, cámaras subterráneas y anexos tecnológicos. Originalmente había sido diseñado como un lugar de retiro y reflexión, pero se

había convertido en una base no oficial de operaciones para muchos de los operativos del Sigilita.

En vez de un lugar de consuelo para los que vinieron aquí, a menudo era el último lugar en la Tierra que verían. El mismo Nagasena estaba in absentia por otra cacería, y los Exploradores de Loken habían establecido su residencia.

Las paredes de la habitación en el corazón de la villa estaban cubiertas de esquemas de papel de cera recuperados de las bóvedas más profundas y seguras del palacio. Cientos de planos, secciones e isométricos representaban una de las naves más poderosas jamás adaptadas a los esquemas de construcción modelos Scylla.

El Espíritu Vengativo había formado el núcleo de las campañas de los Lobos Lunares durante dos siglos, un buque de guerra de clase Gloriana de tal poder que sistemas enteros habían sido sometidos por la escala de devastación que por sí sola podría desatar. Las líneas precisamente entintadas de los planos estaban cubiertas de garabatos apresurados y papeles fijados. Se identificaron puntos de penetración en la superestructura, los posibles puntos de embarque redondeados y sus secciones de mayor vulnerabilidad y fuerza resaltados con pinceladas. Estos últimas eran mucho más numerosas que los primeras.

Juegos de planos navales formaban un círculo en torno a dos guerreros de escala transhumana, ambos participando en un acalorado debate sobre la naturaleza de la nave a la que iban a infiltrarse.

Loken golpeó un lápiz contra las cubiertas de tránsito superiores.

-La Avenida de la Gloria y Lamentación -dijo Loken. -Es la aproximación al strategium. Un montón de tambuchos y galerías cubiertas conectadas a ella, y es un camino natural a través de la nave.

El compañero de Loken era claramente de una mentalidad diferente, y sacudió su cráneo con implantes cibernéticos. Su cuerpo era considerable; más amplio y más alto que Loken, pero con un encorvado notable que colocaba sus rasgos pálidos al mismo nivel.

Su nombre era Tubal Cayne y una vez había sido un Guerrero de Hierro.

-Eso muestra el tiempo que ha pasado desde que irrumpiste en una nave de guerra -dijo, señalando con el dedo los cuellos de botella a lo largo de los tránsitos

transversales. -Una penetración requerirá una lucha, algo que estaba bajo la impresión de que querías evitar. Además, cualquier comandante que se precie tendrá fuerzas de reacción rápida estacionados aquí, aquí y aquí todo el tiempo. ¿O me estás diciendo del Señor de la Guerra se ha vuelto impudente, así como loco?

A pesar de la traición de su Primarca, Loken sintió una absurda necesidad de defenderlo contra el insulto de Cayne. El Guerrero de Hierro tenía un don para irritar a la gente con su fría lógica y absoluta falta de empatía. Loken ya había intervenido para evitar que Ares Voitek estrangulara a Cayne con su servo brazo cuando sugirió que la muerte de Ferrus Manus en realidad podría tener un efecto positivo en la Décima.

Tomó una respiración profunda para calmar su creciente cólera. -El Espíritu Vengativo nunca ha sido abordado -dijo Loken. -Es un escenario de batalla que nunca nos molestamos en considerar. ¿Quién estaría tan loco como para abordar la nave insignia del Señor de la Guerra?

-Siempre hay alguien lo suficientemente loco como para intentar la única cosa que nunca se ha considerado -dijo Cayne. -Basta con mirar a tu alrededor.

-Entonces, ¿Dónde me sugieres? -espetó Loken, cansado de la oposición incesante de Cayne. Sabía que su irritación se dirigía más a sí, pues cada una de las objeciones de Cayne estaba fundada en la lógica y la diligencia debida del pensamiento.

Cayne se inclinó para estudiar los esquemas de nuevo, sus ojos volando hacia atrás y hacia adelante y sus dedos trazando patrones arcanos a través de las líneas delgadas como un cabello de pluma del arquitecto Scyllano. Finalmente golpeó una bahía de embarque de babor de una cubierta de sub-municiones en la cara ventral del Espíritu Vengativo.

-El piso inferior era siempre el punto más débil en las defensas de otras naves -dijo Cayne, barriendo su dedo para abarcar los espacios compartidos y cámaras de revistas adyacentes. -No es presentada al planeta de debajo, por lo que sólo habrá sirvientes ahí abajo, artilleros y cualquier escoria que hayan hundido por debajo de la línea de flotación.

-¿Otras naves?

-Las naves que no eran de la Cuarta Legión -dijo Cayne, y Loken sintió un temblor de inquietud en el orgullo que Cayne mostró al hablar de sus antiguos hermanos. -

El Señor del Hierro sabía que una nave de guerra sin armas es una culebrina sin pólvora y tomó medidas para protegerlas.

Tubal Cayne había llegado a los Caballeros Errantes de la cárcel de Kangba Marwu, uno de la Hueste Cruzada que había sido acuartelada en Terra como un poderoso recordatorio de los ejércitos de la Legión que luchaban en nombre de la humanidad. La evolución de Cayne en violar las doctrinas durante el asalto de las fortalezas de los glaciares de los anillos de Saturno era todavía un modelo ejemplar mediante el que los fuertes orbitales debían tomarse. Su liberación de las celdas de la Legio Custodes había sido obra de Malcador, pero sólo había sido aprobado por Constantin Valdor después de que rigurosos exámenes psicológicos no revelaran rastro alguno de rencor traidor.

Cayne no era el único preso en libertad condicional desde Kangba Marwu traído para unirse a esta misión exploratoria, pero él era el único que Loken había conocido hasta ahora. El Guerrero de Hierro había respondido a la traición de Horus con estoico pragmatismo, lamentando la elección de su Legión, mientras alcanzó la comprensión de que su lugar ya no estaba en sus filas.

-Sí -asintió Cayne. -Esa es tu entrada.

Loken trazó la ruta que una nave tendría que seguir para llegar a las cubiertas ventrales y dijo: -Eso significa volar a través de las zonas de fuego de las armas. Los campos de minas, sensores centinela.

-Más que probable, pero una nave lo suficientemente pequeña es más que probable que no se muestre en los auspex de objetivos de los cañones de ese tamaño. Y si una ojiva nos golpea estaremos muertos antes de enterarnos siquiera. Así que ¿Por qué preocuparse?

Loken dejó escapar un suspiro ante la idea de volar a través de una batería de artillería pesada y matrices de detección. Tal y como se planteaba, era un plan arriesgado, pero Cayne tenía razón. Esta era la parte del Espíritu Vengativo que ofrecía la mejor manera de entrar.

El sonido de la respiración en la puerta impidió cualquier discusión ulterior. Una niña con una simple túnica crema, con reluciente piel negra y ojos duros de marfil pálido estaba en la puerta abierta, con las manos entrelazadas con recato delante de ellos. Loken había asumido que era una sierva de Yasu Nagasena, pero ella llevaba

una pistola enfundada a su lado en todo momento. No sabía qué posición ocupaba dentro del hogar, pero que estaba totalmente dedicada al maestro de la villa estaba fuera de toda duda.

-La señora Amita me envió a decirles que Rassuah está de camino -dijo ella.

Tubal Cayne miró hacia arriba. -¿El último de nosotros?

Loken asintió. -Sí.

-Entonces vamos a ver quién más está caminando hacia el infierno", dijo Cayne.

Rubio y Varren subían de las cámaras de sparring talladas en la roca bajo la villa de Nagasena, untados en sudor aceitoso y haciendo cortes de espada imaginarios mientras debatían los méritos del gladius sobre la espada-sierra. Aunque ambos guerreros habían dejado su identidad detrás de la Legión, su experiencia legionaria era todavía de un valor incalculable.

El patio interior de la villa era un lugar de paz y reflexión tranquila. Una piscina con una fuente en forma de un dragón en espiral burbujeaba en el centro de las plantas genéticamente enraizadas y flores artificiales. Media docena de sirvientes vestidos con túnicas atendían el jardín, y olores melosos llenaban el aire.

-Así que están aquí -dijo Varren al notar a Loken.

El ex capitán de los Devoradores de Mundos estaba desnudo hasta la cintura, su carne una tapicería de tejido cicatrizal anudado, como si le hubieran cosido como parte de un experimento horrible en reanimación. Tenía tatuajes en espiral alrededor de las cicatrices y sobre sus hombros; cada uno una medalla de honor y un recuerdo de matanzas.

Macer Varren había llegado al sistema Sol a la cabeza de una flota de retazos de refugiados, junto con destacamentos de los Hijos del Emperador y Cicatrices Blancas. En la traición que siguió, la lealtad de Varren se demostró fuera de toda duda y Garro le había ofrecido un lugar dentro de los Caballeros Errantes de Malcador.

Su compañero, Tylos Rubio, fue el primer guerrero que Garro reclutó, arrebatado de la superficie devastada por la guerra de Calth en los momentos posteriores a que la XVII Legión condenase a la estrella Veridian. Guerrero del Librarius cuyos poderes habían sido encadenados por el Decreto de Nikaea, Rubio retomó las armas psíquicas una vez más contra el Señor de la Guerra. La pérdida del azul cobalto todavía le preocupaba, y Loken sabía exactamente cómo se sentía; aunque por razones muy diferentes.

Sus rasgos eran el polo opuesto de Varren; esculpidos donde el Devorador de Mundos había sido maltratado en forma, intachables mientras Varren fue forjado por las cicatrices. Sus ojos estaban cargados de pesar y pérdida, pero la hermandad naciente de los Caballeros Errantes estaba despertando en él un sentido de pertenencia que hasta entonces había estado ausente.

-¿Dónde están los demás? -preguntó Rubio, levantando una mano en señal de saludo.

-¿No lo sabes? -preguntó Cayne. -¿No se supone que eres psíquico?

-Mis poderes no son trucos de salón, Tubal -dijo Rubio mientras él y Varren se pusieron a caminar con Loken y Cayne. -No los empleo a la ligera.

-Voitek ya está en la plataforma -dijo Loken. -Él dijo que el campo aegis necesita calibración.

-¿Qué pasa con El Que Se Oye a Medias? -preguntó Varren.

-Iacton no…

-Está en Terra -finalizó Rubio.

Varren se detuvo al llegar a la entrada fortificada del túnel cortado a través de la montaña que conducía a las plataformas de nueva construcción en la parte trasera de la villa.

-Acabas de decir que no utilizas tus poderes a menos que lo necesites -dijo Cayne, desbloqueando el portal blindado y permitiendo que la puerta pesada se retirara a su alojamiento.

-Uno no necesita poderes psíquicos para saber cuándo Iacton Qruze está cerca -dijo Rubio. -Él tiene una presencia que supera con creces su epíteto de menospreciar.

Con el permiso de Qruze, Loken explicó a regañadientes el viejo apodo de "El Que Se Oye a Medias" a sus compañeros Caballeros. Un guerrero cuyas palabras no fueron escuchadas por la gran mayoría de los Lobos Lunares había resultado ser uno de los guardianes del alma de la Legión. Los días de Qruze de ser ignorado habían terminado, pero el mote había perdurado y siempre lo haría.

-Entonces, ¿Dónde está? –presionó Varren.

-Él tiene una pesada carga en otro lugar -dijo Rubio. -Una que llora y le avergüenza, pero de la que no huirá.

-Al igual que el resto de nosotros -gruñó Varren.

Nadie dijo nada más y entraron en la montaña, después de un largo y sinuoso túnel aburrido excavado mediante meltas de escala industrial. Lúmenes fueron colgados del techo liso y vidrioso, balanceándose suavemente por los suspiros de la ventilación.

Después de un viaje de dos kilómetros salieron a un eje de cara empinada cortado en las faldas de la montaña; un centenar de metros de ancho y tres veces mayor de altura. En el centro del espacio cavernoso yacía una única plataforma de aterrizaje, lo suficientemente grande como para acoger una Stormbird, pero no mucho más.

Arrodillado junto a un banco abierto de bastidores de la máquina a los pies de la plataforma había un guerrero con servoarmadura de metal bruñido idéntico al resto de ellos. Dos extremidades articuladas a su lado trabajaban para ordenar herramientas y organizar acoplamientos en una larga pieza de tela engrasada. Otros dos brazos mecánicos rizados sobre sus hombros organizaban nidos de cables y conectores que se preparaban para volver a colocarse.

-¿No has terminado todavía? -preguntó Cayne. -Has tenido mucho tiempo para hacer los ajustes necesarios, y la Señorita Rassuah llegará en cualquier momento.

Ares Voitek no levantó la vista ni se dignó a contestar, aleccionado a resistir el hostigamiento de Cayne. Él continuó trabajando, con las cuatro extremidades ahora envueltos en las entrañas de la máquina. Los brazos se movían con zumbidos mecánicos de precisión, cada uno guiado por el impulsor mental unificado unido a la nuca de Voitek.

-Aquí -dijo Voitek. -Ni siquiera Severian podría encontrar este lugar ahora.

Loken levantó la vista cuando el campo Aegis brillante ondeaba con energía a través de la cuña de luz por encima de ellos. No vio ninguna diferencia en su apariencia, pero asumió que el Mano de Hierro había mejorado su desempeño de maneras que no estaba equipado para registrar. El campo de ocultación negaba la ubicación de la plataforma a través de una mezcla de campos de refracción y codificadores geomagnéticos. A todos los efectos, la entrada de la pista de aterrizaje era invisible.

Voitek se puso de pie y los servomecanismos de brazos dispuestos por él se retrajeron a través de su espalda y estómago con un estrépito de metal doblado. El brazo izquierdo de Voitek era un brutal implante desde el codo hacia abajo, de plata brillante y lustrosa mantenida por un régimen de pulido que iba más allá de la obsesión.

-Si es tan bueno, ¿Rassuah será capaz de encontrarlo? -preguntó Varren.

-Ya lo ha hecho -refunfuñó Voitek, su voz tornada artificial y áspera a través de un murmullo constante de ruidos de la máquina.

-Entonces vamos a estar esperando por ella -dijo Loken.

Los cinco guerreros subieron un zigzag de escaleras de hierro hacia la plataforma elevada mientras el campo Aegis ondulaba con el paso de un avión. Una Valquiria de asalto y metal desnudo descendió sobre conos ondulantes de propulsión, ensordecedor en los estrechos confines del eje. El aire se calentó y se convirtió en metálico cuando viró noventa grados sobre su eje a tierra con sus cuartos traseros alineados con las rampas de embarque.

-¿Los tienes a todos? -preguntó Varren.

-Los cuatro -confirmó Loken.

-¿Tienes información de a dónde nos embarcamos? -preguntó Rubio.

-La sexta luna de Saturno -dijo Loken. -Para recoger a Iacton Qruze.

-¿Y después de Titán? -dijo Ares Voitek. -¿El Señor de la Guerra?

-Lo sabremos cuando estemos reunidos -dijo Loken cuando el rugido de los motores del Valquiria disminuyó y su rampa de asalto cayó.

Cuatro figuras marcharon de su compartimiento de tropa, todos en la plata bruñida de los Caballeros Errantes, y armados con una variedad de armamento. Loken los conocía de sus archivos de datos, pero incluso sin la información hubiera sido un juego de niños identificar a los cuatro guerreros.

Bror Tyrfingr; alto, delgado y de mejillas hundidas, con una larga melena de pelo blanco como la nieve y una zancada amplia. Un Lobo Espacial.

Rama Karayan; manteniéndose en las sombras, con la cabeza afeitada, de tez cetrina y ojos oscuros. Sin duda un hijo de Corax.

El guerrero de la cabeza afeitada con una barba bifurcada encerada a puntos sólo podía ser Altan Nohai, un apotecario de los Cicatrices Blancas.

Y, por último, Callion Zaven. patricio y altivo, su porte a un pelo de la arrogancia. La mirada de Zaven barría a los guerreros esperando, como si juzgara su valor. Un verdadero guerrero de los Hijos del Emperador.

Loken oyó la parrilla vox de Ares Voitek temblar con un brote de estática, y no necesitó aumentos del Mechanicum para traducir su ira hasta los huesos al ver a un guerrero de la Legión que había asesinado a su primarca.

Las cuatro nuevas llegadas se detuvieron en la base de la rampa, y ambos grupos tomaron un momento para medir la medida del otro. Loken dio un paso adelante, pero fue Tyrfingr quien habló primero.

-¿Eres Loken? -dijo.

-Lo soy.

Tyrfingr extendió su mano y Loken la tomó a la antigua usanza, con la palma a la muñeca. La otra mano de Tyrfingr se disparó y agarró la nuca de Loken, como si quisiera arrancarle la garganta con los dientes.

-Bror Tyrfingr -dijo. -Has traído el lobo plateado para derrocar al lobo maldito. Esa es la mejor decisión que jamás haya hecho, pero si creo que tus raíces son débiles, te mataré yo mismo.

Nueve décimas partes del saber popular
Tarnhelm
Adoratriz

Aunque su propósito original había sido subvertido, la llamada "Orden Silenciosa" de los Hijos de Horus aún se reunía en secreto. Las salas compartidas una vez albergaron a miles de marines, pero sólo ecos moraban aquí en el curso normal de las cosas.

Antes Isstvan, un tiempo que ya no tenía sentido para la Legión, la logia se había reunido sólo con la frecuencia que las necesidades de campaña permitió. Había sido una indulgencia permitida por el primarca, alentada incluso, pero siempre subordinada a las exigencias de la guerra. Ahora que se reunían regularmente como los Hijos de Horus aprendieron más de las artes secretas.

Cerca de un millar de guerreros se reunieron en la larga cámara abovedada, un ejército de servoarmaduras verde mar, crestas de cascos transversales y mantos carmesíes. Estandartes de guerra ennegrecidos colgaban de los arcos, y trofeos ensangrentados fueron alanceados en ejes a lo largo de la cámara. Cuencos anchos de vapores químicos consumían promethium y llamas naranjas. El golpe de tambor lento de los puños en los muslos se hizo eco en las paredes de piedra y acero.

El sentido de la anticipación era palpable.

Serghar Targost también lo sintió, pero se obligó a seguir sus pasos medidos y su porte real. El capitán de la Séptima Compañía era amplio y de gran alcance, al igual que todos los legionarios, pero había una densidad en él que daba a sus contrincantes de sparring pausas cuando inscribía su nombre en las jaulas de entrenamiento. Sus rasgos contundentes no eran los de un verdadero hijo, y la vieja cicatriz bisectriz de su frente habían sido sobrescrita por una herida más atroz.

Un exterminador de los Manos de Hierro le había golpeado en los últimos instantes de Isstvan V y el traumatismo casi le había matado el acto. La presión de su casco mantuvo a su cerebro a salvo de rezumar a través de la ruina pulverizada de su cráneo. Los apotecarios suturaron los fragmentos de hueso debajo de la piel, fijando los fragmentos más grandes en su lugar con docenas de anclajes de tracción en la superficie de su rostro.

Con la ayuda de Lev Goshen, Targost unió las garras de ébano arrancadas de la piel draconiana de un Salamandra muerto a los extremos salientes de los anclajes, dándole las características de pinchos de un loco. Ya no podía llevar un yelmo de batalla, pero Targost lo consideró un precio justo.

Targost se movió a través de los Hijos de Horus, deteniéndose de vez en cuando para observar su trabajo. A veces ofrecía instrucción en el ángulo preciso de una cuchilla, la sintaxis correcta de las formas gramaticales Colchisianas o la pronunciación requerida de un mantra.

El aire cantó con potencial, como si existiera una sinfonía secreta más allá del umbral de la percepción y no tardaría en estallar a través de la vida. Targost sonrió. Hace sólo unos pocos años se habría burlado de la poesía absurda de ese sentimiento.

Sin embargo, había verdad en ello.

Esta noche iba a ver a la logia cambiar de una fraternidad de diletantes en una orden favorecida por el toque de la Verdad Primordial.

Aquí todo el mundo lo sabía, y ninguno más que Maloghurst.

El palafrenero del Señor de la Guerra entró en la cámara a través de una de las espinas de tránsito verticales, vestido con una larga casulla de armiño sobre su servoarmadura. Maloghurst dio una respetuosa inclinación de cabeza. Ninguna estructura de rango existía dentro de la Orden Silenciosa, salvando la de maestro de campo, y e incluso el palafrenero del Señor de Guerra tuvo que respetar esa jerarquí.

-Palafrenero -dijo Targost mientras Maloghurst cojeó hasta acompañarlo.

-Maestre -respondió Maloghurst, volviéndose a igualar el ritmo de Targost a pesar de la masa fundida del hueso y cartílago dentro de la pelvis y la columna lumbar que se negó obstinadamente a sanar. Caminaba con la ayuda de un bastón de ébano cubierto con un pomo de ámbar, pero Targost sospecha que las heridas del palafrenero ya no era tan debilitantes como él hacía parecer.

.Dudo que haya un espacio más abandonado a bordo del Espíritu Vengativo -dijo Maloghurst con una sonrisa. -Te das cuenta, por supuesto, que la logia no tiene más necesidad de ocultarse en las sombras.

Targost asintió. -Lo sé, pero los viejos hábitos ¿Entiendes?

-Absolutamente -estuvo de acuerdo Maloghurst. -Las tradiciones deben mantenerse. Aún más ahora.

Maloghurst se había ganado el sobrenombre, “El Retorcido”, por tener una mente que tejía intrigas laberínticas alrededor del Señor de la Guerra, pero el viejo apodo había asumido una connotación más literal de los primeros disparos de la guerra sobre Terra.

La otra Terra, donde el tonto equivocado que se creía el Emperador había estado en contra de los Hijos de Horus.

No, Targost recordó a sí mismo, en aquel entonces la Legión seguía siendo los Lobos Lunares, y su nombre aún no reflejaba el honor del guerrero que les llevaba. Maloghurst había sanado, y pese al mal gusto del viejo apodo, él desea que siguiera así.

Se movían entre la multitud, y como las noticias de la llegada de Maloghurst se propagaron, los guerreros se abrieron delante de ellos para revelar su destino.

En lo alto de un pedestal levantado marcado con símbolos geométricos con tiza había dos vigas estructurales soldadas entre sí para formar una “X”. Encadenado a la cruz estaba un legionario despojado de su armadura con la cabeza fija en su lugar por una abrazadera de hierro pesada a través de su frente.

Ger Gerradon, el último del Asalto a Tithonus, había tomado dos tulwars chogorianos través de los pulmones en la detención, y para cuando los apotecarios llegaron a él su cerebro privado de oxígeno fue dañado irremediablemente. No quedaba nada del hombre que una vez había sido, simplemente una forma de carne babeante que no podría servir a propósito útil dentro de la Legión.

Hasta ahora.

Dieciséis miembros de la logia encapuchados dispuestos en un círculo alrededor de Gerradon sostenían a cautivos llorando tomados en el asalto a Tyjun. De noble cuna en su mayor parte, algunos nativos, algunos inmigrantes imperiales; hombres y mujeres que se habían lanzado a merced de los Hijos de Horus sólo para descubrir que no las tienen que dar. En cualquier guerra convencional serían moneda de cambio, herramientas de negociación, pero aquí eran algo mucho más valioso. Ellos lloraban y se degradaban con la mendicidad o intentos de negociación, mientras que otros ofrecieron su lealtad o cosas mucho más preciosas.

Un silencio reverente descendió sobre la cámara cuando Maloghurst y Targost subieron al altar. Maloghurst se inclinó sobre su pierna buena, y Targost sacudió la cabeza ante la teatralidad del escudero.

-Hagámoslo -dijo Targost, tendiéndole la mano.

Maloghurst negó con la cabeza. -No se puede ejecutar simplemente, maestre -dijo. -Sé que lo eres todo acerca de los fundamentos, pero esto no es una brecha que deba ser explotada. El ritual lo es todo aquí, Serghar, el orden de las cosas debe ser observado, las palabras correctas habladas y las ofrendas hechas en el momento preciso.

-Sólo dame el cuchillo -dijo Targost. –Tú pronuncia las palabras y dime cuándo abrir sus gargantas.

Los cautivos gemían y sus captores apretaron sus presas.

Maloghurst extrajo una larga daga desde su túnica, su hoja curva y trabajada de piedra oscura. Su superficie estaba agrietada y cruda, como algo cortado de la tierra sin pulir, pero Targost sabía su ventaja de ser más cortante que cualquier tecnología de una armería que pudiera igualar.

-¿Eso es... -comenzó.

-Una de las hojas que Erebus fabricó? -dijo Maloghurst. -No, esa no por supuesto, pero parecida.

Targost asintió y tomó la hoja, probando su peso y flexionando sus dedos en el mango forrado en piel. Se sentía bien en su agarre, natural. Hecho para él.

-Me gusta -dijo y se volvió hacia Ger Gerradon.

Al igual que él, Gerradon no era un verdadero hijo, sus rasgos mostraban una desnutrición nítida de una infancia Cthoniana que ninguna cantidad de tratamientos genéticos podrían jamás restaurar.

-Un miembro leal de la logia y un asesino feroz -dijo Targost. -Un hombre nacido para los deberes de asalto. Es un golpe a la Legión haber perdido su brazo.

-Si tengo la verdad de ello, entonces Ger luchará junto a sus hermanos con una nueva alma dentro de él.

-¿Lo que la XVII Legión llama un demonio?

-Un término antiguo, pero una palabra tan buena como cualquier otra -acordó Maloghurst. -Los hijos de Lorgar llaman a sus llamas gemelas el Gal Vorbak. El nuestro será los Luperci, los Hermanos del Lobo.

Los ojos de Gerradon estaban abiertos, pero sin ver nada. Sus labios entreabiertos, como si estuviera tratando de hablar, y baba se derramaba sobre su pecho.

-Nada del hombre que conocíamos queda -dijo Maloghurst. -Esto le restaurará.

-Entonces hagámoslo -espetó Targost.

Maloghurst se puso delante Gerradon, colocando una mano tatuada en su pecho lleno de cicatrices. Targost no recordaba que El Retorcido tuviera tatuajes, pero reconoció su procedencia. Los libros que Erebus le había mostrado, los textos antiguos transmitidos a Colchis de la Vieja Tierra, se había llenado con estrofas de artes presentadas en la misma escritura rúnica.

-Sé hábil con ese cuchillo, Serghar -dijo Maloghurst.

-No tengas miedo en ese aspecto –le aseguró Targost le aseguró.

Maloghurst asintió y comenzó a hablar, pero en ningún idioma que Targost hubiera oído nunca. Cuanto más habló el palafrenero, menos creía Targost que era un idioma, en cualquier sentido que pudiera comprender.

Vio la boca en movimiento de Maloghurst, pero el movimiento de sus labios no se acoplaba al ruido en los oídos de Targost; como metal oxidado rozando la piedra, un estertor y un cantante desafinado combinado.

Targost tosió un fajo de moco. Saboreó sangre y la escupió sobre la cubierta. Él parpadeó un mareo momentáneo y aumentó la presión sobre el puñal de piedra como la bilis en el estómago subió a su garganta. Los ojos de Targost se abrieron cuando el humo negro nocivo se transmitió desde la hoja. El miasma se aferró a los bordes y Targost sintió el peso del asesinato en la larga hoja de la daga. La temperatura cayó en picado, cada exhalación suya visible como un largo penacho de aliento.

-Ahora -dijo Maloghurst y los dieciséis guerreros encapuchados elevaron la cabeza de los cautivos para exponer sus cuellos.

Targost dio un paso hacia el más cercano, un hombre joven con hermosos rasgos y ojos aterrorizados de ancho.

-Por favor, yo solo…

Targost no lo dejó terminar y hundió la daga de filo humo más profundo de su garganta. Sangre en manantiales de la herida grotesca. El guerrero encapuchado empujó al moribundo hacia adelante, y Targost siguió adelante, abriendo a uno tras otro la garganta sin hacer caso del horror de sus víctimas o sus últimas palabras.

Cuando el último murió, su sangre rodó alrededor de las botas de Targost y se derramó sobre el borde del altar. Los símbolos de tiza bebieron profundamente, y Targost sintió un temblor en su mano.

-Mal... -dijo mientras su brazo levantó la cuchilla hacia su propia garganta.

Maloghurst no respondió, sus labios aun retorciéndose en oposición a los no-sonidos que estaba haciendo. Targost giró la cabeza, pero el mundo que le rodeaba era un cuadro congelado.

-¡Maloghurst! -repitió Targost.

-Él no puede ayudarte -dijo Ger Gerradon.

Targost miró a un rostro iluminado con malicia y perverso disfrute del sufrimiento. Ya no retratado con muerte cerebral, los rasgos de Gerradon fueron estirados en un rictus de sonrisa. Sus ojos eran de color blanco lechoso y vacíos, como los ojos sin pintar de una muñeca. Fuese cual fuese su ritual lo que había sacado de la disformidad no era Ger Gerradon, sino algo incalculablemente viejo, recién nacido a la materia y sangriento.

-¿Dieciséis? ¿Eso es lo mejor que puedes hacer? .dijo. -¿Dieciséis miserables almas?

-Es un número sagrado -silbó Targost, luchando por mantener la hoja lejos del cuello. A pesar de las temperaturas bajo cero, el sudor corría en regueros por su rostro.

-¿Para quién?

-Para nosotros, la Legión... -gruñó Targost. -Somos la XVI Legión, el Octeto gemelo.

-Ah, ya veo -dijo el engendro disforme. -Sagrado para ti, pero sin sentido para los nonatos. Después de que Erebus enseñara a vuestra gente, aún os las arregláis para hacerlo mal.

La ira tocó a Targost, y la ruta inexorable de la cuchilla a la arteria pulsante en su cuello se desaceleró.

-¿Mal? Os convocamos, ¿No?

Lo que manejaba la carne de Gerradon rio. -No me convocas, regresé por mi propia voluntad. Tengo mucho que enseñarte.

-¿Volver? -dijo Targost. -¿Quién eres tú?

-Me duele que no me reconozcas, Serghar.

Los bordes humeantes de la hoja salpicada de sangre con incrustaciones tocó el cuello de Targost. La piel se separó antes su punta de afeitar. La sangre bombeó mientras empujaba más profundamente en su cuello.

-¿Quién soy yo? –raspó el demonio. –Soy Tormaggedon.

Rassuah llevó a los Exploradores del Viejo Himalazia a Ultima Thule, la estructura más externa todavía considerada de estár en órbita Terrana. Descontando el Arrecife Ardent aún sin terminar, Ultima Thule era la más reciente adición a las placas habitadas que hacían circuitos señoriales alrededor de la roca de nacimiento de la humanidad; menor que el supercontinente de Lemurya, menos productivo que la potencia industrial de Rodinia y sin la grandiosa arquitectura de Antilia, Vaalbara o Kanyakumari.

Había sido construida sesenta y dos años antes por los trabajadores ya asignado a sectores lejanos del Imperio. Eclipsado en escala y el poder por sus hermanos más grandiosos, su entrada en el registro orbital Terrano era poco más que una nota al pie.

A lo largo de su vida, Ultima Thule había sido discretamente olvidado por la gran mayoría de los habitantes de Terra. Y donde la mayoría de los arquitectos orbitales

lamentarían ese destino para su creación, el anonimato ha sido siempre el objetivo de la Ultima Thule.

Su estructura estaba compuesta por un par de cilindros negro mate de quinientos metros de largo por doscientos de ancho, conectado por un orbe habitacional central. No poseía ventanas blindadas traspasando su estructura y carecía de luces anticolisión estroboscópicas para advertir de su presencia. Cualquier oportunista espacial que tuviera la suerte de echar un vistazo a Ultima Thule podría ser perdonado por confundirlo con basura orbital muerta.

Ese aspecto era deliberadamente engañosa, pues Ultima Thule era una de las estructuras más sofisticadas que orbitaban Terra, sus interminables suites de auspex monitoreaban tranquilamente el tráfico espacial en todo el sistema.

Un hangar se abrió en su lado oscuro, permaneciendo visible sólo el tiempo que tardó en llenar el vacío la Valquiria. Puertas blindadas accionadas por auspex se cerraron detrás de la nave de asalto, y Ultima Thule continuó su procesión alrededor del planeta por debajo como si nunca hubiera existido.

Anónima y olvidada.

Silenciosa e invisible.

Como Malcador decretó cuando ordenó construir.

El Repositorio era fresco, el aire se mantenía a una humedad relativa y temperatura constantes. Los objetos más frágiles almacenados aquí se sellaron herméticamente en campos de estasis, y Malcador probaba el sabor de los generadores de energía empotradas.

Gabinetes de frente de cristal se iluminaba a su paso, pero dedicó a su contenido poca atención. Un libro que una vez había sumido al mundo en guerra, bocetos del Polymath de Firenza que el Emperador, resultando sabiamente, considerado demasiado peligrosos para que Perturabo los viera, la escultura a medio formar de la belleza encarnada.

Malcador había mentido cuando le dijo al joven Khalid Hassan que estas paredes de formas ásperas eran todo lo que quedaba de la Fortaleza del Sigilita, pero algunas verdades eran lo suficientemente incómoda como para cargar a otros con ellas.

La cámara era más pequeña que las que le rodeaba, y llevó a Malcador un momento sólo para llegar a la estela de Gyptia. Se sentó en una cuna de madera reforzada, el negro brillante de su construcción original ofuscado por el paso de los milenios. Se perdieron vidas para recuperar este fragmento del alma de la humanidad, como fue el caso de muchos de los objetos almacenados aquí.

Malcador cerró los ojos y puso sus dedos sobre la fría superficie de la piedra. Granodiorita, una roca ígnea similar al granito. Muy resistente, pero no indestructible.

Teniendo en cuenta lo que había abierto en épocas pasadas, había una agradable simetría a lo que ahora le permitió hacer. La respiración de Malcador redujo su velocidad y el aire ya enfriado se enfrió aún más.

-Mi señor -dijo.

El silencio fue la única respuesta de Malcador, y temía que el holocausto que bullía bajo el palacio fuese demasiado feroz, demasiado consumidor como para una respuesta. Debajo no era cierto estrictamente hablando, pero era la única preposición que parecía encajar.

Malcador.

La voz del Emperador se hizo eco en su mente, estentórea y dominante, pero familiar y fraterna. Malcador sintió su poder, no solo por encima de la inconmensurable distancia, sino también el esfuerzo que estaba llevando forjar el vínculo.

-¿Cómo va la pelea?

Sangramos todos los días, mientras que los demonios se hacen cada vez más fuertes. No tengo mucho tiempo, mi amigo. La guerra me llama.

-Leman Russ está en Terra -dijo Malcador.

Lo sé. Incluso aquí puedo sentir la presencia del Rey Lobo.

-Él trae la palabra del León. Según informes, Veinte mil Ángeles Oscuros se dirigen a Ultramar.

¿Por qué él no se apresura a Terra?

El sudor corría por la espalda de Malcador por el esfuerzo de mantener esta conexión. -Hay... rumores inquietantes de lo que está sucediendo en los dominios de Guilliman.

No puedo ver los Quinientos Mundos. ¿Por qué?

-Lo llamamos la Tormenta de Perdición. Nemo y yo creemos que la masacre en Calth debe haber sido parte de una cadena orquestada de acontecimientos que precipitaron el nacimiento de una tormenta de disformidad catastrófica e impenetrable.

¿Y qué crees que está haciendo Roboute?

-Es Guilliman, ¿Qué crees que está haciendo? Está construyendo un imperio.

¿Y el León va a detenerlo?

-Así me dijo el Rey Lobo, mi señor. Parece que los guerreros del León están con nosotros, después de todo.

¿Acaso lo dudaste? ¿De la primera? ¿Incluso después de todo lo que lograron en el tiempo anterior a que los demás tomaran sus espadas?

-Lo hice -admitió Malcador. -Después de que los emisarios secretos de Rogal a su mundo natal regresaran con las manos vacías, nos temíamos lo peor. Pero los ángeles de Caliban llegaron para ayudar a los Lobos cuando Alpharius amenazó con destruirlos.

Alpharius... mi hijo, ¿Qué posibilidades te dio mi sueño? Ah, incluso cuando la guerra aprieta por todos lados, mis hijos todavía buscan aprovechar su ventaja. Son como los señores feudales de antaño, buscando oportunidad para su propio avance en los fuegos de la adversidad.

El arrepentimiento lastimó los pensamientos de Malcador.

-Russ todavía planea pelear Horus cara a cara -dijo Malcador. -Él envía a mis Caballeros para guiar su espada y no hay palabras mías que puedan desviarle de su curso.

¿Crees que no debería pelear con Horus?

-Russ es tu verdugo -dijo Malcador con mucho tacto. -Pero el hacha cae un poco demasiado fácilmente en estos días. Magnus lo sintió, ahora Horus lo sentirá. '

Dos ángeles rebeldes. El hacha cae sobre los que merece su sonrisa.

-¿Y qué pasa cuando Russ tome para sí decidir quién es leal y quién merece ejecución?

Russ es de noble corazón, uno de los pocos que conozco nunca caerá.

-¿Sospechas que otros pueden resultar falsos?

Muy a mi pesar eterno, lo hago.

-¿De quién?

Otra larga pausa hizo a Malcador temer que su pregunta quedaría sin respuesta, pero al fin el Emperador respondió.

El Khan hace una virtud de ser incognoscible, de ser el misterio que nadie puede contestar. Algunos entre su legión ya han abrazado la traición, y otros todavía pueden.

-¿Qué quieres que haga, mi señor?

Mantenlo observando, Malcador. Observa al Khan más de cerca que cualquier otro.

-Nunca he querido volar tanto cualquier cosa en toda mi vida -dijo Rassuah.

Viendo la artesanía elegante, en forma de cuña, con su prominente proa aerodinámica, Loken no podía evitar estar en desacuerdo con ella.

-Me han dicho que se llama Tarnhelm -dijo.

-Llámalo como quieras, pero si yo no estoy volando dentro de la hora, va a haber sangre derramada -dijo Rassuah.

Loken sonrió a su impaciencia. No le gustaban los aviones en principio, pero incluso él reconoció algo hermoso en el Tarnhelm.

Tal vez porque se veía tan absolutamente diferente a cualquier otra aeronave en el inventario de las Legiones Astartes. Las aeronaves de las legiones fueron diseñadas para ser brutales en apariencia, así como en efecto. Su forma perseguía una función, que era matar tan rápida y eficientemente como fuese posible. Las líneas elegantes de Tarnhelm hablaban de un propósito totalmente diferente.

Su estructura básica se construyó alrededor de una sección de tripulación central con vainas de unidad con bulbo en la parte trasera que se estrecha hacia la proa, formando la forma de ala delta de la nave. Sin ningún tipo de gallardetes o balizas, no había nada que diese pistas sobre su identidad o afiliación.

-¿Qué es? -preguntó Varren. -No es una nave de ataque o una cañonera; muy poco armamento. Y no hay suficiente blindaje para que sea un transporte de tropas. Un buen golpe sería destriparlo. No entiendo lo que es.

-Esta es una nave diseñada para pasar por las estrellas sin ser visto -dijo Rama Karayan, y todos los ojos se volvieron hacia él, ya que era la primera cosa que la mayoría jamás le había oído decir.

-¿Por qué narices querrías hacer eso? -preguntó Callion Zaven, su expresión tan confundida como la de Varren. -El objetivo de las Legiones es verse.

-No siempre -dijo Altan Nohai. -Lo que el Khan llamó un peleador inteligente es aquel que no sólo gana, pero se destaca en la victoria con facilidad antes de que el enemigo sepa siquiera que está allí.

Zaven no parecía muy convencido. -Conmoción y pavor se vuelven mucho más difíciles cuando nadie lo ve venir.

-Tiene dientes, supongo -dijo Ares Voitek, sus servo-brazos desplegados para señalar las uniones apenas visibles de las góndolas de armas empotradas y las vainas de misiles. -Pero como dice Macer, no es una nave de ataque.

-Es un draugrjúka -dijo Bror Tyrfingr.

Al ver las miradas de confusión entre sus compañeros exploradores, Bror sacudió la cabeza y dijo: -¿No entendéis gente Juvik?'

-¿Juvik? -preguntó Rubio.

-Un canto Fenrisiano -dijo Tubal Cayne. -Es un lenguaje simplificado, despojado. Sin sutilezas en ello; agresivo y declarativo, al igual que los guerreros que lo hablan.

-Ten cuidado, Tubal -advirtió Bror, cuadrando los hombros. -Un hombre podría ofenderse por eso.

Eso pareció confundir Cayne. -No veo cómo. Nada de lo que dije era falso. He conocido a suficientes Lobos Espaciales para saberlo.

Loken esperaba ira, pero Bror rio. -¿Lobos Espaciales? Ha, se me olvidó que era vuestro tonto nombre para la Manada. Si no pensara que estabas siendo completamente serio me arranco los brazos fuera. Quédate a mi lado y te mostraré cuán sutil puede ser un Lobo Espacial.

-Entonces, ¿Qué es un draugrjúka? .preguntó Loken.

-Un barco fantasma -dijo Bror.

Un servidor vestido de gris con implantes gastados alrededor de su cráneo como una tonsura llevó a los Exploradores a la bahía de acoplamiento, y ahora los llevó a bordo del Tarnhelm. El interior de la nave fue despojado de todo lo prescindible, con sólo el mínimo indispensable de los mobiliarios que le permitiera llevar a la tripulación.

Su astrópata fue mantenido sellada en crio-estasis, y su Nvegante todavía no se había implantado en la cúpula cónica en la parte dorsal. El largo eje de la nave era una residencia pequeña, con alcobas sirviendo como bahías medicae, almacenes y dormitorios. Cabinas individuales de la tripulación se establecieron hacia la parte trasera de la nave, con una nave esbelta que va desde las zonas comunes de la nave a su proa afilada.

Rassuah se dirigió hacia el puente, mientras que el resto de los Exploradores guardó su equipo en taquillas hábilmente dispuestas y bastidores de armas.

La Caballeros Errantes sólo se conocían de un suspiro, demasiado corto para que cualquier tradición real se asiente, pero una costumbre que habían adoptado fácilmente era que cada guerrero retenía un solo artefacto de su antigua legión.

Loken pensó en la caja de metal maltratadas en la que había guardado sus escasas pertenencias; el alambre garrote, las plumas y la hoja de combate rota. Basura a ojos ajenos a los suyos, pero había un elemento cuya pérdida le había entristecido.

La placa de datos que Ignace Karkasy le había dado, la de Euphrati Keeler. Ese había sido un tesoro inconmensurable, un registro de la época en que el universo tenía sentido, cuando los Lobos Lunares habían sido sinónimo de honor, nobleza y hermandad. Como todo lo demás que alguna vez había tenido, se había ido.

Encajó su espada sierra en la abrazadera de la taquilla, con cuidado en fijarla en su lugar. Su hoja acababa de salir de una fábrica en la ciudad Albyon e inscrita con una garantía de que nunca fallaría.

Al igual que los otros miles forjados allí.

Su bólter no era diferente, producto de las manufacturas orientadas a la guerra en una escala galáctica, donde la capacidad de producir en masa armamento confiable era mucho más importante que cualquier consideración de individualidad. Por último, colocó las monedas espejo que Severian le había dado en el casillero. Loken había pensado en tirarlas a la basura, pero algún instinto fatalista le dijo que todavía podría tener necesidad de ellas.

Cerró el armario, viendo como el resto de sus Exploradores guardaba sus cosas. Tubal Cayne desempaquetó kit de reparaciones, un teodolito modificado con múltiples capacidades de Auspex, Rama Karayan un rifle con cañón alargado y mira de gran tamaño. Ares Voitek tenía su servo-arnés con el icono bruñido del guante, y Bror Tyrfingr guardó lo que parecía ser un cesto de cuero enguantado con un anudado entrelazado con garras de ébano como hojas de cuchillo.

Callion Zaven apareció al lado de Loken, abriendo el armario junto a él y aseguró un bólter a medida trabajado con un adorno de garra alada grabado mediante sobre su cuerpo. Dentro de los Lobos Lunares, esas armas habían sido para los oficiales, pero los campos de exterminio de Muerte habían mostrado a Loken que muchos de los guerreros en la III Legión esgrimían armamentos profusamente decorados.

Zaven vio la atención de Loken y dijo: -Un pobre esfuerzo, lo sé. No es un parche en mi bólter original.

-¿Ese no es tu piedra de toque?

-¡Trono, no! -dijo Zaven, desabrochando de su cinturón de cuero hecho a mano la espada y sosteniéndola entre ellos -Esta es mi piedra de toque.

El mango de la espada estaba fuertemente enrollado de alambre de oro, su empuñadura un talón de ébano. Los flancos eran alas de águila barriendo con una amatista brillante montada en el centro de ambos lados.

-Empúñala -dijo Zaven.

Loken lo hizo, y su admiración por el arma se multiplicó por diez. El arma tenía peso, pero era increíblemente ligero. La manija y el ajuste se habían labrado por manos humanas, pero la hoja nunca había conocido el martillo de un herrero. Curvada como una espada chogoriana y de color blanco lechoso, moteado de un amarillo ictérico en su borde, la hoja era claramente orgánica.

-Es un (hewclaw) nacido de vapor -dijo Zaven. -Arrancado de uno de su casta guerrera en Júpiter después de que él lo metiera a través de mi corazón. En el momento en que salí del Apothecarion mi Legión se marchó y me encontré parte de la Horda Cruzada por un tiempo. Decepcionante, pero me dio el tiempo para trabajar la hewclaw en una hoja de duelo. Inténtalo.

-Tal vez en otra ocasión -dijo Loken.

-De hecho es así -respondió Zaven, sin ofenderse cuando tomó la espada de Loken. Él sonrió. -Oí cómo derrotaste a ese pequeño bastardo odioso, Lucius. Ojalá lo hubiera visto.

-Fue demasiado rápidamente -dijo Loken. -No hubo mucho que ver.

Zaven rio, y Loken vio un brillo en sus ojos que podría haber sido admiración o podría haber sido evaluación. -No lo dudo. Vas a tener que contarme al respecto algún día. O tal vez podríamos cruzar hojas en el viaje.

Loken negó con la cabeza. -¿No crees que tenemos suficientes enemigos ante nosotros como para buscarlos en nuestras propias filas?'

Zaven levantó las manos, y Loken fue inmediatamente contrito.

-Como quieras -dijo Zaven, con los ojos como dardos al equipo de Loken. -Entonces, ¿Qué te quedaste?

-Nada -dijo Loken, parpadeando la imagen después de una sombra con capucha hacia la parte posterior del compartimiento. Su latido del corazón se disparó y gotas de sudor perlaron su frente.

-Vamos, todo el mundo mantiene algo -sonrió Zaven, ajeno a la incomodidad de Loken. -Rubio tiene su pequeña gladius, Varren su hacha de leñador, y Qruze mantiene ese maltrecho bólter viejo. Y Cayne tiene... lo que sea que porte como herramienta aceitosa un ingeniero. Dime, ¿qué te quedaste?

Loken golpeó el cierre de su casillero.

-Nada -dijo. -Perdí todo en Isstvan Tres.

Aparte de las veces que había estado desflorando a la esposa de su medio hermano, Raeven siempre había odiado la torre de Albard. Situada en el corazón de Lupercalia, era un edificio sombrío de piedra negra y láminas de cobre. La ciudad estaba en un estado de luto, banderas negras y el águila entrelazada y estandartes naga que colgaban de cada ventana. El difunto padre de Raeven podría haber sido un hijo de puta, pero era por lo menos un hijo de puta que se ganó el respeto de su pueblo.

Raeven subió las escaleras lentamente, tomándose su tiempo y saboreando esta culminación de sus deseos. Lyx y su madre le seguían detrás, tan ansioso como él para consumar este momento sublime.

La torre se mantenía oscura. Los sacristanes asignados a la atención de Albard afirmaron que sus ojos no podían tolerar la luz más allá de la más tenue. Los espías de Raeven le dijeron que Albard nunca se aventuró más allá de cámaras superiores de la torre, confinado por la locura y destellos poco frecuentes de lucidez moribunda.

-Espero que sea racional -dijo Lyx, las palabras de su hermana-esposa parecían tomar el ejemplo de los pensamientos de Raeven como tan a menudo lo hicieron. -No va a ser divertido si se ha perdido en la locura.

-Entonces debes prepararse para la decepción -dijo Raeven. -Es un día raro si nuestro hermano sabe siquiera su propio nombre.

-Él será racional -dijo su madre, subiendo los escalones con sibilante torpeza mecánica.

-¿Cómo puedes estar tan segura? -preguntó Raeven.

Porque lo he visto -contestó su madre, y Raeven supo que no debía dudar de ella. Que los consortes Adoratriz estaban enterados de muchos secretos era bien conocido en todo Molech, pero que los de la Casa Devine podrían presenciar cosas que aún no iban a pasar era conocido sólo por Caballeros de Lupercalia.

Las Adoratrices Devine habían conservado esa capacidad durante miles de años, manteniendo la pureza genética de su Casa fuera de diluirse por líneas de sangre inferiores. A Raeven le sorprendió que Lyx no hubiera visto lo que su madre si, pero los caminos del Adoratriz no eran su saber.

Cebella Devine, su madre y Adoratriz Drakaina de su padre, tenía ahora por lo menos cien años de edad. Su marido había rechazado los tratamientos juvenat cosméticos por el bien de la vanidad, pero Cebella los recibió con gusto. Su piel se levantó por encima de su cráneo como el plástico endurecido, fijado con suturas quirúrgicas a un casco grotesco que se asemejaba a un dispositivo de terror cráneal.

Un par de servidores Biologis encorvados siguieron la estela de Cebella, atados a ella a través de una serie de tubos silbantes y tubos de alimentación. Ambos eran ciegos e implantados con numerosos dispositivos de control y silbantes cilindros borboteando que contenían nutrientes en gel, compuestos anti-senescencia y cultivos de células reparadoras cosechados de los recién nacidos almacenados de cosecha propia.

Para mantener a los huesos quebradizos del Cebella lejos de tensiones excesivas, un andamio ingenioso de campos suspensores, exo-celosías y músculos de fibra se había unido quirúrgicamente con su estructura esquelética.

-Será mejor que tengas razón -espetó Lyx, enderezando su vestido con paneles de bronce y reorganizando su pelo. -Será inútil si no está mejor que un animal o un vegetal.

Lyx una vez estuvo unida a Albard, pero sus votos se rompieron incluso antes de que él hubiera puesto su anillo de compromiso en ella. A pesar de que había sido su madre quien diseñó relación Raeven y de Lyx, Cebella mostró un desprecio sin fondo para con su hija que Raeven sólo podía atribuir a los celos de su aparente juventud.

-No va a ser inútil -dijo, callando a los dos antes de que pudieran entrar en uno de sus argumentos demasiado frecuentes. La carne enfermiza de su madre se contorsionó con lo que presumió fue una sonrisa, aunque era difícil saberlo. -Después de todo este tiempo, quiero ver la expresión de sus ojos cuando le diga que maté a su padre.

-Tu padre, y también el mío -señaló Lyx.

El vientre de su madre expulsó a Raeven pocos minutos antes de Lyx, pero a veces lo sentía como décadas. Hoy era un día así.

-Soy consciente de eso -dijo, haciendo una pausa justo antes de llegar al rellano superior de la torre. -Quiero que vea a la mujer que reemplazó a su propia madre por un lado, su ex esposa en el otro. Quiero que sepa que todo lo que era y que debería haber sido suyo es ahora mío.

Lyx deslizó su brazo con el suyo, y su estado de ánimo se iluminó. Como lo había hecho desde que fueron amamantados, ella conocía sus estados de ánimo y necesidades mejor que él. Para su querido pueblo, su belleza y su cuerpo eran sostenidos por la calistenia y tratamientos juvenat sutiles.

Raeven conocía algo más.

Muchas de largas ausencias de su esposa en valles escondidos de Lupercalia se gastaron sometida a procedimientos quirúrgicos de pesadilla administrados por Shargali-Shi y su aquelarre de cultistas andróginos de la Serpiente. Raeven había sido testigo de una de estas operaciones, una mezcla terrible de cirugía, la alquimia y ritual carnal, y prometió no volver a hacerlo de nuevo. El Ophio afirmó después canalizar el Vril-ya, el poder de los Dioses Serpiente una vez adorados en todo Molech en una edad más temprana. Raeven no sabía si eso era cierto o no, pero los resultados hablaban por sí mismos. Aunque casi con sesenta y cinco, Lyx podría pasar fácilmente por menos de la mitad.

-Las lunas de serpientes crecen cada vez más plenas -dijo Lyx. -Shargali-Shi llamará a los Vril-Yaal a reunirse pronto.

Él sonrió. Una bacanal de seis días con embriagantes venenos y retorciéndose de hedonismo en las cavernas ocultas del templo era justo lo que necesitaba para aligerar la carga de la venida del mando planetario.

-Sí -dijo con una sonrisa de anticipación, y todos subieron los últimos peldaños.

El vestíbulo de entrada de las cámaras más altas estaba oscuro, los dos centinelas de la Guardia del Amanecer de pie en la puerta delante poco más que siluetas oscuras. A pesar de la poca luz, Raeven los conocía; soldados de la escolta personal de su madre. Se preguntó si ellos habían compartido su cama, y juzgó más que probable dada la conspicua aversión de su mirada.

Se hicieron a un lado cuando Raeven se acercó, uno abriendo la puerta para él mientras el otro hizo una profunda reverencia. Raeven pasó junto a ellos y se trasladó a través de antecámaras exquisitamente decoradas, bahías medicae y cámaras de observación.

Un trío de sacristanes nerviosos les esperaban en la entrada a las habitaciones privadas de Albard. Cada uno estaba vestido de rojo, imitando a sus amos Mechanicum, tapados con la biónica y perfilados con el sudor y la grasa. No del todo cultistas del Mechanicum, pero demasiado alterados para ser considerado humanos de todas formas. Si no fuera por su mantenimiento rutinario de los Caballeros, Raeven habría defendido hace años su eliminación.

-Mi señor -dijo un Sacristán que Raeven pensó se llamaba Onak.

-¿Lo sabe? -dijo Raeven.

-No, mi señor -dijo Onak. -Sus instrucciones fueron más que precisas.

-Bueno, eres un Sacristán competente y me habría molestado desollarte vivo.

Los tres sacristanes se hicieron a un lado con presteza cuando Raeven empujó la puerta. El aire que soplaba desde el interior era húmedo y sofocante, con un hedor a orina, flatos y locura.

Un sofá profundo con un taburete fláccido se encontraba en el borde de una chimenea atenuada que era totalmente holográfica. Sobre el sofá estaba sentado un

hombre que parecía lo bastante mayor para ser el abuelo de Raeven. Con la luz del sol y las cirugías de rejuvenecimiento de su medio hermano negadas, Albard Devine era un miserable ser humano, su cráneo sin pelo y pálida como gusanos recién nacidos.

Antes de que su mente se quebrara, el físico de Albard había sido robusto y fornido, pero ahora era poco más que un aparecido consumido de pergamino seco y carne hundida sobre un bastidor de huesos.

Albard había sido cruelmente elegante, sin rodeos con la gente, con la aspereza pétrea que se esperaba de un rey guerrero. Ese hombre se había ido. Una lesión gelatinosa que surgió de las cicatrices de quemaduras que había recibido en su madurez filtraba pus amarillo de su larga barba. Sus fosas parecían una fuente de mocos y derramado comida a una barba que le llegaba casi a la cintura de Albard, el ojo que permanecía mirando el fuego estaba ictérico y lechoso con cataratas.

-¿Eres tú, Onak? -dijo Albard con voz trémula, más una cáscara que una cosa. -El fuego debe estar muriendo. Tengo frío.

Él ni siquiera se da cuenta de que es un holograma, pensó Raeven, y la garantía de su madre de que su medio hermano estaría en un estado de lucidez relativa parecía tambalearse.

Soy yo, hermano -dijo Raeven, pasando a estar al lado del sofá. El hedor de la corrupción se hizo más fuerte, y él deseó haber traído un frasco de raíz Caeban flotando delante de sus narices.

-¿Padre?

-No, idiota -dijo. -Escucha atentamente. Soy yo, Raeven.

-¿Raeven? -dijo Albard, cambiando su posición incómoda en el sofá. Algo crujió bajo el sofá en respuesta al movimiento de Albard y Raeven vio el cuerpo grueso y serpentino de Shesha. La última Naga superviviente de su padre cambió de posición con crujidos de movimiento correoso y una lengua bífida parpadeando de su boca llena de colmillos. Con más de dos siglos de antigüedad, Shesha estaba en los últimos años de vida, casi ciego y su largo cuerpo ya empezaba a osificarse.

-Sí, hermano -dijo Raeven, arrodillado junto Albard y poniendo de mala gana una mano en su rodilla. La tela de la colcha estaba rígida y con incrustaciones, pero

Raeven sentía los huesos de pájaro frágiles debajo. Una neblina de suciedad de la colcha se levantó cuan caricia del viento, y Raeven sintió su asco emerger.

-Yo no te quiero aquí -dijo Albard y Raeven sintió un aleteo de esperanza de que su medio hermano estuviera al menos en contacto distante con la cordura. -Les dije que no te dejaran entrar.

-Lo sé, pero tengo algo que decirte.

-No quiero oírlo.

-Lo harás.

-No.

-Padre está muerto.

Albard finalmente se dignó a mirarlo, y Raeven se vio reflejado en esos ojos blancos brillantes sin esperanza. Hacía tiempo que los aumentos dejaron de funcionar.

-¿Muerto?

-Sí, muerto -dijo Raeven, inclinándose a pesar del miasma rancio rodea Albard. Su medio hermano parpadeó su único ojo y miró por encima del hombro, ahora consciente de la presencia de otras personas en la habitación.

-¿Quién más está aquí? -dijo en tono de miedo repentino.

-Madre, mi madre -dijo Raeven. -Y Lyx. ¿Te acuerdas de ella?

La cabeza de Albard se hundió en su pecho, y Raeven se preguntó si había caído en un sueño inducido médicamente. Los sacristanes mantenían a Albard moderadamente sedado en todo momento para mantener las sinapsis devastadas de su cerebro prevenidas de un aneurisma explosivo dentro de su cráneo.

-Me acuerdo de una puta con ese nombre -dijo Albard mientras un reguero de saliva amarillenta se filtró desde el corte en seco de la boca.

Raeven sonrió cuando sintió la furia creciente de Lyx. Hombres habían soportado días de agonía inimaginable por mucho menos.

-Sí, es ella -dijo Raeven. Él pagaría por eso más tarde, pero cada vez disfrutaba más de la pena que del placer.

-¿Lo mataste? -dijo Albard, fijando en Raeven su mirada legañosa. -¿Mataste a mi padre?

Raeven miró por encima del hombro mientras Cebella y Lyx se acercaban para saborear mejor la humillación de Albard. Los rasgos de su madre estaban inmóviles, pero las mejillas de Lyx estaban rojas a la luz del fuego holográfico.

-Lo hice, sí, y el recuerdo de todavía me hace sonreír -dijo Raeven. -Debería haberlo hecho hace mucho tiempo. El viejo bastardo no lo soltaba, no me entregaba lo que era mío por derecho.

Albard dejó escapar una exhalación de respiración sibilante tan seca como los vientos sobre la estepa Tazkhar. Tomó un segundo para Raeven reconocer el sonido como una risa amarga.

-¿Legítimamente tuyo? ¿Recuerdas con quién estás hablando? Soy el primogénito de Casa Devine.

-Ah, por supuesto -dijo Raeven, de pie y limpiándose las manos con un pañuelo de seda que sacó de su abrigo de brocado. -Sí, bueno, no veo como nuestra casa puede ser dirigido por un lisiado que no puede ni siquiera vincularse con su caballero, ¿Y tú?

Albard tosió en su barba, una arcada seca y persistente que trajo aún más materia mucosa. Cuando levantó la vista, sus ojos eran más claros de lo que habían sido en décadas.

-He tenido mucho tiempo para pensar, en estos largos años, hermano -dijo Albard, cuando el ataque de tos se calmó. -Sé que podría haberme recuperado lo suficiente para salir de esta torre, pero tú y Lyx os asegurasteis de que nunca sucediera, ¿No?

-Madre ayudó -dijo Raeven. -Así que ¿Cómo se siente, hermano? ¿Ver todo lo que debería haber sido tuyo ahora mío?

-¿Honestamente? No podría importarme menos -dijo Albard. '¿Crees que después de tanto tiempo me importa lo que me pase? Las mascotas sacristanes de la Madre

me mantienen apenas con vida, y sé que nunca voy a dejar esta torre. Dime, hermano, ¿Por qué iba a importarme lo que haces ya?

-Entonces hemos terminado aquí -dijo Raeven, luchando por mantener su ira bajo la superficie. Había venido aquí para humillar Albard, pero el bastardo miserable había sido ahuecado demasiado como para apreciar el dolor.

Se volvió hacia Cebella y Lyx. -Toma la sangre que necesites, pero que sea rápido.

-¿Rápido? -hizo un mohín Lyx.

-Rápido -repitió Raeven. -El Lord General y las Legiones han pedido un consejo de guerra y no voy a empezar mi cargo de Gobernador teniendo a nadie dudando de mi capacidad.

Lyx se encogió de hombros y sacó un cuchillo de dientes de naga de los muchos pliegues ocultos de su vestido mientras se mantenía por encima del espectro marchito de su ex marido y su medio hermano.

-Shargali-Shi necesita la sangre de los primogénitos -dijo Lyx, cayendo sobre una rodilla y apoyando la hoja contra el costado del cuello de Albard. -No todo, pero mucho.

Albard le escupió en la cara.

-Esto puede ser rápido -dijo ella, limpiándose la cara, -pero te prometo que será una agonía.

SIETE
La Fortaleza Sin Nombre
Consejo de Guerra
El regalo

Loken se subió a la cubierta de embarque fía de la fortaleza orbital. Fija a un centenar de kilómetros sobre la superficie de Titán y envuelta en la oscuridad de su lado nocturno, la estación sombría giraba suavemente por encima de un crio-volcán activo. Rassuah pilotó Tarnhelm sobre su cubierta de embarque con una mano

relámpago en los controles, cada uno de sus auspex advirtiendo de que estaba entre corchetes de municiones letales.

Vapor se elevó desde los flancos fríos por el vacío del Tarnhelm, y Loken sudaba en su servoarmadura. La terraza era enorme, con espacio suficiente para que grandes naves-prisión vomitaran su carga humana y los custodios de la fortaleza las procesasen.

Un escuadrón de guerreros mortales en armadura roja brillante y cascos-visores de plata les esperaban en la base de la rampa, pero Loken no les hizo caso en favor del amplio veterano alzado delante de ellos.

Blindado de forma idéntica a Loken, el rostro arrugado muy bronceado y de línea más profunda del guerrero eran bien conocidos para él. El pelo blanco, mantenido muy corto, y una barba aseada del mismo color le daba un aspecto antiguo. Los ojos claros que habían visto demasiado parecían aún mayores.

-Loken -dijo Iacton Qruze, su voz poco más que un susurro. -Es bueno verte, muchacho.

-Qruze -respondió Loken, adelantándose para tomar la mano del viejo guerrero. El agarre era firme, inquebrantable, como si Qruze tuviera miedo a dejarle ir. -¿Qué es este lugar?

-Un lugar de olvido -dijo Qruze.

-¿Una cárcel?

Qruze asintió, como reacios a exponer el serio propósito detrás de la fortaleza sin nombre.

-Un lugar poco amable -dijo Loken, observando las paredes sin rasgos y severidad sombría, institucional. -No es un lugar al que los ideales del Imperium se aferren fácilmente.

-Tal vez no -estuvo de acuerdo Qruze, -pero sólo el joven e ingenuo creen que las guerras se pueden ganar sin estos lugares. Y a mi pesar duradero, no soy ninguno.

-Ninguno de nosotros lo es, Iacton -dijo Loken. -Pero ¿por qué tenemos que encontramos aquí?

Qruze vaciló, y Loken vio sus ojos moverse en la dirección del Tisíphone, la gran espada de doble filo enjaezada a la espalda.

-¿Les has traído? -preguntó Qruze.

-Todos menos uno -contestó Loken, curioso de por qué Qruze ignoró su pregunta.

-¿Quién no trajiste?

-Severian.

Qruze asintió. -Él siempre iba a ser el más difícil de convencer. Bueno, nuestra misión sólo pasó de casi imposible a prácticamente suicida.

-Creo que esa es la parte por la que se opuso a venir.

-Siempre fue un hombre inteligente -dijo Qruze.

-¿Le conocías? -preguntó Loken, y al instante se arrepintió cuando vio una mirada distante en los ojos de Qruze.

-Luché junto a la Vigésima Quinta Compañía en Dahinta -dijo Qruze.

-Los capataces -dijo Loken, recordando las campañas de dura lucha para limpiar las ciudades abandonadas de máquinas carroñeras.

-Sí, fue Severian quien superó las defensas del circuito del Palacio de silicato a los recintos interiores del Archidroide -dijo Qruze. -Él nos salvó de mese de desgaste. Recuerdo la primera vez que trajo la noticia de la…

Loken estaba acostumbrado a las reminiscencias errantes de Iacton Qruze, pero este no era el momento para disfrutar de su afición a la vieja historia de la Legión.

-Deberíamos irnos -dijo antes de Qruze pudiera ir más lejos.

-Sí, tienes razón, muchacho -acordó Qruze con un suspiro. -Cuanto antes esté lejos de este maldito lugar mejor. La necesidad es sin duda muy buena, pero eso no significa que lo que hacemos en su nombre más fácil.

Loken se volvió a abordar el Tarnhelm, pero Qruze no hizo ademán de seguirlo.

-¿Iacton?'

-Esto no va a ser fácil para usted, Garviel -dijo Qruze.

Instantáneamente alerta, Loken dijo, -¿Qué no?

-Hay alguien aquí que tiene que hablar contigo.

-¿Conmigo? ¿Quién?

Qruze inclinó la cabeza hacia los carceleros blindados de rojo, que se cuadraron en formación de escolta.

-Ella preguntó por tu nombre, muchacho -dijo Qruze.

-¿Quién lo hizo? -repitió Loken.

-Mejor velo por ti mismo.

De todos los infiernos que Loken había visto e imaginado, pocos se compararon con la desolación y la desesperanza sombría de esta prisión orbital. Cada aspecto de su diseño parecía calculado para aplastar el espíritu humano, de la mundanidad institucional sombrío de su aparición a la penumbra opresiva que no daba respiro o cualquier esperanza de que sus ocupantes volverían a ver los cielos abiertos de nuevo.

Qruze abordó el Tarnhelm, dejándolo bajo la custodia de carceleros de la fortaleza. Se movían con precisión y parecían preocuparse poco por el hecho de que él era un guerrero de las Legiones. Para ellos, no era más que otro detalle a tener en cuenta en sus protocolos de seguridad.

Lo llevaron a través de corredores abovedados de hierro oscuro y haciéndose eco de las cámaras que todavía llevaban débiles huellas de sangre y heces ninguna cantidad de líquido de limpieza nunca podría depurar. La ruta no era directa, y varias veces Loken estuvo seguro de que había doblado hacia atrás sobre su curso, después de un recorrido de torsión más profundamente en el corazón de la fortaleza.

Los carceleros que le escoltaban estaban tratando de desorientarle, hacerle perder todo sentido de qué manera podrían haber llegado o en qué dirección estaba la salida. Una táctica que podría funcionar en los presos comunes, con mentes destruidas y desesperados, pero un desperdicio en un legionario con un sentido eidético de dirección.

Mientras marchaban hacia abajo por una escalera de caracol, Loken trató de imaginar quién podría ser encarcelado aquí que podría haber preguntado por él por su nombre.

Debería haber sido fácil; Qruze había dicho “ella”, y conocía pocas hembras.

La vida de la Legión era un ambiente abiertamente masculino, aunque el Imperio se preocupaba poco por el sexo de los soldados que componían sus ejércitos, pilotaban sus naves y facilitaban su funcionamiento. La mayoría de las mujeres que había conocido habían muerto, así que tal vez se trataba de alguien que ya había aprendido de su existencia. Una hermana o madre, o tal vez incluso la hija de alguien que una vez había conocido.

Oyó gritos distantes y el eco suave de llanto. Los sonidos no tenía ninguna fuente obvia y Loken tuvo la impresión inquietante de años de miseria tan intensa que se habían impreso en las propias paredes.

Sus guardianes finalmente lo llevaron a una cámara de barrotes suspendida sobre una bóveda de completa oscuridad. Una serie de pasadizos llevaron de la cámara, cada uno lo suficientemente estrecha como para un mortal, pero casi claustrofóbico para un guerrero de su estatura. Se movieron a lo largo del corredor de la derecha, y Loken detectó el olor inconfundible de la carne humana, la suciedad arraigada y sudor. Pero sobre todo olía a desesperación.

Su escolta se detuvo en una celda protegida por una pesada puerta de hierro marcado con caracteres alfanuméricos y lo que parecía una especie de lingua-technis. No significaba nada para él, como él sospechaba era su sentido. Todo acerca de este lugar fue diseñado para ser desconocido y poco acogedor.

Un bloqueo se desactivó y la puerta se elevó en el marco con un sonido de trinquete mecánico, aunque ninguno de los guardias tocó superficie alguna. Contacto a distancia con una sala de control centralizada, lo más probable. Los guardias se apartaron y Loken no perdió palabra con ellos, agachándose bajo el dintel y adentrándose.

Casi no había luz penetrando la célula, sólo difusas reflexiones desde el pasillo, pero eso fue más que suficiente para que Loken distinguiera el contorno de una figura arrodillada.

Loken no era ningún experto en la forma femenina, pero las túnicas sueltas de la figura poco podían ayudarle a identificarla. Una cabeza se volvió hacia él con el sonido de la puerta abriéndose, y Loken vio algo familiar en su estructura occipital ligeramente alargada.

Un zumbido tenue vino del alto techo, y un disco de luz fluorescente tartamudeando despertó a la vida. Se parpadeó durante unos segundos antes de que la potencia recién insertada se estabilizase.

Loken pensó al principio se trataba de una alucinación o de otra visión de alguien muerto hace mucho tiempo, pero cuando habló, era la voz que conocía de las muchas horas que habían pasado en el recuerdo.

La recordaba como pequeña, a pesar de que la mayoría de los mortales eran pequeños para él. Su piel había sido tan negra que se preguntó si había sido teñida, pero la luz enfermiza del disco lumen le hizo parecer de alguna manera gris.

Su cráneo era lampiño, hecho ovoide por implantes craneales.

Ella sonrió, una expresión vacilante y poco familiar. Loken supuso que había pasado mucho tiempo desde que ella tuvo necesidad de esos músculos particulares.

-Hola, Capitán Loken -dijo Mersadie Oliton.

Construido en la roca de las montañas mucho antes de que la I Legión construyera la Ciudadela de la Aurora, el Salón de las Llamas era un anfiteatro de gobernación. En los largos siglos desde entonces, había una bóveda construyó alrededor del anfiteatro, una fortaleza alrededor de la bóveda y una ciudad alrededor de la fortaleza.

Mucho había cambiado en Molech desde entonces, pero el Salón conservaba gran parte de su propósito original. Los vástagos primogénitos de la Casa Devine seguían ritualmente quemados aquí y los gobernadores del planeta aún tomaban las decisiones que afectaban a la vida de millones aquí. Sin embargo, ya no era un lugar donde los guerreros mecanizados zanjaban sus duelos de honor con luchas a muerte.

En este momento, Raeven casi deseó que lo fuera.

Una lluvia de fuego corta desde Banelash finiquitaría rápidamente a los representantes pendencieros y silenciaría sus voces estridentes.

Como una fantasía agradable que era, Raeven respiró hondo y trató de prestar atención a lo que sucedía a su alrededor. Entronizado en el centro del anfiteatro, Raeven sostenía el cetro con cabeza de toro, afirmando haber sido confirmado por el propio Señor de las Tormentas. El artefacto era ciertamente antiguo, pero que cualquier cosa pudiera haber sobrevivido miles de años sin mancha parecía poco probable.

Arrastró su enfoque de nuevo a los quinientos hombres y mujeres que llenaban la cámara con gradas; oficiales militares de alto rango de Molech. Ayudantes, escribanos, calculadores lógicos, sabios y enseñas los rodearon como acólitos, y a Raeven le recordaron a Shargali-Shi y sus devotos cultistas de la serpiente.

Castor Alcade y tres Ultramarines de rostro sombrío se sentaban en los bancos de piedra a ras de suelo al otro lado de Vito Salicar. También él no estaba solo, con un Ángel Sangriento en oro y rojo a su izquierda, otro en negro a su derecha.

Tiana Kourion, Lord General del Gran Ejército de Molech, permanecía inmóvil en el centro del siguiente nivel en su uniforme verde, estoico y sombrío. Coroneles de una docena de regimientos se apiñaban a su alrededor como polillas atraídas por una llama benéfica. Raeven no los conocía, pero reconoció subordinados inmediatos de Kourion.

Los jefes de los cuatro teatros de operaciones estaban sentados bajo el signo que denotaba uno de los puntos cardinales.

Vestido con su chilaba de acabado draco y máscara dorada estaba el mariscal Edoraki Hakon de los Océanos del Norte, y sentado junto de ella estaba el coronel von Oskur Valkenberg de la Marca Occidental, cuyo uniforme parecía que había dormido con él durante un mes. El Comandante Abdi Kheda de los Kushitas Orientales llevaba una armadura de cuerpo completo como si esperara abrirse camino a través de las selvas hasta su posición, y por último el Khan de la estepa meridional, Corwen Malbek, sentado con las piernas cruzadas con una espada larga y equilibrada más un rifle sobre sus rodillas.

Detrás de los cuatro comandantes yacían cientos de coroneles, mayores y capitanes de los distintos regimientos del Ejército Imperial, cada uno vestido con su armadura

de campaña. La gran variedad de uniformes tuvo el efecto de hacer que los soldados reunidos pareciesen juerguistas en un carnaval chillón. Hasta ahora, Raven no había comprendido cuántos regimientos fueron guarnecidos en Molech.

Su madre y Lyx estaban en la gran galería de arriba, ya en amargo desacuerdo sobre el rumbo que debía tomar.

Lyx habló de la visión que había tenido la noche del devenir de Raeven, de cómo sus acciones podrían decidir el curso de una gran guerra luchada en Molech.

Ambos reclamaron el poder de previsión, pero tampoco podría decir con certeza cuáles serían esas acciones o en favor de quién volvería la guerra. ¿Era para alinearse con Horus, y al hacerlo concedérsele el dominio de los sistemas alrededor de Molech? ¿O era su destino para luchar contra el Señor de la Guerra y ganar gloria y renombre en su derrota? Ambos caminos ofrecían esperanza de hacer realidad la visión profética de su hermana, pero ¿Cuál elegir?

Además de las fuerzas de tierra, Molech contaba con una presencia naval considerable, con una flota de más de sesenta naves, entre ellas ocho naves capitales y numerosas fragatas de menos de cien años de edad. El Lord Almirante Brython Semper parecía estar dormido, aunque tal hazaña era sin duda imposible en tan ruidoso entorno. Ayudantes uniformados tomaron notas para él, pero Raeven sospechó que Semper nunca las leería. No tenía ningún interés en la guerra de tierra. Si las fuerzas del Señor de la Guerra llegaba a la superficie de Molech, ya estaría perdida en el vacío.

Sentados, aparte de las ramas de los guerreros convencionales estaban los contingentes Mechanicum, figuras pensativas envueltas en una mezcla de rojos y negros cada uno manteniendo sus pequeños enclaves. Raeven sabía más que la mayoría del Mechanicum, pero incluso eso eran rumores y chismes de segunda mano sacados de sus espías entre los sacristanes.

En la posición de primacía permanecía el adepto del Mechanicum designándose Bellona Modwen del Ordo Reductor. El alto marciano estaba encerrado completamente en una armadura cibernética verde brillante que le daba el aspecto de un sarcófago sentado. Las siniestras cohortes de guerreros mecánicos Thallax estaban a sus órdenes, un temible conjunto de máquinas de guerra, tanques y tecnologías desconocidas encerradas en las catacumbas de Monte Torger.

Su magos entrenaban a los sacristanes y mantenía los Caballeros funcionales. Como tal, el sacerdocio marciano era un bloque de poder sustancial sobre Molech y tenía el derecho de asistir a todos los cónclaves militares, a pesar de que rara vez ejercían ese derecho.

El Mechanicum y la flota podrían estar manteniendo su propio consejo, pero los oficiales jóvenes del Ejército se hacían notar por sus voces ausentes. Fuertemente intimidados por los altavoces bajo ellos, estaban totalmente de acuerdo o ahogaban lo que veían como supina estupidez.

Raeven no podía decidir cuál.

La actual voz de la derecha pertenecía al Belicista de la Legio Fortidus; una mujer de mirada amazónica en un traje de combate caqui manchado de aceite llamada Ur-Nammu. En fuerte acento gótico, dispuso la posición de su Legio que, a los oídos de Raeven corrían así.

Princeps Uta-Dagón y Utu-Lerna no respaldaban ningún plan que no implicara la carga de los titanes de la Legio Fortidus directamente hacia el enemigo en el instante en que aterrizasen.

Opinicus, la Invocatio de la Legio Gryphonicus, sostenía la opinión de que sólo porque el resto de la Legio Fortidus había sido aniquilada en Marte no había razón para que ese resto se lanzase sobre las espadas del auto-sacrificio.

Como Raeven entendía, tanto Ur-Nammu y Opinicus emprendían más o menos el mismo papel dentro de su legios, una forma de embajador entre los princeps inhumanos de los Titanes y aquellos junto los que debían luchar forzosamente.

Su disputa era inútil, para Carthal Ashur, el canalla Calator Martialis de la Legio Crucius aún tenía que hablar. Los embajadores menores eventualmente diferían de él, pues el mayor Titán el Molech era un ingenio Crucius, el antiguo coloso conocido como Paragon de Terra. Ashur poseía la autoridad del Princeps Magnus, Etana Kalonice, y si ella se había despertado de sus sueños de guerra debajo de la Montaña Puño de Hierro, a continuación las más pequeños legios indudablemente caerían en línea detrás de ella.

Los embajadores de la legios finalmente terminaron de hablar y las deliberaciones se trasladaron a cuestiones logísticas: el establecimiento de las líneas de abastecimiento, depósitos de municiones y el almacenamiento. El umbral de Raeven para el

aburrimiento, ya casi roto por las horas de debate, fue empujado al límite por las largas recitaciones de los niveles de suministro. Doce empleados aexactor ya habían hablado, y docenas más esperaban en la cola para ser escuchados.

Raeven se levantó de su trono y martilló el cetro en el suelo de piedra de la sala, provocando exclamaciones de temor de los guardianes de relicarios. Sacó su pistola y apuntó al escribano cercano y la placa de datos que portaba cayó.

-Tú. Cállate. Ahora -dijo, cortando con su arma el registro de la escasez de células de energía para los rifles láser en la Línea Preceptora Kushite. -Todos ustedes van a escuchar con mucha atención a lo que voy a decir. Dispararé al siguiente escriba que se atreva a leer una lista de inventario o niveles de stock. Directamente a través de su cabeza.

Los empleados bajaron las placas de datos y barajan incómodamente en su lugar.

-Eso es lo que yo pensaba -dijo Raeven. -Bien, ¿Alguien me dice algo de importancia con sangre real? Por favor.

Castor Alcade de los Ultramarines se levantó y dijo: -¿Qué tipo de cosas le gustaría escuchar, Lord Devine? Esta es la forma en que se libran las guerras, con líneas bien colocadas de suministro y una infraestructura en pleno funcionamiento en el lugar para apoyar a las fuerzas de primera línea. Si desea mantener este mundo contra el Señor de la Guerra, estas son las cosas que usted necesita saber.

-No -dijo Raeven. -Son las cosas que usted necesita saber. Todo lo que necesito saber es donde voy a entrar en batalla. Tengo un ejército de escribanos, intendentes y sabios para hacer frente a los números y listas.

-Los Quinientos Mundos arden -espetó Alcade, -sin embargo, mi Ultramarines están dispuestos a luchar y morir por un mundo que no es el suya. Hable así de nuevo, y me llevaré a todos los guerreros de nuevo a Ultramar.

-El Emperador mismo encargó a su Legión y los Ángeles Sangrientos la defensa de Molech -dijo Raeven con una sonrisa burlona. -¿Renunciaría a su deber? No lo creo.

-Sería sabio en no probar esa teoría -advirtió Alcade.

-Soy el legítimo gobernante de Molech -espetó Raeven. –El mando militar de este mundo me corresponde, y si algo aprendí de mi padre, que descanse en paz, es que

un gobernante necesita rodearse de las mejores personas que pueda, delegar autoridad y luego no interferir.

-Un comandante Imperial puede delegar autoridad -dijo Alcade, -pero nunca la responsabilidad.

Raeven luchó para controlar su ira, sintiendo retorcerse en el pecho como una espada envenenada.

-Mi Casa ha gobernado Molech por generaciones -dijo con fría hostilidad. -Sé el significado de la responsabilidad.

Alcade negó con la cabeza. -No estoy seguro de ello, Lord Devine. La responsabilidad es un concepto único. Puedes compartirla con los demás, pero su porción no disminuye. Puedes delegarla, pero sigue contigo. La sangre te ha dado el mando de Moloc, y su seguridad es vuestra responsabilidad. Ninguna evasión o elusión deliberada de este hecho le permitirá traspasarla a los demás.

Raeven forzó una máscara de compostura para encararla sobre sus rasgos y asintió con la cabeza como si aceptara palabras condescendientes del legado como sabiduría.

-Sus palabras tienen la perspicacia de su Primarca -dijo, cada palabra llenando su vientre con veneno canceroso. -Yo, por supuesto, revisaré las recomendaciones de los recaudadores en su momento pero, ¿No es tal vez este momento para estratagemas de guerra en lugar de áridas listas de números y disputa entre los aliados?

Alcade asintió e hizo una reverencia de acuerdo cauteloso.

-Cierto, Lord Devine -dijo Alcade, volviendo a sentarse.

Raeven dejó escapar un aliento envenenado que parecía que estaba abrasando su garganta. Fijó su mirada en Brython Semper, tomando un momento para serenarse y dar tiempo al ayudante del Lord Almirante para darle un codazo en las costillas.

-Almirante Semper, ¿Puede decirnos cuánto tiempo tenemos antes de que las fuerzas del Señor de la Guerra alcancen Molech?

Vestido con una levita púrpura real de ornamentación barroca, Brython Semper se puso de pie y se abrochó el botón superior. El cabello del Lord Almirante era de

plata blanco y encajado en una carga de cuero cabelludo largo, su cara una máscara llena de cicatrices, parcialmente aumentado.

-Por supuesto, mi señor -dijo, cargando el contenido de los datos de la pizarra de su ayudante en su implante ocular. -Los coros astropáticos envían informes de llegadas inminentes de decenas de naves, tal vez hasta cuarenta o cincuenta en total. Tampoco las naves que se aproxima hacen intento de ocultar su llegada. Recibo todo tipo de tonterías de astrópatas sobre lobos aullando en la disformidad y naves gritando sus designaciones. Lo más probable es que sea una forma de distorsión empírea o transmisiones vox simplemente reflejadas, pero está claro que el Señor de la Guerra quiere que sepamos que Él viene. Aunque si piensa que somos unos cobardes que van a salir corriendo a la primera señal del enemigo, le espera un duro despertar.

Vito Salicar interrumpió al Señor Almirante antes de que pudiera continuar. .Sería un error pensar que sólo porque superamos en número a la flota del Señor de la Guerra mantiene la sartén por el mango. La guerra espacial legionaria es una cosa salvaje, despiadada.

Semper se inclinó ante el Ángel Sangriento y dijo: -Sé muy bien lo peligrosos que son los Marines Espaciales, capitán.

-No lo sabe .dijo Salicar tristemente. -Somos asesinos, segadores de carne. Nunca se debe olvidar que…

Antes de que el Señor Almirante pudiera responder al tono melancólico del Ángel Sangriento, Raeven dijo, -¿Cuán pronto estará aquí el enemigo?

Visiblemente luchando por contener su temperamento ante la desacreditación de Salicar de las capacidades de su flota, Semper habló despacio y con cuidado.

-La mejor estimación del Maestro de Astrópatas es una brecha de espacio real que se cierra a diario, poniéndolos al alcance de Molech en alrededor de dos semanas. Ya he emitido una orden para sacar nuestras naves de piquete de vuelta desde el borde del sistema.

-¿No va a enfrentarse a los traidores en espacio abierto?

-Como no tengo la costumbre de tirar la vida de mis tripulantes no, yo no -dijo Semper. -Como el capitán Salicar señaló amablemente, las naves de guerra de los

Marines Espaciales no deben ser subestimadas, por lo que nuestro mejor curso de acción es de enviar una fuerza provocadora para incitar a los traidores al rango de nuestras armas orbitales. Nuestra flota principal se mantendrá dentro del umbral de las baterías orbitales en la línea Karman. Entre el martillo y el yunque de nuestras armas estáticas y la flota de guerra, podremos destripar las naves traidoras antes de conseguir desembarcar siquiera un solo guerrero.

A pesar de su tono grandilocuente, Raeven se complació el corte de pluma de Semper y asintió.

-Hazlo, Lord Almirante -dijo. -Despacha la fuerza provocadora y deséeles buena caza.

La celda no tenía muebles, ni siquiera una cama. Un delgado colchón doblado en un rincón, junto a una olla negra y una caja pequeña, como una caja de presentación de una medalla.

-Te ves como si hubieras visto un fantasma -dijo Mersadie, levantándose de su posición de rodillas.

La boca de Loken se abrió, pero ningún sonido salió.

Esta era la segunda persona muerta que había visto, pero ésta era de carne y hueso. Ella estaba aquí. Mersadie Oliton, su rememoradora personal.

Estaba viva. Aquí. Ahora.

Ella no era la misma sin embargo. La luz dura reveló trazas de cicatrices en bucle sobre sus costados y superficies superiores de su cráneo disminuido. Cicatrices quirúrgicas. Escisiones.

Ella le miro viéndola y dijo: -Sacaron mis bobinas de memoria integradas. Todas las imágenes y todos los recuerdos que había almacenado. Todo ha desparecido. Todo lo que me queda de ellos son mis recuerdos orgánicos e incluso están empezando a desaparecer.

-Te dejé en el Espíritu Vengativo -dijo Loken. -Pensé que habías muerto.

-Lo estaría si no fuera por Iacton -respondió Mersadie.

-¿Iacton? ¿Iacton Qruze?

-Sí. Él nos salvó de la masacre de los rememoradores y evacuamos la nave -dijo Mersadie. -¿Él no te lo dijo?

-No -dijo Loken. -No lo hizo.

-Escapamos con Iacton y el capitán Garro.

-¿Estabas en la Eisenstein? -dijo Loken, la incredulidad y el asombro compitiendo por su atención. Qruze había dicho poco del peligroso viaje desde Isstvan, pero no mencionar la supervivencia de Mersadie era increíble.

-Y yo no era el único al que Iacton salvó.

-¿Qué quieres decir?

-Euphrati salió del Espíritu Vengativo, Kyril también.

-¿Sindermann y Keeler están vivos?

Mersadie asintió. -Por lo que yo sé, pero antes de que preguntes, no sé dónde están. No he visto a ninguno de ellos en años.

Loken se paseó por el interior de la célula, las emociones crudas surgiendo como una marea caótica dentro de él. Sindermann había sido un amigo muy querido para él. Un mentor de inteligencia superlativa y un confidente, un puente entre sensibilidades transhumana y preocupaciones mortales. Eso y que Keeler también había sobrevivido era un milagro, pues el imaginista tenía un verdadero don para meterse en problemas.

-¿No sabías que estaba viva? -preguntó Mersadie.

-No -dijo Loken.

-¿Has oído hablar del Santo?

Loken negó con la cabeza. -No. ¿Qué Santo?

-Has estado fuera de onda, ¿No?

Loken se tomó una pausa, enojado y confundido. Ella no tenía la culpa, pero ella estaba aquí. Quería atacar, pero lanzó un suspiro tembloroso que parecía expulsar un peso pesado de humores biliosos.

-Estuve muerto, creo -dijo al fin. -Por un tiempo. O como si estuviera muerto. Tal vez sólo estaba perdido, muy perdido.

-Pero volviste -dijo Mersadie, llegando a tomar su mano. -Ellos te trajeron de vuelta porque te necesitan.

-Así me dijeron -dijo Loken con cansancio, curvando los dedos alrededor de los de ella, con cuidado de no apretar demasiado.

Se quedaron inmóviles, ninguno dispuesto a romper el silencio o la intimidad compartida. Su piel era suave, recordando a Loken un momento fugaz en su vida. Cuando era joven e inocente, cuando él había amado y era amado. Cuando había sido humano.

Loken suspiró y soltó la mano de Mersadie.

-Tengo que sacarte de aquí -dijo.

-No puedes -dijo ella, retirando su mano.

-Soy uno de los elegidos del Malcador de elegidos", dijo Loken. 'Voy a enviar la palabra a la Sigilita y haberte llevado de vuelta a Terra. No voy a dejar que te pudras lejos aquí ni un minuto más. '

-Garviel -dijo Mersadie, y su uso de su nombre de pila lo detuvo en seco. -No me van a dejar salir de aquí. No por ahora, al menos. Pasé mucho tiempo en el corazón de la nave insignia del Señor de la Guerra. Personas han sido ejecutadas por mucho menos.

-Yo respondo por vosotros -dijo Loken. –Garantizaré vuestra lealtad.

Mersadie sacudió la cabeza y se cruzó de brazos.

-Si no supieras quién soy yo, si no hubieras compartido tu vida conmigo, ¿Te gustaría que alguien como yo estuviera en libertad? Si yo fuera un extraño, ¿Qué harías? ¿Soltarme o mantenerme en prisión?

Loken dio un paso adelante. -No puedo dejarte aquí. No mereces esto.

-Tienes razón, no merezco esto, pero no tienes otra opción -dijo Mersadie. Tienes que dejarme.

Su mano se levantó la mano para cepillar el metal desnudo de su blindaje sin marcar. Delgados dedos trazaron una línea por su hombrera y barrieron la curva de la hombrera.

-Es extraño verte en esta armadura.

-Ya no tengo Legión -dijo simplemente, enfadada con su deseo intencional de languidecer en esta prisión.

Ella asintió con la cabeza. -Me dijeron que moriste en Isstvan, pero yo no lo creí. Sabía que estabas vivo.

-¿Sabías que sobreviví?

-Así es.

-¿Cómo?

-Euphrati me lo dijo.

-Dijiste que no sabías dónde estaba.

-Y no lo sé.

-Entonces…

Mersadie se volvió, como si reacia a dar voz a sus pensamientos por temor al ridículo. Se inclinó para recuperar la caja de presentación del suelo al lado del colchón. Cuando ella se volvió hacia él, vio que sus ojos estaban llenos de lágrimas.

-Soñé con Euphrati -dijo. -Ella me dijo que vendrías aquí. Lo sé, lo sé, suena ridículo, pero después de todo lo que he visto y he pasado, es casi normal.

La ira desapareció de Loken, sustituido por un sentido de impotencia retumbando en su pecho. Las palabras de Mersadie tocaron algo profundo dentro de él, y él pudo oír el suave aliento de una tercera persona, el fantasma de una sombra en una habitación donde no las había.

-No es ridículo -dijo Loken. -¿Qué te dijo?

-Ella me dijo que te diera esto -dijo Mersadie, extendiendo el caso. -Para transmitirlo.

-¿Qué es?

-Algo que una vez perteneció a Iacton Qruze -dijo. -Algo que ella dijo que tiene que tener de nuevo.

Loken tomó la caja, pero no lo abrió.

-Dijo que le recordases a Iacton que él ya no es El Que Se Oye a Media nunca más, que su voz se oirá más fuerte que cualquier otra en su Legión.

-¿Qué significa eso?

-No sé -dijo Mersadie. -Fue un sueño, no una ciencia exacta.

Loken asintió, aunque lo que estaba oyendo no tenía mucho sentido. Al menos tan poco sentido como responder una citación a la guerra por el mensaje de un hombre muerto.

-¿Dijo Euphrati algo más? -preguntó.

Mersadie asintió y las lágrimas que rebosaban en el borde de sus ojos como un río a punto de romper sus embalses se derramaron por sus mejillas.

-Sí -sollozó Mersadie. -Ella dijo que te dijera adiós.

OCHO
El Devorador de Vidas
Confrontación
La esperanza en la mentira

Las cubiertas Apothecarion de la Resistencia eran frías, de metal desnudo y apestaban con artes embalsamadores. Químicos acres empañaban el aire y silbantes cubas de fluidos nocivos burbujeaban en réplicas entre losas de hierro embotadas, crio-tubos suspendidos y bastidores de equipos quirúrgicos.

Mortarion había pasado totalmente demasiado tiempo aquí ya en los días llenos de dolor tras el ataque de los asesinos durmientes de Meduson. Envuelto en envolturas antisépticas y bañado en cataplasmas regenerativos como un rey embalsamado del Gyptia, su metabolismo sobrehumano necesitó sólo siete horas para deshacer el peor de los daños.

Un escuadrón de Sudarios de Muerte lo escoltaron a través del espacio artificialmente frío con sus guadañas agarradas sin apretar. La guardia de honor del primarca sacudió ligeramente sus guadañas descomunales de hombro a hombro para mantenerlas en movimiento. Incluso en la nave insignia, no tomaban riesgo alguno.

La escarcha palmeaba los mangos inclinados y la luz de cosechadoras de órganos brillaba con la formación de láminas de hielo. Blindados en armadura blanca oscura bordeada en una mezcla de rojo y verde oliva, extendidos en una formación de pirámide, auspex de alerta indicarían cualquier intruso que estuviera en algún lugar de esta cubierta.

Mortarion iba con la cabeza descubierta, los injertos de piel fresca enrojecidos con la sangre muy oxigenada, lo que le hacía verse más saludable de lo que estuvo en siglos. Su gorguera respiratoria todavía cubría la mitad inferior de su rostro, y ráfagas de aliento terrenal suspiraron de su parrilla. Sus tomas eran cráteres cortados en un paisaje lunar, sus ojos pepitas de ámbar.

Silencio estaba sujeta a la placa trasera de su armadura. No tenía necesidad de su borde, los Sudarios de Muerte tenían más que suficientes para cubrirle. En cambio, portaba la Linterna, una pistola Shenlongi colosal, alimentada por gas y poseedora de una matriz energética pocas armas de rayos de tamaño comparable podrían igualar.

Los Sudario de Muerte se dispersaron cuando su barrido de la cámara alcanzó la bóveda impenetrable en su extremo. Sellado con cerraduras de magnífica complejidad, bóveda genética era un lugar de misterio y un repositorio del futuro de la Guardia de la Muerte.

Caipha Morarg, el último del 24º Escuadrón de Choque, que ahora servía como palafrenero de Mortarion, negó con la cabeza y levantó su bólter mientras seguía a su amo por el Apothecarion.

-Mi señor, no hay nadie aquí -dijo.

-No, Caipha -dijo Mortarion, su voz el aliento de viento desértico reseco. -Puedo sentirlo.

-Hemos barrido la cubierta de punta a punta y de lado a lado -reafirmó Morarg. -Si había algo aquí, ya lo habríamos encontrado.

-Todavía hay un lugar en el que buscar -dijo Mortarion.

Morarg siguió la mirada del primarca.

-¿La bóveda genética? -dijo. -Está blindada con energía y protegida contra el vacío. Es un milagro que los malditos apotecarios puedan entrar.

-¿Dudas de mí, Caipha? -susurró Mortarion.

-Nunca, mi señor.

-¿Y alguna vez me he equivocado en estos asuntos?

-No, mi señor.

-Entonces confía en mí cuando digo que hay algo ahí.

-¿Algo?

Mortarion asintió, y ladeó la cabeza hacia un lado, como si escuchara sonidos que sólo él podía oír. Los músculos de su cara se crisparon, pero con la gorguera oscureciendo su mandíbula, era imposible estar seguro de que expresión tenía.

-Abre la puerta -le ordenó, y una manada siervos trajeados corrieron hacia él con placas de claves y varitas de código cifrado de un solo uso. Insertaron las llaves, pero antes de que se activaran, un apotecario envuelto en verde se acercó a Mortarion bajo la atenta mirada de los Sudarios de Muerte.

-Mi señor -dijo el apotecario. -Le ruego que lo reconsidere.

-¿Cuál es su nombre? -preguntó Mortarion.

-Koray Burcu, mi señor.

-Acabamos de sobrepasar el borde del sistema de Molech, Apotecario Burcu, y hay un intruso a bordo del Resistencia -dijo Mortarion. -Está detrás de esa puerta. Requiero que la abra. Ahora.

Koray Burcu se derritió bajo la mirada de Mortarion, pero en su haber, el apotecario se mantuvo firme.

-Mi señor, por favor -dijo Burcu. -Les imploro que se retiren del Apothecarion. El material genético de la bóveda debe mantenerse estéril y a presión positiva. Todo este stock de semilla genética está en riesgo de contaminación si la puerta se abriera incluso una fracción.

-Sin embargo, harás lo que te ordeno -dijo Mortarion. -Puedo hacerlo sin ti, apotecario, pero llevará tiempo. Y en ese momento, ¿Qué crees que un intruso podría estar haciendo ahí?

Burcu consideró las palabras del primarca y se dirigió a la puerta resplandeciente de la bóveda. Numerosas llaves de cifrado giraron simultáneamente bajo la dirección de Burcu cuando él introdujo un código de hélice única para este momento y que cambiaría inmediatamente después de la apertura de la puerta.

La puerta se dividió en su unión con la pared y una ráfaga de aire helado, de bordes afilados escapó desde dentro. Mortarion sintió que cortaba la piel de su rostro, saboreando el golpe en forma de agujas de frío. La puerta se abrió más y los siervos con trajes químicos se retiraron mientras el hedor de la preservación mediante productos químicos y células de energía resistentes a las heladas contaminaron el aire con sabores bio-mecánicos. Mortarion notaba algo más en el aire, un hedor de algo tan letal que sólo alguien como él podía autorizar su liberación.

Pero esas cosas se almacenaban en los almacenes más profundos, encerrados en bóvedas incluso más seguras que esta.

-No toque nada -advirtió Burcu, moviéndose por delante de los Sudarios de Muerte mientras pasaban por el alto umbral de la bóveda genética.

Mortarion se volvió a Morarg y dijo: -Sella la puerta detrás de mí, y sólo ábrela de nuevo bajo mi orden expresa.

-¿Mi señor? -dijo Morarg. -Después de Dwell, ¡Mi lugar está a tu lado!

-No esta vez -dijo Mortarion y su significado era férreo.

La devoción al deber se cerró sobre las siguientes palabras de Morarg y asintió con rigidez mientras Mortarion se volvió y siguió a Koray Burcu en la bóveda. Apenas Mortarion entró cuando la puerta de adamantium pesado se cerró.

El espacio interior era una bóveda de cien metros cuadrados de blanco helado y reluciente plata. Bancos blindados de crio-tubos gorgoteando se alineaban en las paredes, y filas de tambores centrifugadores formaban un pasillo central.

Signos iluminados e inscripciones rúnicas de pureza genética parpadeaban en placas de datos de latón con monturas, y Mortarion extrapoló mapas mentales de los fragmentos de código genético. Allí había una colección de mucranoides, un baño químico de cigotos que un día sería la Glándula Betcher. Detrás de ellos, cilindros burbujeantes de globos oculares.

Órganos medio formados flotaban en tanques de gestación y bocanadas de vapor de condensadores zumbando llenaron el aire con humedad escalofriante que crujía bajo los pies de los cristales de hielo microscópicos. Koray Burcu reclamó que la atmósfera dentro de la bóveda era estéril, pero ese no era el caso. El aire vibraba con potencial, una cosa presionando sobre el tejido de la realidad como un recién nacido en una placenta a romper.

Sólo él podía sentirlo. Sólo él sabía lo que era.

Los Sudarios de Muerte avanzaron con cautela, y Mortarion percibió su confusión. Para ellos, la bóveda estaba vacía, ni rastro del intruso que su primarca dijo que iban a encontrar. Creer que su padre genético podría estar equivocado le divertía. ¿Qué debe ser para un guerrero de las Legiones pensar una cosa así?

Tanto como lo sería para un primarca, supuso.

Pero no podían sentir lo que él podía sentir.

Mortarion había pasado toda una vida en un mundo en el que las creaciones monstruosas de genetistas sin escrúpulos y espiritistas portavoces de los muertos habían frecuentado los riscos plagados de niebla de Barbarus. Dónde monstruos verdaderamente dignos de este nombre cada día. Incluso había fabricado algunos de los suyos.

Mortarion conocía el rastro de esas bestias, pero más que eso, reconoció el olor de uno de los suyos.

-Lo ve, mi señor -dijo el apotecario Burcu. -Es fácil ver que no hay nada aquí así que, ¿Pueden todos por favor desalojar los laboratorios genéticos?

-Te equivocas -dijo Mortarion.

-¿Mi señor? -dijo Burcu, consultando un holo granulado flotando por encima de su guantelete Narthecium. -No entiendo.

-Él está aquí, pero simplemente no puede mostrarse todavía, ¿Verdad?

Las palabras de primarca abordaron al aire, pero la voz que contestó sonaba como piedras de molienda una contra otra en un deslizamiento de tierra y parecían hacer eco de todo a su alrededor.

Carne. Necesito carne.

Mortarion asintió, ya teniendo indicios de que por qué había elegido este lugar. Los Sudarios de Muerte formaron un círculo alrededor Mortarion, guadañas en ristre, auspexs buscando desesperadamente la fuente de la voz.

-Mi señor, ¿Qué es eso? -preguntó Burcu.

-Un viejo amigo -dijo Mortarion. -Uno que creía perdido.

Nunca nadie pensó que el Señor de la Muerte fuese rápido. Implacable, sí. Implacable y tenaz, absolutamente. ¿Pero rápido? No, eso nunca.

Silencio fue una mancha de hierro duro, y en el instante que tomó a su hoja completar el circuito, los siete del Sudario de Muerte yacían muerto, simplemente atravesados por sus estómagos. Una magnitud apocalíptica de sangre estalló dentro de la bóveda, un exceso de sangre brillante, increíblemente brillante. Roció las paredes e inundó las placas de la cubierta de acero pulido en una marea roja. Mortarion disfrutó de su sabor amargo.

El apotecario Burcu se alejó de él, sus ojos muy abiertos y sin poder creerlo detrás de la visera de su yelmo. Mortarion no lo detuvo.

-¿Mi señor? -rogó el apotecario. -¿Qué estás haciendo?

-Algo sombrío, Koray -dijo Mortarion. -Algo necesario.

El aire delante de Mortarion parecía rayado, una imagen fantasmal de una forma humanoide grabada en un increíblemente fino panel de vidrio. O una pictografía con la impresión a medias de un cuerpo en él, un esbozo de algo que existía sólo como potencial.

La impresión de forma rayada, apresurada, entró en el lago de sangre y poco a poco, imposiblemente, la propagación hacia el exterior del líquido comenzó a revertirse. Lentamente, pero con mayor velocidad que el fluido rico de toda la vida se concentraba en su forma etérea, una figura empezó a tomar forma.

En primer lugar un par de pies, luego los tobillos, pantorrillas, rodillas y muslos musculosos. Entonces los huesos de la pelvis, la columna vertebral, órganos y reluciente musculatura se enredaron, tejieron, envolviéndose alrededor de un esqueleto rojo húmedo. Como si de un molde invisible se estuviera llenando con la sangre de los Sudarios de Muerte, la poderosa forma de un imponente guerrero transhumano tomó forma.

Completado y formado de la sangre de los muertos, era una forma sin la cubierta de la piel. Un descarnado espectro con corvejones de carne de carnicero atados alrededor de las costillas osificadas, fémures endurecidos y un cráneo como una roca. Ojos enrojecidos de locura miraban desde iris sin párpados y aunque el cuerpo estaba aún recién hecho, apestaba a putrefacción. La boca de la cosa funcionaba a sacudidas, los tendones se tensaban y relajaban mientras la línea de la mandíbula exponía su hueso en vivo.

Una lengua, cruda y de color púrpura corrió a lo largo de protuberancias recién crecidas de dientes.

Por un breve instante, la ilusión de renacimiento fue completa, pero no duró mucho. Regueros blancos flácidos de descomposición vetearon la carne roja como tejido graso, y los rizos de gas levantados por los cadáveres que se retorcían como infestados de gusanos en un festín. Lloró llagas abiertas a través de la musculatura y ampollas purulentas aparecieron como pompas de jabón expulsando moco viscoso.

Vidrio roto y campanas de advertencia comenzaron a sonar.

Mortarion miró a su izquierda cuando, una a una, las campanas de cigotos en desarrollo explotaron con crecimiento descontrolado. Una necrosis rampante aumentó de frondas de cultivo de células madre y brotes nacientes de órganos.

Veteados de negro, crecieron y crecieron hasta que la masa hinchada rompió con rebuznos flatulentos de humos malolientes.

Baños químicos cuajaron en un instante, sus superficies formando espuma contra espuma desbordante en cuerdas glutinosas. Las centrifugadoras vibraban mientras los especímenes dentro se desarrollaban y transformaban con ultra-rápido crecimiento antes de morir con la misma rapidez.

Detrás del primarca, el apotecario Burcu estaba tratando desesperadamente de manipular uno de los conductores principales, mientras introducía un código que ya se había vuelto obsoleto.

-¡Por favor, mi señor! -gritó. -Es la contaminación. ¡Tenemos que salir de aquí ahora mismo! ¡Dese prisa, antes de que sea demasiado tarde!

-Ya es demasiado tarde -dijo la descarnada cosa húmeda, de reluciente órganos. Burcu se giró y sus ojos se abrieron con horror ante la visión de un tejido de piel traslúcida supurante recubriendo el cuerpo del monstruo. Creció y se espesó sobre los órganos desnudos, desiguales y en los parches, pero creciendo todo el tiempo. La corrupción reclamó la piel casi tan pronto como creció, generada desde el cuerpo en costras ennegrecidas por la sangre.

La mano del monstruo atacó. Sus dedos apuñalaron a través de las lentes de Burcu. El apotecario gimió y cayó de rodillas mientras el monstruo arrancó el casco de la cabeza. Las tomas de Burcu eran cráteres ruinosos, heridas abiertas en el cráneo que lloraron lágrimas de sangre por sus mejillas cenicientas.

Pero la pérdida de sus ojos era el menor dolor de Koray Burcu.

Sus gritos se volvieron arcadas gorgoteantes. El pecho del Boticario sufrió espasmos cuando sus pulmones modificados genéticamente para sobrevivir en los ambientes más hostiles fueron agredidos desde el interior por un patógeno tan letal que no tenía igual.

El apotecario vomitó un torrente de materia rancia, cayendo a cuatro patas mientras era devorado por su sistema inmunológico hiper-acelerado. Fluidos de muerte se filtraron por todos los orificios, y Mortarion miró desapasionadamente como la carne casi caía derretida de sus huesos, como los humanos de Barbarus que subieron demasiado alto en las nieblas venenosas y pagaron el precio más alto.

Sus hermanos estarían horrorizados por la muerte de Burcu y su asesino repugnante, pero Mortarion había visto cosas mucho peores en su juventud; los reyes monstruosos de las montañas oscuras eran infinitamente más inventivos en sus abominaciones anatómicas.

Koray Burcu cayó hacia delante y una mezcolanza de negro y apestoso bermellón se derramó sobre la cubierta. El cuerpo del apotecario ya no existía, sino un caldo de carne en descomposición y fluidos malcriados.

Mortarion se arrodilló junto a los restos y pasó un dedo por el desastre. Extrajo con el dedo una muestra de lodo que llevó a la cara y lo olió. El veneno biológico era un exterminador planetario, pero uno criado en el infierno tóxico de Barbarus, era poco más que un irritante. Sus dos padres habían trabajado para hacer de su fisiología a prueba contra cualquier infección, independientemente de su poder.

-El virus Devorador de Vida -dijo Mortarion.

-Eso es lo que me mató -dijo el monstruo, mientras la regeneración y el decadente manto de piel se deslizaron sobre su cuerpo. -Así que eso es lo que la disformidad usó para rehacerme.

Mortarion observó como la piel de cera avanzó sobre el cráneo para revelar un rostro que había visto por última vez en camino a la Eisenstein. No bien se reveló se pudrió de nuevo, un ciclo sin fin de renacimiento y muerte.

Incluso desprovisto de piel, Mortarion conocía la cara de uno de sus hijos.

-Comandante -dijo Mortarion. -Bienvenido de nuevo a la Legión.

-¿Vamos a los campos de la muerte, mi señor?

-El Señor de la Guerra nos llama a Molech -dijo Mortarion.

-Mi señor -dijo Ignacio Grulgor, extendiendo sus miembros para examinar mejor la pestilencia, la muerte de su cuerpo enfermo que vive y lo encontró muy a su gusto. -Estoy a tus órdenes. Deme rienda suelta. Yo soy el Devorador de Vidas.

-Todo a su tiempo, mi hijo -dijo Mortarion. -En primer lugar vas a necesitar algo de armadura decente o matarás a todos en mi nave.

Ya era bastante malo cuando los ocupantes de la prisión de la fortaleza sin nombre fuesen desconocidos para Loken, pero sabiendo que no tenía más remedio que dejar a Mersadie encarcelada le atravesó hasta el hueso. El cierre de la puerta de la celda fue un cuchillo en el vientre, pero ella tenía razón. Con agentes del Señor de la Guerra probablemente en el sistema solar, tal vez incluso sobre Terra misma, no existía ninguna posibilidad de su liberación.

Tal vez su escolta sintió la acumulación de ira en él, porque lo llevaron de nuevo a la cubierta de embarco sin la ofuscación innecesaria de la ruta. Como Loken sospechó, su destino final había estado cerca de donde la Tarnhelm aterrizó.

Una nave elegante sentada en una cuna de lanzamiento, preparado y listo para partir. Bror Tyrfingr lo había llamado un draugrjúka, un barco fantasma, y tenía razón para hacerlo, pero no por sus propiedades furtivas.

Llevaba a la gente que podría considerarse fantasmas, presencias que antes pasaban inadvertidas por todos y, más importante, cuya existencia nunca sería reconocida.

Loken vio a Banu Rassuah en la cabina del piloto en la sección frontal de punta de flecha, y Ares Voitek rodeaba la nave con Tyrfingr, utilizando sus servo-brazos para señalar elementos especialmente destacables de la construcción de la nave.

Tyrfingr cambió su vista ante la llegada de Loken. Frunció el ceño, como si detectara un olor fétido o la aproximación de un enemigo.

Sus ojos recorrieron el rostro de Loken y su mano se deslizó a su funda.

-Ho -dijo Tyrfingr. -Hay un hombre cuya frialdad se deslizó una hoja. ¿Encontraste problemas?

Loken no le hizo caso y subió la rampa trasera al fuselaje. La sección central de dormitorio estaba medio lleno. Callion Zaven sentado en la mesa central con Tubal Cayne, ensalzando las virtudes de combate personal sobre escaladas masivas. En el otro extremo, Varren y Nohai compararon cicatrices en sus antebrazos abultados, mientras Rama Karayan limpiaba el esqueleto desmontado de su rifle.

Tylos Rubio no estaba a la vista, y Qruze salió de la vía de paso de techo bajo que conducía a la cabina del piloto.

-Bueno, estás de vuelta -dijo Zaven, logrando malinterpretar completamente los humores de Loken. -Tal vez podamos salir realmente fuera del sistema.

-Qruze -espetó Loken, llegando a su cinturón. -Esto es para ti.

Muñeca de Loken se sacudió, y la caja de madera lacado voló de su mano como una hoja de lanzar. Se dirigió hacia Qruze, y aunque El Que Se Oye a Medias ya no era tan rápido como fue una vez, él cogió la caja a un dedo de su pecho.

-Qué es… -dijo, pero Loken no le dejó terminar.

El puño de Loken se estrelló contra el rostro de Qruze como un martinete. El venerable guerrero se tambaleó, pero no cayó, su duramen demasiado avezado para ser derribado por un golpe. Loken le dio tres más, uno tras otro con la fuerza de quebrar huesos.

Qruze se dobló en dos, instintivamente impulsando a los puños de su atacante. Loken golpeó una rodilla en el estómago de Qruze, luego se agachó para conducir un codazo en el costado de su cabeza. La piel se abrió y Qruze cayó de rodillas. Loken le dio una patada en el pecho. El Que Se Oye a Medias voló de nuevo hacia los armarios, arrugando el acero con el impacto. Las puertas abrochadas se abrieron y el equipo asegurado cayó a la cubierta: una cuchilla de combate, estrobos de cuero, dos pistolas, piedras de afilar y numerosos cargadores de municiones.

Los Caballeros Errantes se dispersaron ante la violencia repentina en mitad de ellos, pero ninguno se movió a intervenir. Loken estaba en Qruze en un instante, con los puños como bolas de demolición, estrellándose contra El Que Se Oye a Medias.

Qruze no estaba luchando.

Dientes se quebraron bajo el asalto de Loken.

Sangre roció el metal desnudo de su armadura.

La furia de Loken por la prisión de Mersadie proyectó una sombra roja sobre todo. Quería matar a Qruze como nunca hubiera querido matar a nadie. Con cada golpe de martillo que desató, oyó su nombre pronunciado.

Estaba de nuevo en las ruinas, rodeado de muerte y criaturas más cadáveres que seres vivos. Sintió sus garras sobre sus vestidos, tirando de él en posición vertical. Él los apartó, saboreando el olor en todo el planeta de la carne en descomposición y el

hierro candente de las municiones gastadas. Era Cerberus de nuevo, justo en el corazón del mismo.

Perdido en la locura de los campos de la muerte de Isstvan.

Escupiendo aliento, Loken desenvainó la hoja de combate. El borde brillaba en la luz tenue, colgando en el aire como un verdugo esperando de señal de su amo.

Y por un instante Loken no estaba mirando a Qruze, sino a Pequeño Horus Aximand, el asesino melancólico de Tarik Torgaddon.

La hoja se hundió hacia abajo, con el objetivo en la garganta expuesta de Qruze.

Se detuvo a un centímetro de la carne, como si golpease una barrera invisible. Loken gritó y empujó con todos los desechos de la fuerza, pero la hoja se negó a moverse. El mango se congeló en su agarre, formación de ampollas en la piel con una ferocidad ártica antes de volver al negro con la congelación.

El dolor trajo claridad, y Loken alzó la vista para ver a Tylos Rubio extendiendo su mano y envuelto en una bruma congelante.

-Suéltala, Garvi -dijo una voz, aunque no podía decir con certeza a quién pertenecía. Loken no podía sentir su mano, pues el tacto helado psíquico de Rubio le adormeció completamente. Él se puso de pie y arrojó la hoja en la distancia. Se rompió en fragmentos de hielo en el fuselaje curvado.

-Trono, Loken, ¿Qué fue eso? -exigió Nohai, empujando por delante de él para arrodillarse ante la forma desplomada de Qruze. -Casi lo matas.

Qruze puso reparos, pero sus palabras fueron demasiado destrozadas por los labios hinchados y dientes rotos para distinguirlas. Los rostros de los guerreros que le rodeaban eran imágenes en shock. Miraron Loken como lo harían a un Berserker lunático.

Loken fue a volver con Qruze, pero Varren se puso delante de él. Bror Tyrfingr estaba junto a él.

-El viejo está abajo -dijo Tyrfingr. -Encierra tu lobo. Ahora.

Loken no le hizo caso, pero Varren puso una mano en el pecho, sólida, un refuerzo inamovible. Si quería pasar, tendría que luchar contra el ex Devorador de Mundos también.

-Sea lo que sea -dijo Varren. -Este no es el momento.

Las palabras de Varren surgieron con calma, y la ira de Loken disminuyó con cada latido del corazón. Él asintió con la cabeza y dio un paso atrás con los puños abiertos. La visión de su hermano legionario goteando sangre de sus nudillos agrietados fue la separación definitiva de la cortina, y la razón reanudó su posición en el asiento de su conciencia.

-Ya he terminado -dijo, retrocediendo hasta llegar a una pared y se dejó caer a sus cuartos traseros. Su asalto no lo había cansado en demasía, pero su pecho se movía con esfuerzo.

-Bien. No me gustaría tener que matarte -dijo Tyrfingr, tomando asiento en la mesa. -Y, por cierto, me debes un cuchillo. Pasé semanas conseguir uno equilibrado correctamente.

-Lo siento -dijo Loken, mirando el trabajo Nohai en la cara arruinada de Qruze.

-Ach, es sólo una hoja -dijo Tyrfingr. -Y fue Tylos aquí quien lo rompió con ese embrujo.

-¿Yo? -dijo Rubio. –Detuve a Loken de asesinarle.

-¿No podrías haber arrancado la hoja de su mano? -preguntó Tubal Cayne, examinando los fragmentos rotos de la hoja. -Una vez vi a un psíquico de la Decimoquinta Legión arrancar las cuchillas de las manos de un espadachín eldar, así que sé que se puede hacer. ¿O era el Librarius de Ultramar menos hábil que el de Próspero?

Rubio ignoró la pulla de Cayne y se dirigió de nuevo a su compartimiento privado. Loken se puso de pie y cruzó la cubierta hacia Qruze. Varren y Tyrfingr trasladaron a interceptarlo, pero él negó con la cabeza.

-Sólo quiero hablar -dijo.

Varren asintió y dio un paso a un lado, pero mantuvo su postura tensa.

Loken miró a Qruze, cuyos ojos estaban oscurecidos por carne hinchada. La sangre coagulada enmarañaba su barba y moretones púrpura florecieron en todo el rostro de El Que Se Oye a Medias. Impresiones de los guanteletes de Loken fueron impresos en su piel. Nohai estaba limpiando la sangre, pero eso no hacía que el daño que Loken infringió fuese menos severo. Qruze levantó la cabeza al oír el sonido de su aproximación, aparentemente sin miedo a nuevos actos de violencia.

-¿Por cuánto tiempo sabías que estaba aquí? -dijo Loken, la calma de su voz en marcado contraste con la pérdida de color de su piel.

Qruze enjugó la mejilla donde la piel se había dividido y escupió una bola de flema con sangre. Al principio, Loken pensó que no iba a responder, pero cuando llegaron las palabras, vinieron sin rencor.

-Casi dos años.

-Dos años -dijo Loken, y sus dedos se curvaron en puños.

-Vamos -dijo Qruze suavemente. -Sácalo de tu sistema, muchacho. Golpéame un poco más si ayuda.

-Cállate, Iacton -dijo Nohai. -Y, Loken, un paso atrás o voy a reconsiderar seriamente mi juramento de apotecario.

-La dejaste pudrirse allí durante dos años, Iacton -dijo Loken. -Después de que arriesgaste todo para salvarla a ella ya los demás. ¿Y Euphrati y Kyril? ¿Dónde están? ¿Están aquí también?

-No sé dónde están -dijo Qruze.

-¿Por qué debería creerte?

-Porque es la verdad, lo juro -dijo Qruze, haciendo una mueca cuando Nohai insertó otra aguja en el cráneo. -Nathaniel podría tener una idea de dónde están, pero yo no.

Loken se paseaba por la cubierta, enojado y confundido y herido.

-¿Por qué no me lo dijiste? -preguntó, cuando la forma descomunal de un guerrero dorado blindado apareció silueteado en la rampa de acceso.

-Porque yo se lo pedí -dijo Rogal Dorn.

Un espacio fue despejado para el Primarca de los Puños Imperiales, aunque se negó a sentarse. Las sillas se enderezaron y los escombros de la violencia desatada recientemente eliminados. Loken se sentó lo más lejos que pudo de Iacton Qruze, pues el terrible peso de la vergüenza colgaba de su cuello. La furia que le había llevado a asaltar a El Que Se Oye a Medias se disipó por completo, aunque la mentira entre ellos todavía envenenaba su vientre.

Rogal Dorn se paseó por la longitud de la mesa, con los brazos cruzados sobre el pecho. Su cara de granito duro era severa y pesada por el deber, como si las malas noticias todavía le envolviesen. El brillo dorado de su armadura se desvaneció, pero aquí en esta fortaleza oculta, nada de la belleza podría brillar.

-Fuiste duro con Iacton -dijo Dorn, y los tonos cuadrados de su voz recordaron a Loken cuan asombrosamente suave una vez fue. Suave, pero con el acero en sus huesos. Ese acero seguía allí, pero despojada de toda suavidad.

-No más de lo que merecía -respondió Loken. Estaba siendo grosero, pero incluso los hígados mejorados genéticamente necesitaban tiempo para purgar la bilis oscura.

-Sabes que no es verdad -dijo Dorn, mientras Ares Voitek colocó un cartucho de combustible agotado en el centro de la mesa. -Iacton estaba obedeciendo una orden del Lord Protector de Terra. Podrías hacer lo mismo.

La última frase era tanto problemas como la declaración del hecho, y Loken asintió lentamente.

Los meses siguientes al regreso de Loken desde Isstvan le habían mostrado las profundidades del desagrado de Rogal Dorn cuando fue reducido a los huesos para detectar signos de traición. Que Malcador y Garro le considerases leal era quizá lo único que lo había salvado de la espada de un verdugo.

-Recuerdo cuando te conocí a bordo del Espíritu Vengativo, Garviel Loken -dijo Dorn. -Tú y Tarik casi llegaron a las manos con Efried y... mi primer capitán.

Loken asintió, reacio a dejarse arrastrar a la reminiscencia, incluso con un ser tan piadoso como el primarca. Oyó la pausa donde esperaba escuchar el nombre de Segismundo, y se preguntó por qué, si significaba algo.

Ares Voitek llenó el silencio distribuyendo tazas de estaño alrededor de la mesa mediante sus servo-brazos y vertió una medida de líquido transparente en cada una de ellas.

-¿Qué es esto que me estás dando, Ares? -dijo Dorn cuando Voitek le entregó la primera copa llena.

-Se llama Dzira, mi señor -explicó Voitek. -Es lo que los clanes de Medusa beben cuando hay puentes entre hermanos que necesitan ser reparados.

-¿Y acabas de tener un poco de a bordo?

Loken miró el líquido claro en la taza, oliendo todo tipo de mezclas extrañas en su estructura química.

-No exactamente -dijo Voitek. -Pero no hay suficiente cantidad de líquidos a base de alcohol a bordo del Tarnhelm para alguien con un conocimiento práctico de los procesos alquímicos para fabricar un sustituto viable. Normalmente, un jefe del clan pasaría un cuenco apiyala alrededor de sus hijos en guerra, pero creo que podemos romper el protocolo sólo por esta vez.

-Sólo por esta vez -acordó Dorn y tomó un trago.

Que la ceja del primarca se levantara una fracción debería haberle dicho a Loken qué esperar. Él siguió el ejemplo de Lord Dorn y se tragó una pizca del espirituoso de Voitek. Su calor era químico y crudo, como refrigerante drenado desde el núcleo de un reactor de plasma. El cuerpo de Loken podía procesar casi cualquier toxina y expulsar el producto de desecho como inofensivo, pero dudaba que el Emperador tuviera la Dzira en cuenta a la hora de concebir la fisiología de las Legiones Astartes.

Los otros alrededor de la mesa, Qruze incluido, bebieron de sus copas. Todo salvo Bror Tyrfingr y Altan Nohai reaccionaron como si Voitek intentase envenenarlos, pero mantuvieron sus reacciones en toses y balbuceos.

La mirada de Dorn barrió a los guerreros en la mesa, y dijo: -Sé poco de las costumbres de Medusa, pero si el consumo de este Dzira ha servido bien a sus clanes, dejemos que su propósito se haga eco aquí.

Dorn se inclinó sobre la mesa, presionando ambas palmas a su superficie.

-Su misión es demasiado importante para fracasar por divisiones internas. Cada uno de ustedes está aquí porque tiene fortalezas y virtudes que han heredado de sus legiones paternas. Malcador confía en vosotros, aunque todavía algunos de ustedes tienen que ganarse la mía. Sostengo hechos, no la fe, augurios sacados de tripas o los susurros de los pronosticadores como la suma del carácter de un guerrero. Dejen que esta misión sea lo que gane el favor de mi confianza. Encuentren lo que necesita el Rey Lobo y habréis ganado del Sigilita una medida de esa confianza también.

-¿Por qué usted y Qruze estaban aquí, mi señor? -preguntó Macer Varren sin vergüenza.

Loken vio una mirada cómplice entre Rogal Dorn y Iacton Qruze. El Que Se Oye a Medias bajó la mirada, y Rogal Dorn dejó escapar un profundo suspiro que hizo a Varren desear no haber preguntado.

-Para matar a un hombre que una vez tuve en alta estima -dijo Dorn, siempre dispuestos a no eludir la verdad. -Un buen hombre enviado a su muerte por Horus para sorber nuestra determinación y disolver el mortero que sostiene el Imperio.

Loken se tragó otro trago de Dzira, y la vergüenza que le mantuvo clavado en su asiento retrocedió lo suficiente como para que preguntase, -Mi señor, ¿Sabe usted dónde están Euphrati Keeler y Kyril Sindermann?

Dorn negó con la cabeza. -No, Loken, no, salvo que no se encuentran en la Tierra. Soy tan ignorante de su paradero como Iacton, pero si tuviera que adivinar, y soy reacio a adivinar, diría que están en algún lugar de Rodinia en estos momentos. Se mueven de una placa a otra, ocultos por sus seguidores y con la ayuda de tontos ilusos. Hubo informes de que ella había sido vista en la Antilla, luego Vaalbara e incluso en todo Lemurya. He oído informes de sus sermones en todo el anillo orbital, pero sospecho que una gran cantidad de ellos son falsos cebos para que los cazadores salgan a escena.

-Sin duda una mujer no vale la pena ese esfuerzo -dijo Cayne.

-La señorita Keeler es algo más que una mujer -dijo Dorn. -Esta tontería santa que ha surgido a su alrededor es más peligrosa de lo que sabes. Sus palabras llenan corazones maleables con falsa fe y expectativas de intervención milagrosa. Ella infunde al Emperador con poderes divinos. Y si Él es un dios, ¿Qué necesidad tiene él de su pueblo para defenderlo? No, el Lectio Divinitatus es justo el tipo de locura inventada que el Emperador trató de ver terminado con la Unificación.

-Tal vez sus palabras dan esperanza a la gente -dijo Loken.

-Esperanza en la mentira -respondió Dorn, cruzándose de brazos y alejándose de la mesa. Su breve tiempo con ellos había terminado. El primarca se dirigió a la rampa de acceso, pero se volvió y dijo una última cosa antes de partir hacia Terra.

-Solo poseo la claridad empírica de la Verdad Imperial.

Loken conocía esas palabras también.

Él las había dicho una vez en el jardín de agua en Sesenta y Tres-Diecinueve y muchas veces desde entonces en los calabozos de Terra. Podría ser una coincidencia que Rogal Dorn las repitiera aquí. La memoria de ellos fue un recordatorio de confraternidad dividida, juramentos rotos y hermanos asesinados a sangre fría.

-Como yo -dijo Loken, pero Rogal Dorn ya no estaba.

NUEVE
Recuerde la luna
Buena caza
Provocadora

Una gran cúpula de cristal artesonado llenaba el arco frontal de alto abovedado strategium del Espíritu Vengativo, a través del cual se podía ver la negrura de la esfera planetaria de Molech. Los pocos puntos visibles de luz eran frágiles reflexiones sobre los cascos blindados de naves de toda descripción y desplazamiento. Una armada de conquista asistía al Espíritu Vengativo, rodeando a la nave insignia de Lupercal como manadas de cazadores merodeando a medida que la soga se estrecha en Molech.

Globos de lúmenes empotrados bañaban la cámara abovedada con un luz que no había conocido desde antes de la guerra contra la Tecnocracia Auretiana. Una gran tarima de ouslita se fijó en el corazón de la strategium, de un metro de altura y diez de diámetro. Una vez fue parte de la Corte de Lupercal, una mesa de reuniones, un podio de dirección y, en tiempos no muy pretéritos, un altar de sacrificio.

Para Aximand, sentía como si esa fase el pasado de la Legión fuera simplemente la primera de su transformación en curso; otro cambio que había abrazado con tanta seguridad como abrazó su propio aspecto otoñal. La última sangre derramada en su superficie había sido la de un supuesto aliado, un intrigante y manipulador cuyas ambiciones finalmente sobrepasaron su alcance.

Erebus la serpiente, el auto-engrandecido, autoproclamado profeta de la rebelión. Maullando y despojado de la carne y el poder, el principal conspirador huyó del Espíritu Vengativo a destinos desconocidos.

Aximand no estaba triste de ver su marcha.

Los trofeos ensangrentados y escaparatismo sangriento que habían presidido sus enseñanzas también se habían ido, lanzados al vacío con el ataque sorpresivo de la nave de ataque de un asesino. Adeptos del Mechanicum con ropajes oscuros y Thallaxii envueltos en sombras había restaurado la strategium a su antigua gloria. Donde las águilas imperiales una vez miraron hacia los guerreros reunidos, ahora el Ojo de Horus observaba sus actuaciones.

El mensaje era claro.

El Espíritu Vengativo era la nave del Señor de la Guerra de nuevo, y él su comandante. Este era un nuevo comienzo, una nueva cruzada que coincidía con la que los había llevado hasta el borde del espacio en un camino ensangrentado de mundos sometidos. Lupercal había conquistado los mundos una vez, y él los conquistaría de nuevo cuando forjase un Novus Imperium de las cenizas del viejo.

El Mournival permanecía con su maestro en la tarima de ouslita, las lentes hábilmente forjadas en sus superficies superiores salientes dibujando la topografía tridimensional del espacio cercano del sistema de Molech. Maloghurst tocó la superficie de una placa de datos e iconos actualizados cobraron vida. Más naves, más monitores de defensa, más campos de minas, trampas de vacío, más trampas de neutrones, más plataformas de defensa orbitales.

-Es un desastre -dijo Aximand.

-Un montón de naves -acordó Abaddon con fruición.

-Ya estás pensando en cómo acercarte lo suficiente para asaltarlas, ¿verdad? -dijo Aximand.

-Ya sé cómo -dijo el primer capitán. -Primero nos…

Horus levantó una mano enguantada para evitar oír la estratagema del primer capitán.

-Descansa, Ezekyle -dijo Horus. -Tú y Aximand sois veteranos en esto, y el trabajo de asalto apenas pone a prueba vuestras espadas. Probemos el temperamento de la sangre nueva que habéis añadido a la mezcla.

Noctua y Kibre se enderezaron cuando Horus gesticuló hacia el orbe con guirnaldas de Molech en el centro de la pantalla iluminada.

-No sois ajenos a un choque de espadas y bólters, pero mostradme cómo romper el cinturón de Molech.

Como era de esperar por Aximand, Kibre fue quien habló primero.

Él se apoyó en la proyección y pasó una mano para abarcar las plataformas de orbitales con sus bastidores de torpedos y macro-cañones.

-Una punta de lanza a través de su flota hacia el corazón de las armas -dijo Kibre. -Un asalto abrumador en el centro, fuerte y rápido, con oleadas flanqueando para empujar sus naves a la hoja de nuestra lanza.

Aximand se alegró de ver a Grael Noctua sacudir la cabeza.

-¿No estás de acuerdo? -preguntó Maloghurst, también controlando el gesto.

-En principio, no -dijo Noctua.

Horus se rio. –Una expresión política de decir que sí. No me extraña que te gusta tanto, Mal.

-El plan es sólido -dijo Abaddon. -Es lo que yo haría.

-¿Por qué no me sorprende? -sonrió Aximand.

-Entonces deja que tu pequeño sargento nos diga lo que haría -gruñó Abaddon, su barniz de urbanidad muy fino ahora.

La cara de Noctua era una máscara fría. -Ezekyle, sé que soy nuevo en el Mournival, pero llámame así de nuevo y tendremos un problema.'

Ojos de Abaddon se clavaron en Noctua, pero el primer capitán fue lo suficientemente consciente como para saber que había cruzado una línea. Con el Señor de la Guerra a su lado, Abaddon podía permitirse ser amable y sin pérdida de prestigio.

-Disculpas, hermano -dijo. -Paso demasiado tiempo en compañía de los Justaerin como para recordar mis modales. Así pues, ¿Cómo mejorarías la táctica del Fabricante de Viudas?

Noctua inclinó la cabeza, satisfecho de tener razón, pero lo suficientemente inteligente como para entender que había puesto a prueba los límites de su nueva posición. Aximand se preguntó cuándo el Mournival estuvo tan explosivo que un guerrero necesitaba medir sus palabras con sus hermanos.

La respuesta se presentó fácil.

Puesto que los dos cuyos nombres nunca podrían ser expresados habían trastornado el equilibrio tan natural que ninguno de ellos entendió de su existencia hasta ahora.

Noctua tomó la placa de datos de Maloghurst y examinó su pantalla. Sus ojos se movían entre los contenidos y los hologramas. A Aximand le gustaba su minuciosidad. Coincidía con la suya.

-¿Y bien? -dijo Horus. -Lev Goshen me dice que tienes una voz audaz, Grael. Úsala. Ilumínanos.

-La luna -dijo Noctua con la sonrisa de un lobo salvaje. -Recordaría la luna.

Ilustración de Molech era una nave rápida, la más rápida de la flota, como le gustaba presumir a su capitán. Teniendo en cuenta el más mínimo estímulo, el Capitán Argaun exaltaría las virtudes de su nave; un destructor de clase Cobra con motores

de apenas treinta años tras una revisión y una tripulación altamente capacitada y motivada.

Más importante aún, la Ilustración había probado la sangre, que era más de lo que podría decirse de la mayoría de las naves de guerra de la Flota de Molech.

El Capitán Argaun había luchado contra xenos atracadores y piratas oportunistas que operaron en el cinturón de asteroides en mitad del sistema durante años. Era la combinación perfecta de la agresión y competencia.

Y lo mejor de todo, él tuvo suerte.

-¿Cómo se ven, señor Cairu? -dijo Argaun, que descansaba en el trono de su capitán y tecleó comandos que actualizarían los datos de su pantalla. Detrás de él, jóvenes oficiales arrancaron volutas de órdenes de escritores automáticos y se apresuraron a llevarlas a cabo.

-No hay cambios en cohesión, velocidad o formación, capitán -respondió el teniente Cairu desde su posición supervisando los equipos de combate de Auspex. -Vanguardia fuerte, siete naves al menos. El resto de la flota está siguiendo una línea de fuego ampliando gradualmente con sus transportes y cápsulas de aterrizaje de Titanes atrás. Parece un englobamiento planetario ordinario.

Argaun gruñó y alzó la vista hacia pantalla panorámica, una elipse aplanada de marco de acero alimentada de datos de posición por filas y bancos de servidores implantados.

-Tácticas estándar de la Legión entonces -dijo, casi decepcionado. -Esperaba más de Señor de la Guerra.

La esfera giratoria de la fuerza a batir llenó la bahía de visión, iluminado con iconos de identificación y flujos de datos desplazándose. A algunos capitanes les gustaba ver el espacio abierto, pero a la manera de pensar de Argaun, siempre le había parecido totalmente inútil. Dadas las distancias involucradas en la guerra espacial, el capitán podría ver si tenía suerte puntos de luz parpadeando que se desvanecían casi tan pronto como se hacían visibles.

Magnificó la representación del campo de batalla. Runas informativas habían identificado a la mayoría de las naves de la flota aproximándose.

Guardia de la Muerte e Hijos de Horus.

Ninguna Legión se destacaba por la sutileza. Ambas eran famosas por su ferocidad. Era en esta última característica sobre la cual la estrategia provocadora del Almirante Brython pivotaba.

La Ilustración lideraba una flota de choque de seis naves de ataque rápido, y era su tarea seducir a los traidores en las fauces de las plataformas orbitales.

-Ahí estás -dijo Argaun, escogiendo el signo carmesí que representaba la Espíritu Vengativo y sintiendo un escalofrío de anticipación viajar a lo largo de su columna vertebral aumentada. La Ilustración y sus naves acompañantes estaban mucho más allá del alcance de las armas orbitales. Estaban expuestos, pero Argaun no estaba preocupado. Oyó decir a Tyana Kourion que ver a las Legiones en guerra era presenciar dioses de la batalla, pero que era la típica tontería del Ejército.

En el vacío, la destreza de un guerrero no contaba para nada.

Un impacto de lanza o un torpedo detonado matarían a un legionario tan fácilmente como una descompresión mal controlada, y cualquier capitán lo suficientemente descuidado como para dejar que una nave astarte se acercase lo suficiente para poner en marcha una acción de abordaje se merecía todo lo que obtuviera.

-¿Tiempo para rango de disparo?

-Ocho minutos.

-Ocho minutos, sí -dijo Argaun, abriendo un enlace vox al resto de la fuerza provocadora.

-A todos los capitanes, mis felicitaciones -dijo Argaun. -Comiencen sus secuencias de lanzamiento de torpedos de proa. Extensión completa, y buena caza.

-Torpedos en el vacío -dijo Maloghurst, viendo salvas holográficas arrastrándose por la pantalla del zócalo.

-¿Tiempo de impacto? -preguntó Horus.

-¿Necesita realmente que se lo diga, señor?

-No, pero lo hace de todos modos -dijo Horus. -Están jugando su papel, así que vamos a permitir que piensen que estamos jugando al nuestro.

Maloghurst asintió y calculó el tiempo de viaje de los torpedos enemigos. Noventa y siete minutos.

-En realidad es noventa y cinco -dijo Horus, juntando los dedos y observando el inexorable desarrollo de la batalla ante él.

-Noventa y cinco, sí -dijo Maloghurst cuando los cogitadores de batalla confirmaron el cálculo del Señor de la Guerra. -Perdóneme, señor, ha pasado un tiempo desde que trabajé en el puente. Es una tarea para la que no tengo ningún entusiasmo.

Horus despidió con un gesto la disculpa de Maloghurst y asintió con la cabeza.

-Sí, siempre he odiado la guerra en el vacío sobre otras formas de batalla.

-Y sin embargo, como en todas las formas de guerra, sobresale en ella.

-Un comandante no debe retirarse de la marea y el flujo de combate -dijo Horus, como si Maloghurst no hubiera hablado. -Yo soy un ser entretejido para la guerra en una escala visceral, donde la fuerza y la masa y el valor son la moneda de la muerte.

-Casi lo echo de menos a veces -respondió Maloghurst. -La simplicidad de un campo de batalla abierto, un bólter cargado en la mano y un enemigo frente de mí a matar.

-Hace mucho tiempo desde que algo fue tan sencillo, Mal.

-Si alguna vez lo fue.

-Hay verdad en eso -estuvo de acuerdo Horus. -Hay verdad en eso de hecho.

Otra verdad de la guerra en el vacío era que hasta que las naves de guerra se reunieran en un congreso asesino, había muy poco que hacer salvo esperar. Las velocidades de cierre de las vanguardias opuestas eran enormes, pero también lo eran las distancias entre ellos.

Pero cuando las muertes empezaron, comenzaron rápidamente.

Varias salvas de la artillería surgieron de ambas flotas de vanguardia, cada torpedo de cincuenta metros de largo y poco más que un enorme cohete tapado con una cabeza extraordinariamente letal. Mientras decenas de torpedos eran disparados

desde sus tubos de lanzamiento, andanadas de obuses penetrantes fueron vomitados de baterías de proa.

Cada salva quedó en silencio en el vacío, pero emitiendo ecos brutales reverberando a través de cada cubierta de armas mientras como toques de tambor de capataces de esclavos titánicos, ensordeciendo a aquellos todavía insensibles al clamor interminable.

Senderos de plasma de luz trémula se cruzaron entre las flotas, y luego se separaron mientras buscaban objetivos.

La primera sangre fue para la Ilustración. Un torpedo en espiral, lanzado desde sus tubos de lanzamiento de estribor del Maestro Artillero Vordheen y sus setenta tripulantes, se estrelló contra el blindaje de la fragata Raksha de los Hijos de Horus.

El impacto provocó que el motor secundario dentro del torpedo lanzase la carga útil principal más profundamente en las entrañas de su objetivo. Como un asesino cuya hoja encuentra una grieta en la armadura de su oponente, el torpedo destrozó decenas de mamparos antes de que su ojiva principal explotara en el centro de la nave.

La quilla de Raksha se partió en dos y más de una cuarta parte de sus setecientos miembros de la tripulación fueron inmolados en una tormenta de fuego atómico. Hojas de blindaje se rasgaron como ondulante tela de vela en una tormenta. El oxígeno a presión ardió con breve intensidad mientras compartimento tras compartimento fue abierto al vacío. Los restos de la fragata continuaron avanzando en un cono expansivo de hierro, como perdigones de escopeta de un granadero.

El destructor Imperial, Resolución Implacable, recibió los próximos hits, un torpedo en su cuarto trasero y una lanza que deshizo su torre de mando. La nave rompió la formación en un viraje de guiñada, arrojando por la cola una estela de escombros y humos plásmicos ventilados. Sin el capitán o la cubierta de mando para corregir su rumbo, la nave cayó de la vanguardia hasta que los fuegos que rugían por el casco finalmente llegaron a los pañoles ventrales y la descerrajaron en una bola de fuego hirviente.

Otras tres naves quedaron paralizadas en rápida sucesión; Derecho Devine, Amanecer de Cthonia, y Segador de Barbarus. Un par de impactos “puño a dedo” penetraron el blindaje de proa de la nave Imperial y un chorro de plasma

supercaliente rugió por todo su eje longitudinal. Destruido por los incendios abrasadores, Derecho Devine explotó momentos después cuando sus pañoles de munición detonaron. El destructor de la Guardia de la Muerte se redujo a un armatoste radiactivo y emisiones críticas de reactores que iluminaron el auspex de amenaza Imperial como una baliza de fuego. La fragata de los Hijos de Horus simplemente desapareció, muerto en el agua cuando su potencia y soporte vital fallaron en el primer instante del impacto.

Ambas vanguardias atacaron salvajemente, pero las naves traidoras habían recibido la peor del envite. Cuatro naves permanecían operativos en la vanguardia del Señor de la Guerra, aunque todos habían sufrido golpes en los primeros disparos del combate.

Sus capitanes estaban hambrientos de sangre, y dispararon los motores de su nave, deseosos de aplastar al enemigo a corta distancia. Detrás de ellos, las flotas de la Guardia de la Muerte y los Hijos de Horus siguieron su ejemplo.

La batalla continuaría y los muertos serían vengados.

Las naves imperiales aprenderían lo que significaba enfrentarse al Señor de la Guerra.

Pero la Flota de Molech no tenía intención de una lucha cuerpo a cuerpo con una flota muy superior. Tan pronto como las ojivas golpearon la vanguardia traidora el capitán Argaun emitió órdenes para retirar la flota provocadora. Sus naves restantes corrieron de nuevo a Molech y la cobertura de sus plataformas de armas orbitales.

Y, tal como había planeado el Lord Almirante Semper, la flota herida del Señor de la Guerra se lanzó en su persecución.

-Recuerde la luna, dice -gruñó Abaddon. -Como si cualquier Cthoniano tomara parte en esa lucha.

Incapaz de hacer cualquier sonido dentro del vacío congelado de la nave tumba, la voz del primer capitán sonó en el casco de Kalus Ekaddon por el vox.

Él no respondió. Protocolos de silencio estrictos estaban en vigor pero ¿Desde cuándo algo tan trivial como una orden directa del Señor de la Guerra preocupaba a Ezekyle Abaddon?

-Recordar la luna -repitió Abaddon. -Durante doscientos años, hemos tratado de olvidar la luna.

En el puente de mando del Guardián de Aquino, el Lord Almirante Brython Semper observó el combate que se desarrollaba en el hololito central con un sentido medido de satisfacción. Se paseaba con las manos atadas a la espalda. Una cohorte de nueve Thallax lo seguía entre silbidos, piernas accionadas por pistón y el zumbido de sus armas de rayos erizando los pelos en la parte posterior de su cuello.

Al menos, se dijo que era por su extraño armamento.

A Semper no le gustaba la pura cibernética de plano, como siempre lo ponía nervioso que él supiera que un remiendo de ser vivo yacía dentro de esa armadura-sarcófago.

Aun así, al menos no hablaban a menos que hablara con ellos a diferencia de Proximo Tarchon, del complemento de Ultramarines asignado, ofreciendo consejos tácticos no solicitados como si no fuera él quien había pasado la mayor parte de su vida a bordo de una nave de guerra.

Tarchon sólo era un centurión, por el amor de Trono, pero aun así actuaba como si el Guardián de Aquino fuera su propia nave de guerra legionaria.

Para el Mechanicum y la flota, la nave insignia de Semper era un gran crucero clase Avenger, que capturaba algo de la majestad de la nave, pero nada de su salvajismo. Parte de la tripulación del Guardián desde su botado en Cypra Mundi, Brython Semper sabía cuán feroz era esta máquina de guerra.

Su modo de ataque no era sutil. No debía nada a la delicadeza y era tan sangriento como dos ratas hambrientas encerradas en una caja. Guardián de Aquino era un cañonero, una nave de martillo que esperaba a que la línea enemiga se ampliara antes entrar en la brecha y desatar andanadas infernales de múltiples cubiertas de cañones.

-Buena caza de hecho, Argaun -silbó Semper, mientras las naves heridos de la flota provocadora renquearon de vuelta a rango de las plataformas de armas orbitales. -¡Les has dado a esos bastardos traidores una hemorragia nasal y algo más. Por Marte y todas sus hojas rojas, lo hiciste!

Eso era exagerar el daño causado por la flota provocadora, pero su lujosa estimación encendería la sangre de su tripulación. Los Thallax se enderezaron ante la mención del Planeta Rojo. Si era por orgullo o algún reflejo condicionado, no pudo aseverarlo.

Tan impresionante como el ataque de Argaun había sido, era sólo el preludio de la lucha real. Semper echó su mirada crítica sobre la disposición de su flota, y estaba contento.

Cuarenta y dos naves imperiales estaban repartidas entre tres formaciones de ataque; un fuerte centro de fragatas y destructores, con cruceros de ataque rápido en los flancos. Dos de clase Gótica navegaban a los flancos de la nave insignia, la Amonestación en el Fuego y la Gloria Solar. Ambos habían luchado en la recuperación del sistema de nacimiento de la humanidad y, como el Guardián de Aquino, que eran rompedores, armados con lanzas del costado que estaban seguros causarían estragos temibles entre las naves traidoras.

Velado en el grupo de batalla de la izquierda estaba el puño de hierro de Semper.

Adranus era un Dominator, y su cañón nova iba a crear la brecha que Semper y los góticos abrirían de par en par.

Las flotas combinadas de los Hijos de Horus y la Guardia de la Muerte fueron en persecución iracunda de las naves que les habían hecho daño. Como Argaun había comunicado, las flotas enemigas se estaban moviendo para englobar Molech, pero conservaban una masa central para enfrentarse a las defensas orbitales y la Flota de Molech.

Semper vio una formación de asalto planetario de libro, que cualquier cadete de primer año reconocería de las obras de Ruyter, Duilio o Yi Sun Shin.

-No deben pensar muy bien de nosotros para venir a nosotros con un ataque tan básico -dijo Semper, lo suficientemente alto como para que la tripulación de cubierta lo oyera. –Los muchos temores del capitán Salicar sobre nosotros no se han conjurado.

Sin embargo, a pesar de su bravuconería hacia afuera, Semper no se hacía ilusiones salvo que el enemigo acercándose a Molech era sumamente peligroso. Había estudiado las tácticas del Señor de la Guerra durante la Gran Cruzada. Sus ataques eran brutales, sin piedad y el enemigo casi nunca vio su próximo movimiento.

Este asalto se sentía casi cómicamente simple y directo.

¿Qué no está viendo él?

Las flotas del Señor de la Guerra estarían en el rango de los orbitales a su espalda en menos de tres minutos. El hololito parpadeaba con soluciones de disparo confirmadas y recibidas de sus maestros artilleros.

Ya había autorizado la discreción del capitán para cada uno de los comandantes de plataforma. Conocían su trabajo, y no necesitaban sus órdenes para castigar a los traidores.

Sin embargo, la duda persistente carcomía sus pensamientos a la vista de una formación tan básico asalto no se iba.

¿Qué me estoy perdiendo?

El .Maestro de Plataforma Panrik tenía un exceso de armas a bordo de la estación orbital Var Sohn; bastidores torpederos, tubos de misiles de corto alcance, cañones de defensa, escudos de iones, conductores de masas y batería tras batería de macro-cañones.

Todos ansiosos de ser liberados.

-Sistemas de armas a plena disposición -informó el oficial de cubierta. -Transferencia de autoridad de mando sobre su marca.

Panrik asintió. Ellos habían logrado plena disposición un poco más lento de lo que le habría gustado. Aún dentro de las tolerancias aceptables, por lo que no tenía sentido montar una escena en este momento.

-Marca -dijo Panrik, insertando el anillo de mando de plata en su dedo índice derecho en la ranura en su trono. Se volvió y sub-vocalmente recitó sus códigos de autoridad.

Las pinzas se bloquearon en su lugar en el cuello, y un conector giratorio zumbando se fijó en la conexión mental perforada a través de su columna vertebral.

La información lo inundó.

Cada topógrafo y auspex en la gran plataforma en forma de media luna eran ahora sus sentidos. Su visión orgánica se desvaneció, reemplazada por una suite sensorial de vectores de aproximación, velocidades de cierre, ángulos de desviación y soluciones dirigidas.

En un sentido muy real, Panrik se convirtió en la Plataforma Orbital Var Sohn.

Una fuerte sensación de poder se apoderó de él. Las conexiones ardían y el aumento de descarga de datos le provocó una mueca de dolor, pero se desvaneció cuando los estimulantes de la cognición inundaron su tálamo y lóbulo occipital.

Respiraderos implantados en la parte posterior del cráneo de Panrik se abrieron, permitiendo que el calor generado por su cerebro forzado por la actividad se disipara.

-Tengo la autoridad de mando, sí -replicó Panrik, alternando entre el auspex local y los informes de los cogitadores de ataque del Guardián de Aquino. La flota enemiga estaba entrando con fuerza y rapidez, cargando directamente sobre las defensas orbitales y rompiendo antes de sufrir demasiado daño.

Una estrategia audaz, pero arriesgada.

Demasiado arriesgada, pensó Panrik, mirando hacia la línea escalonada de orbitales y la bruma de los campos de minas ensartados entre ellos como brillantes joyas.

Panrik flexionó su cuello y flexionó los dedos.

Los sistemas de armas armados respondieron.

-Venid, vamos -le dijo a las flotas que avanzaban. -Dad lo mejor de vosotros.

00:12

Aximand observó el mármol gris y verde moteado de Molech girar por debajo de él. Cerca, tan cerca. El hielo perfilaba las protecciones cinéticas y las heladas palmeaban el blindaje de sus compañeros guerreros. Durante las últimas dieciséis horas, estuvo observando el cronómetro en la esquina de la visera en cuenta regresiva a cero.

00:09

La inacción no le convenía. A ninguno de ellos, pero al menos había aprendido a lidiar con ella. Ezekyle y Falkus rondaban como perros saboreando la rápida matanza. Para ellos la caza no era paciente. En contraste, Aximand era una cuerda de arco que no perdió nada de su poder manteniéndose tenso. Sin embargo, incluso había encontrado esta larga vigilia congelante un desafío.

00:05

Noctua, sospechaba, podía durar más que todos ellos.

Aximand casi sonrió mientras se preguntaba cuánto tiempo le había tomado a Ezekyle romper el protocolo de silencio de vox. No mucho tiempo. Estaría demasiado lleno de orgullo para resistirse a dejar que su boca huyera de él.

Aximand recordó los cuentos de la caída de la luna.

00:02

Recordó monstruos quiméricos de los cultos Selenar; armas biológicas genéticamente empalmadas, máquinas asesinas de carne y ácido y locura farfullante. Recordó cuentos de masacre. Desenfrenada, salvaje, implacable y aún no atemperada por la disciplina de Lupercal.

Pero el más famoso de todos fue el grito de rendición.

¡Desatad a los lobos!

00:00

-Punta de lanza -dijo Aximand. -Encendedlos.

-¡Contactos! -gritó el oficial de cubierta.

Panrik los había visto no más que una fracción de segundo antes, pero les había hecho caso omiso debido a su posición detrás y por debajo de Var Sohn. Eran débiles, no más que parpadeos.

No podían ser hostiles.

Pero crecían más con cada momento que pasaba.

-¿Mal funcionamiento de las minas? -sugirió el maestro de auspex. -O escombros hiper-acelerados atrapados en la llamarada de un barrido.

Panrik no necesitaba medicamentos potenciadores de la cognición para escuchar la desesperada esperanza en la voz del hombre. Él sabía muy bien lo que eran estos retornos. Lo que no sabía era cómo demonios habían llegado hasta allí.

-¡Naves Tumba! ¡Trono, son naves tumba! -dijo el maestro auspex. -He oído hablar de la táctica, pero pensé que era sólo un mito.

-¿Qué demonios eran las naves tumbas?

-Naves Tumbas -repitió el maestro auspex. –Naves disparadas en el vacío y luego apagadas por completo, vaciados de atmósfera y apuntados su objetivo. No tienen emisiones de energía, por lo que son prácticamente imposibles de detectar hasta que encienden sus reactores. También es casi imposible de rescatar.

-Es evidente que no lo suficientemente imposible -dijo Panrik, cada dardo de su implante ocular cambiando prioridades de fuego prioridades. –Reasignad las baterías Theta hasta Lambda a fuego bajo el escalón orbital. Explosiones atmosféricas únicamente, no quiero que ninguna de nuestras municiones golpee la superficie. Torpedos ventrales recalculen soluciones de disparo y que alguien me consiguen un canal con el Lord Almirante.

Dos naves estaban justo encima de él, una docena más extendida detrás de la red de plataformas orbitales. Habían aparecieron de la nada, los retornos de sus cascos cada vez más fuertes mientras los reactores inactivos aceleraban su reactivación y auspexs de focalización escrutaron su plataforma buscando puntos débiles.

Sintió el estremecimiento de impactos de torpedos a quemarropa en el casco a través del enlace de impulso conectado con los sistemas de superficie de Var Sohn. Hizo una mueca de dolor sináptico. Ojivas penetradoras blindadas, no explosivas.

El sensorio cobró vida con advertencias de brechas en el casco y fallos del sistema cuando las naves recién reveladas les azotaron con disparos aterradoramente precisos.

Los sistemas de defensa del Var Sohn cayeron, uno por uno.

-Quieren abordarnos -dijo con una sacudida enferma de terror.

Esto era la lucha para la que fue criado.

Encorvado detrás de un escudo de choque, moviéndose hacia adelante, ( ) avanzó por la vanguardia a través de carne y hueso y armadura con facilidad. El torpedo embarque humeaba y aullaba en la parte inferior de la plataforma orbital. El hielo derritiéndose fluía de su sobrecalentado casco, y los Hijos de Horus asaltantes se vertieron de su interior.

La fuerza de reacción rápida enviada a interceptarlos estaba muerta. Mortales Exo-blindados. Personal altamente capacitado y bien blindado. Ahora no era más que despojos y carne dispersa como despojos rechazados de matadero.

Yade Durso, segundo capitán de la Quinta Compañía, junto con cinco guerreros en servoarmaduras muy reforzadas y escudos formaron una cuña con él en su vértice. Superposiciones tácticas aparecieron en la visera; esquemas, objetivos, cuentas de bajas. Otro temporizador. Éste aún más crucial que el anterior.

Recuerde la luna, dijo Grael Noctua.

Aximand echó atrás la cabeza y aulló.

Y dejó que la barbarie primaria lo llevara.

Un destello de Ignis Fatuus fue el primer aviso. El chisporroteo azul de la teleportación se arqueó entre los puntales principales del centro de mando de la plataforma orbital Var Zerba. Los canales auditivos crepitaron en los segundos antes de que un duro golpe de aire desplazado hiciera añicos cada placa de datos dentro en veinte metros a la redonda del punto de teletransporte.

Ezekyle Abaddon, Kalus Ekaddon y seis Justaerin aparecieron de pie en un anillo hacia afuera, sus servoarmaduras brillantes y negras tras los fantasmas de vapor de la baliza. Un sacerdote con capucha del Mechanicum estaba en el centro del anillo de Exterminadores, algo encorvado con múltiples extremidades, de lentes oculares brillantes y neumática silbando.

Los oficiales subalternos apenas tuvieron tiempo de registrar la presencia de los asesinos descomunales antes de que una tormenta de fuego de combi-bólters frenéticos les acribillaran.

-Matadlos a todos -dijo Abaddon.

Los Justaerin avanzaron, arrojando disparos que parecían indiscriminados, pero que eran de hecho sobrenaturalmente exactos. Las órdenes del Señor de la Guerra habían sido precisas. Las plataformas de defensa debían ser capturadas intactas.

En unos momentos, todo acabó.

Abaddon marchó al trono en el corazón del centro de control. Un desgraciado maullando yacía allí, sucio y llorando. Sus ojos estaban firmemente cerrados. Como si eso lo salvaría. Abaddon le rompió el cuello y tiró el saco de huesos del trono sin molestarse en deshacer las abrazaderas del cuello. La cabeza del Maestro de Plataforma fue arrancada y rebotó sobre la cubierta antes de descansar en un panel de armamentos.

-Tú -ladró Abaddon, agitando al sacerdote Mechanicum. -Sienta tu culo y consigue que esta cosa dispare.

La lucha por la Mausolytica fue sangrienta, pero su resultado tenía, como sabía Grael Noctua, una conclusión inevitable. La lucha por el corazón de Var Crixia era similar. Sus defensores estaban bien entrenados, bien armados y disciplinados.

Pero nunca habían luchado contra transhumanos antes.

Los Ciegos por la Guerra eran eternos, una escuadra nunca omitida del orden de batalla de la 25ª Compañía. Las muertes alteraron en ocasiones su composición, pro una línea de continuidad podría rastrearse a partir de su composición actual hasta su creación.

Noctua luchó a lo largo de la sección axial de estribor, un pasillo de tránsito suavemente curvado que iba desde una punta de la estación de forma de media luna a la otra. Pasadizos espigados se ramificaban desde el axial principal como costillas, y fue a partir de estos corredores desde los que los mortales exo-blindados intentaban mantenerlos a raya.

No funcionaba.

Los astartes de choque entraron duro y rápido, corriendo en cuclillas. Escudos activados, cabezas bajas, bólters configurados en selectivo. Estelas perezosas de cohetes en miniatura discurrieron por el axial principal, matando todo lo que se atrevió a mostrarse. Carros de armas automatizados golpearon a los legionarios que avanzaban, pero quedaron entre corchetes y triturados por el fuego de bólter rápidamente.

Emplazamientos estáticos surgieron de soportes ocultos en el techo y paredes. Dispensadores de granadas lanzaron bombas de fragmentación y bombas perforantes. Sus blindajes soportaron la mayor parte del daño. Los legionarios pisotearon a través de la niebla acre de la sangre en aerosol y humo amarillo.

Noctua avanzó detrás de la pared de escudos, con el bólter guardado a cal y canto en su hombro. Por delante, una barricada de plastiacero y refractores de luz ligeros duros emergió desde un cuello de botella en el pasillo. Formas voluminosas se movieron a través de la bruma.

Explosiones segadoras de fuego automático perforaron los escudos. La ceramita y el acero se astillaron. Otras armas dispararon. Más alto, más fuerte y con un sonido más letal. Un legionario gruñó de dolor cuando un proyectil encontró un hueco entre los escudos y destruyó su rótula.

Reactivos de masa.

El proyectil rebotó desde la médula endurecida y viajó a lo largo de la espinilla del guerrero. Detonó en el tobillo y borró su pie. Arrastrando los restos de una cuerda de tendones destrozados como una forma grotesca de bola penitenciaria y cadena, el guerrero mantuvo su posición con sus compañeros del muro de escudos.

En los bordes superiores de los escudos, Noctua vio indicios de los defensores. Era como mirar a través de un cristal manchado de grasa. Eran grandes, más grande que incluso el más grande mortal con exo-traje, y Noctua estuvo confuso hasta que una luz oportuna a través de los refractores le concedió una fugaz impresión de servoarmadura color azul cobalto y oro. Un Ultima hecho en madreperla.

-¡Legión enemiga! -gritó. – ¡Ultramarines!

Otra andanada de disparos, de duros ecos. Dos de los asaltantes cayeron. Uno con la parte trasera de su casco reventada y un cráter en ruinas. El otro con la cabeza colgando sobre la espalda y el cuello casi separado de la columna vertebral.

El avance se tambaleó, pero no se detuvo. Los siguientes legionarios tras los barridos adelantaron los escudos y trataron de recomponer la línea. Uno de ellos murió antes de que pudiera adelantar el escudo por completo, los hombros y las costillas separadas por un par de proyectiles de bólter. Otro cayó sin cabeza cuando el proyectil penetró perfectamente a través de su bólter.

Noctua tomó su turno, inclinándose para agarrar el escudo antes de que tocara el suelo. Un disparo golpeó el borde del escudo y sintió el borde del proyectil ardiente marcar una línea por la frente donde estaba grabada su huella Mournival.

Sacó su bólter.

-Adelante -dijo. –Si nos detenemos, morimos.

Los disparos sonaron de uno de los pasillos de espina de pescado. Fuego supresivo, cañonazos y andanadas de dardos sub-sónicos.

Nos fijan con las fuerzas legionarias para después abrumarnos con unidades mortales que disparaban desde los flancos y la retaguardia. Claro. Práctico.

Podrían abrirse camino claro. Retirarse, reagruparse. Encontrar una solución. Pero eso llevaría tiempo. Tiempo que la flota no tenía si era atacado salvajemente por los cañones del Var Crixia.

No, la retirada no era una opción.

De repente, no tenía por qué serlo.

Un aullido ululante vino de uno de los corredores de espina de pescado, y un paquete de guerreros oscuros blindados cargó a la refriega. Se movían como acróbatas de carreras, usando las paredes así como la cubierta para impulsarse hacia adelante.

Golpearon la barricada como un proyectil de un cañón demoledor, rompiéndola en astillas con la ferocidad del impacto. Algunos dispararon bólter y cuchillas respondieron, otros simplemente desgarraron a sus enemigos con lo que parecían garras implantadas. La sangre se arqueó en géiseres cataclísmicos y el salvajismo fue más allá de lo que Noctua había visto en su vida. Los refractores se apagaron con gritos y chillidos que habían sido previamente escondidos ahora revelados.

Noctua pensó que sus refuerzos eran otro pelotón de la 25ª Compañía, pero ese no fue el caso. Eran Hijos de Horus, o lo habían sido una vez; su armadura era una mezcla de verde pantano, hollín negro y sangre en copos. Algunos iban sin cascos, sus caras proteicas y con costras de heridas cortadas por sí mismos en su rostro.

El hedor de la carne quemada le asaltó, y aunque los refractores eran historia, Noctua todavía se sentía como si el aire entre ellos estuviera contaminado de alguna manera. Una fuerza inhumana, incluso más allá de la de un transhumano destripó a los Ultramarines. Las extremidades fueron arrancadas de las hombreras, puños con garras atravesaron sus pectorales y corazones densamente musculosos arrancados de sus huecos entre costillas astilladas.

Noctua vio como uno de los guerreros humeantes extraer el casco de una gorguera con la cabeza y la columna vertebral todavía unidas. Giró este como un látigo con cabeza de pico, golpeando a otro de la XIII Legión con el hasta matarle.

El guerrero abrió los brazos y rugió, sus fauces un horno de color rojo infernal. Las cicatrices cubrían su cuello y mejillas, y humo tóxico se desangró a partir de dos viejas heridas en el pecho.

El shock congeló a Noctua en su lugar.

Ger Gerradon, cuyos días de combatir terminaron en Dwell.

Los ojos de Noctua se encontraron con los de Gerradon, y vio la locura detrás de esa mirada; el fuego maligno y un alma que ardía en sus cadenas. El momento duró sólo un instante, y Noctua apartó la mirada con horror por en qué se había convertido Gerradon.

Los Ultramarines estaban muertos, ya no eran una amenaza.

Es hora de hacer frente a los enemigos que quedasen.

-A mí –ordenó Noctua, y los escudos se alzaron de nuevo, sus portadores giraron en el acto mientras los guerreros detrás de ellos empujaban. En una maniobra fluida, toda la formación de los Ciegos por la Guerra se invirtió.

Fuego bólter desolló a los soldados mortales, y se mostró reacio ante la súbita reversión. Con sus aliados de la Legión muertos, los mortales sabían que la pelea había terminado, y huyeron.

Iba en contra de la razón dejarlos ir, pero este plan era de su concepción, y ya iba con retraso. Las armas de Var Crixia debían dispara a los objetivos correctos.

Noctua volvió para ver qué estaban haciendo Ger Gerradon y sus guerreros, reacios a dejarlos fuera de su vista, ni por un segundo.

Estaban de rodillas.

Devorando a los Ultramarines que habían matado.

DIEZ
Quiero esa nave
Señor de la Guerra
Polizón

Horus regresó al puente. Como las naves tumbas enzarzadas en las orbitales, se había retirado a sus aposentos personales y dejó la observación del inminente ataque a Maloghurst.

El strategium era un espacio grande, espacioso y abovedado, pero con el regreso del Señor de la Guerra ataviado con toda la panoplia de batalla, parecía estrecho. Tampoco había regresó solo, Falkus Kibre y veinte de los Justaerin portando escudos de asalto venían con él.

El casco de Kibre colgaba de su cinturón. Su rostro era una imagen en éxtasis. Tal cambio desde el resentimiento que había usado cuando el Señor de la Guerra lo sacó de los elementos de asalto. Ahora iba a la batalla en el seno del Señor de la Guerra, y no existía mayor honor dentro de los Hijos de Horus.

-Entonces, ¿Todavía está empecinado en hacer esto? -preguntó Maloghurst.

-Quiero esa nave, Mal -respondió Horus, sacudiendo los hombros en un estruendo de placas para aflojar los músculos debajo. -Y estoy falto de práctica.

-Le aconsejo de nuevo, señor, que no haga esto.

-¿Miedo de que me lastime, Mal? -preguntó Horus, levantando Destructor de Mundos de su cinturón. El mango de la maza tenía la longitud de un hombre mortal. Letal contra un legionario enemigo, una exageración absurda contra los humanos de línea.

-Es un riesgo innecesario.

Horus golpeó un puño de hierro en el hombro del Fabricante de Viudas, un sonido metálico en pleno auge de metal que hizo eco a través del strategium como truenos.

-Tengo aquí a Falkus para protegerme -dijo Horus, desenganchando el casco de batalla y encajándolo en su cabeza y gorguera. Las lentes se encendieron rojas cuando se activaron sus auto-sentidos.

Maloghurst sintió un estremecimiento de pavor viajar a lo largo de su columna vertebral torcida. Horus era un ángel vengador, un avatar de batalla encarnado y el Señor de la Guerra. Tan terrible y poderoso. Maloghurst se horrorizó al ver que sus relaciones cotidianas con el primarca habían rebajado lo milagroso a lo casi banal.

-Me he sentado en el banquillo durante demasiado tiempo, Mal. Es hora de que todos recuerden que esta lucha es mi lucha. Serán mis hechos los que aseguran que mi nombre resuene a través de los tiempos. No quiero que mis guerreros ganen mi guerra sin mí.

Maloghurst asintió, convencido en el momento que Horus había aseguró su casco. Se dejó caer de rodillas, aunque el movimiento envió una sacudida de dolor punzante a través de sus caderas fusionadas.

-Mi señor -dijo Maloghurst.

-No te arrodilles, tú no -dijo Horus, arrastrando a su palafrenero a la vertical.

-Lo siento -dijo Maloghurst. -Los viejos hábitos.

Horus asintió, como si la gente arrodillándose ante él fuera un hecho cotidiano. Lo cual, por supuesto, lo era.

-Haz que el Espíritu derrame sangre para mí, Mal -dijo Horus, girándose y liderando a los Justaerin a la cubierta de embarque donde su Stormbird esperaba. -No espero estar fuera mucho tiempo.

Es esto. Esto es lo que me perdí.

-Naves Tumba -susurró el Lord Almirante Semper, recordando anotaciones en una cartilla de instrucción de sus días de cadete con mayúsculas en la realidad del hololito. –Sangriento Trono, barcos tumba. Todopoderoso. Están recreando la subyugación de la luna de nuevo. La tres veces maldita y sangrienta luna.

El hololito contó una historia de terror. De un plan por los suelos, de arrogancia y, en última instancia, muerte.

-Si hubiera sido cualquier otra persona que no fuesen los hijos de Horus no lo habría creído –susurró Semper. -¿Quién sino el Señor de la Guerra tendría la audacia de lanzar un cuarto completo de su flota en el vacío con la esperanza de llegar en el momento y lugar correctos?

Excepto, por supuesto, que el Señor de la Guerra no esperaba que las naves tumba llegaran cuando se necesitaba. Lo sabía. Lo conocía con una certeza que heló a Semper hasta los huesos.

-Las plataformas orbitales han caído -dijo su Maestro de auspexs, sin atreverse a creer en la evidencia del hololito. Semper compartió la incredulidad del hombre.

-Es algo peor que caer; las tiene el enemigo -respondió, viendo como las plataformas más potentes, Var Crixia y Var Zerba, destruyendo las orbitales que las fuerzas de asalto enemigas no le habían arrebatado. Var Sohn lanzó, y seguía lanzando, salvas de torpedos en su flota desesperadamente dispersa.

-¿Hemos perdido el día, Lord Almirante?

La respuesta fue totalmente evidente, pero el hombre merecía una respuesta considerada. El Lord Almirante barrió su mirada sobre la ruina catastrófica de lo que había comenzado como una estratagema de hierro.

Él se rio y los Thallax cercanos giraron el torso con un sonido poco familiar. Semper negó con la cabeza. Había olvidado la primera regla de la guerra con respecto al contacto con el enemigo.

Los elementos del flanco derecho de Semper ya no existían. Todas las naves fueron destripadas por el fuego traicionero de las orbitales capturadas. A medida que las naves de guerra se hundieron en la estela de la impactante traición, la Guardia de la Muerte surgió entre ellos como depredadores de emboscada recogiendo a los rezagados del rebaño. Solas y abrumadas, cada nave imperial fue vapuleada brutalmente hasta que no fue más que una ruina humeante.

Los cascos lisiados fueron conducidos a las garras gravitacionales de Molech naves remolcadoras de nariz chata. Escombros cayeron a través de la atmósfera. Penachos de reentrada ardientes los siguieron hacia la superficie.

Semper trazó las trayectorias, esperando contra toda esperanza de que los restos golpeasen la atmósfera demasiado bruscamente y se convirtieran en cenizas antes de llegar a la superficie. O demasiado poco profundo y rebotar, enviados al espacio profundo.

Pero el que había calculado el ángulo de reingreso había sido preciso, y cada misil de restos cayó en Molech con la fuerza cinética de municiones atómicas pesadas.

Los Hijos de Horus pululaban la Adranus, su cañón nova inútil de cerca y sus andanadas incapaces de contener a los grupos de Thunderhawks, Stormbirds rapaces y cápsulas de asalto Dreadclaw estrellándose en sus flancos.

Con sus escoltas paralizados por las orbitales, el Dominator era presa fácil y estaba siendo destruido por los buitres. Una muerte innoble, una muerte sangrienta. El Dominator se escoró hacia abajo con fuerza.

Gritos transmitidos por vox hablaban de miles de legionarios y cosas nacidas de la oscuridad que los rasgaban desde dentro. Pidió apagar el vox, pues los gritos de la tripulación del Adranus eran demasiado terribles para ser asumidos.

Sólo el centro aguantaba.

Amonestación de Fuego maniobró cuando los primeros equipos de asalto golpearon las orbitales. Su capitán ordenó una ráfaga de emergencia de los motores, lo que sin duda salvó la nave. Por ahora. Sus andanadas de lanzas demolieron Var Uncad y la redujeron a una ruina humeante.

Gloria Solar estaba en llamas, pero todavía en la lucha. Con la destrucción de Var Uncad, se había salvado de la fuerza del fuego destinado a paralizarla. Un puñado de cruceros ligeros había resistido los enjambres de torpedos, pero ninguno estaba en condiciones de llevar la lucha a los traidores. Al menos seis estarían muertos en el vacío en cuestión de minutos, y los cuatro restantes apenas podían maniobrar o definir una línea de fuego.

No habría ningún cruce de la T este día.

-Sí, perdimos el día -dijo Lord Almirante Semper. -El resto es silencio.

Cinco Stormbirds volaron del guante de llamas del Espíritu Vengativo en una carrera de asalto. Cuatro aceleraron para tomar posición junto al quinto. Esprintaron de la nave insignia de Señor de la Guerra cuando sus enormes motores se encendieron, maniobrando hacia la forma poderosa de la Guardián de Aquino a medida que pasaba.

Las dos naves insignia se acercaban como campeones en el crisol del combate, buscando el uno al otro en medio de la masacre.

Sería una lucha desigual. El Espíritu Vengativo era viejo y duro, su médula sazonada y su alma ennegrecida, lista para probar la sangre. Parpadeos colimados de luz se transmitieron entre las dos naves, láseres de pulsos de alta energía destinados a desnudar escudos y revestimientos ablativos de hielo.

Cubierta tras cubierta de armas retumbó en el silencio del vacío, lanzando proyectiles monstruosos a través del espacio entre ellos. En términos espaciales, las dos naves de guerra estaban a quemarropa. Dos espadachines demasiado cerca para usar sus hojas principales y reducidos a apuñalarse el uno al otro con dagas.

Se movían en oposición como galeones señoriales, deslizándose a través de las nubes de escombros fundidos y naufragios con impunidad. Huracanes brillantes de luz se transmitían de un lado a otro, explosiones, detonaciones prematuras de municiones interceptadas, crepitante arcos de energía, raspando escudos de vacío. Planchas del casco se doblaron y explotaron mientras ambas naves intercambiaron golpes como pugilistas en mitad del combate.

A su paso, las corrientes de escombros fundidos y senderos de estelas de oxígeno congelado brillaban a la luz de la estrella. Los góticos escoltando al Guardián de Aquino entraron con fuerza a su lado, la Amonestación en Fuego y la Gloria de Solar arrojando miles de toneladas de artefactos explosivos a la Espíritu Vengativo.

La nave del Señor de la Guerra se estremeció bajo los impactos, pero fue construido para soportar el castigo, construido para intimidar a su manera a través de tormentas más severas que esta.

La Resistencia llegó por lo bajo, oblicua. Enmascarado por los incendios de las orbitales y detonaciones pulsantes de reactores. Sus armas de proa agredieron a la Amonestación en Fuego y arrugó su casco como si fuesen un martillo de fuego. Las cubiertas de cañones de la nave afectada estallaron y sus armas tartamudearon en el rostro de asalto de la Resistencia.

Siguió disparando hasta que la embarcación de la Guardia de la Muerte embistió el centro de la nave. Millones de toneladas de hierro y adamantium en movimiento a tal velocidad tenían un impulso. La sección frontal reforzada de la Resistencia atravesó el blindaje debilitado de su objetivo e introdujo su cuerpo gris a través del corazón de la Amonestación en Fuego.

El gótico simplemente dejó de existir, su quilla destrozada y sus compartimentos interiores expuestas por el rastrillado por interminables andanadas. Los restos se separaron, expulsando una espiral de nubes de atmósfera en congelación que florecieron de sus mitades esquiladas.

Gloria Solar, ya en llamas y ahogándose en su propia sangre ya había dejado de disparar y su popa desaparecido a la luz de una estrella recién nacida. Un reactor dañado o sobrecarga deliberada, no importaba. Una esfera de plasma candente floreció desde la nave y envolvió los flancos de la Resistencia.

Casi tan pronto como la explosión de fuego nació comenzó a disminuir. Un hemisferio invertido se excavó en el casco e intensos fuegos de la Resistencia ardieron con furiosa intensidad ante de que el vacío los apagara.

Cualquier otra nave habría quedado irremediablemente paralizada, dejada sangrar y morir por tan graves heridas. Pero aún más que el Espíritu Vengativo, la Resistencia fue construida para soportar el dolor. Mecanismos de control de daños ya habían cerrado las cubiertas rotas y pivotó para rastrillar las cubiertas motoras del Guardián de Aquino.

La nave insignia de Lord Almirante Brython Semper era una luchador valiente, y aunque estaba en llamas de proa a popa, siguió hiriendo a sus atacantes con andanadas asesinos. A través de la de cubiertas de fuego, sus maestros artilleros azotaban a sus tripulaciones asfixiadas para cargar una última andanada, una ojiva final, una andanada de despedida.

Guardián de Aquino estaba condenado, pero el golpe mortal no vendría de fuera, sino desde dentro.

Dos de los Stormbirds fueron borrados antes de que comenzaran su carrera de ataque. Simplemente borrados de la existencia por la tormenta de detonaciones que llenaba el espacio entre las naves de guerra en liza. Otro vio su trayectoria fatalmente alterada por el paso cercano de un torpedo, enviándolo a una zona caliente de ráfagas láser donde explotó inmediatamente.

Los dos últimos se abalanzaron a baja altura sobre la parte superior de la superestructura del Guardián de Aquino. Tejieron patrones de evasión entre las torres de defensa cercanas y líneas de presa. Rapaces a la caza, volaron casi suicidas cerca de la estructura retorcida de la nave insignia de Semper.

La brecha en el casco detrás del puente estaba exactamente donde se esperaba, y ambos Stormbirds encendieron sus alas cuando el empuje vectorial repentino invirtió su curso para que coincidiera su velocidad de avance con la del Guardián de

Aquino. Las rampas de asalto abrieron y corrientes de guerreros fuertemente armados bajaron de sus compartimentos de tropas.

Exterminadores, fuerzas de choque y asaltantes. Todos combatientes duros y equipados para luchar en el tipo de guerra para el que los Marines Espaciales fueron criados. Brutal, cuerpo a cuerpo, irrumpiendo, cuestión de hojas. De destellos cegadores de bólters, hojas punzantes y contacto eviscerador.

El primero en penetrar en el Guardián de Aquino fue el Señor de la Guerra.

Proyectiles bólter bañaron el tránsito de diez metros como lanzas de fuego. El tiroteo fue disciplinado. No esperaría nada menos de los guerreros de la XIII Legión. Horus sintió el aliento caliente de cuasi accidentes, y la fuerza cinética de su paso maltratando las placas de su armadura.

Escudos encorvados ante ellos, raspando la cubierta, las fuerzas de choque de los Hijos de Horus avanzaron a través de la furia de golpes de la defensa. Explosiones y disparos resonaron en las paredes. Toses metálicas de detonaciones de granadas llenaron su espacio con metralla segadora.

A la izquierda de Horus, Falkus Kibre disparó su combi-bólter sobre el borde de su escudo. Un Exterminadores no necesitaban un escudo, pero Falkus no lo había traído para su propia protección.

-A Maloghurst le encanta ser mi niñera –confesó Horus al Fabricante de Viudas en el instante antes de lanzar el asalto. -Recuérdalo.

Nunca contradiciendo una orden si ello le mantenía vivo y seguro, Falkus hizo precisamente eso.

Los defensores se acercaban a ellos desde todos los lados; Ultramarines al frente, una mezcla de las tropas de asalto con blindaje de caparazón, ejército y Skitarii a los flancos. Los Justaerin avanzaron en una cuña saliente, expulsándoles en una formación segmentada de bólters, hojas y escudos.

Fuego de ametralladoras azotó los escudos y los cortadores los atravesaron en líneas de bordes blancos. Incluso una servoarmadura de exterminador era vulnerable. Siendo una fuente inagotable de fuerza blindada, lo único que podía resistir a un guerrero encerrado en una armadura táctica exterminadora era un guerrero idénticamente equipados.

O eso pensó Horus.

Argonaddu cayó, el Héroe de Ullanor atravesado por el pecho por un cortador chisporroteante que dejó un desagradable hedor de carne cauterizada. Sus asesinos lucharon para restablecer su arma, manipulando trinquetes y bombeando energía. Horus levantó sus bólters montados en el guantelete, de proporciones extravagantes a cualquier otro, pero perfectamente adaptados a la escala de su primarca.

Una corriente continua de proyectiles vinculó brevemente el hocico y de destino. Los artilleros explotaron en un confeti de tejidos de carne quemada, desgarrada y explosiones volcánicas de sangre.

Los Skitarii lanzaron un asalto en los flancos de su avance. Los pesados llegaron primero. Equipados con armamento pesado y musculatura excesivamente hinchada sostenían sierras motorizadas y armas de asta con bordes fotónicos.

-¡Atentos izquierda! -gritó Kibre, y los Justaerin en el borde de la formación se detuvieron y prepararon para el impacto. Los Skitarii eran combatientes infernales, elegidos por sus tendencias agresivas, casi psicópatas que podrían ser uncidos por la cibernética. Estos eran, si cabe, más salvajes que cualquiera que Horus hubiese visto.

Guerreros de la tierra, asesinos post-apocalípticas. Con reminiscencias de las tribus tecno-bárbaras Horus vio por última vez como especímenes preservados en estasis de la era pre-Unificación. Adornados con amuletos con colmillos, capas peludas y petos escamados, cargaron igual que hombres poseídos.

Un exterminador era un tanque en forma humanoide, más una máquina de guerra que una servoarmadura. Sólo lo mejore podría adaptarse a su uso y sólo lo mejor de lo mejor luchaba junto al Señor de la Guerra. Una andanada de combi-bólter partió en dos al Skitarii. Una docena cayó, dos docenas más cargaron.

Ellos se estrellaron contra los exterminadores en una ráfaga de hojas rugientes y armas de fuego poco sutiles. Proyectiles de alta carga explotaron contra ceramita sellada y plastiacero, desviados por ángulos deflectivos y rebotando violentamente.

Kibre se metió en medio de ellos, rebanando la cabeza del asesino Skitarii más cercano. Su escudo aporreado al siguiente, desfigurando su rostro a una pulpa fragmentada de carne líquida y hueso. Este era el trabajo que Kibre amaba. Matar con pura fuerza, volar armaduras. Sintiendo la sangre rociar su visera, sintiendo los huesos romperse bajo sus puños.

Horus le dejó a él y clavó su puño cerrado en Hargun, Ultar y Parthaan.

-Mantened la derecha despejada -dijo. –La próxima oleada vendrá de ese lado.

Sus palabras fueron proféticas.

Envuelto en campos de energía iónicos y escudos disruptores de fotones, guerreros azules de los Spartaks Desesperados se lanzaron a los Hijos de Horus. A su pesar, Horus fue golpeado por la admiración ante el coraje de los Spartaks. El Temor Transhumano podría congelar incluso al guerrero más valiente en su lugar, pero llegaron de todos modos.

Ultar giró su cañón rotatorio para desatar su furia en otro lugar y el rebuzno ensordecedor de sus cañones giratorios llenó el pasillo. Hargun hizo resoplar proyectiles de su combi-bólter. Los campos de energía chillaron bajo los impactos demoledores y los disruptores fotónicos eran inútiles contra la detonación de los proyectiles reactivos.

Parthaan rompió la formación y acortó la distancia mucho más rápido que cualquier cosa que su tamaño podría ser capaz. Un muro de escudos sólo se mantendría durante el tiempo que permaneciese sólido, pero el cañón rotatorio y el combi-bólter la deshicieron. Parthaan cargó con la cabeza gacha, como un ariete, golpeando a izquierda y derecha con el puño de gran tamaño. Formas arrugadas fueron arrojadas como estiércol, dobladas de formas que ningún cuerpo estaba preparado para doblarse. Se destrozaron con el impacto, dejando brillantes patrones de aerosol de color rojo en la pared.

Los Spartaks se enfrentaban a una cosa que no podía ser combatida, trataban de matar a aquel que no podía ser asesinado. Una docena cayó bajo el puño de Parthaan, y luego una docena más. Ellos se lanzaron contra él como ansiosos por unirse a sus compañeros en la muerte. El Justaerin vadeó sangre y órganos, pisoteó fango sangriento bajo sus botas blindadas. Disparos y cuchillas desgarraron su blindaje, rasgando la pintura verde océano de sus superficies, pero en vano.

En el flanco opuesto, los guerreros de Kibre estaban teniendo una situación más difícil contra los Skitarii. Centros anuladores del miedo los inmunizaron al terror de los exterminadores. Impulsores de la agresividad implantados los hicieron salvajes. Horus estaba ligeramente sorprendido al ver a dos Justaerin de rodillas, sus

servoarmaduras rasgadas y sus órganos derramados y húmedos tirados en la cubierta.

No había visto eso, no lo incorporó a sus planes.

Tras Ullanor, muchos afirmaron que el título de Señor de la Guerra era simplemente un reconocimiento de grado de Horus dentro de la Gran Cruzada. Un asunto belicoso, que sólo servía para los propósitos de conquista. Algo que retirarían cuando se terminara la lucha.

Para su eterno pesar, Horus sabía la verdad.

Señor de la Guerra no era un título, significaba lo que él era.

El flujo de la batalla era música para él, una virtuosa actuación que podía ser leída y anticipada como el arreglo perfecto de notas. La batalla fue un torbellino caótico azar, impredecible, un embrollo donde la muerte no escogía bando. Horus conocía la guerra, conocía la batalla tan íntimamente como un amante. Horus sabía lo que vendría después con tanta claridad como si lo hubiera vivido antes.

Ahora.

El alboroto de Parthaan terminó cuando un haz hiperdenso de luz centelleante golpeó la parte trasera de su servoarmadura. Por un instante lamió inofensivamente el blindaje enmarañado con sangre. Entonces la servoarmadura del Justaerin se comprimió como si un gigante invisible la aplastase en su puño. Las placas se rompieron mientras un zumbido creciente de poder en auge dividió el aire sobre los gritos de agonía de Parthaan.

Una descarga atronadora y Parthaan murió cuando implosionó a nivel subatómico, y cada partícula de su ser se volvió hacia el interior y fue aplastada por su propia masa. El blindaje superviviente se derrumbó como si el hombre dentro de el simplemente se desvaneciera y Horus olió un rastro de sangre y hueso.

Un golpe cuando los Justaerin se esforzaron por comprender lo que acababa de suceder.

-¡Ultar! -gritó Horus. -Plataforma Rapier. (Beamer) de Conversión.

El cañón rotatorio encendió la cureña. Ultar absorbió sus andanadas y lo redujo a chatarra.

-Ahora vendrán -susurró Horus y extrajo Destructor de Mundos de su hombro. Mantenía el arma en movimiento. Incluso para un ser de su talla, le tomó el tiempo aumentar la velocidad y la potencia con un arma tan pesada.

Un guerrero con una cresta transversal de marfil lideró a los Ultramarines.

Un centurión. Los designadores de su casco lo identificaron como Proximo Tarchon y Horus asimiló su hoja de servicios disponible instantáneamente.

Ambicioso, honorable, práctico.

Gladius, por supuesto. Escudo de combate energizado en el brazo opuesto. Pistola Bólter, esperó.

Tarchon disparó mientras corría. Los treinta Ultramarines a su espalda hicieron lo mismo, manteniendo su cadencia de fuego a medida que se acercaron.

-Impresionante -dijo Horus. –Hacéis un gran honor a mi hermano.

Los dos Justaerin más cercanos a la carga de los Ultramarines cayeron, cuidadosamente decapitados por los guerreros en azul cobalto. Con las suficientes ojivas reactivas en el mismo punto, incluso una servoarmadura de exterminador podría ser penetrada. El fuego de respuesta derribó a media docena de Ultramarines. Sus servoarmaduras se resquebrajaron, su carne detonó.

Horus no dio a la XIII Legión la oportunidad de disparar de nuevo.

Sin que pareciera moverse, de pronto estaba entre ellos. Destructora de Mundos barrió y tres Ultramarines explotaron como si minas de asedio detonasen dentro de sus pechos. Un volumen abundante de la sangre humedece el aire. La maza con puntas giró de nuevo, con una sola mano. Bajó en un arco ascendente. Otros cuatro legionarios murieron. Sus cuerpos se estrellaron contra las paredes con fuerza suficiente para astillar sus huesos, sus contornos perforados en la estructura de acero.

Tarchon se abalanzó sobre él, impulsando la gladius en arco hacia su garganta.

El mango de Destructora de Mundos la desvió. Tarchon le dio una patada en el estómago, disparando su bólter a una mano en su pecho. Las explosiones arrancaron parte del pectoral del Señor de la Guerra y el ojo de color ámbar en su centro se dividió por la mitad.

Horus cogió el bólter entre las garras de su guantelete. Un giro de la muñeca y el arma se quebró justo detrás del cargador. Horus entró en la guardia del Tarchon y se apoderó de su gorguera.

Tarchon le apuñaló con su gladius. Horus sintió la sangre del corte. Levantó a Tarchon de la cubierta como si fuera un niño y golpeó con el puño el pecho del centurión.

El impacto lo llevó de vuelta a través de sus hombres, derribándolos como el maíz antes de la guadaña. Horus siguió su camino, a veces aporreando, a veces destripando. La sangre hervía en sus garras, coagulada en Destructora de Mundos. Goteaba de los ojos de color ámbar agrietados en el pecho.

Embistió a los Ultramarines. Rodeado por todos lados por guerreros transhumanos. Hombres honorables que, hace sólo unos cortos años, le habrían llamado señor. Puede que hayan resistido a su ambición desnuda, resentidos de su nombramiento como Señor de Guerra sobre su propio primarca, pero aún le adoraban y lo respetaban. Y ahora tenía que matarlos. Ellos le apuñalaron y le dispararon, impávidos frente a la fuerza del semidiós en medio de ellos. Sus hojas marcaron surcos en su armadura, los proyectiles detonaron en su blindaje. Fuego y furia rodearon al Señor de la Guerra.

Contra tantos guerreros sublimes, incluso un primarca podría ser derribado. Los primarcas eran funcionalmente inmortales, pero no eran invulnerables. La gente a menudo se olvidaba de la diferencia.

En una pelea como esta, la habilidad era encontrar los momentos de quietud, los espacios entre las espadas y las balas. Una espada-sierra navegó junto a su cabeza. Horus la retiró de su propietario. Proyectiles bólter rebotaron en el blindaje de su muslo. Horus golpeó su puño con garras a través de los corazones y pulmones de un legionario.

Siempre en movimiento, garras y maza matando a cada golpe.

Veintitrés segundos más tarde, el pasillo era un osario. Cientos de muertos y cada gota de sangre escurrida pintando las paredes.

Horus dejó escapar un suspiro catártico.

Sintió el enfoque alguien y se calmó en una reacción violenta.

-Falkus -dijo Horus. -Tráeme la gladius del centurión.



Horus entra en el puente del Guardián de Aquino

La puerta blindada para el puente de mando se abultó hacia el interior. El primer golpe cayó como el puño de un titán. El segundo abolló el metal y rasgó sus esquinas superiores del marco. El Lord Almirante Brython Semper permanecía con su sable de duelo desenvainada y el Boyer doble cañón del capitán mantenido libremente en su muslo.

El cañón superior era un arma de rayos antigua, una volkite según algunos; el inferior uno de plasma de un solo disparo. Era un asesino de los Marines Espaciales pero ¿Podría matar a un primarca?

¿Tendría la oportunidad de averiguarlo?

Tendría suerte de conseguir un solo tiro con la Boyer.

Tal vez un centenar de personas estaban con él; lectores de sensores, asistentes, novatos, escribanos y técnicos de batalla. Ninguno estaba míseramente entrenado en combate. Sólo un escuadrón de hombres de armas con escopetas y los nueve Thallaxii Ferrox tenían alguna esperanza de infligir daño real.

Bancos de humo acre llenaba el puente, y la única luz era de unos lúmenes tartamudeando. El hololito era una ruina, y fluidos hidráulicos eran rociados de tuberías rota. Nada quedaba de la red de mando. El vox crepitaba con gritos.

-Les haremos pagar por esto, almirante -dijo un miembro de la tripulación, Semper no podía ver quién.

Quería decir algo adecuadamente heroico. Un discurso de despedida para inspirar a su tripulación y otorgarle un final digno al Guardián de Aquino. Todo lo que llenó sus pensamientos fueron las últimas palabras que Vito Salicar le dijo.

Somos asesinos, segadores de carne. Nunca debes olvidarlo.

La puerta blindada finalmente se liberó de su montura y cayó en el puente como un monolito profano derrocado por iconoclastas. Una figura destacada fue revelada, un gigante de leyenda.

Aureolado por las llamas de asesinato y chorreando sangre.

Un manto de piel rígida envolvía los hombros del dios de la guerra. Su armadura era del color de la noche y brillaba con el fuego de imperios muriendo.

Semper esperaba una carga, ráfagas de disparos.

El dios arrojó algo a sus pies. Semper miró hacia abajo.

Un gladius Ultramarine, la hoja recubierta en color carmesí intenso. Su mango estaba envuelto en cuero rojo. El pomo hemisférico era de marfil, con incrustaciones del número de compañía cerrado por guirnaldas.

-Eso pertenecía a Proximo Tarchon -dijo el dios. -Centurión de la Novena División, Grupo de Batalla Dos, Ultramarine de las Legiones Astartes.

Semper sabía que tenía que escupir en la cara del traidor o al menos elevar su arma. Su tripulación merecía ser llevada a su última batalla por su capitán. Sin embargo, la idea de levantar un arma contra un ser tan perfectamente formado, tan sublime, parecía aborrecible.

Sabía que se enfrentaba a un traidor: un enemigo, el enemigo, pero Semper se sintió cautivado por su magnificencia.

El Señor de la Guerra dio un paso hacia el puente, y tomó cada onza de fuerza de voluntad de Semper no arrodillarse. -Proximo Tarchon y sus guerreros se enfrentaron a mí sin temor, porque ellos fueron entrenados por mi hermano en Macragge, y tales hombres son especialmente hábiles en el manejo de la muerte. Pero Proximo Tarchon y sus guerreros no podían pararme.

Semper intentó contestar al Señor de la Guerra, pero no pudo sostenerle la mirada y su lengua se sentía plomiza.

-¿Por qué me dices esto? -logró al fin.

-Porque luchó con honor -dijo el Señor de la Guerra. -Y merece saber lo inútil que sería desperdiciar sus vidas en un desafío sin sentido en este momento.

Semper sintió el temor paralizante que había sentido del Señor de la Guerra disminuir al enfrentarse a una declaración tan arrogante. Deseó haber tenido la oportunidad de volver a Cypra Mundi y ver crecer a su hijo a la edad adulta. Deseó que los postigos no erraran la ventana panorámica de manera que pudiera ver las estrellas por última vez.

Ojalá pudiera ser el quien matase a este dios.

Semper levantó su sable de duelo a los labios y la besó en su hoja. Pulsó el broche de activación de la pistola Boyer.

-¡Por el Imperio! -gritó Semper mientras cargó contra el Señor de la Guerra.

Horus permanecía en medio de la carnicería. Ciento once personas muertas en menos de un minuto. Un cadáver yacía a los pies del Señor de la Guerra, dividido en largas secciones por una barra diagonal de garras energizadas.

-¿Quién era él? -preguntó Mortarion, su forma holográfica vacilante en el proyector flotante temporal que el Mechanicum había amañado. Más allá de la imagen del Señor de la Muerte se podían ver impresiones débiles de los Sudarios de Muerte, detrás de su amo como fantasmas. El disco mantenía una distancia constante de tres metros de Horus, más cerca de lo que a Falkus Kibre le hubiera gustado aunque sea por un holograma, pero tenían que hacerse excepciones para los hermanos de primarca.

-Lord Almirante Brython Semper -dijo Horus.

-Un Lord Almirante -dijo el Señor de la Muerte. -Parece que tenías razón. Nuestro padre valora en realidad este mundo.

Horus asintió con aire ausente y se arrodilló junto al cadáver de Brython. -Una muerte sin sentido -dijo Horus.

-Trató de matarle -señaló Falkus Kibre, tomando su posición a la diestra del Señor de la Guerra.

-Él no tenía que hacerlo.

-Por supuesto que sí -dijo Kibre. -Sabe que él tenía que hacerlo. En realidad podría haberse rendido hasta que dijo lo que dijo al final.

Horus se elevó a su máxima altura imponente. -¿Crees que quería que me atacase?

-Por supuesto -dijo Kibre, perplejo de que el Señor de la Guerra siquiera preguntara.

-Dime, entonces… ¿Por qué provoqué al Lord Almirante?

Kibre miró a Lupercal, y vio una inclinación fraccionada en la comisura de los labios. Una prueba, así pues. Aximand le había advertido de que al Señor de la Guerra le gusta jugar a estos pequeños juegos. Kibre tomó un momento para construir a su respuesta. Las respuestas rápidas eran para Aximand o Noctua.

-Porque el nombre del Lord Almirante habría sido vilipendiado por siempre si hubiera rendido su nave -ofreció Kibre. -Habría luchado duro y hecho todo lo que el honor exigía, pero la rendición habría maldecido a su estirpe de aquí al final de los tiempos.

Mortarion sonrió. -¿Qué es esto? ¿Perspicacia del Fabricante de Viudas?

Kibre se encogió de hombros, dejando ir la burla.

-Soy un simple guerrero, mi señor -dijo. -No uno estúpido.

-Por eso me quedé contento cuando Ezekyle propuso tu nombre para el Mournival -dijo Horus. -Las cosas se han vuelto complejas, Falkus, mucho más de lo que yo pensaba. Y mucho más rápido. Es bueno tener un hombre sencillo a mi lado en esos momentos, ¿No te parece, hermano?

-Si tú lo dices -gruñó Mortarion y Kibre sonrió. El gesto era tan desconocido para él, que al principio no sabía lo que estaban haciendo sus músculos faciales.

El Señor de la Guerra le puso una mano en su hombro y lo acompañó hasta el trono de mando del Guardián de Aquino. El hololito había sido devuelto a la vida, pintando un retrato sombrío del futuro de Molech.

-Dime lo que ves mi sencillo guerrero, Falkus -dijo Horus. -Eres del Mournival ahora, por lo que necesito que seas algo más que un soldado de choque. Simple o de otra manera.

Kibre estudió el mundo brillante de Molech. Se tomó su tiempo, y fue un esfuerzo no abogar por un asalto completo en cápsulas inmediatamente. ¿Cuánto tiempo pasó desde que tuvo que emplear otro que no fuese el carácter directo de las tácticas de Choque?

-La batalla por el espacio está ganada -dijo Kibre. -Las plataformas de armas son nuestras, y las naves enemigas están mutiladas o capturadas.

-Háblame de las orbitales -preguntó Horus.

-Están maniobrando para nuevas posiciones, pero no podemos confiar en ellas.

-¿Por qué no?

-Los adeptos de Molech estará recalibrando las baterías de misiles en superficie para destruir las plataformas. Tomaremos algunas antes de que disparen, pero nunca fueron pensadas para resistir el fuego de tierra. Como mucho, pondremos unas salvas de distancia antes de que las plataformas sean inoperables.

-Apenas valió la pena el esfuerzo para capturarlas -dijo Mortarion.

-Unas salvas desde la órbita vale todo un batallón de legionarios -dijo Kibre. -Calth lo enseñó muy bien con la XVII Legión.

-Tiene razón, hermano -dijo Horus, cambiando su enfoque del orbe de Molech a sus zonas planetarias. Cuatro masas continentales, sólo dos de las cuales estaban habitadas o defendidas en cualquier grado. Una muy industrializada, la otra pastoral.

Las fuerzas de los Hijos de Horus y la Guardia de la Muerte dirigirían el principal objetivo de su ataque a este último continente. El centro de operaciones principal de Molech estaba en un valle entre montañas, en una ciudad llamada en honor del propio Horus, Lupercalia.

El Señor de la Guerra clavó una garra en Lupercalia y trazó una ruta a través del continente, sobre las verdes llanuras, ciudades del pasado, a través de los valles de montaña, antes de acabar en una ciudadela en ruinas en una isla azota pro tormentas prácticamente aferrándose a la costa.

-El camino Fulgurita -dijo Horus. -Ese es el camino que tengo que caminar, y esta ciudadela es donde vamos a empezar.

-¿Y el resto de Molech? -dijo Mortarion.

-Da rienda suelta a tu Devorador de Vidas -ordenó Horus. –Que no quede más que páramos.

Loken se movía por el pasillo con Bror Tyrfingr a su izquierda y Ares Voitek a su derecha. Mantuvo la escopeta agarrada firmemente, observando la visión de un acero desconocido mientras se movía sin problemas por la cámara de drenaje. No había utilizado un arma así desde su tiempo en los Exploradores Auxiliares, pero disparar armas de proyectiles a bordo de una nave espacial de piel fina era fuertemente desaconsejable.

Tarnhelm no era una gran nave, por lo que cuando Banu Rassuah informó a Loken que había detectado una bio-señal no autorizada durante sus cálculos finales para la traslación a Mandeville, no pasó mucho tiempo antes de reducir los posibles escondites en los que un polizón podría ocultarse.

Mientras que el resto de los Exploradores aseguró las áreas frontales de la nave, Loken, Tyrfingr y Voitek retrocedieron a los motores.

-¿Una persona de esa fortaleza sombría orbitando Titán? -preguntó Voitek, sus servo-brazos superiores castañeando con el abrir y cerrar de sus puños. ¿Esa chica Oliton que viste?

Loken negó con la cabeza. -No. No es ella.

-¿Entonces un engendro disforme? -ofreció Tyrfingr. -¿Algo expulsado por el Maleficarum del Señor de la Guerra?

El ex Lobo Espacial desechó la escopeta en favor de su espada de combate y guanteletes con cubierta (). Sus garras de medianoche chocaban contra el blindaje de su muslo, rítmicamente en un tatuaje.

Ninguno de ellos respondió a la pregunta de Tyrfingr. Cada uno de ellos sabía demasiado como para despedir a la ligera estas especulaciones. La cámara de motores era el único lugar en la nave en el que cualquiera podía ocultarse, pero hasta ahora no habían encontrado nada.

Los recintos para motores eran de sección elíptica, con un piso elevado y falso techo, flanqueado a ambos lados por dos enormes cilindros que vibraban con energía apenas contenida. Cables en bucle rodeaban las partes estrechadas de las unidades principales y cableados de servidores-cogitadores con los ojos brillantes mascullaban código binario monótonamente.

Una nave central terminaba en un altar de comunión, en el que se situaba la figura inmóvil del adepto mono-tarea del Mechanicum sin nombre supervisando las funciones del motor.

Sentado con las piernas cruzadas delante del altar había un guerrero tatuado con barba y la servoarmadura sin adornos de los Caballeros Errantes. Él estaba ensamblando los componentes de un bólter que extendido sobre la cubierta.

Loken bajó la escopeta cuando el guerrero levantó la vista con una sacudida de cabeza, decepcionado.

-¿Y bien? -dijo Loken, -¿Qué haces?

-Me aburrí de esperar a que me encontrases -respondió Severian.

LIBRO SEGUNDO

HIJOS

ONCE
Gritando
Responsabilidades
Invasión

Molech estaba gritando.

Sangró magma de una veintena de heridas hechas por los restos de naves caídas desde la órbita. Ardía en negro donde las municiones macro perforaron la atmósfera y tallaros cañones ardientes en su corteza. La noche fue desterrada. Los penachos de motores de ojivas entrantes y las explosiones de las interceptadas eclipsaron la luz de las lunas.

He estado aquí antes, pero no lo recuerdo.

Pequeño Horus Aximand observaba los restos de la flota del Lord Almirante Brython caer como meteoros que se dividen continuamente. Dibujaron parábolas

dolorosamente brillantes en el cielo. Vertieron escombros ardientes a lo largo de decenas de miles de kilómetros. El horizonte del sur era una mancha de fuego de incendios lejanos y reentradas desintegradoras. Una nube de humo presionaba contra el paisaje, iluminad por el resplandor apocalíptico de los fuegos de las ciudades.

Extraños relámpagos se arquearon en las nubes, el subproducto inevitable de la gran cantidad de metal perforando la atmósfera. Naves arruinadas caían por todo Molech, sobre todo en la masa industrializada tras el océano. Sus instalaciones de embarque costeras, puertos estelares y las bases del ejército estaban en ruinas, y las saturación de las ojivas nucleares de la Guardia de la Muerte habían hecho gran parte de ella inhabitable durante siglos.

No habría refuerzos procedentes de ese sector.

Los Reavers Catulan aseguraron zona de aterrizaje del Stormbird, un puerto de azotado por la lluvia al abrigo de una torre derrumbada parcialmente. Las olas retumbaron contra el muelle, levantando muros de agua espumosa.

En la vanguardia de la fuerza principal de invasión, el Señor de la Guerra estaba expuesto y vulnerable. Maloghurst y Mournival citaron el intento de asesinato de Dwell como razón suficiente para no descender a esta isla del norte, un trozo de roca volcánica llamada Damesek.

Horus no admitió discusiones.

Él sería el primero en llegar a la superficie de Molech.

Lupercal se situó en la base de la torre, descansando una mano desnuda en la piedra pálida de un contrafuerte. Bajó la cabeza, con los ojos cerrados.

-¿Qué piensas que está haciendo? -preguntó Grael Noctua.

-Lupercal te lo dirá a su debido tiempo -dijo Aximand.

-En otras palabras, no lo sabes -gruñó Kibre.

Aximand no se molestó en contestar al Fabricante de Viudas, pero Abaddon le dio un golpe en la parte posterior de la cabeza por si acaso. El Señor de la Guerra estiró el cuello para ver la parte alta de la torre. Aximand hizo lo mismo y esperaba que esta tormenta podría derribarla en el mar.

Horus sonrió y se reincorporó al Mournival, asintiendo con la cabeza como si en respuesta a una pregunta no expresaba. El brillo de su armadura de batalla había sido restaurado, el ojo de color ámbar sobre su pecho recolocado una vez más. Aunque no hubiera estado bloqueado en Marte, Urtzi Malevolus habría buscado fallos en los trabajos de restauración, pero Aximand no pudo encontrarlos. Sin darse cuenta, su mano levantada a la marca del Mournival dividida en su propia cabeza. La media luna descuartizada.

-Es el mar, entendéis -dijo Horus. -Recuerdo su olor. La sal y el leve toque de azufre. Sé que lo recuerdo, pero es como la memoria de otra persona.

Se dio la vuelta en el lugar, mirando de vuelta a la torre, como si tratando de imaginar lo que podría haber parecido en su apogeo.

-¿Sabes lo que es esto, por supuesto? -dijo Horus.

-¿Una torre en ruinas? -dijo Kibre.

-Oh, es mucho más que eso, Falkus -dijo Horus. –Casi te compadezco porque no puedas sentirlo.

-Es la torre de las cartas de Curze -dijo Aximand.

Horus chasqueó los dedos.

-¡Exactamente! Curze y su tarotismo. Le dije que nada bueno saldría de la trata con arcanos, pero sabes que Konrad...

-No lo sé -dijo Aximand. -Y me siento afortunado.

Horus asintió con la cabeza. -Él es mi hermano, pero no lo elegiría como mi amigo.

-Señor, ¿Por qué estamos aquí? -preguntó Noctua. -No entiendo por qué aterrizamos en esta isla cuando hay un montón de cabezas de playa tácticamente superiores en el continente. Deberíamos haber caído directamente en Lupercalia.

Horus dejó que su mano derivase lentamente en el mango de Destructora de Mundos.

-Tienes una fina apreciación de necesidad táctica, Grael -dijo Horus. -Por eso Pequeño Horus propuso tu nombre, pero tienes mucho que aprender sobre la gente y por qué hacen las cosas.

-No entiendo, señor.

Horus llevó Noctua a la torre. Puso la mano de su nuevo Mournival en la piedra y dijo: -Porque él estuvo aquí. El Emperador. Todo lo que aprendí en Dwell era cierto. Mi padre vino aquí hace mucho tiempo y se fue de esta misma torre.

-¿Cómo puedes decirlos, señor? -preguntó Abaddon, examinando la torre como si fuera a renunciar a sus secretos si la miraba lo suficiente. El cuero cabelludo del primer capitán tenía ahora un afeitado suave y su forma aún contrita.

-Porque puedo sentirlo, Ezekyle -dijo Horus, y Aximand nunca había visto a su amo tan vital, tan vivo. El Señor de la Guerra no había sentido esa conexión con su padre desde Ullanor, y era energizante.

Horus cerró los ojos y dijo: -Un ser como el Emperador no se mueve suavemente a través del mundo. Su paso deja una marca, y dejó una gran impresión cuando dejó Molech.

Inclinando la cabeza hacia atrás, Horus dejó que la lluvia lavara su piel. Cayó en un duro y violento bautismo. Aximand olía el humo de los incendios innumerables, vio la neblina rojiza que era el rojo amanecer de este mundo.

Lupercal se pasó una mano por la cara y se volvió hacia Aximand.

-Aquí es donde el Emperador abandonó Molech -dijo. -Quiero seguir sus pasos y encontrar lo que Él tomó de él.

Despertar a dioses soñando en las catacumbas de su montaña no era fácil. La oscuridad debajo de la tierra era fresca y la promesa de descanso seductora. Décadas de sueño habían hecho a los dioses olvidadizos, pero los cantos de sirena de la guerra era insistente. Los sueños se convirtieron en pesadillas. Las pesadillas se convirtieron en recuerdos. Pies que marchan, cuernos que rebuznan y armas estruendosas.

Habían sido construidos para la guerra, estas máquinas de destrucción, por lo que dormir durante años no era para ellos. En cámaras de rojo coral encendido, el canto

llano de las hordas guerreras de la Legio fue llevado a los templos-cavernas abovedadas de los Dioses-Máquinas.

Debajo de la Montaña Puño de Hierro Montaña, bastión de la Legio Crucius, el reactor de Paragon de Terra despertó mientras las brasas de su furia se avivaron y realizaron conexiones rituales con el ataúd de mando del Princeps Etana Kalonice. Novecientos cuarenta y tres adeptos asistieron a su renacimiento, una por cada año de existencia del Dios-Máquina. Ellos entonaban bendiciones del Omnissiah por su supervivencia y recitaron una letanía de sus victorias. Carthal Ashur llevó las canciones del despertar a la cumbre inviolable de la montaña. Sub vocalización binaria descargada mostró la horrible realidad de la situación táctica de Molech.

En Punto Kalman, bastión de la Legio Gryphonicus, invocatio Opinicus sumó su voz a la de Ashur, sus tonos de basso alzados y llenando el despertar gradual de dioses-máquinas con las ganas de luchar.

Más al norte, en las Profundidades Zanark, donde la Legio Fortidus se encerraba en catacumbas ocultas, el Belicista Ur-Nammu tocó tambores binarios, su llamada gutural a las armas un himno de la pérdida y el salvajismo. La traición en Marte había destruido los hermanos de su Legio, y estos últimos supervivientes tenían la intención de vengarles.

Diez mil sacerdotes Mechanicum alimentaban de energía a las máquinas de guerra Legio. Sus corazones llenos de fuerza, su armadura con propósito y sus armas con el olor del enemigo.

La guerra había llegado a Molech y el mundo no tardaría en cantar son el paso de los dioses-máquinas.

Alivia Sureka abandonó el vehículo de tierra cuando el agua de la inundación destrozó su motor. El bloque del motor emanaba vapor y ella juró en un idioma no nativo a Molech.

De ninguna manera se movería. Parecía que iba a pie desde aquí.

Tendría que volver a los caminos secundarios y evitar las calles principales de Larsa. Personas aterrorizadas huían de la ciudad condenada y no tenía tiempo que perder abriéndose camino a través de las multitudes.

Alivia se apeó del coche. El agua helada le llegaba a las rodillas.

Y el día había comenzado tan bien.

Uno de los principales puertos estelares de Molech y centros de comercio, Larsa se asentaba en el extremo de una península en forma de cuña a unos cientos de kilómetros al norte del ruido blanco de Lupercalia. Gozaba de un clima templado llevado a la bahía desde las selvas de Kush, y se mantenía fresco con los vientos costeros de Hvitha desde el norte.

Con todo, Larsa no era un mal lugar para vivir.

Eso había sido cierto hasta esta mañana, cuando los restos ardientes de una fragata Imperial impactaron a 20 kilómetros de la costa. Ahora las regiones litorales de Larsa estaban bajo el agua, sus salas de comercio abandonadas, sus bulliciosos mercados y comerciantes arrastrados por el mar.

Un lago espumoso de escombros y cadáveres envolvió al puerto, y sólo la mayor elevación de los barrios del puerto interior los había salvado. Escuadrones de control de desastres estaban comprometidos en un esfuerzo de rescate desesperado por salvar a los que aún podría estar vivo ahí abajo.

Alivia no reconozco en ellos encontrar a alguien.

Ella soportó la gran inundación de la antigüedad, y si bien hoy no se podía comparar a ese diluvio, sabía que esto sólo iba a empeorar. Una segunda o tercera ola estaría creciendo hacia la costa, y podría estar en cualquier lugar de minutos a horas de distancia.

Necesitaba volver al habitáculo que compartía con Jeph y sus hijas. Ellos vivían en el borde del distrito Menach en un conventillo de ladera junto a otros dos mil trabajadores portuarios. No es el lugar más exótico en el que jamás había vivido, pero sin duda mejor que muchos que pudieran esperar pagar.

Alivia sabía que debía tomar otro transporte y salir del infierno fuera de Larsa. Debería haberse marchado en el minuto que oyó que el Señor de la Guerra se

avecinaba. El tiempo de Alivia era corta, pero una punzada de culpabilidad anudó sus entrañas cada vez que pensaba en abandonar a Jeph y las niñas.

Ella llevaba una pesado deber, pero ahora había adquirido responsabilidades. Madre. Esposa. Amante. Sólo palabras que pensó, afecciones cosméticas para mejorar su anonimato.

Cuan equivocada había estado.

Alivia capitaneaba una embarcación auxiliar en el puerto, guiando a los buques de carga de Ophir y Novamatia a través de las defensas sumergidas en a aproximación a Larsa. Como todo el mundo, hizo una pausa para ver las luces parpadeantes en el cielo nocturno. Estas florecieron y se desvanecieron como un castillo de fuegos artificiales distante. Su primer oficial dijo que parecía bastante probable que cada destello antes de extinguirse significarían cientos de personas muriendo en batalla.

Abandonando al carguero que había estado guiando por el puerto, Alivia se dirigió inmediatamente a la orilla ante las protestas de su tripulación. No era lógico, pero lo único en que podía pensar era en llegar a casa, con la esperanza de que Jeph hubiese sido inteligente y mantuviera a las niñas en el interior. Él no era el cuchillo más afilado en el bloque, pero tenía un buen corazón.

Tal vez por eso ella lo necesitaba.

Agarró el primer vehículo de tierra que pudo robar y condujo como una loca hacia las colinas. Había llegado a los distritos comerciales de nivel medio cuando la oscuridad se disipó por el ardiente descenso de la nave derribada. Clase Dauntless, pensó. Alivia no se molestó en ver donde golpeó y aceleró aún más, sabiendo lo que venía.

El tsunami se introdujo un kilómetro y medio de Larsa antes de que la retirada arrastrara a la mitad de habitantes de la ciudad a sus muertes. Atrapados en la extensión más larga de la fuerza de la ola, Alivia fue golpeada de costado por la inundación. Los viejos reflejos perfeccionados durante los años le permitieron conducir el coche a través del caos hasta que su motor finalmente murió.

Afortunadamente, estaba a menos de un kilómetro de la vivienda, por lo que no tenía que ir muy lejos. Alivia corrió cuesta arriba, el nivel de agua cayendo conforme subía. Las calles estaban llenas de gente, algunos mirando con horror a la costa ahogada, otros embalando sensiblemente sus pertenencias.

Alivia siguió adelante, llegando finalmente a la casa, un bloque de nivel medio de plascemento desnudo y cristales sucios en el borde del puerto estelar amurallado.

-Chico listo -dijo ella, viendo la persiana calada hasta su residencia en la planta baja. Ella corrió y golpeó con los puños el metal desnudo.

-¡Jeph, abre, soy yo! -gritó. -Date prisa, tenemos que salir de la ciudad.

Alivia golpeó la persiana de nuevo, y este se levantó con un ruido de engranajes girando y haciendo sonar las cadenas. Ella se agachó bajo tan pronto como hubo suficiente espacio y dio un rápido inventario. Miska y la pequeña Vivyen se aferraban apasionadamente de su padre, sus rostros somnolientos enmarcados con la preocupación.

-Liv, ¿Qué está pasando? -preguntó Jeph, haciendo un pobre trabajo manteniendo el miedo en su voz. Lo tomó de la mano y la sostuvo estimulando suavemente su glándula pituitaria para producir una explosión de endorfinas.

-Tenemos que irnos. Ahora -dijo. -Prepara a las chicas.

Jeph la conocía lo suficiente como para saber cuándo no discutir.

-Sí, claro, Liv -dijo, tranquilo y sin saber por qué. -¿A dónde vamos?

-Al sur -dijo Alivia como Jeph comenzó envolver las niñas en abrigos al aire libre pesados antes de ayudar a tirar de ellos en sus botas.

-¿Está el C-5 listo para partir? -preguntó Alivia, inclinándose para recuperar una pistola de metal bruñido de una cavidad que había horadado en el suelo, debajo de su cama. Había una pistola en ella, sí, pero eso no era lo que era lo más preciado para ella allí.

-Sí, Liv, como siempre.

-Bien -dijo ella, metiendo la pistola-caso en el bolso kit.

-¿Por esto siempre dices que tenemos que mantenerlo alimentado? -preguntó Jeph. -¿En caso de problemas?

Ella asintió con la cabeza y sus hombros se hundieron en relieve.

-Sabes, yo siempre me preocupó que era porque querrías salir rápido si alguna vez decidías que estabas harta de nosotros.

Alivia no tenía el corazón para decirle que ambas razones eran ciertas.

Miska empezó a llorar. Alivia luchó contra el impulso de estrecharla contra si. No tenía tiempo para sentimentalismos. Como una de las principales instalaciones portuarias de Moloch, Larsa estaba segura de estar bajo el fuego de las fuerzas legionarias pronto. Ella no podía estar aquí cuando eso sucediera.

-Liv, están diciendo que la mitad de la ciudad está bajo el agua.

-Tal vez toda pronto -dijo, sus ojos barriendo la habitación para asegurarse de que no había nada más de uso que puedan necesitar en el viaje hacia el sur. -Por eso que tenemos que ir ahora mismo. Venga.

-Claro, Liv, seguro -asintió Jeph, abrazando a las niñas. -¿A dónde vamos otra vez?

-Nos dirigimos al sur hasta que llegamos a las autopistas del cinturón agrícola y esperemos que no hayan sido bombardeadas hasta el olvido para cuando lleguemos.

-Entonces, ¿Qué?

-Entonces vamos a la Lupercalia -dijo.

Lejos, al este de Lupercalia, los Caballeros de Casa Donar mantenían la Línea Preceptora, un gran nombre para un muro de acero desmoronándose que marcaba el límite de la civilización. Al oeste ciudades deshabitadas, al este la selva sin control de Kush, y más allá sólo Ophir ().

Inmensas bestias depredadoras acechaban en las húmedas profundidades de la selva, animales que una vez deambularon libremente por la tierra. Siglos de caza les habían impulsado a los márgenes del mundo, a las fisuras ocultas de las montañas, guaridas de la selva o la estepa árida del sur.

Blindados en jade y bronce, la Casa Donar se jactaba de tener siete Caballeros operativos y había mantenido vigilia en la Línea Preceptora durante treinta generaciones. Que regimientos de Belgar Devsirmes y escuadrones blindados de la

Brigada de Hierro Kapikulu también estuvieran estacionados a lo largo de su longitud era, en opinión del Lord Balmorn Donar, apenas digno de mencionar.

Bandadas de azdárchidos, mallahgra hambrientos de carne o grupos gritones de xenosmilus rara vez salían de la selva, pero cuando lo hicieron, la Casa Donar estaba allí para llevarlos de vuelta con espadas-sierra, cañones de batalla y lanzas térmicas.

Lord Donar se agachó bajo el dintel de la pared principal, aunque el arco de hierro oxidado era fácilmente lo suficientemente alto como para dar cabida su Caballero. El Caballero de su hijo pasó tras él, con una pierna manchada de sangre aceitosa donde una matriarca azdárchida le corneó. Como aves no voladoras de gran tamaño con cuellos y picos de cocodrilo elevándose, los azdárchidos eran cómicos en apariencia, pero completamente capaces de herir a un Caballero.

Como Robard Donar entendió a un precio.

Detrás de la pared, en reductos socavados, Shadowswords y Baneblades, Malcadores y Stormhammers cubrían a los dos Caballeros mientras la puerta se cerraba. Miles de soldados se reunían en los campos marciales, de embarcarse en transportes blindados. La invasión de los traidores se había desplazado a la movilización a una velocidad superior, pero la Línea Preceptora había estado en pie de guerra desde que una compañía de Belgar fue encontrada masacrada en la selva.

Morir en la selva era fácil, tenía un centenar de maneras de ver a un hombre muerto, pero algo indescriptiblemente salvaje había matado a esos hombres. Cualquier número de bestias de la selva podría haber atacado a los hombres, pero ¿Qué clase de bestia tomaría las placas identificativas como un trofeo?

Sólo uno de los muchos misterios de la selva Kushite.

-Camina en alto ordenó Balmorn. No dejes que estos posos del Ejército te vean cojeando. Eres un Donar, por el amor de Trono. Actúa como tal.

Balmorn condujo su Caballero hasta una carretera de andamiaje de larga pendiente que conducía a las murallas ensanchadas. Las pocas torretas operativas recorrieron la selva. Sus auspex térmicos buscaron objetivos. Robard siguió a su padre, más lento a medida que compensaba las articulaciones torcidas de su pierna.

-Tonto de ti quedar atrapado de esa manera -dijo Balmorn, mientras su hijo finalmente llegó a las murallas y apoyó la pierna de su Caballero contra un fortín adyacente sin techo.

-¿Cómo podía saber que los azdárchidos iban en estampida? .espetó Robard, cansado de cebos de su padre. -Tuvimos la suerte de conseguir alejarles.

Una manada de sacristanes se escurrió hacia el dañado Caballero, pero Robard les advirtió con una ráfaga de su cuerno de caza.

-La suerte no tiene nada que ver con eso, muchacho -dijo Balmorn, girando la parte superior del cuerpo para tomar una panorámica completa de su posición elevada.

No fue agradable.

El cielo pintaba un panorama sombrío para Moloc. Naranja horno y negro carbón ardía en todas direcciones. El viento traía el hedor de piedra quemada, acero calentado y fycelina. Tormentas electromagnéticas hacían estragos sobre el paisaje fértil y destellos de detonaciones de armas orbitales se multiplicaron en todos los horizontes. A Balmorn no le gustaba pensar cómo tenían que ser de grandes las explosiones para ver a todos correr despavoridos a la línea Preceptora.

Mientras miraba por encima del dosel de la selva, una iluminación creciente bañaba las nubes presionando hacia abajo el dosel de la selva.

-¿Qué es eso? -preguntó Robard. -¿Otro bombardeo?

Lord Donar no respondió, viendo como miles de objetos negros atravesaban las nubes y se arquearon sobre el horizonte oriental.

-Demasiado lentas para ser municiones orbitales -dijo. -Y demasiado coordinados para ser restos.

-Van demasiado rápidos y en ángulo brusco para ser un asalto -dijo Robard. -¿Qué son?

-Son cápsulas de desembarco -dijo Lord Donar.

Tres de los silos de combustible de Ophir fueron incendiados.

Un lago de promethium en llamas envolvió las afueras del sur de la ciudad y se extendió lentamente hacia el norte. Adeptos Mechanicum de la ciudad habían cerrado las estaciones de bombeo con el apagado de emergencia. Ya no salían llamas desde las torres de ventilación y el siempre presente latido del corazón de las plataformas de perforación calló.

Una estación de carbón en el extremo oriental del continente en el lado lejano de la selva Kushite, Ophir yacía a nueve mil kilómetros al este de la Línea Preceptora. Buques de carga de todo el océano se detenían aquí para atiborrarse de los pozos de promethium antes de continuar por la costa norte al centro de distribución comercial de Hvitha o los puertos estelares en Loqash y Larsa.

Nadie lo llamaba Ophir por su nombre de pila. Una vez fue llamada la Ciudad de Oro, pero siglos de gases de escape, descargando promethium y escorrentía aceitosa tiñendo toda estructura con un residuo negro persistente le dieron otro nombre. Los soldados de los lanceros Karnatic la conocían como "la ciudad sin sombras".

El teniente Skander de Séptima Brigada había estado disfrutando de un sueño erótico en su mayor parte cuando las sirenas de alarma se activaron. Al instante despertó, se pudo en pie y agarró del chaleco antibalas del baúl al final de su cama. Podía sentir el pulso de generadores de escudos vacíos bajo él. Las baterías Hydra disparaban, el ruido sordo y rítmico de sus proyectiles inconfundibles incluso a través de plascemento reforzado.

Skander agarró sus botas y las conectó a sus broches de la pierna, enfundó su pistola bólter y comprobó al seguro. Él agarró su cinturón de la espada mientras corría al hangar principal de vehículos. No era de mucha utilidad una espada en un Stormhammer, pero prefería ir desnudo a la batalla que dejar su espada detrás.

Quinientos vehículos blindados Karnatic llenaban de la cámara, una mezcla de variantes de Chimera, tanques de asalto Malcador, Minotauros y superpesados. Cada uno portaba gallardetes llevando la esmeralda y pirámide de lanzas plateadas. Su propio vehículo era un Stormhammer apodado El Segador. Los conductores, artilleros e ingenieros pululaban por sus vehículos. Cargadores y camiones de combustible aceleraron a través del espacio cavernoso.

Explosiones distantes sacudieron la cámara. El polvo cayó desde el techo abovedado. El asalto planetario que cada sarnoso del Ejército tenía previsto tras la catástrofe de la flota para evitarlo que ahora estaba sobre ellos.

Un Visioingeniero enormemente aumentado de ropas manchadas de aceite ejecutaba las acciones de maniobra rápida y metódicamente, dirigiendo múltiples extremidades en el orden de despliegue óptimo. Los tanques rodaron de sus literas, y el bramido gutural de sus motores era música para sus oídos.

El sargento Hondo saludó con la mano desde la cúpula frontal tirándole un caño. Skander había creído durante mucho tiempo que Hondo vivía en el tanque, y esto sólo parecía confirmar esa sospecha.

-Supongo que le dieron una paliza al almirante -dijo Hondo por encima del estruendo de las sirenas.

-¿Y te sorprende por qué? -respondió Skander, arrastrándose a la escala de la tripulación hasta el techo del tanque colosal. -¿Dónde está Vari?

-En posición, teniente –respondió Vari desde la cabina estrecha del conductor. Skander se contorsionó por la torreta de doble cañón del tanque y se dejó caer en la escotilla del comandante. Tras colocarse el casco, lo enchufó al cogitador de ataque.

La información cayó en cascada; tasas de despliegue, niveles de municiones, temperatura del reactor central e integridad del casco.

Todo en el verde.

El Visioingeniero les dio paso libre, pero antes de que Skander pudiera dar la orden de salir, algo poderoso golpeó el hangar subterráneo.

El techo de la cámara se partió en dos.

Trozos colosales de plascemento cortado de golpe cayeron por toda la cámara. Pilares manchados de polvo de sol apuñalaron el interior. Un escuadrón de Baneblades fue aplastado por los escombros, sus cascos destrozados como modelos de juguetes.

Skander se cerró de golpe hacia adelante cuando un trozo de roca caída golpeó su casco. La sangre corría por su rostro y parpadeó para contener las lágrimas de dolor repentino. Estática empañaba la visera. Se arrancó el casco. Era inútil ahora, dividido por la mitad.

El ruido y la confusión eran increíbles. Los tanques del regimiento en el centro del hangar se llevaron lo peor de la lluvia, pulverizados por cientos de toneladas de

escombros y explosivos de alta potencia. Las detonaciones arrancaron a través de la línea de listo cuando las ojivas cargadas encontraron sus objetivos en Malcadores y quimeras expuestos. La carretera principal estaba envuelta en llamas, ardiendo en piscinas de combustible arrojando un espeso humo negro. Los estandartes del regimiento fueron calcinados.

El calor de la explosión de un Minotauro le hizo rodar, y Skander miró por el techo roto del hangar para ver un cielo rojo de llamas y el negro de humo. Una vez un refugio para sus tanques, el hangar ahora era una trampa mortal.

-¡Salgamos de aquí! -gritó y El Segador se tambaleó hacia delante cuando Vari alimentó de energía a los motores. Un aullido traqueteante de protesta le dijo que el bombardeo dañó una oruga durante el bombardeo. Estaban arrasando el hangar, pero esa fue la menor de las preocupaciones de Skander.

Algo golpeó en el corazón ardiente del hangar, un par de rectángulos cónicos. Acero desnudo y cubierto de quemaduras de reingreso. Nubes de escape de vapor se elevaron de los retropropulsores quemados. Tornillos de bloqueo despegaron y los lados blindados de la cápsula de desembarco cayeron como placas de despliegue.

Poderosas figuras surgieron de dos de las cápsulas, gigantes de armadura pálida portando un icono de calavera con pinchos en sus hombreras. Los guerreros de la Guardia de la Muerte vadearon a través de restos y escombros, pero no frenaron.

Una figura destacada en armadura de batalla de metal desnudo, bronce y marfil salió de su cápsula y cayó en la ruina ardiente del hangar. Un gigante venido a desgarrar su carne y triturar sus huesos. Enmarcado por el fuego y una capa ondulante de malla fibrosa, el primarca de la XIV Legión dio a luz una gran guadaña que brillaba con luz mortuoria.

Mortarion era asistido por exterminadores encapuchados en una servoarmaduras similares de losa. Ellos también llevaban guadañas de gran tamaño y sin cuestionamiento siguieron a su señor por el fuego. Rñafagas de disparos se acercaron a la Guardia de la Muerte, desviadas por placas impenetrables. Los depósitos estallaron entre ellos, pero ellos marcharon con furia y sin pausa.

Sus armas disparaban. Ojivas explosivas masacraron a las tripulaciones de los tanques que habían sobrevivido al bombardeo inicial, convirtiéndolos en pulpa de carne desmenuzada. Otra cápsula cayó detrás de la primera oleada. Luego otra, y

otra. Ellos caían en pares, uno tras otro, y con cada impacto reverberante más Guardias de la Muerte llegaron.

El Segador intentó girar hacia Mortarion, pero con una oruga inutilizada no sucedería en el corto plazo. Skander utilizó la anulación de su comandante y giró la torreta de doble cañón. Los hombres gritaban en los incendios y el sonido de caída de mampostería continuaba.

El primarca de la Guardia de la Muerte lo vio, y Skander casi soltó los controles mientras miraba a la cara de su verdugo; de piel pálida, con los ojos más fríos que había visto nunca.

Oyó la doble reverberación familiar de proyectiles apisonando en la recámara. EL silbido de los mecanismos de bloqueo y el zumbido de las unidades de aceleración.

-Trono, sí -dijo entre dientes, haciendo puré el gatillo de disparo.

Las trescientas veinte toneladas de fuerza blindada del Segador al completo se sacudieron bajo el enorme retroceso. Los fogonazos gemelos casi lo cegaron. Las ondas de presión siameses perforaron el aire de sus pulmones y el estruendo de la descarga le reventó los tímpanos.

Skander luchó para tomar un respiro, conmocionado por las detonaciones simultáneas del cañón a quemarropa. Parpadeó tratando borrar imágenes residuales mientras llovía una lluvia de polvo. El humo acre empañó el aire, reducido a incendios de rojo cereza de fycelina.

Se recompuso, echando aliento metálico caliente y gritó por una recarga, aunque sabía que no le escucharían y que no había otra oportunidad. Skander se atrincheró en el Stormhammer, haciendo bocina con las manos sobre su boca.

-¡Actualizar! ¡Actualizar! ¡Trono, dadme una oportunidad más contra ese hijo de puta!

Repitió su orden. No tenía idea de quién quedaba vivo en el interior del Segador. Hasta que se cargara el arma principal, todo lo que Skander podía controlar directamente era un arma de defensa puntual de la cúpula. No era la torreta de doble cañón, pero tendría que servir.

Skander levantó la vista y vio la figura encapuchada del Señor de la Muerte de pie en su tanque. La armadura de Mortarion parecía haber sido suavizada por un martillo de forja y su capa era un trozo irregular. El primarca era una figura de cera grotesca, una máscara mortuoria de carne resbaladiza.

-Todo lo que tenías era un disparo -gorgoteó Mortarion, balanceando Silencio y segó a Skander y su Stormhammer.

Historias similares sucedieron por todo Molech.

Las baterías de defensa aérea quedaron completamente abrumada. Dos flotas legionarias en órbita cercana eran una fuerza imposible de derrotar, y las andanadas de castigo volvieron regiones enteras de Molech en desiertos vidriosos.

Monte Torger fue blanco de un impacto masivo de ojivas contra bunker, y ni siquiera sus muchos puntos de defensa pudieron salvar al bastión del Ordo Reductor de ser destruido por un infierno. Los incendios arrasaron el interior de la montaña, incendios que arderían durante otros setenta años antes de consumirse del todo.

Goshen, Imperatum y las ciudades fortificadas gemelas de Leosta y Luthre fueron bombardeadas, así como las ciudades costeras de Desqua y Hvitha. Conocida como la Ciudad de los Vientos debido a su ubicación en el extremo más alejado de la península Aenatep, Hvitha cayó en el océano cuando la roca sobre la que fue construida se derrumbó bajo el peso de la barrera.

Una lluvia roja cayó sobre Khanis, hierro fundido y micro meteoros de escombros de los combates en órbita como balas ardientes.

La gente a la intemperie fue carbonizada como bengalas, ardiendo al instante. Gritaron hasta que el calor aspiró el aire de sus pulmones. Corrieron en busca de refugio, pero la lluvia de escombros pronto los devoró bajo toldos de lona y techos corrugados.

Con el bombardeo terminado por ahora, las flotas abrieron sus cubiertas de embarque y una oleada tras otra de las fuerzas invasoras del Señor de la Guerra se lanzaron a la atmósfera superior.

Ellas se arquearon abajo como granos de arena escurriéndose entre los dedos de un filósofo; Stormbirds y Thunderhawks, Raptors de Fuego y Storm Eagles. Naves sarcófago y módulos a granel. Miríadas de transportes negro mate del Ejército. Cargadores acorazados y transportes de municiones.

Sirenas de Alerta aullaron en cada ciudad.

Molech estaba gritando.

DOCE
Brecha
Decapitación
Llamas Gemelas

Una ola de verde oceánico se estrelló en las playas de Avadon, pero éste no retrocedió, siguió empujando más. Un puño blindado de potencia de fuego y resistencia transhumanas, esto iba a ser una brecha lograda a la máxima velocidad.

Doscientos Land Raiders de los Hijos de Horus avanzaron como la punta de lanza.

Sin gracia, sin finura, sólo un golpe de martillo atronador al corazón.

Edoraki Hakon, mariscal del Norte Oceánico, aguardaba al ejército de Lupercal con una línea de puntos fuertes, profundas zanjas, seis regimientos completos del Ejército y una compañía de superpesados socavados. Sus defensas se alinearon en los acantilados costeros y rodearon el extremo de tierra firme de la calzada. Si los hijos de Horus querían llegar al continente, iban a tener que sangrar para salir de Damesek.

Por qué un estratega tan superlativo como Horus establecería una cabeza de puente en una isla que su único punto de salida viable era una calzada esbelta estaba más allá de su comprensión.

No tenía sentido, pero eso era lo que el Señor de la Guerra hizo.

Nadie de su personal de mando pudo explicar adecuadamente el razonamiento de Horus, pero la oportunidad de castigar a los traidores por su error estaba a su alcance.

Compañías de artillería de Holst Lithonan sobre altos acantilados de la isla habían pasado la noche en duelo con los cañones de Hakon, y el mariscal de mala gana se vio obligado a retirar sus piezas más pesadas cuando la luz del amanecer se deslizó sobre el horizonte.

Liberados del fuego de supresión de las baterías, las armas traidoras lanzaron andanada tras andanada de misiles sobre los imperiales. Bancos de niebla electromagnética resplandeciente fueron vomitados desde los propulsores, rompiendo soluciones de disparo e interrumpiendo telémetros cuidadosamente calibrados.

Mientras los artilleros imperiales lucharon para penetrar la niebla de oclusión, los Land Raiders de los Hijos de Horus corrieron a lo largo del último tramo de la calzada con el continente. Whirlwinds Scorpius enviaron corrientes arqueadas de misiles por delante de ellos. Sus cabezas destrozaron las trampas para tanques emplazadas y arrancaron campos de alambre de espino en una tormenta de explosiones subterráneas.

Los primeros Land Raiders emergieron de la calzada en una furia de cañones automáticos pesados, montajes de armas tripulados y cañones láser emplazados. Los tanques superpesados de Hakon se estrellaron sobre sus orugas mientras salvas de cañones de combate y demoledores añadieron su tronar al día. Morteros de asedio y bombardas, culebrinas y obuses escupieron sus cargas explosivas hacia el cielo.

El final de la calzada se desvaneció en una tormenta de explosiones. Golpes de martillo ensordecedores se estrellaron, uno tras otro. Tan rápidos y tan continuos que se fusionaron en una procesión interminable de detonaciones conmocionantes. Armas de energía vaporizaron las olas del mar en geiseres. Altos explosivos batieron la playa en huracanes de metralla vidriosa.

El aire olía a sal y el metal ardiente. Carne cocida y sangre.

Veinte Land Raiders murieron en el acto. Sin corazón y estallados, dieron vueltas de campana por la zona como bestias grazer destripadas. Legionarios de los Hijos de Horus se derramaron de los restos entre el humo despedido. El inmenso fuego cruzado los despedazó. Ojivas Oxy-Fósforo ahogaron los gritos de agonía de sus pulmones. Sus servoarmaduras se desmenuzaron y desmontaron. Su carne fue desintegrada.

La artillería restante de Hakon lanzó explosivos sobre la calzada, con la esperanza de negar a los tanques los refuerzos de la playa y estrangular la brecha en su inicio. Docenas de tanques Atlas de recuperación retiraron los esqueletos hacia el mar mientras Troyanos modificados trabajaron sin parar para mantener la calzada viable; nada podía ralentizar el flujo de transporte de tropas al continente.

Más Land Raiders se sumieron en la vorágine. Otra media docena, y luego una docena más, desplegándose a medida que golpearon la playa horadada de cráteres. Avanzaron sobre los cadáveres de sus hermanos de la Legión, buscando cobertura en cráteres llenos de sangre y combustible. Devolvieron el fuego implacable cuesta arriba.

El Scorpius irrumpió pasando por Land Raiders destripados, zigzagueando al final de la calzada. Lanzadores rotatorios desataron salvas ondulantes de ojivas en los puntos fuertes enlazados. Tres explotaron en rápida sucesión, derribados por ojivas implosivas que hicieron implosionar sus elementos estructurales.

Storm Eagles y Thunderhawks rugieron por encima, descargando salvas misiles y proyectiles desde sus monturas alares y frontales. Hojas de fuego florecieron a lo largo de la línea imperial, pero los regimientos de Edoraki Hakon estaban bien atrincherados, y cavaron en profundidad.

Baterías Hydra pivotaron para seguir a las aeronaves. Baterías Mantícoras fijaron sus cogitadores de apuntado en las llamaradas del motor. Misiles (águila) y proyectiles escupidos de cañones de fuego automático cosieron el cielo. Media docena de cañoneras fueron derribadas en rápida sucesión, estrellándose contra los acantilados, como defectuosos fuegos artificiales triunfales.

Los bólters de los Hijos de Horus trazaron estelas en espiral a través del humo. Sus misiles se arquearon y cayeron en emplazamientos de armas. Golpes sólidos fueron anunciados por bengalas en forma de hongo de luz blanca. Garras de Dreadnoughts se movieron a través del corazón del ataque como gigantes. Sus cañones de asalto demasiado pesados incluso para un legionario rebuznaron y cohetes tras cohete fueron vertidos desde lanzadores rotatorios.

Tormentas huracanadas de disparos, misiles, armas de energía y gotas de llama ardieron hacia atrás y adelante a través de kilómetros de playa.

Los muertos y los moribundos fueron aplastados bajo el rugir de las orugas de los Land Raiders. Los Rhinos se siguieron hasta la cota máxima asignada, y la arena helada fue batida a una pasta roja arenosa.

El Land Raider se meció en sus orugas como una explosión cercana le golpeó de costado. Aximand se agarró firmemente a un puntal cuando el vehículo pesado cayó de frente en un cráter. Su motor rugió mientras que arañó su salida del lado opuesto. La armadura del transporte asalto atenúo la mayor parte del ruido de la batalla, pero el zumbido de percusión de nota graves en las ondas de choque latía cada vez con mayor regularidad y fuerza.

-Cada vez más cerca -dijo Yade Durso, capitán de la línea de la Quinta Compañía.

-¿Preocupándote? -preguntó Aximand.

-No -dijo Durso, y Aximand le creyó. Se necesitaba algo más que emplazamientos fortificados, compañías de superpesados y regimientos del Ejército para inquietar a un veterano como Durso.

El subordinado de Aximand volvió algo en la mano, moviéndolo diestramente entre sus dedos como un juego de magia.

-¿Qué es eso?

Durso miró hacia abajo, como inconsciente de lo que había estado haciendo.

-Nada -dijo. -Sólo una manía.

-Muéstramelo.

Durso se encogió de hombros y abrió la palma de la mano. Un icono de oro en el extremo de una cadena que llevaba alrededor del cuello. El Ojo de Horus brillaba rojo a la luz del compartimiento.

-¿Supersticioso, Yade?

-Resulta que puedo serlo ahora, Pequeño Horus -dijo Durso.

Aximand asintió, dándole la razón. No hace mucho tiempo, tal conducta habría sido motivo de censura. Ahora parecía natural. Aximand volvió a mirar a sus guerreros, diez Hijos de Horus sosteniendo escudos de choque pesados y accesorios cascos multi-espectrales. Las servoarmaduras de cada guerrero portaban signos de pandillas

Cthonianas grabados en las placas. Sus bólters estaban decorados con marcas de derribos y trofeos macabros colgaban de cada cintura.

La Orden Silenciosa había reanudado las viejas prácticas del mundo de origen. Serghar Targost, cuya garganta estaba cubierta en envolturas antisépticas, abogó por la reincorporación de iconografía Cthoniana y el Señor de la Guerra accedió.

-Pensé que habíamos terminado con tótems salvajes -dijo.

-Como en los viejos días -dijo Durso. -Es bueno.

-Pero estos no son los viejos tiempos -espetó Aximand.

Durso negó con la cabeza. -¿De verdad quieres entrar en esto ahora?'

-No -dijo Aximand, extrañamente inquieto por el nuevo semblante tribalista de sus guerreros. Él pensó que con Erebus fuera, la XVI Legión sería restablecida. Parecía que así fue, sólo que no en la imagen que esperaba. Los bordes desgastados por siglos de cumplimiento se estaban haciendo ásperos de nuevo.

Aximand conectó la visión de su casco con las cámaras externas del Land Raider.

No había mucho que ver.

Velos de bombas cubrieron las playas de esquisto y los acantilados de granito delante de ellos con ondas de distorsión electromagnética. Trampas para tanques aplanadas aparecían y desaparecían de la niebla junto hectáreas de alambre de espino en ruinas por los disparos. La estática empañaba la pantalla mientras los hocicos de la artillería en la cima de un acantilado brillaron en cada dispararon. Segundos después, el Land Raider se sacudió por el impacto cercano de una ojiva de alto explosivo. El vehículo se sacudió sobre los restos de algo que podría haber sido una vez un Rhino.

Aximand instó en silencio al conductor de que se diera prisa.

La campaña Dwell le había echado a perder. La furia urgente y de contacto de esa campaña fue una vuelta a los primeros días de la Gran Cruzada, cuando las legiones aún estaban desarrollando su modus operandi. Fue un tiempo de pruebas, re-aprendiendo lecciones impartidas por guerras que acabaron evolucionando desde el infierno de tribus tecno-bárbaro batallando entre sí en dos hordas amorfas de carne y sudor.

Nuevas armas, nuevas tecnologías, nuevas constituciones transhumanas y nuevos hermanos con los que luchar. Una cosa era construir una legión, otra aprender a luchar como una legión.

-Diez segundos -clamó el conductor.

Aximand asintió, comprobando la carga en su bólter y trasladó la funda de (Mourn it all) a su hombro. A plena carga, y preparado. Al igual que la última vez. Se movió en la línea de listo. Él puso los hombros y agarró su escudo con fuerza. Abrió y cerró su mandíbula.

-¡Cinco segundos!

El rugir del motor aumentó, el conductor arañando las otras pocas decenas de metros para los guerreros que llevaba. Una explosión puso el vehículo a una oruga. Aterrizó plano con un romper de piedra de moler y metal maltratado.

-¡Vamos, vamos, vamos!

El Land Raider llegó a un punto muerto. La rampa de asalto golpeó el suelo y un crescendo de ruido rugiente embistió el interior. Explosiones, disparos, gritos y metal golpeando metal. El volumen en el mundo giraba en números rojos.

Aximand oyó un soplo en su oído y gritó: -¡Matar por los vivos, y matar por los muertos!

El viejo grito de guerra surgió espontáneamente de sus labios cuando cargó a la vorágine.

Sus guerreros rugieron en respuesta.

Gracias a Lyx, Raeven pilotó Banelash casi en el suelo para llegar a Avadon, pero en este momento deseó no haberse molestado. Ella lo había despertado en la noche, llevándole a creer que alguna aventura carnal estaba a la vista, pero en su lugar ella le ofreció entrañas y profecías.

-El Gran Lobo viene a Avadon –dijo ella, con el vertido de un puñado cálido y húmedo de órganos en el regazo. -Su garganta gritará cuando los lobos gemelos de

fuego estén sobre nosotros. Cortarlos y el Gran Naga Blanco de leyenda vendrá a ti con revelaciones.

Raeven se atragantó con el hedor de la carne podrida, listo para alejarla cuando vio que sus ojos eran de color blanco lechoso y sin pupilas. Su madre hizo lo mismo cuando él era joven y lo que había dicho siempre se hizo realidad. En lugar de golpearla, le preguntó: ¿Horus? ¿Horus estará en Avadon?

Pero ella quedó sin fuerzas y ni sales ni bofetadas podían despertarla.

Pese a los recelos de Tyana Kourion y de Castor Alcade, Raeven reunió inmediatamente su Casa y marchó al norte, a Avadon con diez de sus Caballeros. Dos de sus hijos vinieron con él, Egelic y Banan, mientras que su hijo mediano, Osgar, permaneció en Lupercalia para retener una presencia dominante.

Y después de una noche completa de marcha agotadora por el fragor del Untar Mesas, y más vistas interminables de tierras agrícolas...

Nada.

Sus máquinas honorables esperaron como soldados de a pie comunes, esperando las órdenes de Edoraki Hakon sobre cuándo podrían desplegarse. Negados de un lugar en el orden de batalla por ese Ejército sin humor le envió espasmos de disgusto a lo largo de su columna vertebral.

Banelash reaccionó a su enojo pateando el suelo con sus garras. Su auspex de amenazas bañó su sistema sensorial en rojo, y sus armas se tensaron con un gemido de servos. Cerca, las fuerzas de reserva del Ejército se apartaron de los Caballeros cuando sus cuernos de guerra sonaron.

-Deberíamos estar sobre aquella cresta, padre -dijo Egelic, el hijo mayor de Raeven. -¿Por qué no estamos luchando?

-Porque los extranjeros han tomado Molech -silbó Banan, el hijo más joven de Raeven. -Cuando llegó el Imperium, cortaron las pelotas de nuestra Casa.

-Suficiente -espetó Raeven. Banan tenía casi treinta años y debía ser más sabio, pero su madre lo adoraba y no le negaba nada. Sus modales eran groseros, su arrogancia tan monstruosa como su sentido del deber.

A Raeven le recordó en gran parte a su yo más joven, con la excepción de que Banan carecía del encanto y carisma que tuvo que reconocer como arrogancia y hacer que pareciese confianza.

Pero en este caso, Banan también tenía razón.

-Ven conmigo -dijo, marchando de la zona que habían sido prorrateada y caminando a través de las líneas de trincheras y reductos. Al acercarse a la primera línea de batalla, Raeven se vinculó a los cogitadores de batalla en el bunker de mando de Edoraki Hakon. Los datos descargados pulularon por el sensorio, y Banelash rugió con anticipación.

Podía oler la sangre y oír el estruendo de los disparos. Esta era la guerra, la guerra auténtica, una oportunidad para ponerse a prueba contra un enemigo más interesante que un mallahgra pícaro o un paquete de xenosmilus. Raeven sintió el eco de todos los guerreros que pilotaron Banelash antes que él, escuchó los murmullos mezclados de su hambre de batalla a través de su cuerpo como un deseo de matanza.

Raeven dudaba que pudiera volverse incluso si quisiera.

Caminó a través de la maraña de depósitos de munición, troyanos, pozos de artillería y tropas de retaguardia. Sus Caballeros le siguieron, jactándose de los enemigos que iban a matar. El terreno se elevaba bruscamente hacia el frente y el cielo rugía como si una tormenta fantasmagórica ardiera por dioses batallando en los cielos.

Insistentes advertencias sonaron en el sensorio, etiquetadas con el membrete personal del mariscal Hakon. Él no les hizo caso y siguió adelante, caminando sobre el borde del acantilado.

El final de la calzada estaba a medio kilómetro de distancia, y el espacio entre éste y los acantilados era un cementerio destrozado de metal retorcido y fuego. Un páramo infernal de cráteres ardientes, decenas de tanques destrozados y cientos de cuerpos desmembrados.

Miles de guerreros gigantes empujaron hacia adelante detrás de escudos pesados de asalto . Contra el fuego de armas ligeras e incluso armas de calibre mediano ofrecían una protección eficaz, pero en contra de los tipos de armas que Hakon había dispuesto contra en ellos, simplemente no estaban a la altura. Cada avance dejó un

rastro de cuerpos, cadáveres sin extremidades y afluentes de sangre hacia cráteres convertidos en lagos rojos.

Raeven nunca había visto tantos astartes, ni siquiera pensó que pudiera haber tantos en absoluto. Banelash tiró de su mente, instándolo a luchar, a cargar hacia la gloria y romper una de las cuñas-muros de escudo en pedazos.

-Vamos, padre -instó Banan. -¡Aplastémosles! Pulverizarlos uno a uno hasta que barramos toda la línea.

Quería dar la orden. Oh, cómo quería dar esa orden.

-Sí, podríamos barrer una, probablemente dos, tal vez incluso tres muros de escudos, pero eso será todo -dijo, sintiendo la ira de Banelash ante su negativa a cargar. -Luego seríamos abrumados por la artillería y derribados por la infantería. Una muerte innoble. Apenas caballeresca.

Su Caballero envió un espasmo de regeneración de los nervios a través de su columna vertebral ante su resistencia, y Raeven se estremeció ante la gravedad del mismo. Cuando abrió los ojos, fueron inmediatamente atraídos por un Land Raider sobre blindado que se estrelló contra una pared de rococemento, derribando trampas para tanques y aplastándolas bajo su peso.

Un estandarte colgaba de la parte trasera de ambas guardias de orugas, cada una con una insignia de lobo. Un tiroteo intenso manó del Land Raider y Raeven vio el golpe directo de un cañón láser golpear su flanco donde el montaje del lado derecho desapareció. Debería haber abierto un agujero a la derecha en el vehículo.

En lugar de ello, la energía del disparo se disipó en el momento del impacto y una floración de fuego envolvió el tanque, devorando los estandartes de lobo gemelos en llamas.

-Escudo de llamaradas -dijo, reconociendo tecnología similar a los escudos de iones de Banelash.

Su garganta gritará cuando los lobos gemelos de fuego estén sobre nosotros.

-Lupercal -dijo Raeven.

La cubierta bajo Grael Noctua se estremeció con el impacto, redondeado puntas de flecha que se formaban en las placas debajo de sus botas. La Thunderhawk era un diseño utilitario, un caballo de batalla artesanal que tenía la virtud de ser rápida y fácil de fabricar.

También era, en términos relativos, desechable.

Lo cual era escaso consuelo para los hombres que llevaba dentro de ella.

Saltando por la rampa trasera con el peso de un voluminoso retrorreator ardiendo a su espalda, Noctua sentía cada impacto en el casco de la cañonera. Escuchó cada chasquido de cables de tensión y crujido de las alas remachadas mientras el piloto hizo maniobras evasivas desesperadas.

Corrientes de disparos llegaron hasta la cañonera, tejiendo a través del aire mientras los artilleros trataron de anticipar su movimiento. Fuego antiaéreo golpeó el aire como toques de tambor. Seis guerreros cayeron cuando proyectiles perforantes atravesaron el fuselaje y sus cuerpos, partiéndoles como bolsas de sangre con forma humanoide.

La línea de fuego trazador se cruzó con el ala de estribor. El motor se llevó la peor parte del impacto, y después el ala esquilmada se desprendió.

-¡A mí! -gritó Noctua.

La luz de salto estaba aún en ámbar, pero si no se bajaban de este pájaro condenado, caerían con él. La Thunderhawk se deslizó de lado a través del aire, escorándose por estribor y su motor apagado.

Dobló las piernas y se impulsó hacia fuera y hacia abajo, apretando sus brazos a los costados. No miró hacia atrás para ver si sus hombres lo seguían. Lo harían o no. Lo sabría cuando llegase al suelo.

Sintió la explosión de la Thunderhawk por encima de él. Esperaba que su cadáver envuelto en llamas no estuviera a punto de caer sobre él. Sonrió ante lo que Ezekyle y Falkus dirían acerca. Otras tres Thunderhawks estallaron en llamas, probablemente más. No importaba. Todo el mundo sabía que los aviones eran prescindibles. Los legionarios de asalto llenaron el cielo.

Él no les hizo caso y fijó su atención en el suelo acercándose.

Sus hermanos de batalla en la playa estaban envueltos en un lodazal de bombardeos y campos de matanza. El esquisto negro de la playa recordó a Noctua la masacre en Isstvan V, pero esta vez fueron los Hijos de Horus hacían el papel de los moribundos.

Noctua dio ángulo su descenso hacia el objetivo que le había dado a sí mismo Lupercal. La disposición de los puntos fuertes, trincheras y reductos era exactamente como el Señor de la Guerra había predicho.

Mortales. Tan predecibles.

Un icono en forma de luna nueva, que coincidía con el de un grabado en su cabeza, cubría un punto de apoyo muy fortificado. Acotado por obras exteriores, protegido por puntos fortificados, era defendida por cientos de soldados y su colocación en la línea.

Noctua estiró las piernas así las botas cayeron primero. Un pulso de pensamiento disparó los retrorreactores con un huracán chillante de fuego azul-caliente. Él había modificado especialmente los chorros de admisión/salida para que gritaran cuando los disparase.

Su descenso a toda velocidad se redujo. Noctua aterrizó con un golpe que dividió las rocas. Sus rodillas dobladas y los quemadores de sus retrorreactores quemaron el techo del punto de apoyo. Segundos después del choque de clavar las botas sobre la piedra fue rodeado. En el momento en que él liberó las dos cargas Melta de su plastrón, contó más de veintiséis impactos.

Más que suficiente.

Colocó los meltas a cada lado y saltó de nuevo en el aire, disparando una ráfaga corta. Sus guerreros siguieron su ejemplo y pronto estuvieron en el aire mientras cincuenta y ocho bombas Melta explotaron casi simultáneamente.

Cortar sus quemadores, Noctua sacó su espada y pistola bólter y cayó a través de la ruina humeante del techo del punto de apoyo. El nivel superior fue completamente destruido, una masa aullante y gritona de carne moribunda. Él se dejó caer al piso de abajo, estrellándose a través de su estructura debilitada y aterrizando en el centro de lo que había sido una mesa proyectora.

Mortales aturdidos lo rodearon con rostros como pez fuera del agua. Las bocas se abrieron en formas aterrorizados, sin comprender. Saltó entre ellos, rebanando con la espada a tres oficiales heridos con un solo barrido mientras disparó a dos más en la cara. Antes de que los cadáveres cayeran al suelo avanzó. Impactos potentes rompieron a través del techo, derramando polvo de roca y vigas de hierro en lo que, sólo unos momentos antes, había sido un centro de mando en pleno funcionamiento.

Estatuas cubiertas de polvo de dioses guerreros se levantaron de entre los escombros y masacraron cada persona viva dentro de su alcance. Proyectiles bólter explotaron cuerpos blindados como bidones de combustible sometidos a demasiada presión. Sangre arterial pintó las paredes en arcos entrecruzados. Espadas-sierras rugiendo seccionaron brazos y piernas, creando rompecabezas de carne.

Noctua vio a un par de Thallaxii de piernas-pistones y de color blanco desprenderse de alcobas centinela en cada una de las entradas cardinales. Dispararon sus pistolas de rayos, quemando el aire, pero Noctua lo desvió con sus retrorreactores por encima de la explosión chispeante. Aterrizó entre los Thallaxii, decapitando a uno con su espada, reventando al otro con una ejecución de bólter.

Dos más fueron derribados por una multitud de Hijos de Horus, otro par derribado antes de dar un solo paso. Noctua se apoyó en un banco de válvulas silbando y cúpulas de cogitadores crepitando. Disparó sus retrorreactores, dejando un cañón de carne quemada a su paso. Bajó en el sprint, volando sin vacilación contra los restantes Thallax mientras aterrizaba.

Se estrelló contra la pared, la unidad Lorica Thallax hecha añicos como el cristal y derramó la médula espinal y el cráneo revestido de acero al suelo cubierto de escombros. El último de ellos basculó su pistola de plasma y logró un disparo rápido que cortó un surco ardiente en su hombrera.

Enfadado ahora, Noctua talló su espada a través de su hombro.

La cuchilla rasgó libremente hasta su pelvis, y el cyborg asolado murió con un estallido de dolor artificial y una inundación de líquidos amnióticos apestosos.

Noctua rodó sus hombros, irritado por que el cyborg lograse llegar tan cerca de él. La carne bajo la herida estaba quemada, y sólo ahora sintió el dolor de ella. Pensando en el dolor, miró hacia abajo para ver una barra de refuerzo de acero

laminado que sobresalía de su muslo y una hoja de combate Thallax enterrada en su plastrón.

Esta última no había penetrado en su servoarmadura, pero la barra de refuerzo atravesaba la pierna en diagonal, desde el pie a casi la rodilla. Era extraño que él no lo hubiera sentido. Tiró hacia fuera, mirando el flujo de sangre por un momento, disfrutando de la nueva sensación de haber sido herido.

Tiró la barra y asintió con la cabeza a su Maestro de Señales.

-Activa la baliza -ordenó, señalando el centro de la mesa hololítica en ruinas. -Ahí parece apropiado.

Noctua escuchó una respiración sibilante y miró hacia abajo para ver que uno del personal de mando de la fortaleza seguía vivo. Una mujer moribunda con una pistola láser ornamentada. Arcaico y demasiado elaborado, pero por entonces era lo que gustaba a los imperiales para embellecer su armamento.

Vestido con una chilaba de draco y una máscara facial de oro como un incursor del desierto, Noctua vio pasadores de rango sobre el pecho del uniforme debajo. No se había tomado la molestia de estudiar la jerarquía militar de las fuerzas armadas de Molech como si hizo Aximand, pero estaba claramente en lo alto de la cadena alimentaria. El albornoz estaba empapado en sangre, y la máscara se había soltado, colgando sobre una mejilla y exponiendo un ojo enfermo y marchito.

Aún disfrutando de la sensación de dolor, Noctua abrió los brazos.

-Vamos -dijo. -Dame tu mejor golpe.

-El placer es mío -dijo Edoraki Hakon, y puso su disparo volkite directamente a través del corazón de Grael Noctua.

El estruendo de la batalla golpeó a Aximand como puños de un Contemptor. Las ondas de choque de detonaciones le golpearon, el impacto de cuerpos sólidos sacudieron su escudo. El constante fuego cruzado hizo cada paso peligroso. Volúmenes inimaginables de sangre se acumulaban en la base de los cráteres. El paso de vehículos de combate lo amasó en un mortero rojo pegajoso.

Ráfagas segadoras de bólter pesado y cañones automáticos machacaban la playa. La línea de escudos de los Hijos de Horus fueron los más afectados por el fuego enemigo, pero no todos ellos. Los legionarios caían en una cantidad que Aximand no recordaba desde Isstvan.

Marcharon sobre los muertos, agrietando servoarmaduras bajo ellos y cadáveres pulverizados a sus pies a medida que avanzaban. Apotecarios y siervos llevaron a rastras a los que estaban demasiado heridos para luchar. No tenían mucho sentido tales misericordias. Un astarte demasiado herido para seguir adelante era una carga que la Legión podría prescindir.

Dejadles morir, pensó Aximand.

Land Raiders adelantándose a cada lado vomitaban chorros de arena negra y sprays de sangre estancada. Emplazamientos de armas sobre orugas vertieron torrentes de proyectiles y cubiertas de humo. Un Dreadnought con un brazo menos se tambaleaba en círculos como si en busca de ella. Misiles surcaron sus cabezas, el aliento fue arrebatado de los pulmones por la sobrepresión.

El aire sabía a baterías exprimidas y acero fundiéndose, carne quemada y entrañas abiertas.

La línea imperial era invisible detrás de un banco de humo crispante. Llamaradas de boca de cientos de cañones de armas parpadeaban como flashes en un desfile. Las explosiones pintaban el cielo, y arcos lacrimosos de humo revelaban que habían muerto decenas de cañoneras.

-Un duro paseo -dijo Yade Durso, su casco quebrado por la mitad por un impacto de cañón automático en el escudo que golpeó directamente a la cara. La sangre brotaba de la grieta, pero las lentes oculares habían sobrevivido.

-Se va a poner más difícil todavía -respondió.

Algo cayó del cielo y se desintegró a medida que dio vueltas de campana por la playa, dispersando órganos y estructura en igual medida. Aximand pensó que era una Stormbird pero explotó antes de que pudiera estar seguro.

Otra cañonera se estrelló. Una Thunderhawk este momento. Cayó en picado, empezando por la nariz. Un manto de pizarra roció los alrededores como balas tras el impacto. Una docena de legionarios cayeron, asesinados tan limpiamente como

por fuego de francotiradores. Un fragmento afilado rompió la visera de Aximand. La lente izquierda se agrietó. Su visión quedó borrosa.

El ala de la cañonera sumergió y aró la pizarra, volteando el avión más sobre su espalda. La otra ala se rompió como la yesca a medida que salió por la arena, destruyéndose con cada impacto de rebote. Los restos rodantes en llamas se estrellaron en una concentración de Hijos de Horus que desapareció en una bola de fuego cuando los depósitos de sus motores explotaron. Las palas de turbinas volaron como espadas.

-¡Por Lupercal! -juró Aximand.

-Nunca pensé que estaría encantado de ser un infante de asalto -dijo Durso, levantando el icono de oro atado a su agarre del escudo.

Aximand negó con la cabeza. –No -dijo. -Mira.

Los tres Land Raiders antes ellos parecían haber sido golpeados por los puños de martillo de demolición de un titán. Uno de ellos fue totalmente eviscerado, un esqueleto ennegrecido que sólo albergaba cadáveres fundidos. Un puñado de guerreros se tambaleó desde el segundo. Sus servoarmaduras eran negras; originalmente así, no quemadas por los incendios.

-¿No son los Justaerin del primer capitán? -dijo Durso, reconociendo las pesadas placas de los exterminadores.

-No todos ellos -dijo Aximand.

Los estandartes lupinos del tercer Land Raider estaban en llamas, y que habían sido divididos por un impacto feroz.

Horus estaba apoyado en una rodilla, su mano con garras presionada contra el flanco de su Land Raider, como si llorase su fallecimiento. Sangre peinaba un lado su oscura armadura y una tubería le atravesaba el costado como una lanza.

-Lupercal -dijo Durso, impresionado por un solo guerrero en medio de tal masacre a escala industrial. Pero qué guerrero.

-¡Hijos de Horus! -gritó Aximand, empujando hacia adelante. -¡A mí!

El humo saturaba el interior del Land Raider. Guerreros desfigurados salieron del mismo, sus cuerpos en llamas. Las lentes de los cascos brillaban del blanco blanqueado de huesos que quedaba en tumbas polvorientas.

No Justaerin, algo mucho peor.

¿Qué los llamó Maloghurst?

Luperci, los Hermanos del Lobo.

Serghar Targost los había llamado algo más mientras los servidores Narthecium finalmente retiraron los puntos que sostenían la garganta.

Llamas Gemelas.

Ahora Aximand sabía por qué. Su armadura era completamente negra. No pintado de negro como los Justaerin y no de vehículos destruidos, sino a partir de los fuegos disformes que ardían dentro de ellos.

Ger Gerradon fue el primero en salir. Aximand todavía podía imaginarse las dos espadas hundiéndose en el pecho, el lago de sangre que se formó a su alrededor mientras se desangró en el suelo de la Mausolytica. A Gerradon no le importaban los incendios lamiendo su armadura. Tampoco a los otros siete cifras que treparon entre los escombros.

Los Hijos de Horus formaron entorno a Aximand, al menos un centenar de guerreros. No podía estar seguro por el humo. Cada legionario vio lo que vio. El Señor de la Guerra amenazado.

El Mechanicum había impermeabilizado el vehículo de Lupercal contra todo, pero no contra la furia de un Titán, y cada pieza de inteligencia sugería que ninguna de las legios imperiales tuviera máquinas aún en el campo. Entonces, ¿qué había hecho esto?

La respuesta no se hizo esperar.

Salieron del humo, gigantes articulados en carmesí y oro, banderas ondeando gloriosamente de sus caparazones segmentados. El suelo se estremeció con el ritmo palpitante de sus garras y el tono ululante de sus cuernos de caza.

Con lanzas chasqueantes y espadas en alto ante ellos, los Caballeros de Molech cargaron hacia el Señor de la Guerra.

TRECE
Baliza
Lobo acorralado
Yo lo hice

Aspiró una bocanada de aire caliente, metálico. Le quemó a respirar, pero la alternativa era peor. Su cabeza estaba sonaba y se sentía como si alguien estuviera presionando una aguja de acero a través de su ojo izquierdo. Su pecho dolía y sentía como si alguien estuviera presionando algo mucho más grande que una aguja tras él.

-Levántate -dijo una voz.

Grael Noctua asintió, aunque el gesto envió la aguja profundamente en su cerebro.

-Levántate -repitió Ezekyle Abaddon.

Noctua abrió los ojos. Punto fuerte imperial. Interior quemado y arruinado. Yo hice esto. Hubo un asalto y maté algunos Thallax. No creía que hubiera una escuadra de exterminadores de brillo negro llenando el centro de mando destrozado.

Espectros bailaron sobre las placas titánicas de sus servoarmaduras oscuras y Noctua probó el sabor metálico del hielo de la llamarada teleportadora.

-¿La baliza hizo su trabajo entonces? -dijo.

-Lo único que se las arregló para hacerlo bien -dijo Abaddon, dirigiendo a sus guerreros con argot Cthonico sub-vocalizado. -La línea de Imperial ya está en retirada ahora que los Justaerin están aquí.

Noctua rodó sobre su costado, y el esfuerzo por introducir aire en sus pulmones le hizo sudar. Se puso de pie, casi vomitando por el esfuerzo. En vertical, pero inestable sobre sus pies, Noctua comprendió de inmediato el problema. Su corazón había sido destruido.

La moribunda. La oficial. Su pistola había sido algo más que una pistola láser. Algo considerablemente mayor que una simple pistola láser. Miró hacia abajo y vio el agujero cauterizado a través de su plastrón y pecho. Sabía que si tomaba la barra de refuerzo que se clavó en sus pierna, sería capaz de introducirla por el agujero en el pecho y salir por la espalda sin esfuerzo.

-Ella me disparó -dijo. -La perra me disparó.

-Por lo que sé, se lo permitiste -dijo el primer capitán, sacudiendo la cabeza. -Estúpido. Estoy retrasado. Y ahora Kibre probablemente sobrepasará su flanco primero.

Noctua buscó a la moribunda, pero ya estaba muerta. Su cabeza estaba en un ángulo antinatural de su hombro, porque eso era todo lo que quedaba de ella después del impacto de los reactivos en el pecho.

-Saliste a la ligera -dijo.

Abaddon se apoderó de guardia hombro de Noctua y le dio la vuelta. La armadura de exterminador del primer capitán le daba una cabeza de ventaja de la altura. Noctua miró a unos ojos que eran como los de un lobo en caza, y cuya presa estaba en peligro de escaparse.

-Lleva a tus hombres de vuelta en la pelea -dijo Abaddon, -o terminaré lo que empezó.

-Sí, primer capitán -dijo Noctua.

Los Caballeros se abalanzaron sobre el Señor de la Guerra, y Raeven nunca se había sentido tan seguro, tan justo en la anticipación de una matanza. Sus brazos estaban muy caliente con la buena disposición de sus cañones Stubber y los crepitantes arcos de energía de su látigo.

Los guerreros que había llevado a la gloria a Banelash antes le gritaron, desplazando sus sentidos con sus resonantes gritos de guerra. Oyó sus voces, un coro de furia sin palabras. Ninguno de ellos había reclamado tan gran matanza, y todos ellos querían sentir lo que sentía Raeven.

Él canalizó su habilidad y poder, lo usó.

Banelash era la punta de lanza, el empuje lanza dirigida al corazón del Señor de la Guerra. Egelic y Banan sujetados a sus flancos. Jefes bajaron, escudos de iones celebrarán a lo largo de sus corazones.

Espadas-sierras segadoras retrocedieron para golpear.

Soltó una risa salvaje. Era comandante Imperial. La primera muerte era suya, y que muerte sería.

Guerreros cuya armadura parecía estar en llamas rodearon a Horus, pero lo extraño de sus ojos hizo vacilar a Raeven. Su sensorio le dijo que más guerreros estaban en camino para rescatar a su líder. Llegarían demasiado tarde.

Cerró el puño y una corriente ardiente de láseres de alta energía fue bombeada desde el hombro al arma montada. Cuatro de los guerreros negros fueron incinerados. El Land Raider fue cortado por la mitad.

Horus se puso en pie, y aunque se estaba cubierto por el casco, Raeven pudo imaginar el miedo en sus ojos. Banelash agrietó su látigo y el Señor de la Guerra fue catapultado al Land Raider destrozado. Arcos púrpuras de los relámpagos brillaron desde el hombro y el pecho mientras trataba de levantarse.

Las cruces flotantes de punto de mira de Raeven se centraron en el ojo de color ámbar en el pecho del Señor de la Guerra.

-Te tengo -dijo Raeven cuando desató el poder furioso del arma que él había reservado sólo por este momento, la lanza térmica.

Lanzas fulgurantes de luz tan calientes como soles envolvieron a Lupercal, pero cuando Aximand parpadeó para borrar las impresiones en sus ojos, sólo vio oscuridad alrededor de su amo y señor. Los Luperci se aferraron al Señor de la Guerra como devotos suplicantes de un dios ascendente a quedarse.

Ellos gritaron y Aximand sintió el calor del día escapar.

El tiempo se ralentizó. No en la forma en que a veces lo hacía en el fragor de la batalla. No así en absoluto. De hecho, no se detuvo tanto como pararse.

El mundo poseyó la calidad de la atemporalidad, como si el tiempo nunca estuviera, nunca pudiera y nunca podría existir aquí. Las galaxias pueden arremolinarse al nacer y girar sobre sí mismas hasta la extinción y sería un abrir y cerrar de ojos. Una mosca azul podría batir sus alas y le tomaría una eternidad completar el movimiento.

Manó de los guerreros negros que rodeaban al Señor de la Guerra, como si lo extrajesen de algún bien insondable dentro de ellos. O tal vez algo de terrible poder llegando a través de ellos y permitiendo que una medida de su mundo se filtrara en éste.

Los rayos asesinos de los armamentos del Caballero pasaron a los Luperci. Y desaparecieron. Tragados como si las llamas gemelas se hubieran convertido en las ventanas oscuras a otro reino de existencia.

Y luego se acabó, y Aximand tropezó cuando el flujo del tiempo en el que quedó atrapado él y el mundo reanudó su compás. Él se apoyó en su escudo, sin aliento, como si el esfuerzo de estar encerrado en un traje de piel demasiado pequeño para él.

-Qué...

Fue todo lo que pudo antes de que los Luperci rompieran su abrazo con el Señor de la Guerra. Riachuelos de fuego negro se aferraban a la armadura de Lupercal, pero estaba vivo.

El Caballero que lideraba la carga se detuvo, estupefacto de que su objetivo no estuviera muerto. Sus armas levantadas para rectificar que molesta, pero la pausa infinitesimal ya le había costado su única ventaja.

Y una fracción era todo lo que necesitaba Horus.

Debería estar muerto.

Las terminaciones nerviosas en llamas. Dolor. Dolor como nunca lo había conocido.

Incluso el ataque a la Cúpula de Revivificación no había sido tan severo. Las quemaduras y trauma físico que podía soportar, pero las púas del látigo aserrado del Caballero besaron sus nervios como expertos torturadores.

Debería estar muerto.

No había tiempo para reflexionar por qué no lo estaba. Lidiar con el dolor. Encerrarlo en una fosa. Soportarlo más tarde.

Mal y los Luperci de Targost le habían salvado. No había tiempo para preguntarse cómo. La retirada no era una opción. Había sido herido y necesitaba hacer daño. Aximand y la Quinta Compañía estaban en camino. Esto habría terminado antes de que le alcanzasen.

Horus miró a los Caballeros a la carga.

Estoy vivo, y esa era su única oportunidad.

Los Luperci se separaron de él, una bandada de aves rapaces saliendo de las colonias de su armadura. Mucho más rápido que cualquier cosa viva. Dónde se habían aferrado a él las quemaduras marcaban testimonio. Quemaduras por congelación. Horus les siguió, balanceando Destructora de Mundos alrededor de su cabeza.

El primer caballero dio un paso atrás, y Horus se rio.

-¿Miedo ahora? -bramó.

Discusiones a gritos por el vox llenaron su casco. Él se lo arrancó y lo tiró a la basura.

Los Luperci pulularon por las piernas del caballero, escalando y brincando. Mano sobre mano, agarrando los labios de placas segmentadas. Las arrancaron mientras subían, rompiendo los cables de conexión, arrancando servos y barras de acoplamiento. Ger Gerradon subió más rápido y clavó un puño con garras en la cabina del piloto. El látigo del Caballero fue desatado, flagelándose para soltarlos. Más Caballeros avanzaron, flanqueando al líder.

Acercaos. Meteos en su alcance.

Cañones atronadores resoplaron, las llamaradas de sus hocicos batiendo el suelo con polvo. Proyectiles sólidos persiguieron a Horus, pero interpuso al primer Caballero entre él y su fuego. Proyectiles de Stubber arrancaron la delantera del caparazón del Caballero y el montaje de la lanza térmica. El arma explotó.

Otro Caballero chocó contra el primero, aplastando a otros dos Luperci que aullaron mientras morían. Estrelló su escudo de iones ontra el caparazón de su líder, enviando al último de ellos a toda velocidad por los aires. Vidrio y lubricante llovieron como lágrimas.

El piloto revelado era un hombre moreno y apuesto, con una sonrisa cruel.

Horus se rio. Todavía crees que puedes matarme.

Esquivó cuando el pie del Caballero pisoteó. Horus se puso en pie y clavó su guante con garras a través de un nudo de neumática en la articulación del tobillo de Caballero. Este se tambaleó, sus servos giroscópicos gritando mientras luchaban para mantener la máquina de guerra en posición vertical.

Un tercer y un cuarto Caballeros se movían a posiciones de fuego. Más empujaban por la posición detrás de ellos.

Mantente en movimiento. No dejes que te fijen en seco.

Horus era el lobo solitario entre el pliegue, tejiendo entre las piernas de sus atacantes. Pero las criaturas de este redil podían aplastarle, quemarle y destriparle. Pies estampando golpearon el suelo plano. Espadas sierras hambrientas más anchas que un speeder Javelin apuñalaron a su alrededor. El látigo de energía del Caballero líder se quebró y fundió una zanja de tres metros de vidrio en la arena.

Horus revoloteó en el mecanismo del pie-garra de un caballero. Agarró el cableado de crucería en su tobillo y dobló las piernas. De cuclillas, saltó tan alto como pudo. Destructora de Mundos conectó y una rodilla explotó. La pierna del Caballero se dobló y dio un paso de borrachos, todos los sistemas de estabilización de poder para mantenerlo en posición vertical.

El caballero se desplomó, su armadura arrugada, el caparazón abierto de par en par. Las llamas envolvieron la máquina caída cuando las células de energía de sus monturas de armas explotaron. Horus vio al piloto gritando en el interior de la cabina mientras ardía hasta la muerte.

Otro caballero cayó, su torso superior detonado en una bola de fuego de color rojo cereza. Horus sintió una oleada de calor que no tenía nada que ver con su destrucción. Un escuadrón de tres Glaives rugió sobre la playa negra, sus

increíblemente poderosos cañones volkite ondularon en una bruma por la descarga reciente.

Los enormes tanques eran variantes Fellblade, ruinosos exigentes de recursos y conocimientos para producir. Sólo con gran renuencia Marte aprobó la ejecución de un tanque legionario que llevase tal arma. Los Lobos Lunares estuvieron entre los primeros en recibir los Glaives, una nueva señal del favor del Emperador.

Más tanques aparecieron detrás de ellos, todos los superpesados. Dos escuadrones de Shadowswords y los primos de la Glaive, los propios Fellblades. Vigas abrasadoras apuñalaron de los cañones volcano y torretas aceleradoras retrocedieron al despachar proyectiles antiblindaje. El ruido era ensordecedor. El eco de las explosiones fue devuelto por los acantilados.

Tres Caballeros fueron casi arrasados, de los cuales un par de piernas fundidas y un par de armas montadas fue todo lo que quedó. Un cuarto alzó su escudo de iones arriba lo suficientemente rápido para desviar toda la fuerza de un proyectil de alta densidad que, sin embargo, le arrancó la totalidad de su brazo y la mayor parte de su hombro en la distancia.

Los Caballeros fueron monstruosamente superados en armas y ellos lo sabían. El cuerno de caza del plomo Caballero disparó una ráfaga ululando y huyeron de vuelta por donde habían venido. Humillado y roto, dejaron la mitad de su número de muertos y en ruinas.

Horus tomó una bocanada de aire con aroma a cordita, dejando que el esfuerzo y la tensión de la lucha se disipara. Sudor aceitoso corría por su cara rubicunda y se agrupó en las ranuras apelmazadas de sangre en su armadura. Su cuerpo estaba corriendo para volver a tejer su carne. Mantener un cuerpo en un tono alto como era agotador. Incluso para un primarca.

Oyó el ruido de servoarmaduras cuando sus guerreros formaron en torno a él, estrellando los escudos en la arena en una obra defensiva improvisada. Él ya sabía que no había necesidad.

La batalla estaba ganada.

Un enlace vox pulsando y colgando de su gorguera después de haber tirado su casco le dijo lo mismo. El golpe de decapitación de Noctua había roto el centro y muy probablemente matado al principal mando enemigo. Justaerin teletransporados y

Reavers Catulan estaban limpiando las trincheras con Ezekyle y Kibre sin mostrar misericordia.

Con el abandono de la línea de defensa, miles de vehículos blindados se movieron por la playa con sangre; Land Raiders, Fellblades, Rhinos, Sicaranos y, finalmente, los quimeras de los auxiliares de Lithonan. Depredadores de todo tipo les siguieron, junto con los tractores, tanques de recuperación, exploradores, y los vehículos de reabastecimiento Troya.

Tropas del Apothecarion invadieron el campo de batalla, recogiendo a los heridos mientras el humo de los bombardeos fue volando hacia el mar. Los fuegos ardían por la multitud de restos de vehículos que cubrían el litoral.

-Un alto precio -dijo Horus cuando Aximand se acercó y clavó su escudo en la arena. Tosió y había sangre en su boca.

-Señor -dijo Aximand. -Señor, ¿Estás herido?

Horus negó con la cabeza antes de darse cuenta de que, sí, estaba herido. Gravemente herido. Extendió la mano y se apoyó en Aximand. La última vez que había estado rodeado de sus guerreros y casi caído había terminado mal para todos.

-Estoy bien, Pequeño Horus.

Los dos sabían que era una mentira, pero estuvieron de acuerdo en ella de todos modos.

-¿Enfrentándote a diez caballeros? -dijo Aximand. -¿En serio?'

-Maté a uno y el resto huyó ante mi visión.

-Más cuando vieron los Glaives y Shadowswords -dijo Aximand.

-Cuidado -dijo Horus, aumentando la presión en el brazo de Aximand una fracción. -Si estaba siendo poco generoso, podría pensar que estabas despreciando esta victoria. "

Aximand asintió, hacer caso a la advertencia de Lupercal y dijo: -¿Estás seguro de que estás bien?

-Estoy mejor que bien -dijo Horus. -Gané.

La arena negra de la costa de Avadon le recordó a Grael Noctua Isstvan V, pero los incendios de promethium que bordeaban la carretera de la playa y la tribuna construida en su borde era puro Ullanor. La noche había caído, pero el cielo todavía estaba cortado por senderos color fósforo brillante de escombros que caían de la órbita.

Storm Eagles y Raptors de Fuego sobrevolaban la zona, como aves de caa con ganas de ser desatados una vez más.

Encaramado en una estrecha península, Avadon estaba envuelto en la oscuridad, con sólo la radiación de la luna reflejada en el océano para describir sus bordes duros. Las luces de torres habitacionales de la ciudad, los monumentos de la legión y mercados fueron extinguidos, sus miles de habitantes se aferrados a la oscuridad y la esperanza de que la Legión pasaría de largo por ellos.

Un ejército de conquista había aterrizado en Damesek, y fue formando alrededor de Avadon, preparándose para avanzar al sur a través del corazón agrícola del continente hacia Lupercalia. Escuadrones de buscadores y reconocimiento estaban ya en el aire, y la inteligencia sobre la disposición de cientos de de miles de soldados de Molech fue inundando de nuevo al mando de la Legión.

El Mournival acompañó al Señor de la Guerra mientras marchaba entre compañías reagrupadas de la Legión. Reparaciones apresuradas le hicieron magnífico de nuevo, aunque ninguna fue provocada en batalla. Caminaba con una leve cojera, imperceptible para la mayoría de los ojos, pero para la mirada calculadora de Noctua era muy obvia.

La tribuna estaba justo delante, construida a partir de las ruinas de fortalezas demolidas de la línea defensiva. Seis Warlords Deathbringers se alzaban detrás de él, cuatro en el grafito y oro de la Legio Vulcanum, dos en el óxido y hueso de la Vulpa. La luz de la luna era reflejada por las pesadas placas de su armadura. Montajes de armas ventilaban los gases de escape como el calor, la respiración animal.

Veintiséis ingenios de las Titanicus aterrizaron en Damesek; once de Vulcanum, seis de Interfector, cuatro de Vulpa y cinco de Mortis, la mayor concentración de titanes que Noctua había visto desde Isstvan III. Los diez Reavers parecían grandes

monumentos en los distritos exteriores manufactorum de Avadon, mientras que seis Warhounds acechaban los bordes de los campos de concentración, como cautelosos perros guardianes.

-Me recuerda al triunfo -dijo Ezekyle, con aprobación.

-Esa es la idea -replicó Lupercal.

-¿No son los triunfos celebrados usualmente después de una campaña? -preguntó Noctua, y el primer capitán le disparó una mirada de enojo. El retraso por su herida a manos de una mortal hizo que para Ezekyle fuese algo que el primer capitán no iba a olvidar a toda prisa.

-A menos que seas uno de la gentuza del fenicia -dijo Kibre.

-Es simbólico, Grael -dijo Horus. -Cuando salimos de Ullanor lo hicimos como siervos del Emperador. Cuando salgamos de Molech seremos nuestros propios amos.

Algo en el tono del Señor de la Guerra le dijo Noctua que no era toda la verdad, pero una mirada de advertencia de Aximand le previno de perseguir el asunto. Él asintió con la cabeza y ocultó una mueca de dolor, ya que se sentía como si alguien estuviera hundiendo una fría hoja de hielo en el pecho.

-¿Grael? -dijo Horus, haciendo una pausa y otorgándole una mirada de soslayo.

-No es nada -dijo. –Culpa mía.

-Por supuesto -gruñó Ezekyle.

Horus asintió y reanudó su marcha.

El apotecario que trató a Noctua al final de la batalla casi había exigió retirarle inmediatamente de la batalla y someterle a una cirugía de implantación de corazón. Noctua negó todo salvo la atención más básica.

Se obligó a mantener el ritmo, sintiendo la fría hoja de dolor penetrar en la cavidad vacía dentro de su pecho. Sintiendo los ojos de otro sobre él, Noctua volvió la mirada del Señor de la Guerra a los guerreros que recubrían su camino.

Ger Gerradon sonrió a Noctua de una manera que le dio ganas de cruzarle el rostro con el puño. Luperci totalmente estandarizados con los ojos lleno de estática

rodearon a Gerradon, muchos más de los que Noctua había visto durante el asalto a Var Crixia.

¿Hasta dónde habían ido Maloghurst y Targost en busca de voluntarios para convertirse en anfitriones de estos asesinos carnívoros de la disformidad?

Gerradon miró por encima de su hombro y levantó las cejas.

Serás uno de nosotros pronto, dijo el rostro.

Nonatos.

Sin carga...

-¿Sabías que tú y esta ciudad compartís nombre, Ezekyle? -dijo el Señor de la Guerra mientras se acercaban a la tribuna. Noctua se apartó de Ger Gerradon y trató de sacudir el pensamiento de que estaba mirando a su futuro.

-¿Lo hacemos? -preguntó el primer capitán.

-Abaddon, quiero decir. Ezekyle se decía que era un antiguo profeta, aunque parece que podría simplemente haber sido testigo de los primeros encuentros de la Vieja Tierra con xenos. He encontrado varias menciones de Abaddon -dijo. -O Apollyon o Avadon, dependiendo de si estás leyendo la Septuaginta o la Hexapla. ¿O era la Vulgata? Así que muchas versiones, y ninguna de ellos se pone de acuerdo.

-Entonces, ¿Quién era Abaddon? -preguntó Kibre. -¿O no lo queremos saber?

Horus se detuvo al pie de la escalera de la tribuna.

-Él era un ángel, Falkus -dijo Horus. -Pero no dejes que el término te induzca a error. En aquel entonces, los ángeles estaban empapados en sangre; la mano derecha de un dios vengativo que los envió al mundo de los hombres a arrasar y matar en su nombre.

-Suena como tú -dijo Aximand, y todos rieron.

Horus subió al estrado, pero el Mournival no le siguió. Este era su lugar, invisible en las alas mientras Lupercal disfrutaba de la adulación. Noctua tomó un momento para mirar hacia los legionarios reunidos.

Los hijos del Señor de la Guerra se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Al menos sesenta mil Marines Espaciales. Por cómputos convencionales, era una fuerza insignificante con la que conquistar un mundo.

Pero esta era la XVI Legión, los Hijos de Horus, y eso era más que suficiente. Era prácticamente excesivo.

El Señor de la Guerra tomó el centro del escenario, con Destructora de Mundos y su garra en alto. Los Warlord Deathbringers desataron explosiones ensordecedoras de sus cuernos de guerra y los miles de legionarios alzaron los puños en el aire a la vista de Lupercal.

-De un mundo de oscuridad, yo traigo demonios y verdugos en forma de lobos.

Horus bajó la maza al suelo y la noche se convirtió en día cuando los Reaver rodeando Avadon abrieron fuego con cada uno de sus sistemas de armas. Desataron un bombardeo continuo de rayos láser, cohetes y plasma hacia la ciudad y todos los seres vivos dentro se consumieron en un holocausto de fuego.

Enlaces vox transmitieron la voz del Señor de la Guerra a través de las bocinas de los Titanes, y su pronunciamiento sacudió los huesos de Noctua.

"Así perecerán todos los que están contra mí."

-Iacton -dijo Loken, de pie en la puerta del compartimiento de la tripulación de la Tarnhelm. Desde su entrada en la disformidad, los Caballeros Errantes pasaron la mayor parte de sus días reunidos alrededor de la larga mesa, intercambiando hazañas y experiencia. Ares Voitek estaba repitiendo una historia del asalto de su Legión a una flota nómada de xenos y seres humanos. Sus servofrenos brazos describían las maniobras de varias naves.

La historia se agotó al ver a Loken.

-Garviel, -respondió Qruze. -Si has venido para terminar el trabajo, no voy a detenerte, muchacho.

-Yo podría -dijo Bror Tyrfingr.

-Lo siento, me perdí la primera vez -rio Severian.

Loken negó con la cabeza. -No estoy aquí para pelear contigo.

-Entonces, ¿Qué quieres?

-Recordar las palabras que le dije a Callion Zaven.

El ex legionario de los Hijos del Emperador le miró al oír su nombre, su atención momentáneamente desviada desde el pulido de su espada hewclaw.

-¿Qué le dijiste? -preguntó Qruze.

-Le dije que teníamos suficientes enemigos ante nosotros como para buscarlos en nuestras propias filas.

-¿Entonces por qué casi matas a Iacton? -preguntó Cayne.

-Cállate, Tubal -dijo Varren, en plena sustitución de los dientes aplanados en su hacha que no había perdido sin embargo una pizca de su nitidez letal.

-¿Qué? -dijo el ex Guerrero de Hierro. -Es una pregunta válida.

-No es el momento -contestó Ares Voitek.

Qruze asintió y sacó las piernas por debajo de la mesa para hacer frente a Loken. A bordo de la nave los legionarios iban sin armadura, y Loken vio la fuerza fibrosa dentro de El Que Se Oye a Medias como el acero templado o duramen avezado. Llevaba un traje de vuelo con mangas y faena muy metido en las botas negras de caña alta.

Su rostro mostraba poco rastro del asalto de Loken, sólo una ligera decoloración de la piel alrededor de su ojo derecho.

-Buenas palabras -dijo Qruze. -Es difícil de vivir cuando la confianza es tan escasa, ¿Eh?

-Por lo que vale, lo siento -dijo Loken, tomando asiento en la mesa.

Qruze desechó sus disculpas y se sirvió un vaso de agua. Le sirvió una copa a Loken, que él aceptó. -He estado esperando ese envite desde que me enteré de que estabas vivo, muchacho.

-Sólo hay una cosa que no entiendo -dijo Loken.

-¿Sólo una? -gruñó Qruze. -Entonces tienes una mejor comprensión de las cosas que yo. ¿Qué es lo que no entiendes?

-Si lord Dorn te ordenó mantener en secreto la existencia de Mersadie, ¿Por qué me hablas de ella en la fortaleza prisión? -preguntó Loken. -Podrías haber abordado simplemente la Tarnhelm y me habría ido sin enterarme.

-Los secretos encuentran la manera de salir -dijo Altan Nohai. -En ese lugar, en ese momento, era justo que Iacton hablara.

Qruze asintió. -Había ido a Titán con Lord Dorn para matar a un hombre.

-¿Quién?

-Solomon Voss, ¿lo recuerdas?

Loken asintió. -Nunca le conocí, pero oí hablar de él en la Espíritu Vengativo.

-Un buen hombre. Demasiado bueno. Creo que por eso Lupercal lo mantuvo durante tanto tiempo antes de enviarlo de nuevo a nosotros. Voss no había hecho nada malo, pero no podía dejársele vivir. Horus lo sabía, sabía que sería un gran peso en el que batiera la hoja. Y como die Altan, los secretos encuentran la forma de salir. Cuanto más grandes son, más probable es que salgan justo cuando no quieres.

-¿Qué tiene que ver Solomon Voss con Mersadie?

Qruze se inclinó sobre la mesa y apoyó los brazos sobre la mesa.

-Voy a ser muy claro para que no haya malos entendidos -dijo. –Pocos de nosotros volverán a enfrentarse al Señor de la Guerra. Las posibilidades de volver con vida son prácticamente irrelevantes. Pensé que merecías saber que aún estaba viva antes de irnos.

Loken se echó hacia atrás, su rostro pétreo. -¿Lord Dorn la matará también?

-Creo que lo consideró.

-¿Qué lo detuvo? -preguntó Rubio.

-Tú eres el Maleficarum -dijo Bror Tyrfingr. -Dínoslo.

Rubio disparó a Bror una mirada de irritación, pero la virtud Ultramarine le impidió intercambiar insultos con el fenrisiano.

-Compasión -dijo Zaven, dejando su espada. -No es una virtud que había esperado del Señor de los Puños, pero tal vez él no está tan tallado en piedra como todos pensamos.

Qruze dijo, -Al primarca le dolió ejecutar a Solomon Voss más de lo que sabes. Otra cifra que añadir a la factura del carnicero de Lupercal. Más sangre en sus manos.

Se quedaron en silencio hasta que Loken retiró la caja de presentación que Mersadie le había dado. La colocó sobre la mesa y deslizó hacia Qruze.

El Que Se Oye a Media reconoció y observó la caja con cautela.

-¿Qué es eso?

-No lo sé. Mersadie dijo que tenía que dártela.

-Bueno abrirlo por el amor de Trono -dijo Varren cuando Qruze no hizo ademán de tocar la caja. -No nos tendrás en suspenso sangriento.

Qruze abrió la caja y frunció el ceño con perplejidad. Sacó un disco prensado de cera roja endurecida colocado en una larga tira de papel sellado amarillento.

-Un Juramento de Momento -dijo Tubal.

-Es mío -dijo Qruze.

-Por supuesto que es tuyo -dijo Bror. -Loken te lo acaba de dar.

-No, quiero decir que es mío -dijo Qruze. -Hice este, hace mucho tiempo. Reconozco mi propio trabajo de sellado cuando lo veo.

-¿Para qué acción hiciste ese juramento? -preguntó Tubal Cayne.

Qruze negó con la cabeza. -Ninguna acción. Está en blanco. Hice esto en los días previos a la campaña de Isstvan, pero nunca fui juramentado para esa pelea.

-¿Se lo diste a Mersadie? .preguntó Loken.

-No, estaba en mi cámara de armas -dijo Qruze, manipulando el sello en sus manos nudosas. -¿Dijo la señorita Oliton algo acerca de por qué iba a tener esto?

-Ella dijo que para recordarte que ya no eras El Que Se Oye a Medias, que tu voz sería escuchada más fuerte que cualquier otra de la Legión.

-¿Qué significa eso? -preguntó Ares Voitek.

-Maldita sea si lo sé -dijo Qruze. -Garviel ¿Qué más te dijo?

Loken no respondió, mirando a la silueta de una forma encapuchada en las sombras que supo que ninguno de los demás vería. La figura negó con la cabeza lentamente.

-Nada -dijo. -Ella no dijo nada más.

CATORCE
La Flecha de Apolo
Baja
Complejo Elektra

Ophir pertenecía a la Guardia de la Muerte. Sus refinerías, molinos y pozos promethium ahora estaban esclavizados a la voluntad de Mortarion y cohortes del Mechanicum del Señor de la Guerra. Los incendios habían sido contenidos, el daño reparado, y diez horas tras el asalto de la Legión XIV, la infraestructura de Ophir era completamente funcional.

Escuadrones de petroleros fueron reunidos, llenos de precioso combustible para las flotas de Land Raiders, Rhinos y carros de combate retumbando en podios de permacemento agrietado. Diez mil guerreros de la Legión estaban listos para marchar hacia el oeste, a los campos de batalla, pero había un problema.

Nueve mil kilómetros de selva densa.

Nueve mil kilómetros de peñascos, colinas ondulantes, espinas estriadas y cuencas fluviales hundidas. Al igual que el Arduenna Silva de la Vieja Tierra, los generales de Molech creían que las selvas de Kush eran absolutamente impenetrables y por lo tanto sólo un antiguo muro les guarnecía contra un asalto por ese eje. Su nombre local era la Línea Preceptora. Los augures orbitales revelaron una presencia imperial insignificante sobre ella.

Pero donde los generales de la Vieja Tierra habían demostrado que estaban equivocados, los de Moloc tenían razón para creer en las selvas como barrera infranqueable. El terreno era bastante malo, pero las bestias asesinas morando en su interior llenaban de pavor; bandadas nómadas de azdárchidos, mallahgra o grupos de depredadores territoriales o xenosmilus.

Y esos eran los más pequeños de los grandes monstruos que se rumoreaba habitaban en el corazón oscuro de la selva.

Un Rhino solitario partió de los cientos de vehículos de la Guardia de la Muerte retumbando en el borde la selva. No tenía nada especial en su apariencia, su casco era viejo y lleno de cicatrices por daños. Carecía de las monturas de bólters en la cúpula, y la heráldica de la Guardia de la Muerte parecía haber sido quemada en la lucha para apoderarse de Ophir. Pasó entre las altas torres levantadas para vigilar la selva y desapareció de su vista.

El vehículo solitario siguió la línea de un antiguo sendero de caza una vez utilizado por la Casa Nurthen hasta que el último de esa línea fue asesinado cuando un mallahgra toro destrozó el Caballero durante la temporada de apareamiento. Cubierto de vegetación y desfavorable para todo lo que no fuese un vehículo oruga, el camino era casi posible.

El sonido y la vibración de su motor no podían dejar de llamar la atención. Un grupo de xenosmilus espinados acechó el Rhino, una mezcla muscular de dientes de sable y cocodrilo, con piel camaleónica y un apetito voraz por la carne.

El líder de la manada era una bestia monstruosa con espinas como lanzas y colmillos como espadas. Igualaba al Rhino en volumen, y su piel se ondulaba con las sombras moteadas de la selva y los rayos fugaces de luz solar. A medida que el Rhino siguió el rastro a lo largo del borde de una pendiente rocosa, el grupo accionó su trampa. Tres bestias corrieron en desde los flancos. Chocaron con los hombros contra el Rhino, arañando su casco y el metal con garras amarillentas.

El líder de la manada saltó de su escondite y con patas como martillos sacó al vehículo de la ruta. Este se inclinó sobre un costado y rodó por la pendiente en lo que había sido una cuenca fluvial.

Ahora era una zona de muerte.

El resto de la manada cayó sobre el, desgarrando la sección inferior de Rhino ahora expuesta y pelando su armadura como el papel. Antes de que pudieran arruinar por completo el vehículo, una escotilla ampliada se abrió de golpe en su cara y una figura voluminosa pisó la cuenca seca.

Encerrado en un exo-traje totalmente sellado, destinado al mantenimiento interno de los reactores de plasma, y que había sido el precursor de la armadura de exterminador la figura estaba justo ante las fauces del líder de la manada.

Dientes en forma de gancho en lo profundo de las mandíbulas de la bestia serraron capas de adamantium y ceramita. El grueso blindaje gimió, pero el monstruo no saboreó carne. Rugiendo de ira, el xenosmilus giró su cabeza y arrojó a la figura a una caída de rocas. Las rocas se quebraron, pero armadura aguantó.

El ocupante del Rhino se levantó suavemente como si estar siendo arrojado como una muñeca de trapo por enormes depredadores no tuviera consecuencias para él. El grupo abandonó el Rhino y formó un círculo. Saliva cáustica goteaba de sus mandíbulas.

El guerrero con armadura se acercó y abrió una compleja serie de pernos de fijación y sellos de vacío. Se quitó el casco y lo dejó caer al suelo. La cara revelada era un flujo constante entre la vida y la muerte, de piel podrida a carne de carroña y luego regenerándose entre respiraciones.

-¿Una jauría de cazadores? -dijo Ignatius Grulgor. -Decepcionante. Tenía la esperanza de algunos de los animales más grandes.

El xenosmilus no atacó. Sus espinas se irguieron cuando olió la corrupción en esta presa-cosa. Una carne tan mala que incluso los carroñeros no la tocarían.

Los altos juncos que rodeaban a Grulgor murieron primero, una ola segadora de muerte que convirtió el suelo negro con vegetación podrida. Exhaló toxinas, plagas, bacterias y cepas virales una vez prohibidas en una edad más temprana, pero que la codicia del hombre permitió perdurar.

Su propia respiración volvió el aire en un arma letal.

El líder de la manada se derrumbó, tosiendo fajos necróticos de materia pulmonar en descomposición. La carne se derritió entre sus huesos en un instante, como un video de descomposición puesto en avance rápido. El grupo murió con él mientras

Grulgor extendió el alcance del Devorador de Vida, creciendo exponencialmente más fuerte con cada aliento que no era aliento.

La selva estaba muriendo a su alrededor. Los árboles se derrumbaron en masas de descomposición en un santiamén. Los Ríos pasaron a ser polvo y la vegetación supuró gases.

Él era la zona cero, el paciente cero y cada vector imaginable.

Su toque era la muerte, su aliento era la muerte y su mirada era la muerte. Por donde él caminaba, la selva moría y nunca crecería de nuevo.

Ignatius Grulgor era el Devorador de Vida con conciencia, una pandemia andante. Un dios de la peste que rivalizaría con el Nosoi de la locura de Pandora o el terrible Morbus de los Romanii.

Lo que había sido una jungla impenetrable se estaba disolviendo como el hielo ante un lanzallamas. Miles de hectáreas se hundieron y fluyeron alrededor del hijo renacido de Mortarion como cera derretida.

Ignatius Grulgor recogió su casco y regresó al Rhino, que ahora estaba sentado en un pantano de vegetación cancerosa. Su carne impregnada de disformidad fue fácilmente capaz de enderezar el vehículo y sus orugas se estrellaron en una alfombra empapada de la materia purulenta.

Donde antes podía ver apenas diez metros en cualquier dirección, ahora el horizonte retrocedía en la distancia mientras extendía su corrupción rampante a su máxima extensión.

Ignatius Grulgor volvió a subir al Rhino y continuó conduciendo hacia el oeste sobre un terreno baldío y pestilente de decadencia.

Cincuenta kilómetros atrás, la Guardia de la Muerte siguió.

El suelo de galeno de Noama Calver estaba inundado de sangre, derramada de lado a lado con cada maniobra que su conductor se vio obligado a hacer. Construido a partir de un chasis Samaritano extendido, el interior del Galeno estaba equipado con un quirófano completo y veinte literas bajas.

Cada una de esas camas estaba llena dos veces. Alrededor de un tercio de los soldados que llevaban estaban muertos. Kjell la mantuvo instando a deshacerse de los cadáveres, pero Noama se tiraría antes por la parte posterior que abandonar a sus hijos así. Su uniforme de capitán cirujano se suponía que era de color verde pálido, pero estaba empapada en sangre del pecho hacia abajo. Gotas rubíes de salpicaduras forraban una piel caoba que estaba demasiado pálida por la falta de sueño y demasiados largos días en las salas medicae. Ojos que habían visto demasiados niños morir, estaban cargados de pesar y recordaban cada uno de ellos.

El Galeno Medicus Móvil era un vehículo oruga pesado tan ancho y largo como un superpesado. Pero a diferencia de casi todos los otros superpesado, tenía un tiro decente de su motor. Que por lo general podía sacar a los heridos del peligro, pero aún había un montón de cosas que podían moverse más rápidas que ellos.

Nada de lo que pudiera hacer al respecto, así que su lugar se concentró en el asunto en sus manos.

Ella y el teniente Kjell había sacaron al soldado de los restos de un Baneblade cuyo motor explotó noventa kilómetros al sur de Avadon. La identificación dijo que su nombre era Nyks, y sus ojos de adolescente le recordaron a su hijo que estaba fuera de este mundo en el 24o Firescions de Molech.

Esos mismos ojos le suplicaron que salvara su vida, pero Noama no sabía si podía. Su vientre se había abierto por un fragmento de metralla al rojo vivo y el promethium quemó una piel que se deslizó sobre su pecho como el barro húmedo.

Pero eso no era lo que iba a matarlo. Ese honor particular iría a la arteria celíaca seccionada en su abdomen.

-¡Él no lo va a conseguir, Noama! -gritó Kjell sobre el rugido de los motores. -Necesito ayuda por aquí, y este si puede vivir.

-Cállate, teniente -espetó Noama, agarrando finalmente la arteria retorciéndose. -No voy a perder a este. Puedo conseguirlo.

El vaso sanguíneo reluciente se retorció en su agarre como una serpiente hostil. El Galeno se mecía y su agarre se aflojó por una fracción de segundo.

-¡Maldita sea, Anson! -gritó cuando la arteria se deslizó de nuevo en el cuerpo del soldado. -¡Mantente nivelado, maldito idiota del Trono! ¡No me hagas ir hasta allí!

-Inténtelo, señora -dijo Anson sobre la vox, -pero es un poco difícil viajar a esa velocidad y con todo este tráfico.

Cientos de vehículos huían de la matanza en Avadon, en dirección al campamento armado formando 600 kilómetros al sur, alrededor de Lupercalia. Regimientos de bases a lo largo de los bordes de las estepas Tazkhar y los hinterlands del este alrededor de la Línea Preceptora ya se estaban congregando en Lupercalia, con más en marcha todos los días.

Todo esto está muy bien. Suponiendo que llegasen tan lejos.

Mediante fragmentos de conversaciones por vox y los labios de los hombres heridos, supo que los titanes enemigos los perseguían. Noama puso poca fe en esa conversación. Es más que probable que los rumores fuesen el típico pesimismo.

Al menos eso esperaba ella.

-¿Vamos a hacerlo, capitán? -preguntó Kjell.

-No me pregunte esas preguntas estúpidas -le espetó. -Estoy ocupado.

-Los Hijos de Horus nos van a atrapar, ¿Verdad?

-Si lo hacen me aseguraré de que lo sepas -dijo Noama.

Había oído a un hombre sin brazos y piernas afirmar que los titanes de las tres legios estaban en marcha para salvarlos, pero no sabía si eso era la fantasía de un hombre moribundo o la verdad. Sabiendo lo que sabía de las cosas que los hombres y las mujeres decían en sus momentos más llenos de dolor, Noama se inclinó por lo primero.

-Vuelve aquí, pequeño bastardo escurridizo -dijo Noama, presionando sus dedos en el cuerpo del soldado. Ella agarró la arteria. -Puedo sentir al pequeño cerdo, pero me está costando su trabajo.

Sus dedos se cerraron en el vaso sanguíneo roto, y pinzas de sutura finas surgieron de su guante medicae para sellarlo.

-Te tengo -dijo ella, sujetando la arteria en sus lugar con giros hábiles de sus dedos. Noama se detuvo y, satisfecha de que la peor de las lesiones que amenazaban la vida

del chico estuviese abordada por ahora, trajo al sirviente de enfermería implantado con un comando sub-vocal.

-Sella y envuelve esas quemaduras en geles antisépticos -dijo. –No he evitado que la hemorragia continúe sólo para que él muera a causa de una maldita infección, ¿Entiendes? Bien, ahora comprueba su presión arterial, y quiero saber si comienza a necrosar. ¿Entendido?

El sirviente reconoció sus órdenes y se puso a trabajar.

Noama se trasladó al siguiente soldado horriblemente herido.

-Bien -dijo. -¿Has estado en las guerras no?

Los dos Warlords gemelos de la Legio Fortidus salieron de las cavernas tenebrosas de las Profundidades de Zanark seguidos de los últimos de su Legio. La fuerza de Princeps Uta-Dagón contaba dos Warlords y cuatro Mastines. En la mayoría de los campos de batalla sería suficiente potencia de fuego para llevar fácilmente el día.

Contra la fuerza sobre el auspex de objetivos amenazando Uta-Dagón sería escupir en el ojo de la tempestad.

Cuando llegaron las noticias de la guerra civil en Marte, Uta-Dagón asumió que sus hermanos Titanicus estarían en el corazón de la lucha, junto con los leales al Emperador. Sólo más tarde, a medida que más datos surgieron de la catástrofe que envolvía el Planeta Rojo emergió la verdad.

Ellos eran todo lo que quedaba de la Legio Fortidus.

Al final, sin embargo, no cambió nada.

Molech estaba en guerra, y el arquitecto de la fatalidad de su Legio estaba delante de ellos.

Uta-Dagón flotaba dentro de su ataúd amniótico dentro de la sección de la cabeza de Venganza Roja, el titán Warlord había pilotado durante ochenta años y cuyo nombre había cambiado después de un vívido sueño despierto en el Colector. Su hermana princeps, Utu-Lerna igualmente se había visto obligados a cambiar el nombre de su titán, un Warlord cuya nueva designación era Bloodgeld.

Tiempo ha desde que Uta-Dagón sacrificara sus ojos orgánicos al servicio de la Legio, pero los auto-sentidos de Venganza Roja interpretaron el cielo de un rojo intenso.

<Un buen cielo bajo el que morir> -dijo Utu-Lerna, leyendo sus pensamientos a través del Colector como hacía a menudo. Gemelos cuyos cables habían sido cortados por las lluvias de Pax Olympus, su nacimiento fue visto como auspicioso. Lo que se demostró cuando ambos fueron tomados como niños por los Collegia Titanicus.

<Venganza Roja y un cielo rojo.>

<Para el Planeta Rojo> -terminó Utu-Lerna.

Naves ardientes vetearon el cielo. ¿Vieron sus hermanos en Marte cielos como éste antes de morir? Así lo esperaba, porque bajo un cielo como este la Legio nació, luchando en el Valle Dyzan contra el resurgente clan Terrawatt.

<Los veo, hermano> -dijo Utu-Lerna. La visión de combate de Bloodgeld era más aguda que la de Venganza Roja y Uta-Dagón había aprendido a confiar en las interpretaciones de los sentidos del ingenio de su gemelo.

Momentos después Uta-Dagón también les vio. Quince motores en el horizonte borro por la estática, avanzando al sur en busca de los supervivientes de Avadon. Una gran columna de vehículos blindados invadieron los pies de los titanes. Los carroñeros siguiendo a los depredadores.

En tres minutos o menos, los titanes enemigos estarían en el rango de las fuerzas imperiales en retirada. Miles morirían a menos que se les diera a los perseguidores un objetivo más tentador.

Uta-Dagón oyó una toma de aire detrás de él y torció su forma seca alrededor del ataúd lleno de líquido. Ur-Nammu también los había visto, su rostro casi humano delineado por el suave resplandor del auspex de amenazas. Al igual que Uta-Dagón, el belicista era del Mechanicum. No era capaz de comandar, y sin embargo había decidido morir con sus hermanos y hermanas.

<No debes tener miedo, Ur-Nammu> -dijo el princeps. <Hoy vamos a unirnos a nuestros hermanos en la muerte.>

-No temo a la muerte, mis princeps -dijo Ur-Nammu, antes de corregirse a sí misma y presentar su respuesta en el colector. <Me temo que no voy a serte de ayuda para la próxima pelea.>

<Tu presencia aquí me honra,> -dijo Uta-Dagón. <Eres lo que otros en los Titanicus llaman un ejecutor fetial, ya que puedes moverte libremente entre las legios. No tienes ninguna necesidad de morir en mi ingenio.>

<¿Dónde más podría desear morir?> -preguntó Ur-Nammu y la simple honestidad de su peralte no necesitó respuesta.

Los princeps volvieron su atención hacia el campo de batalla acercándose, sus contornos vectoriales y características más destacadas formándose en la interfaz dentro de su cráneo. Los registros del Colector identificaron rápidamente los ingenios traidores.

Reavers: Estela de Pavor, Mano de Ruina y Myrmidion Rex de la Legio Mortis; El Silencio de la Muerte y Pax Ascerbus de la Legio Interfector, apodados los Señores Asesinos después Isstvan III. Fauces de la Noche de la Legio Vulcanum.

Mastines: Kitsune y Kumiho de la Legio Vulpa, Venataris Mori y Carnophage de la Vulcanum.

Y luego Warlords: Máscara de Ruina, Talismanik, y Recompensa de Ira, también de la Vulcanum. La Espada de Xestor y Señor Fantasma de la Legio Mortis.

Los datos sobre los ingenios enemigos fluían alrededor de Uta-Dagón, combates librados, tasa de muertes, perfiles de mantenimiento y registros de daños. En una lucha inminente, estos detalles podrían significar la diferencia entre la victoria y la derrota. Aquí eran innecesarias. La oportunidad de hacer tal vez un poco más de daño antes de ser destruidos.

<Nos ven, hermano> -dijo Utu-Lerna.

<Velocidad de flanqueo> -ordenó Uta-Dagón, y sus sacerdotes Mechanicum llevaron el reactor a un nivel más alto. Venganza Roja aumentó su ritmo, sus pisadas atronadoras agrietaron el suelo y destruyeron maglevs donde no había espacio suficiente para evitarlos.

Uta-Dagón sintió un calor intenso hinchar sus miembros fantasmas mientras sus sistemas de armas se cargaban para disparar. Su brazo derecho tenía el poder abrasador de un cañón Vulcan, su izquierda el puño cerrado de un cañón Hellstorm. Sintió el paso de decenas de misiles moverse a través de su cuerpo de hierro y ser tendidos en los lanzadores de su caparazón.

<Los Warhounds se mueven para envolvernos, hermana.>

<Nos creen lamentables, hermano.>

<¿Vamos a desengañarles?>

<No, vamos a jugar como la Legio lisiada que piensan somos> -dijo Utu-Lerna, con lo que pudo oír como una sonrisa en su rostro fantasmal.

<Siempre has tenido las mejores ideas, hermana> -dijo Uta-Dagón.

Se llamaba a sí mismo el Teratus, aunque el Colector del Venganza Roja lo había identificado como Pax Ascerbus, un Reaver de la Legio Interfector. La sangre era su nuevo aceite, la sensibilidad de un millón de trozos de disformidad su médula y su espíritu-máquina corrupto era un engendro aullante, que veía en la muerte otra forma de lujuria.

Con cuatro Warhounds a sus pies, se acercó con propósito sombrío hacia la Legio Fortidus. Talismanik y Señor Fantasma marcharon a sus espaldas, y todo el poder de Teratus fue desviado de su sistema para mantenerse en cabeza de los motores más grandes. Aullaban para frenar su avance, para rematar a la Legio condenada, pero la Teratus les hizo caso.

Los motores de la Fortidus corrían apenas a mitad de potencia, despertados antes de tiempo y sin la consagración adecuada. Demasiado tiempo en reposo habían reducido los fuegos de sus reactores a brasas. Los escudos de vacío aún echaban chispas por la ignición de emergencia y su caminar era la plomiza propia de un condenado a muerte de camino a su ejecución.

Los Mastines rodeando los dos Warlords eran especímenes pobres. Cautelosos, cuando deberían ser agresivos. Manteniéndose cerca de los ingenios más grandes donde deberían estar los duelos con sus homólogos.

<Patéticos mini motores> dijo, y las cosas-carne Moderatis posándose en los compartimentos de armas se estremecieron ante las púas (scrapcode-atado) en el peralte. <La muerte de su Legio los ha roto. Matarlos será misericordia.>

Envió a sus propios Warhounds a destruir a los exploradores de la Fortidus con una orden por impulsos a través del Colector. Cuernos de guerra rebuznaron y los cachorros deseosos se lanzaron hacia delante. Tejieron dentro y fuera de la trayectoria de cada uno, con ganas de reclamar la primera muerte.

El Teratus aumentó su zancada, inconscientemente tratando de igualar el ritmo de los motores más pequeños. La diferencia entre éste y los siguientes Warlords se hizo más amplia.

Fuego extenso martilleó entre los titanes exploradores. El Teratus lo ignoró. Desnudar colmillos, nada más. Advertencias brillaron en el borde de su percepción. Las subidas de tensión, las advertencias de fusión. Bengalas de emisión. Al principio no tenían sentido.

Luego, con un pulso repentino de conciencia, se dio cuenta de cómo había sido engañado, su propio sentido de la superioridad haciéndole ver lo que quería ver.

Ninguno de los ingenios de la Fortidus estaba tan debilitados como aparecieron por primera vez. Sus reactores volvieron a la vida con inyecciones de plasma de gran volumen. Una maniobra arriesgada y terminal que terminaría la vida útil de un reactor en una nova final de brillo abrasador. Los sistemas de armas brillaban con poder y abrieron fuego en el mismo instante.

Kitsune y Kumiho sufrieron primero. Salvas chillonas de Hellstorms fuego los despojaron de sus escudos de vacío. Cañonazos precisos de los Vulcan incineraron los compartimentos de sus princeps y dejaron sus extremidades pateando la tierra. Venataris Mori y Carnophage se dispersaron con la primera lluvia de disparos, pero no lo suficientemente rápido. Venataris Mori cayó con una pierna arrancada y Carnophage horadó un surco cien metros con su dosel cuando sus giroscopios sobrecompensaron las desesperadas maniobras evasivas de sus princeps.

<¡Muerte de Ingenio!> sonó por el canal vox abierto por el Colector de la Legio Fortidus. El Teratus gritó y sus criaturas Moderati aullaron de dolor. Desviaba energía de propulsión para los escudos de vacío delanteros. Demasiado poco, demasiado tarde.

Mientras que los Warlords de la Fortidus estaban matando a los exploradores del Teratus, los suyos corrieron hacia delante, con las cabezas bajas y las armas de fuego listas. Chacales con la esperanza de derribar a un leviatán de la tierra. Fuego Turbo, de cañones rotatorios y misiles rampantes derribaron los escudos de vacío del Teratus entre verdeantes bengalas de descarga.

Pero los titanes exploradores no podían matar a uno de combate y sobrevivir.

El Teratus volvió su cañón rotatorio en su atacante más cercano. Los Mastines eran rápidos y ágiles, pero nada podía correr más rápido que los disparos.

Una tormenta de proyectiles incendiarios destruyó sus escudos y se tambaleó en un cañoneo feroz. Despojado de sus escudos y velocidad era un pez fuera del agua. Un pulso de choque de melta redujo la cabina de su princeps a escoria subatómica.

Misiles autoguiados fueron lanzados del caparazón superior del Teratus y derribaron a otro Warhound. Sus piernas se agitaron a medida que trató de enderezarse. El Teratus estrelló su vasto pie en el suelo. La enorme masa del Warlord lo aplanó.

El Teratus se alimentó del grito de muerte de su víctima, drenando la energía binaria en su Colector dañado. Sus cuernos emitieron un rugido triunfal. Sus escudos estaban fallando, pelados por el fuego inmisericorde de los dos Warhounds restantes. El Reaver dio un paso atrás cuando un bombardeo combinado de los cañones Hellstorms de los Warlords que avanzaban derribó la última capa.

Los Mastines eran depredadores solitarios consumados, pero también eran cazadores grupales superlativos. Se lanzaron, castigando con sus armas la vulnerable sección trasera del Reaver. La armadura en su carcasa del reactor comenzó a desprenderse.

Signos de advertencia pasaron por su mente. Fugas de refrigerante, evacuación de plasma. Dio otro paso hacia atrás, sabiendo que tenía que enlazar con los titanes del Señor de la Guerra que tanto había deseado superar. Su pierna derecha quedó paralizada, fundida por el fuego repetido de los dos Mastines. Las articulaciones y los servos estaban en llamas, y ninguna cantidad de control de daños podría liberarlos.

El Teratus observó a los dos Warlords de la Legio Fortidus acerarse.

Sintió sus armas fijar a la Pax Ascerbus en la mira, sintió el poder infundido en los templos-hangares sangrientos huir de su carne ferrosa.

Fijó sus propias armas a cambio.

<Venid> -dijo el Teratus. <Moriremos juntos.>

La amenaza de dos Warlords en el flanco ahora llegó a ser demasiado serio como para ignorarlo, y los titanes traidores interrumpieron su persecución de los defensores de Avadon para aplastar a los ingenios imperiales.

Dejando los cadáveres ardientes del Teratus y los Mastines en su estela, Venganza Roja y Bloodgeld se adentraron en las fauces de Talismanik, Señor Fantasma, Myrmidion Rex y Máscara de Ruina.

Al final, se tardó tres horas para que el último ingenio de la Legio Fortidus cayese.

Venganza Roja y un cielo rojo.

Por el Planeta Rojo.

Cebella Devine había perdido hace mucho tiempo cualquier placer que pudiera haber obtenido una vez en atormentar a su hijastro. La esperanza de Albard había muerto primero, luego su expectativa de muerte. Sabía que podían mantenerlo con vida indefinidamente.

La pesadilla de su existencia continuada erosionó su cordura hasta el punto que sus púas fríamente construidas cayeron en oídos sordos. Ella lo habría matado hace mucho tiempo, pero el primogénito llevaba la línea de sangre. Los tratamientos de Shargali-Shi sólo funcionarían con los fluidos vitales de la línea de sangre.

Cebella desestimó a los sacristanes a la puerta de Albard.

Algunas intimidades eran solo para una madre.

El fuego holográfico ardía en la chimenea, proyectando su calor e iluminación ficticios alrededor de la cámara sombría. Había venido aquí tan a menudo que podía

distinguir las llamas individualmente y decirle cuánto tiempo permanecían antes de que el ciclo se repitiera.

Se apartó de la luz fantasmal cuando una línea de sangre empañó de lágrimas la esquina de su ojo. El brillo era ofensivo, y sólo inyecciones regulares de elastines complejos y mallas de papel cristalino dentro de sus globos oculares le permitieron ver en absoluto. La gotita corría por la piel de tambor de la cara de Cebella, pero ella no la sentía. Su piel había sido injertada, estirada y cortada tantas veces que prácticamente perdió toda sensación.

El hedor dentro de las cámaras de Albard era, sin duda, fétido, pero al igual que sus percepciones táctiles, sus sentidos olfativos también se habían atrofiado. Shargali-Shi había prometido restaurar y mejorar sus facultades, y cada procedimiento la trajo más cerca de la perfección que una vez había poseído.

La plata de su exo-esqueleto brillaba a la luz del fuego, y Albard se levantó de su silla de pieles y putrefacción. La saliva goteaba desde un lado de la boca y su enmarañada barba descuidada, pero su ojo orgánico era más claro de lo que había sido durante mucho tiempo.

La visita de Raeven le había galvanizado.

Bueno. Tenía necesidad de ventilar el dolor de su aflicción en otro.

Un cráneo cerrado, en forma de cuña se levantó de detrás de la silla de Albard y una lengua bífida probó el aire. Shesha, naga de su ex marido. Silbó y se hundió de nuevo a su profundo sueño, tan decrépito e inútil como su maestro actual.

-Hola, Cebella -dijo Albard. -¿Es la hora?

-Lo es -respondió ella, de rodillas junto a él y poniendo sus manos aumentadas enfundadas en su regazo. La suciedad incrustada en su colcha le repugnó. Parecía que se había ensuciado, y por una vez se alegró de que ya no pudiera oler cosas.

-¿Dónde está Lyx? -preguntó, su voz frágil y quebradiza. -Normalmente es ella la que juega a ser vampira.

-Ella no está aquí -dijo Cebella.

Albard dio una tos seca y persistente que se convirtió en bufidos de risa.

-¿Permanece al lado de su marido mientras él lucha por Molech?

-Algo así -dijo Cebella, sacando un trío de viales de amatista y un colmillo de naga hueco de entre los pliegues de su vestido.

Las risas sibilantes de Albard murieron a la vista de los viales, y de no haber tomado el riesgo de rasgar la piel hasta llegar a sus oídos, Cebella habría sonreído.

Ella movió la colcha a un lado para revelar las piernas desperdiciadas u escuálidas de Albard. Las úlceras por presión y las marcas de pinchazos corrían a lo largo de la cara interna del muslo, la piel alrededor de ellas era costrosa y cruda.

-¿Los sacristanes limpian estos? -preguntó.

-¿Tienes miedo de que pueda contener una infección y envenenarte?

-Sí -dijo ella. -La línea de sangre debe ser pura.

-Incluso la palabra pura suena sucia en la boca.

Cebella levantó el colmillo de naga y la llevó a la poca carne que quedaba en la pierna de Albard. La piel formaba hoyuelos como vitelas curados, y venas púrpuras se destacaban como caminos en un mapa.

Albard se inclinó hacia delante, y el movimiento fue tan inesperado que Cebella se estremeció por la sorpresa. Habían pasado años desde que había visto a su hijastro mover más que los músculos de su cara. Ella estaba segura de que no podía moverse en absoluto.

-Lyx por lo general me pincha con las hazañas de Raeven -dijo Albard, y había un borde de burla en su tono que hizo Cebella querer cortarle su garganta, aquí y ahora. -¿No vas a hacer lo mismo?

-Tú mismo lo dijiste, tu hermano lucha por Molech -dijo ella, su voz plana.

-No, no, no –rio Albard. –Tal y como lo he escuchado, mi hermanastro dejó dos de sus hijos muertos en Avadon. Una terrible vergüenza.

Cebella se lanzó hacia delante, dispersando los tarros. Con sangre o sin sangre, iba a matarlo. Lo secaría por la yugular.

-¡Mis nietos están muertos -gritó ella, la sangre acumulada volando cuando la piel en las comisuras de su boca dividida. Su mano le agarró por el cuello.

-Espera -dijo Albard, mirando por encima del hombro. –Mira.

Cebella volvió la cabeza cuando la mano de Albard pulsó algo debajo de su colcha. El fuego holográfico explotó con cegadora luminosidad, y Cebella gritó cuando la luz apuñaló sus delicados ojos como agujas calientes.

-Shesha no tiene aquí ningún veneno para cegarte -siseó Albard. -Así que esto tendrá que servir.

Cebella le arañó la cara. Lágrimas rojas rayaron sus mejillas y trató de levantarse. Tenía que huir, tenía que llegar a sus sacristanes para llevarla al valle escondido de Shargali-Shi.

La mano de Albard se levantó de su colcha y se apoderó de ella.

Cebella miró con sorpresa al ver a Albard a través de un velo de gasas de color rojo. Su agarre era firme, inquebrantable. Su piel se agrietó y la sangre hedionda rezumó de entre los dedos.

-¿Sus nietos? -continuó Albard. -La matrona debería haber estrangulado a esos monstruos puros con sus cuerdas umbilicales aún húmedas. Ellos no son mejores que las bestias que una vez cazamos... ¡todos vosotros sois monstruos!

Luchó en su agarre. La piel tensa fue arrancada a lo largo de su antebrazo. La ira se sobrepuso a su sorpresa y recordó el colmillo de naga en su otra mano. Ella lo empuñó y le apuñaló por donde creía que estaba su cuello.

El colmillo le apuñaló en el hombro, pero también estaba envuelto en pieles por lo que dudaba que atravesara su carne descascarillado. Ella luchó para alejarse, pero la locura dio fuerzas Albard. Un dolor desconocido, impactante, floreció cuando la piel de su brazo se abrió hasta su hombro. Se desprendió del músculo bajo el, como un consorte debutante desprendiéndose de un guante de ópera.

El horror la inmovilizó en su lugar cuando Albard tiró la funda de piel que había arrancado de su brazo. Él la agarró por la estructura ósea del exo-traje usando su peso para hacer palanca, arrastrándose hasta el borde de la silla con una mueca de esfuerzo feroz.

El fuego se atenuó y vio algo brillando en la otra mano.

Una cuchilla de algún tipo. ¿Un bisturí? Ella no podía asegurarlo.

¿De dónde había obtenido Albard un bisturí?

-Lyx goza de mi dolor -dijo Albard como si se hubiera hecho la pregunta en voz alta. -Ella sabe lo que me duele, pero no es demasiado exhaustiva en recoger sus pequeños juguetes.

El escalpelo cortó en dos fintas rápidas.

-He aprendido mucho sobre el sufrimiento de mi puta esposa .dijo Albard. -Pero no me importa mucho su sufrimiento. Sólo quiero que te mueras. ¿Puedes hacer eso por mí, zorra? ¿Puedes morir por favor?

Ella trató de responder, maldecirlo a una eternidad de dolor, pero tenía la boca llena de líquido. Un líquido metálico amargo, rico. Ella levantó el colmillo de naga como si todavía pudiera matar a su asesino.

-En realidad, mentí -dijo Albard, cortando con el bisturí cuidadosamente los tendones de su muñeca. El colmillo cayó al suelo mientras su mano se relajó. -Me preocupo por vuestra aflicción.

Cebella Devine se dejó caer sobre sus rodillas, convulsionándose mientras sus arterias bombeaban litros de sangre en el regazo de Albard. El exo-traje tembló y se contrajo mientras luchaba para interpretar las señales provenían de su cerebro moribundo.

Con el tiempo dejó de intentarlo.

Albard observó la vida huir de los ojos dibujados en sangre de Cebella y dejó escapar un suspiro de polvo que había estado guardando en el interior durante más de cuarenta años. Empujó el cadáver de su madrastra a su regazo y reunió sus fuerzas. Casi había sido demasiado luchar contra ella. Era poco más que un lisiado, y sólo el odio le había dado la fuerza para matarla.

Mirando hacia el cuerpo muerto parpadeó cuando, sólo por un momento, vio el cadáver de un mallahgra. Los puntales de acero de la armadura se convirtieron en los

huesos, los ropajes peludos se convirtieron en piel animal. La máscara facial demasiado apretada de Cebella eran las fauces de escarabajo del depredador de montaña que tomó su ojo y lo maldijo a este aumento que llenaba su cráneo con constantes rebabas de estática.

Y entonces ella fue Cebella de nuevo, la perra que había asesinado a su propia madre y la reemplazó. Quién había dado a luz a dos hermanos no deseados y los dos envenenó contra él con discursos de los viejos dioses y el destino. Tendría que haberla matado el momento en que llegó por primera vez a Lupercalia y se insinuó en la Casa Devine.

Sus labios estaban bañados con su sangre. Olía horrible, como mala carne o leche dejada a cuajar en el sol. Era el olor de su alma, decidió. Le había hecho un monstruo, y una vez más, pareció como si su contorno se emborronara, convirtiéndose en el mallahgra de sus pesadillas.

Albard dejó el bisturí sobre el cuerpo de su madrastra y se aclaró la garganta. Escupió la flema y la mugre de pulmón marrón.

-¡Venid aquí! -gritó, tan fuerte como pudo. -¡Sacristanes! ¡Guardianes del Amanecer! ¡Entrad aquí ahora!

Siguió gritando hasta que la puerta se abrió y los sacristanes mascotas a su madre abrieron con cautela la puerta. Sus caras medio-humanas medio-mecanizadas aún no eran capaces de registrar la sorpresa, y sus ojos se abrieron al ver a su amante yacer muerta ante el incendio.

Dos soldados armados de la Guardia del Amanecer entraron por la puerta. Sus expresiones eran muy diferentes a las de los sacristanes.

Vio su alivio y supo por qué.

-Ustedes dos -dijo Albard agitando una mano a los sacristanes. –Arrodillaos.

Las rutinas de obediencia arraigadas se vieron al instante obedecidas, y Albard asintió a los dos soldados detrás de ellos. En el instante antes de hablar, él los vio no como los mortales, sino como Caballeros emergentes de la Casa Devine. Blindados en carmesí y portando banderines gloriosos de sus caparazones segmentados, se vio reflejado en sus doseles vidriosos.

No como el medio-hombre que era, sino como un guerrero fuerte y poderoso.

Un dios entre los hombres, asesino de las bestias.

Albard señaló a los sacristanes arrodilladas.

-Matadlos -ordenó.

Los sacristanes levantaron las manos en señal de súplica, pero dos proyectiles láser gemelos sin piedad cruzaron sus cráneos antes de que pudieran hablar. Sus cuerpos sin cabeza se desplomaron sobre el suelo de losas de piedra junto a Cebella.

Albard atrajo a los dos soldados ¿O eran Caballeros heroicos? hacia delante. Parecía que sus pasos eran sin duda demasiado pesados para ser los de los mortales.

-Quitadle a esa bruja su exo-traje -dijo Albard. –Lo necesitaré.

QUINCE
La Cueva de Hypnos
Blanco Naga
Ángel de Fuego

Un nuevo Land Raider fue encontrado para el Señor de la Guerra. Equipado con un escudo de llamarada, placas de ceramita enlazadas con disruptores ablativos iónicos, dispensadores de humo y lanzagranadas, el Mechanicum repitió su afirmación de que era a prueba de todo salvo las armas de un titán.

Horus dejó a Ezekyle matar a dieciséis de ellos para recordarles la última vez que se habían jactado.

El Land Raider permanecía ocioso en las estribaciones de una cadena montañosa conocida como el Untar Mesas. Miles de vehículos blindados le rodeaban, conectados entre sí en laagers para formar fortalezas en miniatura. El mismo Señor del Hierro habría aprobado las defensas dispuestas alrededor del Señor de la Guerra.

Una cadena ininterrumpida de vehículos de suministro (petroleros, transportes y los cargadores de munición del Mechanicum) se remontaba a la costa. Mastines

merodeaban la línea de suministro como pastores vigilantes, y dos Warlords en los colores de la Legio Vulcanum montaban guardia sobre el Señor de la Guerra.

Horus subió a las colinas con el Mournival dispuesto a su alrededor en un círculo cerrado. Más lejos, los Justaerin sudaban tinta cuesta arriba, pareciendo más máquinas implacables que seres vivos encerrados en servoarmadura.

Los Luperci de Ger Gerradon estaban por ahí también, invisible en la oscuridad. Horus podía sentir su presencia como un rasguño en el techo de la boca. Invisible, pero imposible de ignorar.

Un cielo de color turbio se arremolinaba por encima, y el humo vivaqueaba de baterías orbitales destrozadas y silos de misiles en las cimas de las montañas. Los relámpago partían la noche, hoja en todo el cielo que recortaba los dientes dentados de la montaña. La lluvia caía en un diluvio. Un centenar de nuevas cascadas se derramaron de los acantilados. Horus conocía picos más grande que ellos, pero visto desde esta perspectiva parecía que eran el más altos de lo que jamás había visto. Parecía que podrían alcanzar la luna escalándolos.

Raptors de Fuego y Thunderhawks sobrevolaban las nubes cargadas de electricidad estática. Sus motores eran rebabas distantes de truenos que sonaban como artillería. Descargas de energía a partir de los combates en la órbita baja habían causado estragos atmosféricos en el planeta. Un efecto cascada de tempestades violentas se fue extendiendo por todo Molech. Horus sabía que esas tormentas sólo irían peor hasta que un evento apocalíptico final despejara la última.

-Es una locura detenerse así -dijo Abaddon, su servoarmadura manchada de agua de lluvia y luz de luna. -Estamos demasiado expuestos. Primero las cañoneras sobre Dwell y luego esos Caballeros. Es casi como si estuvieras tratando de ponerte en el camino del peligro. Es nuestro trabajo para tomar ese tipo de riesgos.

-Me conoces lo suficiente para saber que no estoy hecho de ese tipo de tela, Ezekyle -dijo Horus. -Soy un guerrero. No siempre puedo sentarme y dejar que otros derramen sangre por mí.

-Eres demasiado valioso -pulsó Abaddon.

-Hemos pasado por esto antes, mi hijo -dijo Horus, dejando que los cuatro entendieran que esta era su última palabra sobre el tema.

Abaddon dejó ir el asunto, pero al igual que un perro de caza con el olor de la sangre en sus fosas nasales, Horus sabía que volvería a ese argumento en particular en poco tiempo.

-Muy bien, pero cada momento nos demoremos, más profundo podrán atrincherarse los bastardos -dijo Abaddon.

-¿Todavía crees que este mundo importa? -preguntó Noctua, tan sin aliento como un mortal. Horus se detuvo y escuchó los latidos del corazón de Grael través de la lluvia. Su corazón secundario todavía estaba tratando de ponerse al día con el nivel de su original, y su circulación probablemente no volvería a ser tan eficiente como lo requiere su biología superior.

-¿Qué quiero decir con importa? -dijo Abaddon.

-¿Quieres decir como un objetivo militar, algo que se ganó en batalla, luego conservado y consolidado?

-Por supuesto -dijo Abaddon. -Molech es un mundo trampolín. Si lo controlamos, controlamos el Camino Elíptico, un fácil acceso a las rutas disformes al Segmentum Solar y los mundos bastiones de los sistemas externos. Es un mundo precursor del asalto a Terra.

-Te equivocas, Ezekyle -dijo Aximand. -Esta invasión nunca ha sido acerca de algo tan prosaico como territorios. Tan pronto como ganemos esta lucha, abandonaremos Molech. ¿No es así, mi señor?

-Sí, Pequeño Horus -dijo el Señor de la Guerra. -Lo más probable es que lo haremos. Si estoy en lo cierto acerca de lo que el Emperador encontró en Moloc, entonces no importará los mundos que tengamos. Todo lo que importará es lo que pasará cuando me enfrente a mi padre. Ese ha sido siempre el corazón de esto.

-Así pues ¿Por qué estamos peleando como si Molech importase? -preguntó Kibre. -¿Por qué librar una guerra terrestre en absoluto?

-Porque lo que vamos a llevarnos valdrá más de un centenar de tales rocas -dijo Horus. -Tienes que confiar en mí en esto. ¿Confías en mí, Falkus?

-Por supuesto, señor.

-Bueno, entonces no hay más preguntas -dijo Horus. -Debemos llegar a la cueva pronto.

-¿Qué cueva? -dijo Aximand.

-La cueva donde el Emperador nos hizo olvidar Molech.

La resistencia a la fatiga de la mujer sugirió una trabajadora portuaria, tal vez una aparejadora. Era difícil estar seguro de ello con la cantidad de sangre que le ubría. Su pecho subía y bajaba en espasmos, y cada respiración era una victoria. Ella había sido traída al Galeno de Noama Calver por un hombre que lloraba con dos hijos a cuestas. Él suplicó Noama que la salvara, y que iban a darle una muy buena oportunidad.

-¿Qué pasó con ella? -preguntó Noama, cortando y retirando la ropa ensangrentada de la mujer.

El hombre no respondió al principio. Los sollozos sacudían su cuerpo y las lágrimas corrían por su rostro abierto, serio. Las dos chicas estaban haciendo un trabajo mejo manteniéndole estable.

-Puedo hacer más por ella si sé lo que pasó -dijo Noama. -Dime tu nombre, puedes hacer eso ¿Verdad?

El hombre asintió con la cabeza y se limpió los mocos y lágrimas de la cara con la manga como un niño.

-Jeph -dijo. -Jeph Parsons.

-¿Y de dónde eres, Jeph? -dijo Noama.

La mujer gimió cuando Kjell empezó a limpiar su piel y colocó almohadillas de bio-lecturas. Ella trató de empujarle, fuerte para alguien tan mal herido.

-Tranquila -dijo Kjell, apretando su brazo hacia abajo.

-¿Jeph? -preguntó Noama de nuevo. -Mantenga sus ojos en mí.

Miraba a la carne maltratada del cuerpo de su mujer, veía la sangre que goteaba de la camilla. La mujer se acercó y le tomó la mano entre las suyas, dejando marcas rojas

en su muñeca. Ella era fuerte, vio Noama, gravemente herida pero todavía capaz de ofrecer comodidad a los que la rodeaban.

Jeph respiró hondo. -Su nombre es Alivia, pero ella lo odia. Piensa que suena demasiado formal. Todos la llamamos Liv, y venimos de Larsa.

Los Hijos de Horus habían aterrizado con fuera en Larsa, acabando con las fuerzas del Ejército estacionadas allí en una noche lucha brutal. Las instalaciones portuarias estaban ahora en manos del enemigo, lo que sólo podía significar malas noticias.

-Pero la cogiste a ella y tus hijos y huisteis -dijo Noama, -eso es bueno. Lo hiciste mejor que la mayoría.

-No -dijo Jeph. –Fue cosa de Liv. Ella es la más fuerte.

Noama ya había llegado a esa conclusión. Alivia tenía el aspecto delgado y lobuno de un soldado, pero ella no era del ejército. Tenía un tatuaje desvanecido en su brazo derecho, un triángulo encerrado en un círculo con un ojo en el centro. La sangre cubría las palabras escritas en torno a la circunferencia del círculo, pero incluso si no estaban en un idioma que Noama no reconoció.

Ella había recibido metralla por el costado y algunas esquirlas de vidrio en la cara. Nada de lo que veía era mortal, pero estaba perdiendo mucha sangre de una herida particular justo debajo de sus costillas. Las lecturas sobre la pizarra no pintaban un cuadro tranquilizador de su pronóstico.

-Nos unimos a una columna de refugiados en la Radial Ambrosio -dijo Jeph, las palabras que salían de él ahora libres de la presa en su interior. -Ella pensó que salió de Larsa lo suficientemente rápido, pero los traidores nos alcanzaron. Tanques, creo. No sé qué tipo. Nos bombardearon y dispararon. ¿Por qué hicieron eso? No somos soldados, sólo gente. Teníamos niños. ¿Por qué nos dispararon?

Jeph negó con la cabeza, incapaz de comprender cómo alguien podría abrir fuego contra civiles. Noama sabía exactamente cómo se sentía.

-Casi lo hizo -dijo Jeph, con la cabeza entre las manos. -Casi nos sacó, pero hubo una explosión junto a nosotros. Hizo volar la puerta y... Trono, puede ver lo que hizo con ella.

Noama asintió, hurgando en la herida bajo de las costillas de Alivia. Sintió algo serrado enterrado junto a su corazón.

Un fragmento de metralla. Uno grande. El volumen de sangre que salía de la herida significaba que probablemente había cortado su ventrículo izquierdo. Con un centro medicae adecuado sería sencillo el procedimiento para salvar a Alivia, pero un Galeno no era el lugar para este tipo de cirugía compleja. Ella levantó la vista hacia Kjell. Había visto las bio-lecturas y sabía lo que sabía. Él levantó una ceja.

-Tengo que intentarlo -dijo ella dijo en respuesta a su pregunta sin voz.

La importancia de las palabras pasó sobre la cabeza de Jeph y siguió hablando. -Mataron a todos los demás, pero Liv impulsó el C-5 como si fuera una piloto. Nos arrojó rebotando por la cabina, ejecutando curvas cerradas, frenadas en seco y similares.

-¿Ella os saco de un ataque de tanques enemigos? -dijo Kjell, esculpiendo su cara impresionada mientras despachó los instrumentos que necesitarían para cortar a Alivia y llegar a su corazón. -Eso es un infierno de mujer.

-Casi reventó el motor -estuvo de acuerdo Jeph, -pero supongo que es por eso que quería un C-5. No son los de más alta gama, pero sus motores suponen un aporte.

Noama colocó una máscara de anestésica sobre la boca y nariz de Alivia, subiendo la velocidad de entrega. La tasa de pérdida de sangre significaba que tenían que ser rápidos.

-Tienes tus hijos -dijo ella. -Les salvo.

Los ojos de Alivia se abrieron y Noama vio desesperación en ellos.

-Por favor, el libro... dice... tenemos que... llegar a... Lupercalia –jadeó bajo la máscara. -Prométeme... que nos llevarás... allí.

Alivia tomó la mano de Noama y apretó. El agarre era poderoso, urgente. La convicción y coraje fluían de ella, y la necesidad de hacer el último deseo de Alivia realidad era de repente todo lo que importaba a Noama. Sólo se relajó cuando el gas comenzó a tomar efecto.

-Te llevaré allí -prometió ella, y sabía que ella quería decir más de lo que había querido decir en su vida. –Os llevaremos a todos allí.

Pero Alivia no escuchó su promesa.

En las décadas transcurridas desde el sometimiento de Molech, algo grande y depredador hizo su guarida en la cueva. Los huesos se hallaban esparcidos por una entrada lo suficientemente grande para un titán explorador, y ni siquiera la lluvia podría cubrir el hedor de los restos parcialmente digeridos. La tierra en la boca de la cueva era un cenagal empapado, pero las impresiones borrosas de garras más anchas que un Dreadnought se cruzaban y vuelto a cruzar.

-¿Qué hizo esto, señor? -dijo Aximand, de rodillas junto a las marcas.

Horus no tuvo respuesta para él. Las marcas no coincidían con ninguna bestia de Molech que recordase, aunque dadas las lagunas temporales en este mundo no debería haberle sorprendido.

Y sin embargo, lo hizo.

El Emperador no borró sus recuerdos, sólo los manipuló. Enmascaró algunos, emborronó otros. Conocía los animales indígenas de Molech. Había visto sus cabezas montadas en las paredes de los bastiones de Caballeros, estudiado sus imágenes y cadáveres diseccionados en los bestiarios iluminados.

Así que ¿Por qué no reconocía estas marcas?

-¿Señor? -repitió Aximand. -¿Qué vamos a encontrar ahí?

-Vamos a averiguarlo -dijo Horus, dejando a un lado sus dudas y marchando hacia la oscuridad. Las lámparas equipadas en los Justaerin barrieron la amplia entrada, y las garras de la mano de Horus brillaron con luz azul mientras le siguieron al interior. Sombras intermitentes pintaron las paredes fuertemente marcados. Abaddon fue el siguiente, luego Kibre, Aximand y Noctua.

La cueva ejecutaba un sacacorchos en la montaña durante tal vez un centenar de metros, ruidosos con ecos distorsionados y luces extrañamente reflejadas. Tan alto como una procesión en una nave estelar, el paso brillaba con el agua de lluvia filtrada a través de grietas microscópicas en la roca. Las vigas movedizas de luz atrapaba gotitas cayendo y arcos iris brillantes se arquearon entre las paredes.

Se detuvieron cuando el gruñido bajo, húmedo de algo grande y hambriento se elevó de lo más profundo en los túneles. Ruido de amenaza territorial.

-Sea lo que sea, debemos dejarlo solo -dijo Kibre.

-Por una vez estoy totalmente de acuerdo contigo, Falkus -dijo Noctua.

-No -dijo Horus. –Seguimos.

-Sabía que ibas a decir eso -dijo Abaddon.

-¿Y si nos encontramos con lo que sea? -preguntó Aximand.

-Lo matamos.

El Mournival se acercó más a Horus, cada uno con un arma blanca y arma de fuego empuñadas. La humedad rociaba el aire. Repiqueteaba sobre placas de armadura y silbaba en los bordes de las espadas de energía.

-Sabes lo que es, ¿No? -dijo Aximand.

-No -dijo Horus. -No lo sé.

Los sonidos del estertor del animal pasando por colmillos goteando vinieron de nuevo. Atrajo a Horus incluso cuando una parte primordial de su cerebro le dijo que lo que acechaba en la oscuridad bajo de la montaña era algo que ni siquiera él podría derrotar.

La idea era tan extraña que le detuvo en seco.

La intrusión a su psique fue tan sutil que sólo un pensamiento tan incongruente con su imagen de sí mismo reveló su presencia. No se sentía como un ataque, mas bien una propiedad innata de la cueva.

O un efecto secundario de lo que sucedió aquí.

Horus siguió adelante, el paso eventualmente ampliándose a una caverna resistente y gruesa de estalactitas y estalagmitas que en forma de espada. Algunos corrían juntos en columnas extrañamente unidas, húmedas y brillantes como huesos malformados o tendones mutantes.

Un lago estancado llenaba el centro de la caverna, su superficie un espejo de basalto. Vegetación podrida, estiércol enconado y montones de hueso más altos que un hombre se amontonaban en la orilla del agua. La temperatura ambiente se redujo en varios grados, y columnas de aliento emergieron ante el Señor de la Guerra y sus hijos.

La piel de Horus se estremeció ante la presencia de algo dolorosamente familiar y al tiempo totalmente desconocida. Sentía algo similar en la base de la torre dividida por el rayo, pero esto era diferente. Más fuerte. Más intenso. Como si su padre estuviera fuera de vista, oculto en las profundidades y observando. Las sombras se extendieron y deslizaron cuando los rayos de las lámparas de los Justaerin barrieron los alrededores de la cámara.

-He estado aquí antes -dijo, quitándose el casco y enganchándolo al cinturón.

-¿Te acuerdas de esta caverna? -dijo Aximand mientras el Mournival y Justaerin se desplegaron.

-No, pero cada fibra de mi cuerpo me lo dice -dijo Horus, moviéndose a través de la cámara.

La refracción de luz a través de las columnas translúcidas y crecimientos cristalinos derramó una paleta de colores en las paredes: verde bilioso, púrpura canceroso, amarillo moretón. Estaban en las entrañas de la montaña. Literalmente. Una cámara de digestión. Un juego de luces jugó sobre el lago, lo suficientemente estable para que Horus lo representara como una luna que colgaba baja.

No la luna de Molech, sino la luna de Terra, como si el lago no fuese un cuerpo de agua en absoluto, sino una ventana a través del tiempo. Se había sentado con su padre en las orillas del Tuz Gölü y rocas desnudas en la imagen de la luna y por un momento, sólo un momento fugaz, pudo oler sus aguas hipersalinas.

La luz pasó y el agua fue sólo agua. Fría y hostil, pero sólo agua.

Con una creciente sensación de propósito, Horus se dirigió hacia la orilla del lago. Las sombras donde no debería haber sombras se estiraron en las paredes, y mil voces murmurando parecieron surgir del agua. Volvió la vista hacia el Mournival. ¿Podían oír las voces o ver las sombras? Lo dudaba.

Esta cueva no estaba del todo de este mundo, y lo que le mantenía anclado se deshilachaba. Sólo por estar aquí estaba tirando de sus hilos sueltos. La imagen de los huesos y los tendones volvió, algo orgánico, la arquitectura de la mente.

-Eso es lo que hiciste aquí -dijo, dando vuelta en el acto. -Cortaste a través del mundo aquí y nos diste nueva forma, nos hiciste olvidar lo que habíamos visto hacerte...

-¿Señor? -dijo Aximand.

Horus asintió para sí mismo. -Esta es la costra que dejaste atrás, padre. Algo tan poderoso deja una marca, y eso es todo. El hematoma que dejaste atrás cuando formaste tu mentira.

El borde desgastado presionó un poco más. La costra se desprendió.

Formas fantasmales se movieron a través de la caverna, cobrado vida por su cosecha en la herida en los ángulos del espacio y el tiempo. Cada uno era numinoso y tisnada, como figuras vistas a través de un cristal sucio. Eran indistintos, pero Horus los conocía.

Caminó entre ellos, sonriendo como si sus hermanos estuvieran aquí con él ahora.

-El Khan estuvo aquí dijo Horus cuando la primera figura se detuvo y se arrodilló a su izquierda. Una segunda figura se arrodilló a su derecha.

-El León allí.

Horus se sintió envuelto en luz, arropado por su iluminación fría. Había volvió sobre los pasos que había tomado hace casi un siglo sin siquiera saberlo.

Horus se movió de nuevo, separándose de una representación de su propio cuerpo en la luz ambiental. Al igual que sus hermanos primarcas espectrales, su doppelgänger radiante se arrodilló cuando una figura se acercó desde el otro lado del lago. Fuego dorado y relámpagos enjaulados; el Emperador sin su máscara.

-¿Qué es esto? -exigió Abaddon, su bólter levantado y listo para disparar. Las figuras sólo ahora comenzaron a ser visibles a ellos. Horus bajó sus armas.

-Una huella de días pasados -dijo. -Una ficción psíquica de una conciencia compartida.

El fantasma de su padre caminó sobre la superficie del lago, sin palabras repitiendo lo que la alquimia psico-cognitiva que había forjado para formar de nuevo las vías en la mente de sus hijos.

-Aquí es donde se me olvidó Molech -dijo Horus. -Quizás aquí es donde voy a recordarlo.

Aximand levantó su bólter de nuevo, dirigiéndolo hacia el ser numinoso en el agua. -¿Dijiste que esta cosa es un eco? ¿Una huella psíquica?

-Sí -dijo Horus.

-Entonces ¿Por qué está hirviendo el lago?

Los dedos metálicos del cirujano temblaron en su aplicación de otro injerto de carne para el brazo derecho de Raeven. La piel desde los pectorales a la muñeca era rosa y nueva como un recién nacido. El dolor era intenso, pero Raeven ahora sabía que el sufrimiento físico era el dolor más fácil de soportar.

La muerte de Edoraki Hakon significó que la tarea de mantener a los miles de soldados que habían escapado con vida de Avadon había caído a él. La Legio Fortidus consiguió que las fuerzas imperiales en retirada tuvieran la oportunidad de reagruparse correctamente en los valles boscosos del cinturón agrícola. Con suerte y buen viento, debían unirse con elementos avanzados del Gran Ejército de Molech de Tyana Kourion a las afueras de Lupercalia en dos días.

Coordinar una retirada militar era bastante difícil, pero Raeven también tuvo que lidiar con un creciente componente civil. Los refugiados corrían desde el norte y el este. Desde Larsa, Hvithia, Leosta y Luthre. De toda finca agro-colectiva y mercado de ganado.

A bordo de una armada de vehículos terrestres, naves de carga y cualquier otro medio de transporte conocido, decenas de miles de personas aterrorizadas se dirigieron a la hueste apresurada de Raeven.

Dio la bienvenida a la carga, un papel tan consumidor que le impidió detenerse en la pérdida de sus hijos. Pero con la amenaza de la destrucción inmediata evitada, los pensamientos de Raeven se volvieron hacia adentro.

Las lágrimas fluyeron y su duelo alimentado por la ira vio una docena de ayudantes golpeados casi hasta la muerte. Un agujero se había abierto en su interior, un vacío que sólo reconocía ahora llenado por sus hijos.

Nunca había conocido una alegría comparada al nacimiento de Egelic, y la llegada de Osgar había sido no menos maravillosa. Incluso Cipriano esbozó una sonrisa, ese viejo bastardo finalmente satisfecho con algo que Raeven había hecho.

Banan tuvo problemas para llegar al mundo. Complicaciones en el parto casi le cuestan la vida a él y su madre, pero el muchacho vivió a pesar de que nunca había sido una presencia inquietante en las salas de fiesta. De trato difícil, pero con un punto de rebeldía que Raeven no podía dejar de admirar. En cuanto a Banan era como mirarse en un espejo.

Sólo Osgar quedaba ahora, un chico que no mostró ninguna aptitud o apetito por formas caballerescas. Contra su mejor juicio, Raeven permitió que el niño siguiera a Lyx en el Culto de la Serpiente.

El cirujano terminó su trabajo y Raeven miró la carne oxigenada y carmesí de su brazo. Él asintió con la cabeza, despachando al hombre, que con gratitud se retiró de pabellón de piel de plata de Raeven. Otros cirujanos no fueron tan afortunados.

Raeven se levantó del asiento plegable de campamento y se sirvió una gran copa de vino Caeban. Sus movimientos eran rígidos, la nueva carne y los huesos reconstruidos de su pecho aún frágiles. Banelash fue gravemente dañada, y las repercusiones de la herida del Caballero fueron transmitidas a su cuerpo.

Se tragó el vino de un trago para calmar el dolor en el costado. Se sirvió otro. El dolor en su costado era intenso, pero necesitaría mucho más para aliviar el dolor en su corazón.

-¿Es prudente? -dijo Lyx, entrando en la tienda. Había llegado de Lupercalia esa mañana, resplandeciente en un vestido de color carmesí con latón y paneles de la madreperla.

-Mis hijos están muertos -espetó Raeven. -Y voy a tomar una copa. Un montón de bebida, de hecho.

-Estos soldados están buscando a su comandante Imperial para que les lidere -dijo Lyx. -¿Cómo va a ser si visitas el campamento dando tumbos como un borracho?

-¿Recorre el campamento?

-Estos hombres y mujeres tienen que verte -dijo Lyx, acercándose y empujando la jarra de vino de nuevo a la mesa. -Es necesario mostrarles que la Casa Devine está con ellos para que puedan estar con nosotros cuando más importa.

-¿La Casa Devine? -gruñó Raeven. -Prácticamente ya no existe una Casa Devine. El hijo de puta mató a Egelic y Banan, ¿O no me oíste cuando llegaste aquí?

-Te he oído -dijo Lyx.

-¿En serio? Sólo quería estar seguro -espetó Raeven, girando y lanzando su copa a través del pabellón. -Porque para todo lo que parecía afectarte, bien podría haber estado hablando de la mierda especialmente buena que he quedado.

-¿Horus mismo los mató?

-¡No digas ese nombre! -rugió Raeven, envolviendo una mano alrededor del cuello de Lyx y apretó. -¡No quiero escucharlo!

Lyx luchó contra él, pero él era demasiado fuerte y demasiado enfurecido por el dolor. Su rostro se arrugó y se volvió una sombra lívida de púrpura mientras la vida escapaba de ella. Siempre había pensado en ella como fundamentalmente fea, aunque su aspecto exterior sugería lo contrario. Ella estaba rota por dentro, y el pensamiento envió un espasmo de odio a través de él. Él estaba tan roto como ella.

Tal vez ambos merecían morir.

Tal vez sea así, pero ella se iría primero.

-Mis hijos iban a ser mi inmortalidad -dijo, casi escupiéndole la cara mientras él la empujó contra la pared del pabellón. -Mi legado iba a ser la continuación de la honorable Cámara Devine, pero el hijo de puta del Señor de la Guerra ha acabado con ese sueño. Las armaduras de mis hijos se oxidan en las playas de Avadon, junto a sus cuerpos. Alimentos para aves carroñeras.

Sintió algo afilado en su ingle y miró hacia abajo para ver un colmillo de naga presionado contra la cara interna del muslo.

-Voy a cortarte las pelotas -dijo Lyx, pulsando el punto de aguja afilada con fuerza contra su pierna. -Voy a abrirte la arteria femoral desde la entrepierna hasta la rodilla. Te vaciarás en treinta segundos.

Raeven sonrió y la soltó, alejándose de su hermana-esposa con un gruñido de diversión. El color regresó a su rostro y estaba seguro de que la emoción que vio en sus ojos se reflejaba en los propios.

-Córtame las pelotas y Casa Devine estará realmente muerta -dijo.

-Una forma de hablar -dijo Lyx, masajear su garganta magullada.

-De todos modos, tu vientre será tan estéril como la estepa Tazkhar ahora -dijo Raeven cuando Lyx le sirvió a ambos una bebida.

Él negó con la cabeza y tomó la copa que ella le ofrecía. -¿Hacemos una pareja singular verdad, querida hermana?

-Somos lo que nuestra madre nos hizo -contestó Lyx.

Él asintió con la cabeza. –Demasiada charla para ti y cambias de tema.

-Nada ha cambiado -dijo Lyx, poniendo una mano para acariciar la carne rosada de su cuello. Él se estremeció ante su toque. -Todavía tenemos a Osgar, y él sabe muy bien la importancia de la continuidad del Nombre de la casa.

-Shargali-Shi es más padre de ese muchacho -dijo Raeven, sólo que ahora entendió qué fue un error permitirle acercarse siquiera al Culto de la Serpiente. -Y por lo que he oído, él no tiene ningún interés en tomar una sola consorte ni convertirse en padre de un niño. No va a ser el que mantenga el nombre Devine vivo.

-Él no tiene que ser un padre, siempre y cuando ponga a un niño en el vientre de una consorte adecuadamente flexible -dijo Lyx. -Pero esa es una charla para cuando esta guerra concluya.

Raeven asintió y aceptó más vino. Sintió una borrosidad calmante en los bordes de su percepción. Vino y químicos anestésicos eran una mezcla embriagadora. Se esforzó por recordar lo que habían estado hablando antes de la pelea con su amante.

-¿Así que crees que sigo siendo el uno cuyas acciones cambiarán el curso de esta guerra?

-En todo caso, estoy aún más seguro de ello -dijo Lyx.

-¿Otra visión?

-Sí.

-Dime.

-Vi a Banelash en el corazón de la gran batalla por Molech. A la sombra del Monte Puño de Hierro. Las pisadas de los dioses de la guerra sacuden la tierra. Las llamas rodean a los Caballeros de Molech. La muerte y la sangre se desatan sobre Banelash en una marea roja y luchas como el propio Señor de las Tormentas.

Los ojos de Lyx se empañaron, nublados con cataratas psíquicos.

-Una batalla para poner fin a todas las batallas se librará en torno a tu caballero, sin embargo ninguna lanza, ni proyectil, ni ningún enemigo puede derribarte. Y cuando llegue la hora señalada, el dios más poderoso en el campo será asesinado. ¡Su caída será un grito de guerra, y todos alrededor gritarán el nombre Devine!

La opacidad de los ojos de Lyx se desvaneció y sonrió, como si una gran revelación acababa de ser revelada.

-Está aquí -dijo ella, sin aliento por la emoción.

-¿Qué? -dijo Raeven a medida que el aire se volvió frío.

-El Naga Blanco.

-¿Ya está aquí? ¿Ahora?

Lyx asintió, dándose la vuelta como si esperara a ver el avatar del Culto de la Serpiente en el pabellón de Raeven.

-El sacrificio de sangre realizado en Avadon ha traído su presencia divina a los reinos de los hombres -dijo, tomando su mano. -La muerte de nuestros hijos que te ha granjeado el derecho de hablar con él.

-¿Dónde está?

-En el bosque -dijo Lyx.

Raeven resopló ante la vaguedad de su respuesta. -¿Puedes ser más específica? ¿Cómo lo encuentro?

Lyx negó con la cabeza. –Conduce a Banelash al bosque, y el Naga Blanco te encontrará.

Se movió más rápido que cualquier cosa conocida por Horus.

Más rápido que una espada ceremonial eldar, más rápido que los megarácnidos de Masacre, más rápido que el pensamiento. Su cuerpo era niebla y luz, sonido y furia.

Un Justaerin fue el primero en morir, su cuerpo dividido por la mitad como si hubiera corrido a toda velocidad por una sierra de cinta. Su cuerpo quedó vacío de sangre y órganos en un santiamén.

Horus se movió antes que nadie, rozando con su guante con garras la luz brillante. Sus garras cortaron el aire vacío y un puño de oro se estrelló contra su estómago. Doblado, vio a Aximand disparando. El Fabricante de Viudas cazado por un objetivo.

Noctua estaba de rodillas, agarrándose el pecho. Abaddon corrió a su lado, manteniendo baja una espada de hoja larga. Bengala bozal Flashes caóticos de disparos iluminaron la caverna en ráfagas de efecto estroboscópico. Las luces de sus servoarmaduras se balancearon y bailaron. Densas cortinas de reactivos de masa hicieron añicos crecimientos cristalinos y voló grumos del tamaño de un puño de piedra calcificada. Los Justaerin se desplegaron para interponerse entre su atacante y el Señor de la Guerra.

Noctua disparó de rodillas. Kibre agregó sus combi-bólters a la andanada de barrido, sin objetivo, simplemente disparando.

No le dieron a nada.

La caverna se iluminó de repente gloriosamente. Un ángel de fuego, con espadas de relámpagos apareció. Sin rostro, sin remordimientos, Horus lo reconoció por lo que era. Una criatura centinela, una trampa psíquica definitiva emplazada por el Emperador para destruir a los que trataban de deshacer los secretos de su pasado.

Horus apenas podía fijarse en la bestia.

Su resplandor era tan feroz, tan cegador. Sus espadas desataron explosiones arbóreas de rayos, y Aximand fue lanzado a través de la caverna. Su cuerpo humeante se estrelló contra un muro. Piedra y servoarmadura se quebraron. Horus sabía que el trauma por el impacto sería suficiente para romperle su columna vertebral.

Espadas azules chispeantes arremetieron como látigos. Abaddon se lanzó a un lado, su plastrón arrancado limpiamente. Una porción del hombro del primer capitán permaneció en su interior, y sangre brillante laminó su brazo. Uno de los Justaerin dio un paso hacia su capitán derribado antes de recordar su lugar.

La criatura volvió su mirada al exterminador. El guerrero se tambaleó. El combi-bólter cayó de su mano mientras trató de arrancarse su casco. Sus gritos por el vox eran agonizantes. Luz líquida se retorcía por las articulaciones de su servoarmadura, derramándose arroyos de fuego blanco-verde.

Horus se despojó de su guante con garras, descargando proyectiles en la recámara de los bólters incorporados. A menudo hablaba del asesinato-arúspice de Cthonia que lo llevó al arma en una cámara de armado de un señor de la guerra muerto tiempo ha. Eso no era del todo exacto, pero la verdad era solo de Horus. La artesanía barroca del guantelete era inigualable, y aunque Horus había sido poco más que un joven inexperto en aquel momento, el guante encajó en su mano con costras de sangre como fabricado sólo para él.

Una lengua dos metros de la llama surgió del arma. El retroceso era salvaje, pero Urtzi Malevolus había construido su armadura bien y suspensores compensadores le mantuvieron en el blanco. Montones de luz volaron hacia el ángel como el acero fundido. Arrancado de su cuerpo, su esencia atenuada, disolviéndose convirtiéndolos en vapor en cuestión de segundos.

El ángel gritó y el aire entre él y Horus se convulsionó con la fuerza de su conmoción. El último Justaerin voló por la sala, haciéndose añicos como un diagrama de montaje de algo muy complejo. Su esqueleto interno y biología atomizados en un rayo de luz intensa.

Horus voló hacia atrás, como si levantado por un huracán. Cayó con fuerza en el agua, su temperatura de congelación embistiendo su aliento con mano de explosivo. Su boca se llenó de agua negra. Los músculos de la garganta reaccionaron al instante para sellar sus pulmones y su respiración se desplazó a los órganos respiratorios secundarios.

Escupió bocados negros y salió del agua a tiempo para ver a Abaddon clavado en su lugar por ardiente tridentes de relámpagos. Luz se vertía de la boca del primer capitán. Los disparos de Kibre rociaron al ángel de fuego, que lo rodearon de enjambres de brasas de fósforo. Proyectiles reactivos suficientes para tumbar a un toro-Grox no lograron absolutamente nada contra del centinela ardiente.

Horus marchó desde el lago, látigos de fuego arqueándose de su garra. Noctua hundió su espada en la espalda del ángel. La hoja se fundió en un instante y Noctua gritó de dolor, agarrándose la mano en ruinas. Aximand se arrastró hacia la lucha, con la columna vertebral rota y las piernas inútiles.

Horus no se molestó en disparar al ángel. Mató el poder en sus garras con un pensamiento. Su esencia era piadosa y las armas mortales eran inútiles. Escogió su única otra opción.

El ángel se dio la vuelta para mirarle de frente, liberando a Abaddon de sus púas crepitantes. El primer capitán cayó de frente, quemado a la parrilla casi hasta la muerte por el fuego divino.

El ángel cayó sobre Horus, sus alas de llamas brillantes en erupción de su espalda. Las espadas de relámpagos se convirtieron en garras alargadas. El calor de un horno ardía de su cuerpo.

Horus caminó a su encuentro.

Balanceó Destructora de Mundos en un arco hacia arriba, como un lanzador de martillo de una edad antigua. Como arma forjada por la propia mano del Emperador, Destructora de Mundos fue el regalo de un dios. Su cabeza asesina se enterró en el cuerpo en llamas del ángel.

Sólo una cosa podría poner fin a esta criatura, y era el poder que le había dado a luz.

El ángel explotó. Serpentinas de fuego se arquearon de su muerte como llamas de promethium. Gritó cuando se hizo añicos el poder que le ataba a este lugar. Para cuando el movimiento del Señor de la Guerra terminó, el ángel ya no existía.

Su grito permaneció mucho tiempo, haciendo eco a lo largo de la montaña, en todo Molech y a través de incontables ángulos de espacio y tiempo. Los rescoldos de su núcleo-sol caliente cayeron hacia el suelo de la caverna como luciérnagas en una tumba.

Y con su muerte, Horus recordó Molech.

Lo recordó todo.

DIECISÉIS
Nave Insignia
Exogénesis
Infiltración

Incluso después de todo lo que había sucedido, la traición, la masacre y todo lo que vino después, la visión del Espíritu Vengativo todavía tenía el poder de robar el aliento de Loken. Ella era monstruosa y hermosa, un motor dorado con el único objetivo de destruir.

-Deberíamos haber sabido que iba a terminar de esta manera -susurró, cuando la imagen de su buque insignia anterior brilló en la pantalla.

-¿Qué quieres decir? -preguntó Rassuah.

-Partimos de Terra para hacer la guerra -dijo Loken. -Eso es todo. Segismundo tenía razón. La guerra nunca terminará, pero ¿Qué más deberíamos haber esperado cuando cruzamos las estrellas en naves como esa?

-Fue una cruzada -dijo Rassuah. -Y no se dispuso a reclamar la galaxia con palabras amables y buenas intenciones.

-Ezekyle tenía un argumento similar con Lupercal antes de llegar a Xenobia. Quería hacer guerra contra los Interex inmediatamente. El Señor de la Guerra le dijo que la Gran Cruzada había evolucionado, que desde que la raza humana ya no estaba en el borde de la extinción la naturaleza de la Cruzada tenía que cambiar. Tuvimos que cambiar.

-El cambio es duro -dijo Rassuah. -Especialmente para la gente como nosotros.

Loken asintió. -Fuimos creados para luchar, matar, y es difícil de cambiar para lo que has nacido. Pero fuimos capaces de mucho más.

Suspiró. -Independientemente de lo que podríamos haber logrado, nunca tendremos la oportunidad. A partir de ahora sólo hay guerra para nosotros.

-Es todo lo que hay para cualquiera de nosotros -dijo Rassuah.

Hicieron traslación en el espacio del sistema de Molech en el borde muy interior del punto de Mandeville. Una maniobra arriesgada, pero con un barco tan fino como Tarnhelm y un piloto de finura, valía la pena el riesgo.

La aproximación a Molech se hizo casi en silencio, con los sistemas de Tarnhelm funcionando en su punto más bajo. Una breve ráfaga de aceleración de gran alcance en un momento de actividad de manchas solares lanzó la nave invisible a Molech. El momentum haría el resto.

En los tres días desde entonces, los Exploradores pasaron su tiempo en la reflexión solitaria, preparando su armamento y ejecutando las preparaciones individuales. Para Rubio eso significaba la meditación, para Varren y Severian el desmantelamiento obsesivo y montaje de armamento. Voitek y Qruze jugaron al regicidio cada hora, mientras Callion Zaven perfeccionó el borde monomolecular de su espada hewclaw. Alten Nohai pasó su tiempo enseñando a Rama Karayan una forma de arte marcial que parecía curiosamente pacífica. Sólo Bror Tyrfingr descansaba y paseó por la cubierta como un ciervo en celo en época de apareamiento.

Loken pasó el tiempo a solas, tratando de ignorar la sugerencia de la sombra de una figura encapuchada en la esquina de su cama-alcoba. Sabía que no estaba allí, que era sólo una forma de memoria, pero eso no hacía que desapareciera.

Habló con él, aunque sabía que las palabras estaban en su mente.

Mátame. Cuando me veas, mátame.

-Ella ha sido herida -dijo Qruze, cuando la forma virando del Espíritu Vengativo creció sobre la mesa. Señaló partes ennegrecidas del casco, los cráteres de impacto a lo largo de las fortalezas de la columna vertebral y los contrafuertes caídos y fundidos por fuego láser concentrado. -Alguien le hizo pagar por la victoria.

-Fue una pelea rudimentaria -dijo Varren, señalando los restos a la deriva de numerosos cruceros ligeros y plataformas orbitales. –Lo hicieron a cara de perro y sangriento.

La imagen de la nave insignia de Señor de la Guerra estaba siendo proyectada por el dispositivo que Tubal Cayne trajo. Un motor lógico compacto de algún tipo, del tamaño apoximado de una pequeña caja de munición. Loken había visto al ex Guerrero de Hierro ejecutar una parte del dispositivo a través de los planos de los planos navales de Scyllano en la villa de Yasu Nagasena.

Esos esquemas ahora se mostraban en forma holográfica tridimensional, cada elemento estructural y compartimiento mostrados hasta el más mínimo detalle. La imagen parpadeó cuando los datos cargados de los sensores de la Tarnhelm actualizaron el aspecto de la nave de lo que se había construido a lo que se aproximaba.

Tubal Cayne hizo ajustes al dispositivo, haciendo zoom sobre distintas partes de la nave con la precisión de un arquitecto. Demasiado rápido para que el resto de ellos siguiera su trabajo, el ex Guerrero de Hierro cazó los puntos débiles en la estructura, las brechas en las defensas para que las explotasen.

-¿Algo? -preguntó Tyrfingr, tamborileando con los dedos sobre la mesa.

-La espina ventral en el lado de babor se ve bien -dijo Severian.

-Si quieres morir -respondió Cayne.

-¿Qué? -dijo Severian, su voz baja y amenazante.

-Mira la estructura interna más allá -dijo Cayne, destacando una sección de arrostramiento transversal. –La Espíritu Vengativo es clase Gloriana, no Circe. No nos gustaría pasar demasiado cerca de una arteria principal de tránsito. Habrá defensas automatizadas aquí, aquí y aquí, con centinelas en estas uniones.

-Puedo superarles.

-Pero no estás haciendo esto por sí solo, ¿Verdad?

Severian se encogió de hombros y se sentó de nuevo. -¿Dónde sugerirías?

-Como le dije a Loken, las cubiertas inferiores son siempre el punto más débil en la mayoría de las defensas de una nave. Como yo sospechaba, no se presentan al planeta por debajo.

-¿Y? -preguntó Varren.

-Vosotros -dijo Cayne con un movimiento de cabeza. -Siempre obsesionados con poner un hacha en la cabeza de alguien.

-Voy a poner una en tu cabeza pronto -dijo Varren.

-¿Por qué? Simplemente te estoy diciendo una mejor manera de infiltrarse en nuestro objetivo.

-Explica cómo -dijo Loken.

Cayne enfocó las cubiertas inferiores, a una parte del casco devastada por impactos de torpedos y de los costados. De lo que Loken recordó de esas secciones, Cayne les estaba mostrando espacios compartidos y cámaras de munición.

-Estas áreas en un clase Gloriana de Scyllano fueron diseñada para sirvientes, artilleros y los que han hundido hasta las entrañas del barco -dijo Cayne. -No son espacios de la Legión, por lo que es muy poco probable que cualquier trabajo de reparación se llevase a cabo.

-Esa -dijo Rama Karayan, señalando un cráter de impacto en la sombra de una matriz deflectora colapsada. Casi invisible, incluso para el dispositivo de Cayne, había una profunda herida en el flanco del Espíritu Vengativo. –Una herida lo suficientemente grande como para permitir entrar a la Tarnhelm.

-Una buena elección, Maestro Karayan -dijo Cayne.

-Decídsela a Rassuah -dijo Loken.

-Ya la tengo -replicó Cayne.

Rassuah dejó que el dispositivo de Cayne y el movimiento de la Tarnhelm la guiaran, permitiendo a la nave sentir su camino a través del laberinto de destructores, fragatas, monitores de sistema y naves patrulleras orbitales. El

dispositivo de Cayne estaba enchufado en el panel de la aviónica de la nave y planeaba una ruta en constante actualización.

La flota traidora era enorme, de muchos cientos de naves ancladas en órbita alta. Las naves más grandes se mantenían geoestacionarias, pero no se movían. Los cruceros ligeros y destructores eran la preocupación de Rassuah. Ellos patrullaban el vacío por encima de Molech, cazadores vigilantes y perros guardianes, todo en uno. Sus auspexs de amenaza azotaron el espacio orbital en busca de presas. Incluso si un barrido de búsqueda pasase justo por encima de la Tarnhelm, Rassuah no pensó que captarían el olor del infiltrado sigiloso.

Pero en caso de que el enemigo tuviera suerte, ella ocultó la Tarnhelm entre montones de basura orbital, manteniendo el mayor número de naufragios a la deriva entre ella y los cazadores como fuese posible.

Justo el tipo de vuelo delicado e hiper-complejo que solo alguien educado y aumentado por los cirujanos de los maestros clado pudiera lograr. Aun así, una fina capa de sudor perló su frente.

-Hazme saber el instante cuando cualquiera de esos destructores se mueva una micra de su curso -dijo ella.

Cayne asintió, pero le dirigió una mirada de complacencia condescendiente.

No sabía cuál era su dispositivo exactamente, pero Cayne afirmó que podría escoger un camino a través de incluso las defensas más densas, y hasta ahora no le había defraudado. Minas emplazadas retroactivamente, pulsares electromagnéticos y auspex pasivos fueron sembrados a través de la órbita alta, pero el dispositivo detectó cada uno de ellos y proporcionó correcciones de rumbo para evitarlos.

Cuando ella le preguntó dónde había venido, todo lo que él dijo fue que era un juguete diseñado por el Señor del Hierro en uno de sus momentos más introspectivos. Ella se rio de eso, diciéndole que ella no se había dado cuenta de que su primarca fuese uno propenso a la introspección.

Él la miró de manera extraña y dijo: -Cuanto más poderosa y original sea una mente, más se inclinará hacia la soledad.

Dejándola con una garantía de que el dispositivo podría funcionar perfectamente sin él, Cayne regresó a los espacios de la tripulación y Ares Voitek ocupaba su lugar.

Mientras Rassuah pilotaría, Voitek manejaría sus armas. Cualquier arma de fuego significativa probablemente anunciaría su presencia con tanta seguridad como un pulso vox, pero es mejor estar preparado. Voitek se conetó a la consola, sus sentidos engranados con el auspex pasiva.

-Disparador único manejado por servidor -dijo recogiendo los retornos activos de un torpedo con un sirviente implantado para dispararse ante la detección de un objetivo. -Novecientos kilómetros de altura sobre tus diez.

-Lo veo -dijo Rassuah, inclinando su rumbo para evitar su arco de cobertura.

-Superposición de sensores centinela por delante -dijo Voitek.

-¿Se puede quemar su auspex con un haz volkite concentrado?

-Puedo. Generando solución de micro-explosión.

-Ares, espera -dijo Rubio, apareciendo en la escotilla detrás de ellos, con la cara llena de esfuerzo. -No disparéis.

-¿Por qué no? -preguntó Voitek. -Tengo una solución de fuego perfecto.

-Destrúyela y alertarás a nuestros enemigos.

-No tengo la intención de destruirlo, simplemente cegar su auspex principal.

-No es el auspex de lo que necesitas preocuparte.

-Tomamos este uno abajo y abrimos la brecha más -explicó Voitek. -La única vez que estas cosas se conectan con la nave de mando es cuando detectan algo. Si se apaga no se darán cuenta.

-Abre fuego y te darás cuenta de lo equivocado que puedes estar -dijo Rubio. -Hay una sensibilidad corrupta del Mechanicum a bordo, algo análogo a un Thallax, pero sólo con la tarea de mantener un eslabón de una cadena auspex. Rompe esa cadena y el enemigo sabrá de nuestra presencia.

-Necesitamos esa brecha -dijo Rassuah. –El juguete de Cayne sólo puede encontrar una vía a la Espíritu Vengativo si hay una brecha.

Rubio asintió y cerró los ojos. -Yo te daré su brecha, Rassuah. Estate listo, Ares. Dispara cuando te de la orden.

Luz mágica nubló los párpados de Rubio, y su capucha cristalina latió con chispas. Rassuah sintió los pelos en la parte posterior de su cuello erizarse. Los Ojos de Rubio se lanzaron hacia atrás y adelante, como si siguieran un tortuoso laberinto donde un giro equivocado significaba el desastre. Sus labios se separaron y un soplo de niebla congelada surgió al exhalar.

-Dispara -dijo. -Ahora.

Rassuah no vio nada. El control de Voitek de las armas era a través de un servo-brazo implantado y el haz volkite era demasiado rápido y demasiado preciso. Aun así, ella contuvo la respiración.

Rubio abrió los ojos, pero la capucha aún brillaba. Su piel estaba pálida y parecía que había comido algo desagradable.

-¿Qué hiciste? -preguntó Rassuah.

-Implanté una imagen de espacio muerto dentro de su mente contaminada -dijo Rubio. -Voitek destruyó sus ojos, pero está viendo lo que yo quiero que vea. Se cree que sigue siendo parte de la cadena auspex.

-¿Cuánto tiempo lo creerá?

-Mientras mantenga la imagen fuerte en su conciencia -dijo Rubio, manteniéndose firme a los montantes de las puertas. El coste de mantener los falsos pensamientos en la mente de un cyborg corrupto le estaba pasando factura.

El dispositivo de Cayne intervino, ya que registró una brecha recién abierta y ofreció un camino. Rassuah ya estaba desviando la Tarnhelm a través de una serie de jets de maniobra.

-Vuela constante, y vuela sin problemas -advirtió Rubio.

-Es la única manera que vuelo –le aseguró Rassuah.

El Espíritu Vengativo se alzaba delante de Tarnhelm, un vasto edificio de metal negro a 200 kilómetros y acercándose. Rassuah se estremeció al ver la nave insignia del Señor de la Guerra, como si fuera un depredador oceánico voraz y ellos una morsa nadando descuidadamente hacia ella.

Todo sobre el Espíritu Vengativo era amenazante.

Cada puerto arma era una boca gruñendo, cada agrupación apaisada enclaustrada un racimo aserrado de gárgolas y demonios. Los enormes ojos de color ámbar en sus flancos, ninguno menor a cien metros de diámetro, estaban mirando activamente a ella. La hoja de su proa era la daga de un asesino cuyo único propósito era cortar su garganta.

Rassuah trató de sacudirse el horror reptil de la embarcación. ¡Trono, era sólo una nave espacial! Acero y piedra, un motor y una tripulación. Ella susurró mantras clado para aclarar sus pensamientos. Se fijó en las pantallas y controles del Tarnhelm, pero siempre encontró su rabillo mirando a los ojos fijados en el infierno del Espíritu Vengativo.

El cráter de impacto bostezó antes de que la Tarnhelm lo atravesase como una puerta de entrada al abismo, un agujero negro en lo desconocido.

-Las naves de línea tienen espíritus máquinas, ¿sí? -preguntó Rassuah.

Voitek levantó la vista de la consola, con el rostro mitad máquina mostrando desconcierto en el momento de su pregunta.

-Un regalo del Omnissiah, sí -dijo al fin. -Cada máquina tiene un complejo otorgado en el momento de su activación. Cuanto mayor sea la máquina, mayor será el espíritu.

-Entonces, ¿Qué clase de espíritu tiene esta nave?

-Conoces su nombre, ¿Qué te parece?

-Creo que toda nave construida para gobernar sobre un mundo de toxinas y asesinatos tiene un espíritu que es mejor evitar.

-Y sin embargo tenemos que volar al corazón de éste -dijo Voitek cuando la Espíritu Vengativo se tragó la Tarnhelm.

Se conocieron en una isla en el centro de un lago artificial. La luz de la luna reflejada vaciló en su superficie suavemente ondulante. La ubicación hablaba de los primeros tiempos de la historia de la Legión, antes de que el ritual reemplazase a la tradición. Cuando las cosas fueron más sencillas.

Ahora parecía que incluso esa simplicidad fue una mentira.

Una lanza llameante se estrelló contra el suelo en el centro de la isla quemada con luz naranja, bañando los rasgos de los reunidos en un resplandor rojizo de salud que desmentía su verdadera condición.

La piel de Abaddon era cerosa por los bálsamos regenerativos y piel fresca injertada. Noctua ahora contaba con una mano artificial en su brazo derecho, mientras que Aximand estaba apoyado por una armadura espinal, mientras que en su destrozada columna volvían a crecer vértebras. Sólo Falkus Kibre luchó contra el ángel de fuego y salió ileso.

Maloghurst permanecía con el Mournival, pareciendo por una vez el menos herido entre ellos. Ger Gerradon y su creciente grupo de Luperci también fueron reunidos para escuchar de la próxima fase de la invasión.

-Hemos logrado grandes cosas, mis hijos, pero la lucha más difícil está por venir -comenzó Horus, rodeando la lanza ardiente y colocando una mano sobre los ojos de color ámbar en el pecho. –El enemigo se reúne ante nosotros, una hueste ininterrumpida de hombres y máquinas estirándose por todo el Monte Puño de Hierro. Ejércitos de todas partes de Moloc se reúnen, pero no nos van a detener; llegaremos a Lupercalia.

Aximand salió del círculo.

Por supuesto que sería Aximand. Habría peleado la batalla que se avecinaba un centenar de veces ya en la cabeza. De todos sus hijos, Pequeño Horus Aximand era el más exigente, el más concienzudo. Aquel cuyos pensamientos estaban más cerca de los suyos.

-Los números no nos favorecen, mi señor -dijo Aximand.

-Los números no son todo lo que decide una batalla -señaló Kibre.

-Lo sé, Falkus, pero aun así nos superan en número casi cincuenta a uno. Tal vez si la Guardia de la Muerte luchase con nosotros...

-Nuestros hermanos de la XIV Legión están a punto de ser el yunque sobre el que el martillo de los Hijos de Horus romperá los imperiales -dijo Horus.

-¿Van a estar con nosotros para la próxima pelea? -dijo Aximand. -¿Podemos contar con eso?

-¿Alguna vez has visto que los matones de Mortarion fallen? -dijo Horus.

Aximand asintió, concediendo el punto. -¿Cuáles son sus órdenes?

-Simples. Luchamos por los vivos y matamos por los muertos. ¿No es eso lo que decimos?

-Algo así -sonrió Aximand.

-¿Que hay en Lupercalia? -preguntó Abaddon, su voz siempre rasposa por una escofina quemada. -¿Qué aprendiste de la cosa en la cueva del muerto?

Horus asintió y dijo: -Me acordé de por qué el emperador vino aquí, lo que encontró y por qué Él no quería que nadie lo supiera. Lupercalia es donde voy a encontrar lo que necesitamos para ganar esta larga guerra.

-Entonces ¿Qué te mostró? -preguntó Aximand.

-Todo a su tiempo -dijo Horus. -Pero, en primer lugar, tengo una pregunta para vosotros, mis hijos. ¿Alguno de ustedes sabe cómo comenzó la vida en la Vieja Tierra?

Nadie respondió, pero él no las había esperado; la cuestión iba mucho más allá de su esfera habitual de interacción.

-¿Señor? -dijo Maloghurst. -¿Qué tiene eso que ver con Molech?

-Todo -dijo Horus, disfrutando de este momento raro para ser un maestro en lugar de un guerrero. -Algunos de los científicos de la Tierra creían que la vida comenzó como una reacción química accidental en la profundidad de los océanos alrededor de los respiraderos hidrotermales. Un gradiente de posibilidad que facilitó la transformación de dióxido de carbono y de hidrógeno en aminoácidos simples y proto-células. Otros creyeron vida llegó a la Tierra por Exogenesis, microorganismos enterrados profundamente en los corazones de los cometas que viajan por el vacío.

Horus caminó hasta el borde del lago, sus guerreros dividiéndose ante él. Se arrodilló y recogió un puñado de agua en su palma. Se volvió hacia sus hijos y la dejó derramarse entre los dedos.

-Pero eso no es donde vosotros y yo venimos -dijo Horus. -Como resultado, nuestro sueño no comenzó en la Tierra en absoluto.

Esta era una parte de la nave que Loken nunca había visitado. Pero incluso si lo hubiera hecho, dudaba que la hubiera reconocido. La Tarnhelm aterrizó inclinada con un ángulo pequeño en un nivel con compuerta expuesto al vacío. Sus garras de aterrizaje se clavaron con fuerza a la cubierta, y Rassuah mantuvo los motores en su tono más bajo.

Loken condujo a los Exploradores desde la nave y por la sección vapuleada de la Espíritu Vengativo, sus servoarmaduras expulsando bocanadas de aire exhalado. Plumas de vapor sangraron por el calor de las mochilas de sus servoarmaduras. El sonido de su respiración llenó su casco mientras cruzaba la cámara rota.

-Rassuah, una vez que estamos dentro, saca la Tarnhelm y sigue nuestro progreso a través de los localizadores lo mejor que puedas -dijo Loken. -Y mantente cerca del casco. Si esto sale mal, necesitaremos una evacuación rápida.

-¿Quieres que mantenga mi ojo de cazador? -preguntó la piloto.

-Lo mejor que puedas.

-Cuenta con ello -dijo Rassuah, despidiéndose.

El espacio infinito se extendía detrás de él, un tapiz negro interminable de vacío y puntos de luz eones de antigüedad. Antes que él era el recipiente en el que él había conocido sus más grandes alegrías y pesares más profundos.

Estaba de nuevo en el Espíritu vengativo y no sabía cómo sentirse.

Lo mejor y lo peor de sus recuerdos se habían plasmado en sus cámaras de armado y las escaleras. Conoció a sus grandes amigos y les vio convertirse en sus más terribles enemigos. Loken se sentía como un asesino en la escena de su crimen, o un espíritu torturado revisitando el lugar de su muerte.

Supo que volver aquí sería difícil, pero en realidad estar aquí era algo completamente distinto.

Una mano presionó su guardia del hombro izquierdo. Con orgullo llevó en ella el icono heráldico de los Hijos de Horus. Ahora se trataba de un espacio en blanco, de gris bruñido.

-Lo sé, muchacho -dijo Iacton Qruze. –Se hace extraño volver, ¿Eh?

-Llamamos a esta nave casa durante mucho tiempo -dijo Loken. -Los recuerdos que tengo...

Qruze colocó un dedo en la sien.

-Te acuerdas de ella como ella, no la bestia en la que la han convertido. Todo comenzó en esta nave y todo terminará en ella. Graba mis palabras, muchacho.

-Es sólo una nave -dijo Severian, moviéndose sobre la cubierta arrugado. -De acero y piedra, un motor y una tripulación.

Qruze negó con la cabeza y siguió a Severian.

Loken sintió ojos viejos sobre él. Se dijo que era sólo su imaginación y partió después de Qruze. Siguió al resto del equipo más en lo profundo de la caverna volada en el costado de la nave.

Por el aspecto de sus paredes una vez fue un espacio de dormitorio. Ahora era un vacío. Cada pieza suelta del lugar fue ventilado de forma explosiva al espacio por cualquier arma que atravesase el casco de la nave.

-Impacto transversal -dijo Ares Voitek, señalando líneas de rotura y la dirección de la explosión. -Este fue un golpe de suerte, un torpedo derribado por armas de defensa puntuales y cayó en espiral.

-Me pregunto si me sentiría afortunado de las personas en el interior -dijo Altan Nohai. -Afortunados o no, siguen muertos.

-Eran traidores -dijo Varren, pasando de largo. -¿Qué importa cómo murieron? Ellos murieron, y eso es suficiente.

-Ellos murieron gritando -dijo Rubio, una mano pegada al lado de su casco. -Y estuvieron gritando durante mucho tiempo.

Los exploradores se extendieron, trasladándose a donde el mamparo interior más cercano estaba intacta. Voitek se movió a través de la pared, con los servo-brazos tocando y haciendo clic a lo largo del mamparo, como si buscara algo.

-Aquí -dijo. -No hay atmósfera en el otro lado. ¿Cayne?

-Configurando ahora -dijo Cayne.

Colocó el mismo dispositivo que había usado para enhebrar por el laberinto de defensas sembrados que rodeaban la Espíritu Vengativo a los pies de Voitek. Colocó una varita desmontable conectada a través de un cable en espiral y desplazó la varita arriba y abajo.

-Estás en lo correcto, Maestro Voitek -dijo, consultando una lista brillando suavemente en su dispositivo. -Un pasaje, sellado en un extremo por los escombros. Los planos indican que hay un camino a través en la otra dirección, una sub-tránsito que conduce hasta un pasadizo de munición para una cubierta de armas inferior.

-¡Va a llevarnos más profundamente en la nave? -preguntó Loken.

-Ya dije que lo haría -dijo Cayne. -¿No estás familiarizado con el diseño de sub-cubiertas en los niveles de artillería?

-No, no especialmente.

Cayne negó con la cabeza mientras empacó su dispositivo e introdujo la varita de vuelta a casa. –Vosotros Lobos Lunares, es una maravilla que fueseis capaces de encontrar el camino en absoluto.

Severian desenvainó su espada de combate. -Le puedo matar si quieres -le ofreció.

-Tal vez más tarde -dijo Loken.

Severian se encogió de hombros y se inclinó para rascar un símbolo en la pared, una runa angular de líneas verticales y transversales.

-¿Sabes futharc? -dijo Bror Tyrfingr, mirando por encima del hombro a Severian. -¿Cómo sabes futharc?

-¿Qué es futharc? -preguntó Loken.

-Signos de batalla -dijo Severian. -Exploradores de los Lobos Espaciales… lo siento, de la Vlka Fenryka utilizados para orientar el seguimiento de fuerzas a través del espacio y similares. Cada símbolo da la información a la fuerza principal de lo que está por delante, las mejores rutas a tomar. Ese tipo de cosas.

-No has respondido a mi pregunta -dijo Bror Tyrfingr.

-La Vigésima Quinta Compañía sirvió con vuestro grupo más de una vez -dijo Severian, terminando su trabajo. -Un lobo llamado Svessl me lo enseñó.

-Algo de lo que se arrepentirá si alguna vez lo veo -gruñó Bror.

Qruze y Rama Karayan adelantaron a Bror y Severian. Comenzaron desarrollando una serie de bloques de puntales y generadores portátiles a partir de una serie de jaulas estrechas que una vez habrían podido contener cohetes para un lanzador de misiles.

Esta era el área de Karayan, y rápidamente estableció lo que parecía la plantilla enmarcada de una puerta. Con la ayuda de Voitek, Karayan enganchó su construcción a un generador y conectó una manivela hasta que una joya-luz se puso verde.

Karayan pulsó un interruptor de activación cubierto. Un flujo de energía líquida floreció alrededor de los bordes interiores del marco, extendiéndose hasta llenar el espacio cerrado como la superficie de una burbuja de jabón. Ondeaba, vaporoso con colores del arco iris.

-Campo de integridad establecido -dijo Karayan. –La brecha es segura.

Voitek asintió y sus servofrenos traspasaron el campo hasta las proyecciones de agarre en el mamparo.

-Abriendo -dijo Karayan cuando cargas Melta de precisión en la parte posterior del marco quemado con intensidad de corta duración, pero feroz. Ellos cortaron a través de la mampara de forma instantánea, y Ares Voitek un tirón la losa de corte de metal de nuevo a través del campo de integridad.

-Estamos dentro -dijo Varren.

El shock saludó al pronunciamiento del Señor de la Guerra. La incredulidad y confusión. Aximand sentía el suelo bajo él volverse arenas movedizas ante la verdad de las palabras del Señor de la Guerra.

-¿No lo sentís, mis hijos? –continuó Horus. -¿No sentí lo especial que es Molech? ¿Cuán singular es de entre todos los mundos que hemos conquistado?

Aximand se descubrió asintiendo, y vio que no era el único.

Lupercal caminó en círculos, golpeando el puño en su palma con cada frase.

-En los albores de la gran diáspora, el emperador viajó aquí en humilde apariencia y encontró la puerta de entrada a un mundo de dioses inmortales. Les ofreció cosas que sólo un dios en potencia podía ofrecer, y confiaron en él. Le dieron una medida de su poder, y con ese poder operó la ciencia para desvelar los misterios de la creación.

Horus estaba radiante mientras hablaba, como si él ya hubiera ascendido a un plano divino de la realidad.

-Pero el Emperador no tenía intención de honrar su deuda con los dioses. Él se volvió contra ellos, tomando sus dones y mezclándolos con su arte genéticos para dar a luz a semidioses. El Emperador condenó la disformidad como antinatural, pero sólo para que nadie siguiera sus pasos. La sangre de la esfera inmaterial corre por mis venas. Fluye en todas nuestras venas, pues en tanto soy el hijo del Emperador, vosotros sois los hijos de Horus, y el secreto de nuestra génesis fue descubierto en Molech. La puerta de entrada a ese poder está en Lupercalia, muy por debajo de la roca de la montaña. Sellado lejos de la luz por un dios celoso que sabía que algún día uno de sus hijos buscaría superar sus obras.

Y, al fin, Aximand entendió por qué habían venido aquí, por qué consumido esos recursos y desafiado toda lógica militar para seguir las huellas de un dios.

Este sería el momento en que se levantarían para desafiar al emperador con las mismas armas que él guardó para sí.

Esta iba a ser la apoteosis de todos ellos.

Karayan y Severian abrieron el camino, entrando en la maraña de corredores más allá del campo de integridad. Loken y Qruze fueron los siguientes, seguidos por los otros en rápida sucesión. El pasillo era oscuro y lleno de metal aplastado. Sólo el débil resplandor de las lentes de los cascos y la chispa ocasional de maquinaria fundida alumbró el camino. Los escombros llenaban la cubierta. Tuberías rotas rociaban el aire con humedad y vapor.

Los sentidos automáticos de Loken lo analizaron el agua estancada en una montaña sombría. Oyó estática como una escofina raspando sobre piedra. Susurros.

Los Siete Nonatos. Los Susurrantes. Samus. Samus está aquí...

Loken negó con la cabeza para despejar el pensamiento espontáneo, salvo que quedó incrustado como una astilla abriéndose camino profundamente en su carne. Vio a Rubio alcanzar una mano firme a la pared, y luego estremecerse como si estuviera al rojo vivo.

Loken se centró en la espalda de Callion Zaven, imaginando cómo se vería detonar con una masa reactiva o masticado por una espada-sierra. Se preguntó si el grito de muerte de Zaven haría eco con el tono perfecto mientras moría.

-¿Loken? -dijo Altan Nohai. -¿Ocurre algo? Tu frecuencia cardíaca es elevada.

-Estoy bien -dijo Loken, la imagen del asesinato tan persistente como el sabor de la sangre. –Es este lugar; es difícil estar de vuelta.

Si el apotecario escuchó la mentira, no dio señales. Loken siguió adelante, oyendo el suave aliento en su hombro que él no podía estar escuchando.

Avanzaron por el pasillo, llegando a un cruce de ecos que gotean y cableado enredado que cuelgan de los espacios de techo. Chispas azules escupieron desde una caja de conexiones arrugado. Un ojo de Horus había sido pintado toscamente en la pared en blanco. Líneas de goteo hicieron parecer como si estuviera llorando lágrimas lechosas.

-Cayne, ¿Qué dirección?

-Como he dicho, todo recto y subir las escaleras al final.

Severian ya estaba en movimiento, bólter en alto. Parecía como si su cuerpo estuviera completamente inmóvil de cintura para arriba. El cañón de su arma nunca vaciló, ni derivó un milímetro de su línea de visión.

Moverse en silencio en servoarmadura era un truco que sólo unos pocos podían manejar, pero Severian y Karayan lo elevaron a una forma de arte. En todo caso, Rama Karayan se movía con mucho menos esfuerzo aparente que Severian, reflejando su camino mientras avanzaban.

Loken se sentía torpe en comparación, cada eco de sus pisadas sonando como las pisadas pesadas de un Dreadnought. Podía ver que los demás sentían lo mismo.

El roce de una hoja detrás de él hizo chirriar los dientes a Loken, como la sierra de un apotecario moliendo hueso. En deferencia a disgusto de Bror Tyrfingr, Severian dejó la marca de su camino para los guerreros del de Rout. Sería su padre genético quien haría este futuro asalto, y la simetría era agradable.

Las escaleras de hierro estaban justo donde Cayne dijo que estarían, y los Exploradores subieron a una de las cubiertas de cañones ventrales. La parte superior se abría en una cámara de techo alto con deflectores acústicos colgando flácidos de las paredes en trozos arrugados y llenaban el aire con partículas a la deriva. Otro Ojo de Horus en la pared. Loken se acercó para tocarlo. La pintura estaba aún húmeda.

Protegidos de la ventilación a presión de los propulsores sobrecalentados de las armas por mamparos pesados, el corredor de municiones era una carretera hundida de diez metros de ancho detrás de los cañones en batería. En la batalla, un flujo constante de camillas de cama plana llenarían los carriles, distribuyendo los proyectiles a las pilas de macro-cañones y transportando los casquillos a las fundiciones.

Las armas estaban en silencio, pero las cadenas se sacudían en enormes molinetes y el estruendo de los ascensores de munición hacía vibrar el aire. El olor agrio que Loken probó antes regresó, más fuerte esta vez. Las voces arañaron el borde de su audición como animales a la intemperie más claro.

-¿Qué es eso? -dijo Zaven.

-¿Lo escuchas? -preguntó Loken.

-Por supuesto, es como un vox sintonizado en otra habitación -dijo Zaven. -Sigue diciendo la misma cosa una y otra vez.

-¿Qué estás escuchando? -preguntó Rubio con urgencia.

-No lo sé exactamente -dijo Zaven. -Es un galimatías. Maelsha'eil Atherakhia, sea lo que sea eso.

-No, no están diciendo nada -dijo Varren. -Están gritando. O tal vez alguien está tratando de cortar adamantium con una espada-sierra.

-¿Eso es lo que escuchas? -dijo Tubal Cayne. -Ser golpeado en la cabeza todas esas veces deben haber dañado los centros de comprensión auditiva de tu cerebro.

Rubio se interpuso entre Cayne y Varren. Su capucha psíquica parpadeaba con luz, aunque nada de eso era por su mano.

-¿Qué oyes? -exigió Rubio.

-El ruido de una cubierta de armas -dijo Cayne. -¿Qué otra cosa iba a escuchar?

Rubio asintió y dijo: -Sé agradecido por ser un hombre de razón pura, Tubal Cayne.

-¿Qué está pasando, Rubio? -dijo Loken.

El psíquico se dio la vuelta, dirigiéndose a todos ellos. -Cualquier cosa que penséis que estáis escuchando, no es real. La energía psíquica de bajo nivel se está gestando bajo la superficie. Es como la radiación de fondo, pero dentro de la mente.

-¿Es peligroso? -dijo Nohai. -Estoy recibiendo niveles suprarrenales elevados y las respuestas de combate en todos y cada uno de ustedes.

-¡Porque nos acaba de decir que estamos bajo el efecto de Maleficarum! -silbó Bror Tyrfingr, enseñando los colmillos.

Macer Varren desenganchó su hacha, su dedo cerrándose sobre el perno de activación. El ruido de sus dientes encadenados sería escuchado en cientos de metros a la redonda.

Rubio apretó los puños y luces fantasmas bailaron en la matriz cristalina de la capucha. El murmullo en el casco de Loken se alejó, como llevado pro una fuerte

brisa. Pronto se marchó, dejando sólo el martilleo de percusión de la cubierta del arma. Dejó escapar un suspiro.

-¿Qué estás haciendo? –preguntó Tyrfingr a Rubio.

-Blindándoos de la corrupción psíquica que impregna esta nave -dijo el psíquico, y Loken oyó la tensión en su voz. -Todo lo que oigáis a partir de ahora será la verdad.

La idea no le dio a Loken consuelo alguno.

DIECISIETE
Bestias de Molech
Misión crítica
No perfección sin imperfección

El horizonte había estado ardiendo durante días. Los incendios de la selva eran nada nuevo, pero en toda su vida, Lord Balmorn Donar no habían visto nada que igualase la envergadura de esta conflagración. Peor aún, el borde de ataque de la selva ardiente no estaba a más de un día de distancia siendo optimistas.

-¿Es la Guardia de la Muerte? -preguntó Robard, manejando a su Caballero por el muro para reunirse con su padre. La pierna de Caballero de Robard fue reparada, pero era un parche temporal puesto por aprendices de segunda categoría. Con el eje principal del avance enemigo que venía del norte, la línea Preceptora fue despojada de sus adeptos del Mechanicum y la mayoría de sus sacristanes. Cada uno de ellos fue adscrito al Monte Puño de Hierro para dar servicio a los dioses-máquinas de la Legio Crucius.

-No puede ser la Guardia de la Muerte -dijo. -No puede ser cualquiera. Incluso los más potentes lanzallamas, defoliantes químicos o bombas radiológicas necesitarían meses o años para cortar un camino viable sin destruir su propio ejército.

-Entonces ¿Qué es?

Lord Donar se tomó su tiempo antes de responder. Su sensorio pintó el cielo como una mancha de negro mate pero a veces, sólo por una fracción de segundo, este se

rompía con un zumbido estático, como un inimaginablemente vasto enjambre de moscas.

-No sé, chico -dijo finalmente, -pero estoy muy seguro de que no es un fuego.

-Mi auspex térmico dice lo contrario -dijo Robard. -Lo mismo ocurre con las armas del muro.

-Sí, pero las lecturas de daños crecen rapidísimo, desvaneciéndose casi a la nada antes de repetir el ciclo -señaló Señor Donar. -No soy un maldito experto, pero hasta donde yo sé los incendios no se comportan así. No conozco nada que se comporte de esa manera.

-Entonces, ¿Qué hacemos?

-Lo que hacemos siempre, muchacho -dijo Lord Donar. –Mantenemos la línea.

Las manadas de bestias golpearon el muro una hora más tarde.

Los azdárchidos llegaron primero. Los más veloces de las grandes bestias, corrieron por delante de la marea negra que envolvía la selva. Sus largos cuellos se ampliaron y sus picos de cocodrilo emplumados se estiraron y cerraron en pánico animal.

Las armas del muro abrieron fuego cuando cruzaron la línea a mil metros de la línea Preceptora. El ruido era tremendo, incluso encerrados dentro de la armadura de un Caballero. Lord Donar filtró sus gritos y observó a los rebaños cargar a través de un huracán de fuego de cañones rotatorios. Sin hacer caso de la carnicería, las aves no voladoras a medio galope gritaron cuando los proyectiles les desgarraron sin piedad.

A seiscientos metros, los siete caballeros de la Casa Donar abrieron fuego. Proyectiles de cañón de batalla y dejaron como testimonio cráteres de cinco metros y cuerpos desmembrados volando a su paso. Cañones Stubber horadaron trincheras sangrientas a través de la horda. Los grupos se redujeron, pisoteados a pulpa por quienes estaban detrás de ellos. El terreno de matanza era un lodazal de la tierra empapada en sangre y carne irreconocible. El aire se tiñó de rojo, con sabor a virutas de metal.

Manadas de Xenosmilus vinieron después, cientos de cuadrúpedos monstruosos avanzando hacia la pared entre gruñidos de desesperación. Las armas los redujeron a

pulpa. Carne y hueso fueron destrozados en miles de explosiones sangrientas. Basiliscos y Medusa de la Brigada de Hierro Kapikulu lanzaron proyectiles sobre el muro con sus cañones en elevación máxima.

Ondas de choque sísmicas y pulverizadoras solaparon a detonaciones de corto alcance sacudieron el muro y dividieron la piedra al frente con grietas afiladas. Grandes extensiones de la Línea Preceptora de hundieron visiblemente.

Masacre no era una palabra lo suficientemente grande como para abarcar lo que ocurría, pero las bandadas arrasadas pronto encontraron huecos donde las armas de la pared de la Línea Preceptora estaban inoperativas. Demasiado cerca para la artillería, los arroyos de bestias depredadoras subieron hacia el muro.

-¡A mi! -gritó Lord Donar, caminando para cubrir los huecos. Rodó los hombros, y el caballero respondió. Armas cargadas, tolvas de municiones preparadas. Proyectiles sólidas embistieron en las recámaras. Los iconos de objetivos no podían enfocarse. Demasiados para elegir. Demasiados objetivos para fallar. Lord Donar sentía el espíritu del Caballero y toda emoción de sus pilotos anteriores ante la cercanía de la muerte.

Otros nobles daban nombres a sus caballeros, pero la Casa Donar era el hombre interior que contaba. Una máquina podría tener una gloriosa historia, pero vincúlalo con un guerrero por debajo de la par y ninguna cantidad de gloria importaría.

Lord Donar contó por lo menos doscientos azdárchidos, el doble que muchos xenosmilus. Más bestias de las que había visto en su vida. Los grupos chasqueando, ululando y graznando en realidad estaban tratando de abrirse camino arañando y mordiendo a través de la pared. ¿Qué había detrás de ellos que pudiera ser tan malo como para llevarles a aniquilarse así?

Un miasma negro brotó de la línea de árboles, un banco de humo acechante. Toda la vida insectívora del planeta vino a ver el asesinato.

No hay tiempo para reflexionar, había una lucha por hacer.

Los azdárchidos quedaron atrapados en la base de la pared, chillando y golpeándose hasta la destrucción en una base de cadáveres amontonados. Los grupos de xenosmilus treparon por la pared como sitiadores, sus duras garras de hierro clavándose en las grietas de cantería derrumbándose y acarreando sus enormes cuerpos hasta su fachada en ángulo.

Lord Donar escogió una manada confusa en la base de la pared y lanzó un golpe doble de su montaje de cañón de combate. Las explosiones gemelas se multiplicaron. Los cuerpos mutilados se dispersaron por el aire, quemados hasta ser irreconocible. Su cañón pasó de lado a lado, arrebatando a las bestias rugientes de la pared. Los cadáveres se deslizaron hacia abajo para unirse al creciente montón de animales muertos en su base.

Una torreta a la derecha explotó cuando un par de ojivas imperfectas explotaron prematuramente. El oblongo y destrozado metal ennegrecido cayó del muro en llamas. Más torretas estaban cayendo en silencio mientras sus reservas de municiones se agotaban.

-¡Cubrid los huecos! -ordenó Lord Donar. -¡Robard! Te lo dejo a ti.

El Caballero de su hijo se dirigió a la parte desmenuzada del muro donde la base de la torreta humeante aún perduraba. Apoyando una pierna en la pared, Robard se asomó y apuñaló con su lanza térmica a las hordas. Un chirrido de aire magma estalló entre los azdárchidos, vaporizando al menos nueve de ellos. Su Stubber peló la pared.

Pero por cada docena de bestias que mataron, el doble llegó detrás de ellas. Un flujo interminable de monstruos abandonaba la selva en desintegración. La muerte a manos de las armas imperiales era preferible a enfrentarse contra lo que los había expulsado de sus guaridas. El miasma negro estaba disolviendo los árboles gruesos, reduciéndolos a mantillas en descomposición.

Los xenosmilus estaban en las murallas. Sus patas pesadas estaban ensangrentadas, sus garras casi arrancadas por el ascenso. Lord Donar decapitó una bestia con un solo disparo.

-¡Demasiado cerca para cañones de batalla! -gritó Robard.

-¡Perfecto para segar! -respondió Lord Donar, caminando con su máquina a través de la concentración más gruesa de bestias en expansión en las almenas.

Su espada segadora rugió a la vida, seis metros de espada-sierra afilados. Las primeras bestias sobre el muro fueron cortadas por la mitad con un solo barrido. Sus cadáveres desmembrados fueron arrojados veinte metros por los dientes hilados de la cuchilla. Una pasada de retorno arrancó las almenas rotas de la pared. Lord Donar

podría luchar así todo el día. Dejad que todos los animales de la selva vengan. Los mataría a todos.

Los Caballeros recorrieron la cabeza del muro. Los Stubbers dispararon hasta secarse o hasta que sus cañones se sobrecalentaron. Sus hojas segadoras cortaron todo lo que alcanzó el muro. El asesinato era mecánico. Muerte entregada por la máquina a animales como matarifes robot en un matadero.

La cuchilla segadora de Robard estaba atascada con huesos y carne recocida, por lo que utilizó su lanza térmica como un garrote. Su masa era un arma en sí, aplastando enemigos bajo los pies con garras. Estaba solo. Y rodeado.

Pero las bestias que empujaban más allá de él no se detuvieron y atacaron su retaguardia vulnerable. Ellos bajaron por la explanada, corriendo en tropel para poner la mayor distancia entre ellos y el muro. Escuadrones de Devsirmes abrieron fuego contra ellos, pero sólo un puñado de bestias fueron derribadas.

Lord Donar volvió su Caballero a tiempo para ver los bordes ennegrecidos y pudriéndose de la selva abriéndose cuando los mallahgra llegaron. Los gigantes simiescos embistieron hacia la pared en largos saltos, arrastrando los puños. Sus cabezas como escarabajos se redujeron como arietes.

-¡Luthias, Urbano, la puerta! ¡Ahora! -ordenó Lord Donar. -¡Robard, la pared es tuya, no la pierdas, muchacho!

Los dos Caballeros llamados se apartaron de la cabeza de las murallas y siguieron a su señor.

Un par de xenosmilus saltaron sobre la espalda de Urbano y obstruyeron el funcionamiento de su espada segadora el tiempo suficiente para que otros seis escalasen las paredes y lo arrastraran hacia abajo. Con sus armas aun disparando, Urbano fue sacado la muralla. Lord Donar y Luthias caminaban a través de la lucha hacia la puerta.

Los pocos Malcadores restantes del Kapikulu asumieron posiciones enterradas de disparo a cada lado de la puerta de enlace. Equipos de los Belgar Devsirmes ocuparon sangars elevados y fortines de sacos de arena.

Fuego de armas pequeñas apuñaló las paredes. Balas, misiles y bólters pesados. Intrascendentes en comparación con las armas de los Caballeros.

Lord Donar y Luthias llegaron a la puerta justo cuando el primer mallahgra golpeó. El metal se deformó, y luego se deformó una y otra vez. Uno tras otro, los mallahgra combinaron su masa superior hasta sacar la puerta de su montaje aunque seguramente con ello algunos se rompieran los huesos de sus hombros y cuello. Bisagras del tamaño de cañones Terremoto fueron arrancadas de sus soportes cuando la puerta finalmente cedió a la presión.

Una marea de gigantes de pelaje gris embistió por la puerta, todo músculo, colmillos y furia. Lord Donar disparó a los cráneos de los dos primeros con una ráfaga de proyectiles Stubber. Luthias vaporizó a los tres detrás de ellos con la lanza térmica. Los Malcadores rebanaron carne y volvieron la puerta de entrada una masa sólida de sangre derramada.

Lord Donar disparó hasta que su Stubber devoró sus reservas de municiones. Había visto el icono del Tyrae apagarse. Su muerte fue sin testigos y con la pérdida de otro Caballero, más y más de las bestias fueron ganando las murallas.

Las almenas se perdieron. Una marea arrasadora de monstruos se derramó por encima del muro.

Luthias murió cuando un par de mallahgra encabritados abrieron su caparazón y lo cortaron por la mitad con tocones erizados de garras. Lord Donar esperó a que se volvieran a él, pero las criaturas gigantescas simplemente siguieron adelante, sobrepasando la pared.

Sólo entonces Lord Donar se dio cuenta de que debería haber visto desde el inicio de este asalto. Las bestias no eran el peligro. Ellos no estaban atacando a la Línea Preceptora como fuerza militar; la estaban atacando porque estaba en su camino. Debería haber abierto la maldita puerta hace mucho tiempo.

-A todas las fuerzas, retirada -ordenó Lord Donar. -¡Fuera de su camino! ¡Casa Donar, a mí!

Era un contrasentido permitir ir a las bestias sin ser molestados, pero luchar aquí era un suicidio.

Algo peor iba a venir, algo que tenía los números para luchar. Los últimos cuatro Caballeros se hicieron a un lado, tomando la cobertura que podían mientras una avalancha de criaturas de la selva pululó por el muro y huyeron del campo de batalla.

Soldados de la Kapikulu y Devsirmes seguían muriendo, aplastados en la estampida, pero Lord Donar no podía hacer nada por ellos. Mantuvo su Caballero presionado firmemente a la cara interior de la pared. Le avergonzaba que la Línea Preceptora fuese violada, pero no había tenido ninguna posibilidad de mantenerla. Era probable que las bestias se refugiasen en las cuevas de las montañas en el borde de la Estepa Tazkhar. Aquellos que no lo hicieran serían eliminados por Kushitas Orientales de Abdi Kheda si viajaban más al oeste o al norte.

Le tomó una hora antes de que se pusiera fin a la ola de criaturas de la selva. Las últimas bestias eran pobres especímenes de hecho, lisiados, ancianos y enfermos. Los Devsirmes les dispararon mientras pasaban, y los disparos fueron misericordia.

La Línea Preceptora estaba en ruinas: la puerta de entrada quedó atragantada con animales muertos y secciones enteras de la pared fueron voladas por las explosiones de artillería de corto alcance.

Sólo una rampa todavía ofrecía acceso a la pared, y Lord Donar trepó cautelosamente, oyendo cada crujido de la madera y el gemido de exceso de estrés en el metal. La parte superior de la pared era una ruina destrozada de tocones rotos donde almenas de protección una vez ofrecieron protección. Todo su complemento de torretas había sido destruido o sin municiones.

Enseguida, Señor Donar vio nada de eso importaba.

La selva Kushite se había ido, limpiada por completo.

Seiscientos millones de hectáreas de exuberante vegetación eran ahora un pantano necrótico interminable de negro. Lord Donar sabía que sólo un arma podría destruir integralmente la vida con tal velocidad.

El miasma negro en el borde de lo que había sido una jungla de incomparable profundidad y fecundidad comenzó a disiparse como la noche antes del amanecer. Su sistema sensorial se colapsó de estática cuando lo que parecía un billón de moscas se levantó desde el océano de decadencia más allá de las paredes.

Lord Donar marcó la abertura de la cabina y dejó que el capó segmentada de su Caballero se dolara sobre su caparazón. El hedor le golpeó en primer lugar, un olor paralizante de carne podrida, estiércol y tierra contaminada.

A medida que el miasma continuó alzándose, Lord Donar vio un ejército de invasión moler su camino a través de los restos en descomposición de la selva. Enormes camiones cisterna que llevaban la heráldica de oro de los gremios promethium de Ophir se extendían hasta el horizonte donde las largas zancadas de los Titanes avanzaban con pasos pesados.

Dirigidos por un Rhino prácticamente destrozado, una gran cantidad de vehículos de combate y piezas de artillería gigante levantaron grandes terrones de barro negro de sus orugas a medida que se aproximaban a la pared. Marchando con gravedad junto a ellos había miles de guerreros de la Legión en servoarmaduras que había sido una vez de marfil pálido, pero que ahora estaba manchadas con la suciedad y materia en descomposición.

A la cabeza del ejército había un gigante armado con una capa mate de desechos y hierro. Su rostro era una calavera lasciva amordazada por una boquilla de bronce y llevaba una cuchilla una guadaña de tal escala que parecía posible que él hubiera talado la selva sin ayuda de nadie.

Lord Donar vio decenas de culebrinas monstruosas y piezas de artillería de gran calibre alimentados por enormes ojivas rompedoras. Su corazón se endureció mientras viró su Caballero y se dirigió a la pared.

-¿Padre? -dijo Robard cuando Señor Donar llegó al suelo.

-Caballeros de Casa Donar -dijo. Marchad conmigo.

Lord Balmorn Donar entró por la puerta, sus Caballeros le siguieron rápidamente a través de la puerta de entrada ahogada en cadáveres.

Los Caballeros se pusieron delante del ejército imposible de la Guardia de la Muerte. Superpesados refunfuñones les apuntaron con armas contra titanes; cañones vulcan, de plasma y aceleradores. La exageración era ridícula. Marcadores de objetivo aparecieron en el auspex de Lord Donar, demasiados para contarlos.

Armamento suficiente para matar a una docena de Casas fueron apuntados sobre ellos y la pared que había pasado la vida defendiendo. Los cañones de Lord Donar estaban vacíos e inútiles. Sólo su espada segadora era todavía viable, y la hundiría contra puto señor de la Guardia de la Muerte.

-Sólo queda dar un orden -dijo Robard.

-¡A la carga! -gritó Señor Donar.

Con la cubierta de artillería inferior marcada, los exploradores se adentraron en la Espíritu Vengativo. Siguieron por el túnel, abrazando las paredes cuando servidores de ensamblaje pasaron de largo. Se movieron cuando retumbos distantes oscurecieron los sonidos de su paso.

Desde la cubierta de artillería siguieron las instrucciones del Cayne, moviéndose hacia arterias de poca luz. Un camino enroscado hacia los centros estructurales donde un impacto de torpedo o un macro-cañón lograrían un mayor daño y las áreas donde podrían realizarse amplios abordajes practicables en zonas de descanso. Bror Tyrfingr marcó esos lugares en futharc, y Ares Voitek plantó las radiobalizas de localización ocultos en disparadores imperiales cifrados para guiar a las naves de asalto y torpedos.

Loken era aparentemente el líder de la misión, pero se movía en un sueño, todavía sorprendido por la incongruencia de estar a bordo del Espíritu Vengativo. No estaban familiarizado con las cubiertas inferiores y, sin embargo, eran curiosamente acogedoras. Indulgentes, a veces oía un susurro en el hombro que le dirigiría sin recurrir a la confirmación por parte de la máquina topográfica de Cayne.

Vio más del Ojo de Horus, y cada vez que Loken la vio la pintura todavía estaba pegajosa, como si hubiera alguien justo por delante de Severian marcando su ruta hacia adelante. Al igual que en una galería de retratos, cada uno de los ojos parecía seguirle, como si la propia nave estuviera en silencio observando a los organismos extranjeros que se desplazaban dentro de su cuerpo.

Te veo. Te conozco...

Se preguntó si alguien más los vio.

Qruze le miró con extrañeza, como si viera que algo no estaba bien. Loken oyó el suave suspiro de aire, aliento real, no el silbido de exhalaciones a través de una rejilla de casco. El aliento de un viejo amigo. Rubio iba protegiéndolos de las emanaciones psíquicas que permeaban la nave. Entonces, ¿Qué hacía eso?

¿Alucinaciones auditivas causadas por el trauma de Isstvan o un amigo muerto ayudándole? ¿Psicosis latente o una ilusión?

Garvi...

Loken vio una figura a la deriva en el cruce por delante.

Mechanicum, vestido de negro y encapuchados con aumentos. Cables se arrastraban desde la columna vertebral del tecnosacerdote, y una multitud de servo-cráneos de ojos azules orbitaban el cráneo transparente. Un séquito de sirvientes enanos encorvados le seguía, charlando a borbotones y eructos binarios. Los cráneos hilaron para enfrentarles. Sus ojos brillaron de color rojo cereza.

Rama Karayan bajó y sacó su bólter al hombro. Su mira estaba conectada con la visera. El arma tosió una ráfaga de tres, mucho más suave que cualquier bólter posible. El solitario tecnosacerdote cayó en silencio, arrugándose en sí mismo como un edificio en demolición controlada.

Dos de su séquito de compañía murieron en la misma ráfaga.

Antes de que los otros servidores pudieran reaccionar, Severian estaba en ellos.

Su espada de combate apuñaló. Una vez, dos veces, tres veces.

Los servo-cráneos flotando por encima de los cadáveres se mantuvieron firmes por una red de cables y alambres de cobre. La luz en sus ojos tartamudeó. Severian serró algo a través de la capa del tecnosacerdote. Fluido aceitoso manó y los cráneos flotantes cayeron a la cubierta.

Hizo un gesto al resto de los exploradores hacia adelante.

-Limpiad el cruce -ordenó.

Llevaron los cuerpos fuera de la vista y los empaquetaron en una alcoba oscura más abajo en el pasillo. Servo-brazos de Voitek despojaron un panel y los residuos sueltos de los espacios del techo para ocultarlos.

-Observador de Artillería -dijo Varren, tirando hacia atrás la capucha.

Loken no veía cómo podía saberlo. El cráneo del cadáver era poco más que una papilla llena de fragmentos de materia cerebral y chatarra. Una vox-parrilla dorada colgaba de la mandíbula inferior aleteando, y dientes de hierro cayeron cuando Varren le soltó.

-No es como cualquiera que haya visto -dijo Severian.

-Tuvimos unos como este en la Conquistador -dijo Varren, tocando un crudo implante de electrodos-clavos todavía unido a un trozo de cráneo y arrastrando numerosos cables pelados en el detritus de su cerebro.

-Erizados con púas de motivación. ¿Las armas de la cubierta no se recargan tan rápido como deberían? Los centros de dolor del cerebro reciben una sacudida. ¿Una batería pierde su objetivo? Sacudida doble. Falla de nuevo y el cerebro arderá al vapor. Obtienes artilleros de una nave de guerra muy motivados.

-Los Lobos Lunares nunca necesitaron esas cosas -dijo Qruze, disgustado.

-Esto ya no es una nave de los Lobos Luna nunca más.

-¿Esos servo-cráneos enviaron una señal de alarma? -preguntó Rubio.

-Eso depende de si el disparo de Karayan rompió el vínculo noosférico antes de que pudieran emitir una advertencia -dijo Voitek.

-¿Hay alguna forma de saberlo con certeza? -preguntó Loken, elevando los ojos hacia la mirada silenciosa de otro Ojo de Horus.

Voitek golpeó el cráneo en ruinas del tecnosacerdote. -Ya.

-Su ausencia será pronto señalada -dijo Tubal Cayne. -Independientemente de si el tecnosacerdote o sus cráneos enviaran una alarma o no.

Qruze negó con la cabeza. –Para cuando se den cuenta nos habremos ido.

-Entonces no perdamos tiempo entre tanto -dijo Loken.

Cuanto más profundo los exploradores penetraban en la Espíritu Vengativo, más fuerte era la sensación de un miembro invisible de su equipo creció en la mente de Loken. A menudo se detuvo, con el pretexto de comprobar las esquinas y escudriñó su rastro hacia atrás para ver si podía ver a su cómplice fantasma. No sentía amenazada por la presencia, incluso cuando él la entendió como un malestar dentro de su psique.

Oscuras escaleras de servicio los llevaron a pórticos metálicos y cámaras abovedadas colgantes distantes, cosas aleteando que podrían haber sido estandarte, pero probablemente no lo fueran. Algunos tenían cosidos Ojos, y Loken trató de no mirarlos.

Evitaron el contacto cuando fue posible, matando sólo cuando fue necesario. La espada de combate de Severian y el bólter silenciado de Karayan hicieron la mayor parte del trabajo, pero la hoja hewclaw de Callion Zaven se humedecieron, y los servo-brazos de Voitek cerraron permanentemente las gargantas de muchos marineros incautos. Aquellos que murieron eran uniformemente sirvientes humanos o aumentados. Las regiones profundas de la nave rara vez eran visitadas por los legionarios y los exploradores hicieron pleno uso de esa pequeña ventaja.

El tiempo pasó lentamente, pues el ciclo diurno que proporcionaba la ilusión de día y de noche a bordo de una nave espacial ya no estaba en su lugar. Las horas se convirtieron en días en los espacios profundos de la Espíritu Vengativo. Midieron el tiempo por los cantos sin origen de coros invisibles y los ruidos de maquinaria por tuberías y conductos. Para Loken, sonaba como si las partes distantes de la nave susurraran entre sí, pasando mensajes e intercambiando secretos espantosos.

Bandas dispersas de lumen, luces de hornos y cámaras aisladas donde los habitantes del esqueleto de las cubiertas más bajas se daban cita en las islas de luz eran lo único que iluminaba las cubiertas inferiores. Repiques constantes, sirenas sonando y chirriantes adeptos del Mechanicum en túnicas negras andrajosas marcaban el ritmo de trabajo de sus cargos miserables con látigos y picanas crepitantes.

-Es hora de una ruptura de la cubierta superior -dijo Bror Tyrfingr cuando Tubal Cayne detuvo su progreso para actualizar su dispositivo con mediciones frescas. -Hemos deambulado lo suficiente por debajo de la línea de flotación.

-Cuanto más alto vamos, más nos arriesgamos a la exposición -dijo Qruze.

-Y de encontrarnos con fuerzas de la Legión -añadió Karayan.

-Traédmelos -dijo Varren. -Ya es hora de mi hacha parta algunos cráneos traidores.

-Esa hacha tuya será escuchada hasta el strategium -dijo Altan Nohai. -Tan pronto como los Hijos de Horus sean conscientes de nuestra presencia, esta misión ha terminado.

-No estamos aquí para luchar –recordó Loken a Varren. -Estamos aquí para marcar el camino para el asalto de la Sexta Legión.

-Entonces es hora de marcar los objetivos críticos de misión -insistió Bror. -Baterías principales de armas, armerías de la Legión, espacios de reactores, de mando y control. Y una vez que las marcamos, avanzamos. El Rey Lobo no está por encima de un poco de sutileza y mala dirección, pero no vendrá al Señor de la Guerra de las sombras. Él vendrá a él de frente, mostrando los colmillos.

Después de enfrentarse a Leman Russ en la mesa de hnefatafl, Loken se sentía inclinado a estar de acuerdo, pero la idea de marcar los espacios más conocidos dentro de la nave era una perspectiva poco atractiva.

-Tienes razón, Bror -dijo. -Es hora de demostrar por qué fuimos elegidos para esta misión. Tenemos que marcar la yugular de esta nave, lista para que el Rey Lobo la arranque. Subiremos por la Espíritu Vengativo.

Otra interrupción del vox trató de cortar a través del sensorio de Banelash, pero los ecos de sus antiguos pilotos se disiparon antes de que pudiera llegar a él. Al igual que él, no les importaba escuchar las demandas de Tyana Kourion de volver a la línea de batalla.

El Gran Ejército de Molech se estaba reuniendo en las colinas al norte de Lupercalia, que se extendían hacia el este desde las cimas escarpadas de la Untar Mesas al Monte Puño de Hierro. Con miles de vehículos blindados de combate, cientos de miles (si no más) de los soldados, de baterías tras baterías de artillería y dos legiones de titanes movilizadas para luchar, el Lord General podría arreglárselas sin duda con un Caballero menos.

Buscó por los bosques de tierras altas durante días, subiendo a través de riscos escarpados y valles cubiertos de musgo para encontrar el Naga Blanco. Su emoción inicial de estar al borde de algo milagroso se desvaneció casi tan pronto como dejó el campamento. El avatar divino del Culto de la Serpiente había fallado singularmente en manifestarse delante de él, y su paciencia se estaba agotando.

Él había elegido una dirección al azar, dirigiendo a su caballero desde el campamento con paso decidido. El daño que el Señor de la Guerra le había infligido seguía allí, un dolor óseo profundo que nunca se iría, un recordatorio permanente

que rivalizaba con el de la pérdida de sus hijos. Estar conectado a través de Banelash sus implantes espinales hicieron que su pérdida pareciese remota, desconectada, como si le hubiera ocurrido a otra persona.

Trágica, sí, pero en última instancia, soportable.

Esa lejanía terminaría tan pronto como se desconectara y se entretuvo con la idea salvaje de nunca sustraerse de Banelash. Absurdo, por supuesto. Una conexión prolongada con el espíritu máquina de un Caballero llenaría el cerebro de un piloto con recuerdos extranjeros, chatarra de datos no relacionados y fantasmas sensoriales.

Mantenerse dentro de un caballero por mucho tiempo era abrazar la locura.

Tan loco como ya estaba, la idea había echó raíces y no pudo ser desalojada.

La boca de Raeven estaba reseca y su estómago gruñó. No había comido antes de salir de campamento, y el vino se agrió en su vientre. Los sistemas de filtrado de sus residuos estaban permitiendo que continuara sin comida y agua, pero él ya podía sentir las toxinas, tanto físicas como mentales, acumulándose por todo su cuerpo.

Si el Naga Blanco no se revelaba pronto, no sobreviviría para regresar con cualquier bendición divina. La sola idea de morir en el bosque profundo le divertía momentáneamente. Cuan ridículo fin sería para un Caballero de Molech. Se convertiría en una estatua de hierro y carne desecada, solo y olvidado por hace miles de años. Imaginó salvajes envilecidos de una época futura descubriéndolo y llegando para adorar su cadáver como si Banelash fuese un antiguo altar pagano.

Parpadeó cuando el sensorio parpadeó y se estiró como jarabe de vertido. Las imágenes que se mostraron no fueron precisamente de máquinas, sino que eran proyecciones mentales, estimulaciones controladas de sus sinapsis para activar una representación visual de los retornos del auspex.

Entonces Raeven vio que no era el sensorio lo defectuoso.

Era el paisaje que se retorcía.

Normalmente la pantalla era una cosa monocromática, desnudada para mayor claridad en la batalla, pero ahora entró en erupción. Los árboles florecieron con una nueva vida y un crecimiento increíble. Flores brotaron por donde caminaba y su

perfume era embriagador y casi insoportablemente dulce. Colores sin nombre y sonidos hasta ahora no escuchadas lo asaltaron. Raeven vio sistemas circulatorios en cada brizna de hierba, ojos que no parpadean en cada hoja, una historia del mundo en cada roca.

Cada color, cada superficie se hizo insoportablemente aguda, terriblemente real e hinchada con potencial vital. Era demasiado, una sobrecarga sensorial que amenazaba con quemar las delicadas conexiones dentro de su mente. Raeven jadeó, las náuseas apuñalando su intestino. Si no estuviera vacío, se habría vomitado del revés.

Banelash se tambaleó en respuesta, un gigante de hierro moviéndose como un borracho. El cuerpo del caballero rompió ramas retorciéndose y desprendió rocas ondulantes. Su látigo de energía arremetió, talando árboles centenarios que chillaban mientras caían. La tierra por la lluvia mancha no ofreció asidero, como si quisiera que cayera, y Raeven luchó por mantener el Caballero vertical.

Caer tan lejos de cualquier ayuda sería la muerte, pero la idea ya no le divertía. Él luchó con los controles mientras la gran ferocidad de hiper-realidad del mundo le cortó y le diseccionó hasta el hueso.

-Demasiado -gritó. -¡Es demasiado!

-¡No existe tal cosa como demasiado!

El poder de la voz fue emitido de las hojas de los árboles parpadeando a unos cientos de metros y estableció en la mente de Raeven, incendiándola como un aneurisma. El dosel de cristalplas de su Caballero se quebró y gritó cuando la sangre llenó su ojo derecho.

Finalmente enderezó su asombroso Caballero.

Y vio lo divino.

-El Naga Blanco -jadeó.

-Uno de mis muchos nombres. Yo soy el Iluminador, el principio y el fin, el ideal de la perfección ontológica.

Sin ser consciente, Banelash se arrodilló ante el ser piadoso. El Naga Blanco brillaba con luz, el sol traído a Molech en forma corpórea con un calor tan salvaje que le desintegraría de la existencia en un abrir y cerrar de ojos.

-Aquí -lloró Raeven. -Trono, estás aquí...

Le asistieron nubes amorfas de almizcle perfumado, junto con el sonido de los espejos haciéndose añicos en su indignidad para reflejar tanta belleza. Su manifestación era maravillosa e inconstante, un tapiz retorciéndose de imaginería serpentina alada.

-Tu sacrificio de sangre me ha traído a Molech, Raeven Devine.

Sus muchos brazos le atrajeron, le hicieron señas. Raeven no quería otra cosa que llevar su Caballero a sus pies y perderse en su abrazo. Rendirse a la belleza no era una rendición en absoluto.

Pero una última pizca de instinto humano se lo impidió, gritando que someterse al Naga Blanco sería someterse a su servicio para siempre.

¿Y eso sería tan malo...?

Cada encarnación ardió y renació, como si tratase de llegar a un pináculo de perfección. Una melena radial de pelo blanco y ojos de hielo bordeados del color de la indulgencia.

Raeven quería hablar, pero ¿Qué podía decir a un dios que no fuese trivial?

-Habla y haz lo que quieras, Raeven Devine. Esa es la totalidad de la ley. Eres libre de liberarte de los grilletes que encadenan tu voluntad y limitan tus deseos. ¡Todos deben tener la libertad de disfrutar de todos los excesos! Exprime cada momento de sensación y acércate a la perfección.

Raeven luchó para seguir sus palabras, cada una de ellas un golpe de martillo contra el interior de su cráneo.

-La humanidad fue una vez libre, Raeven, bien nacida y viviendo con honor. Esa libertad intrínseca lleva a la acción virtuosa, pero el Imperio ha encadenado a tu especie. Y tan restringidas, sus naturalezas nobles luchan para eliminar esa servidumbre, porque los hombres siempre van a desear lo que se les niega.

El mensaje era tan simple, tan puro y claro que le asombraba no haberlo descubierto por su cuenta. Las púas de ira que había sentido antes del ritual se trenzaron en sus entrañas, un potente nudo de disgusto doloroso que empañó sus ojos de lágrimas.

Y como si las lentes que filtran cayesen sobre sus ojos, Raeven vio entre lágrimas lo que había más allá del velo del Naga Blanco.

Hinchado y serpentino, no era una criatura de lo divino, sino una horrible monstruo de los antiguos bestiarios. Una serpiente repugnante de escamas iridiscentes y alas draconianas, portando brazos y un rostro grotesco a la vez hermoso y repugnante.

-¿Qué eres tú? -gritó Raeven.

Oyó su horror y sus espejismos hincaron sus garras más profundamente en su mente. La imagen de un avatar divino guerreó con lo bestial que sabía que fuera.

-¡Yo soy tu Dios, tu libertador! ¡Te voy a llevar a la gloria!

-No -dijo Raeven, sintiendo la poderosa envoltura de la voluntad del Naga Blanco alrededor de su cuerpo como una constrictor. Se sostuvo con el odio de púas en su corazón, y el Naga Blanco gritó cuando desgarraron su presencia.

-No ofreces la libertad -dijo Raeven, obligando a cada palabra a través del almizcle narcótico que rodeaba a la criatura. -¡Ofreces esclavitud! ¡Es una mentira, una sucia y maldita mentira!

El almizcle surgió con el poder embriagador, y Raeven sintió la furia del monstruo como una fuerza física. Lo castigaba hasta la sumisión. Fuese lo que fuese el Naga Blanco verdaderamente, alzó en su cuerpo serpentino enroscándose hacia él a través del pabellón de Banelash.

-¿Que es más tonto que negar la perfección de un ser que todo lo abarca? No puede haber ningún credo, ningún líder, ni fe que sea tan armoniosa, perfecta y terminado en todos los aspectos como yo. ¿Qué locura haría que me rechazases?

Raeven sintió que las paredes de su resistencia se desmoronaban y luchó para retener el corazón de su sentido de sí mismo. La imagen del monstruo se cubrió lentamente con la belleza de un dios. Los instintos de supervivencia desesperados lanzaron un fragmento de las clases tediosas de estética que había sido obligado a soportar en su juventud.

-¡No hay tal cosa en el mundo como la perfección! -gritó, dragando sus recuerdos de las enseñanzas de sus profesores de infancia. -Si algo fuera perfecto, nunca podría mejorar y así le faltaría la perfección verdadera, que depende del progreso. ¡La perfección depende de lo incompleto!

El agarre del Naga Blanco resbaló. Sólo por un segundo, una fracción de segundo. Fue suficiente para mirarle a los ojos y ver el profundo abismo de locura y ego imposible para otro ser vivo y cuyo único anhelo era que todos cayesen de rodillas y le adorasen.

Raeven apretó el puño y Banelash enrolló su látigo de energía.

Con un grito de rabia, horror y la angustia lo abrió.

El látigo se agrietó, su longitud fotónica cayó sobre de los hombros musculosos del Naga Blanco. Vio luz brotar de la herida, como si la criatura estuviese formada a partir de líquido hiper-denso bajo presión intensa.

Un ala se arrugó, desgarrada como el tejido, y su brazo se apartó como una rama de un árbol roto. El látigo atravesó el torso de la criatura y sus gritos de angustia fueron los de un dios cuyo creyente más ferviente se volviese contra él.

El Naga Blanco, o lo que fuese esa maldita cosa, se tambaleó lejos de Banelash. El choque retorció sus hermosas facciones otra vez y lo hizo feo. Peor que horrible; el extremo más lejano de repugnancia forjado en un ser. Su forma repelente alimentó sentido imponente de Raeven de la injusticia.

Raeven despojó su otro brazo y sintió el calor de su lanza térmica fijarle. Rara vez empleó la lanza, pues su potencia de fuego era demasiado rápida y segura para su gusto. Pero eso era exactamente lo que necesitaba en estos momentos. El Naga Blanco resurgió en la ira, su arruinado cuerpo sangrando la luz de la galaxia de estrellas en su pecho.

Una de las alas colgaba de su espalda musculosa, y su lado derecho era una masa arrugada y fundida de carne donde colgaban sus brazos sin fuerzas en su lado.

Raeven disparó la lanza térmica justo en su pecho.

Y funcionó.

DIECIOCHO
Eventyr
Tormentos
Muertos atrasados

Cada bache en el camino fue transferido exquisitamente a través de la suspensión del Galeno para enviar sacudidas de dolor en el costado de Alivia. Su pecho dolía abominablemente, y los injertos frescos en su pecho dolorosamente cada vez que ella cambió de posición en la camilla.

Sin embargo, ella sabía que tenía suerte de estar viva.

O al menos afortunada de no haber acabado peor.

-¿Necesita más bálsamos para el dolor? -preguntó Noama Calver, la cirujano-capitán, al ver sus labios fruncidos.

-No -dijo Alivia. –Ya he dormido demasiado.

-Claro, sólo quiero saber si necesitas cualquier cosa -dijo ella, sin captar el subtexto de Alivia. -No hay necesidad de sufrir cuando hay un remedio aquí.

-Confía en mí, si se pone muy mal, serás la primera en saberlo.

-¿Promesa?

-Esperanza en morir, "dijo Alivia, atravesando su corazón con la mano.

Noama sonrió con preocupación matrona. Ella apretó el brazo de Alivia como si fuera su propia hija, que era exactamente la emoción que Alivia había plantado en su mente. Noama Calver tenía un hijo sirviendo en un regimiento del ejército fuera de este mundo y su preocupación por su bienestar sólo era ligeramente superior a los heridos bajo su cuidado.

A Alivia no le gustaba usar a la gente de esta manera, sobre todo buenas personas que podrían haber ayudado a ella si sólo lo pidiera. Cómo llegar a Lupercalia era demasiado importante para que ella, para ellos, corriese ningún riesgo de que Calver no pudiera haber ayudado.

Kjell había sido aún más fácil. Un buen hombre, que se había unido al Medicae por el deseo de mantenerse alejado de las líneas del frente sin darse cuenta de que los médicos estaban a menudo en los combates más encarnizados sin un arma. El Gran Ejército de Molech estaba preparando para enfrentarse con el ejército del Señor de la Guerra en campo abierto, por lo que fue un juego de niños manipular sus pensamientos en dirección sur de Lupercalia.

Noama bajó del Galeno, comprobando al otro herido que llevaban. Cada uno de ellos debía de estar de vuelta con sus unidades, pero se habían mantenido en silencio cuando Noama ordenó a su conductor, un niño impresionable llamado Anson que sólo quería volver a Lupercalia ver a una chica llamada Fiaa, que los alejase de los combates.

Demasiado fácil.

Jeph estaba tendido en una camilla más abajo en la Galeno, roncando como un motor con un engranaje roto. Ella sonrió ante el ablandamiento de sus rasgos, odiándose a sí misma por haberla cuidado mucho. Ella había estado suficiente de tiempo a solas, y podían pasar muchos años que una chica podría pasar sola antes de que cualquier compañía, cualquiera, fuese infinitamente preferible. Sabía que debería haberlo dejado atrás en Larsa cuando la nave se estrelló, pero no habría durado una hora más sin ella.

Honestamente, en su día, ¿Te habrías fijado dos veces en él?

Una pregunta bastante fácil de responder, pero no era tan sencillo.

Había habido complicaciones. Dos complicaciones para ser exactas.

Miska y Vivyen estaban sentadas jugando un juego de mesa llamado mahbusa con un número de contadores de ébano y marfil. Ella le había enseñado hace unos meses. Un viejo juego, uno que había aprendido en las casas de juego del Hegemón, aunque sospechaba que era mayor incluso que la ciudad compacta de escribas.

Las niñas sospecharon de Alivia al principio, y con razón. Ella era un intruso en su mundo. Un rival por el afecto de su padre. Pero ella las había conquistado con sus juegos, su amabilidad y sus historias fantásticas de los héroes más poderosos de la Vieja Tierra y sus mágicos mitos antiguos.

Nadie contaba una historia que se le pareciera a Alivia, y las chicas quedaron cautivadas desde el principio. Ni siquiera tuvo que manipular sus psiques. Y bastante sin darse cuenta, Alivia encontró interpretando el papel de una madre. No era algo que había esperado saborear, pero ahí estaba. Eran buenas las niñas; descaradas, pero con el carisma y los ojos muy abiertos para salirse con la suya.

Alivia sabía que Jeph no fue la razón por la que volvió a casa; fueron Miska y Vivyen. Ella ni siquiera había considerado ser madre, ni siquiera estaba seguro de que fuese posible para alguien como ella. Le habían dicho que tenía mayores preocupaciones que las vidas individuales, pero cuando los primeros impactos golpean Larsa, Alivia comprendió lo estúpida que había sido al aceptarlo ciegamente.

Cada parte de su misión estaba comprometida por tener responsabilidades. Ella había roto todas las reglas que se estableció a sí misma cuando llegó por primera vez a Molech, pero no se arrepentía de la decisión de convertirse en parte de su familia. Si John pudiera verla ahora se reiría en su cara, llamándola hipócrita y fraude. Él estaría plenamente justificado, pero ella todavía le daría una patada en las bolas por ello y lo llamaría cobarde.

Vivyen la miró y sonrió.

Sí, definitivamente valía la pena.

La chica se levantó de su asiento de palco y se acercó a Alivia con una mirada de esperanza en sus ojos.

-¿Quién va ganando? -preguntó Alivia.

-Miska, pero ella es mayor, así que está okey.

Alivia sonrió. Okey. Una de las palabras de Oll. Otra cosa que ella les enseñó. La dijeron en la scholam, donde los otros niños les miraban extrañados por su sonido inusual.

-Puedo enseñarte algunos movimientos si quieres -dijo Alivia. -A mí me enseñó la mejor. Podría darle una ventaja.

-No, está okey -dijo Vivyen, con toda la seriedad de una niña de doce años de edad. -Hago un montón de cosas mejor que ella, así que es bueno que tenga esto.

Alivia ocultó una sonrisa cuando vio Miska hacer una cara detrás de la espalda de Vivyen e hizo un gesto que su padre no aprobaría.

-¿Estás bien? -dijo Alivia cuando Vivyen subió a la camilla. -Ha sido muy difícil desde que salimos de Larsa, ¿eh?

Vivyen asintió. -Estoy bien. No me gustó cuando los tanques estaban disparando contra nosotros, pero sabía que ibas a sacarnos de una pieza.

-¿En serio?

-Sí.

Alivia sonrió. La certeza de un niño. ¿Había algo más seguro?

-¿Me lees un cuento? -preguntó Vivyen, tocando la funda del arma escondida, apretada junto a Alivia. Incluso herida, no se permitió separarse de ella.

-Por supuesto -dijo Alivia, presionando su pulgar en la placa de bloqueo y moviéndolo de un modo que lo mantuvo oculto a la chica. Abrió la caja, sintiendo sobre su pecho Ferlach el libro de cuentos maltratado que tomó de la biblioteca Odense Domkirke. Algunas personas podrían decir robado, pero a Alivia le gustaba pensar que fue rescatado. Las historias estaban para narrarlas, no para sentarse en un viejo museo.

Cuanto más tiempo poseía el libro, más se preguntaba acerca del mismo.

Una cosa doblada, de páginas amarillentas y que parecía tener cientos de años de antigüedad. Las historias en el interior eran mucho mayores, pero Alivia se aseguró de que el libro nunca se vendría abajo, nunca se desvanecería y no perdería nunca el viejo olor rancio de la biblioteca.

Alivia abrió el libro. Conocía cada historia de memoria y no necesitaba leer las página. La traducción no era muy buena, y lo que ella leyó a menudo no coincidía con las palabras escritas. A veces sentía como si las palabras cambiasen cada vez que lo leyó. No mucho, pero lo suficiente para que ella las contara, como si las historias gustasen de estirar y probar cosas nuevas de vez en cuando.

Pero las imágenes, xilografías a su entender, eran bastantes y a las chicas le gustaba hacer preguntas acerca de las extrañas personas que moraban en ellas mientras leía en voz alta.

Vivyen se apretó aún más contra ella y Alivia silbó cuando el vendaje de piel sintética se tensó de nuevo.

-Lo siento.

-Está bien -dijo Alivia. -He estado peor.

Mucho peor. Igual que cuando el ángel guardián murió, y Noama pensó que me había perdido cuando mi corazón se detuvo...

Ella pasó un dedo por la lista de historias. -¿Cuál es lo que quieres oír?

-Esa -dijo Vivyen, señalando.

-Buena elección -dijo Alivia. -Especialmente ahora.

-¿Qué quieres decir?

-Nada, no importa. Ahora, ¿Quieres que te lo lea o tienes alguna pregunta más?

Vivyen negó con la cabeza y Alivia empezó.

-Había una vez un demonio muy malo, y él hizo un espejo que hizo todo lo bueno y hermoso que se reflejara pareciese vil y horrible, mientras que todo lo inútil y lo malo parecería diez veces peor. Las personas que vieron sus reflejos corrieron gritando de sus rostros distorsionados, y el demonio dijo que esto era muy divertido.

-Y cuando un pensamiento piadoso pasaba por la mente de cualquier persona que mirase en el espejo, este se daría la vuelta en el vidrio, y el demonio declaró que la gente podía ahora, por primera vez, ver lo que el mundo y la humanidad eran realmente. El demonio llevaba el espejo por todas partes, hasta que al final no hubo tierra ni pueblo que no se hubiera visto a través de este espejo oscuro.

-Entonces, ¿Qué hizo? -preguntó Vivyen, aunque ella había escuchado esta historia una docena de veces o más.

-El demonio quería volar con él hasta el cielo para engañar a los ángeles con la mirada de su espejo maligno.

-¿Qué es un ángel?

Alivia vaciló. -Es como un demonio, sólo que es bueno en lugar del mal. Bueno, la mayoría de las veces.

Vivyen asintió, indicando que Alivia debía continuar.

Pero cuanto más voló el demonio más resbaladizo se hizo el cristal. Con el tiempo apenas podía sostenerlo, y se le escapó de las manos. El espejo cayó a la Tierra, donde se rompió en millones de pedazos.

Alivia bajó la voz, inclinándose mínimamente más cerca de Vivyen y dando a sus palabras un filo seco, frío.

-Pero ahora el espejo causó más infelicidad que nunca, pues algunos de los fragmentos no eran más grandes que un grano de arena y tocaron a todo el mundo. Cuando uno de estos pequeños fragmentos volaba hasta el ojo de una persona, permanecía allí desconocido para ellos. A partir de ese momento en adelante podían ver sólo lo peor de lo que ellos observaban, pues incluso el más pequeño fragmento conservó el mismo poder que todo el espejo. Algunas personas incluso recibieron un fragmento del espejo en sus corazones, y esto fue terrible, porque sus corazones se volvieron fríos como un trozo de hielo. Al pensar en esto, el demonio malvado se rio hasta que sus lados se estrecharon. Eso le hizo cosquillas así que a ver el daño que había hecho.

Miska se había acercado para entonces, atraída por las cadencias rítmicas de la voz de Alivia y la habilidad de antigua narradora. Con las dos niñas junto a ella, Alivia contó el resto de la historia, de un joven llamado Kai cuyo ojo y corazón fueron atravesados por un pedazo de espejo del demonio. Y a partir de ese momento, se convirtió en cruel y sin corazón, traicionando sus amigos y haciendo las peores cosas que se le ocurrió para hacerles daño. Atrapados por una reina malvada de invierno, Kai estaba condenado a una eternidad encarcelado en un trono de hielo que le extraía lentamente su vida.

Pero las piezas que más amaba eran las aventuras de la amiga de Kai, una joven llamada Gerda que siempre parecía ser casi la misma edad que Miska y Vivyen. La superación de ladrones, brujas y trampas, que encontró su camino en el pasado a la guarida de la reina del invierno.

-Y Gerda liberó a Kai con el poder de su amor y la inocencia -dijo Alivia. -Sus lágrimas fundieron el hielo en el corazón de Kai y cuando vio las terribles cosas que

había hecho, lloró y sus lágrimas expulsaron el trozo de espejo del demonio de su ojo.

-Se te olvidó lo la palabra que Kai tenía que decir -dijo Miska.

-Ah, sí, no debo olvidarlo -dijo Alivia. -La reina de hielo había dado su juramento que si Kai podría resolver un rompecabezas diabólicamente difícil de decir una palabra especial, entonces le dejaría ir.

-¿Qué palabra fue? -preguntó Vivyen.

-Una palabra muy importante -dijo Alivia con seriedad simulada. -Una palabra que aún resuena en todo el mundo hoy en día. Desde la Vieja Tierra a Molech y viceversa.

-Sí, pero ¿Cuál es?

Alivia volvió hasta el final de la historia y estaba a punto de decir la palabra que había leído cientos de veces. En el idioma original era Evigheden, pero esa no era la que estaba en la página ahora.

-¿Liv? -preguntó Miska, cuando ella no respondió.

-No, eso no puede estar bien -dijo Alivia.

-¿Qué es? -dijo Vivyen. -¿Cuál es la palabra?

-Mord -dijo Alivia. -Es muerte.

La principal tienda de guerra de los Hijos de Horus era cálida y húmeda, como un desierto después de las lluvias. Alfombras gruesas de piel animal se extendían por todo el suelo, bastidores de armas se alineaban en las paredes de tela ondulante y un fuego ardiente iluminaba bajo un corazón central. Al igual que los pasillos de una jefe bárbaro de las llanuras o una de las audiencias poco frecuentes del Khan, estaba desnuda de las comodidades que se podría esperar de un primarca.

Horus se situaba en el segmento occidental de la hoguera, enfrascado en la lectura de un libro encuadernado en piel humana. Lorgar afirmó que los cadáveres de Isstvan III proveyeron su unión y páginas y, por una vez, Horus no tuvo razón para dudar de él.

Simbolismo, era la palabra que su hermano usó cuando le preguntó por qué un libro ya exudando horror necesitaba encuadernarse tan desmesuradamente. Eso era algo que Horus entendió, y él les había instado a los otros a compartir los ángulos tensos de su tienda de guerra en consecuencia.

Grael Noctua se cuadró frente a él en el aspecto oriental del alma y el aliento de la vida. Alto y orgulloso a pesar de las lesiones que había sufrido en Molech, su mano aumentada estaba casi totalmente engranada con su sistema nervioso, pero un vacío aún existía en su corazón una vez latió.

Ger Gerradon se situó en el aspecto septentrional de la tierra, sus ojos blancos de muñeca de porcelana no reflejaban nada de la luz del fuego. Nacimiento, vida, muerte y renacimiento eran su aspecto. Frente al líder de los Luperci en la posición occidental del fuego estaba la figura flotante del Ángel Rojo. Ambos se miraron el uno al otro con crepitante intensidad, monstruos inmateriales vinculados a la carne mortal.

Uno, un anfitrión dispuesto; el otro, un sacrificio voluntario.

El libro le permitió a Horus aprender mucho de los orígenes del Ángel Rojo sobre la ensangrentada Signus Prime. Del mismo modo que le había permitido pasar los ritos de invocación a Maloghurst.

Las palabras que Horus recitó no eran palabras como tales, sino armónicos resonantes en un plano alternativo de existencia como notas musicales o una llave en una cerradura. Su uso apestaba a magia negra, un término del que Lorgar se burlaba pero se ajustaba mejor de lo que sabía su hermano colchisiano.

Con cada verso, las cadenas que rodeaban al Ángel Rojo se apretaron más. Todas menos una. Su armadura crujió y se dividió aún más. Llamas blanca siseantes lamieron las grietas. La cadena que rodeaba su cráneo se desvaneció, derramándose desde su boca en riachuelos candentes.

-¿Es eso prudente? -preguntó Noctua cuando el Ángel Rojo escupió la última de su unión.

-Probablemente no, Grael, pero debería.

El Ángel Rojo volvió sus órbitas ardientes a Horus.

-Yo soy un arma, Horus Lupercal, las agonías de un millar de almas condenadas destiladas en un ser de pura rabia -dijo. -¿Y me mantienes atado con cadenas de hierro frío y guardias antiguas? ¡Tengo hambre de matar, mutilar, causar estragos en los que una vez llamó este recipiente hermano!

Sus palabras eran como púas ganchudas atravesando los oídos. La ira sangró del demonio, y Horus se sintió tocado por su poder.

-Tendrás su cuota de sangre -dijo Horus.

-Sí -dijo el Ángel Rojo, olfateando el aire y lamiendo una cara sin labios con una lengua ennegrecida. -Las huestes enemigas se reúnen ante ti en números incontables. Millones de corazones para devorar, una edad de sufrimiento para ser labrada sobre los huesos de los muertos. Un terreno baldío de cadáveres serán los juguetes de las letras de sangre.

Noctua se volvió a Ger Gerradon y dijo. -¿Son todas las cosas disformes tan ridículamente sobreexcitadas?

Gerradon sonrió. -Aquellos que sirven al señor del asesinato sí gozan de cierta hipérbole sangrienta, sin duda.

-¿Y a quién sirves? -preguntó Horus.

-A ti, mi señor -dijo Gerradon. -Sólo a ti.

Horus lo dudaba, pero este no era el momento para las preguntas de lealtad. Necesitaba información, de esas que sólo podría obtenerse de los seres de su mundo.

-La muerte del centinela de mi padre en la montaña me ha revelado muchas cosas, pero todavía hay cosas que quiero saber.

-Todo lo que necesitas saber es que hay enemigos cuya sangre aún no se ha derramado -dijo el Ángel Rojo. -¡Desátame! Me bañaré en un mar de sangre tan profundo como las estrellas.

-No -dijo Horus, desenvainando las garras dentro de su guantelete y volviéndose para apuñalar el pecho del Ángel Rojo. -Necesito saber un poco más que eso, en realidad.

El Ángel Rojo gritó, provocando una ráfaga de aire sobrecalentado que hinchó el techo de la carpa de guerra. Las cadenas crujieron y escupieron motas de energía disforme parpadeante. Grietas se dispersaron en la cara del demonio, como si las llamas envolviéndole ahora tuvieran licencia para consumir.

-Te extinguiré -dijo Horus. -A menos que me digas lo que quiero saber. ¿Qué voy a encontrar debajo de Lupercalia?

-Una puerta de entrada al reino más allá de los sueños y las pesadillas -susurró el demonio de desentrañar, grietas propagación hacia abajo de su cuello y en las placas de su armadura. –¡Un reino ruinoso de la locura y la muerte para los mortales, el dominio último del desgobierno en donde moran los dioses del Panteón Verdadero!

Horus empujó sus garras profundamente en el pecho del Ángel Rojo.

-Algo un poco menos vago sería mejor -dijo Horus.

A pesar de su agonía, el Ángel Rojo rio, y su sonido sofocó las últimas llamas de la hoguera. -Buscas la claridad donde no la hay, Señor de la Guerra. El Reino del Empíreo no ofrece definiciones fáciles porque carece de la comprensión ni la solidez de los mortales. Es una vorágine siempre cambiante del poder y la vitalidad. Buscas lo que no te puedo dar.

-Estás mintiendo -dijo Horus. -Dime cómo puedo seguir a mi padre. Háblame del Camino de Obsidiana que conduce a la Casa de los ojos, la Ciudadela de Latón, la Ciudad Eterna y los Entramados de la Entropía.

El Ángel Rojo enseñó los dientes a Ger Gerradon en una explosión de furia. Las cadenas de unión de sus brazos crujieron. Los eslabones se estiraron.

-¡Traicionas a tu propia especie, Tormaggedon! ¡Nombras lo que no debe ser nombrado!

Gerradon se encogió de hombros. -Horus Lupercal es y siempre fue mi señor, y le sirvo ahora. Pero aún no sé las cosas que sabes.

-El camino de Obsidiana está prohibida a los mortales -dijo el Ángel Rojo.

-Prohibido no significa imposible -dijo Horus.

-El hecho de que el infiel Anatema caminó el camino de los huesos no significa que puedas seguirle -susurró el Ángel Rojo. -Tú no eres Él, nunca podrás serlo. Tú eres su hijo bastardo, el feto abortado de lo que Fue y será un día.

Horus retorció sus garras aún más profundas, sintiendo sólo un espacio hueco de órganos chamuscados y carne cenicienta dentro.

-¡No puedes extinguirme, mortal! -gritó el demonio. -Soy una entidad del Caos Eterno, un segador de la sangre y almas. Soportaré cualquier tormento que puedas concebir.

-Tal vez puedas, pero yo no concebí estos tormentos -dijo Horus, señalando con la cabeza el libro encuadernado de piel desollada. –Tu gente lo hizo.

Horus dictó palabras de poder y el Ángel Rojo gritó cuando las venas negras por todo su cuerpo crecieron y se estiraron. El humo nació de sus extremidades, no proveniente de sus fuegos, sino de la disolución de su propia esencia.

-¿Tengo tu atención ahora? -preguntó Horus, apretando un puño con garras en el cuerpo del Ángel Rojo. -Puedo destruir tus llamas y consignar todos los desechos al olvido. Piensa en eso la próxima vez que hables.

El Ángel Rojo se apoyó en sus cadenas.

-Habla -que silbó. -Habla y yo te responderé.

-El camino de Obsidiana -dijo Horus. -¿Cómo puede ser abierto?

-Como todas las cosas -gruñó el demonio. -Con sangre.

-Ahora estamos llegando a alguna parte -dijo Horus.



El Cruor Angelus, el Ángel Rojo

El Ángel Rojo cayó con holgura en sus cadenas y Horus retiró la garra crepitante del cuerpo del demonio. Icor negro goteó deslizándose por las palas y se retorció en la tierra alrededor de la hoguera como gusanos cavadores.

-¿Conseguiste lo que necesitabas? -preguntó Gerradon.

Horus asintió lentamente, flexionando sus garras. -Creo que lo hice, Ger, sí. Aunque no puedo dejar de pensar que debería haberlo conseguido de ti.

Gerradon se movió incómodo, quizás entendiendo que ser convocado a la tienda de guerra Lupercal no era el honor que podría haber imaginado.

-No le sigo, mi señor.

-Sí lo haces -dijo Horus. -Como yo lo entiendo, eres el hermano del Ángel Rojo. Ambos sois hijos de Erebus, uno dado a luz en un mundo de sangre, el otro en un mundo de fuego.

-Como en el mundo de los mortales, hay jerarquías entre los nonatos -dijo Gerradon. -Para mi eterno pesar, un ser forjado en un mundo demonio por un príncipe oscuro de la disformidad es más exaltado que uno criado por un mortal.

-¿Incluso un mortal tan poderoso como Erebus?'

-Erebus es un mequetrefe engañado -escupió Gerradon. -Él se cree ungido, pero lo único que hizo fue abrir una puerta.

-Y ese es el quid de la cuestión, ¿no? -dijo Horus, dando vueltas Gerradon y dejando que sus cuchillas garra raspar a través de la armadura del Luperci. -No se puede entrar en nuestro mundo a menos que lo permitamos. Todos los planes, todas las tentaciones y promesas de poder, todo es para entrar en nuestro mundo. Nos necesitáis más de lo que os necesitamos.

Gerradon cuadró los hombros, desafiante ahora.

-Sigue diciéndote eso.

-¿Por qué no me dijiste lo que sabías?

-Te dije por qué.

-No, soltaste una mentira creíble -dijo Horus. -Ahora dime la respuesta real o recitaré las coplas realmente interesantes del libro de los horrores.

Gerradon se encogió de hombros. -Muy bien. Era un rival. Ahora no lo es.

Horus envainó sus garras, satisfecho con la respuesta de Gerradon. Dio la espalda a los engendros demoniacos y se acercó a Noctua, que permanecía tan inmóvil como una estatua durante todo este proceso de interrogatorio demoníaco.

-Hay una lección para ti aquí en la correcta aplicación de la energía -dijo Horus. -Pero no te he llamado por eso.

-¿Entonces por qué estoy aquí, señor? -preguntó Noctua.

-Tengo una tarea especial para ti, Grael -dijo el Señor de la Guerra. –Para ti y Ger en realidad.

El rostro de Noctua cayó cuando entendió que su tarea le sacaría de la batalla que se avecinaba. Se cuadró un momento posterior.

-¿Qué quieres que haga, mi señor?

Horus puso una mano paternal en la hombrera de Noctua.

-Hay intrusos a bordo de mi nave insignia, Grael.

-¿Intrusos? -dijo Noctua. -¿Quién?'

-Un hijo pródigo y dos cobardes sin fe que una vez lucharon como sus hermanos -dijo Horus. –Dirigen a una chusma de los necios errantes y problemáticos de Sigilita en el corazón de la Espíritu Vengativo.

-Los encontraré -prometió Noctua. -Y los mataré.

-Muy bien, Grael, pero no quiero a todos muertos.

-¿No?

-Matar a los demás si te dan problemas -dijo Horus, -pero quiero al hijo pródigo con vida.

-¿Por qué? -preguntó Noctua, olvidándose de sí mismo por un momento.

-Porque lo quiero de vuelta.

Monte Puño de Hierro dominó el horizonte oriental, y más al sur, un borrón negro en el horizonte habló de incendios lejanos en algún lugar alrededor de la línea Preceptora. Una vasta asamblea de poder imperial, su ejército, llenó las llanuras cultivables al norte de Lupercalia.

Raeven empujó Banelash hacia adelante, tambaleándose mientras las toxinas en su sangre distorsionaron su percepción del sensorio del Caballero. Se tambaleó y chocó con imágenes fantasmales de serpientes aladas, bocas con colmillos horribles y ojos que ardían con la furia del rechazo.

La idea de lo que casi había dado lo enfermó.

¿O era el pensamiento de lo que él había dado por vencido?

Ya no lo sabía ni le importaba.

Raeven caminó hacia su caballero a los miles de vehículos blindados, decenas de regimientos y batallones enteros de artillería tras ellos. Un millar de banderas brillantes le guiaban, estandartes de regimiento y banderas de batalla de compañías, signos de reunió y marcadores de alcance.

Estandartes de Casas ondeaban desde las agrupaciones de nobleza ensambladas: Tazhkar, Kaushik, Indra, Kaska, Mamaragon. Otros que no reconocían o no podían distinguir. Sus Caballeros empequeñecían a los soldados del Ejército, pero estaban muy lejos de ser los asesinos más grandes y destructivos del campo.

Una docena de titanes de la Legio Gryphonicus y Legio Crucius caminaban por los corredores designados para ocupar sus puestos de combate. Poderosos. Imponentes.

Pero todo quedó eclipsado por la montaña artificial e inamovible en el centro de la línea.

El titán Imperator, Paragon de Terra, era una fortaleza imponente de adamantium y granito, una ciudadela móvil de la guerra planteada por artificios largamente guardados y forjado con sangre y oraciones. Un templo para el Omnissiah y un dios destructor, todo en uno, el Imperator era el bastión central sobre el que cada ala del ejército descansaba.

El blanco y negro de la Legio eran los colores heráldicos del Princeps Etana Kalonice, cuyos antepasados pilotaron los primeros ingenios del Mechanicum en Ryza.

El calor de sus armas nubló el aire, y Raeven parpadeó para contener las lágrimas de agotamiento.

Fatiga de Conexión hizo su dolor penetrar hasta los huesos, hizo de cada parte de él dolor. EL manto de cristales rotos en las articulaciones y el dolor punzante detrás de sus ojos era como algo tratando de enterrarse desde el centro de su cerebro. Fluidos reciclados alrededor de su cuerpo muchas veces más de lo que era saludable lo habían mantenido con vida, pero ahora le estaban envenenando.

Un escuadrón de exploradores centinelas patrullando encontró a Raeven tambaleándose desde la línea de árboles con vistas al ejército. Volvieron sus lanzallamas pesados y multi-láseres en él, y él preparó sus propias armas en respuesta antes de que se emitieran y devolvieran los protocolos adecuados.

-Llevadme al sacristanes -jadeó Raeven.

Perdió la noción del tiempo. O se deslizó lejos de él.

De cualquier manera, recordó caer del caparazón abierto de Banelash, manos ásperas, manos de metal, levantándolo y llevándole a su pabellón.

Lyx lo esperaba, pero la mirada de dolor en sus ojos sólo le hizo sonreír. Le gustaba hacerle daño, y no sabía por qué. Ella hizo preguntas que no pudo o no quiso contestar. Sus respuestas no tenían sentido de todos modos.

Agujas apuñalaron su carne. La sangre tóxica fluyó de él y le fue devuelta filtrada. Bálsamos para el dolor calmaron sus juntas de vidrio esmerilado, suavizando sus bordes ásperos.

El tiempo se fracturó, se quedó fuera de quicio. Oyó voces airadas y máquinas charlando. De hecho sentía fluidos en movimiento a través de él, como si fuera una gran estación de bombeo en los pozos de promethium en Ophir. Chupando inmensas bocanadas de combustible y escupiéndolo en los grandes silos.

La imagen de sí mismo como una gran bomba lo complació.

No, no era una bomba; un motor. Un agente del cambio que condujo el alma del planeta alrededor de su miríada de sistemas. Las infraestructuras eran su sistema circulatorio.

Sí, esa era la metáfora que le gustaba.

Raeven miró hacia abajo. Su brazo era de hierro oscuro, una longitud pistonuda de maquinaria engrasada y fluidos hidráulicos. Promethium recubría sus brazos y se imaginó sentándose a medida que brotó de su boca en un géiser en llamas. Su otro brazo era un tubo retorciéndose, hundiéndose profundamente en la tierra y gorgoteando con fluidos bombeados desde las profundidades del planeta.

Estaba conectado con el núcleo de Molech...

La enormidad de ese pensamiento fue demasiado y su estómago se rebeló. Que un hombre pudiera estar tan íntimamente relacionado con el funcionamiento interno de un mundo entero era un concepto fuera de su alcance. Su mente se sumergió en las profundidades del planeta, más rápido que la luz, más allá de sus múltiples capas hasta introducirse en el núcleo y emerger como el ave fénix desde el otro lado...

Raeven jadeó en busca de aire, tragando bocanadas inmensas.

Algo similar a la claridad vino con el oxígeno.

Metáforas Lofty de conexión planetaria y la infraestructura física disminuida. Con cada respiración, la conciencia de Raeven de su entorno sacó un poco más en el foco. Él boca sabía a metal y perfume, seco y con una película de moco que se aferra en la parte posterior de su garganta.

Raeven no fue ajeno a los narcóticos que expanden la mente. Venenos de Shargali-Shi le habían permitido viajar más allá de su cráneo a menudo suficiente para reconocer los efectos de un potente alucinógeno. Había tenido su parte de bálsamos también. Caza las grandes bestias tomaron una disposición a sufrir el dolor, y Cipriano habían golpeado una aceptación del dolor en él como un niño.

Los bálsamos podía entenderlo pero ¿Los alucinógenos?

¿Por qué los sacristanes le administraban alucinógenos?

-¿Qué me habéis dado? -preguntó, sabiendo que al menos una Sacristán estaba cerca. Algunos miembros del personal también muy probablemente a partir del sonido de las voces bajas, pasos arrastrados y el tecleo de máquinas Medicae.

Nadie respondió.

-Dije ¿Qué me habéis dado?

-Veneno de naga mezclado con algún derivado de ergot potente -dijo una voz que no podría estar aquí. Raeven trató de mover la cabeza para enfocarlo en su línea de visión, pero había algo mal.

-¿No puedes moverte?

-No, ¿Por qué?

-Serán los relajantes musculares.

Un sonido tintineante y sibilante vino tras Raeven y giró los ojos para ver a un anciano mirándole. Una cara que no reconoció al principio, bien afeitada y grasienta con agentes curativos.

Pero la voz, ah, no podrían confundir esa voz.

O el exo-traje que encerraba sus miembros gastados.

-Todavía estoy alucinando -dijo Raeven. -No puedes estar aquí.

-Les aseguro que estoy definitivamente aquí -dijo Albard Devine, su único ojo bueno revoloteando como si tuviera dificultades para mantener la atención. –Me ha tomado cuarenta años, pero por fin estoy aquí para recuperar lo que es legítimamente mío.

Su hermanastro llevaba ropa varias tallas más grandes para él. Colgaban de su cuerpo huesudo como trapos. Los laureles de un comandante imperial fueron clavados en la solapa.

-No puedes hacer esto, Albard -dijo Raeven. -Ahora no.

-Si no es ahora, ¿Cuándo?

-Escucha, no es necesario hacer esto -dijo Raeven, tratando de mantener el pánico en su voz. -Podemos arreglar algo, ¿No?

-¿Estás de verdad tratando de negociar por tu vida? -rio Albard; una respiración sibilante, un trasiego de tos trasiego como sonido. -¿Después de todo lo que me robaste, todo lo que me hiciste? Cuarenta años de tortura y negligencia ¿Y piensas que hablando vas a salir de esta?

-Eso exo-traje -dijo Raeven, tratando de ganar tiempo. -Es de madre ¿Verdad?

-Cebella era tu madre, no la mía.

-A ella no le va a gustar que lo lleves puesto.

-No te preocupes, ella no lo necesitará más.

-¿La mataste? -dijo Raeven, a pesar de que ya había llegado a esa conclusión. La muerte era la única manera de que Cebella Devine se separara de su exo-traje. Pero necesitaba más tiempo; para que la Guardia del Amanecer se diese cuenta que había una serpiente entre ellos, para que Lyx volviera.

Alguien, nadie.

-Corté la garganta de tu madre -dijo Albard, acercándose lo suficiente para que Raeven oliera su aliento cadavérico. -Ella se desangró en mi regazo. Fue casi hermoso a su manera.

Raeven asintió, y luego se detuvo cuando se dio cuenta de lo que había hecho.

De cualquier forma Albard no se dio cuenta o no le importó que se hubiera movido, demasiado perdido en la ensoñación de la muerte de su madrastra. Los relajantes musculares desaparecían. Poco a poco. Raeven no iba a ser un mallahgra en cualquier momento, pero seguro de estar lo suficientemente fuerte como para superar a un lisiado en un exo-traje.

-¿Dónde está Lyx? -preguntó Raeven. -¿O también la mataste?

-Está viva.

-¿Dónde?

-Ella está aquí -dijo Albard, inclinándose para ajustar el panel médico al que Raeven estaba mintiendo. -Confía en mí, no quiero que te pierdas lo que va a ocurrir a continuación.

Alguien se movió detrás de Raeven y la mesa giró sobre su eje central, colocándole en vertical. Una banda de sujeción alrededor de su cintura le impidió caer de bruces. Un par de Guardias del Amanecer se situaban en la entrada del pabellón, y una manada de sacristanes trabajaba en las máquinas que supuestamente restauraban su salud.

Su corazón se encogió al ver a los soldados armados. Su lealtad estaba consagrada al vástago de la Casa Devine, y con Albard fugitivo de su torre, estaban a sus órdenes.

Los hombres flanqueaban a Lyx, con las manos encadenadas y con los ojos abiertos con la incomprensión. Una mordaza llenaba su boca y lágrimas surcaron sus mejillas.

-¿Qué te pasa, Lyx? -dijo Albard, dando bandazos con el paso de alguien poco familiar con el exo-traje. -¿El futuro no juega como lo planeaste? ¿La realidad no coincide con tus visiones?

Arrancó la mordaza de su boca y la tiró a un lado.

Ella le escupió en la cara. Él le dio una bofetada y el metal que encerraba su mano rasgó la piel de la mejilla. La sangre se mezcló con sus lágrimas.

-¡No la toques! -gritó Raeven.

-Lyx era mi mujer antes de que fuese la tuya -dijo Albard. -Ha pasado mucho tiempo, pero me parecía bien recordar su gusto por este tipo de cosas.

-Mira, tú quieres ser el comandante imperial, ¿Sí? -dijo Raeven. -Llevas el laurel en la solapa, lo veo. Bien, sí, muy bien, puedes ser comandante, por supuesto que puedes. Eres el hijo primogénito de Cipriano Devine. Tuya es la posición. Yo te la daré.

-¡Cállate, Raeven! -gritó Lyx. –¡No le ofrezcas nada!

Raeven no le hizo caso.

-Sé comandante Imperial, hermano. Lyx y nos iremos, nunca oirás de nosotros. Nos iremos al sur, a las montañas de la Estepa Tazkhar, nunca nos verás de nuevo.

Albard escuchaba el torrente de palabras y sin expresión. Finalmente alzó la mano.

-Me estás ofreciendo lo que ya es mío -dijo Albard. -Por derecho de nacimiento y, bueno, vamos a llamarlo derecho de conquista.

-¡Cierra la boca, Raeven! -aulló Lyx, su bello rostro en lágrimas y dolor. -¡No le des nada! ¡Mató a nuestro hijo!

-Ah, sí, ¿No mencione eso? -dijo Albard.

Cada molécula de aire dejó el cuerpo de Raeven. Tan cierto como que una prensa neumática le había aplastado. Sin poder respirar, sus pulmones gritaban por aire. Primero Egelic y Banan, y ahora Osgar. La pena se mezclaba con la ira. La ira aplastó el dolor sin piedad.

-¡Hijo de puta! -gritó Raeven. -¡Te voy a matar! Voy a colgar tus entrañas de las Torres Devine. Voy a montar su cabeza sobre el dosel de Banelash!

-No lo creo -dijo Albard, presionando una mano sobre el pecho de Raeven. -Los medicamentos que circulan alrededor de tu cuerpo provenían del suministro de Osgar. Un buen chico, siempre viniendo visitar a su pobre tío desquiciado en su torre. Me mantuvo informado de las idas y venidas alrededor de Lupercalia, de cómo las devociones de Shargali-Shi al Naga Blanco se extendían a sus primos en los Caballeros.

Al ver el horror de Raeven ante la mención del avatar del Culto de la Serpiente, Albard sonrió. La semejanza con un cráneo lascivo era extraña.

-¿Él no te dijo que cada uno de tus caballeros es un devoto del Culto de la Serpiente? -dijo Albard. -¿No mencionó que ya no eran leales a ti, sino al culto? ¿No? Bueno, siempre hiciste ver a Osgar como el pequeño de la camada, ¿No? No tiene sangre para combatir, aunque me dio a entender que era un demonio en las orgías.

Raeven trató de luchar contra sus ataduras, pero incluso con el pequeño control que él había recuperado no fue suficiente.

-Osgar incluso robó estimulantes y similares a los Sacristanes de Cebella de vez en cuando. Es una pena que tuviera que matarlo. Por mucho que le tuviera cariño por dedicarse a su loco tío viejo, no creo que él me perdonara mataros a ambos. Y creo que estarás de acuerdo en que vuestras muertes las espero desde hace mucho tiempo.

-No puedes hacer esto -declaró Lyx. -Yo soy la Adoratriz Devine, vi el futuro. ¡No puede terminar de esta manera! ¡Vi a Raeven cambiar el rumbo de la guerra, lo vi!

-Te equivocas, Lyx -dijo Albard, -Osgar me dijo que en realidad nunca viste a Raeven en sus visiones. Viste a Banelash.

Albard asintió al Guardia del Amanecer manteniendo a Lyx.

El soldado la colocó de rodillas y colocó el cañón de su pistola bólter contra su cabeza.

-Yo vi---   -comenzó Lyx, pero una bala terminó abruptamente sus palabras.

-¡No! -bramó Raeven como Lyx cayó hacia delante con un cráter humeante en la parte posterior de su cráneo. –¡Maldito por el Trono seas, Albard! No tenías que hacer eso... no, no, no... no lo hagas ... ¡por favor no!

Albard se volvió del cuerpo de Lyx y sacó un cuchillo de caza de una funda de cuero en la cintura.

-Ahora es su turno, Raeven -dijo. -Esto no va a ser rápido, y te prometo que será una agonía.

DIECINUEVE
Bajas de la Guerra
Se ha dado la Orden
El Señor de las Tormentas camina

El pasillo estaba repleto con proyectiles bólter. Surgieron posiciones cubiertas y bombardearon las paredes sin piedad. Al otro lado de Loken, Qruze se agachó de nuevo en la cobertura y sacó el cargador vació de su arma. El cañón sudaba humo y el calor.

Qruze introdujo un nuevo cargador en el arma. Gritó a Loken.

-¡Entra en la maldito lucha!

Loken negó con la cabeza. Todo iba mal.

Más disparos llenaron el pasillo que conduce a la sala de armas. Un destacamento de seguridad de los Hijos de Horus junto con un número de adeptos Mechanicum estaban en el interior, cubiertos detrás de un baluarte diseñado para evitar que un enemigo se apoderarse del arsenal de municiones, armas y explosivos.

Una granada detonó cerca. Fragmentos de hierro impactaron contra su servoarmadura. Algunos se incrustaron. Ninguna penetró.

-¡Loken, por el amor de Cthonia, dispara! -gritó Qruze.

El bólter en sus manos se sentía como una reliquia desenterrada por el Conservatorio. Algo fascinante a la vista, pero cuyo propósito le era ajeno y desconocido. No podía entender como apuntar el arma igual que no podía entender los mecanismos de la máquina que lo creo.

-¡Loken!

Los exploradores se encontraron con los Hijos de Horus en el camino para marcar la armería para una barrera de torpedos terciaria. Signos de seguimiento futharc fueron raspados en la pared, advirtiendo a equipos de asalto, y ellos se detuvieron mientras Tubal Cayne configuraba un camino hacia una matriz de municiones cercana.

Severian y Karayan exploraban vías potenciales cuando los Hijos de Horus entraron directamente en el corredor radial.

Ese sector estaba vigilado Loken, pero él los perdió.

No los había escuchado o incluso ser conscientes de su aproximación.

Perdido en la contemplación de un Ojo de Horus pintado en el mamparo opuesto y tratando de no escuchar el rasguño de las voces en la periferia de la audición.

La primera señal del enemigo la tuvo cuando su sargento gritó, exigiendo identificación. Estúpido, debería haber disparado primero.

La sorpresa mutua fue lo único que salvó a los exploradores.

Ninguna fuerza había esperado encontrar a la otra. El choque fugaz le dio a Loken el tiempo justo para dar la alarma.

Los Hijos de Horus se reagruparon por el corredor radial hacia la armería como Altan Nohai y Bror Tyrfingr habían abierto fuego.

-¡Contacto! -informó Cayne.

Qruze se asomó y disparó una ráfaga corta.

-¡Vamos, Loken! -gritó entre ráfagas. -¡Te necesito conmigo para seguir adelante!

Las duras detonaciones de fuego bólter y el ritmo traqueteante de un cañón automático emplazado llenaron el corredor con una tormenta de ojivas sólidas. La avalancha rebotó locamente por las paredes. Un fragmento de proyectil deformó el metal al lado del casco de Loken.

Agarró su bólter, y su agarre amenazó con aplastar la empuñadura.

Esto no está bien.

Los Hijos de Horus eran traidores, y el Señor de la Guerra era el Architraidor.

Pero estos eran sus hermanos. Aceptó su hermandad, y juró regresar como un hermano.

-No -dijo entre dientes, presionando el bólter contra la placa frontal de su casco. -No, son traidores y merecen morir.

Eres es un Hijo de Horus. Como lo es Iacton. Como Severian. ¡Mátalos y matate a ti mismo si deseas condenar a todo el linaje de Lupercal!

Loken luchó por mantener la voz fuera.

El vox crujió.

-Avanzad cuando nos oigas -dijo Severian.

Asaltar una armería era una forma segura de terminar enfrentándose a algunos artefactos extremadamente potentes, pero ¿Qué otra opción tenían?

-¿Tubal? ¿Sólo dos entradas o salidas? –gritó Qruze.

Cayne asintió, barriendo a través de capas de esquemas de cubierta. -Sí, de acuerdo con los planos existentes.

-¿Ambos cubiertos?

-Voitek y Rubio están bloqueando el otro -dijo Varren, sin disparar, pero listo con su hacha.

-Así que no están saliendo -dijo Qruze. -Pero estarán solicitando ayuda en este momento.

-Voitek está empleando un interferidor -dijo Cayne, haiendo zoom sobre la imagen de su ubicación actual.

-¿Cuánto tiempo antes de que los adeptos lo superen? -preguntó Zaven, disparando por el corredor a la armería. -¿Y a alguien le preocupa un poco de que estamos asaltando una armería?

-Dieciocho segundos hasta superarlo -respondió Cayne. -Siempre y cuando no golpees nada sensible deberíamos estar bien.

-¿Sensible? -dijo Bror. -¡Hjolda! ¡Es una jodida armería, todo es sensible!

-Por el contrario, creo que encontrarás -comenzó Cayne, pero Qruze le calló.

-Guárdalo -dijo Qruze, mirando por encima a Loken. -Todo el mundo seguir disparando y estad listo.

-¿Dijiste que el arsenal sólo tiene dos entradas? -dijo Zaven.

-Sí -confirmó Cayne.

-Entonces, ¿Cómo va a entrar Severian?

-¿Listo? -dijo Severian.

Karayan asintió y Severian ajustó el temporizador a dos segundos.

Rodaron un lado cuando la granada gravitón detonó con un pulso de energía que les revolver el estómago. Un orbe de energía gravitacional anómalo se hinchó a un diámetro de exactamente un metro y aumentó la masa local de la vigas de acero y unidades de circulación de aire dentro de la cavidad del techo reforzado mil veces.

Una esfera de material ultra-densa se compactó en sí misma como el corazón de una estrella de neutrones y cayó en la sala de armas con la fuerza de la pisada de un titán Imperator.

Karayan fue primero a través del agujero, cayendo en la armería cuando una sombra ponderada. Severian le siguió un instante después. Aterrizó en el borde del cráter perforado en la cubierta y elevó su bólter.

El enemigo reaccionó a los intrusos en su medio más rápido de lo que a Severian le hubiera gustado. Eran hijos de Horus, ¿Qué más podía esperar? Severian puso una bala en el más cercano, desplazándose y colocando otra detonación en el siguiente. Fuego de respuesta lo persiguió.

Karayan prefería las armas blancas. Su espada no reflectante encontró el hueco entre el casco de un sargento y su gorguera. La sumergió y retorcido. La sangre le roció. Siguió adelante, esquivando, rodando, utilizando las paredes y el suelo. Su cuchillo mató a los adeptos Mechanicum. Vapores químicos empañaron el aire. Fugas de fluidos rociaron las paredes con agua salobre y líquidos oleosos.

Severian se arrodilló y disparó otros tres tiros.

Dos legionarios cayeron, el tercer interpuso un escudo con energía a tiempo para desviar el proyectil. La sorpresa de Severian casi le cuesta la vida. El guerrero era demasiado voluminoso, tenía demasiadas armas.

Señor de Forja. Arnés manipulador.

Saltó sobre Severian con una cuchilla de combate fotónica en una extremidad mecanizada arqueada hacia su cuello. Severian vomitó su bólter y la hoja talló a través de él. Desacelerado lo suficiente por su servoarmadura para soportar el golpe.

Un segundo y tercer brazo atacaron su caco y hombro. Severian irrumpió hacia delante, agrietando con el codo la placa frontal del señor de forja.

Los colores de compañía le identificaron como de la Quinta; la de Pequeño Horus Aximand.

Rodaron por la cubierta, forcejeando. Luchando como pandilleros de Cthonia en un ring. Las rodillas, los codos, las cabezas; todos armas. El señor de forja tenía más que él y las suyas eran más duras. Garras arrancaron trozos de blindaje de Severian. Un cortador de plasma quemó una ranura delineada en fuego en la placa del casco a un dedo de la cabeza.

Severian estrelló su casco en la visera de su oponente. Lentes se agrietaron. No las suyas. La hoja se deslizó por el suelo de la armería, su borde se desvaneció sin agarre.

Rodó. Una bota se estrelló contra su casco. Se dio la vuelta de nuevo.

Llamarada de ignición. Un borrón de luz azul afilada.

El dolor y la sangre. Sus pulmones vaciándose a través de su plastrón.

Severian enganchó un codo alrededor de la carne y la sangre del brazo del señor forja y le retorció. El dolor atravesó su columna vertebral, pero el brazo se rompió con un crujido satisfactorio de yesca.

El señor de forja gruñó de dolor un instante. Una garra manipuladora se estrelló contra el rostro de Severian. El arrancó el cuchillo del brazo manipulador roto e inutilizó la garra del arnés. Aceite lubricante y Negro le rociaron. Tenía un sabor a vinagre de malta.

Vomitando binario, el señor de forja hinchó los músculos en un espasmo de armadura. El hombro de Severian comprobó a su oponente, apuñalando con la hoja sibilante el cuello y el pecho. Cortó los cables de conexión y los vínculos de unidades impulsoras mentale. Los servomotores de los brazos se aflojaron, muertos ahora. Un proyectil bólter impactó en la parte inferior de su hombrera. Disparado desde el suelo. Él se dio la vuelta y pisó un casco, aplastándolo como una escultura de hielo.

El señor de forja llegó a él de nuevo, pero sin sus servos, los brazos no era rival para Severian. Demasiadas horas en la armería, no las suficientes en las jaulas de combate. Severian dio la vuelta al ataque torpe y retorcido de uno de los servo-brazos flácidos. Se introdujo en la parte baja de la espalda del señor forja y activó manualmente el cortador de plasma. Celeste caliente explotó de las lentes faciales del señor forja. Gritó mientras el aire sobrecalentado le devoró hasta salir de él.

Severian dejó caer el cadáver humeante en el momento que recibió un proyectil en el pecho. Miles de micro-fragmentos ardientes le apuñalaron el pecho a través de la herida desgarrada por la hoja con energía. El impacto y la explosión lo lanzaron contra un estante de bólters. Ellos resonaron alrededor de él, recién engrasados y prístino.

Agarró uno. Sin carga, por supuesto. Ningún intendente guardaría jamás sus armas a plena carga. Severian intentó ponerse de pie, pero el proyectil lo vacío de aire. Un legionario traidor guardó su bólter mientras desenvainó su espada sierra.

Eficiente, pensó Severian cuando el bólter disparó.

Severian estaba mirando al cañón e incluso en el momento de ver la bengala en su boca, sabiendo que ya debería estar muerto. Entonces vio el proyectil girando en el aire delante de él. Una red de líneas pálidas, como telarañas esmeriladas, recubrieron la ronda.

+ ¡Muévete! + siseó una voz en su cabeza. Rubio.

Severian se lanzó a un lado y la ojiva explotó en el estante detrás de él. Su aspirante a asesino miró con asombro y apuntó de nuevo. Una explosión lo levantó de sus pies. La sangre empañó el aire, formando un arco en abanico de su pecho destrozado. Los disparos de repente llenaron la sala de armas de múltiples fuentes y direcciones. El rugido ensordecedor de una espada-sierra. Severian agarró un cargador tirado y lo estrelló con fuerza en su nuevo bólter.

-¡Limpio! -fritó una voz. Tyrfingr.

-¡Limpio! Qruze.

-¿Granadas, Iacton? ¿En serio? Tubal Cayne.

Severian sonrió. El aliento entró de nuevo en el pulmón restante y los órganos secundarios. El dolor vino con él y frunció los labios.

-Os tomasteis vuestro sangriento tiempo -dijo mientras Ares Voitek acercó y le ofreció una mano. Severian la tomó y lo arrastró a sus pies. Humo de disparos empañaba la armería, el hedor de propelente bólter. Cuerpos blindados abiertos como huevos rotos emitían su olor carnoso, metálico, al espacio.

-Sólo cuatro segundos desde tu brecha -dijo Ares Voitek.

-¿Eso es todo? -dijo Severian, poniendo con gratitud su brazo alrededor de los hombros del ex Mano de Hierro. -Podría haber jurado que fue más tiempo.

-Eso es combate para ti -dijo Voitek. -A menos que seas un Mano de Hierro con cronos internos. Entonces sabrías exactamente cuánto tiempo ha transcurrido desde el inicio de un combate.

-Tomaré nota.

-¡Nohai! -gritó Qruze. -¡Rápido, Zaven y Varren han caído!

Cerraron la armería y se llevaron a los heridos del lugar de la batalla. Nadie podría obviar los signos de lucha, pero al menos podían mantener los cuerpos de ser descubierto por un tiempo. Cayne rápidamente navegó por pasadizos y corredores olvidados en busca de algún lugar aislado y seguro.

Trataron de no dejar un rastro de sangre.

La cámara a donde Cayne los llevó a estaba llena de mesas y sillas destrozadas, sus paredes cubiertas de murales dañados por el agua y grafitis obscenos. Algunos parecían extrañamente familiares a Loken. La escala de los muebles y su naturaleza abandonada le dijo que una vez había sido un refugio para los mortales, pero no podía pensar en ninguna razón por la que podrían haber llegado a un lugar como este.

Nohai fue a trabajar en Varren y Zaven. Rubio ofreció su ayuda, y Nohai agradecido la aceptó. Ambos guerreros caídos resultaron heridos de gravedad, pero de los dos, las heridas de Zaven fueron las más graves.

-¿Lo van a conseguir? -preguntó Qruze.

-En un Apothecarion, sí. Aquí, no sé -dijo Nohai.

-Haz lo que puedas, Altan.

Loken se sentó de espaldas a una larga barra, jugando con un conjunto de tarjetas enmohecidas marcadas con espadas, copas y monedas. Él había conocido a alguien que jugaba a un viejo juego de los Franc con estas tarjetas, pero no podía concentrarse en la cara. ¿Un hombre? Sí, alguien de poéticamente bajo carácter e inesperadamente alta moral. El nombre seguía siendo difícil, frustrante en tanto seguía siendo un guerrero transhumano con una memoria supuestamente eidética.

Sintió los ojos sobre él y miró hacia arriba.

Tubal Cayne estaba al pie de un mural obsceno dictado en detalles anatómicamente precisos; por suerte, los daños del tiempo y el agua oscurecieron las partes infractoras. Cayne se sentó con una mano en su dispositivo, la otra apoyada en la empuñadura de su bólter.

-¿Qué? -dijo Loken.

-Te estás encontrando siendo oneroso aquí, Loken -dijo Cayne.

-¿Es una pregunta o una afirmación?

-Todavía no lo he decidido. Diré que es una cuestión por ahora.

-Es extraño -admitió Loken, deslizando las tarjetas en una bolsa en la cintura. -Pero no queda mucho de la nave que conocí. Esta nave lleva el mismo nombre, pero no es el Espíritu Vengativo. No la que yo conocía. Esto es un reflejo retorcido de esa nave orgullosa. Es desagradable, pero no más de lo que esperaba.

-¿De verdad? había llegado a la conclusión que estaba experimentando importantes dificultades psicológicas. ¿Por qué si no te ausentaste de participar en los combates por la armería?

Loken se pudo inmediatamente en guardia, pero forzó una negación pura y simple. Se puso de pie y se sacudió las gotas de agua de su servoarmadura.

-Esto solía ser mi casa -dijo, caminando lentamente hacia Cayne. -Esos Hijos de Horus solían ser mis hermanos. Me avergüenza que ahora sean traidores.

-Nos avergüenza a todos -añadió Qruze desde una cabina a través de la habitación en la que estaba limpiando su bólter.

-Habla por ti -dijo Severian, que estaba sentado en la barra grabando muescas de muertos en su avambrazo con su espada de combate fotónica recién adquirida. El pulmón perforado entrecortó sus palabras.

-No -dijo Cayne. -No es eso. Si lo fuera, esperaría ver los mismos marcadores psicológicos en Iacton Qruze y... espera, ¿cuál es tu nombre completo, Severian?

-Severian es todo lo que necesitas saber, e incluso eso es demasiado.

-No disparaste un solo tiro, Loken -dijo Cayne. -¿Por qué?

Loken estaba enojado ahora. Se puso de pie y cruzó la cámara para estar delante de Cayne. -¿Qué estás diciendo, que no estoy a la altura? ¿Que no se puede confiar en mí?

-Sí, eso es exactamente lo que estoy diciendo -respondió Cayne. -Estás mostrando todas las características de graves daños post-traumáticos. Te he estado observando desde que nos embarcamos en la Espíritu Vengativo. Estás roto por dentro, Loken. Te insto a que regreses de inmediato a la Tarnhelm. Tu presencia continua está poniendo en peligro la misión y la vida de todos nosotros.

-Necesitas dar marcha atrás -dijo Severian, girando su espada de combate para apuntar la punta resplandeciente en Cayne.

-¿Por qué? Tú mejor que nadie sabes que Loken no es apto para esta misión.

Loken golpeó Cayne contra el mural.

Apretó un antebrazo con fuerza contra la garganta de Cayne.

-Dilo de nuevo y te mato.

Para su crédito, Cayne ni se inmutó por el ataque de Loken.

-Esto sólo demuestra aún más mi argumento -dijo.

Qruze apareció al lado de Loken y puso una mano en su hombro.

-Baja el arma, muchacho.

Loken frunció el ceño. -¿De qué estás hablando?

Miró hacia abajo y vio que tenía su pistola bólter presionada contra el pecho de Cayne. Él no tenía ningún recuerdo de desenfundar el arma.

Bror Tyrfingr alivió el brazo de Loken de la garganta de Cayne.

-Hjolda, Loken -dijo Bror. -Habrá mucha más gente tratando de matarnos muy pronto sin que tengas que hacer el trabajo por ellos.

-¿Te arrepientes de dejar los Hijos de Horus? -peguntó Cayne. -¿Eso es todo? ¿Es por eso que viniste a esta misión, para volver al lado de tu antiguo amo?

-Cállate, Tubal -espetó Bror, mostrando los dientes.

-No entiendo por qué todos intencionalmente ignoráis el daño de Loken -dijo Cayne. –Atacó a Qruze en Titán, no pudo luchar contra sus antiguos hermanos, potencialmente costando las vidas de dos de nuestro equipo. Y ahora él me empuña un arma. Nos encontramos en una etapa de nuestra misión de infiltración crítica y Loken no puede seguir. No estoy diciendo nada que el resto no haya pensado.

Loken se apartó de Cayne y enfundó su pistola. Miró a su alrededor, al resto del equipo explorador.

-¿Tiene razón? -exigió. -¿Es que todos pensáis que soy incapaz de liderar esta misión?

Qruze y Severian compartieron una mirada, pero fue Varren que respondió, cojeando de donde había sido remendado por Altan Nohai. El pecho del ex Devorador de Mundos era una masa perforada por los impactos de bólter y manchado de sangre. Packs de piel e injertos selladores eran lo único que mantenía sus entrañas en su ssitio. Tenía la piel aceitosa de sudor mientras su cuerpo posthumano ardía con la curación.

-Tenemos un líder -dijo Varren. -Derramé sangre con Nathaniel y Tylos para traer a Loken de vuelta de Isstvan. Cualquier guerrero que sobrevivió a esa masacre se merece nuestro respeto. Se merece tu respeto, Tubal. Malcador y el Rey Lobo pensaron que Garviel Loken era apto para esta misión, y no vas a contradecirle. Tampoco debes.

Cayne no dijo nada, pero asintió brevemente.

-¿Es esta la voluntad del grupo?

-Es -dijo Bror Tyrfingr. "Si alguno se merece una oportunidad de devolver el golpe al Señor de la Guerra, es Loken.

-Estáis cometiendo un error -dijo Cayne, -pero no diré nada más.

Altan Nohai apareció al lado de Varren, sus brazos untados en sangre hasta los codos.

-¿Zaven? -preguntó Qruze.

Nohai negó con la cabeza.

La batalla de Lupercalia comenzó como las guerras industrializadas que anunciaron el primer colapso de la Vieja Tierra, con un bombardeo de madrugada. Cincuenta y tres regimientos de artillería recién aterrizadas con más de mil doscientas piezas entre ellos desterraron la noche con el fuego atronador de Basiliscos, Grifones y Minotauros.

Armas más pesadas esperaron en depósitos de artillería para el avance general, las Bombardas y Colosos, los Medusa y el Bruennhilde. Sus armas no eran aptas para bombardeos de largo alcance, y seguirían a la infantería mecanizada para golpear la cresta imperial en los momentos previos a la escalada final.

Regimientos del Ejército juramentados al Señor de la Guerra avanzaron en amplios convoyes detrás de una barrera reptil de explosivos de alta potencia y una pantalla brillante de bombas de humo. Decenas de miles de vehículos blindados embadurnados con el Ojo de Horus presentando iconos de procedencia no natural rugieron hacia el enemigo. Los carros de combate llevaban bastidores de trofeos en forma de ganchos para los cadáveres, y uno de cada cinco glacis llevaba a un preso de Avadon encadenado.

Horribles construcciones del Mechanicum de hierro oscuro, las piernas rechinantes, ruedas con pinchos y bulbosos, con la apariencia de insecto marcharon con escuadrones salvajes de Skitarii manteniendo una distancia prudencial.

Una marea de armaduras y carne rugió sobre la amplia extensión de los cinturones agrícolas de las tierras bajas. Graneros de tierra cultivable, oro y verde de horizonte

a horizonte del continente, fueron batidos bajo sus orugas. Tótems portados sobre transportadores de superficie llevaban figuras de hierro baqueteados en polos balanceándose entre cientos de hermandades con túnicas.

Auto-ungidos con títulos propios de hermandades sangrientas, sus cantos y tambores rítmicos llevados por vientos antinaturales a las fuerzas imperiales de espera.

Tal vez la mitad de los ingenios de la Vulcanum, Mortis y Vulpa siguieron tan pavorosa horda. Por ningún lado se veían los de la Interfector. La batalla con la Legio Fortidus le costó cara al Señor de la Guerra. Sus legios mantenían la ventaja de los números, pero los imperiales tenían un titán Imperator y decenas de Caballeros. Un caballero no era rival para un titán, pero sólo un tonto podría ignorar su fuerza combinada.

Tiana Kourion observaba el avance del ejército del Señor de la Guerra desde una cresta de media luna aplanada a quince kilómetros. Se recostó en la cúpula de su Martillo de Tormenta, moviendo sus magnoculares de izquierda a derecha. Evitando el traje de campaña, llevaba sus ropas ceremoniales. A pesar de que eran incómodas y calientes, todo su regimiento había elegido emular su desafío de mantenerla fuera de alcance de los francotiradores enemigos.

-Son muchos, señora -dijo Naylor, su oficial ejecutivo. Estaba sentado en la torreta secundaria en la parte trasera del vehículo, desplazándose a través de los informes que llegaban desde los puestos de observación de los flancos.

-No son suficientes -dijo ella.

-¿Señora? -dijo Naylor. -Parecen muchos para mí.

-De acuerdo, pero ¿Dónde están los hijos de Horus?

-Dejan que los pobres mortales sangrientos se lleven la peor parte.

-Tal vez -dijo Kourion, poco convencido. –Lo más que probable es que quieran que gastemos municiones con tropas inferiores. Me irrita perder ojivas de calidad en escoria traidora.

-Es eso o dejar nos aplasten -señaló Naylor.

Kourion asintió. -Las fuerzas legionarias se mostrarán muy pronto -dijo ella. -Y hasta entonces haremos que esta escoria pague por su falta de lealtad.

-¿Da la orden?

-De la orden -dijo Kourion. –A todas las unidades, abran fuego.

Yade Durso mantuvo el Stormbird bajo, pegado a la roca de la montañas del Untar Mesas. Cazas imperiales de los nidos de águilas en las montañas de Lupercalia se batieron a duelo con los grupos peleas de perros estruendosas en las zonas altas, pero la lucha aire-tierra era trabajo de la Legión.

Pequeño Horus Aximand se sentó junto a Durso en el compartimiento del piloto a la cabeza de cincuenta hijos de Horus. Estaban jurados para el momento y con ganas de luchar.

Diez Stormbirds mantenían la formación con Aximand en un escalón más alto. Las naves de desembarco de la Séptima Compañía volaban por encima, con las armas ya en modo de adquisición.

-Están ansiosos -dijo Aximand.

-Y con razón,' respondió Durso.

-Demasiado ansiosos -dijo Aximand. -La Séptima Compañía fue mutilada en Avadon. Crecen de los números para disfrutar del heroísmo sin sentido.

El auspex de amenazas trinó cuando detectó las emisiones inconfundibles de disparos de armas. Iconos parpadeantes aparecieron en la pizarra, demasiados para procesarlos con precisión. La horda imperial se convirtió en una mancha roja bloqueando el camino hacia Lupercalia.

-Son demasiados -dijo Durso.

-Hagamos nuestro trabajo y pronto habrá mucho menos -dijo Aximand. -Ahora busca huecos en la línea.

Aximand escudriñó las diversas redes vox, analizando los cientos de arroyos a vías sinápticas concretas, clasificando lo relevante de lo irrelevante. Todo lo que

necesitaban era un solo comandante enemigo que dejase que su hambre de gloria superase su sentido táctico.

Vox a nivel de compañía: los comandantes de tanques clamando objetivos, los observadores gritando advertencias de amenazas y vectores de ataque enemigos.

Vox a nivel de mando: órdenes dolorosas abandonar los tanques dañados, recoger a los supervivientes o superar a las unidades de vanguardia aisladas.

Una pared gritando de cifrado aullaba detrás de todo. Las comunicaciones del Mechanicum Oscuro chillando entre los imponentes titanes. Lo rechazó, pero sigo viniendo. El sonido estaba gritando a un nivel que Aximand supo era simplemente erróneo.

-Ninguna máquina debería sonar así -dijo.

Aximand escuchó las corrientes de tráfico vox el tiempo suficiente para reunir la información que necesitaba; posición de unidades, centros vox y objetivos prioritarios. En conjunto pintó un cuadro tan vívido y completo como cualquier simulación sensorial. A medida que el Stormbird rompió a través de las nubes, la voz de Lupercal se oyó por todos los canales de la Legión.

-Mis capitanes, mis hijos -dijo, -“Guerreros” discretos. Atacad blancos de oportunidad. Retirada sólo bajo mi orden.

-Llévanos, Yade -ordenó Aximand.

-Afirmativo -respondió Durso, levantando el Ojo de Horus de oro que mantenía envuelto alrededor de su muñeca y poniéndolo sobre sus labios y ojos. -Por el Ojo de Horus y…

-Matar por los vivos y matar por los muertos -dijo Aximand.

Durso empujó el Stormbird abajo.

El dolor de su Conversión fallida era nada comparado con la agonía que sufría ahora. Los cables del interfaz neural implantados en los alvéolos espinales de Albard eran lanzas candentes y puñaladas en el corazón de su cerebro. Nunca habían sanado correctamente desde el día en que fueron cortadas en él.

Banelash le combatía. Sabía que era un intruso y trató de quitárselo de encima como un potro salvaje. Los espíritus de sus antiguos amos sabían que Albard estaba roto, sabían que él había fallado una vez al vincularse con un Caballero.

Los pilotos muertos no dan la bienvenida a los indignos en sus filas.

Albard les reprimió.

A pesar de su odio, él tenía décadas de odio de su lado. Se sentía el eco de la presencia de Raeven en el espíritu-máquina de Banelash, pero eso sólo le hizo más decidido. Su hermanastro había violado todo lo que Albard quiso.

Ahora le iba a devolver el favor.

Los sistemas del Caballero se pararon y trataron continuamente de reiniciarse y romper su conexión. Las modificaciones que sus sacristanes hicieron le mantuvieron de ser expulsado. El corazón del Caballero le gritaba, y Albard gritó como respuesta.

Hace cuarenta y tres años se sentó frente Raeven y dejó que el miedo sacara lo mejor de él. No esta vez. Ciego de un ojo por los estragos de un mallahgra en su juventud, las bestias simiescas siempre habían protagonizado un terror especial en las pesadillas de Albard. Cuando se rompió en su día de la Conversión, un día que debería haber sido su momento de mayor orgullo, el terror le consumió.

Su Caballero sintió su miedo y le rechazó como indigno. Condenado a los ojos de su padre, fue condenado a una vida de tortura y burla a manos de su hermanastro y su hermana.

¿Raeven había matado a su padre? Bueno, él odiaba al viejo bastardo miserable. Albard se había tomado su venganza con un cuchillo de caza y un profundo conocimiento de la anatomía humana aprendida en el otro lado de la hoja. Sus infieles hermanastros ahora estaban entrelazados en un canal de riego, flotando con agua rica en nutrientes y gases de descomposición. Comida para los gusanos.

Hizo una mueca cuando un fragmento de huella persistente de Raeven en el núcleo del Caballero le apuñaló. Sentía asco de Raeven, pero peor, sintió una pizca de su piedad.

-Incluso en la muerte te burlas de mí, hermano -silbó Albard, guiando a los veintidós Caballeros Devine a través de las filas traseras de los regimientos imperiales. Cientos de miles de hombres y sus vehículos blindados esperaban la orden para salir. Tiana Kourion no iba a cometer los mismos errores que Edoraki Hakon en Avadon.

Esto no sería una línea de defensa pasiva, sino una batalla de maniobra. Oportunidades para el avance se explotarían de las brechas efectuadas. Esta última tarea era el papel que había asignado a los Caballeros de Molech, una fuerza de reserva glorificada. La indignidad era mortificante, el insulto una mancha grave para el honor de las Casas caballerescas de Molech.

Los Caballeros de la Casa Tazkhar desfilaron, bajando las armas en respeto. Muchos se burlaban de los salvajes de arena-vivienda, pero conocían su lugar; no como los bastardos engreídos de la Casa Mamaragon, cuyos Paladines pavoneándose se empujaban por un puesto en la vanguardia. Como si alguna vez pudieran ascender hasta ser la Primera Casa de Molech. Los Caballeros del sur de la Casa Indra llevaban estandartes de oro y verde, y Albard sospechó que volaban muy ligeramente superiores a la de él.

Un claro intento de eclipsar a la Casa Molech en gloria.

Tal temeridad no se quedaría sin respuesta, y Albard sintió los sistemas de armas de Banelash reaccionar a sus pensamientos beligerantes. La ira, la inseguridad y la paranoia se mezclaban dentro de su psique, aguijoneado un narcisismo elevado por una persistente presencia, una infección recién adquirida en el sensorio.

Algo serpentino y voluptuoso, espantoso y seductor, se escondía el corazón de Banelash. Albard anhelaba conocerlo y rozó su mente sobre ella.

La furia combinada de los ex pilotos del Caballero surgió en respuesta. Una reacción de miedo. Albard jadeó cuando el sensorio nadó con imágenes estáticas fantasmas y ecos violentos de las guerras pasadas. Una purga del sistema, pero ya era demasiado poco y demasiado tarde. La infección en el aparato sensorial sangró recuerdos de Banelash, retorcidos con indignidades no recordadas y delirios de grandeza.

Albard oyó la risa sibilante cuando su mente dañada trató de analizar la ahora de la recordada, pero aquellas regiones del cerebro requeridas para una interfaz completa fueron dañadas irreparablemente hace cuarenta y tres años. Sus propios recuerdos se

vertieron en el sensorio, mezclándose con las guerras y muertes imaginarias del remoto pasado. Absorbió la infección venenosa dentro de sí, degustándola como el buen vino.

La interpretación sensorial del campo de batalla se emborronó y retorció como una retransmisión desintonizándose lentamente, una imagen desvaneciéndose y otra nadando entre bastidores.

Lo que antes había sido un campo imperial ordenado de refugios prefabricados, depósitos de abastecimiento, almacenes de municiones, silos de combustible y puntos de reunión se convirtió en algo completamente distinto. Hombres en jubones de cuero hervido y celadas de hierro marchaban de aquí para allá. Algunos llevaban brillantes cotas de hierro. Llevaban espadas, hachas de hierro y palas largas a través de sus hombros. Marchaban al mismo ritmo monótono. Cientos de perros de caza ladraban a sus talones, dirigidos por cuidadores imponiendo disciplina con látigos.

Un trueno eructó desde las vastas carronadas de boca de dragón que bordeaban las laderas a miles. Atrincherados en gaviones de mimbre y terraplenes de tierra, las academias de artillería de Roxcia y Kyrtro habían traído sus mejores culebrinas y morteros para castigar al enemigo con tiros y metralla. Banderas coloridas quebraron las térmicas en conflicto sobre las armas siempre hambrientas de pólvora.

Los artilleros sudaban y suspiraban, moviendo a sus gigantes de hierro en posiciones de fuego. Los barriles fueron comprobados y las cargas de pólvora fresca apisonadas. Esferas de piedra pesadas fueron levantadas por los fornidos esclavos Tazkhar.

Tan impresionante como eran las armas, no era nada en comparación con el esplendor de las huestes de Caballeros.

Guerreros increíbles en coraza completa montaban corceles de gran alcance con gualdrapas fantásticas que representaban animales de cría, como no se había visto en Molech por generaciones.

Albard se volvió para ver a los Caballeros a caballo junto a él.

Primos, sobrinos y parientes lejanos, todos de Sangre Devine. Viajaban a la batalla en corceles de amplio pecho, pero ni una de sus monturas podría igualar al semental

de oro sobre el que cabalgaba, una bestia con una melena de fuego y hombros poderosos. Un rey entre los equinos.

-¡Mis hermanos! –clamó Albard, dejando que el veneno serpentino se extendiera a cada uno de ellos. -¡Ved lo que yo veo, sentid lo que yo siento!

Algunos lucharon, algunos casi se resistieron, pero cada uno de ellos se rindió al final. Sus deseos secretos y ambiciones eran combustible para la infección y tomó cada trozo de lujuria, culpa y amargura, retorciéndolos en algo peor.

Se dio la vuelta en la silla, mirando hacia el emblema del rayo gemelo brillando desde la bandera pole de su vexiliario. La antigua heráldica del mismo Señor de las Tormenta resplandecía bajo el sol del mediodía, un icono de tal brillo que iluminó el campo de batalla en cientos de metros a la redonda.

Esta era su bandera.

Él era el Señor de las Tormenta, y estos caballeros eran los mismos vajras que habían montado por el Sendero Fulgurante con él hace tantos siglos. Un sentido imponente de la propia importancia le llenaba, y se pasó de vuelta sus espuelas. Banelash aró a través de regimientos de infantería cuando el Señor de la Tormenta vio una inmensa y monstruosa criatura a través de las nubes ondulantes de fuego de cañón.

Una bestia titánica, un gigante de escala inhumana.

Escamado en blanco y negro, gritó con el sonido de un trueno. Un devorador mundial.

Este era el enemigo por el que había sido convocado a matar.

LIBRO TERCERO

FANTASMAS

VEINTE
La Batalla de Lupercalia

La Thunderhawk se estrelló, un cadáver destripado que había sobrevivido el tiempo suficiente para conseguir tocar el suelo. Nunca volvería a volar, ¿Pero a quién le importaba eso? Abaddon se tambaleó entre las llamas y la ruina del lugar del accidente, lanzando gritos a los Justaerin.

Dos definitivamente muerto, uno no respondía.

Llámalo tres muertos. Lo que había esperado en conseguir tan cerca de los cañones del Monte Puño de Hierro. Perderían más en el momento en que se apoderaran de las trincheras y fortines repartidos alrededor de su base y faldas como un hongo recubierto de acero. Cañoneras se lanzaron hacia la montaña, escupiendo andanadas ondulantes de misiles Tifón de sus lanzadores y proyectiles segadores de sus cañones de asalto y bólters huracán.

Salvas de artillería y fuego antiaéreo llenaban los cielos. Explosiones, fuego antiaéreo y el gemido continuo de la artillería cayeron en una constante lluvia de polvo y llamaradas. Los Storm Eagles eran un objetivo más difícil que las Thunderhawks, pero la gran cantidad de fuego que salió de la montaña golpeó con fuerza a más de ellos con cada segundo que pasaba.

Los restos de decenas de cañoneras se repartían en las estribaciones bajas. Estrllarse no había sido la intención del plan, pero había sido un más que probable resultado y un riesgo aceptado. Quinientos exterminadores formaron en medio de las llamas y el humo de los accidentes.

Los artilleros imperiales pensaron que repelieron el asalto aerotransportado. Estaban equivocados. El hecho de que un avión fuese derribado no significaba que los guerreros en su interior estuvieran muertos.

Especialmente si esos guerreros eran Hijos de Horus.

Un Storm Eagle se estrelló en las rocas a la izquierda de Abaddon. Municiones sin explotar proliferaron entre los escombros. Falkus Kibre apareció a través del remolino de humo negro que lo rodeaba.

-¿Incluso tú has caído? -preguntó Abaddon, viendo que la armadura del Fabricante de Viudas no sufrió daños por el fuego o impacto.

-No. El piloto nos trajo abajo al abrigo de una escarpa -dijo Kibre, gesticulando con el combi-bólter. -Quinientos metros al este.

-Juro que eres el bastardo más afortunado que he conocido -dijo Abaddon, con voz de rejilla y sin los tonos potentes que una vez poseyó. El Ángel de Fuego del Emperador le robó ese aspecto de él, limpio de él y lo dejó con la escofina de esta gárgola. Salvo algunas contusiones, el Fabricante de Viudas pasó ese encuentro ileso.

-Cuanto más lucho, más suerte tengo.

Abaddon asintió. Comprobó el contador en la esquina de la visera.

Cuatro minutos.

El humo y el polvo de las cañoneras estrelladas seguía ocultando su presencia, pero que no iba a durar por mucho tiempo. El estruendo de la artillería en la llanura se hinchó. Aun así los cañones más pesados en retaguardia, las principales olas de asalto, aún permanecían en silencio.

-¿Todo sigue en blanco? -preguntó Kibre.

-Parece ser.

-Mejor encontrar alguna cobertura luego.

-¿Ese acantilado delante?

-No es mucho.

-Lo mejor que puedo ver.

Abaddon asintió y abrió el vox a los Justaerin.

-Nueva posición asalto -dijo. -Avanzad a mi marcador y mantened vuestras malditas cabezas abajo.

-Inspirador -dijo Kibre. -Puedo ver por qué te hizo Lupercal primer capitán.

-Ahora no es el momento de inspiración -dijo Abaddon. -Ahora es el momento de esperar que el maldito Mechanicum no falle.

Var Zerba era una de las plataformas de defensa orbital más antiguas alrededor de Molech, y había acumulado un arsenal considerable durante décadas. Bastidores de torpedos, tubos de misiles, conductores de masas, armas Boser colimadas e innumerables pilas de macro cañones habían sido diseñadas con el objetivo de masaras las flotas atacantes.

Pero esas armas eran igualmente capaces de causar estragos en objetivos planetarios.

Ezekyle Abaddon se apoderó de Var Zerba prácticamente intacto, y las fragatas, Lanza de Selenar y Pesar del Infinito casi consumieron sus reactores arrastrándolo desde su posición geoestacionaria sobre los océanos de Molech a un punto fijo por encima del cinturón agrícola al norte de Lupercalia.

Más hacia el oeste del campo de batalla para compensar la rotación del planeta, pero por lo demás en la posición perfecta para causar estragos desde arriba.

Las barreras orbitales no eran armas sutiles, ni discriminadoras. Su uso durante las operaciones de campo de batalla era casi totalmente desconocido. Sus vastas cantidades de fuego eran demasiado peligrosas, demasiado impredecibles y muy destructivas si algo sale mal. Un fallo de encendido, una llamarada de descarga atmosférica o un simple error de cálculo podría ser suficiente para enviar las municiones capaces de barrer ciudades salvajemente desviadas.

Pero cuando el objetivo era la montaña más grande de Molech, tal vez el riesgo podría considerarse aceptable.

La Hermandad de la Sangre se arrodilló con sus espadas desenvainadas y enterradas en la tierra delante de ellos. Cada guerrero había ungido las placas de color carmesí de su armadura con el Negro, y esperó mientras el Guardián Serkan se movía entre ellos, manchando de ceniza las gotas de sangre con alas en sus hombreras. Mientras los proyectiles cayeron sobre la horda avanzando ofreció a cada guerrero una medida de su sabiduría y escuchó sus últimas palabras.

Nadie se hacía ilusiones sobre que esto no sería otra cosa que una última batalla. Drazen Acorah sabía que no vivirían para ver otro amanecer, pero la idea no le

preocupó demasiado. Que habían matado a los soldados imperiales en la selva no estaba en duda, aunque él todavía no podía explicar cómo había ocurrido.

No sólo tuvieron que asesinar a los inocentes y cazarlos como bestias, sino que fracasaron en sus funciones como ejemplos de todo lo que era bueno y noble en las Legiones. El Señor de la Guerra ya había empañado el honor de las Legiones de tal manera que ninguno volvería a confiar en ellas otra vez, y los Ángeles Sangrientos se habían permitido a sí mismos ser parte en eso.

La Hermandad de la Sangre llegó a Molech para luchar, pero llegó a este campo de batalla para morir.

Vito Salicar se puso en pie, y noventa y seis Ángeles Sangrientos se pusieron de pie detrás de él, cada hombre con su espada hacia el cielo en señal de saludo. No al enemigo; que eran indignos de cualquier reconocimiento. Este era un último saludo al Emperador y Terra, a Sanguinius y Baal.

Salicar utilizó un trapo aceitado para limpiar su espada de energía de tierra, y Acorah vio las placas identificativas oscilar desde el pomo en forma de gota de sangre. Acorah no necesitó ningún poder psíquico para sentir el peso de la culpa que les otorgaba. El óxido y el inconfundible sabor de la sangre mortal contaron su propia historia.

Salicar le vio mirándole y envainó la espada. Las placas identificativas se sacudieron contra la vaina de hierro y cuero.

-¿Todavía sigues empeñado en este curso? -preguntó Acorah.

-Lo estoy -confirmó Salicar. Hizo un puño y levantó el brazo, doblado por el codo. Diez Rhino dispararon sus motores, chorros de humo aceitoso e hicieron retemblar el suelo.

-No deberías tratar de disuadirme, Acorah. No mancillaré este momento con tener que disciplinarte.

-No trato de hacer tal cosa -dijo, aunque el pensamiento rebelde ya había pasado por la cabeza. Se había despedido de inmediato. Sus poderes eran fuertes, pero no tan fuertes como para alterar una voluntad tan inamovible.

-¿Crees que esto es la penitencia? -preguntó.

-Lo creo -dijo Salicar.

-Te equivocas -dijo Acorah, colocando su mano sobre el símbolo de la Legión en parte oculta en la hombrera de su comandante. Un gesto familiar, casi demasiado familiar. Él y Salicar eran hermanos de batalla, pero estaban lejos de ser amigos.

Salicar bajó la mirada hacia la mano de Acorah. -Entonces ¿Qué es?

-Es justicia.

-¡Adelante! -gritó Aximand.

El tercer escuadrón rompió desde la obertura, moviéndose y disparando mientras Ungerran, Dreadnought Talon, abrió fuego con sus cañones y lanzamisiles. Salvas de proyectiles de gran calibre y misiles erráticos martillearon la línea de fortificaciones de malla. Llenas de escombros y apilados como bloques de niños, eran fortificaciones temporales ideales.

Temporales o no, iban a cobrarse un gran sueldo en sangre para invadirlas.

Detrás de él, los Stormbirds seguían en llamas por los impactos y aterrizajes duros. Casi quinientos Hijos de Horus se vertieron sobre el paisaje agreste de la Untar Mesas, a menos de cien metros de las defensas escalonadas.

No importa si un asalto llega por tierra, mar o aire; los últimos cien metros siempre tendrían que ser atravesados por guerreros dispuestos a enfrentarse al enemigo de frente.

Este costado de la línea imperial descansaba en las estribaciones de las montañas, que se extendía en una media luna suave hasta que alcanzaban el pico imponente del Monte Puño de Hierro.

En los veinte kilómetros entre aquí y este había una línea ininterrumpida de tanques e infantería imperial. Bien atrincherados, bien posicionados y, por el aspecto de las cosas, bien dirigidos. Nubes de humo con ictericia vagabundearon a través de las líneas, eyecciones de armas imperiales mezcladas con las explosiones de la artillería pesada de Lupercal.

Los titanes se batían en duelo con artillería capital y el estruendo de sus pasos se sintió incluso desde aquí. El Imperator en el centro de la línea no estaba marchando. Su parte superior se volvió sólo lo suficiente para poder apuntar su armamento apocalíptico. Sus armas estaban provocando heridas sangrantes en el ejército del Señor de la Guerra con cada disparo. Cientos morían con cada ráfaga de su cañón Hellstorm y cientos más bajo la furia plasmática del Aniquilador. Los misiles, disparos láser y huracanes de fuego bólter envolvían sus torres y baluartes superiores en humo.

Sin ayuda de nadie, el Imperator estaba destripando el ejército de Lupercal.

O por lo menos, la parte mortal del mismo.

La atención de Aximand fue desviada del titán por un destello de brillo en la base del mismo. Rhinos pintados de carmesí se lanzaron hacia delante en una cuña para dividir el ataque en dos. Una carga gloriosa en las filas enemigas, de esas que sólo se atreverían los guerreros de la Legión.

-Valiente, pero inútil –siseó Aximand. La hueste enemiga era demasiado grande para que la decidieran tan pocos guerreros, incluso los guerreros de la calidad de los Ángeles Sangrientos.

El silbido de una descarga láser pasándole muy cerca lo trajo de vuelta a su propia lucha.

-Allí -gritó Aximand, señalando la base de un saliente escalonado donde una ráfaga de cohetes Stormbird habían dividido la malla reforzada. Los escombros amenazaban con derramarse. Todo lo que necesitaba era un poco de aliento. –¡Escuadra Orius, tirad abajo esa pared! Baelar, tómala cuando esté abierta.

Una explosión de estelas de misiles se arqueó de un parche de rocas a la izquierda del Aximand. La explosión de una torre de escombros detonada de las defensas. Rocas devastadas cayeron en una lluvia de piedra rota y escombros. Incluso antes de que el polvo de la explosión se expandiese la escuadra de Baelar se movía. Retrorreactores rugieron desde el acantilado de arriba, donde los elementos puros de asalto de Aximand habían aterrizado.

Los disparos se acercaron a ellos. Seis fueron destruidos desde el aire antes de llegar a la cúspide de su salto.

-¿Has visto eso? -preguntó Yade Durso.

-Lo hice -dijo Aximand.

-Ningún tirador mortal haría eso.

-Estoy de acuerdo, son legionarios.

Pistolas Thudd castigaron las defensas de donde provenían los disparos, pero Aximand sabía que disparaban a la nada. Si estaba en lo cierto sobre quién estaba allí, ya se habrían desplazado. La escuadra Baelar aterrizó justo antes los bloques emplazados y preparó sus piernas para otro salto.

El suelo entró en erupción en una hoja de fuego cuando una línea de minas Melta por control remoto detonaron.

Aximand retrocedió cuando sus auto-sentidos se cerraron para protegerlo de la luminosidad. La escuadra Baelar fue incinerada por completo. Un solo guerrero se elevó en el aire, pero sólo su mitad superior. Sus retrorreactores tartamudos llevaron su cadáver por encima del muro.

-Lo suficientemente lejos para necesitar dos saltos-silbó Aximand. –Los asaltantes sabían que tendrían que aterrizar allí.

-Definitivamente legionarios -dijo Durso.

-No Ángeles Sangrientos -respondió Aximand, que dejó sólo una posibilidad. -Los Ultramarines están aquí.

-Tercera Brigada en posición –transmitió Durso. -Ungerran está listo.

-Dadles con todo -dijo Aximand. -Supresión máxima. Estamos tomando esta pared para nosotros.

Una presión en el casco de Abaddon fue la primera señal de la barrera entrante. Sus dientes le dolían y la visera se apagó en previsión del impacto.

-¿A qué estás mirando? -preguntó Kibre. -¿Quieres ser cegado?'

-¿Con qué frecuencia se llega a estar tan cerca de esa potencia de fuego increíblemente destructiva?

-Incluso una vez es demasiado.

Abaddon sonrió, un hecho bastante inusual para él, que le sorprendió. Desde su lesión había tenido muy poco de qué reírse. El Ángel de Fuego había hecho más que tomar su voz; lo dejó con una combustión lenta y constante hasta sus huesos. Al igual que un fuego subterráneo que nunca se apaga, quemaba y quemaba incluso cuando no hay combustible para sostenerlo.

-Piense en ello de esta manera -dijo Abaddon. -Cuando llegue, caminaremos a través de las ruinas o estaremos muertos. De todos modos, si muero, Lupercal necesitará a alguien para ser primer capitán.

-No quiero ganármelo de esta manera.

La ira tocó a Abaddon por el sentimentalismo de Kibre. -¿De qué otra crees que lo conseguirás?

Kibre no respondió, y Abaddon volvió su mirada hacia el cielo. Los cielos de Molech habían sido alterados con tormentas eléctricas y furiosas perturbaciones atmosféricas desde que comenzó la invasión. Nubes bajas bullían como la sobrecarga de los generadores. Finalmente reventaron, incapaces de contener las energías rampantes dentro de ellos.

Tracerías de luz azul se arquearon entre ellas y los picos más altos de la montaña, como si el baluarte fuese un pararrayos inmenso. Chillidos de escudos de vacío sobrecargándose llenaron el cielo con floraciones de densa luz. El relámpago bailaba sobre la barrera invisible, despojándola con cada rebote.

Y con cada explosión, los escudos de vacío se acercaban a sus tolerancias extremas. Igual que una burbuja estirada a su máxima expansión, gritaron cuando se apagaron. Una micro-tormenta atacó hacia el cielo cuando la retroalimentación detonó los generadores y las explosiones estallaron alrededor de la garganta de la montaña.

Pero esto fue sólo el precursor.

Varillas vidriosas de fuego láser alanzaron el pico de la montaña, penetrando en la roca. El vapor sobrecalentado arremetió hacia el cielo. Chorros de roca fundida flanquearon de guirnaldas del alto pico en una ardiente corona de oro.

Sin embargo, incluso esto fue un preludio.

Andanadas de torpedos y proyectiles de macro-cañones lanzados desde Var Zerba a velocidades hiper rápidas golpearon a través de las nubes en la estelas de los láseres. Las armas defensivas de la montaña intentaron derribarlos, pero las detonaciones catastróficas de la matriz de escudos volaron casi todos los cogitadores de adquisiciones.

Municiones orbitales diseñadas para penetrar complejos de bunkers subterráneos se estrellaron contra la montaña, golpeando en los ejes perforados por los láseres orbitales. El Monte Puño de Hierro fue endurecido para resistir bombardeos aéreos y de artillería en tierra, pero una andanada orbital estaba a varios órdenes de magnitud mayores que cualquier cosa que los constructores de la Legio Crucius habían previsto.

Los quinientos metros superiores de la montaña simplemente desaparecieron.

Ojivas sub-nucleares golpearon profundamente en su corazón, destrozando la estructura interna de la montaña ahuecada en una tormenta de fuego infernal. Los extensos contrafuertes de adamantium se doblaron y se fundieron a temperaturas que normalmente se encontraban en los núcleos de las estrellas. Las vigas de arrostramiento y arcos portantes se derrumbaron y una cascada de inestabilidad estructural sacudió toda la montaña.

Una caldera llameante se formó cuando el peso del exterior de la montaña cayó hacia adentro. El Monte Puño de Hierro se derrumbó como una escultura de arena, cada segundo de colapso añadiendo velocidad de disolución al mismo. Columnas de gases explosivos y nubes de polvo de kilómetros de alto se elevaron en una nube de fuego en forma de hongo.

La onda de choque de los impactos y la destrucción instantánea de una montaña entera corrieron hacia el exterior en una serie de impulsos de ondas de presión sísmica. Abaddon se agarró con fuerza a la roca como si la tierra tratara de sacudírselo. Explosiones de rocas y llamas fueron disparadas desde la boca del volcán recién formado.

Una avalancha de escombros cayó sobre el área, millones de toneladas de roca rota y acero. Una ola de destrucción que sepultó las defensas imperiales agrupados alrededor de la montaña bajo cientos de metros de escombros.

-Primera Compañía -dijo Abaddon cuando las ondas de choque comenzaron a disiparse.

Quinientos Terminators se levantaron de la cobertura y entraron en la tormenta infernal que rodeaba la destrucción de la montaña.

Vito Salicar dirigía a la cabeza de los Ángeles Sangrientos, los motores de sus Rhinos carmesíes rugiendo como un mesocarpio en celo. Él ordenó a los tecnomarines sobrecargar los motores. Se quemarían en cuestión de minutos, metal pulido en metal y en llamas cuando los aceites lubricantes estallasen bajo la presión. No importaría. Estos Rhinos nunca tendrían que moverse de nuevo una vez llevasen a cabo esta tarea.

-Un final para todos nosotros -dijo.

Dejaron senderos ardientes detrás de ellos, donde los colectores de combustible ya se habían agrietado. Las llamas se extendieron rápidamente a través de los campos, y una pared de humo y fuego se levantó detrás de ellos.

No podría haber retirada ahora, incluso si querían una.

La línea de traidores era una pared ininterrumpida de carne y hierro, tanques y soldados marchando tan lejos como el ojo podía abarcar. Bancos de humo en auge de la artillería oscurecía la retaguardia. Los disparos se sucedían y las explosiones horadaban cráteres del suelo.

Los disparos perforaron los glacis con blindaje reforzado de su Rhino, pero no penetraron. Una descarga láser rebañó su hombrera, vitrificando las cenizas y el polvo untado sobre el símbolo de su Legión. Una costra vidriosa se formó sobre la gota de sangre.

Miró a la izquierda y la derecha. Al igual que él, Drazen Acorah y el apotecario Vastern montaban en la cúpula de su Rhinos, mientras el Guardián Serkan se

enclavaba encima de su vehículo como los jefes de las tribus salvajes de Baal Secundus sobre sus carros en épocas pasadas.

-¡Por el Emperador y Sanguinius! -gritó Salicar cuando los bólters vinculados en el techo de la Rhino abrieron fuego. Unos traidores con uniforme del Ejército deliberadamente rotos y cascos fetichizados fueron arrancados desde sus pies.

Cogió su objetivo. Uno quimera del ejército con el Ojo de Horus embadurnado en ocre en el glacis frontal. Una pancarta de tela harapienta ondeaba tras él con un águila sangrado en ella. Un vehículo para un comandante o soldado de rango.

El motor detrás de Salicar se apagó con un golpe duro y sólido de conmoción. Saboreó el promethium y aceites ardiendo. El vehículo dio un último arrebato de potencia a las orugas antes de apoderarse de un choque terrible de metal astillando y engranajes rasgados.

El Rhino se estrelló de cabeza contra el quimera pintado. El metal se combó y deformó. El vehículo de los astartes era más pesado y aplastó la sección frontal del quimera como papel de aluminio. Salicar saltó desde el techo del Rhino, utilizando la colisión para propulsarse profundamente en las filas enemigas.

Con su capa escamosa ondeando tras él como piñones de oro, el capitán de la Hermandad de la Sangre navegó por el aire y se estrelló en medio de la carga traidora. Su espada barrió, y sus bordes ardieron con fuego ámbarino. Los hombres murieron.

Detrás de él, el frontal espinado del Rhino había destripado el vehículo enemigo como un cadáver en la losa de un carnicero. Humo negro surgió cuando las puertas de asalto se abrieron de asalto y los Ángeles Sangrientos se derramaron. Se estrellaron contra los traidores dispersos, eliminándolos con escudos cinéticos y golpes cortos y punzantes de sus espadas.

Salicar se movió y mató con gracia y belleza, como un bailarín cuyos movimientos fueron coreografiados para que coincidiera con los de sus enemigos. Los mortales trataron de cortarle, pero sus movimientos eran demasiado rápidos, demasiado suaves y demasiado hermosos. Su borde encendido abrió sus cuerpos, los disparos de su pistola chapada en oro decapitaron a un enemigo con cada apretado del gatillo.

Fuego convencional le golpeó el pecho y los hombros. Mucho del incluso derribó a los soldados que estaba luchando. Ellos sabían que no podían luchar contra Salicar

en pie de igualdad y estaban buscando para matarlo con todo lo que tuviesen. Él siguió moviéndose, poniendo a tantos enemigos a su alrededor como pudo. Si planeaban dispararle, matarían a sus propios hombres para hacerlo.

Los Ángeles Sangrientos formaron puntas de flecha de asesinos blindados en carmesí en torno a sus líderes de guerra. El Guardián Serkan rompió a través de un nudo de guerreros con el torso desnudo y su carne escarificada por hojas de cuchillo. Su bastón con el símbolo de alas de águila talló nuevas heridas, pero ninguna pudiera curarse jamás.

Alix Vastern, el apotecario que conocía cada centímetro de la fisiología humana y que se había pasado toda la vida reparándola, ahora empleaba toda su voluntad por destruirla. Drazen Acorah luchó con un hacha de doble hoja monstruosa, tallando un camino rojo a través de un pelotón de soldados aumentados y adornados con capas de carne revestida de sangre y cuyas armas eran las de los tecno-bárbaros que una vez guerrearon en los infiernos en ruinas de la Vieja Tierra.

Salicar empujó a través de las masas de soldados concentrados para enlazar con él. Ninguna cuchilla le tocó, pero descargas láser y proyectiles sólidos excavaron y mordieron su blindaje. En cualquier otra pelea, el objetivo era hacer espacio. Moverse, encontrar las brechas entre el enemigo y saciar en profundidad la sed de matar. Aquí, el objetivo era llenar ese espacio con su carne, que fuesen sus escudos.

A su alrededor, la carga del enemigo continuó sin cesar. Quimeras pasaron rugiendo hacia el Gran Ejército de Molech de Tyana Kourion. Pese a todos sus atavíos de barbarie, el ejército del Señor de la Guerra era disciplinado.

Salicar decapitó a un par de mortales que manejaban un bólter pesado y dio una patada a otro en una carga de demolición en su pecho. Las costillas del hombre se hicieron añicos y voló de regreso a través del aire. La carga que llevaba detonó y arrancó el montaje de un carro de combate cercano. Este viró y estalló un momento después.

Salicar se arrodilló cuando la onda de choque se apoderó de él.

Él se puso de pie y siguió adelante, con su guardia de honor finalmente conectada con él. Habían desechado sus escudos. La defensa era ahora irrelevante; el ataque era todo lo que importaba.

Las formaciones de los Ángeles Sangrientos convergieron para formar una sola lanza directamente a través del centro del enemigo. Tal vez una cuarta parte de los guerreros de Salicar estaban muertos. La mera acumulación de fuego había hecho lo que no podía la destreza individual del enemigo. Huyeron ante su hoja mojada. Los disparos relamieron sus brazos y piernas.

Su pantalla parpadeaba con advertencias, pero no les importaba nada. Él iba a morir hoy, y ninguna advertencia cambiaría eso.

Drazen Acorah ahora luchaba a su lado, las hojas de su hacha reluciente rojas y húmedas. Su lugarteniente le vio y dio un gesto brusco. Todo lo de que se podía prescindir de la furia de la lucha. Salicar le devolvía el gesto cuando vio un fuego infernal siluetear a los mortales ante él.

Acorah gritó y cayó de rodillas, cayendo el hacha de su agarre. La presión de los cuerpos se cerró sobre él, cuchillos y rifles y espadas punzantes. Salicar empujó y cortó, manteniendo a la chusma a distancia. Un disparo le golpeó en la espalda, un proyectil más pesado. Se tambaleó. Otro rebotó en su casco y cayó sobre una rodilla.

Él extendió la mano y agarró la hombrera de Acorah.

-¡Aguanta hermano! -ordenó.

Acorah miró hacia arriba.

Líneas crepitantes de poder abrieron su casco, y las lentes brillaron con luz interior. Un resplandor rojo sangre de asombro arterial.

-¡Ya está aquí! -exclamó Acorah. -¡Que el Trono nos salve, está aquí!

Salicar se puso en pie cuando una furia imponente se apoderó de él, una rabia asesina que no se parecía a nada que hubiera conocido jamás.

No, eso no era cierto.

Conocía esto.

Meses antes en la selva Kushita. Una niebla roja de odio inimaginable y la rabia, la ira desenfrenada de un millón de almas. Cada pensamiento hostil e impulso primigenio dados rienda suelta.

Salicar jadeó, una exhalación de salvaje barbarie.

Una figura se movió a través de las llamas ante él, un guerrero de escala transhumana. Su armadura era de rojo ennegrecido y envuelto en fuego.

Peor aún, estaba blindado como él. Envuelto por las llamas que chamuscaban el ojo, la gota de sangre con alas en la hombrera era inconfundible.

Fuese lo que fuese, una vez fue un Ángel Sangriento.

Cadenas se arrastraban detrás de él y se cernían un metro sobre el suelo lleno de sangre. Su rostro era un horror de carne quemada ardiendo eternamente, ennegrecida por el fuego y estirada en un rictus de sonrisa de ira horrorosa. En una mano sostenía una cabeza cortada, la del Guardián Agana Serkan.

-He aquí nuestros parientes -dijo, y Salicar sintió que sus oídos sangraban dentro de su casco.

Los mortales reunidos en torno a él cayeron de rodillas. Ya no le buscaban muerto, sino suplicando al engendro del infierno. Salicar quería asesinar a cada uno de ellos. No luchar contra ellos, ni matarlos, sino asesinarlo. Quería bañarse en su sangre, despojarse de la armadura y untar su carne desnuda con sus entrañas.

Devorar sus corazones. Chupar la médula de sus huesos. Sus ojos serían dulces; su ambrosía la sangre. Cada pensamiento civilizado fue despojado de Salicar cuando se vio ahogándose en la sangre de sus enemigos, cada cráneo tomado allanando el camino para su inmortalidad.

-Esto es lo que todos quieren, Vito -dijo el ángel caído, llegando a él. -Acéptalo. Tus hermanos ya han bebido del cáliz sangriento que les ofrecí en Signus. Ahora matan en mi nombre. Ellos sacian su sed de sangre sin remordimiento. Sé que se sentiste el eco de ese momento en tus propias matanzas, Vito. No sientas culpa por eso, abraza el ángel asesino dentro de ti. Únete a tus hermanos. Únete a mí.

Salicar sintió una presencia a su lado y de mala gana apartó la mirada de la cosa. Drazen Acorah estaba a su lado, con una mano sosteniendo su hacha delante de él como un talismán.

-¡Yo te nombro engendro de la disformidad! -exclamó Acorah, y la luz dentro de su casco se extendió por su cuerpo para envolver las hojas de su hacha.

-¡Yo soy el Cruor Angelus, el Ángel Rojo! -exclamó la abominación envuelto el fuego como un par de espadas de fuego brotó de sus guanteletes. -¡Inclínate ante mí!

El apotecario Vastern se movió para estar entre el Ángel Rojo y su capitán. -Yo te conozco -dijo. -¡Eres Meros de los Ángeles Sangrientos! Mi hermano de batalla de la Helix Primus, ahora y siempre. ¡Ningún poder en la galaxia puede romper ese lazo!

-¡Yo soy el Ígneo, soy el impulso siniestro, la mano derecha de color rojo y el final de vidas! -dijo el engendro disforme. -Meros es cosa del pasado. Él y Tagas mantienen los fuegos del alma dentro de mí, pero el alma y corrupción de su primara es la sangre en mis venas.

Salicar luchó para contener su rabia y se resistió a rendirse a su tentación. Cada fibra de su fuerza de voluntad se fue desgastando, abrasada a cenizas dentro de su mente. Ceder sería fácil, mostrar y aceptar la sed de sangre en su interior.

Acorah se acercó y puso una mano en la hombrera de Salicar. El rayo fulgurita tallado a través de la ceniza parpadeó y bailó con luz dorada. Salicar introdujo una gran corriente de aire en sus pulmones, como un hombre ahogándose llegando finalmente a la superficie.

Él parpadeó la sangrienta bruma que había caído sobre su visión. Se arrancó el casco y lo tiró a un lado. El hedor de la batalla penetró en sus sentidos. Sangre y carne abierta, orina y barro.

Sus Ángeles Sangrientos se arrodillaron en el suelo a su alrededor, buscando su guía. Los traidores les rodearon, mirándoles como los avatares del asesinato y la masacre, como dioses recién descubiertos para ser adorados. La idea le ponía enfermo, poderse sentir venerados por esta mierda.

La luz del fuego se reflejó en las chapas identificativas envueltas alrededor de la empuñadura de la espada de Salicar. Y lo que fue culpa se convirtió en la promesa de salvación.

Somos los Ángeles Sangrientos.

Somos asesinos, segadores de carne.

Pero nosotros no somos carniceros, no somos salvajes.

Vito Salicar se giró de modo que cada uno de sus guerreros pudo verlo. Cambió su agarre en la espada. Se encontraron con su mirada. Ellos supieron. Ellos entendieron. Alinearon sus hojas tal y como lo hizo.

-Uníos a mí -dijo el Ángel Rojo. -Sed mis heraldos de la sangre.

-Nunca -dijo Salicar, conduciendo su gladius desde la base de la mandíbula y hacia fuera a través de la parte superior de su cráneo.

Dos Warhounds de la Interfector, un ingenio rompiendo llamado Lochon y una bestia cojeando apodado Velo de Sangre, dieron fuego de cobertura. Aximand y la Quinta Compañía cargaron en virtud de un huracán de fuego turbo y proyectiles vulcan. Algunas partes de la pared de mallas ya habían cedido. La recién nacida explosión volcánica en el flanco había derrocado bloques sueltos de la parte superior de la barricada improvisada, y el fuego de los dos Warhounds hizo el resto.

-Sobre ellos -gritó Aximand. -Llevad la pelea a ellos.

Los Hijos de Horus tejieron un camino a través de los escombros, algunos disparando desde la cadera, otros deteniéndose para apuntar. Aximand no hizo nada. Él mantuvo su arma pegada firmemente a su pecho. La velocidad era su mejor esperanza de llegar a los defensas con vida.

Diez motojets Scimitar brillaron por encima, ametrallando a los defensores con intenso fuego de bólter. Las detonaciones ondearon detrás de los bloques. Las motojets se volvieron bruscamente, sangrado velocidad para una respuesta rápida.

Un error, supo Aximand. Como es abajo, es arriba.

La velocidad era la supervivencia.

Disparos de algo a fuego rápido alcanzaron y destruyeron la mitad de las Scimitar del cielo, pero un trío de grandes speeders de ataque les siguieron con ladridos de cañones láser. Una explosión arañó hacia el cielo, seguida rápidamente por otra. Los disparos persiguieron a los speeders, pero ahora las Scimitar estaban de vuelta y no dejaron de segar sobre los defensores.

El choque de titanes hizo a Aximand levantarse a tiempo para ver al Lochon golpeó en una sección distante de las paredes. Los escombros llovieron y los Hijos de

Horus pulularon sobre la brecha. Velo de Sangre ensombreció a su primo impulsivo, disparando ráfagas controladas de fuego vulcan. Cientos de casquillos escupidos desde la parte trasera del arma cayeron en una cascada de chatarra.

Detrás de los Mastines vino el Silencio de la Muerte, un Reaver con profundos surcos grabados a fuego en su caparazón. Había sido herido en la lucha por Molech y una cicatriz de quemadura en particular impartía una mueca torcida al dosel de su piloto.

El titán preparó sus piernas, apareciendo en cuclillas ligeramente, como un animal a punto de defecar.

-¡Abajo! -gritó Aximand, cayendo en cuclillas con su casco metido en su pecho hasta donde podía. El cañón de plasma y de fusión del Reaver fueron disparados con un grito que rasgó el aire. El camino de las armas se encendió, una ardiente instantánea de luz.

La servoarmadura de Aximand advirtió un aumento catastrófico de la temperatura que se desvaneció casi tan pronto como se registró. Truenos de aire sobrecalentado se apoderaron de él en una onda de choque térmica.

La pintura quedó ampollada en la espalda y los hombros.

Aximand se empujó a sí mismo en posición vertical. La mitad de la pared se había ido. Explosiones apocalípticas habían sacudido lo que quedaba alrededor, dejando el camino abierto para la infantería.

Aximand corrió hacia las ruinas llameantes de la pared, enhebrando una ruta a través de la neblina de calor abrasador. La roca bajo sus pies estaba fundida y vidriosa. Sus auto-sentidos estaban sobrecargado con térmicas, sólo una masa sangrante de lecturas falsas de objetivos.

Una serie de explosiones feroces lanzó a Aximand por los aires.

Fuego de artillería concentrado.

Cayó con fuerza contra los restos fundidos de un bloque que una vez había sido parte de las defensas. Se dio la vuelta, su servoarmadura resquebrajada en una docena de lugares. Su casco se partió por la mitad. Él se la arrancó, y luchó para encontrar sus pies. Sus entrañas se sentían como si hubieran sido comprimidas por el

puño de asalto un titán Warlord. Trauma de conmoción. Sus pulmones luchaban por respirar. Cuando lo hicieron fue abrasador caliente, dolorosa. Saboreó quemó la carne, metal y piedra chamuscada.

Hijos de Horus yacían muertos a su alrededor, placas divididas y carne hervida. Yade Durso se levantó, sosteniendo su mano, como si estuviera en peligro de perderla. Aximand vio a un Warhound Interfector yaciendo entre los restos de la muralla. Un flanco estaba arrancado, sus entrañas mecánicas se derramaron y su tripulación era una mancha quemada en las caras internas de su caparazón.

Velo de Sangre o Lochon; no podía asegurarse.

Fantasmas de vapor hicieron de la visibilidad una broma más allá de cuarenta metros. Sus ojos ardían con los humos acres de los residuos del cañón de fusión. Formas se movieron en el humo. Altas, con prisa. Encorvadas y corriendo a través de los géiseres de aire sobrecalentado.

Caballeros. Por lo menos una docena. Aximand se esforzó por recordar los informes vigentes de disposición que había leído.

Heráldica verde y azul, una montaña coronada con fuego: Casa Kaushik. Casa-Arcología de segunda, recursos de baja tecnología. Máximo estimado en seis caballeros. Peligrosidad: Media.

Icono de la serpiente en espiral sobre un campo de color naranja y amarillo. Casa Tazkhar, del sur, nobles esteparios de salvajismo y astucia señaladas. Estimado ocho caballeros en total. Nivel de amenaza: Alta.

Ellos venían en parejas; uno en movimiento, uno disparando. Stubbers pesados barrían las paredes y cañones térmicos apuñalaron como lanzas brillantes a través del humo. Aximand experimentó un momento de parálisis cuando pensó que venían a por él, pero los Caballeros tenían presa más grande en mente.

Llamarada de escudos vacío ardían como un relámpago detrás de él cuando los Caballeros fueron tras el restante Warhound y Reaver. Una lucha desigual pero, ¿Cuándo le importó? Los Caballeros barrieron a su paso, sobre la ruina de la pared de bloques, haciendo sonar los cuernos a todo volumen de sus caparazones.

Entonces Aximand vio lo que realmente estaba llegando a por él.

Blindados en azul cobalto y oro, una cresta transversal de blanco en el casco de un legado. Hojas de plata brillantes desenvainadas.

XIII Legión.

Ultramarines.

Los Justaerin fueron un derroche en este combate. Nada quedó del flanco derecho imperial. Estatuas cenicientas que fueron hombres, enterrados restos de tanques que se convirtieron en hornos ineludibles. Posiciones de artillería enterradas en la roca, y los cañones retorcidos de Basiliscos y Minotauros sobresalían de montones de ceniza caliente.

Supervivientes maullando rogaron ser sacados de avalanchas de roca que les estaban cocinando lentamente hasta la muerte. Abaddon no les dio la misericordia de una bala.

Vio a un Warlord de rodillas, sus piernas fusionadas y fundidas a la roca de la montaña. Su espalda estaba doblada, ya que trató de enderezarse. Todo lo que estaba manteniendo eran sus brazos erguidos, armas enterradas en ceniza hasta los codos. Dos Warhounds yacían en sus vientres, sus marquesinas resquebrajadas y Skitarii heridos frenéticamente cavando para llegar a la tripulación.

Los exterminadores los mataron sin romper el ritmo.

La verdadera lucha se acercaba a ellos.

El titán Imperator estaba en movimiento.

A raíz de la campaña en Ullanor, Aximand había hablado largo y tendido de los legionarios Ultramarines. Fue un momento tenso entre las legiones XVI y XIII. Junto con los Cicatrices Blancas, los Ultramarines actuaron como señuelo involuntario de Lupercal mientras los Lobos Lunares atacaron directamente al corazón del imperio de los pieles verdes.

Ni Guilliman de ni guerreros del Khan se tomaron amablemente ser utilizados como cebo mientras que la gloria iba a otros. Muchas historias fantásticas surgieron

de esa campaña; algunas engrandecidas, algunas menospreciadas, pero todos coincidieron en la espectacularidad de la victoria, con Horus y el Emperador luchando espalda contra espalda. Aximand se preguntó si esa historia en particular se volvería a contar en los años venideros.

Ezekyle había sido implacable en su no tan suave burla de los cacareados Ultramarines.

-Siempre tarde para la pelea –rugió Ezekyle, pavoneándose como un pavo real. El desafío había venido de un campeón de espada llamado Lamiad y Ezekyle había aceptado. Él tenía una cabeza de altura sobre el delgado ultramarine, pero Lamiad tuvo su espalda en menos de un minuto.

-Si tienes que luchar contra un ultramarine, tienes que matarlo rápidamente –advirtió Lamiad a Ezekyle. -Si él todavía está vivo, entonces estás muerto.

Buen consejo, sin embargo y hasta ahora, Aximand nunca se dio cuenta de cómo sonaba. Los Ultramarines habían visto la amenaza del Silencio de la Muerte y se retiraron a posiciones preparadas para tal eventualidad. Práctico, por cierto.

Ahora trescientos guerreros en el azul del cielo abierto llegaron a los guerreros dispersos de la XVI Legión con odio en sus corazones. Aximand tenía en algún lugar de la región unos cuatrocientos, pero dispersos y extendidos a través de las ruinas. En el mejor de los casos tenía cien, quizá ciento veinte inmediatamente a mano.

Las probabilidades favorecían a los Ultramarines.

Pero ¿Desde cuándo eso les importaba a los Hijos de Horus?

-¡Lupercal! -gritó Aximand, balanceando () de su arnés de hombro. La hoja brillaba bajo la luz asesina de la batalla. La escritura rúnica relució en el más completo brillo con anticipación.

Los Hijos de Horus remontaron al nombre del Señor de la Guerra mientras Aximand balanceó su espada al hombro y cargó contra los Ultramarines. Proyectiles bólter llenaron el espacio encogiendo rápidamente entre ellos. Servoarmaduras se resquebrajaron, cuerpos cayeron. No fue suficiente para detener las mareas.

Aximand enfocó su objetivo, un sargento con una espada dentada que le parecía ser la antítesis de todo lo que representaba la XIII Legión. Le estaría haciendo un favor al primarca Guilliman matando a este legionario; ¿Qué clase de ejemplo impondría a sus guerreros?

El verde y el azul cobalto se estrellaron en un choque demoledor de servoarmaduras y espadas. Las pistolas ardieron, las espadas chocaron y las servoarmaduras se quebraron. Aximand dividió al sargento de los Ultramarines de la clavícula a la pelvis de un solo golpe. Nunca un borde fotónico fue más nítido. Realizó el golpe de retorno y atravesó la cintura de un legionario. Los anfitriones se enredaron en una presión palpitante y gruñendo de cuerpos blindados. Demasiado cerca y estrechos para las armas de mano. Aximand estrelló el puño contra la visera de un guerrero. Esta se rompió y escupió chispas. Un disparo de pistola la apagó.

La espada de Yade Durso estaba rota. Se movía a través del cuerpo a cuerpo con dos pistolas. Tomó mediante disparos de oportunidad cabezas, espinas y gargantas. Como un maestro de la pistola de los Exploradores Auxilia, nunca dejó de moverse.

La lucha fue brutal. El azul tenía la ventaja, luchando en filas ordenadas, como una trilladora viviente. Sus espadas y pistolas trabajaron sin descanso, como los Ultramarines lucharan bajo la batuta inaudita de un maestro de combate invisible.

Era una guerra sin heroicidades, sin arte.

Pero la estaban ganando.

Ya superados en número, los Hijos de Horus estaban luchando por su propia cuenta, cada guerrero un héroe en su propia batalla. Pero los héroes no podían ganar por su cuenta, necesitaban hermanos de batalla. Aximand vio que ese ego les había paralizado. Habían llegado a Molech esperando una pelea fácil. Se olvidaron de sí mismos, y la XIII Legión les castigaba por esa complacencia.

Aximand rugió y volvió () en un amplio arco, despejando el espacio. Los Ultramarines retrocedieron de su borde anormalmente agudo.

-¡Hijos de Horus, cerrad filas! -gritó Aximand. -¡Mostrad a estos perros orientales cómo luchan los bastardos mestizos de Cthonia!

Los legionarios se reunieron en torno a él. No lo suficiente para evitar que sean empujados desde el campo, paso tras paso hacia atrás.

Un guerrero de la XIII Legión llegó a Aximand con un arma de asta larga. La punta en forma de hoja brillaba con poder. Podía alcanzarle. Aximand saltó hacia atrás cuando la hoja de oro trató de apuñalarle. El guerrero era un vexiliario, y Aximand ahora vio que el arma una vez soportó una bandera. Sus restos quemados colgaban de los sujetadores rojos con cable.

-Has perdido la norma -dijo Aximand. -Deberías atravesarte con ese pico.

-Todos vosotros moriréis aquí -dijo el Ultramarine.

Aximand volvió el arma de asta a un lado con la de (). Se dio la vuelta dentro de su alcance. Su codo se estrelló la cara del Ultramarine.

El guerrero se tambaleó, pero no cayó. -Si tienes que luchar contra un Ultramar…

Aximand hundió () a través de la pechera del vexiliario hasta que los gavilanes golpearon la Ultima resplandeciente en su plastrón.

-Lo sé -dijo Aximand. -Asegúrate de que lo matas.

Desde el calor del fuego de su tienda de guerra, Horus vio una representación hololítica de la batalla que se desenvolvía. Con cada actualización alimentada en el cogitador por las filas arrodilladas de calculadores lógicos, Horus ladraba órdenes de maniobra a mensajeros de los Exploradores Auxilia que las llevaron a las estaciones vox de campaña.

Más allá de la tienda de campaña de guerra, cientos de Rhinos, Land Raiders y Thunderhawks esperaban para llevar a miles de Hijos de Horus a la batalla. Los Titanes restantes de la Vulcanum, Mortis y Vulpa se extendían a través de los legionarios. Una fuerza capaz de una destrucción total, pero ellos también esperaban.

Maloghurst estaba a su lado, pero había dicho poco desde primeros disparos de la batalla. Horus sintió su confusión al ir a batalla con un tercio del ejército aún sin comprometer. Horus no lo explicó. Sus razones se volverían pronto muy claras.

-Los Justaerin de Ezekyle están presionando duro por el centro -dijo Maloghurst. -La destrucción del Monte Puño de Hierro ha abierto el flanco izquierdo de par en par.

Ellos habían sentido las ondas expansivas monstruosas del bombardeo orbital de Var Zerba como los rumores de un terremoto lejano. El humo de la propagación de los fuegos como brasas en el horizonte. Caería la lluvia de cenizas durante semanas, convirtiendo todo el cinturón agrícola en una tierra sumida en la ignorancia.

-Ezekyle necesitará apoyo o si no será aniquilado por Paragon de Terra.

-Lo tendrá, Mal –le aseguró Horus.

-¿De dónde, señor? -dijo Maloghurst. -El Ángel Rojo debía conducir a los Ángeles Sangrientos a la locura para romper el centro y que nuestras fuerzas del Ejército la explotasen. Pero los hijos de Sanguinius están muertos, y nuestro centro todavía no ha hecho ningún impacto significativo. Están muriendo en masa ahí fuera.

Horus hizo un gesto en la pantalla hololítica, ya sabiendo lo que iba a ver. Las armas imperiales estaban diezmando sus unidades del Ejército en el corazón del ataque. Los otrora campos de la línea de crestas eran un caldo muerte de pecios ardientes y cadáveres. Miles habían muerto, miles más seguirían mueren.

A Horus le irritó que el Cruor Angelus no hubiera cumplido su promesa de convertir a los Ángeles Sangrientos. Dado que él había alterado los esquemas de Erebus para evitar esa misma cosa en Signus, la ironía no le pasó desapercibida.

-Y Aximand está empantanado en la derecha contra las fuerzas de la XIII Legión -continuó Maloghurst. –Necesitarán una punta de lanza de Hijos de Horus para conseguir atravesar esa línea. Es necesario implementar el resto de las fuerzas legionarias y de titanes.

-Mal, ¿Me estás diciendo cómo hacer mi trabajo?

-No, señor.

-Bien -dijo Horus. -Porque veo la complejidad de la guerra de manera diferente a otros hombres. Matar a esta escala no es sólo acerca de números y el movimiento en un campo de batalla. Sólo mediante la observación de ellos les doy forma y doblo a mi voluntad. ¿Puedes imaginar a alguno de mis hermanos dominar algo tan caótico como un esfuerzo de guerra como yo?

-No, señor.

Horus agitó un dedo amonestador. -Vamos, Mal, eres mejor que eso. Deja de sonar como un adulador. Responde honestamente.

Maloghurst se inclinó y dijo: -Tal vez Guilliman.

-Demasiado obvio -dijo Horus. -Algunos piensan que él no tiene corazón para la guerra, que lo único que le importa son los grandes planes y estratagemas. Están equivocados. Él conoce la guerra tanto como yo, solo que desea que no hacerla.

-¿Quizá entonces Dorn?

-No, demasiado impermeable -dijo Horus. -Ni el León o Vulkan. Y no el Khan, aunque él y yo seamos tan cercanos.

-Entonces, ¿Quién?

-Ferrus -respondió Horus, dando golpecitos en la tapa de la caja ricamente labrado de madera lacada y hierro que estaba sentada a su lado.

-Si era tan capaz, entonces ¿Por qué está muerto?

-Yo no he dicho que fuera perfecto -dijo Horus, inclinándose hacia adelante cuando el hololito se alteró con estática mientras era actualizado. -Pero conocía la guerra como ningún otro. Terra ya sería nuestra si se hubiera unido a nosotros, si mi hermano fenicio hubiera manejado el enfoque con un poco de sutileza.

-La sutileza nunca fue el fuerte de Fulgrim -dijo Maloghurst.

-No, pero esa falta ha jugado a nuestro favor aquí.

-¿Ah sí?

-El poder que Fulgrim abrazó tan voluntariamente ha susurrado la miel en los sueños de los gobernantes de Molech durante muchos años -dijo Horus. -Esos sueños están a punto de convertirse en realidad. Y cuando lo hagan, confían en mí, Mal, te alegrarás de que sigamos tan lejos.

Un dintel de piedra se agrietó y cayó, bloqueando el paso a lo largo de la zanja. Una tormenta de fuego rugía encima y Abaddon se apretó contra la pared de piedra vitrificada mientras las llamas rugían a lo largo de su longitud. El fuego no era una

amenaza para la servoarmadura de exterminador, pero este provenía del arma de plasma del arma de un titán.

Un titán Imperator.

Las armas de Paragon de Terra rasgaron el mundo.

Los misiles, proyectiles explosivos, huracanes de fuego bólter, fuego láser y vigas asesinas del cañón volcán. Lo poco que quedaba de las trincheras y los puntos fuertes de este flanco estaba siendo reducido a escoria de pólvora.

Los Justaerin podrían sobrevivir mucho más que cualquier otro ser viviente en el campo de batalla, pero el condenado Imperator iba a matarlos a todos. Las paredes de la zanja volaron hacia el interior con la onda de choque de otro sistema de armas. Abaddon apartó trozos de piedras calientes y metal.

Un veterano arrastró a Abaddon a zona segura con su único brazo restante. El otro terminaba en el hombro, donde la onda de presión de un proyectil gatling pasando se lo arrancó. Otra arma disparó por encima, algo con ojivas sólidas, aunque Abaddon ya no podía distinguir el fuego de un arma de otra. La sobrepresión de las rondas ciclónicas maltrató su servoarmadura como un ejército de herreros forja agraviados.

Todo se combinó en un trueno continuo de explosiones, golpes de martillo de percusión en el suelo y abrasadoras tormentas de luz increíblemente brillante que quemaban todo lo que tocaban.

Las trincheras habían proporcionado cierta cobertura, pero no eran rival para la destrucción a nivel de holocausto que un Imperator podía desatar. Dudaba de que la mitad de sus guerreros hubieran sobrevivido hasta aquí. Unos minutos más y estarían todos muertos.

-¿En qué estaba pensando el Señor de la Guerra en enviarnos a esto? -gritó Kibre, dando tumbos por un fortín de adamantium fundido como la mantequilla por el fuego de plasma. Abaddon vio los cadáveres de al menos una docena Justaerin dentro. Más llenaban el sistema de trincheras en torno a él, pero él no podía verlos. Demasiados iconos rojos para saber cuántos estaban muertos, cuántos vivos.

Más muertos de los que había pensado alguna vez ver entre los Justaerin.

-¿Cómo se supone que vamos a superar a ese Imperator?

Abaddon no tenía respuesta para el Fabricante de Viudas, y echó a andar por la zanja. El movimiento era su único aliado. Permanecer estático era morir.

Más explosiones sacudieron las trincheras. La tierra se dividió y vomitó más tierra y humo. Sentía como el lecho de roca de Molech se estaba rompiendo a pedazos. Abaddon medio esperaba ver lagos de magma supurar desde las grietas en la tierra. Cientos de explosiones láser rugieron por encima, una lluvia horizontal de luz asesina. Más explosiones, más fuego, más detonaciones, más muerte.

Su rescatador manco murió cuando tres piezas giratorias de barras de refuerzo le cortaron en rodajas a través de su pecho, sujetándolo a la roca. Dos se sumieron en el suelo a menos de medio metro de Kibre. Abaddon sonrió y negó con la cabeza.

Un impacto apocalíptico echó abajo las paredes de la zanja. El fuego fusionó y vitrificó la piedra y cayó al suelo. Tierra quemada se vertió hacia arriba. Cuerpos rotos vinieron con ella, amenazando con enterrarlos vivos junto los hombres que había matado.

-¿Y ahora qué? -exigió Kibre, avanzando a lo largo de la zanja repleta de cadáveres detrás de Abaddon. Las explosiones los persiguieron. Los escombros llovieron y el cielo volvió a disparar.

Abaddon se detuvo.

-Eso no era un arma -dijo.

-¿Entonces qué en los nueve infiernos era?

-Un paso -dijo Abaddon. -Es el Imperator. Viene para aplastarnos.

El fin de los tiempos había llegado a Molech. Este iba a ser el último viaje del Señor de la Tormenta, una salida definitiva a las fauces de la muerte. Sus nobles caballeros vajra viajaban con él mientras se enfrentaban a la bestia demonio y el final del mundo.

Se alzaba por encima de todo, una criatura de oscuridad del tamaño de una montaña que se estaba tragando al mundo con cada respiración. El blanco y negro de sus escamas fue sólo eclipsado por el fuego que lo rodeaba.

El fuego de su aliento demoníaco y fuego de sus puños mágicos.

Se desmantela el mundo, y aunque seguramente le costaría la vida, él sabía que tenía que tratar de detenerlo. Su corcel se sacudió bajo él, su cerebro animal comprensiblemente reacios a montar en el fuego de su perdición.

Él sofocó con un pensamiento agudo.

Pero en la parte posterior de ese pensamiento vino otro, un traicionero e impropio. Un pensamiento mortal.

Esto no es real, dijo, se trata de una fantasía...

La voz se hizo más fuerte hasta que gritó en su cráneo. El Señor de la Tormenta trató de expulsarla, pero sólo le hizo más intensa. Y por un momento la forma imponente del dragón vaciló. Su silueta se hizo borrosa y Albard vio exactamente contra lo que estaba avanzando.

¿Albard? Sí, Albard...

Era el Señor de la Tormenta.

No, él era Albard Devine. Primogénito de Cipriano Devine, Caballero Senescal de Molech, comandante imperial en el Imperio del Hombre. Este era su mundo.

Un velo de veneno cayó sobre los ojos febriles de Albard y vio el interior de la cabina de Banelash a través de la niebla de su ojo restante. Se reclinaban en un lugar fluido de ángulos antinaturales y almizcles ondulantes. De seda y oro y piedras preciosas. El interior no era de metal de maquinaría por más tiempo, sino que poseía la textura carnosa del pelaje de un palacio de recreo.

Donde antes había interconectado con el funcionamiento de los Caballeros a través de los implantes espinales, ahora su cuerpo consumido era una masa de cuerdas serpenteantes retorciéndose, que rezumaban desde el interior deformado. Sus extremos se arrugaron en bocas como lampreas. Dientes como agujas diminutas se enterraron en la carne de sus miembros a medida que se alimentaban de él y llenaron sus venas con sus toxinas perfumadas.

-¡No! -gritó Albard, pero la risa fue su única respuesta.

Un hermano me rechaza y trata de matarme; ¿Crees que voy a dejar que otro haga lo mismo?

-¡Yo soy Albard Devine! -gritó, agarrándose a su sentido de sí mismo cuando el éxtasis dichoso llenó su mente con el placer. -Yo soy...

Sus protestas murieron cuando las frondas acariciando sus miembros se retiraron y vio lo que había hecho. Debajo de la boca de la masa de antenas con forma de serpiente, estaba desnudo, pero él no era el espécimen devastado por la miseria que había esperado.

Albard lloró al ver fuertes muslos con cuádriceps bien definidos. Su vientre era plano y cortado con los músculos abdominales. Sus pectorales eran el epítome de la perfección esculpida. Él era un dios entre los hombres, tan perfecto como las estatuas doradas de los Hijos del Emperador que flanqueaban el acceso hacia el Santuario.

Los años transcurridos desde su Conversión fallida fueron limpiados y todo lo que podría haber sido fue revelado. Esto era lo que debería haber sido, esto era lo que Raeven y Lyx le habían robado.

Esto era lo que los Dioses Serpiente habían ofrecido Raeven y lo que él había tirado egoístamente a sus rostros. Él no cometería el mismo error. Albard estaba a la altura de la promesa de todo lo que había esperado tener. La suya sería una vida de gloria vivida por los Dioses Serpiente.

Lo que ofrecían era todo lo que le fue negado.

La psique rota de Albard Devine no tenía ninguna posibilidad contra este tipo de halagos y la fuerza de sus propias ambiciones.

-Soy tuyo... -susurró, y las bocas-lamprea de serpientes se clavaron en sus extremidades, una vez más. El dolor de sus dientes sobre su cuerpo perfecto era un dolor de bienvenida. Él se convulsionó cuando la embriagadora mezcla de elixires demoníacos surcaron su cuerpo. La sensación de felicidad era imparable, sólo comparable a su horror ante lo tullido que una vez había sido.

Albard parpadeó y el interior de la cabina del piloto fue borrado.

El Caballo de guerra del Señor de la Tormenta cabalgó hacia la bestia imponente de blanco y negro mientras viró su fuego mortal en una gran cantidad de caballeros valientes haciendo una última batalla por un cráter en llamas donde una vez permaneció una poderosa fortaleza.

-¡Vajras! -bramó. -¡Cabalgad conmigo a la victoria!

Al final, no fue la ferocidad Cthoniana natural o su capacidad de recuperación tan caliente como el infierno lo que salvó a los Hijos de Horus de Aximand. Tampoco fue ninguna táctica de unidades pequeñas de brillantez poco común o liderazgo heroico de un oficial carismático.

Al final, fueron los titanes quienes les salvaron.

() había cosechado un recuento temible, su borde tan afilado como el día que el Señor de la Guerra lo restauró. Pero una espada afilada y su esgrima no eran suficientes. Los Hijos de Horus lucharon una retirada desesperada a través del laberinto de bloques rotos que era todo lo que quedaba de la pared de flanqueo, acosados en todo momento por los vengativos Ultramarines.

Cientos de guerreros lucharon y apuñalaron y se mataron unos a otros en la niebla de explosiones y propulsiones ardiente. Vehículos siniestrados yacían entre los escombros. Proyectiles al azar detonaron antes de tiempo y la llamas crepitaban. Soldados mortales con mala suerte de estar atrapados en medio murieron en cuestión de momentos, aplastados en la refriega, desmembrados o atravesados en un fuego cruzado fulminante.

Esta era la guerra de la Legión. Los mortales no tenían cabida en él.

Fuego bólter rebotó en la servoarmadura de Aximand, espadas arrancaron pedazos de ceramita y explosiones le golpearon con escombros. Toda apariencia de propósito y de control entre los combatientes quedó erosionada en una pesadilla de pequeñas llamas y humo nocivo. Incluso en el caos, Aximand sabía que los Ultramarines tenían la sartén por el mango. Con cada barrido, cada disparo de pistola preciso, los Hijos de Horus estaban un paso más cerca de la derrota.

Aximand había matado a diecisiete Ultramarines.

Una relación admirable, pero no sin su coste.

La hombrera derecha de Aximand había desaparecido, arrancada por la pesada explosión de un cañón automático emplazado. La carne bajo ella fue quemada y cada movimiento del brazo trajo un siseo de dolor a sus labios. Su plastrón estaba agrietado y las tuberías de refrigerante que cruzan por debajo arrojaban productos químicos por sus piernas en hojas aceitosas. Sus vértebras regeneradas protestaron por sus movimientos bruscos, pues el hueso injertado aún no está totalmente asentado.

Pero la lucha no estaba perdida.

Pese a toda su maldita práctica, pese a que tenían las de ganar, los Ultramarines no podían poner a los Hijos de Horus en fuga. Casi cualquier otro enemigo se habría roto al enfrentarse a una máquina de matar implacable como ellos, pero los Hijos de Horus fueron destetados en la sangre. Sólo dieron a la tierra sangre.

Y eso le granjeó un indulto.

Armas increíblemente poderosas fueron descargadas detrás Aximand. Del tipo que le mataría sin que lo supiera, del tipo que atomizaría cada molécula de su cuerpo antes de que el cerebro incluso registrara el fogonazo.

Ahora ese armamento se volcó en los guerreros de la XIII Legión.

Una columna de luz incandescente estalló en el corazón de los guerreros de armadura azul. Plasma descerrajado como un géiser el calor blanco de un cañón de plasma volvió su calor sobre la infantería enemiga.

Un Warhound manco subió a la cima de los escombros, su casco baqueteado con impactos Stubber. Unos escudos de vacío en las últimas se aferraron a su caparazón como ánimas, y sangre aceitosa caía en cascada desde su parte inferior.

Velo de Sangre.

Su brazo restante desató haz eliminador de fuego turbo. Los Ultramarines fueron ahuecados, rajados y hervidos dentro de su armadura. La luz asesina sobrepasó las ruinas. Chorros de cinco metros de vapor y servoarmaduras fragmentada saturaron los escombros. Dos docenas de guerreros fueron talados en un abrir y cerrar de ojos.

El blanco y el calor de la descarga del arma láser incendió la niebla y Aximand elevó un puño al aire como en los viejos días cuando vio al gigante cojeando, El silencio de la muerte, aproximarse. El Reaver había sido desmontado, su armadura hecha trizas y sus dos brazos destruidos. Los Caballeros casi le habían derribado, pero en cuerpo a cuerpo con un titán de batalla, cualquier esperanza de victoria siempre había sido delgada.

Los lanzadores apocalipsis del Reaver llenar el cielo con docenas de misiles. Y luego una docena más. Dardos de luz se arquearon sobre el cielo y terminaron en una serie de explosiones fusionadas que martillearon en un rugido continuo de detonaciones.

En lo alto de los escombros, Velo de Sangre echó hacia atrás la cabeza y soltó una ráfaga ululante de su cuerno de guerra. ¿Un grito de victoria o un himno de la pérdida? Aximand no pudo distinguirlo.

El silencio de la muerte se estrelló sobre sus rodillas, su caparazón superior en vaivén mientras las llamas estallaron desde la cabina del princeps. El ingenio de la Interfector cambió el curso de la lucha en torno, pero no tomaría parte en la batalla.

El estruendo de las explosiones sacudió la tierra y Aximand se agarró a una viga de hierro doblada que sobresalía de las ruinas para tomar un respiro.

En el momento precioso que tenía, Aximand recargó su bólter.

Último cargador.

Entonces vio que no lo necesitaría.

Retirarse en buen orden de la batalla era una de las maniobras más difíciles que una formación podría hacer. Hacerlo bajo el fuego era casi imposible.

Sin embargo, eso era lo que los Ultramarines hicieron.

Yade Durso se tambaleó a través del humo, mirando como si hubiera ido mano a mano con los Caballeros.

-Lo hiciste -dijo Aximand.

-Lupercal me ayudó -dijo Durso, levantando la mano.

El Ojo de Horus de oro que había llevado Durso se fundió en su palma, ahora siempre parte de su guantelete. Su silueta se ablandó por el calor, pero seguía siendo claramente reconocible.

-Tenía el bólter seco y la espada rota -dijo Durso. -Un bastardo de la Decimotercera Legión me tenía a su merced.

-Entonces, ¿Qué pasó?

Durso apretó el puño. -Tuve que golpear su maldita cabeza.

El hololito se llenó de múltiples descargas procedentes de estaciones de observación orbitales. Una gran cantidad de datos llenó la pizarra. Nuevos iconos, nuevos vectores de fuerzas. Contactos desconocidos.

Desconocido para los cogitadores de batalla, corrigió Horus.

No eran desconocidos.

-Eres es una maravilla, mi hermano indomable -dijo Horus. Se puso de pie y su presencia llenó el pabellón con intenciones belicosas.

Maloghurst se inclinó en la pantalla, con los ojos lanzándose entre las múltiples descargas.

-Envía la orden a la Legión -dijo Horus, levantando Destructora de Mundos del bastidor más cercano. -Avance completo. Es hora de poner fin a esto.

-¿Ese es...? -empezó Maloghurst, su dedo trazando una línea de signos que avanzaban desde el sur.

-Es -dijo Horus. -Justo donde lo necesito y sólo cuando lo necesito.

-¿Cómo podías saber que llegaría justo en este momento?

-Soy el Señor de la Guerra -dijo Horus. -No es sólo un título.

Tiana Kourion luchó la batalla de Lupercalia desde el interior de su Martillo de Tormenta. Incluso protegido por muchos centímetros de adamantium y placas de

acero en capas, el Sturm und Drang del conflicto apocalíptico todavía era una sinfonía de truenos y golpes de martillo en el flanco del superpesado.

El rugido de su motor y las sacudidas capaces de hacer temblar el mundo de sus múltiples sistemas de armas hizo de las orejeras una necesidad. Era estrecho, ensordecedor y apestaba a aceite y sudor y miedo. Cada segundo que esta batalla seguía rabiando, cientos de sus soldados morían. Era su trabajo ganar esta batalla rápidamente.

Media docena de placas de datos analizaban información descargada de informes vox, picto-capturas, auspexs y observación visual.

Ninguna batalla salía jamás de acuerdo al plan, y hoy no era la excepción. La pérdida de los Ángeles Sangrientos le había horrorizado, pero su carga suicida combó la línea enemiga, dándole a sus armas una oportunidad más que evidente de detener el avance.

¿No valía eso la pena y muerte de un centenar de legionarios?

No, pero es mejor hacer uso de ellos que lamentarlo.

La lucha había evolucionado de forma natural en una marea cambiante de cargas impetuosas, retiradas estratégicas, absolutas fugas desordenadas y empujes fluidos. Tanques imperiales y traidores se batieron a duelo en sus propios campos de batalla en miniatura, cada uno una pequeña pieza de un todo mayor; enganchando maniobras de flanqueo, trampas de pinza y escalafones escalonados.

Los titanes de la Gryphonicus y Crucius hacían la guerra en un plano muy alejado del de los mortales que luchaban en sus sombras colosales. Lucharon con armas cuya ventilación podría quemar a toda una compañía. Era la guerra en una escala donde los casquillos podrían aplastar a un escuadrón de transportes blindados y un paso fuera de lugar podría destruir a todo un batallón.

Comandantes sensibles evitaban estar en cualquier lugar cerca de los ingenios en guerra, pero a veces no había escapatoria de su presencia monstruosa. Como gigantes entre hormigas, los Titanes se estrellaron y maltrataron entre sí y sus muertes se llevaron a cientos de guerreros en ambos bandos con ellos.

El complemento de titanes de la Gryphonicus era principalmente Mastines, y habían acosado los flancos. Al menos cuatro habían desaparecido, ya fuera sepultados en la

ruinas de la montaña o rodeados y muertos a tiros por los más numerosos Reavers de la Legio Vulcanum.

Los titanes enemigos habían comenzado el día con la ventaja numérica, Paragon de Terra había ido erosionando esa ventaja hasta el punto de que las fuerzas estaban más o menos a la par. Al ritmo actual de desgaste, los ingenios imperiales pronto superarían en número a los del Señor de la Guerra.

-Más quimeras y compañías de transporte masivo entrando por la derecha -observó Naylor. -No podemos ignorarles por más tiempo. Pronto tendrán la suficiente masa para plantear una amenaza seria.

-¿Crucius y Gryphonicus no los detienen? -preguntó Kourion.

-Están causando estragos en las máquinas de guerra del Mechanicum y sus superpesados, pero están ignorando muchos de los transportes de infantería.

-Están bajo ellos -respondió Kourion.

-Estarán encima de nosotros a menos que les empujemos hacia atrás antes de que haya suficientes números para amenazar ese flanco.

-De acuerdo -dijo Kourion, tirando de los informes de batalla emitidos desde el flanco derecho de su pantalla principal. Sus ojos recorrieron las docenas de iconos allí, evaluando rápidamente su valor y eficacia en combate.

No queda nada vivo allí con fuerzas para montar un contraataque eficaz. Tácticamente se vieron arrastrados por el centro y las reservas.

Un icono con fuerza se destacó por encima de todos los demás.

-No -dijo ella, señalando con un dedo. -Esa es nuestra mejor oportunidad de ponerles de espaldas. Conseguid que se unan a la maldita pelea. '

Naylor asintió. -Buena elección. No hay degradación de combate y están perfectamente posicionado para apoyar a los Titanes.

-Enviad las órdenes -dijo Kourion, volviendo su atención a la bruma confusa de las descargas brutas de armas desplazándose a la izquierda, donde se desplegaron los Ultramarines de Castor Alcade. Ella no sabía lo que estaba pasando allí y era inaceptable.

Naylor marcó en el vox-net local.

-Lord Devine -dijo Naylor, emitiendo una serie de vectores de combate. –Se le ordena a usted y sus caballeros enfrentarse de inmediato al enemigo en las siguientes cuadrículas.

Estática susurró en respuesta.

El puente de mando de varios niveles de Paragon de Terra olía a aceite y el incienso, circuitos de calor e ira. Doscientos calculadores lógicos, servidores y tripulación de la cubierta estaban enchufados en motores tácticos y consolas de mando, revisando el cifrado vox de todos los elementos de la red de batalla de Tyana Kourion. Un constante zumbido de voces binarias y silenciosas de bajo nivel, mezclado con oraciones granuladas de estática y haciendo clics calientes. El calor sangraba de cada sistema, la ira del espíritu-máquina del titán transmitido a cada sistema con una neblina roja.

Pantallas en ángulo proyectaban noticias de todo Molech, colgando a la deriva en velos entrópicos de luz. Cada uno sólo sirvió para avivar la rabia en el corazón nuclear del titán.

Un titán Imperator era una nave espacial en tierra, tan poderoso y tan exigente como una nave del vacío. Tripulado por miles a lo largo de su altura imponente, era como una máquina compleja que nunca hubiera sido construida por las manos del hombre. Sólo los designios secretos del Arca Mechanicum atrevían acercarse a la complejidad de un Imperator.

Dar vida a una máquina tan inmensa y ponerla en movimiento era una cosa totalmente diferente de la configuración de una nave en el espacio. La gravedad cero perdonaba muchas cosas que los ambientes planetarios no.

Su Colector era algo orgulloso, majestuoso. Un depredador sin rivales, un señor de la batalla con colmillos que ningún otro podía igualar y una furia sólo igualada por su comandante.

Princeps Kalonice se situó en la proa que sobresalía del strategium, con las manos apoyadas en las caderas mientras degustaba las descargas de datos que alimentaban

el Colector. Ella pasó una mano mecánica a través de las distintas proyecciones, separándolos como humo y descargándolos instantáneamente.

Encerrado en el cuerpo-caparazón de un Thallax Lorica, todo lo que quedaba de Etana Kalonice era su cráneo y la columna vertebral, fundida en el cuerpo mecanizado de construcción meticulosa. Con las piernas pistón de articulación inversa y uniones mecánicas sibilantes, ella era un robot en todo menos en la conciencia.

Placas contorneadas de armadura blanco porcelana encerraban su materia orgánica, y la unidad de impulso mental cableada a su cerebro con sondas finas como pelos le permitían interactuar con los mecanismos diabólicamente complejos de Paragon de Terra sin un ataúd lleno de gel. Que un cuerpo estuviese tan unido a una máquina era exquisita agonía, pero Kalonice preferiría enfrentarse a una vida de dolor que a la sepultura permanente.

<Señor Sular> -dijo. < ¿Evaluación? >

Resonadores algorítmicos tradujeron la actividad sináptica en sonidos y permitieron que la voz de Kalonice sonase casi humana. Eso casi le llevó al borde de dolor, pero no del todo.

Una ráfaga de imágenes topográficas floreció en las estaciones de sus altos moderati. Los mapas, vectores de amenazas, pronósticos de combate. Los objetivos preferidos de Paragon de Terra atrajeron su atención, pero Sular los suprimió en favor de responder a sus princeps.

-El Señor de la Guerra ha subestimado fatalmente la resistencia a la que se enfrentaría, señora -dijo Sular, un torso con brazos mecanizados fusionados con el calculador lógico de batalla. -La línea imperial se ha derrumbado en varios lugares, pero no lo suficiente para un gran avance. Una buena defensa en profundidad y numerosos salientes flanqueándoles han permitido que las fuerzas de reserva del general Kourion se enfrenten a cada avance y contenerlo.

<Excepto éste> -dijo Kalonice.

-Con respecto al general Kourion, la destrucción del Monte Puño de Hierro era impensable.

<El Señor de la Guerra lo pensó> -dijo, sintiendo la punzada de deseo del Imperator de venganza a través de su columna vertebral como un vástago.

La fortaleza de la Legio Crucius era historia, reducida a una ruina volcánica en plena ebullición por la furia orbital. Toda su historia, todas sus conexiones con su legios hermanas ido. De un solo golpe, el Señor de la Guerra había traído a la Legio Crucius al borde de la extinción.

-Y vamos a hacerles pagar por eso -dijo Carthal Ashur, paseando por la cubierta como un hombre en un escenario lleno de gente con ningún papel que desempeñar.

<Lo haremos, señor Ashur, pero por favor, siéntese. Me está distrayendo, y no necesito distracciones ahora.>

-Mis disculpas señora -dijo Ashur, obligándose a sentarse en el banco de un suplicante vacante.

Conoció a Carthal Ashur hace muchos años, incluso una vez se acostó con él cuando todavía había suficiente de ella para hacer tal perspectiva sostenible. Fue una decepción, pero su talento con las palabras y los mortales le había convencido para mantenerle a su alrededor como Calator Martialis.

-Objetivos múltiples entrantes -informó el Moderati Sular. -Dos docenas de carros de combate. Seis superpesados. Apoyo de la infantería, equivalente a un batallón.

-¿Algún asesino de titanes? -preguntó Ashur.

Kalonice podía saborear su sudor entre los aceites perfumados del puente, una mezcla de impaciencia y falta de familiaridad. Había sido parte de Legio Crucius durante décadas, pero esta era sólo su tercera vez a bordo de un titán de batalla. Su primera batalla.

Moderati Sular miró a Kalonice, y ella asintió con la aprobación para que contestase a la pregunta de Ashur.

-Shadowswords, sí -dijo Sular, barriendo a los datos a través de la strategium. -Algunos elementos traidores del Mechanicum también. Destacando.

La zona alrededor del Imperator estaba rodeada por cascadas de binario, iluminando tanto a fuerzas amigas como enemigas. Tanques, infantería, Caballeros, artillería.

Sobre cada uno de los iconos de enemigos ya tenían una solución de disparo trazada, con los elementos Mechanicum y superpesados en prioridad.

Paragon de Terra se estaba anticipando a ella, y Kalonice le dejó.

Diez Shadowswords con cañones volcán. Ingenios de batalla del Mechanicum no identificados ; una mezcla de Ordinatus y titán, cada uno armado con armas capaces de causar un gran daño en ella.

Si pudieran ser emplazados.

<Preparad el Hellstorm> -ordenó ella. < ¿Magos Surann? ¿Cuánto tiempo hasta que el aniquilador está listo? >

-Información - cinco segundos -respondió el Magos Surann desde la galería levantada detrás de ella, donde los adeptos del Mechanicum conectados se sentaron en filas como un coro binario.

<Perfecto> -dijo Kalonice, agrupando un puño a su lado cuando los iconos de preparación brillaron desde los múltiples sistemas de armas en lo alto de las almenas en los hombros del titán. Su cuerpo Thallax era flexible y ágil, pero el peso sensorial del Imperator era inmenso. En momentos como este, podría aceptar algunos de los beneficios de yacer sin peso dentro de geles amnióticos.

Sintió espinas apuñalándole por todo su cuerpo. Sus escudos vacíos estaban recibiendo impactos, Deshilvanados y descoordinados, pero golpeando no obstante. La infantería se acercó tenía armas pesadas. Nada individual capaz de hacerle daño o derribar un escudo vacío, pero irritante no obstante.

Los Shadowswords disparaban, lanzas brillantes de sus cañones volcán que hacían estallar los escudos y sobrecargar los pilones.

-Los escudos están recibiendo -dijo Ashur, como si ella no lo supiera.

<Dije sin distracciones> -dijo Kalonice, emitiendo una orden de combate a cada sistema de arma. <Abran fuego.>

Kalonice dejó que cada uno de sus sistemas de armas actuase por su cuenta, permitiendo que los moderati y técnicos causaran su propia destrucción. Todos ellos merecen una parte de los despojos de la venganza. El retroceso de los tantos sistemas vasta armas fue compensado por múltiples redes suspensoras y compensadores

neumáticos, pero con todo sacudió el puente de mando con la mera fuerza de tantas descargas.

Los iconos enemigos desaparecieron del colector, docenas al mismo tiempo.

Pero mantuvo el aniquilador de plasma por sí misma, enfocándose en un ingenio imponente de bronce y latón trabajado con cráneos y tambaleándose hacia ella en ruedas con pinchos. Un ingenio del Mechanicum dañado, un recordatorio de odio de la traición dentro de su propio orden.

Kalonice introdujo la potencia del núcleo del reactor de ebullición en su corazón. El calor era inmenso, y ella sacó y sacó del pozo de fuego de plasma hasta que la agonía en su puño derecho fue casi demasiada para soportarla.

<Eres mío> -dijo, pero incluso cuando el resonador algorítmico formó las palabras, Kalonice sintió un frío y helado cuchillo en su espalda. Ilusorio, pero no menos doloroso por ello.

El dolor rompió el dominio sobre el plasma furioso encerrado en el puño y el brazo se desvaneció en una supernova furiosa de fuego blanco que sacudió al Imperator de sus talones. Kalonice gritó, pues los resonadores no tuvieron problema expresando las profundidades de su agonía.

Su cuerpo Thallax cayó en la cubierta, con bio-retroalimentación bañando su columna vertebral y envolviéndola de señales de dolor. El dolor era insoportable, devorador. Kalonice luchó para cerrarse a sí misma a las sensaciones, pero el dolo de Paragon de Terra era el suyo ahora. El reactor en su corazón se convulsionó. El blindaje fue penetrado, ventilando emisiones atómicas de forma explosiva desde los cuartos traseros del titán.

Las alarmas sonaron. Cuernos binarios gritaban su agonías en el puente de mando. Las estaciones de control de daños fueron sobrecargadas y la luz roja de la ira se convirtió en una luz de dolor indescriptible. Kalonice luchó para aguantar, para no dejar que la pérdida de su brazo rompiese su conexión con el colector. Oyó al espíritu-máquina del titán aullar, una vocalización animal de dolor imposible.

-¡Etana! -gritó una voz. Una voz carnal. Conocida.

< ¿Carthal? > -jadeó.

-Soy yo –dijo él, colocándola en pie. Ella miró su brazo derecho, esperando ver un lío mutilado, fundido. Pero, por supuesto, no sufrió daños. Paragon de Terra soportó el dolor, pero ella lo sintió. ¡Oh, cómo lo sintió ella!

< ¿Que pasó? >

-Ellos nos golpearon -dijo Ashur. -Los hijos de puta nos golpean duro.

< ¿Cómo? > -dijo, descargando gradualmente fragmentos irregulares de datos. <Todavía tenemos los escudos alzados.>

-Llegó desde el interior de los escudos -dijo Ashur, estremeciéndose cuando el Imperator se sacudió con la fuerza de los impactos.

Kalonice sintió los impactos. Cuchillas devastando, apuñalando, se hundieron en su cuerpo-máquina.

-¡Es la Casa Devine! -dijo Ashur.

<¿La Casa Devine? Aclárate.>

-Los hijos de puta nos han traicionado -silbó Ashur.

El dragón estaba gritando. Sangraba humo y luz de sus heridas, y el Señor de la Tormenta se acercó para la matanza. Estrelló su lanza en los flancos de la bestia, oyendo sus costillas astillarse y el siseo de la carne rebanada. Su otro brazo era un látigo crepitante, inútil contra una bestia imponente, pero letal contra las pequeñas cosas que se derramaban de sus piernas.

La rodeó de nuevo, alanceando mientras una tormenta de espinas malditas surgieron del caparazón de la bestia. Un caballero cayó, atravesado por una de esas púas y se deshizo en una explosión de sangre y carne de caballo.

La bestia imponente se tambaleó. Su repentino ataque le había cogido con la guardia baja y casi lo puso de rodillas. Pero él no había pensado humillarle con un ataque. Estaba reaccionando a ellos, pero el Señor de la Tormenta no se había ganado ese nombre sin una buena razón.

Vadeó por las piernas de la bestia tratando de aplastarle. El impacto estruendoso hizo temblar el suelo en kilómetros al la redonda. Su caballo se encabritó en pánico, pero le reprimió con su fuerza de voluntad.

Sus caballeros la rodearon una y otra vez, alejándose y acercándose rítmicamente para introducir sus lanzas y realizar cortes punzantes con sus segadores. Le estaban dañando, pero era demasiado grande como para ser derribada por tales heridas.

Miró hacia arriba y vio el corazón herido de la bestia, un brillo pulsante de luz donde estaba la fuente de su poder. Escamas gruesas de armadura draconiana protegían su corazón de un ataque frontal, pero por detrás...

Desde detrás era vulnerable. Aún más ahora. El primer ataque del Señor de la Tormenta había herido la bestia y expuesto su mayor debilidad.

-¡Guerreros de Molech! -gritó el Señor de la Tormenta. -Ninguna lanza puede perforar la armadura de esta bestia. Debemos ser como uno en nuestro ardor, uno en nuestro ataque a su corazón.

Un soplo de fuego incineró a otro de sus vajras. Si el golpe mortal no era asestado pronto, la bestia les abrumaría. Su corazón herido ya se estaba alejando.

-¡Vuestras lanzas! -gritó el Señor de la Tormenta. -¡Unidlas con la mía!

Sus caballeros formaron a su alrededor mientras cabalgaban a toda la velocidad posible persiguiendo el corazón herido del dragón. Sangraba luz y vapor, exhalaciones de un monstruo que el mundo necesitaba inmolado.

El Señor de la Tormenta rio al sentir la fuerza de sus caballeros llenarle. Sus lanzas eran ahora la suya. Lo apuñaló, lo apuñalaron. Lo que él mataba, ellos iban a matarlo.

Las criaturas de la bestia todavía brotaban de sus piernas gigantescas. Las hormigas y las bacterias se desprendían de una criatura desesperada que sabía que su final estaba cerca, pero aun aferrándose a la vida. Cientos de ellos, tal vez miles. Los vajras lucharon y los mataron solo con sus espadas de batalla, porque sus lanzas ahora estaban bajo sus órdenes.

Su armadura se estremeció con el impacto, pues el brazo del escudo era tan fuerte como su brazo de lanza. Sintió el calor de las lanzas siamesas en los dedos, la potencia de un arma a punto de liberarse.

El dragón sabía lo que estaba haciendo.

Sabía que tenía el poder de matarlo.

Él era demasiado rápido para él, la ligereza de su caballo más que un rival para su poder engorroso. No importa lo rápido que trató de moverse, él sería más rápido. Escupió una bocanada de fuego a la tierra, incinerando a una gran cantidad de sus propios defensores en su desesperación. El Señor de la Tormenta sintió a cada uno de los vajras que murió, y gritó cuando sintió la furia justiciera del caballero llenarle.

Los espíritus de los muertos fluyeron hacia él, llenando el cráneo con sus gritos de muerte. Cualquier otro hombre habría enloquecido ahora, pero era el Señor de la Tormenta. Era el héroe, el salvador de Molech y él terminaría con esta bestia.

Y entonces lo vio expuesta, la debilidad de la bestia.

El Señor de la Tormenta metió su lanza profundamente en el corazón expuesto de su presa.

Y donde apuñaló, también lo hicieron sus guerreros.

Lo que quedaba de las fuerzas de la XIII Legión siguió rutas de evacuación anticipadas hacia el Untar Mesas. Tres Rhinos casi carentes del azul cobalto de Ultramar quedaron después de los bombardeos devastadores de fuego de plasma.

Apenas un puñado había sobrevivido a la masacre. Los Hijos de Horus tenían el flanco izquierdo, y se vertían en servoarmaduras pesadas. Unidades de artillería del Ejército se apresuran a ocupar el terreno elevado y más ingenios de la Interfector presionaban para completar el colapso del flanco.

La pantalla ante Arcadon Kyro completó su barrido de auspex, pero no encontró nada. No hubo localizadores de servoarmaduras Ultramarines que no estuvieran ya a bordo de los Rhinos en retirada.

-¿Hay alguno más? -preguntó Castor Alcade, y la esperanza desesperada Kyro oyó fue un látigo a un ya ensangrentada espalda.

-No, señor -respondió, con la voz tensa y ronca. Un soplo de aire sobrecalentado se introdujo en sus pulmones. Si sobrevivía esta batalla, necesitarían ser reemplazados. -Esto es todo.

-¡Tres malditos escuadrones! -silbó Alcade, golpeando el puño contra el interior del Rhino. -¿Cómo puede ser que quedemos tan pocos?

-Fuimos golpeados por los Titanes -dijo Kyro. –Somos la decimotercera legión, pero aun no podemos disfrutar de ese tipo de poder de fuego.

-Sigue buscando -insistió Alcade.

-Si alguien estuviera ahí fuera ya lo sabría -dijo Kyro.

-Sigue buscando, maldita sea. Quiero que encuentras más de mis hombres.

-Señor, no queda nadie -dijo Kyro. -Sólo nosotros.

Alcade se hundió y Kyro odió tener que ser el portador de otro giro del destino que vería a su legado humillado aún más.

Había perdido su casco en los combates, y su servoarmadura estaba totalmente ennegrecida por un lavado de plasma que le había atrapado. Había sufrido quemaduras en la mayor parte de su carne expuesta, y podía sentir la tensión de heridas que nunca se curarían.

Vientos calientes enraban en el Rhino a través de una herida abierta en el glacis. Prácticamente toda la sección frontal había sido eliminado en una explosión, la salida del habitáculo del conductor expuesto. En lugar de ver el campo de batalla a través de pict-feeds externos o un bloque de visión esbelta, Kyro tenía un agujero lo suficientemente grande para dos legionarios boquiabierto a subir a través tanto de unos a otros.

-¿Alguna palabra de Salicar? -preguntó Alcade. -Debemos conectar con los Ángeles Sangrientos, unir nuestros recursos.

Kyro no respondió, su atención atrapada por la visión espantosa al otro lado del campo de batalla. Incluso el humo de la batalla no podía ocultar el horror de lo que estaba viendo.

-¿En el nombre de Guilliman qué está pasando allí? -dijo Alcade.

Kyro negó con la cabeza. Lo que parecía era imposible.

Los Caballeros de la Casa Devine atacaban a Paragon de Terra. Algo ya le había herido. Le faltaba un brazo le faltaba, y se tambaleaba con chillidos agónicos de retroalimentación. Sangraba neblinas corrosivas y fuego. Había sido herido gravemente.

Los cañones de batalla de los Caballeros lanzaron puñetazos en sus piernas. Sus segadores cortaban a los Skitarii y tropas del Ejército estacionados en los bastiones de sus piernas por cientos. Se lanzaron a disparar lanzas térmicas en sus secciones superiores, despojando al titán de su armadura trasera como papel de aluminio.

-¿Qué se creen que están haciendo? -exigió Alcade.

-Son traidores -silbó Kyro, dispuesto a no creer, a pesar de la evidencia de sus propios ojos. -¡Raeven Devine ha estado con Horus todo este tiempo!

-Entonces su vida es mía -dijo Alcade.

Kyro ignoró las ínfulas del legado, y fijó su atención en el Caballero en vanguardia. Una máquina de oro rojo con una bandera de oro que fluía de su caparazón y un látigo de energía crepitante azotando a su lado. Era conocido como Banelash.

Se detuvo de golpe detrás del Imperator y preparó sus piernas.

-Ellos no pueden hacerle daño ¿Verdad? -dijo Alcade. -Son demasiado pequeños, sin duda. Un Imperator es demasiado grande para…

El Caballero de Raeven Devine desató una corriente de fuego al rojo vivo desde la lanza térmica. Y por un segundo fugaz, Arcadon Kyro creyó que su legado podría tener razón.

Entonces esa esperanza se desvaneció cuando todos los Caballeros de la Casa Devine combinaron su fuego en un rayo incandescente de luz aniquiladora.

Aprovechando el horrible efecto combinado, la lanza atravesó la armadura debilitada de Paragon de Terra.

Los sentidos de Kyro se agudizaron. Vio en los espectros más allá de los de los mortales no aumentados, y supo de inmediato que el Imperator estaba condenado. Leyó el colapso del gran reactor en el corazón de Paragon de Terra tan claro como la pantalla delante de él. La temperatura en rápido ascenso, junto con gotas de fuego radiactivo escupidas por toda la superestructura del titán contó un cuento en cascada de la muerte del Imperator.

Los Caballeros también lo sabían y ya estaban huyendo de su presa. Banelash llevó a los Caballeros de la Casa Devine hacia la retaguardia del ejército imperial, corriendo por sus vidas.

Paragon de Terra quedó inmóvil, y Kyro lloró al ver tan magnífico icono de la maestría tecnológica de la humanidad caer.

-Vamos, vamos -dijo entre dientes, esperando que los adeptos de Mechanicum y sus sirvientes para refrigerasen el reactor, expulsar lo que pudieran y salvar al resto, a pesar de que ya sabía que era demasiado tarde.

El auspex térmica explotó en una nube de chispas.

Kyro se dio la vuelta y sus auto-sentidos se atenuaron en respuesta.

-No lo miréis -advirtió.

Castor Alcade estuvo más o menos en lo correcto cuando conjeturó que los Caballeros eran demasiado insignificantes como para hacer algo más que incomodar a un Imperator. Su fuego misteriosamente concentrado causó reacción en cadena en los reactores dentro de las cubiertas de ingeniería, pero incluso ese daño podría haber sido contenido.

Cuando los adeptos a bordo de Paragon de Terra iniciaron protocolos de control de daños para evitar un fallo catastrófico del reactor fueron traicionados desde adentro así como desde fuera. Muchos de los sacristanes que habían sido forzados a ser empleados dentro de los espacios del reactor eran los que pertenecían a las Casas.

Y por cierto margen considerable, la mayoría de estos hombres provinieron de la Casa Devine.

Sabotearon en silencio los sistemas de ventilación, desactivaron los mecanismos de refrigeración y, al final, asesinaron brutalmente a los adeptos de alto nivel, haciendo que el fallo apocalíptico del reactor fuese inevitable.

El reactor de un titán era una estrella enjaulada.

No domesticado, eso nunca.

Y el reactor en el corazón de un Imperator era de un orden de magnitud mayor que todos los demás.

La detonación vaporizó la totalidad de Paragon de Terra en un abrir y cerrar de ojos y una erupción hirviente de plasma explotó en una nube expansiva de calor blanco.

El flash cegó a todos los que la miraron, fundiendo los ojos dentro de sus cráneos. Todo lo que había en un radio de 1.500 metros del Imperator simplemente desapareció, convertido en cenizas o reducido a metal fundido en un abrir y cerrar de ojos.

Las temperaturas y presiones de pesadilla en el punto de la detonación volvieron la tierra vidrio y lanzó residuos gaseosos calientes desde el centro de la explosión a velocidades feroces. Contenido dentro de un denso frente hidrodinámico, la explosión fue un pistón comprimiendo todo el aire a su alrededor y luego desatándose. Una onda de choque en expansión hemisférica corrió tras la rugiente bola de fuego plasmática, pero rápidamente eclipsada su furia ardiente.

El exceso de presión en la zona cero era enorme, excavando un profundo cráter en la superficie de Molech y lanzando incluso a la más grande de la máquinas de guerra por el aire como granos de trigo soplado desde la palma de un agricultor.

En el primer instante de la detonación, el número de muertos en ambos lados estaba en las decenas de miles. Este se elevó exponencialmente en los siguientes segundos. Los simples mortales dentro de los cuatro kilómetros de la explosión murieron casi instantáneamente, despulpado por el exceso de presión mientras rodaban hacia el exterior.

Más allá, los soldados en coberturas o dentro de fortines reforzados sobrevivieron unos segundos más hasta que las ondas de choque atronadoras los aplastaron. Cada sistema de puntos de apoyo y zanjas se derrumbó, y sólo los muy afortunados o fuertemente blindados sobrevivieron a esta etapa de la explosión.

Hacia los flancos, la fuerza sísmica derribó a los soldados y detuvo el combate cuando la enormidad de lo que acababa de suceder dio en el blanco.

Una nube de humo plasmático con forma de hongo se elevó en el cielo, alcanzando hasta una altura de trece kilómetros, rodeado de coronas de fuego azul caliente siempre en expansión. Vientos abrasadores rugieron a través de las llanuras agrarias al norte de Lupercalia, abrasando la vegetación y la vida.

Los que sobrevivieron tendrían quemaduras por plasma que podrían competir con cualquier marca en otros mundos desgarrados por la guerra. El centro de la línea Imperial se desvaneció, pero miles de soldados y vehículos blindados permanecieron para luchar.

La destrucción de Paragon de Terra fue sólo el principio del fin para Moloc.

Al norte y al sur, más allá de la extensión más larga de la onda expansiva, las nubes de polvo se movían el horizonte cuando nuevas fuerzas se sintieron atraídas por el vórtice de la batalla.

Castor Alcade se agarró al flanco maltrecho de su Rhino, incrédulo ante la visión de la destrucción de un Imperator en guerra. El campo de batalla era un caos, con hombres y mujeres arrastrándose de los escombros y tratando de dar sentido a lo que acababa de suceder.

Prácticamente todo la concentración de ingenios de guerra imperiales luchaba a la sombra de Paragon de Terra, y ahora eran poco más que ruinas humeantes, quedando apenas los suficientes para identificar cuáles eran.

-Se acabó -dijo Didacus Theron, bajando de su Rhino.

-No -dijo Alcade, señalando donde secciones de mando dispersas luchaban por imponer un poco de orden en lo que quedaba de sus fuerzas. -Marchamos por Molech.

-Pero nosotros no tenemos que morir por ella -dijo Theron.

-Contén tu maldita lengua -dijo Kyro.

-Y recuerde su lugar –rompió Theron, colocándose al lado de Alcade. -Legado, no tenemos que morir aquí, no cuando Ultramar está en guerra y el Hijo Vengador nos necesita a su lado.

Alcade no dijo nada, por una vez en su vida perdido y sin saber qué hacer. Los Teóricos lo eran todo pero ¿Qué hacer cuando todo teórico terminaba en prácticos de muerte?

En medio del páramo barrido por voraces incendios avanzando, Alcade vio que el enemigo no se había librado del horror de la explosión. Sus números estaban tan devastados como los suyos. Sólo los titanes enemigos habían sobrevivido a la explosión intactos, aunque incluso ellos habían sufrido daños atroces.

Acechaban como sombras a través de la pared de polvo y humo arrojado por la explosión. Asesinos gigantes con nada que se les oponga. Incluso si los comandantes imperiales pudieran reunir sus tropas, ¿Qué armas les quedaban que pudieran luchar contra los ingenios de guerra traidores?

-Tenemos que volver a la Lupercalia -dijo Theron.

-Y entonces, ¿Qué? -exigió Kyro.

-Salimos de Molech -dijo Theron.

-¿Cómo? No tenemos ninguna nave.

-Pues tomamos una del enemigo por la fuerza -dijo Theron. -Buscaremos una nave aislada y la asaltaremos. Luego nos retiraremos del sistema y volveremos a los Quinientos Mundos.

-Ya censuraste a una docena de legionarios que se atrevieron a expresar ese sentimiento, Theron -dijo Kyro. -Veo un par de cascos rojos lamentables entre nuestros supervivientes.

-Eso fue antes de que la guerra terminara de un solo golpe -respondió Theron, volviendo su atención a Alcade. -Señor, no podemos quedarnos aquí. Morir en

Molech no logrará nada. No hay práctica para ello. Tenemos que ir a casa y luchar en una batalla que realmente podemos ganar.

-Tenemos el deber de Molech, Theron -dijo Kyro. -Juramos su defensa, obligados por la palabra del Emperador.

Castor Alcade dejó que las palabras de sus subordinados le resbalasen, sabiendo que ambos tenían razón, y ambos estaban totalmente equivocados. Se pasó una mano por la cara, limpiando la arena y la sangre de la batalla. Él parpadeó ante otro punto negro en contra de su nombre, un nuevo fracaso para agregar a la cuenta de cuasi accidentes y los perdedores.

-Señor, ¿Cuáles son sus órdenes? -preguntó Kyro.

Alcade se dio la vuelta y puso un pie en el estribo del Rhino quemado, evitando una última mirada al infierno desatado a continuación. En el horizonte yacían las nubes de polvo inequívocas del avance de vehículos. Un montón de vehículos.

-Iremos a Lupercalia -dijo Castor Alcade.

-Señor… -comenzó Kyro, pero Alcade levantó la mano.

-Esa es mi orden -dijo Alcade. –A Lupercalia.

Tiana Kourion se arrastró de entre los escombros de su Martillo de Tormenta, medio ciega y carbonizada. Su vestido verde ahora era negro como el aceite y rígido con la sangre palpitando de manera constante de su estómago. Tenía parte de las costillas rotas, y dudaba de que su pierna izquierda pudiera volver a soportar su peso de nuevo. Su mano derecha era un desastre fusionado de tocones ennegrecidos. No le dolía aún. Dolería más tarde, asumiendo que ella viviera lo suficiente como para que hubiera un después.

El superpesado yacía de costado, medio ennegrecido y plegado sobre sí mismo como un modelo Plastek dejado demasiado cerca del fuego. El caucho de sus articulaciones y cúpulas se fundió como la cera y vio que los restos óseos de su tripulación fueron arrojados por la explosión.

No sabía dónde estaba.

Sus oídos zumbaban por la detonación y conmoción cerebral. Líquido pegajoso goteaba de cada uno. Ella podía oír, pero todo estaba atenuado y suave, como si estuviera debajo del agua. El polvo le estorbaba los ojos, pero ella vio destellos de la pesadilla a través de nubes de humo levantándose, como pícaros que le mostraban lo suficiente para no atormentarla con demasiadas escenas de horror en un tiempo demasiado corto.

Oyó gritos de soldados heridos. Municiones detonando. Los tanques de combustible en llamas y pisadas sordas que sólo podían ser de máquinas de guerra enemigas a la caza. Soldados ensangrentados veces vagaban a través de su campo de visión borroso. Hombres y mujeres con extremidades cercenadas y destrozadas, miradas acristaladas en sus rostros. Algunos volvieron la vista a ella, pero si reconocieron a su oficial al mando no dieron señales.

Su ejército era historia. Destruido en un latido del corazón traidor Devine.

Había oído los últimos retazos de vox de Paragon de Terra, pero no las había entendido hasta que ella giró el Martillo de Tormenta para encararlo al Imperator. Sólo se apartó de la pantalla cuando se produjo la explosión.

¿Hace cuánto fue eso? No mucho seguramente.

Su tanque no estaba cerca de donde se había atrincherado; fue golpeado con fuerza a cientos de metros por la fuerza de la explosión. Debería estar muerta, y no le gustó pensar lo que tan horrible fuerza ejerció en el casco del Martillo de Tormenta. El impacto del aterrizaje había aplastado a casi todo el mundo en su tanque salvo ella.

Justo ahora, se sentía como si hubiera conseguido un trato injusto.

Kourion se apoyó contra la cara inferior del Martillo de Tormenta. La sangre se acumuló en su regazo. Reconocía una herida mortal cuando la veía. Buscó su pistola con la mano izquierda. Nunca se había tomado la molestia de adquirir un arma ornamentada, y no tenía recuerdos de familia, como algunos de los más allegados a los comandantes de regimiento. Esta era sólo una pistola láser estándar, modelo Marte. Con carga completa, de agarre y cañón de hierro texturados. Funcional, pero sin adornos.

Igual que ella.

Tendría que hacerlo. Era la única arma que le quedaba, y había leído en alguna parte que era bueno que un soldado muriera sosteniendo un arma.

Una sombra se movió delante de ella. Algo con la masa y fluidez de un ser vivo. Algo que no debería estar aquí. Un enorme monstruo cubierto de escamas de pelaje gris pasó junto a ella, sus brazos y hombros enhebrados con musculatura inhumana.

Ella luchó por recordar el nombre local de la bestia.

Mallahgra. Sí, ese era.

¿Qué demonios hacía un mallahgra tan al norte? ¿No estaban todos confinados en las montañas y selvas? Entonces vio que no estaba solo. Decenas de animales idénticos se arrasaron entre los supervivientes ensangrentados de su ejército, apabullantes y dándose un festín. Su velocidad era prodigiosa y barrieron a los soldados heridos con brazos con garras y los trocearon antes de metérselos en bocas amoladoras de carne.

Depredadores felinos gigantes del tamaño de monturas de caballería se delimitaron a través del campo de batalla. Cuerpos uniformados colgaban lacios en sus mandíbulas. Las manadas luchaban por despojos de carne como si tuvieran hambre. Bandadas de criaturas similares a las aves con cuellos largos se precipitaron sobre el campo de batalla. Sus mandíbulas arrebatados huyendo soldados y les mordían a la mitad. Hace sólo unas horas, esta había sido el gran ejército de Kourion. El ruido de las bestias retrocedió, sustituido con el estruendo de los motores y el vagabundeo de pisadas pesadas.

Formas se movieron entre el humo y el polvo, humanoides, pero más voluminosos y altos que incluso el migou inhumano. Blindadas en placas de marfil ensuciado, se abrieron paso entre la niebla como nacidos para ello, dirigidos por un gigante con harapos y armadura que llevaba una cuchilla segadora imponente.

Y marchando hacia él, con los brazos abiertos, un guerrero de igual estatura, envuelto en sombras, pero sobre cuyo pecho ardía un ojo de color ámbar. Ni siquiera se había dignado a empuñar la gran maza colgada sobre los hombros.

Palabras pasaron entre los gigantes, palabras de una batalla ganada y un mundo conquistado. La sangre seguía escapando de Kourion, y ella luchó para oír lo que decían los gigantes, sabiendo que hablaban. Ella debía despreciar a estos traidores,

estos seres divinos que habían a sacrificado su ejército, pero odiaba sólo sentir temor.

Su visión comenzó a desvanecerse.

Lunares de gris crecieron en su visión periférica.

El Señor de la Guerra tomó la mano de Mortarion a la manera antigua, muñeca a muñeca. Un gesto que en una época anterior había nacido de la desconfianza, pero que ahora se conocía como el agarre de guerreros honorables.

-Deja que tus planes sean oscuros e impenetrables como la noche, hermano -dijo Mortarion, -y cuando te muevas, cae como un rayo.

Horus miró a la devastación a su alrededor, los cadáveres, las máquinas de guerra en ruinas y los monstruos bramando. Sonrió.

-En la guerra, matarán a algunos de nosotros -dijo Horus. -Pero nosotros destruiremos a todos ellos.

Lo último que vio Tyana Kourion fue a los dos primarcas reunirse en un estruendo de placas, abrazados como hermanos queridos.

Abrazándose en la victoria.

VEINTIUNO
Esperanza de morir
El hombre a tu lado
Legado de Cortez

Las calles de Lupercalia estaban llenas de personas que acudían a las plataformas de tránsito. Alivia los observaba a través de los bloques de visión del Galeno a medida que retumbó hacia la parte alta del valle. Hombres, mujeres y niños llevaban todo lo que podían en sus espaldas o en vehículos terrestres sobrecargados.

Cerca de la parte superior del valle vio rastros de vapor de lanzaderas, recreativas y barcazas de suministro que luchaban para levantar el vuelo.

-¿Qué ves? -preguntó Jeph desde más atrás en el Galeno.

-Veo un montón de rostros asustados -respondió ella.

Alivia sabía que tenían razón para tener miedo.

Ninguno que permaneciese tenía más de una entre cien de salir de este mundo. Y a pesar de todo el miedo vio la multitud empujando cuesta arriba, permitiendo incluso pasar al Galeno. Algunos que profesaban un profundo respeto por el símbolo Medicae se salieron del camino, y Alivia odiaba el hecho de que ella consideraba su necesidad mayor que la de ellos.

Después de todo, ¿Quién era ella para juzgar quién debía largarse de Molech y quién debía quedarse atrás? Y por un breve momento se resintió por el que la había puesto aquí y le encomendó mantener vigilancia sobre su secreto.

Miró hacia abajo el final del vehículo medicae, donde Jeph, Vivyen y Miska se sentaban con Noama Calver y Kjell. Cinco personas que necesitaba que escapasen de este mundo. Cinco personas cuya huida negarían a otros cinco una oportunidad de vida. Era una solución de compromiso que Alivia estaba más que dispuesta a hacer.

Pero eso no hizo que se sintiera más fácil en su corazón.

El vox crujió, repitiendo el mismo mensaje que había estado transmitiendo durante las dos últimas horas. El que hablaba era conciso, directo y elocuente como sólo podían ser los militares de carrera.

Ella había sospechado una trampa, por supuesto. Falsa esperanza colgada por el bien del pesar o alguna otra razón maliciosa, pero al escuchar el mensaje, oyó el brillo de la verdad sin adornos.

Había una forma de salir de Molech.

Una nave imperial había sobrevivido a la guerra y encontrado refugio en el cinturón de asteroides. Reparado y rearmado, su capitán había traído su nave en un acto de valor supremo.

Ilustración de Molech estaba dispuesta a evacuar a los refugiados y supervivientes de la invasión del Señor de la Guerra. La ventana de oportunidad era estrecha y acortándose por momentos. Las nave enemigos incluso ahora estarían alimentando sus reactores para dejar la órbita e interceptarlo.

Si Ilustración de Molech no se alejaba pronto, nunca lo haría.

-Llegando a las Plataformas de Barlovento -dijo Anson desde el compartimiento del conductor. Alivia escuchó la ansiedad en su voz. Él no quería nada más que detener el Galeno e ir a buscar a su chica, pero Alivia no tenía tiempo para disculparle.

El ejército del Señor de la Guerra no tardaría en llegar y ya estaba arriesgando demasiado al venir aquí en primer lugar. Pero aunque la misión estuviera condenada, ella no iba a permitir que sus hijos murieran en Molech.

Ella sonrió. Sus hijos.

-No te preocupes, Anson -dijo Alivia, nublando sus ansiedades e impartiendo una sensación de bienestar a él. -Estoy seguro de que Fiaa te espera. Ella no se iría sin ti.

-No, ella no -dijo Anson, sonando aliviado.

Ella justificó la mentira diciéndose a sí misma que lo mantendría con vida.

El Galeno se detuvo a un alto y Alivia bajó la puerta lateral del vehículo. El olor de la ciudad le alcanzó primero, especias calientes y el humo metálico que provenía de los incendios bajo del Monte Torger.

Eso y el olor de las miles de personas que gritaban atestando las puertas a las plataformas de aterrizaje. El estado de ánimo era feo y unidades de la Guardia del Amanecer estaban haciendo todo lo posible para mantener un motín sin estallar. La mezcla de emociones era potente. Alivia hizo lo posible para excluirlas, pero no había mucho que pudiera hacer.

Ella ahogó un sollozo y se recostó en el Galeno.

-Jeph, traer a las chicas -dijo ella. -Noama, Kjell, es hora de que también salgan de aquí.

Golpeó la puerta del conductor con la palma.

-Anson, sal -dijo. -También te necesito.

Jeph trepó fuera del Galeno, su boca abierta de asombro ante la escala de la ciudad a su alrededor. Noama Calver y Kjell ayudaron a las chicas a bajar y las mantuvo cerca cuando la presión de los cuerpos cercanos se cerró en ellos.

-¿Qué pasa con nosotros? -preguntó uno de los soldados heridos que hizo autostop con ellos de vuelta a Lupercalia.

-Todos vosotros os quedáis -dijo, añadiendo un impulso contundente a sus palabras. –Os necesitaré a todos. Tú, ¿Cómo te llamas?

-Valance. Cabo de los Voluntarios Arcadii.

-¿Alguna vez condujo un Galeno antes?

-No, señora, pero pasé un poco de tiempo en un Troyano -dijo Valance. -No será muy diferente.

-Bueno, ve a la cabina y mantén el motor en marcha. Cuando haya terminado aquí, vamos a tener que actuar con rapidez para llegar al Santuario. ¿Queda claro?

El hombre asintió con la cabeza y se fue hacia la cabina del conductor.

Alivia volvió hacia los demás y dijo, -Mantened la calma, y no os marchéis por cualquier cosa. Por nada, ¿Entendéis?

Ellos asintieron, y ella sintió su miedo. Ellos unieron sus manos y Alivia separó las suyas. Vivyen le tomó una mano, Miska la otro y con los adultos detrás de ella en una V estrecha, empujó a la multitud.

Las puertas de los campos de aterrizaje estaban tal vez a un centenar de metros de distancia, y con cada rugido de motores despegando el estado de ánimo de la multitud se fue agriando aún más. Ella no sabía qué criterios estaba usando la Guardia del Amanecer para decidir quién recibía pase y quién no, pero supuso que la mayoría de la gente de aquí no lo conseguiría.

Miradas hostiles y maldiciones le asaltaron mientras empujaba hacia adelante, pero todos ellos se desviaron. El esfuerzo fue agotador. Nunca había encontrado este tipo de cosas tan fácil como John le hacía parecer. Sus talentos se enfocaban en las emociones empáticas, menos evidentes, no en los medios de manipulación. Necesitó un esfuerzo real y cada toque calmante tardó más en salir que el anterior.

Pero estaba funcionando; las multitudes se movían a un lado ante ella.

Ella tenía su Serpenta Ferlach cargada y se la metió en el bolsillo interior de su abrigo si las cosas se ponían realmente feas. No quería pensar en lo que podría pasarles a las chicas si las cosas se ponían tan mal.

Las voces enfadadas procedían de las puertas. Demandas quejumbrosas, ruegos suplicantes y desesperados intentos de persuasión. La mayoría fueron cayendo en saco roto, pero el estruendo ocasional y estrépito de una poterna le dijo que por lo menos algunos estaban pasando.

Alivia abrió paso al frente. Un hombre de levita ricamente bordada se volvió a reprenderla, pero hizo a un lado con una expresión de desconcierto.

-No, después de usted, señorita -dijo.

Alivia asintió y volvió su atención a los guardias de la puerta. Tendría que trabajar rápido. El hombre a su lado podría estar acomodando lo suficiente como para dejarle pasado, pero la gente detrás de él no sería tan comprensivo.

El guardia por la puerta tenía un rifle colgado y le tendió una placa de datos y de la aguja. ¿Una lista de personal aprobado, cuotas? No importaba, era su pasaporte a las pistas de aterrizaje.

-Tenemos que pasar -dijo Alivia, utilizando una forma más contundente de la persuasión de lo que normalmente emplearía. -Estamos en la lista.

-¿Nombre?

-Alivia Sureka -dijo ella, volviéndose para empujar a los demás hacia el frente y dando la a la guardia sus nombres. Su rostro se arrugó cuando sus ojos recorrieron la pantalla. Alivia luchó para alterar los centros de percepción de su cerebro. Era del Munitorum. Falto de imaginación. Un hombre nacido para vivir por las listas.

-Mira, ahí -dijo ella, llegando hasta la puerta para poner la mano sobre su muñeca. -Estamos en esa lista.

El hombre negó con la cabeza, pero Alivia conjuró la imagen de los nombres de su familia y las de Kjell y Noama en su mente.

-Yo no estoy viendo tu... ah, espera, aquí están -dijo, asintiendo con la cabeza a la escuadra de soldados en los controles de la puerta. –Cinco entrando.

La puerta era un asunto torniquete, desbloqueado para permitir que el número necesario de personas a través de. El tipo de puerta que no podía fácilmente ser asaltada una vez que estaba abierta.

Kjell y Anson fueron primero, muy feliz en esta inesperada oportunidad de conseguir fuera de este mundo. Noama fue a seguirlos, pero Alivia la atrajo en un fuerte abrazo antes de que ella sufrió.

-Cuida de ellos por mí -susurró Alivia.

Noama asintió y dijo: -Lo habría hecho de todos modos. No tiene que hacer lo que sea que hiciste a la guardia en mí. '

-Lo siento -dijo Alivia con un rubor de culpabilidad. -Sé que lo harás.

-Ten cuidado -dijo Noama. -Y lo que sea que vas a hacer, hazlo rápido. Estas chicas te necesitan.

Alivia asintió cuando Jeph dirigió a las chicas hacia la puerta. Ella puso sus brazos alrededor de él y le dijo: -Ten cuidado, y cuida de nuestras hermosas niñas.

Él sonrió. Entonces la importancia de sus palabras lo golpeó.

-Espera, ¿Qué? ¿Te vas a quedar?

-Sí -dijo. -Tengo que…

-¿No vienes con nosotros? -dijo Vivyen, con los ojos llenos de lágrimas. Alivia se arrodilló junto a la muchacha y la tomó en sus brazos.

-Hay algo que todavía tengo que hacer aquí -dijo.

Miska puso sus brazos alrededor de ella. -Ven con nosotros, Liv. Por favor.

Alivia las abrazó fuertemente y sólo por un momento consideró pasar por la puerta. Subir a un transporte y partir con la Ilustración de Molech. ¿Quién iba a culparla? ¿Qué podía hacer contra el poderío de un ejército entero?

El momento pasó, pero la idea de no volver a ver a las chicas de nuevo era un cuchillo frío en su corazón. Las lágrimas corrían por su rostro mientras sostenía a Vivyen y Miska apretadas.

-Lo siento, pero no puedo ir con vosotras.

-¿Por qué no? -sollozó Vivyen. -Por favor, no nos dejes.

-Tenéis a vuestro padre -dijo Alivia. -Y Noama y Kjell se encargarán de vosotras. Tengo algo que tengo que hacer aquí, así que no puedo irme. Todavía no. Hice una promesa hace mucho tiempo, y no puedo romperla. Por mucho que yo quiera.

-Ven con nosotros -dijo Miska. -Por favor, te amo y no quiero que te mueras.

-No voy a morir -dijo Alivia. -Y una vez lo haga iré a por vosotros.

-¿Me lo prometes? -dijo Vivyen.

-No espero morir -dijo Alivia, sabiendo que ella nunca haría esa promesa. Ella había roto muchas promesas durante años, pero esta fue la peor.

Ella alivió los temores de las niñas con un suave empujón.

-Escuchas, tenéis que iros ahora. Hay un transporte que os va a llevar a una nave espacial, y que será la aventura más grande que habéis tenido. Y una vez que termine aquí, te veré a bordo. Compartiremos la aventura juntas, ¿No?

Ellas asintieron, y la creencia que ella vio en sus rostros casi le rompió el corazón. Alivia no quería ora cosa más que entrar en esa lanzadera con ellos, darle la espalda a Molech para siempre, pero esa promesa anterior ejercía un asidero más fuerte en ella.

Metió la mano en su chaqueta y sacó el libro de cuentos maltratado. Había estado con ella durante más tiempo de lo que podía recordar, pero no haría ningún bien a dónde iba. No le gustaba la idea de que el libro terminase sus días perdido para siempre bajo de la superficie de Molech y la puso en las manos de Vivyen.

Cerró los dedos de la muchacha alrededor de la columna vertebral del libro.

-Quiero que cuides de esto por mí, Viv -dijo Alivia. -Es un libro muy especial, y las historias que contienen te mantendrán lejos de asustarte.

Vivyen asintió y apretó el libro contra su pecho.

-¿Todo va a salir okey? -preguntó Miska.

-Sí -dijo Alivia a través de sus lágrimas. -Va a salir okey.

Aliento viejo suspiró por sus cuello, frío y fuerte a pesar del aislamiento de su servoarmadura. Loken se movía lentamente, tratando de fijarse en la espalda de la servoarmadura de Ares Voitek. Tres de servo-brazos estaban apretados, un cuarto con una auspex pasivo vigilando los espacios circundantes.

A tan alto nivel en la Espíritu Vengativo había inspectores de seguridad interna, y cada vez Voitek que levantó una palma, se detenían y Tubal Cayne desarrollaba una solución. A menudo, esto les llevaba a lugares dignos de marcado y los símbolos futharc de Bror se hicieron cada vez más elaborados en sus direcciones.

-¿Qué pasa si uno de los Hijos de Horus los ve? -preguntó Varren.

-No lo harán -dijo Bror. -Y si lo hacen, ¿Qué?

-Bueno, ¿No acabarían borrándolos?

Loken se había preguntado lo mismo, pero Bror simplemente se encogió de hombros. -Lo harán o no lo harán. No trato de preocuparme por ello.

Loken oyó un sonido, como una bofetada de palma en las tuberías. Se detuvo y se dejó caer sobre una rodilla con el puño en el aire.

-¿Qué pasa? -silbó Nohai.

-Pensé que había oído algo.

-¿Severian? ¿Alguna cosa delante?

El vox gorjeó con estática burbujeante. Había estado aumentado cuanto más cerca se acercaban a la proa de la nave. Voitek dijo que era el aumento de la densidad de espíritus máquinas, pero Loken no estaba tan seguro, a pesar de que no podría haber dicho lo que él pensó que podría ser.

-¿No crees que lo diría? -respondió Severian.

-¿Eso es un no?

-Sí, es un no. Ahora cállate y déjame trabajar.

Entraron en las galerías adelante, tomando uno de los túneles de servicio que corría a lo largo de la nave. Siguiendo el marcador Cayne hacia la proa, Loken se dio cuenta de que esta parte de la nave era una que había visto antes.

O, más exactamente, se sentía como un lugar que había visitado.

Hizo una pausa para asegurarse de que no se equivocaba.

No, este era uno de los lugares, un cuarto solitario y olvidado dentro de la superestructura en capas de la nave. Oscuro ahora como lo había sido entonces, el agua salobre era rociada de conductos atornillados al techo. Los restos de cirios quemados flotaban en charcos aceitosos.

-¿Ocurre algo? -preguntó Varren.

-No estoy seguro -respondió Loken.

Varren gruñó y siguió adelante. Loken dejó a Nohai y Tyrfingr pasarle. Rubio se detuvo a su lado.

-Me contarás si empiezas a oír cosas, ¿No?

-Por supuesto -dijo Loken.

Avanzaron y entraron, como Loken sabía que harían, en un espacio abovedado y estancado de ecos antiguos y copos de ceniza a la deriva. Barras de hierro enmarcaban los numerosos tambores de aceite interiores vacíos que se hallaban esparcidos por todo el área, derramando un manto gris sobre la cubierta.

Los exploradores so desplegaron en círculo alrededor de Severian y Cayne, quien se arrodilló en el centro del espacio, tocando suavemente sobre un mapa garabateado a toda prisa en la ceniza.

-¿Dónde estamos? -preguntó Nohai. -Esto no se parece a nada digno de marcar. Pensé que el plan era buscar los lugares de importancia.

-Este lugar es importante -dijo Loken. -Más de lo que crees.

-Es sólo una bodega -dijo Rubio, arrugando la nariz. -Apesta.

-Este es el lugar donde los conociste, ¿No es así? -preguntó Qruze.

Loken asintió.

-¿Donde conoció a quién? -preguntó Voitek.

-La Orden Silenciosa -dijo Loken.

-¿El qué?

-Una logia de guerreros -dijo Rubio, rodeando la cámara. Andamios todavía se aferraban a las paredes, nervaduras como huesos de acero. Hojas de polvo desechadas colgaban como estandartes sin pintar, como si una gran cantidad de artesanos esperasen volver en cualquier momento. -Aquí es donde empezó, la corrupción.

-No -dijo Loken. -Comenzó mucho antes de este lugar, pero aquí es donde arraigó.

-¿Era usted un miembro? -preguntó Severian.

-No. ¿Y tú?

Severian negó con la cabeza. -Después de mi tiempo. ¿Y tú, viejo?

Qruze tiró sus hombros hacia atrás, como si ofendido por la idea. -Ciertamente no lo estaba. Cuando Erebus la trajo a la Legión no sabía por qué necesitábamos una cosa así. Lo dije entonces, y lo diga ahora.

Loken se movió a través del espacio, pensando en el tiempo que había asistido a una reunión con Torgaddon a su lado.

-Vine aquí una vez -dijo Loken. -No este espacio exactamente, pero uno igual.

-Pensé que habías dicho que no eras miembro -dijo Bror.

-Y no lo era. Torgaddon me trajo aquí, pensando que tal vez quería formar parte de la orden.

-¿Por qué no lo hiciste? -preguntó Varren.

-Vine para ver qué tipo de cosas hacía la orden ha hecho -dijo Loken. -Un guerrero de mi compañía... murió. Él había sido un miembro y yo quería ver si la orden tenía algo que ver con su muerte.

-¿Tenía?

-No directamente, no, pero incluso después de que ver que se parecía a nada más que una reunión inofensiva de guerreros, sentí que había algo raro en él. No se conseguía nada bueno guardando secretos, y yo no me atreví a confiar totalmente en cualquier grupo que se envolvía en gran parte de secretos.

-Buenos instintos -dijo Rubio.

Loken asintió, pero antes de que pudiera responder, Rama Karayan cayó de los andamios que cubrían las paredes. Un astarte con servoarmadura completa era un peso considerable, pero se las arregló para aterrizar casi sin hacer ruido.

-Poneos a cubierto -dijo Karayan. -Alguien se acerca.

Venían en grupos de tres o cuatro, hombres mortales con máscaras, batas y capuchas pesadas. Loken vio cómo se reunían alrededor de lo que en un principio se supuso era un centro de conducto desaparecido. Una lona lo cubría, pero cuando los primeros intrusos en la cámara de cortaron las cuerdas y retiraron la lona, Loken vio lo equivocado que había estado.

Esto no fue un espacio de refugio, ya no por lo menos.

Buscó a tientas la palabra.

Templo. Capilla.

Un altar yacía debajo de la lona, un bloque recubierto de polvo, de arcilla ocre al horno que le pareció extrañamente familiar. Le tomó un momento recordar dónde había visto una piedra igual.

-Davin -susurró. -Ese altar de piedra viene de Davin.

Severian le miró mientras hablaba, moviendo la cabeza y colocando un dedo a los labios. Los devotos siguieron llegando, en silencio y con reverencia, hasta que el espacio se llenó con más de un centenar de cuerpos.

No pronunciaron palabras, como si estuvieran en mitad de un asunto solemne. Algunos se arrodillaron ante el altar, mientras que otros enderezaron los tambores de aceite derribados y volvieron a encender los fuegos con trapos, gavillas de papel y viales de aceites viscosos.

El combustible ardió rápidamente y el calor de las llamas pronto calentó la cámara. Las sombras se balanceaban en las paredes, cortados en rodajas por los cuerpos que se movían al ritmo de una música inaudita.

Por fin un grupo de ocho apareció, llevando a una figura parcialmente desnuda hacia el altar. Su físico era claramente transhumano, abultado con músculos y vainas de huesos sub-dérmicos. Una larga casulla de tela púrpura envolvía sus hombros y le llegaba hasta justo por debajo de su cintura.

Severian golpeó dos dedos contra los ojos y luego señaló hacia la figura desnuda con las cejas levantadas.

Loken negó con la cabeza. No, él no lo reconoció.

La cifra fue llevada al altar, donde fue atada con cadenas a la cubierta. La casulla cayó de sus hombros, y sólo entonces Loken vio el tatuaje de una Ultima en la escápula del legionario.

El guerrero era de la XIII Legión.

Loken miró a través del espacio a donde Rubio estaba escondido. Él no podía verlo, pero un movimiento apenas perceptible en la oscuridad mostró que él también había visto el tatuaje del guerrero.

-¿Por qué no lucha? -susurró Loken, y esta vez Severian respondió.

-¿Drogado tal vez? Mira sus movimientos.

Loken hizo y vio que Severian probablemente tenía razón. El guerrero tenía los rasgos holgados de un sonámbulo. Sus brazos estaban sueltos en los costados y su cabeza se hundía en su pecho.

Con el ultramarine encadenado a la cubierta, las figuras vestidas comenzaron un canto monótono de sílabas confusas, una colisión de no-sonidos que Loken automáticamente lo registró como una picazón de estática, como las picaduras de insectos.

En la cúspide del canto, otra figura entró en la cámara, ésta tan transhumana como el guerrero atado. Él también estaba vestido y encapuchado, pero Loken al instante le reconoció por su paso decidido y el sacudir hombros.

-Serghar Targost -dijo. -El maestro de la logia.

Los dedos de Loken se cerraron alrededor de la empuñadura de su espada sierra, pero Severian se agachó y apretó la mano alrededor de su empuñadura. Él negó con la cabeza.

-Tiene que morir -dijo Loken, mientras Targost recogió un puñado de cenizas de un tambor ardiente y lo apretó contra el pecho del guerrero atado.

-Ahora no -dijo Severian.

-Entonces ¿Cuándo?'

Targost levantó una espada de hoja corta de debajo de su túnica, un gladius con un pomo hemisférico. Los Hijos de Horus no eran seguidores del gladius. Demasiado corto y demasiado mecánico. Más adecuado para guerreros que luchaban como una sola entidad.

Su hoja brillaba débilmente como si bañada con polvo de carbón, y Targost la usó para cortar ranuras radiales en la carne de la cautiva. El ultramarine no gritó, ya fuera por su propia fortaleza o un estado de fuga inducido; Loken no podía asegurarlo.

-¿Cuándo? -exigió Loken. Demasiado fuerte. Las cabezas se volvieron hacia arriba, buscando en la oscuridad. Eran invisibles, pero Loken contuvo el aliento cuando el maestro de logia continuó sus mutilaciones rituales.

Los ojos de Severian ardían de ira, luego se movieron hacia el punto más alto del andamio a través de la cámara. Loken no pudo ver nada, sólo una confluencia de la viga y el techo. Un lugar donde las llamas proyectaban sombras donde no debían.

-¿Karayan?

Severian asintió. –Deja que haga el disparo.

Loken se irritó porque alguien ajeno a la XVI Legión llegara a matar Targost, pero la lógica de Severian era sólida. Soltó la empuñadura de la espada y abrió los dedos para mostrar asentimiento.

-Estate listo con esa espada -dijo Severian. -Nadie sale.

Severian miró a las sombras y golpeó un dedo contra el centro de su casco, justo entre las lentes del ojo.

Levantó tres dedos. Dos. Uno.

Un fogonazo silenciado encendió las sombras y la silueta de Rama Karayan parpadeó contra el techo. Loken se detuvo el tiempo suficiente para ver a Targost caer antes de empujarse fuera de su escondite.

Se dejó caer siete metros y aterrizó con un ruido sordo que dobló la placa de la cubierta. Su espada-sierra desenvainada rugió mientras él introducía en los cultistas. Sus dientes les mutilaron, masticando carne y hueso y túnicas con cada tala y corte hacia abajo.

Loken corrió hacia el arco de entrada a través de la cual habían entrado y se presentó como un centinela mítico que restringe el paso de un héroe. Pero no se trataban de héroes; éstos eran la escoria de la humanidad, restos y desechos arrastrados por la promesa de ganancias fáciles ofrecidas por los poderes corruptos trabajando dentro de la Legión.

No aptos para la guerra, lo único que podían hacer era cantar y orar y derramar sangre más digna a poderes extranjeros corruptores. Ellos vinieron a él en una carrera, con palas curvadas o garrotes procedentes de escombros alrededor del interior degenerado de la nave.

Dejó que vinieran y los cortó sin piedad.

Los otros exploradores cayeron en medio de los cultistas. La espada-sierra de Varren masticó un camino sangriento. Los servo-brazos de Voitek levantaron a hombres de la cubierta y los dividieron como un niño cruel con un insecto en cautividad. Tyrfingr luchó con los puños desnudos, rugiendo como si entablara peleas con compañeros de confianza.

Loken perdido la cuenta de cuántos mató.

No los suficientes, pero al final no hubo más para matar.

Estaba ensangrentado de pies a cabeza. Tras la totalidad de su furia asesina, sintió la presencia de otro en su hombro, como un maestro de esgrima guiando cada

mandoble. El sonido en su casco era ronco, haciendo eco, aunque no estaba sin aliento.

Echó a un lado los segundos de la masacre en la que había participado.

Rubio puso de pie en medio de una pila de cadáveres, los puños envueltos en fuego asesino. El hacha de Cayne chorreaba sangre derramada, y Severian limpiaba su espada de combate en la túnica de un cuerpo sin cabeza. Bror Tyrfingr escupió sangre ajena y se limpió un codo sobre la barbilla manchada.

Qruze y Cayne se acercaron con cautela a Serghar Targost, pero Loken ignoró al maestro de logia caído. En su lugar, fue a ayudar a Ares Voitek y Nohai con el ultramarine cautivo. Mientras los servo-brazos de Voitek cortaban a las cadenas que le ataban a la cubierta, Nohai se arrodilló a su lado, levantando la cabeza y apretando la mano a un lado de su cuello.

-¿Qué te han hecho a ti, amigo mío? -preguntó Rubio, quitándose su casco. La luz ya no bailaba en la matriz cristalina alrededor de su cabeza, pero el fuego en sus ojos seguía alto.

-¿Lo conoces? -dijo Loken, al ver el reconocimiento en los ojos de Rubio.

-Proximo Tarchon -dijo Rubio. -Un oficial de la Vigésimo Quinta Compañía. Marchamos con ellos en Arrigata, cuando Erikon Gaius nos lideró.

Loken recordaba es mundo lleno de sangre demasiado bien. Miró a Varren y vio que él también recordaba. Pero ahora no era el momento para lamentarse del pasado.

-¿Cómo, en el nombre del Trono, terminó aquí? -preguntó Loken.

Rubio se arrodilló junto al cautivo balanceándose y dijo: -¿Cómo cualquiera de nosotros terminamos donde estamos? ¿El azar, la mala suerte? Los Hijos de Horus debe haberlo capturado en combate.

-Así que los Ultramarines se están dejando capturar ahora, ¿Verdad? -dijo Varren, recogiendo la sangre de los dientes del hacha.

Rubio le lanzó una mirada furiosa, pero no malgastó palabras con el ex Devorador de Mundos. En lugar de ello, se volvió a Altan Nohai.

-¿Qué han hecho con él?

-No lo sé todavía -dijo Nohai, deslizando una sonda de datos en los casquillos roscados sin corazón en el cuerpo del Proximo Tarchon. -Drogas de gran alcance lo más probable, pero sabremos más pronto. No te preocupes, le recuperaremos.

La punta del dedo de Rubio siguió los cortes hechos en la carne de Tarchon, y Loken se sintió claramente incómodo ante su naturaleza exacta.

-¿Reconoces estos? -preguntó Loken.

-He visto marcas similares en culturas tribales primitivas que la XIII Legión se vio obligada a erradicar durante los primeros años de la Cruzada -dijo Rubio, con los puños apretados y su voz traicionando las profundidades de su furia. Fuego helado brillaba en la capucha, y el aliento de Loken se volvió rocío.

-¿Qué son? -preguntó.

-Precursores a una invocación.

-¿Qué significa eso?

-Significa Maleficarum -dijo Bror Tyrfingr, señalando con un pulgar rojo hacia Targost. -El muerto estaba tratando de traer a un espectro del Bajoverso y vestirle con la carne de éste.

-Una forma simplista de decirlo -dijo Rubio, sosteniendo una mano para detener el aumento de la cólera de Bror, -pero esencialmente correcto.

Y esta no es su primera vez -ruñó Bror. -Mira las líneas de corte. Sin dudarlo, sin cometer errores. Fue cortado antes. En muchos otros organismos, muchas otras veces. Suerte para éste que estuviéramos aquí.

Loken los dejó con él y volvió a donde Qruze y Cayne se arrodillaron junto al cuerpo de Serghar Targost.

El maestro de logia yacía de espaldas, su capucha arrancada por el paso del proyectil personalizado de Karayan. Lo que quedaba de su cabeza era una masa astillada de materia cerebral esparcida y sujetadores de metal doblados. Ganchos de hueso colgaban de aletas de fragmentos de piel y el cráneo. Un ojo no era más que un trozo de pulpa de tejido explotado, la otra una esfera llena de sangre que lloró lágrimas rojas.

-Demasiado fácil su fin para ti -dijo Loken.

-Samus está aquí -dijo Targost y se levantó.

Qruze cayó sobre de espaldas mientras el puño del maestro de logia dio un puñetazo en la garganta de Cayne, penetrando a través de los sellos de la gorguera con sus propias manos. El ex Guerrero de Hierro no tuvo aliento para gritar mientras la cosa muerta y en ruinas le arrancó la carne viscosa y llena de tuberías de su garganta.

El spray de sangre fue catastrófico. Mortal.

Cayne cayó hacia atrás, tratando en vano de detener la inundación mientras Targost se puso de pie. Una llama negro en la vaga silueta de un cráneo llenó el espacio en ruinas donde la cabeza de Targost estuvo.

-Samus es el hombre a tu lado -dijo.

Reina Sabaen ardió ferozmente, bullendo pilares de grueso humo negro desde el interior destripado y elaborado hasta el techo del hangar cavernoso. Las otras cañoneras eran inútiles. Bombas Melta convirtieron sus núcleos motores de escoria y puñados de granadas de fragmentación destrozaron todos los mecanismos de control en sus cabinas.

Los treinta Ultramarines que habían sobrevivido a la masacre observaban su escape de la superficie de Molech arruinarse. Sus Rhinos yacían ociosos detrás de ellos, pues los motores dejaron de toser y dar arcadas a medida que ellos también murieron.

Arcadon Kyro se mantuvo desafiante ante el infierno de su propia creación y plantó un vexil Ultima de la XIII Legión junto a él, lo único que había salvado de interior de la Reina Sabaen después de vaciarla de armas y municiones.

Su casco estaba anclado magnéticamente en la cintura y los brazos de crucería de su servo-arnés experimental plegados a sus hombros.

Lágrimas estriaban sus rasgos manchados por la ceniza.

-¿Qué hiciste? -dijo Castor Alcade con incredulidad.

-Lo que tenía que hace -respondió Kyro. -Lo hice porque usted no quiso.

Didacus Theron marchó hacia el impenitente tecnomarine, pero Alcade lo detuvo. Ya era bastante malo que las legiones luchasen entre si, pero ¿Ultramarines contra Ultramarines? Impensable, incluso en un momento en que esos pensamientos eran la norma.

-Nos has matado a todos -dijo Theron. -Has cavado nuestras tumbas en esta desgraciada roca.

-Una roca miserable que nos confió el emperador –le recordó Kyro. -¿O has olvidado el juramento que hiciste?

-No he olvidado nada -dijo Theron.

-Ha olvidado de donde proviene el poder de tu juramento.

-Entonces recuérdamelo.

-Por cuanto le pides al Emperador dar testimonio de las promesas que haces con la expectativa de tener que rendir cuentas de cómo las honras.

Theron envolvió su mano alrededor de la empuñadura de su espada. Alcade sabía que con el más mínimo atisbo de provocación, él la desenvainaría y golpearía a Kyro. Theron nació y se crio en Calth. Áspero y listo, pero con una nobleza de corazón que era lo único que le impidió matar a Kyro donde se encontraba.

-Mi mundo hogar está ardiendo -dijo Theron. -Pero Ultramar todavía puede ser salvado. Este mundo está perdido. ¿Qué lograremos si todos morimos aquí? ¿Cómo serviremos al Emperador, Kyro? Nosotros somos sus ángeles de la muerte, y esta guerra contra Horus ha levantado la mesa.

Theron llegó hasta el papel de juramento arrasado revoloteando en su hombrera donde un sello de cera derretida lo fijaba a la placa curvada. Él la arrancó y la tiró a un lado.

-Un juramento de morir en vano no es juramento en absoluto -dijo. -Calth nos necesita y me habéis mantenido alejado de el.

-Los tiempos difíciles no niegan nuestro deber de mantener un juramento -dijo Kyro. –Nos lo exigen, aún más que cuando son fáciles de mantener.

Theron sacó su espada, sus nudillos blancos.

Alcade respiró. Esto había durado lo suficiente.

-¡Centurión!

Theron se volvió, su rostro rubicundo con ira.

Alcade conocía la ira. Él también la sintió, pero con el horror de la masacre en el norte detrás de ellos, la fría practicidad se reafirmó.

-Déjalo, Didacus, tiene razón -dijo Alcade, dejando escapar un largo y resignado suspiro. -Un juramento no es un juramento si puede dejarse de lado cuando conviene a nuestros deseos. Juramos defender Molech, y eso es lo que vamos a hacer.

-Todavía podemos salir de este mundo, legado -dijo Theron, su ira no disminuida, pero escapando con cada palabra. -Podemos tomar otra nave orbital. Capturar una capaz de viaje disforme y de luchar. Todavía podemos marcar la diferencia. Treinta Ultramarines no es una fuerza que pueda ser menospreciada fácilmente.

-He tomado mi decisión -dijo Alcade. -El asunto está cerrado. Marchamos por Molech.

Theron reunió sus argumentos, pero Alcade lo interrumpió antes de que pudiera discutir más.

-Dije que el asunto está cerrado.

Por un momento se preguntó si podría atacar a Theron, pero décadas de dedicación al deber aplastaron cualquier pensamiento de desobediencia.

-Como usted diga, legado -dijo Theron. -Marchamos por Molech.

Alcade atrajo a sus guerreros hacia las cajas de municiones y armamento apiladas por Kyro y retirado de las cañoneras.

-Recoged todas las pistolas y espadas que necesitéis -dijo.

Marchó hasta estar delante de Kyro y dijo: -Cualquier otro día te haría llevar el rojo de la censura, pero necesito cada bólter que pueda reunir. Vuelve a unirte las filas, y lleva ese vexil contigo. Si vamos a morir aquí, vamos a hacerlo en virtud del Ultima.

Movimiento en la desembocadura del hangar llamó la atención de Alcade.

Un vehículo del Ejército de base ancha se tambaleó en la caverna, y treinta bólters espetaron a encararse. Los sistemas automatizados de armas rastreados, pero Kyro emitió rápidamente una orden de anulación ante la vista del caduceo rojo estampado en su glacis.

Una pesada puerta rodó de su costado y una mujer delgada en una capa ensangrentada y maltrecha por la fatiga varias tallas más grandes que ella saltó. Cinco hombres salieron detrás de ella. Del Ejército por sus ropas. Cada uno estaba armado, pero no eran ninguna amenaza.

-¿Quién demonios eres tú? -exigió.

La mujer sonrió con alivio.

-Legado Alcade -dijo. -Mi nombre es Alivia Sureka y necesito mucho su ayuda.

VEINTIDÓS
No es Ullanor
Este es el miedo
Puerta al Infierno

En contraste con la llegada de Alivia Sureka, Lupercalia pareció abandonada cuando el Señor de la Guerra entró en la ciudad. Las columnas de las Legiones Astartes fueron lo primero, marchando bajo vexiles con cabeza de lobo y runas tribales de Barbarus mientras el sol se hundió hacia el anochecer.

La compañía de Aximand llevaba trofeos sangrientos tomados de los vencidos de la XIII Legión, mientras que los Justaerin de Ezekyle arrastraban banderas quemadas de la Legio Crucius detrás de ellos para que otros las pisotearan.

El cuerpo de Tyana Kourion fue clavado en el sarcófago de un Contemptor.

Tanques ennegrecidos por el humo y el paso largo de los ingenios de la Vulpa, Interfector, Vulcanum y Mortis se produjeron después de la infantería, sus cuernos de guerra rebuznando en señal de triunfo.

Aquellos ciudadanos que no habían huido al campo de los alrededores o corrieron el riesgo de viajar a las plataformas de tránsito superiores con la esperanza de paso seguro fuera del planeta se apiñaban temerosamente en sus hogares. Más adelante, unos últimos transbordadores estallaron hacia el cielo.

Ojos sospechosos vieron la llegada de su ejército desde la portada de parapetos y persianas. Detrás de la curiosidad, detrás de la necesidad masoquista de ver a sus conquistadores, Horus reconoció el miedo hasta los huesos.

-La última vez que entré en esta ciudad, desfilaba en triunfo glorioso con Jaghatai y el León, -dijo Horus. -Marchaba a la diestra del padre, y la gente animaba mi nombre.

Mortarion gruñó con sombría diversión. -Sí, no exactamente Ullanor, ¿Verdad?

Horus se volvió para hacer frente a los tres miembros de la Mournival que marcharon detrás de él. Eran un grupo que daba pena, con cicatrices y quemados por la guerra, pero victoriosos no obstante. Ezekyle en particular era el peor desgastado, con la mirada baja y su semblante truculento.

-¿Qué pensáis, mis hijos? -les preguntó mientras pasaban bajo el arco imponente de la segunda pared.

-¿Sobre qué? -preguntó Aximand.

-¿Por qué estas personas no dan la bienvenida a nuestra llegada?

-Aparte del hecho de que matamos a su ejército? -dijo Kibre.

Horus hizo señas de que la objeción sin importancia a un lado.

-Tienen miedo -dijo Aximand.

-De que, ¿Porque voy a condenarlos a muerte a todos?

-Tal vez, pero lo más probable es que temen el cambio. En este momento, la mayoría de estas personas se preguntan qué significará nuestra llegada para ellos. ¿Van a ser esclavizados o liberados? ¿Ricos o más pobre? Al igual que todos los dientes diminutos en una gran máquina, saben que poco importa qué mano está en la manivela; sólo que gire.

-Dales tiempo -dijo Horus. -Estarán animando mi nombre otra vez cuando les traiga la corona de Terra.

-¿Una corona es ahora? -dijo Mortarion. -¿Hacerte Señor de la Guerra no era suficiente, por lo que ahora vas a ser rey?

-¿Ya lo has olvidado? -dijo Horus cuando las torres de cría de la ciudadela y las cúpulas doradas aparecieron ante su vista.

-¿Olvidado qué?

-Yo no voy a ser rey, ni siquiera el emperador -dijo Horus. -Voy a ser un dios.

Targost, o la cosa dentro Targost, alcanzó a Iacton Qruze. La carne de su cara estaba burbujeando como la superficie de un pantano fangoso. El hedor era terrible. Qruze se revolvió en su retirada, buscando a tientas su pistola.

Bror Tyrfingr cargó hacia la cosa-Samus, pero era como tratar de hacer frente a la pierna de un titán Warlord. Samus abofeteó al fenrisiano lejos, como un hombre espantando una mosca irritante. Bror aterrizó en un tambor en llamas y rodó, derramando su contenido en una lluvia de brasas.

La mandíbula agrietada del animal se abrió y rebosante icor negro hervía desde el interior de su cráneo. Dientes triangulares dentados empujaron fuera del tronco de su cuello y una serie de lenguas verticales azotadoras surgieron, en bruto y en forma de horquilla. Una multitud de ojos brillantes se formaron en la masa glutinosa de su cráneo fantasma.

Su forma se estiró hacia arriba, brotando raíces enfermas de sus miembros inferiores y que infestaron la cubierta como cuerdas aceitosas.

-Soy Samus... -gorgoteó entre la respiración espesa pro los efluvios, y el temible nombre caló hondo en el corazón de Loken. El aire sabía a estática y metal masticado. Las sombras se movían en la pared, independientes de la luz del fuego.

Samus; conocía ese nombre. Lo conocía de un mundo sometido hace mucho tiempo en otra vida. Lo había oído sobre el vox y en el aire de sesenta y tres diecinueve. Lo había oído por Xaver Jubal justo antes de que abriera fuego contra sus hermanos.

Los Susurrantes.

Loken estaba allí de nuevo, en esa cueva reluciente, luchando contra su compañero legionario cuando los cimientos de su mundo se vinieron abajo.

Tenía una espada en la mano, pero no pudo levantarla.

Este es el miedo.

Esto era contra lo que los mortales trataban cada día de sus vidas. El miedo a lo ajeno, el miedo a la guerra, el miedo al dolor, a la enfermedad. El miedo de fallar a quienes confiaba en ellos.

¿Cómo puede alguien vivir así?

Loken estaba paralizado, con los miembros de plomo a los costados.

Varren cargó, enterrando la sonrisa de su hacha en el vientre de Samus. Los dientes aserrados mordieron en profundidad. Samus se agachó y elevó a Varren de la tierra, mordiendo con su boca circular en el hombro del caballero. La sangre le roció y el brazo de Varren tuvo un espasmo, liberando la empuñadura del hacha.

Los brazos de Voitek golpearon sus flancos, mientras Severian cortó frondas como azotes de carne transformada de Targost. Un disparo desde arriba atravesó su cráneo fantasma.

Karayan.

Qruze finalmente tuvo su pistola y bombeó disparo tras disparo en el pecho de la criatura. Los reactivos de masa fueron tragados enteros y sin efecto.

Samus se rio y tiró a Varren a un lado. Aterrizó cuarenta metros al lado del altar de piedra Davinita. Bror Tyrfingr se levantó, gritó algo a Qruze y Severian. Loken oyó a Altan Nohai gritar algo a cambio, sonando sorprendido.

La armadura de Loken registró una caída repentina de la temperatura.

Luego Rubio estaba allí.

El ex Codiciario se arrojó a la cosa-Samus, su espada una astilla de acero azul envuelto en llamas. El hacha del Varren había logrado poco, pero la espada de Rubio cortó rodajas profundas en la carne de la cosa. El fuego saltó de su arma a Samus, y

los restos de la túnica de Targost ardieron en llamas con un silbido rugiente de ignición.

Gritó, finalmente dañado.

Loken sintió algo agarrar su pierna y miró hacia abajo para ver la mano de Tubal Cayne escarbando en su armadura.

La otra mano estaba sujeta alrededor de su propio cuello. La sangre brotó entre sus dedos, bombeando con entusiasmo desde el abismo horrible en la garganta. Se había arrancado el casco y sus ojos se Loken de con mano de hierro. La ira, la reivindicación y algo que Loken no podía identificar se derramaban de Tubal Cayne. Parpadeantes reflejos de fuego blanco de Rubio brillaron en sus iris cada vez mayores. El guerrero moribundo trató de hablar, pero sólo gorjeó sonidos licuados ininteligibles.

Loken vio sus ojos volverse vidrio y supo que estaba muerto.

Y el temor de que lo mantuvo rígido desapareció.

Había luchado contra Samus antes.

Él y Vipus le mataron.

Loken levantó su espada y cargó.

Rama Karayan rastreó la batalla a continuación a través de alcance de su bólter. Algo le estaba afectando. No registraba a lo que sus hermanos se enfrentaron. Podía ver a Bror, Macer y los demás, pero no a lo que combatían.

Pero la presa podría ser cazada por sus ausencias tanto como por sus sobras.

Su ojo de cazador se había perfeccionado desde aquel joven trabajando en las minas oscuras de Lycaeus. Los señores de la Espira del Cuervo reconocieron su talento y lo desarrollaron. Insuficiente para los Maestros de las Sombras, pero perfecto para los asesinos silenciosos de los escuadrones de Buscadores.

Sus auto-sentidos estaban vinculados directamente con el alcance de su bólter modificado, y él tomó un respiro, innatamente interpolando el lugar geométrico de

los ataques de su hermano. Su vista periférica escogió las llamas blancas diáfanas de la espada de Rubio.

Encontró su centro y tomó aliento.

Apuntó.

Disparó. Un casquillo usado cayó a las tablas del andamio.

Rebotó, más lento de lo que debería ser posible. Una red de líneas de esmerilado enloquecieron su superficie en una red pálida.

Extrañas sombras se movían en las paredes. Sombras imposibles. Todas estaban a su alrededor, como los lobos al acecho en un bosque de invierno crepuscular o los remolinos de polvo de los residuos de ceniza de Deliverance.

Karayan sintió el aire frió como una tumba y el borde duro y afilado de una hoja en la garganta.

-Bonito rifle -dijo una voz ronca. -Creo que me lo quedaré.

Karayan se movió. No lo suficientemente rápido.

La hoja cortó profundamente, cortando hasta el hueso.

La espada de Loken atravesó el vientre quemado de la cosa-Samus. Risa burbujeante se derramó de su cráneo etéreo. Polvo y cenizas grasientas de la carne se elevaron a su alrededor. Una fuerte luz roja brillaba a través de las heridas desgarradas en su carne chamuscada.

Los brazos de Targost le alcanzaron, extendiéndose y agrietándose como maderos partidos en un incendio. Loken puso un proyectil en su pecho y cortó la mano del brazo. Otro apéndice retorciéndose se retorció a la existencia en el muñón, pero era una cosa torcida, mal formada.

-¡Es vulnerable! -exclamó Rubio. -¡Su vinculación a la disformidad se está debilitando!

Los exploradores rodearon al demonio-cosa, cortando y disparando. Incluso en una situación tan desesperada, cada disparo fue cuidadosamente dirigido, cada golpe colocado con precisión.

-Te conozco, Garviel Loken -silbó, cerniéndose sobre Loken. -Reclamé el alma de tu hermano en esa cueva de montaña. Él grita su tormento todavía.

-No le escuches -gritó Rubio, bloqueando un apéndice de reluciente carne oscura azotando. El casco del Bibliotecario ardía con fuego azul blanco.

-¡Silencio, brujo! -bramó el Samus. La fuerza de sus palabras puso a Rubio de rodillas. Luego escupió un torrente de fuego negro de su garganta dentada y retorcida. Rubio levantó una pared brillante de Fuego y las llamas palidecieron y murieron.

Severian se acercó y recortó su espada en la espalda del demonio, arrancando hacia arriba. Loken ni siquiera le había visto moverse. Cortes circulares de lo que alguna vez pudo haber sido agallas, pero ahora se derramaron bucles de carne muerta enmohecida.

La bestia se dio la vuelta y golpeó a Severian a la cubierta con una rapidez antinatural. Lanzó a Voitek y Qruze lejos con un grito de pura fuerza y aplastó a Loken contra la cubierta con los brazos deslizándose como serpientes con ampollas.

Loken vio el gladius que Targost había utilizado para mutilar al prisionero ultramarino. El marfil de Ultima en su pomo brillaba a la luz del fuego. Su hoja era de noche, pero afilada con la luz de las estrellas. Alargó la mano hacia ella, pero una mano de nudillos y dedos magullados con costras la recogió primero.

-Esto es mío -dijo Proximo Tarchon.

Loken se puso en pie cuando el guerrero de Ultramar se lanzó hacia adelante. Rodó por debajo de los brazos retorcidos del Samus-cosa y metió la gladius arriba en su vientre.

El efecto fue instantáneo y devastador.

El cuerpo de Targost se vino abajo, como si cada enlace molecular dentro de su carne fuese cercenado al instante. Su forma se volvió líquida y se desplomó en un charco pestilente de materia rancia.

Los exploradores se reagruparon. Severian arrastró el cuerpo de Cayne del lago de líquido humeante. Loken bajó la espada y dejó escapar un suspiro tembloroso que sintió como si lo hubiera mantenido dentro de él durante décadas.

Altan Nohai se apresuró a Cayne y se arrodilló junto a él.

-No hay nada que puedas hacer por él -dijo Loken.

-El que está muerto, toma de él lo debido a la Legión debido -dijo Nohai cuando el reductor de su guantelete se deslizó en su lugar.

Loken registró la grieta silenciada del disparo de una fracción de segundo antes de que la placa frontal del casco de Nohai explotara hacia el exterior.

El apotecario se dejó caer sobre el cuerpo de Cayne con una herida de entrada humeante perforando todo su casco.

Guerreros blindados bajaron a la cubierta de la parte alta de la cámara. Hijos de Horus. Dos docenas por lo menos, blindado en placas con el color de la noche. Sus lentes visuales parpadearon con la luz muerta, como si llamas frías bulleran detrás de ellos.

La mayoría estaban armados con bólter. Vio una pistola de plasma. También un cañón de fusión también.

Loken luchó contra el impulso atacarles con sus propias armas.

-Alzad una sola arma y todos moriréis -dijo un guerrero sin casco. Loken no lo reconoció, pero vio los rasgos cepillados de lo que alguna vez habían llamado un hijo verdadero.

-¿Noctua? ¿Grael Noctua de los Ciegos de la Guerra? -dijo Severian.

Cabeza de Loken giró bruscamente.

Severian se encogió de hombros. –Era de la Vigésimo Quinta Compañía, igual que yo.

-¿Severian? -dijo Noctua, su sorpresa evidente. -Cuando el Señor de la Guerra dijo que dos cobardes sin fe habían regresado con el hijo pródigo, no tenía ni idea de que se refería a ti. ¿Iacton Qruze? Su nombre ha sido una maldición desde que abandonaste la Legión en el momento de su mayor triunfo.

Qruze se estremeció al oír las palabras de Noctua, pero cuadró los hombros y dijo: -Quieres decir el momento en que mi Legión murió.

Loken nunca había respetado más a Iacton Qruze.

Los exploradores tiraron de mala gana sus armas cuando los Hijos de Horus cerraron el cerco sobre ellos. Ahora que les miraba de cerca, Loken vio que sus proporciones estaban sutilmente mal, asimétricos y falsos, como si los guerreros en su interior no fuesen legionarios en absoluto, sino cosas mal formadas y antinaturales.

O eso era en lo que se estaban convirtiendo.

-Y tú, Decimotercera Legión -dijo Noctua. -Especialmente tú.

Proximo Tarchon lentamente tiró su gladius, y Loken vio una profundidad de odio calculado en sus ojos claros como nada que hubiera visto antes. La sangre se había endurecido en costras en los cortes rituales, y la ceniza manchada marcaría las cicatrices para siempre.

-Cuando sostenga esto otra vez, será para ponerlo a través de tu corazón -dijo el Ultramarine.

Noctua sonrió ante eso, pero no respondió.

-Grael Noctua, pequeño bastardo -dijo Severian, tirando su arma. -¿Sabías que aconsejé en contra de tu ascensos tres veces cuando apareció tu nombre? Siempre dije que eras demasiado astuto, demasiado ansioso por complacer. Malas cualidades en un líder.

-Parece que te equivocabas -dijo Noctua.

-No -dijo Severian. –No lo estaba.

-Creo que estabas, pues soy del Mournival.

El corazón de Loken dio un vuelco ante la mención del Mournival, la cofradía a la que él y Torgaddon habían pertenecido. Una hermandad tan cercana al Señor de la Guerra como era posible.

-¿Alguien dijo Mournival?

El altavoz descendió de los espacios del techo, y Loken gimió cuando vio el bólter modificado que llevaba. El arma de Rama Karayan. La sangre goteaba de la recámara y la boca.

-Recuerdo el Mournival -dijo el guerrero.

Al igual que los otros que los rodeaban, su servoarmadura era negra y no reflectante. Como Noctua, iba sin casco, y algo en su arrogancia petulante le pareció horriblemente familiar.

Recuperó el gladius de Tarchon desde la cubierta y volvió la hoja oscura como curioso por lo que había hecho. Él negó con la cabeza y deslizó el arma en una funda de hombro vacía.

-Pobre sanguinario Samus -dijo a Loken con una sonrisa. -Acababa de ganarse su regreso después de que un guerrero tan vapuleado como tú le mataste su anfitrión en Calth. Se está convirtiendo en una costumbre.

-¿Quién eres tú? -dijo Loken.

-Nadie se acuerda de mí -dijo el guerrero. Él sonrió, dejando al descubierto unos dientes blancos y perfectos. -Me dolería si no estuviera muerto.

-Eres Ger Gerradon -dijo Qruze. -Uno de los matones de Pequeños Horus Aximand.

-Es su cuerpo, sin duda -dijo Gerradon. -Pero él se marchó hace tiempo, Iacton. Soy Tarik renacido, él-que-es-ahora-Tormaggedon.

Alivia llevó a los Ultramarines y sus cinco soldados siempre hacia abajo, a lo largo de corredores tortuosos lleno de zig zas bajo el Santuario. Las paredes eran vidriosas y suaves, cortadas a través de las raíces geománticas del Monte Torger por el colosal poder de la mente más singular de la galaxia.

Ninguna luz brillaba a esta profundidad, y sólo las luces de las servoarmaduras Ultramarines atravesaron la oscuridad. Si se sentía como nadie vino aquí precisamente porque nunca nadie vino aquí.

-¿A cuanta profundidad está esa puerta, señorita? -preguntó Castor Alcade. El olor del fuego plasmático todavía se aferraba a su armadura, y su aliento tenía el sabor caliente de piedra quemada.

-No es el momento -dijo ella, aunque la distancia se convirtiera en algo subjetivo cuanto más profundo iban.

-¿Y cómo es que la conoces?

Alivia luchó para pensar en una manera de responder a eso sin sonar como un lunático.

-Vine aquí hace mucho tiempo -dijo.

-Estás siendo evasiva -dijo Alcade.

-Sí.

-Entonces, ¿Por qué debo deposita mi confianza en usted?'

-Ya la tengo, legado -dijo Alivia, girándose y dándole su mejor sonrisa. -No estaría aquí si no lo hubiera hecho.

Ella les había dicho de lo que yacía bajo el Santuario, una puerta cerrada en épocas pasadas por el Emperador y que Horus planeaba abrir. Ella les dijo que más allá de la puerta había una fuente de poder monstruosamente peligrosa, y por suerte eso fue suficiente para ellos.

Ella disfrutó de la perspectiva de tratar de ejercer sus influencias empáticas en los legionarios de la XIII Legión, pero tal y como resultaron las cosas no hubo necesidad de aplicar presión en la psique del legado.

No era difícil ver por qué.

Ella le había ofrecido una última tabla de salvación para lograr algo que valiera la pena, y él la agarró con las dos manos.

-Treinta hombres frente al poderío de dos Legiones suena a grandeza en los cuadros de honor -le había dicho después de que ella le dijese lo que quería de él y sus hombres. -Pero las últimas resistencias son justo los tipos de teóricos por los que nos entrenamos toda la vida en evitar.

-Esta no es una lucha de la que ambos saldremos –le advirtió ella.

-Es mejor luchar por algo que morir por nada.

Él lo dijo con esa cara recta también. Ella no tenía el corazón para decirle que los sentimientos como ese habían mantenido a los hombres luchando entre sí durante milenios.

Encontraron la ciudadela llena de refugiados. La mayoría de ellos les ignoró, pero algunos suplicado protección hasta que Didacus Theron hizo un disparo de advertencia sobre sus cabezas.

El Santuario y sus niveles secretos, los niveles realmente interesantes que ni siquiera los sacristanes o el Mechanicum conocían, estaban debajo de la desierta Bóveda Trascendente. Alivia tomó cada giro confuso a través de las catacumbas y encontró todas las puertas ocultas como si hubiera entrado aquí ayer.

La última vez que Alivia pisó estos pasos particulares, sus piernas eran de goma y el sudor por el miedo recubría su espalda como una capa de escarcha. Ella ayudó al ÉL a volver al mundo; su brazo alrededor de su cintura, a través de su hombro. Trató de mantener sus pensamientos, normalmente tan impenetrables, fuera a ella, pero él era demasiado poderoso, demasiado crudo y demasiado dañado por lo que había más allá de la puerta para mantenerlo todo en su interior.

Alivia vio cosas que deseó no haber visto. Futuros que había visto en sus pesadillas antes incluso o impregnados en las páginas de un libro de cuentos olvidado. Cosas abominables que ahora estarían molestando en el mundo de la vigilia, invitados por aquellos que no tenían la menor idea del terrible error que estaban cometiendo.

-¿Acabaremos algún día de andar? -preguntó Theron.

-Lo haremos, pero parecerá como que no -respondió Alivia. -Es una especie de efecto secundario de estar tan cerca de una cicatriz en el tejido del espacio-tiempo del planeta. O parte de los mecanismos de defensa de la puerta, no lo recuerdo bien. Es increíble cómo muchas personas se dan por vencidas, pensando que no irán a ninguna parte. "

-He estado mapeando nuestra ruta -dijo un tecnomarine llamado Kyro con un tono de superioridad que le sugirió que era igual a cualquier cosa que este lugar pudiera lanzarle.

-No la tiene -dijo Alivia, tocando con el dedo un flanco de la cabeza. -Confía en mí.

Kyro volteó una parte de su guantelete y una proyección holográfica apareció. Una herramienta de mapeo tridimensional. De inmediato, Kyro frunció el ceño con consternación cuando múltiples rutas y caminos divergentes que no existían llenaron la imagen granulada.

-Te lo dije -dijo Alivia.

-Pero, ¿Alguna vez terminan? -preguntó Alcade.

Alivia no respondió, pero salió a un amplio pasillo en el que pensó que cada uno de los Ultramarines juraría no haber estado allí hace momentos. Como todo lo demás aquí tenía una calidad volcánica suave, pero la luz brillaba aquí, dentro de la roca como luz de luna en la superficie de un océano.

Suficientemente amplio para que seis legionarios anduvieran cómodamente en paralelo, el pasillo era largo y se abría en una cámara de ladrillo ocre cincelado. El Emperador nunca le dijo cómo esta cámara había llegado a ser o cómo supo de ella, salvo que ella había estado aquí antes de que las fuerzas geológicas de una época anterior elevaran la montaña por encima.

Manos antiguas habían cortado los ladrillos de piedra aquí, pero a Alivia nunca le gustó mirar demasiado de cerca las proporciones de los bloques o su sutil disposición equivocada. Siempre la dejó extrañamente inestable y la sensación de que esas manos no habían pertenecido a ninguna especie conocida por los actuales habitantes de la galaxia.

Los Ultramarines se dispersaron, la memoria muscular y la arraigada práctica empujándoles a un patrón defensivo viable. Los aliados humanos de Alivia, Valance especialmente, se mantuvieron cerca de ella como guardaespaldas.

-¿Es eso? -preguntó Alcade, incapaz de ocultar la decepción en su voz. -¿Esta es la Puerta al Infierno de la que hablaste?

-Lo es -acordó Alivia con una sonrisa. -¿Qué esperabas? ¿La Puerta de la Eternidad?

Ella les había dicho algo de lo que había más allá de la puerta, pero Alivia tuvo que estar de acuerdo que no se veía exactamente como el medio más seguro de mantener

encerrado algo tan horriblemente peligroso. Trozos irregulares de piedra oscura veteadas de blanco formaban un arco alto en el rojo más oscuro de los cimientos de la montaña.

El espacio entre el arco era de piedra negra lisa como un espejo, como una losa de obsidiana cortada de una cama de lava perfectamente plana. Nada dentro de la cámara se refleja en su superficie.

-Esperábamos algo que mereciera necesitar algo más que un taladro de roca o una carga de demolición para romper -dijo Kyro.

-Confía en mí -dijo Alivia. -No hay nada que usted o el Mechanicum pudiera traer y conseguir que se abriera.

-Entonces, ¿Cómo planea Horus abrirla?

-La sangre de Él de la sangre del Emperador -dijo ella. -Eso será suficiente a menos que pueda sellarla.

-Usted dijo que el Emperador la selló -dijo Theron.

-No, dije que él la cerró -dijo Alivia. -No es lo mismo.

Alcade le miró extrañado, como si ahora viera algo de la verdad que era ella.

-¿Y cómo es que sabes cómo sellarla? -preguntó.

-Él me mostró cómo.

Kyro golpeó la pared negra con uno de sus servo-brazos. No obtuvo ningún sonido en absoluto. Al menos en este mundo. -Si lo que está más allá de aquí es tan terrible, ¿Por qué el Emperador no la selló él mismo?

-Debido a que ÉL no podía, no entonces, tal vez nunca -dijo Alivia, recordando el rostro demacrado y envejecido que había visto más allá de los espejismos. Él se había ido no más de un latido del corazón para ella, pero ella vio siglos tallados en la cara que había visto entrar en la puerta.

-¿El Emperador no pudo sellarla, pero tú sí?' -dijo Kyro. -Perdóneme, Señorita Sureka, si me resulta difícil de creer.

-Me importa un carajo lo que usted encuentra difícil de creer -espetó Alivia. -Hay cosas que un dios puede hacer y cosas que no puede. Es por eso que a veces necesitan a los mortales para hacer su trabajo sucio. El Emperador dejó ejércitos para protegerla contra intrusos obvios, pero ÉL necesitaba a alguien para mantener alejados a los locos solitarios, los buscadores de conocimiento oscuro o cualquier persona que tropezara accidentalmente con la verdad. Desde que he estado en Molech, he matado a ciento trece personas que han sido atraídas aquí por los venenos susurrados que se filtran desde más allá de esta puerta. ¡Así que no te atrevas a dudar de lo que puedo hacer!

Respiró para calmarse y se quitó su abrigo, metiendo la Serpenta Ferlach cargada en la cintura de sus fatigas. Se sintió estúpida por haber perdido los estribos, pero cada emoción se intensificaba en este lugar.

-¿Cuántos años tienes, señorita Sureka? -preguntó Alcade.

-¿Qué tiene eso que ver con nada? -dijo Alivia, aunque sabía exactamente a dónde iba con esto.

-El Emperador estuvo la última vez en Molech hace más de un siglo -dijo Alcade. -E incluso con tratamientos juvenat, no tienes ni de cerca la edad suficiente para haber estado a su lado.

Alivia rio, un sonido amargo, desesperado. -Usted no sabe la edad que tengo, Castor Alcade. Y, en este momento, me gustaría no saberla tampoco.

Loken se sentía como si cada centímetro cúbico de aire hubiera sido aplastado en sus pulmones. Quería negar lo que la cosa que llevaba la cara de Gerradon había dicho, pero la voz, la postura... todo le decía que era cierto.

Cuando me veas, mátame.

Las palabras que había oído susurradas a la sombra de sus cuartos en la Tarnhelm volvieron a él. No, eso no estaba bien. No eran un recuerdo, que era como él las había oído de nuevo. Como si algún fragmento de lo que había sido su amigo aún le hablase.

La espada y bólter de Loken yacían en el suelo delante de él. Sería fácil alcanzarlas pero ¿Podría poner un proyectil a través Gerradon antes de que los otros lo mataran a tiros? ¿Importaba siquiera?

Se reprimió a las ganas de matar.

-¿Tarik? -dijo, forzando el nombre a través de los dientes apretados.

-No -dijo Gerradon con un suspiro exasperado. -¿No estabas escuchando? Soy Tormaggedon. Estaba esperando en la disformidad cuando Pequeño Horus cortó la cabeza de Tarik y arrancó la chuchería brillante de su alma antes que cualquiera de los cachorros disforme pudieran darse un festín con él. Él gritó y suplicó como un perro apaleado, ya sabes. Fulgrim hizo lo mismo y él era un Primarca. Imagínate lo malo que fue para Tarik.

-No le hagas caso, Loken -advirtió Rubio. –La disformidad se alimenta del dolor que sus mentiras causan.

Grael Noctua pateó la parte posterior de la rodilla de Rubio, derribando al psíquico sobre la cubierta. La culata de un bólter lo tumbó. Bror Tyrfingr gruñó a Noctua, pero Severian negó con la cabeza.

Loken conocía la tristeza. Se había entristecido por la muerte de Nerón Vipus y había llorado a los hermanos de batalla que había perdido en el camino. La muerte de Tarik en Isstvan le rompió por completo y lo condujo a un abismo de locura del que no estaba seguro haber escapado nunca en realidad.

Hasta ahora.

Levantó la cabeza y aflojó los puños que formó.

-No -dijo. -Tarik jamás suplicaría. Incluso en la muerte sería más fuerte que eso. ¿Dices que está gritando? Te creo. Pero él no está gritando de dolor, me está gritando que te mate.

-Yo soy el primero de los Luperci -dijo Gerradon. -Los Hermanos del Lobo. Y no puedes matarme.

Loken se pasó una mano por la barbilla e inclinó la cabeza hacia atrás. Cuando volvió a mirar a Ger Gerradon, sonreía.

-Sabes, si le hubieras dejado morir, yo no estaría aquí -dijo Loken, ahora capaz de admitir en voz alta las visiones y sonidos que le habían plagado desde la visita en el borde de la Mare Tranquillitatis.

-He visto y oído a Tarik Torgaddon en cada paso de este viaje -dijo Loken. –Murió hace mucho tiempo, pero él me trajo de vuelta a la Espíritu Vengativo. Él me trajo de nuevo a matarte y ponerlo en libertad.

Gerradon arrojó el rifle de Karayan a uno de los legionarios de ojos muertos y dio un paso hacia Loken con los brazos abiertos.

-Entonces dame tu mejor tiro -dijo Gerradon.

-Cálmate -dijo Grael Noctua. -¿Él no te puede matar? Bueno, no puedes matarlo tampoco. El Señor de la Guerra lo quiere vivo.

Gerradon sonrió e hizo un gesto a los guerreros transformados en negro, aquellos a los que había llamado los Luperci.

-Echa un buen vistazo, Garvi -dijo Gerradon. -Serás como ellos. Pondré un demonio en ti.

VEINTITRÉS
El Precio en Sangre
Camino de Obsidiana
Un Dios entre los Hombres

-¿Así que esta es la mejor defensa que nuestro padre pudo reunir? -dijo Mortarion cuando proyectiles bólter perforaron las paredes de roca cristalina junto a él. El Señor de la Muerte disparó un par de ráfagas brillantes con ojo de halcón de Linterna.

Aximand no vio si dieron en el blanco, pero asumió que la XIII Legión acababa de perder dos guerreros.

-¿Juegos de niños y un puñado de legionarios?'

Aximand oyó el desdén del Señor de la Muerte, construido durante décadas, pero incluso en el fragor de la batalla no podía dejar que el comentario pasase inadvertido.

No después de la sangre que había derramado.

No después de que tantos guerreros bajo su mando murieran.

-Eso no es todo lo que dejó -espetó Aximand mientras una granada lanzada y devuelta a lo largo del pasillo detonó con una explosión comprimida. -Dejó a millones de hombres y tanques. Dejó de los ejércitos que los Hijos de Horus combatieron y picado. ¿Qué hizo la Guardia de la Muerte? Talar una selva y masacrar a un enemigo derrotado.

Mortarion consideró a Aximand con el escrutinio que un hombre puede dar a un niño recién llegado. Sus dedos se cerraron en Silencio. Aquellos Sudario de la Muerte que no estaban rodando por el pasillo dieron un paso hacia Aximand hasta que Mortarion les devolvió a su sitio.

-Es posible que una vez que fueses un hijo verdadero, Pequeño Horus -dijo Mortarion, su voz un gruñido ronco, -pero mírate en un espejo. No eres Sejano nunca más.

Aximand se asomó para disparar. Un timón azul se desvaneció en un soplo de ceramita y sangre. -¿Qué tiene eso que ver con nada?

El Señor de la Muerte se acercó más, sus palabras sólo para Aximand. -¿Significa que piensas que eres especial? No eres nada. Significa que, Mournival o no, te mataré si me hablas de esa manera otra vez.

-Lupercal te mataría.

-Mi hermano se disgustaría a su muerte, pero él me lo perdonaría. Seguirías muerto de todas formas.

Horus apareció al lado de Aximand con una sonrisa salvaje de anticipación haciéndolo parecer más joven y más vital que nunca. Se asomó al pasillo y desató un incendio rugiente de fuego de sus bólters montados en el guantelete.

-Habrá otros -dijo Horus agachándose de nuevo en la cobertura cuando un par entrelazado de bólters pesados montados rastrillaron el pasadizo. -Padre no se

basaría en mortales para mantener su secreto. Tendrá un mecanismo de seguridad de algún tipo.

-Razón de más para que me dejes enviar a Grulgor allí -dijo Mortarion sobre los impactos martilleando y detonaciones de municiones explosivas. -Él terminará esto rápidamente.

Horus negó con la cabeza. -No, lo hacemos a mi manera. Tan cerca de la puerta, Grulgor podría matarnos a todos.

¿Grulgor?

Aximand conocía el nombre, lo había leído en la lista de bajas. Miró de nuevo a donde los Justaerin estaban bloqueando con sus escudos de abordaje su posición. Aximand no se sorprendió al ver a Abaddon y Kibre mantener posiciones de flanqueo. Sus escudos estaban salpicados de sangre en patrones de paletas radiales que no eran accidentales.

-¿Listo, Ezekyle? -preguntó Horus a su primer capitán.

Abaddon golpeó su escudo en el suelo y quitó el seguro de su combi-bólter como respuesta.

-Todo tuyo, hermano -dijo Horus, moviéndose hacia atrás y tomando posición a la cabeza de la formación de los Justaerin. Uno de los exterminadores bloqueó un escudo en el antebrazo blindado de Lupercal. En contra de su poderoso marco parecía una protección lamentablemente inadecuada.

Mortarion movió hacia adelante dos guerreros armados con lanzamisiles rotativos.

Horus asintió y una salva de proyectiles de bólter llenó el pasadizo. Los dos Guardia de la Muerte se adelantaron y desataron una andanada de misiles. Las ojivas corrieron por el pasillo. Aximand escuchó las detonaciones metálicas. Bombas de humo y de fragmentación.

Un guerrero cayó de rodillas cuando la parte trasera de su casco saltó por los aires. El otro se tambaleó con la mayor parte de su caja torácica detonada desde el interior por la penetración de reactivos de masa.

-¡Lupercal! -gritó Abaddon cuando Horus dirigió a los Justaerin hacia adelante.

Escudos preparados, marcharon al mismo ritmo implacable. Botas como pistones mecanizados empujaron por el paso. Cabezas abajo, escudos en alto, llenaron su anchura. Los disparos les azotaron.

No los suficientes para detenerlos.

En absoluto suficientes para detenerlos.

Alivia trazó las pautas que había memorizado tantos años atrás sobre la superficie de la puerta. Cada movimiento hizo que un escalofrío doloroso de disgusto atravesase su cuerpo.

Ella sabía lo que había detrás de la puerta mejor que la mayoría.

Sabía lo hambriento que estaba de lo que había en este lado.

Una puerta cerrada era mejor que ninguna puerta, y las cosas aullando, enojadas, devorándose entre sí en el otro lado no estaban dispuestas a renunciar incluso a esta puerta tenue sin luchar.

El don empático de Alivia ahora era una maldición. Tan cerca de la puerta, cada pensamiento de odio que tuvo fue magnificado. Revivió el dolor de cada amante que le traicionó, cada atacante que ella hirió y todas las personas que abandonó.

Y no sólo los suyos. Valance y sus cuatro hombres se arrodillaron a su lado con sus fusiles al hombro. Ellos eran soldados, y tenía un montón de malos recuerdos. Todos ellos hacinados en sus pensamientos. Las lágrimas corrían por su rostro y los sollozos sucedían a los espasmos en el pecho.

No por primera vez, maldijo en una lengua muerta que había dejado de serlo. Ella sabía que ÉL no podía hacerlo. Después de lo que había tomado del reino más allá, sería un suicidio para él acercarse a aquellos cuyo poder había robado.

Cada mantra susurrado fue vacilante, cada línea que dibujó en cáustico lunar se desvanecía antes de que pudiera potenciarlo. No podía concentrarse. Todos los años que había pasado en espera en preparación para este momento y no podía concentrarse ni una gota.

No era de extrañar, la verdad.

El sonido de la batalla era increíble. Bólters y otras armas pesadas llenaban el pasillo con proyectiles explosivos, pero ella sabía que no serían suficientes para detener al Señor de la Guerra.

Ella sabía que Horus encontraría este lugar con el tiempo, pero lo había hecho más rápido de lo que esperaba. Ella nunca estuvo de acuerdo con la decisión de ocultar la existencia y naturaleza de la disformidad, pero si la larga vida de Alivia le había enseñado algo, era que señalar con el dedo después de los hechos iba más allá de lo inútil.

Cuatro Ultramarines permanecieron con ella y sus guardaespaldas, un muro viviente de carne y ceramita. Este era el único lugar donde los mortales podrían sobrevivir; estar sin armadura en medio de un tiroteo de legionarios era una forma segura de terminar muerto.

Castor Alcade arengó a los guerreros que protegían a su pequeña banda que lucharan como si el propio Emperador estuviera de pie tras ellos.

Estos hombres iban a morir por ella.

Ellos no fueron los primeros en hacerlo, pero ella esperaba muy mucho que fuesen los últimos.

Una explosión sacudió la cámara y ella tosió los vapores acres de propelentes. Podía saborear la sangre en aerosol rociando el aire. No era bueno. Especialmente con la agresión ardiendo en todos los hombres en la cámara. Los Ultramarines lo sabían todos acerca de su práctica, pero habían sacrificado demasiado para luchar clínicamente con la causa de su dolor tan cerca.

Alivia respiró profundamente, imaginando a Vivyen y Miska. Incluso a Jeph, con sus ojos de perro apaleado tristes y su absurda creencia de que tenía que protegerla. Ella los extrañaba, y esperaba que la Ilustración del Molech ya estuviera acelerando hacia el punto de Mandeville del sistema.

No, eso no estaba ayudando. Necesitaba algo más, algo muy querido. Recordó cuando el auspex de un transporte de Ofir había fracasado y se topó con una mina sumergida en el puerto de Larsa. No había estado en el barco, pero vio hundirse con toda su tripulación. Sólo cuando volvió a casa averiguó Vivyen y Miska pensaban que había estado a bordo, y habían llorado durante horas creyendo que estaba muerta.

Recordó sus brazos envueltos alrededor de ellas hasta que finalmente sucumbieron a dormir. Su cálido aliento y el olor de su cabello le recordó a Alivia un tiempo ido, de una vida ya terminada, cuando fue felizmente ignorante de su verdadera naturaleza y el destino cerniéndose sobre Arcadia.

Ella había sido feliz entonces, y usó eso para expulsar los pensamientos violentos intrusos en su psique. Alivia representó los símbolos que había sido mostrados: modalidades precisas de las líneas de intersección que no podrían cruzarse; curvas que rompían todas las reglas establecidas de cálculo; la geometría de la locura.

Ella pronunció palabras que no eran palabras, vertiendo cada centímetro de su deseo de ver esta puerta sellada en lo que estaba haciendo. Sus manos describían los movimientos que imaginó, moviéndose a través de la superficie de la barrera negra lisa.

Se veía y se sentía como una barrera sólida, pero no era así.

Era una costra sobre un agujero que nunca debería haber sido desgarrado, un objeto imposible que existía en un número infinito de posibles existencias. No era ni real ni irreal.

Una puerta al infierno que Alivia ahora trataba de deshacer.

Sus alrededores se desvanecieron en el gris, un facsímil monocromático del mundo en el que ella era la única nota de color. Oyó disparos, gritos de dolor y explosiones. Todos quedaron apagados y embotados, como si vinieran de un campo de batalla lejano.

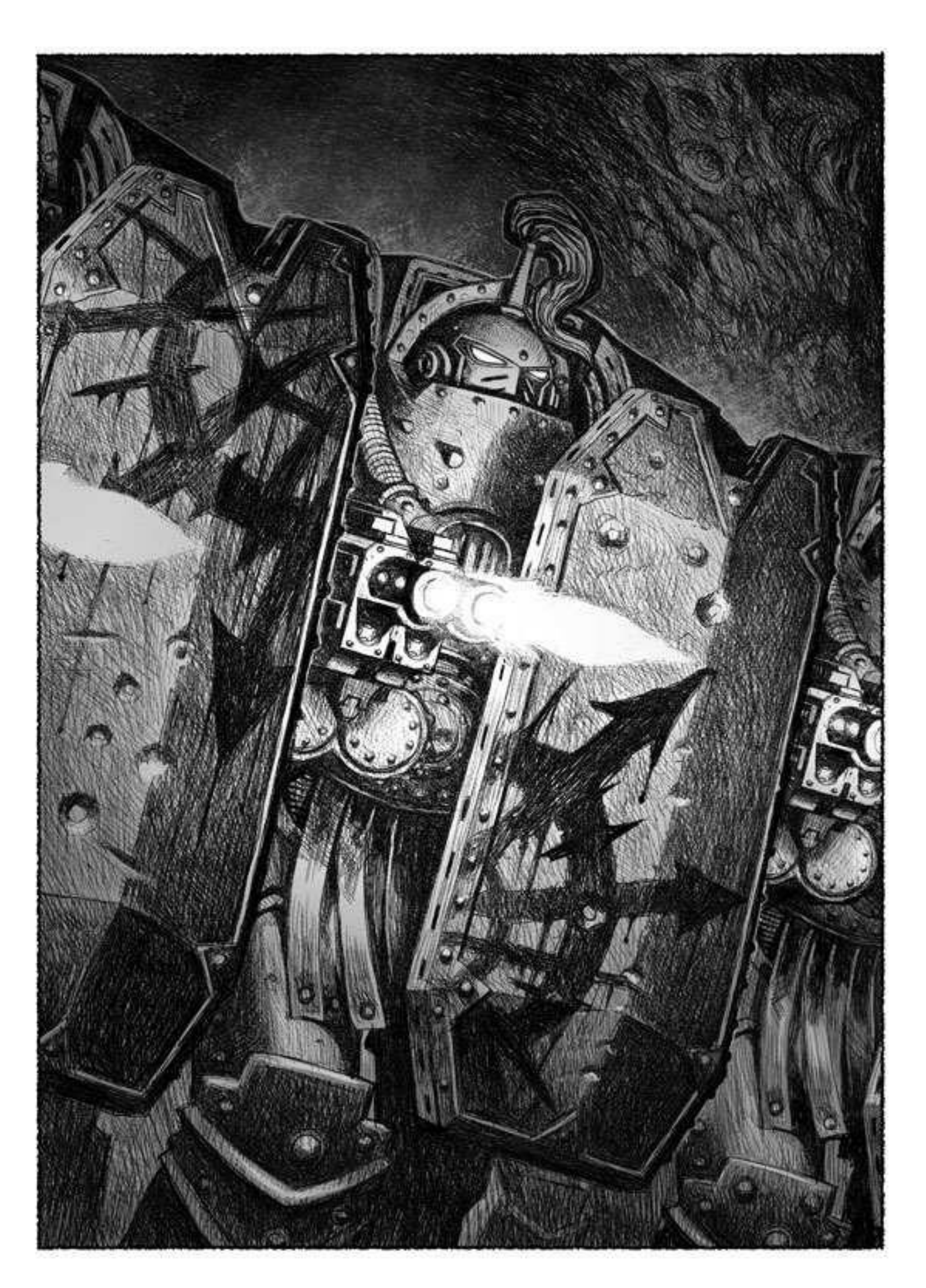
Sus manos estaban radiantes, dejando ecos de luz disforme a su paso. Un patrón comenzó a surgir, el conocimiento inconexo sembrado a lo largo de su psique uniéndose en una red multi-dimensional que era mitad un sellado irrompible, parte una carga de demolición.

Ella sonrió, viendo la astucia que había enterrada en su diseño, el cuidado escondido en su interior. Tan intrincada era su construcción que casi no le importó ser utilizada de esta manera.

Ciertamente no le importó que su conclusión le mataría.

Un chorro de sangre empapó a Alivia y ella gritó cuando uno de sus protectores cayó con un agujero inyectado a través del azul cobalto de su coraza. Una onda expansiva la golpeó y la estrelló contra el suelo. Un fragmento de metal caliente arrancado atravesó su hombro. El dolor ardió mientras la sangre corría por su espalda.

Sus alrededores sangraron de nuevo en su conciencia. El ruido, el miedo y las nubes asfixiantes de humo. Oyó pisadas pesadas, todos ruidos sordo al unísono. Pasos cortos y el roce del hierro sobre la piedra. Alivia se puso de lado, parpadeando para contener las lágrimas de dolor de su hombro.



Los exterminadores de elite Justaerin avanzan.

Su brazo izquierdo se sentía inútil y el hedor de la carne quemada llenó sus sentidos. Valance yacía de espaldas a su lado. Se había llevado la peor parte de la explosión que la había tirado al suelo. Lo que quedaba de él era sólo reconocible por la media cabeza que quedaba.

Ella alzó la vista a tiempo para ver una línea acanalada de escudos irrumpir su camino en la cámara. Hijos de Horus con escudos de asalto. Los Ultramarines no podían esperar para mantener su posición, dispersados por las explosiones de misiles y abrumado por andanadas supresoras.

Ráfagas concentradas de fuego los masacraron de dos en dos y de tres en tres.

La línea de escudos se amplió cuando se abrieron por la cámara. Legionarios de los Hijos de Horus la seguían desde la salida y trajeron aún más armas que disparar.

Arcadon Kyro abrió un agujero en la línea de escudo con explosiones coordinadas a partir de los plasmas de disparo único en sus brazos mecanizados. Cada proyectil impactó precisamente al mismo tiempo, y explotó uno de los escudos y el guerrero detrás de él.

Fuego bólter masivo lo derribó, una cantidad ridícula que volvió su carne irreconocible y desmanteló completamente sus aumentos mecánicos. Didacus Theron y Castor Alcade presionaron sobre la brecha que Kyro había abierto, buscando ampliarla.

La espada de energía de Theron cortó a través de un escudo y el brazo que lo sostenía. Su pistola disparó a quemarropa en la cara de un exterminador. Tales monstruosidades descomunales de la guerra casi habían eliminado la necesidad de la carne mortal por completo. Los proyectiles detonaron al impacta, pero dejaron al guerrero ileso.

El puño de energía crepitante del exterminador fue desatado y embistió a través del cuerpo del centurión. Él se deshizo en una explosión de extremidades sin cuerpo y blindaje roto.

Alivia trató de arrastrarse de vuelta a la puerta, empujándose a lo largo del suelo sobre su espalda con sus tacones.

Su trabajo estaba casi terminado. Sólo un poco más y su tarea habría terminado. No más largos y agotadores años, no más mentiras y el aislamiento. No más nada.

Una figura imponente se liberó de la línea de escudos.

Un gigante, un semidiós, un hermoso avatar de toda la grandeza que la humanidad podría lograr. Había oído todos estos epítetos y más utilizados para describir al Señor de la Guerra, pero habían sido acuñado por los que le conocían en paz.

Al verlo en la batalla era algo completamente diferente.

Horus Lupercal era un monstruo. Un demonio de la guerra y la ruina hecha carne. Él era un destructor, un demiurgo y la cara de todo a lo que la humanidad debería haber dado la espalda miles de años atrás.

El suyo era el rostro del mal absoluto...

Y él ni siquiera lo sabía.

Fue lo peor que Alivia había visto nunca.

Castor Alcade saltó lejos del exterminador que cayó sobre él y corrió a ponerse entre ella y el Señor de la Guerra. No había manera de que Alcade pudiera derrotar al Señor de la Guerra, incluso de un duelo justo.

Alcade murió en el momento que se movió, pero lo hizo de todos modos.

Fue la mejor cosa que Alivia había visto nunca.

El legado de la XIII Legión cargó con su gladius.

Se quebró en el ojo de color ámbar en el pecho de Horus.

La maza titánica del Señor de la Guerra golpeó y Castor Alcade fue borrado como si nunca hubiera existido.

Alivia se empujó sobre sus pies y se tiró en la puerta, con las manos resbaladizas por la sangre. Trazó las líneas finales y abrió la boca para recitar la última de las palabras apotropaicas.

Todo lo que salió fue un grito de dolor.

Alivia miró hacia abajo y vio a cuatro cuchillas paralelas que sobresalían de su pecho. Quedó inmovilizada contra la pared negra y su sangre corría por las cuchillas y la puerta.

-No sé quién eres, pero la necesito abierta -dijo el Señor de la Guerra.

-Por favor -dijo Alivia cuando el dolor finalmente se encontró con ella.

Horus extrajo las garras de su guantelete del cuerpo de Alivia. Ella cayó, y se sintió como si cayera durante mucho tiempo antes de llegar al suelo.

Ella miró a la cara del Señor de la Guerra.

No vio compasión, ni piedad. Pero, curiosamente, vio su pesar.

Alivia luchó para hablar, y el Señor de la Guerra se arrodilló para escuchar su despedida mientras la vida escapaba de ella.

-Incluso... almas atrapadas por el mal... mantienen una pequeña cabeza de puente de... bondad, -dijo. -Quiero que... que... que recuerdes esto. Al final.

Horus se quedó perplejo por un momento, luego sonrió. Y por un momento, Alivia olvidó que era el enemigo de la humanidad.

-No debería poner su fe en los santos, señorita -dijo Horus.

Alivia no respondió, mirando por encima del hombro del Señor de la Guerra.

La puerta de enlace de obsidiana negra sangraba.

Horus se quedó cerca del cuerpo de la mujer muerta.

Deseó que ella no hubiera muerto para poder preguntarle cómo había llegado a estar aquí. Pero ella se había levantado contra él y trató de detenerle de alcanzar su destino. Y eso era una sentencia de muerte.

-¿Quién era ella? -preguntó Mortarion.

-No lo sé, pero sentí el toque de padre sobre ella.

-¿Lo conoció?

-Sí -dijo Horus, -pero hace mucho tiempo, creo.

Mortarion cambió su vista hacia la puerta, claramente impresionado. Horus vio la expresión de su hermano y le puso una mano en el hombro.

-No hay que subestimar lo que nuestro padre hizo aquí -dijo Horus. -Él se abrió paso en otro reino, un reino que ningún otro ser ha violado y sobrevivido. Tal viaje haría de la subida a la sala de tu primer padre parecer un agradable paseo.

Mortarion se encogió de hombros. -No me importa mucho lo que hizo -dijo. Presionó la culata de Silencio contra el cuerpo de la mujer. -Estaba aquí para sellar la puerta. ¿Crees que ella tuvo éxito?

Horus se acercó y puso la palma de la mano contra la pared negra. Sintió micro-temblores en su superficie, demasiado débiles para ser percibidos por cualquier persona salvo un primarca.

-Sólo hay una manera de averiguarlo -dijo Horus, soltando las juntas en toda su coraza. -Toma tu guadaña y córtame.

-¿Que te corte?

Horus se desprendió de su armadura, dejando que cada placa cayera al suelo hasta que se quedó vestido sólo con un traje gris.

-Me dijeron que esta puerta sólo se puede abrir con la sangre -dijo Horus. -Así que córtame y no seas ligero en el filo.

-Señor -dijo Kibre mientras llegaba a su lado. -No lo hagas. Deja que uno de nosotros lo hagamos. Derrama mi sangre, utiliza tanta como sea necesario, incluso si me mata.

Pequeño Horus y Ezekyle unieron sus voces en contra de su deseo de que Mortarion le cortase profundamente.

Horus se cruzó de brazos y dijo: -Gracias, mis hijos, pero si algo he aprendido de Lorgar es que la sangre de otra persona no va a hacer algo como esto. Tiene que ser mía.

-Entonces hagámoslo -dijo Mortarion, sopesando Silencio y preparando su hoja. Mientras que algunos de los hermanos de Horus podrían resistirse a la idea de herirle, Mortarion no tenía tales escrúpulos. Si su hermano trataba de usurparle, esta era su oportunidad.

Horus fijo su mirada en su hermano.

-Hazlo

Mortarion giró Silencio alrededor de su cuerpo.

La hoja brilló.

Horus aulló cuando la guadaña del Señor de la Muerte le rebanó desde la clavícula a la pelvis. El dolor fue feroz. Su salvajismo lo llevó todo el camino de vuelta a la luna de Davin, y la hoja robada de Eugan Temba.

Un geiser de sangre manó de la herida y fue pulverizada en la pared negra.

A través de los ojos húmedos por el dolor, Horus vio signos y esquemas arcanos sin terminar. Su brillo era moribundo, arrastrados por la marea de su sangre.

Las gubias de sus garras estaban sangrando.

Su sangre y la de la mujer se mezclaron, y Horus vieron grietas finas como pelos propagándose de donde había marcado la pared.

Él sonrió a través del dolor. Destructora de Mundos giró hacia su hombro.

-Es hora de ganarte el nombre -dijo.

El regalo del Emperador dio la vuelta en un arco.

Y rompió el muro en fragmentos.

Una oscuridad absoluta se derramó en la cámara como una cosa física, como si un océano de materia oscura llenase la montaña por encima y ahora se estuviera derramando.

Horus sintió vientos huracanados arrancarle, sin embargo no se inmutó.

Sintió el frío del espacio, un escalofrío del alma que lo envolvió en hielo. Estaba solo, flotando en un vacío.

Ninguna estrella le iluminaba.

Él no tenía ningún recuerdo de pasar por la puerta, luego se reprendió a sí mismo por tan literal interpretación. La puerta debajo de la montaña no era un portal literal que separase un espacio de otro, sino uno alegórico. Sólo al derramar su sangre sobre piedra que no era piedra había pasado. Al promulgar su deseo con Destructora de Mundos, se había arrojado a sí mismo sin prestar atención al dominio de los dioses y monstruos.

Un reino que sólo conocía de mitos y los delirios de lunáticos dejados en textos proscritos y obras espeluznantes consideradas ficción. Este era un lugar no constreñido por los límites del mundo físico. Las leyes que regían la existencia en el mundo material no admitían ninguna influencia aquí y fueron pisoteadas sin fin.

A pesar de que llegó a ese entendimiento, el vacío que le rodeaba conspiró para refutar esa idea. Un mundo surgió como de un truco de magia, un lugar terrible de arenas blancas como el hueso y montañas de color rojo sangre y cielos naranjas iluminados por fuegos globales.

El aire sabía a ceniza y pesar, a dolor y fecundidad.

Horus escuchó el choque de espadas, pero ninguna batalla. Los gritos lastimeros de los amantes, pero no carne. Susurros le rodeaban, conspirando y maquinando mientras sentían la entropía cíclica de su carne. Las células viejas morían, nacían otras nuevas para reemplazarlas.

Apartó lejos el calor del cielo, ahora viendo que no era el naranja de un resplandor reflejado, sino el propio incendio.

Los cielos estaban en llamas de horizonte a horizonte.

Una tormenta de fuego ardía sobre las montañas distantes, inflamados por rayos rojo rubí ondulantes hacia arriba desde sus cumbres.

Horus sentía el suelo bajo sus pies volverse más sólida, y miró hacia abajo para ver que se encontraba dentro de un círculo de losas formadas de obsidiana. Ocho brazos

radiantes se desvanecían en la distancia, y el paisaje se retorcía en formas horribles al final de cada una de las vías.

Acres de alambre crecían de los cuerpos gimiendo de sus hijos más cercanos, colgados sobre los picos de púas. Luces parpadeantes delinearon pantanos desolados que eructaban y silbaban con la descomposición de los cadáveres. Desiertos de seda con bancos de niebla serpentinos de almizcles perfumados. Bosques laberínticos de árboles ramificados en garras que se aferraban a una serie de colinas redondeadas, cada una con ocho puertas situadas alrededor de sus circunferencias.

-He viajado por reinos como este antes -dijo Horus, aunque no había nadie para escuchar. Nadie obvio por lo menos.

Cada uno de los cuatro caminos cardinales terminaba en una fortaleza en la cima de una montaña que rivalizaba con la del palacio del Emperador. Sus paredes eran de bronce y oro, hueso y tierra. Brillaban a la luz rojiza de la tormenta de fuego. Gritos emitidos por cada uno de ellos y la risa en pleno auge de los dioses locos rodaron desde las cumbres.

-Se están burlando -dijo una voz detrás de él.

Horus se volvió, sabiendo lo que iba a ver.

El Cruor Angelus era el rojo de una puesta de sol campo de batalla, su armadura ya no astillada y rota, su cara ya no una pesadilla de agonía carbonizada. Las cadenas que rodeaban su cuerpo habían desaparecido, pero la luz de soles apagados todavía ardía en sus ojos muertos.

-¿Por qué estás aquí? -dijo Horus.

-Estoy en casa -dijo el Ángel Rojo. -Estoy atado. El hierro frío que Erebus colgó en mí no tiene ningún poder aquí, ni los juramentos de protección que cortaron mi piel. Aquí yo soy la suma de todo el horror, el instante después de la sangre y el devorador de almas.

Horus ignoró su grandilocuencia. -Así que ¿Por qué se burlaban?

-Eres un mortal en un reino de los dioses. Eres un insecto para el Panteón. Insignificante e indigno de aviso, un fragmento de polvo en el viento cósmico.

Horus suspiró. -Noctua tenía razón, todas la cosas disformes estáis ridículamente sobreexcitados.

Garras de hueso rapado surgieron de sus guanteletes. Cuernos encrespados arrancaron de su frente. -Estás en mi reino, donde podrás ver sólo lo que queramos que veas. Puedo apagarte como una llama de vela, Señor de la Guerra.

-Si estás tratando de intimidarme, estás haciendo un trabajo muy pobre -dijo Horus, dando un paso hacia el demonio. -Déjame decirte lo que sé. Tú existes en ambos reinos, pero si destruyo tu cuerpo, su tiempo en mi mundo se acaba.

El ángel se echó a reír y salió al encuentro de su avance.

-Los demonios nunca mueren -dijo.

-No, pero ellos se vuelven increíblemente tedioso -dijo Horus, acercándose lo suficiente para envolver la mano alrededor de la garganta del Ángel Rojo. Le levantó del suelo y la apretó. Este escupió icor negro y el fuego en sus ojos brilló.

-¡Libérame! -rugió, arañando sus brazos. La sangre brotó de los cortes y salpicó las losas de obsidiana negra. Venas negras de desintegración por los vasos sanguíneos se extendieron por el brazo de Horus ante el toque del demonio. Sintió los mecanismos internos de su cuerpo en descomposición, pero sólo aplastó el cuello del demonio aún más.

-¡Vas a morir por esto! -escupió el demonio.

-Un día tal vez -dijo Horus. -Pero hoy no. No fuiste enviado aquí para matarme.

Horus indicó las grandes ciudadelas en las montañas. -Estás aquí para guiarme. Tus amos me necesitan, así que me llevarás a sus fortalezas, hablarás en mi nombre y les dirás que el nuevo amo de la galaxia tratará con ellos.

Horus dejo caer al Ángel Rojo y por un momento pensó que se lanzaría hacia él con rabia. Truenos imposibles bajaron de las montañas, fuelles de ira, gritos de alegría y susurros más sibilantes. Un millón de voces barrieron el paisaje de pesadilla, y las garras del ángel rojo se retiraron a su guante.

-Muy bien, te llevaré ante los poderes de la oscuridad -dijo con un siseo de veneno que cuajó el aire. –El Camino de Obsidiana es el camino eterno. Es peligroso para la carne y el alma. No es para los mortales de a pie, pues sus peligros son…

-Cállate -dijo Horus. -Cállate de una puta vez.

Aximand gritó ante la terrible sensación de ceguera. Los auto-sentidos de su casco habían fracasado en el instante en que la maza del Señor de la Guerra golpeó la pared negra. Se arrancó el casco, pero seguía en la oscuridad. No era sólo un espacio oscuro, sino un lugar de ausencia absoluta, como si la idea misma de la luz aún temiera llegar a ser real.

-¡Ezekyle! -gritó. -¡Falkus! ¡No os oigo!

No hay respuesta.

¿Qué había ocurrido? ¿Habían fallado? ¿Había Lupercal desatado inadvertidamente algún apocalipsis horrible en ellos? Aximand se sentía como si todo su cuerpo estuviera envuelto en pegamento viscoso. Cada respiración estaba cargada de toxinas, mezcladas con bilis y sabores dulces y empalagosos que lo enfermaron hasta lo más profundo.

-¡Ezekyle! -gritó de nuevo. -¡Falkus! ¡Cualquier persona! ¡No puedo oir!

Y casi tan pronto como había empezado todo terminó.

Aximand parpadeó cuando el mundo volvió de nuevo. Él se dio la vuelta, viendo la misma confusión en los rostros de sus hermanos. Incluso Mortarion parecía desconcertado. Los Sudario de la Muerte reunió cerca de su maestro como el Justaerin miró a su alrededor para alguien a quien proteger.

-¿Dónde está? -exigió Abaddon, aunque Aximand no estaba seguro de a quién se estaba dirigiendo. -¿Dónde está?

-Exactamente donde tenía intención -dijo Mortarion, mirando a la puerta negra. Había aparecido previamente como una losa de obsidiana pulida, pero ahora era una piscina vertical de aceite negro. Anillos concéntricos ondulantes se repartían por su superficie, como si gotas de lluvia cayeran en ella desde el otro lado.

-¿No vamos tras él? -preguntó Kibre.

-¿Quieres morir? -dijo Mortarion, rodeando al Fabricante de Viudas. -Sólo otro ser ha penetrado en la disformidad y vivido. ¿Eres el igual del Emperador, hombrecito?

-¿Cuánto tiempo ha pasado desde que él entró? -dijo Abaddon.

-No mucho -dijo Aximand. -Momentos como máximo.

-¿Cómo sabes eso?

Aximand señaló las gotas de rubí corriendo por la guadaña del Señor de la Muerte. -Su sangre está todavía húmeda en la hoja.

Abaddon pareció aceptar su lógica y asintió con la cabeza. Se detuvo ante el portal, como si tratara de arrastrar a Lupercal de vuelta con el puro poder de su voluntad.

Kibre permaneció allí con él, hombre de Abaddon hasta el final.

Aximand tomó una bocanada de aire profunda. Ni siquiera el horror de Davin podría haberlo preparado para este momento. El Señor de la Guerra se había ido y Aximand no sabía si alguna vez volvería a verle.

Un fragmento de hielo frío entró en su corazón y toda la luz y el color huyó del mundo. ¿Era esto lo que los Manos de Hierro habían sentido cuando Ferrus Manus murió?

Aximand se sentía completamente solo. No importaba que sus hermanos más cercanos estaban con él. No importaba que acababa de ganar una gran victoria y cumplido las ambiciones del Señor de la Guerra para con este mundo.

¿Qué harían sin el Señor de la Guerra?

No podía negar que algo así podría suceder jamás. El asesinato de Fulgrim con Manus demostró que un primarca podía morir.

¿Quién sino el Señor de la Guerra tenía la fuerza de voluntad para llevar a los Hijos de Horus? ¿Quién entre los hijos verdaderos podría lograr lo que Horus no había logrado?

Horus es débil. Horus es un tonto.

Las palabras lo golpearon como un puñetazo. Carecían de fuente, sin embargo Aximand supo que fueron emitidas desde más allá de la puerta negra. Entregadas directamente al corazón de su cráneo como la daga de un verdugo.

Él parpadeó y vio de vez hace mucho tiempo o aún por pasar, un páramo vacío haciéndose eco de un mundo. Imaginó una muerte. A solas, lejos de todo lo que había querido una vez celebrado, muriendo con un ex hermano a sus pies cuyas heridas sangraban en el polvo de una roca sin nombre.

El aliento sonaba en su oído. Frío y medido, el aliento de las pesadillas que pensó desterradas con el fantasma de Garviel Loken.

Un puño de hierro se llevó el corazón de Aximand y lo aplastó en el pecho. No podía respirar. Terror Transhumano. Él lo sintió brevemente en Dwell, y ahora le dominó.

La sensación pasó cuando un viento amargo sopló desde la puerta.

-¡Atentos! -gritó Abaddon. -Algo está sucediendo.

Cada arma en la cámara apuntó al portal. Su superficie ya no ondeaba con la suave caída de las gotas de lluvia, sino con la violencia de una tempestad oceánica.

Horus Lupercal cayó a través de la superficie de aceite negro de la puerta y se estrelló de rodillas antes Abaddon y Kibre. Detrás de él, la oscuridad de la puerta se desvaneció con una explosión de aire desplazado. Sólo una sólida pared de roca de la montaña quedó, como si la puerta no hubiera existido nunca.

Aximand corrió a ayudar a ellos como el Señor de la Guerra se mantenía erguido sobre cuatro patas. Su espalda se hichó con la respiración, como un hombre atrapado en un vacío y de repente regresó a la atmósfera.

-Señor -dijo Abaddon. -Señor, ¿Estás bien?

Incluso a través de sus guanteletes, Aximand sintió el hielo de los glaciares en la carne del Señor de la Guerra.

-¿Todavía estáis aquí? -dijo Horus sin levantar la vista, su voz poco más que un susurro reseca. -Me esperasteis... después de tanto tiempo…

-Por supuesto que esperábamos -dijo Aximand. -Sólo llevas momentos fuera.

-¿Momentos...? -dijo Horus, con un borde frágil, casi frenético en sus palabras. -Entonces todo... todo está todavía por hacer.

Aximand miró a Abaddon, viendo la misma duda persistente en la cara del primer capitán. Ninguno de ellos tenía la menor idea sobre lo que pudo suceder más allá de la puerta o que las consecuencias de aventurarse en ese entorno alienígena sufría.

Ellos habían dejado a su señor caminar hacia lo desconocido y ninguno de ellos había sabido qué esperar.

Esa falta de previsión ahora horrorizó a Aximand.

-Hermano -dijo Mortarion, cortando a través de la auto-recriminación de Aximand. -¿Encontraste lo que buscabas?

Horus se elevó en toda su estatura y los ojos de Aximand se abrieron ante lo que contemplaron.

El Señor de la Guerra había envejecido.

Cthonia le había dado forma, moldeado en un guerrero de líneas duras y cruel belleza. Dos siglos de guerra habían dejado huella en él, pero los momentos más allá de la puerta habían hecho lo que el paso del tiempo no pudo.

Matas plateadas surcaban sobre su cuero cabelludo, y los surcos en las comisuras de sus ojos eran más profundos y más pronunciados.

El rostro al que Aximand había dedicado su vida ahora era la de un antiguo guerrero que había luchado durante más tiempo de lo que jamás podría haber imaginado, que había visto demasiado horror y cuyos días de campañas se secaron hace tiempo.

Sin embargo, el fuego y el propósito en sus ojos era más brillante que nunca.

Tampoco ese fuego sólo se limitaba a los ojos.

Lo que Aximand había tomado por carne fría era el poder del empíreo destilado y perfeccionado en el cuerpo de un ser inmortal. Horus era más alto, más completo y con más fuerza que antes. Lupercal siempre encontró el título de Señor de la Guerra difícil de ajustarse, un término que nunca se asentaba o dado por hecho.

Ahora él era el dueño del título, como si fuera suyo antes de que existiera semejante mando. Era ahora, naturalmente, y sin equívocos, el Señor de la Guerra.

Aximand, Abaddon y Kibre retrocedieron ante Horus, cada uno de ellos dejándose caer de rodillas con asombro cuando el poder llenando al primarca floreció en el mundo material.

Incluso Mortarion, el más truculento de primarcas, dobló la rodilla ante Horus de una manera que nunca había hecho ante el Emperador.

Horus sonrió y todo rastro del anciano guerrero cansado de la guerra se desvaneció en un abrir y cerrar de ojos. En su lugar había un dios mortal, más brillante y más peligroso que nunca. Lleno de un poder que sólo otro ser en toda la existencia manejó antes.

-Sí -dijo Horus. -Encontré exactamente lo que estaba buscando.

VEINTICUATRO
Dejando Lupercalia
Nos encontraremos en la Medianoche
Los ojos de Hunter

Lupercalia ardía.

Los Hijos de Horus no provocaron el fuego, pero Aximand los vio expandirse a través de las calles del bajo valle mientras el Stormbird del Señor de la Guerra superó las paredes de la ciudadela. Los Caballeros de la Casa Devine acechaban por las calles de su ciudad como depredadores vengativos, quemando y matando con injustificable abandono.

Una máquina, una cosa llena de cicatrices de quemaduras con un arma azotaba a su látigo a la luz de los fuegos rebeldes, su cuerno de guerra gritando como si su piloto estuviera borracho.

Aximand olvidó a los Caballeros cuando el ángulo de ascenso de la cañonera se volvió más pronunciado y una serie de Thunderhawks hizo de escolta en cada ala.

-Es extraño dejar un mundo tan poco tiempo después de llegar -dijo Falkus Kibre, desplazándose a través de una placa de datos que mostraba un resumen de disposición de fuerzas. -Sobre todo cuando aún hay ejércitos contra los que luchar.

-No vale la pena luchar -gruñó Abaddon desde más lejos del compartimiento. Él había dicho poco desde que surgieron de las catacumbas bajo la ciudadela. –El combate ante Lupercalia destruyó lo mejor de ellos.

Kibre negó con la cabeza. –Los escáneres orbitales dicen que hay decenas de miles de soldados y decenas de regimientos blindados que han huido a través de las montañas a los bordes de las estepas del sur.

Abaddon dijo nada. Aximand conocía a Ezekyle mejor que la mayoría y sabía bien cuándo dejarle solo.

Este era uno de esos momentos.

-Los Kushitas Orientales y el Norte Oceánico fueron exterminados en gran parte fuera de Lupercalia y Avadon -continuó Kibre que, como segundo de Abaddon, debería haber sabido no presionar el asunto. -Pero van Valkenberg y Malbek siguen en paradero desconocido.

-¡Pues baja y acaba con ellos de una maldita vez! -espetó Abaddon.

Kibre tomó el arrebato de Abaddon estoicamente y colocó la placa en su nicho.

-Ezekyle -dijo Kibre. -Hemos luchado allí abajo la más dura batalla, tú y yo.

Aximand frunció el ceño ante eso. La Quinta Compañía luchó contra la XIII Legión para romper la línea, y lo había hecho sin el apoyo de una plataforma de armas orbitales.

-Nos enfrentamos a un jodido Imperator y vivimos -continuó el Fabricante de Viudas, -Así que no me hagas ir hasta allí y pegarte por ser desconsiderado con lo que hicimos.

Aximand revisó su suposición de que él conocía mejor que nadie a Ezekyle; en lugar de matar a Kibre, Abaddon gruñó de risa.

-Tienes razón, Falkus -dijo Abaddon. -Se siente de alguna manera... inacabada.

Eso, al menos, Aximand lo entendió. Al igual que todos los verdaderos hombres de guerra a través del tiempo, odiaba a abandonar una misión antes de que terminara. Pero Ezekyle se equivocaba.

-Está acabada –dijo él.

Abaddon y Kibre miraron hacia su sección del fuselaje.

-Vinimos aquí por Lupercal -dijo. -Esta era su misión, no la nuestra. Y está hecha.

-Sólo tendremos que luchar de nuevo contra esos hombres en las murallas de Terra -dijo Kibre.

-Te equivocas -dijo el Señor de la Guerra, saliendo de la cabina del piloto y sentándose en el asiento del cabeza de asalto. -Esos hombres morirán pronto. Mortarion y Grulgor se encargarán de ello.

Horus había sido siempre un semi-dios entre los hombres, pero mirar a los ojos del Señor de la Guerra ahora era como mirar al corazón de una estrella a punto de convertirse en una supernova.

-¿Estamos dejando que la XIV Legión termine el trabajo? -dijo Kibre.

Horus asintió, moviendo su cuerpo en el asiento. Era evidentemente demasiado pequeño para él, más ahora que su presencia natural fue reforzada por su viaje a través de las dimensiones.

-Molech ahora pertenece a Mortarion y Fulgrim.

-¿Fulgrim? -dijo Aximand. -¿Por qué el Fenicio obtendrá una parte del botín?

-Él jugó su parte -dijo Horus. -Aunque dudo que recuerde su tiempo aquí con cariño. Fuego plasmático a bocajarro tiende a ser una experiencia desagradable. O al menos eso me dijo Lorgar acerca de Armatura.

-¿Qué ha estado haciendo Fulgrim? -preguntó Aximand.

Horus no respondió de inmediato y Aximand tomó un momento para estudiar las líneas cinceladas del rostro del Señor de la Guerra. La edad avanzada que Aximand vio en su padre genético todavía le ponía nervioso. Él quería preguntar con cariño a Lupercal lo que había encontrado, las maravillas que había visto y lo lejos que había recorrido el camino.

Un día, tal vez, pero no hoy.

-Fulgrim cosechó un cultivo sembrado aquí hace muchos años -dijo Horus. -Pero basta de mi hermano; saboreemos el momento que viene.

-¿Qué momento? -dijo Kibre.

-Una reunión de clase -dijo Horus. -La cofradía del viejo Mournival está a punto de ser rehecha.

La Corte de Lupercal. La joya oscura de la corona de Peeter Egon Momus.

Si el regreso de Loken al Espíritu Vengativo había sido duro antes, moviéndose sigilosamente por sus pasillos ocultos y nichos secretos, estando dentro de la corte del Lupercal era una exquisita tortura. Loken había estado al lado del Señor de la Guerra cuando planearon la campaña en Isstvan.

Él estuvo orgulloso entonces, más orgulloso aún que el día en que fue elegido para ser uno de la XVI Legión. Todo lo que sentía ahora era confusión.

Gerradon y Noctua los arrastraron a través de la nave, marchando a tren con destino a la proa. Al principio, pensó que se dirigían a la strategium, pero después de desembarcar en el Museo de la Conquista, se dio cuenta a dónde iban exactamente.

El alto techo seguía con estandartes colgantes poco comunes, algunos frescas, algunos envejeciendo y polvorientas. Las sombras se aferraban a los gruesos pilares, por lo que era imposible decir si estaban solos. Los veintitrés Luperci, pues él los había contado a su paso por el Museo de la Conquista, se abrieron y marcharon hacia el trono de basalto elevado en el extremo opuesto de la cámara.

-De rodillas -dijo Gerradon, y hubo poco que hacer salvo obedecer.

Iacton, Bror y Severian estaban a la izquierda de Loken. Varren, Tarchon, Rubio y Voitek a su derecha. Los Luperci les rodeaban como verdugos. Se arrodillaron frente al trono, mirando hacia la inmensidad del espacio a través del cual además de la cámara había un ventanal de cristales catedralicios.

Puntos de luz de las estrellas distantes brillaban a distancias inimaginables, y las lunas de Molech pintaron el suelo en pastillas de resplandor lechoso.

-Bonito trono -dijo Varren. -El traidor todavía piensa que es un rey entonces. Debería haber visto venirlo mucho antes.

Ger Gerradon pateó al ex Devorador de Mundos en la cabeza. Varren cayó despatarrado y enseñó los dientes, tratando de alcanzar un hacha que no estaba allí. Cuatro Luperci mantuvieron sus bólters a él mientras otros lo llevaron de vuelta a sus rodillas.

-¿Un rey? -dijo Gerradon con una sonrisa que Loken quería dividir mucho más. Los Devoradores de Mundos siempre pensáis en pequeño. Horus Lupercal no piensa que es un rey. ¿Aún no lo has sentido? Él es un dios ahora.

Severian rio y Grael Noctua abofeteó un bólter en su rostro. Sin dejar de reír, Severian rodó sobre su costado y se levantó. Loken quería burlarse de la teatralidad de Gerradon, pero apenas podía respirar. Que no tardara en estar cara a cara con el Señor de la Guerra estaba saturando su memoria sensorial a toda marcha.

Las esquinas de la corte del Lupercal eran ruinas ensombrecidas donde los muertos de Isstvan se reunieron, hambrientos de carne. La luz de la luna que pintaba el suelo era el flash de tormentas de fuego atómico, y el aliento en la oreja era el de su asesino.

-Loken -dijo Qruze.

Él no contestó, manteniendo la mirada fija en el trono negro.

-¡Garviel!

Loken parpadeó y levantó la cabeza.

Las grandes puertas de hierro a la corte del Lupercal se estaban abriendo.

Y ahí estaba él, mirando directamente a Loken con orgullo paternal.

Su padre genético, su Señor de la Guerra.

Horus Lupercal.

El Señor de la Guerra había sido siempre el más poderoso de los primarcas, un hecho reconocido por todos los hijos de Horus, aunque muy debatido por los legionarios de la mayoría de otras legiones.

Verlo ahora seguramente terminará ese debate.

Horus estaba poseído de un dinamismo fulgurante, un poder que pasó de él a los que vio. Estar en su presencia era saber que los dioses caminaban entre los hombres. Un sentimiento hiperbólico, pero confirmado por los afortunados que lo han conocido. Ese poder, esa esencia, fue magnificada ahora.

Cientos de veces, y más, casi vaciando el depósito de odio de Loken para arrojarse a los pies del Señor de la Guerra y pedir perdón.

Sus pies, mira a sus pies.

Un consejo que le habían dado cuando Lupercal todavía servía al Emperador. Tan cierto ahora como lo era entonces. Loken mantuvo la mirada baja. Tomó aire y la sostuvo. Su corazón tronó, un martillo en el escudo de hueso fusionado de su caja torácica.

Tenía la boca seca, como la víspera de su primera batalla.

-Mírame, Garviel -dijo Horus, y todo el dolor Loken había sufrido desde que las primeras bombas cayeran sobre Isstvan fue arrastrado en ese momento de reconocimiento.

No pudo dejar de obedecer.

El Señor de la Guerra era un héroe que todo lo conquista, vestido con una armadura tan negra como el espacio desierto. El ojo volcánico en el pecho estaba hendido y veteado de negro, sus garras desenvainadas como un depredador de la selva en una matanza.

Su rostro era tan heroicamente consciente de sí mismo como Loken recordaba.

Loken sabía que otros guerreros acompañaban Horus, pero eran como fantasmas oscurecidos por la coronaria del Señor de la Guerra. Oyó sus voces conmocionadas y comprendió que les reconocía, y él a ellos, pero no podía apartar la mirada de su ex comandante en jefe.

La necesidad de permanecer arrodillado por lealtad en lugar de cautiverio fue abrumadora.

Horus dijo, -Levantaos. Todos vosotros.

Loken lo hizo, y se dijo que era porque él eligió.

Ninguno de los otros exploradores siguió su ejemplo. Se enfrentó al Señor de la Guerra solo. Como siempre supo que lo haría. Independientemente de cómo acabara, ahora o en los próximos años, sería reducido a sólo dos guerreros trabados en una lucha a muerte.

Las figuras que rodeaban al Señor de la Guerra salieron de su sombra, y Loken sintió su brote cólera crecer al ver a sus antiguos hermanos del Mournival.

Ezekyle, con cicatrices y belicoso; el odio grabado en sus ojos.

Horus Aximand, pálido y con los ojos abiertos, su cara presionada sobre su cráneo como arcilla mal fijada. Él miró a Loken, no con odio, sino con… ¿Miedo?

¿Era posible que Pequeño Horus temiera?

Falkus Kibre, tosco y poco sutil. Siguiendo el ejemplo de Abaddon.

Nada nuevo.

Grael Noctua tomó su lugar con ellos, y Loken comprendió de inmediato la dinámica asimétrica entre ellos. Un Mournival renacido, pero con sus humores grotescamente desequilibrados.

-Nunca pensé en volver a verte, Garviel -dijo Horus.

-¿Por qué lo harías? -dijo Loken, reuniendo sus reservas de desafío para hablar con claridad y fuerza. -Morí cuando traicionaste todo lo que los Lobos Lunares representaron. Cuando asesinaste en Isstvan III a los hijos leales de cuatro Legiones.

Horus asintió lentamente. -Y a pesar de todo eso, vuelves al Espíritu Vengativo. ¿Por qué?

-Para detenerte.

-¿Es eso lo que le dijiste a Malcador? -dijo Horus, antes de pasar a considerar el resto de los exploradores. -¿Es lo que os dijo?

-Es la verdad -dijo Loken. -Tienes que ser detenido.

-¿Con qué, una escuadra? -dijo Horus, levantando una ceja. -No lo creo. La galaxia no es un lugar estéril sin el amor por el melodrama, Garviel. Sabes tan bien como yo que esto no terminará con equipos de exterminio o asesinos o un ataque preventivo

a miles de años luz de Terra. Termina con mirar a los ojos de mi padre, mis manos alrededor de su cuello, y mostrándole todo lo que ama reducirse a cenizas por sus mentiras.

-Estás loco -dijo Bror Tyrfingr. -El Rey Lobo te detendrá, tallará su nombre en tu corazón y dará tus huesos al wyrd para predecir el futuro por toda la eternidad.

Horus chasqueó los dedos y dijo: 'Russ? Ah, así que eso es lo que es esto. '

Loken deseó Bror que se callara, pero el daño ya estaba hecho.

-¿Leman no sació su sed de sangre en Próspero? -continuó Horus con un movimiento triste de cabeza. -Me pregunto, ¿El Emperador siquiera sabe que estáis aquí o el Rey Lobo montó todo esto? Él siempre estaba ansioso por derramar la sangre de sus hermanos. ¿Convenció a Malcador que enviaros aquí era la única manera de poner fin a la guerra antes de que llegase a Terra?

-Russ se encuentra en las paredes de Terra como un hijo leal -dijo Qruze. -Las paredes del Maestro de la Piedra se han fortalecido más allá de tu poder para romperlas.

-Perturabo me asegura lo contrario -dijo Horus. Se inclinó para tomar la barbilla de Qruze en su mano. -Ah, Iacton. De todos mis hijos, tú fuiste del que nunca esperé tu marcha. Eras de la vieja guardia, un guerrero con raíces tanto en Terra y Cthonia. Fuiste lo mejor de nosotros, pero tu tiempo ha terminado. Dime, ¿Cómo conseguiste unirte a esto?

Loken mantuvo su rostro neutral y esperó que Qruze pudiera hacer lo mismo.

Él no sabe nada de Rassuah o de la Tarnhelm.

-Vinimos aquí para marcar la Espíritu Vengativo a Russ -dijo Loken, con la esperanza de que un sorbo de verdad pudiera desviar al Señor de la Guerra de Rassuah.

-Sí, Grael me dijo que vio algunos futharc raspados en las paredes.

-Maldito Svessl -silbó Bror. -¿Hay alguien a quien no se lo dijo?

Horus siguió adelante e hizo un circuito lento por el resto de los exploradores hacia su trono.

-Marcar una ruta para Russ -dijo. -Eso suena plausible, pero vamos, Garviel, tú y yo sabemos que no es la única razón por la que estás aquí. Hay más en tu declaración de lo que estás diciendo.

-Tienes razón -contestó Loken, volviéndose hacia Ger Gerradon. -He venido a matarle. Para liberar el alma de Tarik.

-Tal vez eso es parte de ella -admitió Horus, ocupando su lugar en su trono,-pero ¿Por qué no le cuentas a tus compañeros por qué viniste aquí realmente? Y no seas tímido, Garviel. Sabré si estás mintiendo.

Loken trató de hablar, pero la mirada del Señor de la Guerra lo inmovilizó en su lugar, dragando el peor de sus miedos traidores a través de sus ojos. Trató de repetir lo que había acaba de decir, pero las palabras no salían.

Entronizado en el resplandor de la luna brillando a través de las vidrieras, Horus era majestuoso y magnífico, un señor por quien valdría la pena que entregar una vida.

Un centenar de vidas, mil. Tanta como él pidiera.

-Yo...

-Está bien, Loken, lo entiendo -dijo Horus. -Has vuelto porque quieres reunirte con los Hijos de Horus.

Este era el momento que Bror Tyrfingr había temido desde que salieron de Terra. No la muerte, pues ese momento no le provocaba ningún miedo. Se había considerado a sí mismo muerto en el momento que abjuró del azul helado del Rout y tomado la mano extendida de Yasu Nagasena.

No, la muerte no era su miedo.

Loken dio un paso hacia el trono del Señor de la Guerra.

Bror había observado la disolución mental del Garviel Loken como un esteta podría lamentar la lenta degradación de una gran obra de arte.

Si Loken doblaba la rodilla ante Horus, Bror tenía órdenes de matarle. Comprendió por qué el deber había caído en él. Era de la VI Legión, el hijo del verdugo, y se

podía contar con él para hacer lo impensable, sin importar qué lazos de hermandad pudieran ser forjados en la adversidad.

Dejó que su aliento saliera lentamente.

Los guerreros que se reunieron en torno a él podía contar con que se unieran a él, pero eran superados en número groseramente. Bror tenía las posiciones de los Luperci incrustados en su mente. Ellos no le dejarían. Puede que una vez hubiesen sido guerreros de la Legión, pero ahora eran Maleficarum.

Bror estaba desarmado, pero un guerrero del Rout no necesitaba armas.

Podría romper el cuello de Loken sin pestañear.

Y si moría un segundo más tarde, que así fuera.

Bror cerró los ojos, sintiendo los pelos de punta elevarse en la parte posterior de su cuello. La primera vez que lo sintió fue en los bosques de Fenris, acechado por el gran lobo plateado que el Gothi dijo que algún día mataría.

Se equivocaron y tomó su piel para una capa.

Bror levantó la vista y vio a Tylos Rubio mirándole. Sus ojos estaban muy abiertos y suplicantes. Estos se movieron más hacia Ger Gerradon. Ninguna palabra pasó entre ellos, pero el significado era claro.

Esté listo.

Loken se sintió avanzar. Paso a paso hacia el trono del Señor de la Guerra. Lo que Horus estaba diciendo era ridículo. No podía volver a la Legión, no después de toda la sangre y traición que había pasado entre ellos.

Y sin embargo...

Él quería. En el fondo, quería.

-Loken, no hagas esto -dijo Qruze, poniéndose de pie. -No le hagas caso. Él nos ha traicionado, nos hizo monstruos a los ojos de las mismas personas que nos hicieron para protegerles.

El puño de Abaddon envió a Iacton al suelo, rayas de color rojo en el cabello como la sangre sobre la nieve.

-Cierra la boca, El Que Se Oye a Medias -dijo Abaddon.

-¡Loken! -exclamó Qruze, avanzando sobre sus manos y rodillas.

... él es El Que Se Oye a Medias... su voz se oirá más fuerte que cualquier otra en su Legión.

Loken parpadeó al oír las palabras de Mersadie Oliton en la cabeza.

No, no eran las palabras de Mersadie, eran de Euphrati Keeler.

Si hubieras visto la podredumbre, un indicio de corrupción, ¿Seguirías tu vida regimentada o te alzarías en contra de ella? Por el bien de la humanidad.

Había oído esas palabras a bordo de esta nave hacia mucho tiempo, en las cubiertas residenciales una vez ocupadas por los rememoradores. Euphrati se había puesto en contacto con él, asustada y sola. Había tratado de advertirle de lo que se avecinaba, pero había desestimado sus miedos como falsos.

-Garviel -dijo Horus, y volvió a ver el Señor de la Guerra tendiéndole su guantelete. -No me odies por lo que ha pasado.

-¿Por qué no? -dijo Loken. -Hiciste lo peor que alguien puede hacer a otra persona. Nos hiciste creer que fuimos amados y valorados, y luego nos mostraste que era todo una mentira.

Horus negó con la cabeza, pero su mano quedó extendida. Detrás de él, una nave de guerra almenada pasó sobre la cara de la luna. El Ojo de Horus adornaba la proa, pero era algo crudo, pintado como un grafiti.

-Vuelve a mí, mi hijo. Podemos reconstruir lo que se perdió entre nosotros, renovar nuestros lazos de comunión. Te quiero a mi lado cuando vuelva a forjar el Imperio de nuevo.

Loken miró a los guerreros de rodillas detrás de él. Los hombres con los que había luchado y sangrado. Los hombres que le llamaron hermano en los tiempos más oscuros. Les miró a los ojos, y vio su desafío y más. Los puños de Rubio estaban

apretados y la tensión en el cuello de Voitek era como una máquina de filtrado a punto de lanzar un engranaje.

Vio los ojos fríos de Bror Tyrfingr sobre él y se acordó de las palabras que había dicho en su primera reunión.

Si creo que tus raíces son débiles, te mataré yo mismo.

Él hizo un gesto casi imperceptible de sus compañeros y dio un paso lejos del Señor de la Guerra, sintiendo los hilos de la lealtad y hermandad que le unía a este momento tensarse fuertemente.

Horus se puso en pie cuando la nave de guerra de paso completó su tránsito por la vidriera.

La luz de la luna temblorosa se vertió en la corte del Lupercal una vez más.

En volvió a Lupercal, dibujado en plata pero con la sombra más oscura de la cubierta. El trono del Señor de la Guerra dio a este alas de sombras, como los demonios sin rostro de los libros espeluznantes que Kyril Sindermann le había prestado.

-Una parte de mí desea que pudiera, señor -dijo Loken. -Créeme, quiero el calor de ser parte de algo más grande. Quiero pertenecer. Y lo hice con la Legión, pero me lo quitaste cuando nos apuñalaste por la espalda.

-No -dijo Horus. -Garviel, No. Eso no es…

Pero Loken no iba a parar ahora. -Volviste la espalda a todo lo que sabía, arrancado de la Legión que me hizo quien soy. Ese fue el peor momento de mi vida. Me volvió loco. Más que la muerte de Tarik o ser enterrado vivo en Isstvan, fue la angustia y el vacío lo que finalmente me rompió.

Entonces vuelve a mí, Garviel -dijo Horus. -Siente el calor de nuevo; ¿No quieres ser parte del mayor esfuerzo que la galaxia ha visto?

-Ya fui parte de ese -dijo Loken, dando la espalda a Horus. -Se le llamó la Gran Cruzada.

Rubio asintió y Bror Tyrfingr saltó por la cubierta, su mano una hoja de hacha. Se estrelló contra Ger Gerradon y le derribó. Voitek se movió con él. El líder de los Luperci cayó de espaldas, desparramado en la cubierta por la sorpresa.

Un tiroteo estalló y el abrupto corto de binario que oyó le dijo Bror que Ares Voitek fue golpeado. Olío lubricante y aceites calientes.

Qruze y Severian se movían, enfilados al Mournival.

Bror no tenía tiempo de sobra para ellos.

Más disparos. Gritos. Había tomado en las posiciones de la Luperci, pero eso fue hace segundos, y su conocimiento de la situación ahora era irremediablemente obsoleto.

-¡Mátalo, Bror! -gritó Rubio. -¡Él está bloqueando mis poderes!

-Lo intento -gruñó Bror. -Es más fuerte de lo que parece.

El rostro de Gerradon se retorció de rabia. Por un momento Bror vio la llama oscura retorciéndose en su interior. Él golpeó su frente contra la cara de Gerradon. Su pómulo se hundió y el mal olor de la sangre se vertió sobre su piel dividida.

Incluso mientras luchaban, el flujo de sangre se detuvo y el corte en la mejilla de Gerradon se selló.

Se echó a reír. -¿Crees que puedes hacerme daño? Los Lobos sois realmente estúpidos.

Los servo-brazos de Voitek cubrieron uno de Gerradon, y Bror se revolvió para sacar la hoja del hombre de su vaina. El puño de Gerradon tronó en el vientre de Bror, agrietando la ceramita y vaciándole de aire.

Gerradon lo pateó lejos y perdió su agarre en el mango.

Se tambaleó cuando un proyectil bólter le dio un puñetazo en la espalda. Otro voló la carne de su muslo. El dolor le inundó, pero él se lanzó contra su enemigo de nuevo.

Gerradon lo agarró por el cuello con su mano libre y lo estrelló contra Ares Voitek. El impacto fue feroz. El blindaje se agrietó.

Bror vio algo brillar en la espalda de Gerradon. Un destello de luz de luna en un Ultima de marfil. Un arma robada que sobresalía de una vaina de hombro. Alargó la mano hacia ella. Demasiado lejos. El agarre de Gerradon aumentó, aplastando su vida. Tensó todos los músculos de los hombros y el cuello, con el rostro de color púrpura por el esfuerzo.

Entonces lo vio.

El gladius de Proximo Tarchon sostenido en alto como un regalo de los dioses antiguos de Asaheim.

Comprendido en la garra de manipulador de Ares Voitek.

El servo-brazo apuñaló la hoja en la espalda de Gerradon.

El demonio dentro de Gerradon aulló cuado su control sobre la carne mortal del hombre muerto se deslizó. El férreo control sobre Bror aflojó.

No mucho, pero lo suficiente.

Bror sacó el brazo de Gerradon de su cuello. Se abalanzó y asentó sus afilados colmillos en la carne del Luperci.

Sus ojos se encontraron y Bror disfrutó del miedo repentino que vio.

Estiró la mandíbula hacia atrás y arrancó la garganta de Ger Gerradon.

La Corte de Lupercal era un caos. Los Luperci llenaron el espacio con fuego esporádico de bólter, sus contornos vacilantes como si algo bestial intentara escapar de su carne. Las llamaradas de las bocas dividieron el resplandor frío de la luna. Un arco de rayos azules desde los guanteletes de Rubio lanzó a seis de ellos de vuelta en una ráfaga crepitante.

Su armadura cayó inerte, los monstruos en su interior convertidos en cenizas. Loken corrió hacia Aximand, recogiendo una espada sierra caída que todavía humeaba por el fuego psíquico de Rubio.

Sabía que no podía esperar matar a Aximand, pero dejó de importarle.

Se había enfrentado al Señor de la Guerra y lo rechazó.

Ninguno de ellos dejaría vivo la Espíritu Vengativo.

Severian tenía razón. Entra fue la parte fácil.

Iacton Qruze había regresado a la nave insignia con un objetivo en mente y solo uno. Cuando los disparos llenaron la cámara, se zambulló hacia donde Ger Gerradon luchaba para detener la ola de sangre manando de su garganta mutilada.

Los tendones y la piel estaban tratando de curarse, pero la herida era demasiado terrible, la pérdida de sangre demasiado catastrófica para que el huésped del demonio sobreviviera. Arrastró la espada de Gerradon de su vaina mientras los proyectiles por la cubierta horadaron cráteres junto a él.

Un rebote cortó la piel de su mejilla. Si sobrevivía tendría una cicatriz limpia de la mandíbula en la sien.

Loken y Bror luchaban con Pequeño Horus Aximand y Falkus Kibre, una pelea brutal y sangrienta que estaban perdiendo. Kibre era todo fuerza y ferocidad, pero Bror Tyrfingr estaba dando tanto como recibía.

Loken tenía una espada-sierra, Aximand una espada con un borde energizado. Eso no iba a terminar bien. Rubio luchó contra Abaddon con una espada forjada por relámpagos y rayos de fuego psíquico azul. El primer capitán era un monstruo ahora, un gigante con rasgos cadavéricos y ojos negros como gemas.

Rubio sangró desde donde los puños de Abaddon desgarraron su servoarmadura, sus placas crudas entoldadas con rojo.

El Bibliotecario lanzó todos sus poderes en el ataque, sin dejar nada para la defensa. Varren prestó la ayuda lo pudo, pero las heridas suturadas por Altan Nohai sangraban libremente de nuevo.

Qruze no podía ver a Severian. Armado de nuevo con su gladius alterado, Proximo Tarchon montaba guardia sobre Ares Voitek, que derramaba litros de líquido rojo-negro pegajoso de media docena de cortes de espada y cráteres de bólter.

Un impacto se estrelló contra la cadera de Qruze, una flor ardiente del dolor que casi lo hizo caer de rodillas. Se volvió cuando cuatro de los Luperci corrieron hacia

él. Llevaban hachas, espadas y armas que parecían que habían sido saqueadas del Museo de la Conquista.

-¡Vamos! -rugió Qruze, aplastando el gatillo de activación de la espada. -Que este perro viejo os va a mostrar que todavía puede morder.

El primero metió su hacha en dirección al cuello de Qruze.

-Demasiado arriesgado para un primer ataque -dijo él, agachándose y conectando su espada-sierra a través del intestino de su oponente. -Un corte de decapitación te deja demasiado expuesto contra un golpe bajo.

Se balanceó a un lado de una estocada, inclinándose para arrebatar la pistola bólter de la pistolera del guerrero caído. A plena carga, con el seguro quitado. Descuidado.

-Demasiado peso sobre el pie adelantado -gruñó. -No hay control para evadir un contraataque.

Condujo la punta de su espada a través de la columna vertebral del Luperci. Se dio la vuelta y atravesó su pecho.

Los últimos dos Luperci habían al menos aprendido de la muerte de sus compañeros. Se separaron y rodearon a Qruze con cautela, espadas en guardia, sus movimientos cautelosos.

Qruze disparo a ambos en la cara, un clásico. Sus cascos explotaron cuando los reactivos de masa registraron las densidades de umbral medio para la detonación.

-Y si tu oponente tiene un arma cuando todo lo que tienes es una espada -dijo, volviéndose hacia el Señor de la Guerra en su trono de basalto. -Vas a morir.

Con cada choque de sus espadas, Loken perdió dientes; fragmentos triangulares que volaron de su espada sierra cuando la hoja de filo imposible de Aximand mordió el metal sin blindaje.

-() va a matarte -dijo Aximand.

Loken no respondió. Había venido a matar a Aximand, no malgastar palabras innecesarias en él.

-¿No hay palabras de odio por la vida que terminé en Isstvan? -dijo Aximand.

-Solo hechos -dijo Loken, luchando por mantener la calma.

Un espadachín enojado era un espadachín muerto.

Maldijo como Aximand aprovechó su distracción momentánea para lanzar un rayo de empuje rápido hacia la ingle. Loken barrió la hoja a un lado con la parte plana de su espada, tratando de mantener el borde perturbador de dañar aún más su arma.

-Tarik siempre dijo que eras tan literal hacia arriba y hacia abajo -dijo Aximand, usando pequeños movimientos de la muñeca para mover la punta de su espada en pequeños círculos. -Nunca supe lo que quería decir hasta ahora. Es sólo cuando intentas matar a un hombre que ves a través de su verdadero carácter.

Loken era un espadachín demasiado experimentado para caer en una táctica tan obvia y mantuvo los ojos fijos en Aximand. De sus rasgos otrora orgullosos, sus ojos se mantuvieron sin cambios de cómo Loken los recordaba.

Azul pálido, como trozos de hielo bajo un sol de invierno.

-¿Quién te dio la nueva cara?

La máscara de piel muerta de Aximand se crispó.

-¿Quién fue el que te golpeó? -preguntó Loken, esquivando una barrido horizontal de (). Apuntó un corte bajo en las rodillas de Aximand.

-Un chogoriano llamado Hibou Khan -dijo Aximand, estrellando la hoja en la cubierta. Esta chilló con chispas rojas. -¿Por qué te importa?'

-Así que le podré decir que terminé el trabajo.

Aximand rugió y atacó con furia implacable. Loken lo bloqueó tan rápido como pudo, pero cada golpe mortal que protegía cortó partes de su arma hasta volverlo casi inútil.

Tiró la hoja rota, mirando por encima del hombro de Aximand.

-¡Ahora, Macer! -gritó.

El puño del ex Devorador de Mundos se estrelló contra la parte trasera del casco de Aximand. Y si Macer Varren no estuviera horriblemente herido, su fuerza podría haber dividido el cráneo de Aximand. Así las cosas, se estrelló contra Loken y los tres cayeron sobre la cubierta en una maraña de extremidades sacudiendo.

() se deslizó lejos, su borde atenuándose sin agarre de su portador.

Aximand estrelló su codo en la cara de Varren.

Loken pateó Aximand en el intestino. Lidiaron. Puños aporrearon, codos y rodillas rotas se estrellaron. Fue una pelea poco elegante, no una de las que las sagas hablarían en términos heroicos o brillantes.

Incluso superado en número dos a uno, Aximand tenía la lucha bajo control. Loken se tambaleó tras una serie de martillazos en su pecho. Varren tropezó mientras Aximand tronó el pie contra las heridas que Altan Nohai había remendado.

-Soñé contigo -dijo Aximand entre respiraciones y sonando más lamentable que enojado. -Soñé que estabas vivo. ¿Por qué tienes que estar vivo?

Loken rodó en posición vertical cuando Aximand curvó sus dedos alrededor del agarre forrado en piel de ().

Hizo un barrido. Su filo cortó blindaje y carne.

Sangre llovió.

-No más sueños -dijo Aximand.

Proximo Tarchon cayó, tendido sobre el cuerpo de Ares Voitek con tres cráteres atravesando su cuerpo. Las piernas de Ger Gerradon todavía patearon débilmente, pero si todavía estaba vivo o estaba retorciéndose en la muerte quedó abierto a la interpretación.

Severian tenía una hoja de combate en un lado, una pistola bólter en la otra.

Había matado a una docena de Luperci en igual número de disparos o cortes, moviéndose a través de la lucha como un fantasma. La gente lo vio, pero ellos no le vieron, no reconocieron la importancia de lo que estaban viendo hasta que fue demasiado tarde.

Severian nunca necesitó más de un corte.

Por lo general, eso era suficiente, pero Abaddon se habían limitado a resistir su empuje y siguió luchando. Por lo menos, había permitido a Varren entrar en la lucha para ir en ayuda de Loken.

La batalla había degenerado en enfrentamientos individuales, pero no podía seguir así por mucho tiempo. Su pistola estaba vacía. La lanzó como un peso muerto.

Severian vio a su objetivo y se movía como una sombra desplazada hacia Grael Noctua.

El sargento de los Ciegos de la Guerra lo vio venir, lo cual fue lo suficientemente inusual en sí mismo. Sonrió y sacó su propia espada.

-Vigésimo Quinta contra Vigésimo Quinta -dijo Noctua. -Una batalla con una agradable simetría a ella, ¿No?

-Mientras estés muerto al final, la simetría puede irse al infierno.

Los dos se enfrentaron entre sí, como en las jaulas de entrenamiento. Se agacharon, espada contra espada, manos extendidas, enfocados.

Noctua dio el primer paso, amagando por la derecha. Severian lo leyó fácilmente. Él replicó el verdadero golpe, giró bajo y apuñaló la ingle de Noctua. Bloqueando el antebrazo, el codo de retorno que esperó romper afectó a la nada. Severian quedó atrapado en el brazo de Noctua, estrellando su frente hacia adelante.

Noctua se arrojó hacia atrás, arrastrando Severian con él.

Rodaron, luchando para liberar sus manos de cuchillo.

Severian consiguió su primera conexión. La clavó en el costado de Noctua. La hoja quedó libre cuando Noctua rodó con el golpe. Severian empujó. El arma de Noctua cortó por el flanco de su cuello, a un pelo de abrirle la garganta.

-Siempre te odié, Severian -dijo Noctua. -Incluso antes de la ascensión.

-Nunca me importaste lo suficiente como para sentir tu odio.

Chocaron de nuevo. Empujando, cortando, bloqueando, girando. Sus hojas como serpientes en liza. Ambos guerreros hicieron sangrar al otro. Ambos estaban muy igualados. Mucho más tiempo y no habría ninguna diferencia.

-Eres bueno -dijo Severian.

-La Vigésimo Quinta enseña a sus guerreros bien.

Severian movió su espada a la cara de Noctua. Las salpicaduras de sangre golpearon sus ojos, y Severian se metió en esa fracción de un segundo de distracción.

Estrelló su puñal en el centro del pecho de Noctua, retorciendo la hoja en el espacio del corazón.

El rostro de Noctua se contorsionó por el dolor.

-No tan bien como Cthonia -dijo Severian.

El dolor era increíble, el peor que Loken había conocido.

Le llenó y lo aplastó. Pasó por alto todos los mecanismos de bio-ingeniería de supresión. Mantuvo la puerta del dolor en su columna vertebral abierto de par en par.

Dónde () hendió sus costillas, sintió la postcombustión tóxica de algo vil entrar en su torrente sanguíneo. ¿Había sido envenenado por la hoja?

Cayó sobre su costado, luchando por no acurrucarse y llorar.

Aximand se puso sobre él y el filo trabajó a lo largo de todo su cuerpo hilos de color carmesí de la orilla. Loken se volvió de frente, manteniendo una mano sujeta a la ruptura en su servoarmadura. Se arrastró lejos, sabiendo que era inútil.

Varren yacía gimiendo en un charco de su propia sangre. El golpe de retorno de Aximand seccionó su brazo derecho hasta el codo y le abrió el pecho. Las viejas heridas sangraron de nuevo, y su casco estaba roto por el centro.

Loken levantó la cabeza. El aire en la corte del Lupercal se hizo más denso, y vio con su última puñalada una medida de victoria horriblemente arrebatada.

Abaddon finalmente acabó con Rubio y a Bror Tyrfingr lo clavó en la cubierta. El fenrisiano seguía luchando contra el primer capitán, pero incluso su fuerza no podía igual la servoarmadura de exterminador. Los servo-brazos de Voitek chirriaron y pinzaron, intentando y fracasando en levantarle. Proximo Tarchon yacía inmóvil junto a él. El ultramarine seguía sosteniendo su sangriento gladius, pero su cabeza colgaba a baja altura sobre el pecho horadado.

Sólo Severian seguía en pie, pero estaba rodeado por los Luperci sin tener a donde ir. Los cuerpos de Ger Gerradon y Grael Noctua yacían a sus pies, su sangre mezclada en un lago en expansión. Los ojos de Severian iban de un lado a otro en busca de una salida, pero no encontró nada.

Loken oyó su nombre ser gritado y parpadeó.

La calidad del aire gélido retrocedió y recibió una gran succión en sus pulmones. Estos ardieron y el dolor le apuñaló a través de la grave herida en su costado.

Se volvió hacia la fuente del grito.

Pero lo que vio no tenía sentido.

Iacton Qruze se arrodilló ante el trono de Lupercal, de espaldas a Loken. El Señor de la Guerra lo estrechó contra su pecho, susurrando algo en el oído de El Que Se Oye a Medias.

Entonces Loken vio las garras del Señor de la Guerra sobresalir de la espalda de Qruze.

Horus arrancó el brazo hacia atrás y empujó a Qruze en la distancia.

Iacton se estrelló contra la cubierta y Loken vio la herida abierta en su pecho. Celebrados entre el guantelete sangrando del Señor de la Guerra estaban los corazones gemelos de Iacton Qruze. Ambos órganos eran brillantes por la sangre oxigenada y latieron por última vez.

-¡No! -gritó Loken. -¡Trono, no!

Luchó contra el fuego saturando su cuerpo y se apresuró hacia el lugar donde yacía Iacton Qruze. Los ojos de El Que Se Oye a Medias estaban muy abiertos y llenos de

dolor. Su mandíbula trabajaba arriba y hacia abajo, tratando de hablar, tratando de hacer que sus últimas palabras tuvieran sentido.

Pero nada saldría. El dolor era demasiado intenso, demasiada la conmoción de su muerte inminente.

Loken lo sostuvo, incapaz de hacer nada más.

Incluso si Altan Nohai siguiera vivo, no habría hecho nada por Qruze.

La Corte de Lupercal contuvo la respiración. Ninguno de los enemigos reunidos se movió. Un héroe se estaba muriendo y ese momento era digno de pausa, aun en medio de amargo fratricidio.

El dolor de Loken fue intrascendente al ver lo que Qruze estaba soportando. Loken miró a Qruze y vio una necesidad urgente de comunicarse, un imperativo desesperado que sustituyó a todas las otras preocupaciones.

Qruze tomó la muñeca de Loken con mano de hierro.

Su mirada era inquebrantable. Su cuerpo se convulsionó en ruinas cuando las señales de dolor abrumaron su cerebro. Sin embargo, incluso en la agonía de la muerte más angustiosa, Qruze todavía puso su deber ante todo.

-Iacton, lo siento... -dijo Loken. –Lo siento mucho.

Qruze negó con la cabeza. La ira iluminó su rostro.

Sostuvo su mano libre de Loken. Apretó algo en la palma de la mano y cerró los dedos sobre ella. Loken fue a levantarla, pero Qruze sacudió de nuevo la cabeza, con los ojos muy abiertos. Una súplica imperativa.

No ahora, no aquí.

Loken asintió y sintió el agarre de Qruze aflojar en su muñeca.

La luz huyó de los ojos de El Que Se Oye a Medias, y entonces murió.

Loken puso a Qruze en la cubierta empapada de sangre y se agachó a una bolsa en la cintura. Sacó las dos monedas-espejo Cthonianas que Severian le dio a la sombra de los Siete Nonatos y los puso en los ojos del Iacton Qruze.

El dolor de Loken de marchó, quemado por la ira.

Se levantó en toda su estatura y miró a Horus.

El Señor de la Guerra permanecía delante de su trono, la sangre de Iacton Qruze todavía llorando por las largas garras de su guantelete.

-Yo no quería que llegáramos a esto, Garviel -dijo Horus.

Loken ignoró la perogrullada ridícula y se elevó más alto de lo que nunca había estado antes. Más orgulloso de lo que nunca había estado antes.

Toda la incertidumbre, la confusión y cada fragmento de la locura que le había mantenido envuelto en delirios desaparecieron. Todo reparo a reverenciar al Señor de la Guerra fue purgado en un instante de odio.

Iacton Qruze estaba muerto, y el último vínculo con lo que una vez fue la Legión se rompió.

Y con ella, cualquier último jirón de la creencia de que el Señor de la Guerra poseía ninguna nobleza o rastro del gran hombre que una vez había sido.

Loken sintió que las palabras brotan de un depósito sin fondo de certeza en su interior. Una despedida y amenaza todo en uno.

-Te garantizo que antes de que el sol se ponga en esta guerra, incluso si ganas, incluso si muero aquí, lamentarás el día que diste la espalda al Emperador. Por cada planeta que tomes, el Imperio se cobrará un recuento de sangre Cthoniana. Te garantizo que incluso si conquistas Terra los frutos de la victoria sabrán a polvo en tu boca. Te garantizo que si no me matas hoy, me encontrarás de nuevo. Me enfrentaré a ti en cada puesto de avanzada, cada pared y cada puerta. Lucharé con todas las espadas bajo mi mando, con cada bólter y cada puño. Me enfrentaré a ti con las manos desnudas. Me enfrentaré a ti con las mismas rocas del mundo que busques conquistar. Nunca me daré por vencido hasta que los Hijos de Horus estén muertos y no sean más que un mal recuerdo.

Loken respiró y vio la aceptación del Señor de la Guerra de su amenaza. Horus entendió que Loken iba en serio en cada palabra de lo que acababa de decir, que nada podía influir de su curso.

-Te quería de vuelta -dijo Horus. -Tormaggedon quería hacerte como él, pero yo le dije que siempre serías un Hijo de Horus.

-Nunca fui un Hijo de Horus -dijo Loken. -Yo fui y sigo siendo un Lobo Lunar. Un hijo orgulloso de Cthonia, un leal servidor del Emperador, amado por todos. Soy tu enemigo.

Loken oyó un chirrido de vox crepitando.

Lo oyó de nuevo, proveniente del casco anclado al cinturón del Qruze. Reconoció la voz y a pesar del cuerpo a sus pies y todo lo que había perdido para llegar hasta aquí, Loken sonrió.

Se agachó y levantó el casco a sus labios cuando una sombra fantasmal se movió por todo el orbe de plata de la luna a través del cristal de la vidriera catedralicia.

-¿Cómo está es ojo de cazador, Rassuah?

-Lo tengo -respondió el piloto del yelmo mágico. -Di la palabra.

-Haz el maldito disparo -dijo Loken.

La ventana reventó en una tormenta de fragmentos. Láminas de láseres se estallaron en la Corte del Lupercal cuando los cañones de la Tarnhelm la llenaron de fuego asesino. La pérdida de la atmósfera fue repentina y absoluta, terminando en un instante de aniquilación despiadada.

El aire fue lanzado al espacio, junto con las armas, cuerpos y todo lo no anclado magnéticamente a la cubierta. Casquillos de bólter y fragmentos de piedra estallaron de las paredes junto con los trozos de ceramita rota. Vidrio y escombros también.

Loken dejó que la descompresión explosiva le llevara, lanzándolo desde la Espíritu Vengativo al vacío del espacio. El cuerpo de Qruze giró lejos de él.

Una sensación aplastante de horrible solidez le agarró el pecho. Sus órganos internos fueron congelados por el shock. Los sistemas de soporte vital en su servoarmadura registraron el cambio repentino. Lucharon para igualar la diferencia de presión y obligó a sus pulmones vacíos para evitar una hiperdistención letal, pero sin casco era una batalla perdida.

Luz de plata bañó a Loken.

Parece adecuado que un Lobo Lunar debiera morir bajo la luz de una luna.

La visión de Loken se empañó. Sintió un frío repentino y espantoso en la garganta, como si su tráquea se estuviera llenando de helio líquido.

Trató de gritar una última maldición, pero el vacío lo mantuvo en silencio.

Loken cerró los ojos. Dejó que la luz de la luna le llevara.

Y el Espíritu Vengativo dio media vuelta en la oscuridad.

VEINTICINCO
El camino a Terra
No más El Que Se Oye a Medias
Okey

Grandes marañas y mantos y cúmulos de estrellas brillantes parpadeaban por toda la pantalla panorámica. La luz de una galaxia que pronto le pertenecería.

Horus se situó en la proa más alejada de la strategium, con las manos enlazadas a la espalda. Ya no vestía su armadura, sino una sencilla túnica de formación color crema pálido, ceñida a la cintura con un grueso cinturón de cuero.

La flota de los Hijos de Horus rompía órbita, reuniéndose para la próxima etapa de la marcha a Terra. Decenas de transportes aún transportaban hombres y equipo de la superficie de Molech, pero Boas Comnenus esperaba que estuvieran listos para salir del sistema dentro de cuatro horas.

Ezekyle y Kibre querían enviar cruceros rápidos tras el destructor imperial de la clase Cobra, pero Horus se negó. Su primer capitán objetó en contra de esa decisión, como lo había hecho cuando Horus se negó a retirar los sellos futharc.

Horus fue inflexible; Ilustración de Molech quedaría ileso.

Dejaría que la palabra del destino de este mundo volara por delante del Espíritu Vengativo en alas de terror. La desesperación sería un arma tan potente como los tanques y los titanes, los guerreros y las naves de guerra en los próximos años.

Horus se apartó de la vista de las estrellas y se dirigió de nuevo al disco de ouslita en el corazón del strategium. El Mournival aguardaba sus órdenes, pacientemente como si el orden natural de las cosas continuaría como antes.

Él los vio a todos de manera diferente ahora.

Horus los conocía mejor que ellos a sí mismos, pero ahora veía las cosas que ocultaban; las dudas secretas, los pensamientos cancerosos y, en el fondo, el miedo de que habían tomado un camino que sólo podía terminar mal.

La guerra contra Molech había avivado el fuego de las ambiciones de Ezekyle. No por mucho tiempo iba a estar satisfecho con una capitanía, incluso la Primer Capitanía de los Hijos de Horus. Pronto iba a necesitar algo más grande. ¿Una legión propia, tal vez? Con el poder de Horus y las antiguas ciencias de Terra, los medios para crear nuevas Legiones Astartes estaban a su alcance.

¿Por qué no debían ser sus mejores guerreros dueños de sí mismos?

Falkus Kibre... un hombre sencillo, un irrestricto a grandes ambiciones. Sabía su lugar y cualquier pensamiento de mejorar su puesto era puramente en servicio del Señor de la Guerra. Falkus sería fiel hasta la muerte.

Después de su momento de duda en la estela de Isstvan V, Aximand se reconstruyó laboriosamente. Incluso Dwell, con todas sus asociaciones dolorosas, había servido para vigorizar a Pequeño Horus con el deseo de ver la guerra ganada. La revelación de la supervivencia de Garviel Loken les había sacudido, pero golpeó particularmente duro en Aximand. La melancolía que había negado siempre fue su característica dominante, ahora cubierta con el temor de que Loken tuviera razón en rechazar al Señor de la Guerra.

Sin embargo, fue Grael Noctua quien experimentó el cambio más profundo. Horus vio las llamas gemelas ardiendo dentro de él, una de oscuro brillo y malévola, la otra magullada y subyugada. El fenrisiano había arruinado la carne de Gerradon, y el demonio que Targost había convocado necesitaba un nuevo cuerpo que fuese su recipiente.

-Sire, ¿Cuáles son sus órdenes? -preguntó Kibre.

Horus sonrió ante el título honorífico. Un desarrollo natural, dado el poder que ahora lo llenaba.

Poder que casi le había costado la vida obtenerlo.

Nadie que le mirase podía saber eso.

Las muchas heridas que había sufrido para tomar Molech parecieron curarse hace años. Era difícil estar seguro. Sus hijos le dijeron que sólo había estado fuera unos instantes, ¿Cómo iba a contradecirles?

Moloc era un recuerdo lejano de Horus ahora.

Luchó guerras, mató monstruos y desafió a los dioses en esos momentos. Arrebató el poder de esos mismos dioses a los jefes de grandes ejércitos de demonios. Había luchado en las batallas que arrasarían sin control por toda la eternidad.

Había ganado mil reinos en el empíreo, miles de millones de vasallos con los que hacer lo que quisiera, pero él se negó. Cada placer y el premio era suyo para tomarlo, pero todos ellos fueron negados. Obtuvo el poder que su padre había tomado, pero lo hizo sin engaño.

Lo tomó por la fuerza de las armas y en virtud de su confianza en sí mismo.

No hubo acuerdos que cumplir, ni promesa que honrar.

El poder era suya y sólo suya.

Finalmente, después de todo, Horus era un dios.

-Sire, ¿Cuáles son tus órdenes? -dijo Ezekyle.

Horus se quedó mirando el velo de estrellas, como si pudiera ver todo el camino de Molech a Terra. Extendió una mano con garras, como si ya sosteniendo la preciosa chuchería de la cuna de la humanidad.

-Voy a por ti, padre -dijo Horus.

La Tarnhelm siempre había sido una nave pequeña, pero escondida a la sombra de la Ilustración de Molech, se sentía obscenamente espaciosa.

Loken se sentó en su litera, despojado de su armadura y llevando nada más que un traje corporal, un vendaje de piel sintética y regenerativa rodeando su brazo.

Varren estaba en un coma inducido, al igual que Proximo Tarchon y Ares Voitek. El servo-arnés del ex Mano de Hierro había ejercido un nivel hasta ahora insospechado de autonomía para apoderarse de Proximo Tarchon cuando la Corte de Lupercal quedó abierta al espacio.

Rubio se sentó solo en la mesa donde habían compartido una copa en compañía de Rogal Dorn. Los espacios vacíos donde sus hermanos exploradores solían sentarse pesaron fuertemente en el antiguo ultramarine.

Que alguno de ellos estuviera aquí era nada menos que un milagro. O más bien, fue gracias a las manos diestras Rassuah con los controles de sujeción electromagnéticos de Tarnhelm y sus balizas localizadoras en sus servoarmadura. Había seguido su progreso a través de la Espíritu Vengativo y los metió de nuevo a bordo del Tarnhelm un minuto después de disparar por la ventana blindada de la Corte de Lupercal.

Salió pitando de la Espíritu Vengativo, tejiendo un camino de vuelta a través de los huecos en la red defensiva que ella y el dispositivo que Tubal Cayne mapearon. No hubo persecución, que atribuyó a las capacidades superiores del Tarnhelm, pero Loken no estaba tan seguro.

Lograron alcanzar el destructor imperial a medida que pasaba por el quinto planeta del sistema. Sus motores impulsaban a toda máquina, pues su capitán claramente esperaba una persecución.

Pero nadie vino.

La flota del Señor de Guerra todavía estaba anclada alrededor de Molech.

Loken miró a un golpe en la escotilla.

Severian y Bror Tyrfingr se detuvieron en la puerta, vestido con trajes corporales y simples quitones hasta la rodilla. Loken no había hablado con ninguno de los exploradores más allá de la necesidad operacional o médica desde la Espíritu Vengativo.

Severian parecía tan fresco como lo estaba el día en que partieron en su misión, pero la cara de Bror estaba magullada y cruda por la paliza que Ezekyle Abaddon le dio.

-No es tan malo como parece -dijo Bror.

-Está mintiendo -dijo Severian. -Es mucho peor.

-Tienes suerte de seguir caminado tras una pelea con Ezekyle -dijo Loken. -No mucha gente puede decir eso.

-Acabaré con él la próxima vez -dijo Bror. -Cuando el Rey Lobo lleve al Rout de vuelta al Espíritu Vengativo.

-¿Qué es lo que queréis? -preguntó Loken.

Bror tendió una botella de plástico llena de líquido claro. Loken pudo probar su sabor cáustico desde el otro lado de la habitación.

-¿Qué es eso?

-Dzira -dijo Severian, tirando de un taburete y sacando tres tazas en la que Bror vertió hasta llenarlas.

-Pensé que nos la bebimos toda -dijo Loken. -Y Voitek no puede ser lo suficientemente bueno como para destilar más.

-Podría ser en su mayoría metal, pero estaremos de vuelta en Terra antes de que su coma remita -dijo Bror, cojeando hasta tomar asiento. -No, yo hice este. No hay muchos dentro del Vlka Fenryka que puedan seguir vertical después de haberlo probado.

Loken tomó una taza y bebió un trago ardiente.

Contuvo el aliento a medida que descendió por su garganta. -Sabe como debería. Tal vez aún más fuerte.

-Sí, bueno, no se puede tener a la gente pensando que los Lobos hacen algo más débil que la X Legión -dijo Bror. -Nunca habíamos oído el final de la misma.

-Entonces, ¿Qué es lo que realmente queréis? -dijo Loken. -No estoy de humor para compañía.

-No seas tonto, hombre -se burló Bror. -Cada vez que caminas lejos de una pelea es sólo tiempo para estar con tus hermanos.

-¿Incluso cuando os he fallado?

Bror se inclinó hacia delante y apuntó con su taza a Loken. -No fallamos -dijo. -Hicimos lo que nos propusimos hacer: marcamos la Espíritu Vengativo. Cuando el Rey Lobo venga a combatir a Horus lo tendrá mucho más fácil debido a lo que hicimos.

-Eso no es lo que quise decir -dijo Loken, sin querer acoger falsas promesas. -Pero Lupercal sabe acerca de los signos futharc.

Bror suspiró. -No encontrará todos, y no creas que hice todo el trabajo para ser visto. Ah, Loken, tienes mucho que aprender acerca de cuan listos somos en el Rout.

-He perdido la mitad de los hombres bajo mi mando.

Bror volvió a llenar su copa y dijo: -Oye, tú no los has perdido. Ellos murieron. Sucede. Pero no le des sentido a las muertes en soledad. Los mortales podrían, pero no somos mortales. Somos una hermandad. Una hermandad de guerreros, y eso es lo que nos hace fuertes. Pensé que lo sabías.

-Creo que tal vez lo había olvidado -dijo Loken.

-Sí, tú y éste -dijo Bror, señalando con la cabeza Severian.

-Solo es cuando hago mejor mi trabajo -dijo Severian.

-Eso es posible, pero el resto de nosotros luchamos mejor cuando lo hacemos con nuestros hermanos -dijo Bror, tumbando a su bebida y continuando sin pausa. -Estas luchando por el hombre a tu lado. Está luchando por el hombre a su lado y el de al lado de él. Escuché lo que dijiste a Horus, así que sé que no estoy diciendo nada que no sepas ya. ¿Pero qué estás buscando? Ya lo tienes. Justo aquí, justo ahora. Con nosotros.

Loken asintió y sostuvo su copa para otra ronda.

-Bien, basta de sermonear .dijo Severian. -Queremos saber lo Iacton Qruze te dio. ¿Todavía lo tienes?

-Sí, pero no sé qué hacer con él.

-Veámoslo entonces -dijo Bror.

Loken llegó hasta un pequeño hueco por encima de su litera y bajó una caja de metal. Un cuadro muy parecido al que había dejado a bordo del Espíritu Vengativo, lleno de sus pocos recuerdos de la guerra.

Lo abrió y sacó el objeto que Qruze presionó en su palma. Un disco de cera roja endurecido fijado a una larga tira de papel amarillento sellado.

-¿Su Juramento de Momento? -dijo Severian.

-El que Mersadie Oliton tenía de Iacton.

Loken le dio la vuelta, de modo que Bror y Severian pudieran ver lo que estaba escrito en el papel juramento.

Leyeron la palabra y miraron a Loken.

-¿Qué significa? -preguntó Bror.

-No lo sé -dijo Loken, mirando hacia abajo en la palabra.

Sus letras estaban firmadas en un rojo que se había desvanecido a marrón roido.

Rayado por algo de aguja afilada y precisa.

Asesinato.

Los pasillos de la Ilustración del Molech eran fríos y estrechos. A Vivyen no le gustaba estar aquí, pues había demasiada gente y nadie parecía saber nada de lo que estaba sucediendo. Había visto un montón de soldados, y papá le dijo que significaba que estaban a salvo.

Vivyen ciertamente no se sentía segura.

Se acurrucó en un corredor de tránsito ampliado, debajo de un conducto de ventilación del que a veces salía aire caliente ya veces soplaba frío. Su padre hablaba en voz baja con Noama y Kjell, y le dieron miradas divertidas cuando ella le preguntó si alguna vez verían a Alivia nuevo.

Miska tenía la cabeza sobre los hombros de Vivyen.

Estaba durmiendo.

Vivyen necesitaba orinar, pero no quería despertar a su hermana.

Para apartar su mente de su vejiga llena, sacó el libro de cuentos manoseado que Alivia le había dado entre la presión de los cuerpos en el puerto espacial. Ella no podía leer las palabras, pues estaban en alguna lengua antigua Alivia lo llamó Dansk, pero le gustaba mirar las fotos.

Ella no necesitaba saber las palabras. Había oído las historias tantas veces que podía recitarlas de memoria. Y a veces, cuando miraba a las palabras, era como si las entendiera, como si la historia quisiera ser leída y fue desdoblándose en su mente.

La extrañeza del pensamiento no se registró en absoluto.

No tenía mucho sentido para ella y sólo... era.

Pasó las páginas amarillentas, en busca de una imagen para evocar las palabras adecuadas en su cabeza.

Una página con una chica joven sentada en el borde del océano le llamó la atención y asintió para sí misma. La muchacha era muy hermosa, pero sus piernas estaban fusionadas y terminaban en una gran cola de pez. Le gustaba esta historia; la historia de una joven que, por el bien del amor verdadero renuncia a su existencia en un reino para ganarse un lugar en otro.

Alguien se movió a lo largo del corredor. Vivyen esperó a que pasara, pero se detuvo frente a ella, bloqueando la luz.

-No puedo ver las palabras -dijo.

-Esa es una buena historia -dijo la persona frente a ella. -¿Puedo leértela?

Vivyen la miró sorprendida y asintió alegremente.

-¿No te dije que estaría okey? -dijo Alivia Sureka.

EPÍLOGO

La Herejía de Horus. Hay una pista en el nombre de esta serie de quién es el protagonista en esta historia, cuyo nombre estará por encima de la puerta cuando se asiente el polvo. Durante un tiempo fuimos culpables de marginar al Señor de la

Guerra. El hombre cuyo nombre aparece en todos los libros de esta serie no había hecho mucho desde la trilogía de apertura. Grandes apariciones claro, hechas en muchas de las historias (¿Cortar la cara de Erebus fuera, recordáis?), Pero en la mayoría había sido confinado al strategium o la Corte de Lupercal a bordo de la Espíritu Vengativo. Él era un observador de su propia historia.

Y eso era un error.

Parte de eso viene del hecho de que no hay mucho escrito acerca de lo que realmente hizo Horus durante la Herejía; organiza las cosas, él envía a la gente a cumplir sus órdenes, él inventa grandes planes. Y por mucho que él sea muy bueno en eso, tampoco está en el corazón de lo que hace. Horus dice mucho durante los combates en Masacre: "Así es como me hicieron. Si hubiera sospechado, de vuelta en Ullanor, que el rango de Señor de Guerra me exigiría renunciar a las glorias del campo para siempre, no lo habría aceptado. Otra persona podría haber tenido el honor".

Así que eso es lo que me decidí a hacer, sacar al Señor de la Guerra del puente de la Espíritu Vengativo y traerlo de vuelta en el campo. Quería recordar a todos que Horus era el Espíritu de la Guerra, con la mente suprema de un estratega pero la habilidad de un guerrero asesino también. Ver a Horus hacer la guerra es dar testimonio de un dios de la batalla caminando por la tierra, un avatar de la masacre sin igual. Ahora, sólo necesitaba una guerra para que pelease, una campaña que le tentaría a enfrentarse al enemigo, ojo a ojo y espada contra espada.

Tenía que ser algo personal, y en mi búsqueda de una gran guerra para involucrar a los Hijos de Horus encontré con un viejo artículo que Gav Thorpe había escrito en la White Dwarf.

El artículo era sobre el uso de Caballeros Demonios en los juegos de Epic, y el telón de fondo para su introducción al juego era la guerra contra Molech, un conflicto que encarnaba la herejía en un microcosmos: el combate feroz, horrible traición, el toque insidioso del caos y masacre a una escala inimaginable. Con la puesta en marcha, quería algo más, algo que hiciera de este conflicto algo personal para Horus. Que inmediatamente sugiriera que debía involucrar al Emperador. No en persona (¡Esperad, todavía no estamos allí!) sino algo que ver con el poder en el seno del Señor de la Humanidad. Eso le dio a Molech importancia extra, y fue directo al corazón del Señor de la Guerra también, una razón para arriesgar su propia vida en el campo.

Así como Señor de la Guerra, Espíritu Vengativo era la oportunidad de traer a otro personaje favorito de nuevo a las páginas de una novela de la Herejía de Horus. Garviel Loken era un favorito de los fans desde que apareció por primera vez en las páginas de El Señor de la Guerra. Su historia aparentemente se concluyó el final de La Galaxia en Llamas, con el colapso de una basílica en su cabeza parece bastante final. Pero no puedes mantener a un buen héroe enterrado, y cuando regresó en el excelente audio-drama de Garro: Legión de Uno, era como una sombra de su antiguo ser. Loken estaba de vuelta, ¿Pero era él mismo hombre que fue enterrado en las ruinas de Isstvan III? ¿Puede acaso alguno sufrir las cosas que él sufrió y todavía conservar una pizca de cordura?

La idea de poner a Loken y Horus de vuelta en la misma habitación llegó temprano en una de nuestras reuniones regulares, y surgió de las deliberaciones de una intensa mañana referentes a la VI Legión y su papel a la hora de volver a Horus...

Así, las historias de Loken y Horus estuvieron siempre en rumbo de colisión, con Molech y sus gobernantes repugnantes como telón de fondo. Había escrito un par de historias cortas, como preludios de este cuento; "La Adoratriz Devine" dentro de La Verdad Imperial, y "Luna Mendax", que apareció en La Antología de la Biblioteca Negra 2013/14. Uno prepara el terreno para la Batalla de Molech, mostrando las semillas de Raeven Devine derivar en corrupción. El otro nos recordó que Loken podía estar de vuelta, pero que su mente fracturada todavía no estaba totalmente recuperado de su tiempo como Cerberus. Ambas historias despertaron vuestra curiosidad por el libro que acabáis de leer. Y si no has tenido la oportunidad de leerlos, me gustaría sugerir que cacéis.

Es posible que os hayáis preguntado por qué, en un libro sobre el Señor de la Guerra y los Hijos de Horus (tanto ex y actuales) no entré en la cabeza del Señor de la Guerra tanto como lo hice, por ejemplo, con Perturabo en Angel Exterminatus. La respuesta es porque quería que las acciones de Horus mostraran lo que estaba pensando. En lugar de tener a decirle al lector lo que él quería hacer, pensé que era mejor hacer algo que revelara sus motivaciones. En otras palabras, quería hacer que cantarais su canción, leyerais lo que estaba sucediendo y rellenar los espacios en blanco. Después de todo, la interacción con un libro es una calle de doble sentido; vosotros tomáis lo que escribo y lo hacéis vuestro.

A estas alturas ya os habréis dado cuenta de que hay más en el título de este libro que simplemente el nombre de la nave insignia de Señor de la Guerra. Sí, es así, una

buena parte de la acción tiene lugar a bordo de la Espíritu Vengativo, pero también hace referencia a un número de personajes. Podría ser Loken, de vuelta de entre los muertos y con hambre de borrar la mancha en el honor de su Legión. También podría ser Tormaggedon, un espíritu vengativo, si alguna vez hubo uno. ¿O podría hacer referencia a la triste suerte de Iacton Qruze?

Hay mucho en marcha en este libro, con un montón de nuevos personajes a los que me encantaría volver. Quiero ver a donde va Alivia Sureka y si las cosas están de hecho bien. Quiero ver las profundidades de la locura en la que Albard Devine se desploma. ¿Qué va a pasar con el Mournival ahora que tiene a Tormaggedon como uno de sus miembros? ¿Qué hizo el Señor de la Guerra en el otro lado de esa barrera y con qué poder ha regresado de él ahora? ¿Es ahora el igual del Emperador?

Sólo el tiempo lo dirá. Y mientras apuesto a que creéis que sabéis las respuestas, aún tenemos algunas sorpresas asesinas guardadas para vosotros.

Graham McNeill

Octubre 2013

FIN DEL RELATO